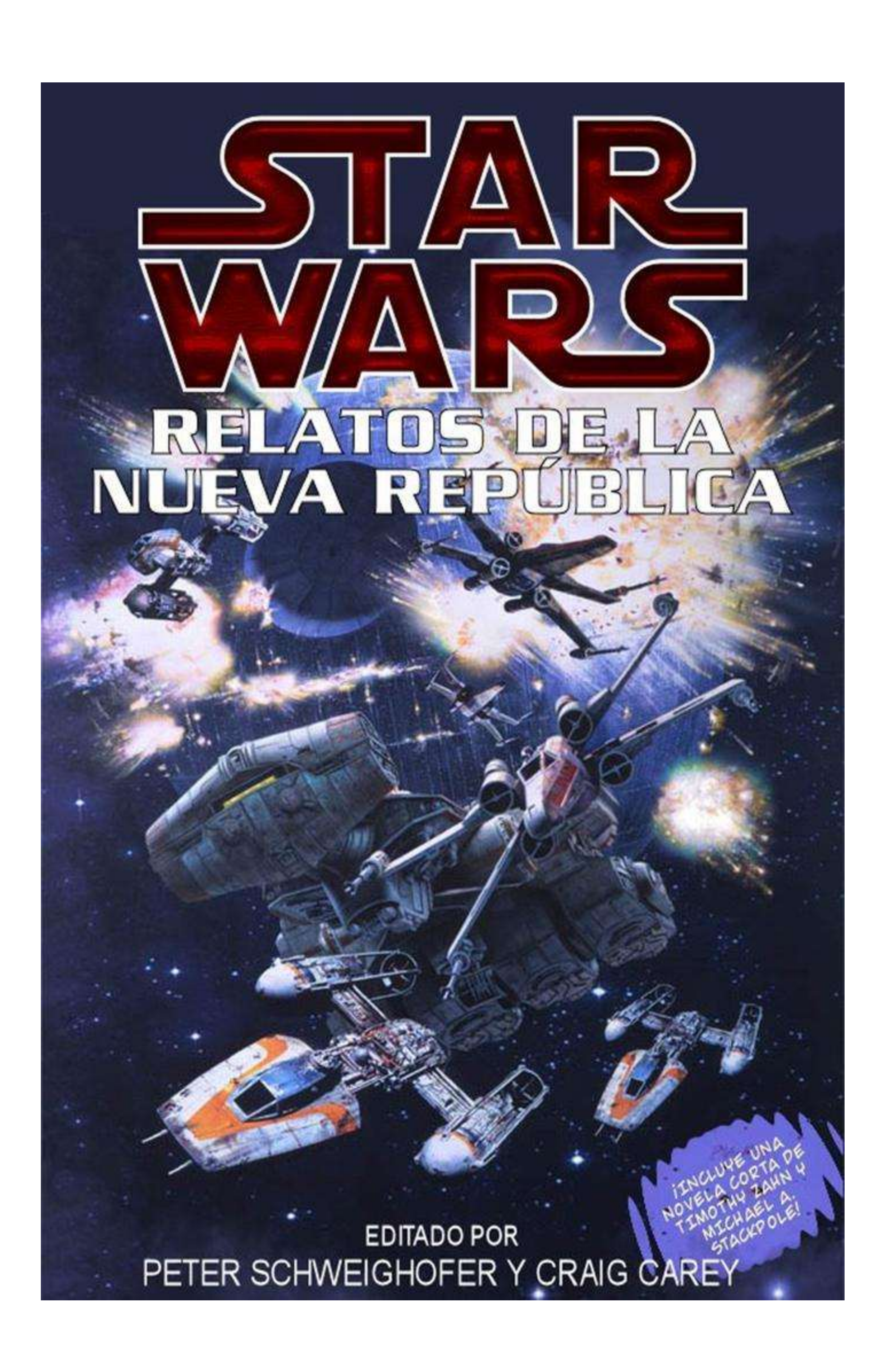

STAR WARS
RELATOS DE LA NUEVA REPÚBLICA
¡INCLUYE UNA NOVELA CORTA DE TIMOTHY ZAHN Y MICHAEL A. STACKPOLE!
EDITADO POR
PETER SCHWEIGHOFER Y CRAIG CAREY

En Zelos II un hombre y una mujer están presos en una celda oscura, cada uno luchando por su propia supervivencia a manos de secuestradores imperiales… y una oportunidad de escape que podría costarle la vida a uno de ellos. En el torturado paisaje de Ryloth, Fenig Nabon espera una nave de mujeres guerreras para completar un trato peligroso: el contrabando de un grupo de bailarinas para el planeta natal de los hutts, sólo para conseguir más de lo que esperaba. Y en una impresionante nueva novela corta, escrita especialmente para esta colección por los reconocidos autores Timothy Zahn y Michael A. Stackpole, el senador Garm Bel Iblis, que se creía muerto a manos de un asesino imperial, forma equipo con Hal Horn en un duelo contra el agente más peligroso del Imperio. Están en juego los planos para una nueva arma aterradora llamada la Estrella de la Muerte y el destino del Imperio y la Nueva República.



Relatos de la Nueva República

Editado por Peter Schweighofer y Craig Carey

Versión 1.0

11.03.13



Título original: *Tales from the New Republic*
Editores: Peter Schweighofer y Craig Carey
Autores: Timothy Zahn, Michael A. Stackpole, Kathy Burdette, Chris Cassidy, Tish Pahl, Patricia A. Jackson, Laurie Burns, Paul Danner y Jean Rabe
No todos, pero varios de los relatos en esta antlogía habían sido publicados originalmente en la revista *Star Wars Adventure Journal*. Como se explica en la introducción, *Solitario de Jade* iba a ser publicado originalmente en el cancelado *Adventure Journal 17*. *Reunión de sombras* fue publicado originalmente en el *Adventure Journal 16*. *La caída más larga* en el *#11*, y después fue republicado en *Hyperspace*. *Conflicto de intereses* en el *#13*. *Sin desintegraciones, por favor…* en el en *#14*. *Día de la Noche Sepulcral* en el *#13* y republicado en *Hyperspace*. *Uhl Eharl Khoehng* en el *#8*, y en *Hyperspace*. Y *La última mano* en el *#13*.
Arte de portada: Paul Youll
En esta edición, se han incluido ilustraciones que aparecieron en las revistas originales, que no habían sido incluidas en la versión original de esta antología.
Publicación del original: Diciembre 1999
los relatos tienen ubicaciones variadas en la cronología, desde poco antes de la batalla de Yavin hasta 18 años después

Interludio en Darkknell Traducción: Lord Mygeeto
Solitario de Jade Traducción: Javi-Wan Kenobi
Reunión de sombras Traducción: Ariel
Al escondite hutt Traducción: Ariel
La caída más larga Traducción: Ariel
Conflicto de intereses Traducción: Ariel
Sin desintegraciones, por favor… Traducción: Ariel
Día de la Noche Sepulcral Traducción: Ariel
Uhl Eharl Khoehng Traducción: Ariel
La última mano Traducción: Ariel
Trucos simples Traducción: Ariel
Otros textos del volumen Traducción: Javi-Wan Kenobi
Revisión: Javi-Wan Kenobi, Dukesoft y Bodo-Baas
Maquetación: Bodo-Baas
Base LSW v2.0

Declaración

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars

Invitación a punta de bláster

Mara sintió en la nuca un sutil pinchazo de advertencia. Su mano derecha se dejó caer al bláster enfundado en su costado…

Y se congeló allí. La mano ondeante del intruso se había abierto abruptamente por la mitad, revelando el bláster que había estado oculto dentro de la cáscara protésica.

El hombre suspiró profundamente.

—No, me temo que eso no serviría —dijo, con la voz tan indiferente como siempre—. A mi patrón le gustaría tener unas palabras con todos ustedes. Preferiría que lleguen ilesos, pero lo entendería si eso no fuera posible.

Mara siseó suavemente entre sus dientes. Sabía que si estuviera sola podría vencerle fácilmente, con el truco del arma o sin él. Pero no estaba sola, y Chin ya no podía moverse tan rápidamente como antes.

No, sería mejor averiguar qué quería este patrón misterioso… y esperar una mejor ocasión.

Introducción y agradecimientos

En los últimos meses, el panorama del universo de *La Guerra de las Galaxias* se ha expandido más allá de nuestros sueños más salvajes. El *Episodio I: La Amenaza Fantasma* nos ha dado una vista detallada de la galaxia de *Star Wars* décadas antes de las aventuras de Han, Luke y Leia. Pero la era en la que estos héroes lucharon y vivieron sigue siendo tan popular como siempre, y las aventuras de esta colección muestran a otros héroes de la misma era… en la que el Imperio todavía proyecta una ominosa sombra sobre la galaxia y la Nueva República lucha para mantener el orden y la justicia. Las excitantes historias contenidas en esta antología están protagonizadas por algunos de esos héroes de la era de la recién nacida Nueva República; algunas de las aventuras aparecen por primera vez en este libro.

Durante seis meses de 1998 trabajé como editor del ahora extinto *Official Star Wars Adventure Journal*, una posición anteriormente ocupada por Peter Schweighofer, editor de *Star Wars: Relatos del Imperio* y co-editor de este volumen. Durante mi corto periplo al timón del *Journal*, fui lo suficientemente afortunado de poder revisar el trabajo de varios de los autores de Star Wars más populares. De hecho, el primer borrador que recibí la primera mañana en mi oficina fue “Solitario de Jade”, de Timothy Zahn, una nueva historia protagonizada por Mara Jade que presentaba personajes vistos más tarde en *Visión del Futuro*.

Para este libro, nuestro trabajo era el relativamente simple —pero insoportable— trabajo de decidir qué historias elegiríamos de entre las docenas que se consideraban: algunas publicadas previamente bajo la dirección de Peter y otras de mi época como director del *Journal*. Los que aparecen en esta antología representan los mejores trabajos de narrativa breve de *Star Wars*; son un grupo diverso, ubicados en variedad de localizaciones y protagonizados por un amplio rango de personajes. Más gente de la que puedo enumerar merece agradecimiento por su ayuda en el camino.

Los más importantes entre ellos son los autores —quienes naturalmente hicieron todo el trabajo duro y merecen el crédito— y Pete, mi predecesor. Pete me acogió a bordo de la plantilla de West End y no sólo me ofreció un fuerte ejemplo, sino que también llegó a ser un buen amigo. Su diligente atención al detalle y su sólida ética de trabajo me dio la firme plataforma de la cual un *Star Wars Adventure Journal* aún más firme sería lanzado. Aunque aquellas revistas nunca llegaron a existir, le agradezco su fe en mí y la oportunidad que me brinda de unirme a él para editar esta antología.

Gracias también a Pat LoBrutto por liderar el camino, y a nuestros antiguos socios de West End por su apoyo, consejo y ánimo. Mi mujer Karrie me ha apoyado en cada empresa y ha sido una constante fuente de fuerza e inspiración. Mis padres, mis hermanos Billy y Doug, y los infames Gotham Highlanders siempre han estado ahí para mí y han apoyado mis esfuerzos a lo largo de los años.

Y gracias finalmente a todos los fans de *Star Wars* cuyo apoyo al *Journal* y las antologías posteriores ha significado mucho para nosotros dos.

CRAIG CAREY
Marzo de 1999

La inspiración y el apoyo vienen de muchas fuentes.

Numerosos autores de talento, un magnífico co-editor, y muchos amigos que me apoyaron merecen elogios por su trabajo en *Star Wars: Relatos de la Nueva República*. Como editor, ayudé a canalizar la inspiración y las ideas de otros, puliendo sus habilidades narrativas para que pudieran compartir estos relatos de *Star Wars* con vosotros. Craig y yo disfrutamos trabajando con todos los autores; cada uno de ellos se ha ganado su sitio en estas páginas.

Cuando West End Games contrató a Craig Carey para dirigir el *Official Star Wars Adventure Journal* en enero de 1998, trajo su actitud profesional, su ilimitado entusiasmo, y un espíritu positivo, todo lo cual es digno de mi admiración. Tras editar el *Journal* durante cuatro años yo mismo, estaba gratamente sorprendido de lo bien que Craig había aprendido todos los aspectos del trabajo. Puso mano firme, guiando esas historias a su estado final. Considero a Craig un editor del *Journal* mucho mejor de lo que yo lo fui jamás. Ha sido un placer trabajar con él. Como dictaron las circunstancias, West End nunca publicó ninguno de sus trabajos. Estoy orgulloso de verlos finalmente aquí.

Muchos otros merecen agradecimientos especiales por *Relatos de la Nueva República*. Patrick LoBrutto y Evelyn Cainto de Bantam Spectra ofrecieron imponderable guía y asistencia a través de los procesos de producir esta antología. Timothy Zahn, Michael A. Stackpole, Jean Rabe, John Withman, y Richard Hawran ofrecieron sus constantes muestras de ánimo y amistad. Numerosos amigos del "lado oscuro" y del "lado luminoso" (y otros por medio) ayudaron a alzar mi espíritu cuando las cosas parecían duras. El calor, la amabilidad y las charlas hasta altas horas de la noche de Denise Clarkston me ayudaron a poner todo en perspectiva. Mi familia me proveyó de firme apoyo y amor, como siempre han hecho a lo largo de mi vida, sin importar las empresas que emprendiera.

Gracias a Lucy Autrey Wilson y Allan Kausch por su guía oficial desde Lucasfilm. Y, por supuesto, George Lucas merece un agradecimiento especial por crear películas que nos inspiraron ayer, nos emocionan hoy, y nos cautivarán en los años venideros.

PETER SCHWEIGHOFER
Marzo de 1999

Interludio en Darkknell

menos de un año antes de la batalla de Yavin

Parte I

Timothy Zahn

—¿Senador Bel Iblis?

Garm Bel Iblis levantó la vista de su datapad, frunciendo el ceño con la sutil tensión del miedo previo a un discurso. El hombre que permanecía a la entrada era el director asistente del Centro Político Treitamma, sobre el que recaía la responsabilidad de suavizar todos los obstáculos que pudieran impedir el paso firme y robusto de un exaltado miembro del Senado Imperial.

O eso es lo que el caballero había explicado con gravedad a la llegada de Bel Iblis aquella tarde. Claramente, la reputación de Anchoron para el discurso florido y el decoro cortés había encontrado un punto focal allí, en el Treitamma.

Lo cual iba a hacer de lo más chocante la franqueza de su discurso aquella noche. La oscura verdad sobre el Emperador Palpatine y su secreta agenda para su recién establecido Imperio…

Sacudió brevemente su cabeza con fastidio. El Director Asistente Graskt aún estaba esperando pacientemente, y ahí estaba él divagando. Esto mostraba la seriedad con la que el discurso, y la situación que manifestaba, habían tomado el control de cada uno de sus pensamientos.

—Sí, Director Graskt, ¿qué ocurre? —preguntó.

—Un caballero de su personal acaba de llegar de Coruscant —dijo Graskt, dando un paso al frente y ofreciéndole una tarjeta de datos—. Me pidió que le entregara esto inmediatamente.

—Gracias —dijo Bel Iblis, sintiendo el hormigueo de su pelo en el cuello al tender la mano al otro lado del escritorio para tomar la tarjeta. Sena nunca le enviaría un paquete sin estar segura de que el mensajero tenía la frecuencia secreta de su comunicador. El hecho de que no hubiera recibido ninguna llamada relativa a tal llegada…

Deslizó la tarjeta en el interior de su datapad. No había nada salvo una única línea: «Reúnase conmigo en la salida noreste. Urgente. Aach».

—¿Habrá mensaje de respuesta, Senador? —preguntó Graskt.

—No, eso es todo —dijo Bel Iblis; su larga experiencia en la arena política le permitía ocultar la súbita tensión de su voz y de su cara. *Aach* era el nombre en clave de un mensajero especial de Bail Organa, un mensajero que el Virrey de Alderaan sólo utilizaba para asuntos de alto nivel de la Alianza Rebelde.

—¿Le gustaría hablar con el caballero? —insistió Graskt—. Le pedí que esperara en la entrada principal.

—No será necesario —dijo Bel Iblis. Lo último que podía permitirse era dejarse ver en público junto a él. Además, Aach ya se habría escabullido por entonces para su reservada reunión—. Tendré tiempo de sobra para verle después de mi discurso.

—¿Entonces el mensaje no es signo de una crisis? —preguntó Graskt.

Bel Iblis sintió que la piel en torno a sus ojos se arrugaba, al tiempo que sus ojos se estrechaban ligeramente. Para alguien que se le había presentado con una doble ración de la tradicional cortesía anchoroni, Graskt mostraba repentinamente un entrometimiento poco característico.

A no ser que Aach hubiera sobredimensionado su influencia para asegurarse de que la tarjeta de datos era entregada. Pero eso no parecía probable. ¿Podría ser Graskt un espía de Palpatine para vigilarle?

Sintió cierta irritación. No, eso era absurdo. Probablemente el hombre sólo trataba de ser servicial.

—Para los empleados de medio nivel, cualquier boletín de noticias significa que una crisis debe estar ocurriendo en algún lugar —improvisó, concediendo a Graskt una sonrisa fácil—. Es suficientemente importante, pero difícilmente una crisis. Ciertamente, nada que merezca retrasar mi discurso. —Miró a su crono—. Lo que me recuerda que entro en escena en quince minutos, y aún tengo que cambiarme.

—Le dejaré para sus preparativos, entonces —dijo Graskt—. Buenas tardes, señor. —Se inclinó pronunciadamente y salió de la habitación.

Bel Iblis contó hasta cincuenta y entonces salió también. La salida noreste del Treitamma estaba separada del conjunto de habitaciones que había entre bastidores, a la izquierda del escenario principal, tan alejada de la bulliciosa entrada principal como era posible. Bel Iblis trató de tranquilizarse mientras bajaba silenciosamente las escaleras, alerta a los diversos empleados apresurándose a su alrededor, haciendo los últimos preparativos para la ronda de discursos de aquella tarde; salió sigilosamente al exterior.

Un deslizador terrestre estaba estacionado en el callejón del servicio, detrás del Treitamma, gris y mudo en la tenue luz de la tarde. De pie sobre el lado más alejado del vehículo estaba Aach, encogido en la escasa sombra que había, tratando de mirar en todas direcciones a la vez.

Bel Iblis cruzó el callejón hacia él, tratando de reprimir una mueca, y no precisamente triunfante. Esa mentalidad de «capa y cuchillo» iba a acabar con ellos.

—No estamos siendo demasiado evidentes, ¿verdad? —sugirió agriamente mientras rodeaba la delantera del deslizador y se detenía, situándose frente al otro.

—Su habitación de trabajo parecía demasiado pública para una reunión —respondió Aach, con una voz tan calmada como su cara—. ¿Hubiera preferido que me presentara en su habitación de hotel después del discurso? Eso podría haber resultado un poco embarazoso.

Bel Iblis sintió la contracción de sus labios. Desafortunadamente, embarazoso no era la palabra adecuada. Su esposa Arrianya, hija de las viejas familias de los Mundos del Núcleo, tenía una fe sin reservas y totalmente inquebrantable en Palpatine y su Imperio,

una fe que primero le había asombrado, después desconcertado, y finalmente frustrado. El conflicto entre sus diferentes opiniones políticas había causado un enfriamiento de su matrimonio en los últimos meses, y había dejado a sus dos hijos en medio de lo que, con demasiada frecuencia, se convertía en un campo de batalla verbal.

El discurso que estaba a punto de pronunciar allí, en el escenario del Treitamma, ya iba a causar suficiente disgusto a Arrianya. Todo lo que necesitaba era que un oscuro mensajero de Bail se presentara en medio de su inevitable discusión posterior.

—¿Cuál es el mensaje? —gruñó.

En la tenue luz, vio que la boca de Aach se contraía.

—Lo siento, Senador. No quería decir…

—Lo sé —dijo Bel Iblis—. ¿Cuál es el mensaje?

Aach miró de nuevo a su alrededor.

—Ha habido un avance —dijo reduciendo su voz a algo más que un susurro—. Hemos localizado el proyecto de Tarkin.

Bel Iblis sintió que su garganta se secaba repentinamente.

—¿Dónde está?

—No lo sé —dijo Aach—. Todo lo que sé es que un mensajero estará en el tapcafé Continuum Void, en la ciudad de Xakrea, en Darkknell, dentro de tres días, con cierta información secreta sobre ello. Bail quiere que envíes a tu asistente de mayor confianza para encontrarse con él y recoger su datapack.

Mensajero. Bel Iblis echó un vistazo a su alrededor, sintiendo un mal sabor de boca. Se habría jugado el fondo del sabacc con el tres si ese supuesto «mensajero» era en realidad el ladrón que había robado el datapack en primer lugar. Una figura militar menor, muy probablemente, un soldado, o puede que un funcionario relacionado con el proyecto.

Y se habría jugado el fondo del sabacc con el *dos* si sus acciones no habían sido motivadas por algo tan desinteresado como el amor a la República.

—¿Y cuánto se supone que debo pagarle?

Aach vaciló perceptiblemente.

—Básicamente, Bail habló de darle todo lo que pidiera. Mire, necesitamos esa información…

—Sí, sí, entiendo —le cortó Bel Iblis—. Si no podemos tener honesto patriotismo, nos conformaremos con honesta codicia.

—Eso cambiará —prometió Aach, con un calmado fuego hirviendo en su voz—. En cuanto la agenda de Palpatine quede finalmente clara, tendremos a la República entera acudiendo en masa a nuestro lado.

—Me conformaría con el cinco por ciento de la Academia Imperial —dijo agriamente Bel Iblis. No era el momento para darle vueltas al exasperante talento de Palpatine para poner una venda sobre los ojos de la gente—. Bien. Hablaré con uno de mis agentes en cuanto termine con mi…

Y con un resplandeciente fogonazo, el Centro Político Treitamma estalló.

Bel Iblis yacía en el suelo cuando comenzó a recuperar la consciencia. Se encontró a sí mismo apoyado contra el muro del edificio del otro lado del callejón, junto a lo que quedaba del deslizador alzándose amenazadoramente frente a él. Tras el deslizador, donde antes se encontraba el Treitamma, ardía un andrajoso fragmento de muro, bañando toda la zona con un surreal resplandor de luz amarilla y humo negro elevándose hacia el cielo.

—¿Senador?

Bel Iblis parpadeó, levantando la vista. Aach se encontraba arrodillado sobre él, con una herida chorreando sangre en un lado de su cara.

—Vamos, Senador, tenemos que sacarle de aquí —dijo con urgencia, tirando de su brazo—. ¿Puede sostenerse en pie?

—Creo que sí —dijo Bel Iblis, juntando sus pies. De nuevo, echó un vistazo al edificio ardiendo, mientras Aach le ayudaba a ponerse en pie…

Y abruptamente, la bruma que cubría su mente pareció difuminarse.

—¡Arrianya! —gritó sofocadamente—. Aach, mi mujer y mis hijos…

—Ellos se han ido, Senador —dijo Aach con voz repentinamente maliciosa—. Y usted va a ser el próximo si no le sacamos de aquí inmediatamente.

—¡Déjame en paz! —gruñó Bel Iblis, tratando de rechazar la mano de Aach y tambaleándose al tiempo que sus temblorosas piernas casi se desplomaban de nuevo—. Tengo que llegar hasta ellos. Déjame *en paz.*

—No —exclamó Aach, agarrando con más fuerza el brazo de Bel Iblis—. ¿No lo ve? Usted es el único al que trataban de asesinar aquí. *Usted.*

Bel Iblis miró fijamente el ardiente edificio, con una sacudida de sufrimiento, vacío e ira imbricándose y atravesándole. No. No, no podía ser. Destruir un edificio entero, matar a docenas o incluso cientos de personas, ¿sólo para alcanzarle a él? Era una locura.

—Parece que utilizaron un detonador termal —dijo Aach, medio guiándole, medio arrastrando a Bel Iblis a lo largo del callejón, alejándole del destrozado deslizador—. Diseñado para echar abajo el Treitamma sin destruir el vecindario entero. Probablemente colocado en algún lugar cerca de su habitación de trabajo.

Y Arrianya y los niños estaban en el centro privado de refrescos charlando con el director jefe. A sólo dos habitaciones de distancia…

Habían alcanzado ya el final del callejón. A la vuelta de la esquina del derrumbado edificio, por todos sus flancos y su fachada principal, pudo ver que se había reunido ya una muchedumbre, con facciones indistinguibles a través del humo y el aire reverberante debido al calor. Sus gritos, apenas audibles sobre el rugido de las llamas, eran como una puñalada de dolor en su corazón.

—Por aquí —dijo Aach arrastrándole hacia un deslizador aparcado en un lado de la calle, con su extremo frontal arrugado y magullado por la explosión—. Puede tomar mi nave, yo regresaré a Alderaan de alguna otra manera. —Abrió la puerta y guió a Bel Iblis al asiento del pasajero.

Otra capa de bruma mental se aclaró de nuevo en la mente de Bel Iblis.

—Espera un minuto —protestó, con medio cuerpo aún fuera del vehículo—. Arrianya y los niños, no puedo abandonarlos.

—Tiene que hacerlo —dijo Aach con voz amarga pero firme—. ¿No me ha escuchado? *Usted* era el objetivo, Senador. Y aún lo es. Tenemos que llevarle a un lugar seguro antes de que se den cuenta de su fallo y lo vuelvan a intentar.

Cerró la puerta sobre Bel Iblis y se dirigió rápidamente al otro lado.

—Pero ¿y si están vivos? —exigió Bel Iblis, buscando a tientas la apertura de la puerta al tiempo que Aach se situaba en el asiento del conductor—. No puedo abandonarlos.

—Están muertos, Senador —dijo Aach calmadamente, con el rostro en sombra al tiempo que se inclinaba hacia delante y se situaba bajo la pantalla de control—. Todo el que estaba en el interior ha muerto, por la explosión en sí o por el derrumbe del edificio. Quienquiera que envió Palpatine para hacer el trabajo fue muy minucioso.

Con una sacudida, el deslizador arrancó.

—Sí —murmuró Bel Iblis, mirando por última vez el edificio en llamas mientras Aach daba media vuelta al vehículo y lo dirigía en dirección opuesta, calle abajo—. Sin duda lo fue.

—Y no va a rendirse ahora —añadió Aach, desplazándose a un lado para despejar el camino de una flota de camiones deslizadores Extintores que se dirigían hacia el incendio. Un esfuerzo malgastado, pensó Bel Iblis, ya insensible, cuando pasaron. Nadie podía hacer nada ya—. Tendrá que pasar a la clandestinidad hasta que Bail y Mon Mothma puedan aclarar esto e identificar al responsable.

—Supongo que sí —dijo Bel Iblis. Sintió frío en su hombro izquierdo y, al mirárselo, vio que, en ese punto, la parte superior de su abrigo había sido arrancada completamente por algún fragmento de escombros volantes, del que no le había protegido el volumen del deslizador de Aach. Extraño; se preguntó por qué no lo había notado antes.

De pronto fue consciente del sereno silencio, y echó un vistazo para encontrar a Aach mirándole cautelosamente.

—¿Está bien, Senador? —preguntó el otro—. ¿Escuchó lo que dije? Tiene que marcharse a algún lugar y esconderse.

—Sí, te oí —dijo Bel Iblis; el dolor en su interior empezaba a dar paso a una negra e hirviente ira. En ese preciso instante, un momento congelado para siempre en el tiempo, Palpatine le había quitado todo lo que amaba. Su esposa, sus hijos, su carrera. Su vida.

Eso sí, todo excepto una cosa.

—Y estaré bien —continuó— cuando Palpatine esté muerto y sea restaurado lo que una vez fue la República.

—Comprendo —murmuró Aach—. Ahora es uno de los nuestros, Senador.

Bel Iblis frunció el ceño.

—¿De qué estás hablando? He sido parte de la Alianza Rebelde desde su formación.

—Pero estaba con nosotros por otras razones —dijo Aach—. Razones políticas, como el abuso de poder de Palpatine, o razones idealistas, como la erosión de la libertad individual o los prejuicios anti-alienígenas en el sistema legal.

Los músculos de su mandíbula se contrajeron brevemente.

—Ahora Palpatine le ha hecho daño a usted. No a otros, sino a usted. Ahora es algo personal.

Bel Iblis respiró profundamente.

—Puede que lo sea —reconoció—. Por otro lado, puede que eso sea exactamente lo que quiere: hacernos creer que estamos luchando por razones puramente personales.

—¿Qué hay de malo en eso?

—Que esa clase de batalla es conducida por la emoción —dijo Bel Iblis—. Al final, la emoción se apaga, y entonces tus razones para continuar la lucha desaparecen. —Tocó los bordes del agujero de su abrigo—. Pero nosotros no vamos a caer en la trampa. Puede hacerme lo que quiera, puede quitarme lo que le plazca. Yo seguiré luchando contra él porque es lo correcto. Punto.

Durante unos minutos, siguieron adelante en silencio. En el retrovisor, la cáscara ardiente se iba alejando tras los demás edificios de la ciudad, dejando sólo una colérica columna de humo de color negro anaranjado marcando la pira funeraria de su familia. De alguna manera, parecía terriblemente equivocado huir de esa manera, como si, accidental y caballerosamente, estuviera ignorando sus vidas y deshonrando su memoria.

Pero no. Ellos estaban muertos, y la deshonra de su sangre estaba únicamente en manos de Palpatine. Todo lo que le quedaba ahora era hacer lo que pudiera para prevenir la muerte de otros de forma tan violenta e inútil.

Y si se acercaban a la verdad los secretos rumores que había oído sobre ese proyecto de Tarkin, la Estrella de la Muerte…

—¿Has dicho que puedo tomar tu nave? —preguntó a Aach.

—Sí, siempre que se sienta con fuerzas para volar solo —dijo el otro—. De cualquier forma, estaba pensando en permanecer por aquí un día o dos.

—¿Por qué? ¿Para ver si puedes encontrar una conexión directa a Palpatine? —Bel Iblis negó con la cabeza—. Ya puedo decirte que perderás el tiempo.

—Es mi tiempo. ¿Hay algún lugar donde pueda esconderse por unos días?

—Hay un par de posibilidades —dijo Bel Iblis—. Pero primero tengo una cita en Darkknell.

—¿Darkknell? —Aach lanzó a Bel Iblis una mirada sobresaltada—. ¿Usted?

—¿Por qué no? —respondió Bel Iblis—. ¿Quién mejor para recoger el datapack que alguien a quien se supone muerto? Mi agenda ya no tiene sentido, ¿sabes? Y no tengo a nadie que me eche de menos si estoy fuera de escena durante unos días. Nadie.

—Pero… —Aach se resistió por un momento—. Señor, eso podría ser peligroso. Cualquier contacto con confidentes tiene ese potencial. No está entrenado para este tipo de trabajo sobre el terreno.

—Pasé mi temporada en el ejército —le recordó Bel Iblis—. Sé cómo manejar un bláster. Y también algo sobre disfraces. No me reconocerán.

—Pero…

—Además —le cortó Bel Iblis con tranquilidad— necesito hacer algo útil ahora mismo. Algo que me ayude a sacar de mi mente… lo que acaba de ocurrir ahí atrás.

Aach resopló suavemente con resignación.

—Muy bien, señor. Pero antes de su partida le daré una carta de presentación para alguien que conozco en Xakrea, con quien podrá contactar en caso de problemas. No tiene especial simpatía por la Rebelión, pero tampoco le hace gracia el Imperio de Palpatine. Tiene muchos contactos entre contrabandistas y otros tipos marginales en Darkknell, que le podrían venir bien si necesita salir del planeta apresuradamente.

—Podría ser —coincidió Bel Iblis, notando con cierta diversión triste que Aach se había abstenido cuidadosamente de mencionar el propio estatus de su amigo en la sociedad marginal. ¿Un contrabandista, o puede que un comerciante de objetos robados? ¿O algo incluso más indeseable?

Aunque si a eso iba, la Alianza Rebelde tenía ciertamente una buena fracción de personajes indeseables. A algunos les habría atraído la esperanza de rápidos beneficios, aunque éstos probablemente habían quedado desilusionados en tiempo record. Pero otros se encontraban entre los luchadores más tenaces y efectivos de la Alianza.

—¿Confías en él?

Aach se encogió de hombros, algo incómodo.

—Creo que sí, siempre que no le presione demasiado ni le haga muchas preguntas. Ni le diga quién es ni para quién trabaja. De cualquier forma, me debe un par de favores.

—Ya veo —murmuró Bel Iblis—. Siempre reconforta tener aliados.

—Incluso podría ir con usted —ofreció Aach, con una clara nota de reticencia oculta bajo sus palabras—. Se supone que me iba a dirigir de vuelta a Alderaan. Dadas las circunstancias, sé que Bail lo entendería.

—No —dijo firmemente Bel Iblis—. Sin duda, Bail te necesita en otro lugar, y yo puedo hacer esto por mí mismo. Sólo ayúdame a salir de Anchoron, y después sigue tu camino.

Aach dudó, y entonces asintió con la cabeza.

—Muy bien, Senador. Si insiste…

Bel Iblis miró por el retrovisor, con su vista atraída de mala gana hacia la turbulenta torre de humo negro que surgía por detrás. La conmoción estaba empezando a pasar, y una miríada de pequeñas heridas y punzantes dolores comenzaban a hacerse sentir a través de su cuerpo.

Pero nada de eso podía acercarse lo más mínimo al amargo dolor de su corazón. Arrianya y los niños…

—Sí —dijo con tranquilidad—. Insisto.

***

El hombre sentado solo a la mesa, al otro lado del concurrido tapcafé, era rubio y de estatura bastante reducida, con los ojos como dardos, y la crispada boca de alguien que estaba donde no quería estar. No era mucho más que un niño, en realidad, lo que podría explicar su incomodidad en una ruin cueva de laxitud como el Continuum Void.

Por otro lado, su estirada espalda tenía cierto aire del ejército Imperial, y si había una apuesta segura en esta galaxia, era que militares y tapcafés raramente necesitaban ser presentados formalmente.

Moranda Savich sorbió su bebida de color azul pálido, haciendo una mueca ante su extraño sabor picante; siguió estudiando al niño incluso cuando se reprendió a sí misma por permitir que sus pensamientos se desviaran de esa forma de su objetivo. Después de todo, la única razón que la había llevado a Darkknell estaba en que aquello no era Kreeling, Dorsis o Mantarran. El Inspector Hal Horn de la Seguridad Corelliana ya le había seguido la pista y la había ahuyentado de todos esos planetas, y muy probablemente continuaría su racha ganadora localizándola allí también. Cuanto antes averiguara una manera sigilosa de salir de aquella roca, más posibilidades tendría de permanecer por delante de él hasta que se rindiera y se fuera a casa.

Resopló suavemente. Ni soñarlo. Horn no iba a rendirse, al menos no mientras ella estuviera viva. Era de esa clase de hombres, totalmente irritantes, que hacen cumplir la ley, que combinan la amenaza de incorruptibilidad con el fastidio de no saber cuándo abandonar.

Al otro lado del tapcafé, el niño deslizó una mano bajo el lado izquierdo de su chaqueta al tiempo que echaba un vistazo a su alrededor. La segunda vez que había hecho eso en los últimos diez minutos, advirtió Moranda. Debía ser algo de lo que tenía que asegurarse que aún estaba ahí…

¡Para! Se ordenó a sí misma severamente. Ella estaba en fuga, y no era momento de vacilar por dinero. Provocar a los locales por algún motivo sería completamente contraproducente, especialmente si les provocaba lo suficiente como para que la atraparan con especia, mercancías, o cualquier cosa que el niño llevara y que le estaba poniendo tan nervioso.

Él alzó su copa hacia sus labios, dando medio giro para lanzar una mirada hacia la puerta del tapcafé, su novena comprobación de este tipo desde que Moranda le estaba observando. Al hacer esto, su chaqueta se estiró momentáneamente contra el objeto de su bolsillo, permitiéndole a ella vislumbrar brevemente su forma. Era cuadrado, ligeramente más grande que una tarjeta de datos, pero considerablemente más grueso.

¿Un datapack? Podía ser. Probablemente con entre seis y diez tarjetas, a juzgar por el grosor, reunidas en una cubierta protectora.

Moranda removió el licor azul de su vaso pensativamente. Bien, veamos. Un datapack implicaba una perspectiva muy diferente de las cosas. Cualquier policía u operario de seguridad conocía la especia y otros artículos de contrabando a la vista, al olfato o al gusto; pero un simple y aparentemente inocente datapack era un asunto

completamente distinto. Era algo que cualquiera podría llevar, algo que incluso el estúpido más suspicaz tendría que esforzarse mucho para probar que no era de su propiedad desde el principio.

Más aún, probablemente era algo que valía dinero duro y frío. Y dinero era lo que necesitaba si quería salir de allí por delante del Inspector Horn y su puñado de órdenes de arresto corellianas.

Sólo quedaba una cuestión: cómo arrancarle el datapack a su nervioso dueño sin ser atrapada.

El símbolo luminoso que señalaba las estaciones sanitarias se encontraba sobre la pared del lado más alejado de la mesa del niño. Rellenando su bebida con la jarra, ella se levantó y caminó en esa dirección, confiriendo un titubeo ligeramente ebrio a sus movimientos. Con un único vistazo casual mientras se paseaba ante él, percibió que su chaqueta estaba cortada en estilo Preter, con un profundo bolsillo interno situado a cada lado, bajo el inicio del brazo. Posiblemente abrochado por arriba, pero no seriamente sellado, seguramente. Aunque con el joven encorvado sobre la mesa de la manera en que estaba, la única manera de llegar al datapack sería conseguir que se quitara la chaqueta, al menos parcialmente.

Pero eso era aceptable. Disfrutaba con los desafíos.

Las estaciones sanitarias eran como el resto del Continuum Void: viejas y más que ligeramente destartaladas. Encerrándose en una de ellas, dejó la bebida sobre la repisa, de bordes desvencijados, y se puso al trabajo.

Las pequeñas baldosas que forraban la estación eran el primer objetivo.

Sacó su cuchillo y, haciendo palanca, levantó dos de ellas de la pared, y las recortó al tamaño de una tarjeta de datos. Bajo el troquelado había una capa del panal de baja calidad que servía como filtro de aire pasivo en lugares de bajo nivel como ese; una doble capa del mismo intercalado entre ambos troquelados sumaba el grosor requerido. Con uno de sus diáfanos pañuelos de color negro envolvió levemente el paquete para mantenerlo unido, y había acabado. El objeto no se parecía en nada a un datapack, pero era del tamaño, forma y peso adecuados. Con la conveniente distracción, los movimientos correctos, y puede que un poco de suerte, debería funcionar.

Tras rebuscar en su riñonera un aislado cigarro que llevaba sólo para tales ocasiones, lo encendió y lo sostuvo entre dos dedos de su mano derecha, agarrando su vaso de licor con la punta de los dedos de la misma mano. Entonces, con el datapack señuelo oculto como mejor podía en su mano izquierda, abrió la puerta y se dirigió hacia la sala principal del tapcafé.

El niño no se había movido durante los pocos minutos que ella había estado ausente, ni había hecho su aparición el contacto que, obviamente, estaba esperando. Sosteniendo discretamente su datapack señuelo en el costado, con un evidente balanceo en su manera de andar, inició su marcha a través de la multitud rumbo a su mesa, dirigiéndose esta vez hacia el estrecho hueco situado detrás del niño. Esquivó a un Barrckli borracho, lanzó una

dura mirada de advertencia a un barbudo pastor de nerfs que miró como si estuviera empezando a tener ideas sobre ella, y pasó tras el niño.

Y con una repentina sacudida, como si hubiera tropezado, cayó pesadamente contra el respaldo de la silla del niño, y salpicó con el contenido de su vaso el extremo encendido de su cigarro, por encima de su chaqueta.

El licor se inflamó con un apagado susurro dando lugar a una bola de fuego pequeña pero muy satisfactoria.

—¡Cuidado! —gritó Moranda, dejando caer vaso y cigarro sobre el suelo y agarrando el borde del mantel por encima del hombro del niño. Tiró de él, esparciendo vasos y platos en todas direcciones, y lo llevó, pasando por un flanco de su cabeza, hacia las llamas que bailaban en la espalda de la chaqueta del chico. Simultáneamente, tiró de la solapa izquierda con la punta de los dedos de su mano izquierda. Como respuesta, él movió hacia atrás su brazo de forma refleja, dándole a ella la tranquilidad necesaria para arrancar la radiante prenda del dorso de su cuello.

Y mientras ella golpeaba vigorosamente las llamas, ya menguantes, con el mantel, su mano izquierda se introducía en el bolsillo interior de la chaqueta, extrayendo el datapack y dejando el señuelo en su lugar.

—Cuánto lo siento —repetía ella una y otra vez con la más avergonzada de sus voces, golpeando aún con el mantel los hombros del niño, a pesar de que el fuego ya estaba apagado, al tiempo que deslizaba el botín al interior de su riñonera, tras su tarjeta de datos—. Lo siento terriblemente. Me torcí el tobillo y… ¿Estás bien?

—Estoy bien, estoy bien —gruñó el niño, girándose hacia la derecha y agarrando el mantel—. Ya está apagado, ¿verdad?

—Oh, sí —le dijo ella, dando un último golpe en su espalda antes de dejar que le arrebatara el ahora arrugado mantel—. Cuánto lo siento. ¿Me permites comprarte una bebida?

—No, olvídalo —dijo él, apartándola con la mano y tratando de girarse un poco más. ¿Tratando de verla con más claridad?—. Únicamente márchate y déjame en paz.

—Por supuesto —dijo Moranda, relajándose al tiempo que fingía recolocar la chaqueta sobre los hombros de él, permaneciendo justamente fuera de su visión. Por el rabillo del ojo, vio su mano deslizarse bajo su chaqueta hacia el bolsillo. Los dedos escudriñaron la forma del señuelo y se retiraron, aparentemente tranquilizados—. Cuánto lo siento.

—Márchate —repitió él, empezando a sonar algo enfadado. Claramente, no le gustaba concentrar toda esa atención sobre él.

—Sí, por supuesto. —Moranda se alejó por su lado izquierdo y, mientras él giraba la cabeza en esa dirección, tratando aún de ver su cara con claridad, ella le dio la espalda y se dirigió hacia su mesa a través de la multitud.

Llegó allí, pero no se sentó. El comprador del niño podía llegar en cualquier momento, y ella no tenía ninguna intención de estar por los alrededores cuando él sacara triunfante el señuelo de su bolsillo. Dejando el precio de su bebida sobre la mesa, se

dirigió desgarbada hacia la puerta y salió al picante aire de Darkknell. Era momento de encontrar un lugar agradable y tranquilo para ocultarse durante un tiempo y ver lo que había ganado.

***

Bel Iblis miró fijamente al joven rubio a través de la mesa del tapcafé, con una sensación de irrealidad golpeando su cerebro y el pulso palpitando con fuerza en su cuello.

—¿Qué quieres decir? ¿Lo has perdido? —reclamó en voz baja—. ¿Cómo se puede *perder* un datapack entero? ¡Especialmente del bolsillo de tu propia chaqueta!

—No use ese tono *conmigo*, amigo —gruñó el otro, con sus ojos moviéndose rápidamente alrededor de la sala medio vacía—. Y si insinúa que estoy tratando de elevar mi precio, más le valdría pensarlo de nuevo. Asumí un enorme riesgo al obtener ese material y traerlo aquí. Un *enorme* riesgo. No me siento más feliz que usted por que haya desaparecido.

Bel Iblis tomó aliento cautelosamente, tratando de contener su creciente ira. Puede que él no fuera un operario de campo Rebelde como Aach, pero sabía cómo leer a las personas, y tanto la cara como la voz del joven tenían la resonancia de la verdad.

Lo que significaba que ambos quedaban en una posición increíblemente peligrosa. En el momento en que la ladrona se diera cuenta de lo que había encontrado…

—¿Hay alguna manera de que puedan rastrearlo hasta ti? —preguntó con calma.

El joven resopló en su taza.

—Seguro, si realmente quieren tomarse la molestia. Conociendo la reputación de Tarkin, probablemente lo harán.

—Entonces tenemos que recuperarlo.

El niño resopló de nuevo.

—*Usted* puede ir a buscarlo debajo de las piedras si quiere. En cuanto a mí, me ocultaré entre las hierbas más altas mientras pueda.

—Huye ahora y sabrán con seguridad que fuiste tú quien filtró los datos —advirtió Bel Iblis.

—Como si eso importara —replicó el otro severamente, apurando su taza y devolviéndola a la mesa con un golpe innecesariamente ruidoso—. Ella no va a ponerse a deliberar tanto tiempo, ¿sabe? En cuanto lo entregue, el puerto espacial será bloqueado con firmeza mientras la gente de Tarkin se despliega por todo el planeta. Si quiere esperar a que eso ocurra, allá usted. —Se levantó—. Mientras tanto, diviértase y olvide que me ha visto.

Caminó a través de la sala y desapareció tras la puerta.

—Lo intentaré —murmuró Bel Iblis. Tomando un sorbo de su taza, intentó pensar.

Porque su compañero de bebida estaba equivocado. El ladrón no entregaría su botín a las autoridades con tanta facilidad. Alguien suficientemente frío como para sustraer un

datapack en medio de un atestado tapcafé sería también suficientemente frío como para intentar sacar beneficio de su adquisición. Y eso significaba vender el datapack.

Lo cual sólo dejaba la cuestión de cómo convencerla para venderlo a la Alianza Rebelde en lugar del Imperio.

Pescando algunas monedas de su bolsillo, las dejó caer sobre la mesa, junto a su taza, y se dirigió a la puerta. Una cosa *era* cierta, él solo no iba a ser capaz de localizar a la ladrona en una ciudad del tamaño de Xakrea. Eso significaba que necesitaba a alguien con contactos en la población marginal del planeta; y *eso* significaba conectar con el contacto local de Aach.

Esperaba que ese hombre debiera a Aach *muchos* favores.

***

La sala era pequeña, oscura y exigua, en fuerte contraste con las brillantes luces, las volutas y el costoso lustre que era la norma en el resto del Palacio Imperial. Causaba impresión a la mayoría de los no iniciados que entraban allí, e incluso aquellos que sabían qué esperar pasaban invariablemente sus primeros minutos ajustando sus ojos y mentes al contraste.

Y eso era precisamente lo que Armand Isard quería. Las personas fuera de balance eran personas vulnerables, y la vulnerabilidad era una de sus cualidades favoritas en enemigos y aliados sin distinción. Pues los aliados, después de todo, no eran más que personas que aún no habían vivido hasta dejar de ser útiles para el Imperio, el Emperador y el mismo Isard.

Invariablemente, todos ellos terminaban haciéndolo.

Su comunicador emitió un sonido metálico.

—¿Director Isard? —la voz de su asistente salió del altavoz—. El Agente de Campo Isard ha llegado.

—Que pase —ordenó Armand, permitiéndose una engreída sonrisa. Que él supiera, no había muchos hombres con hijas que se hubieran entregado de forma tan voluntariosa y sacrificada a la línea de trabajo de su padre como había hecho su Ysanne. Una excepcional agente de Inteligencia ya, había demostrado una y otra vez un vigor y crueldad en la persecución de los enemigos del Imperio que habría avergonzado incluso a algunos Moffs.

Una actitud que, afortunadamente, estaba sólidamente asentada en la competencia, el ingenio y la eficacia. En la mente de Armand, nada era más despreciable que un ansioso agente de Inteligencia de quien pudieran burlarse contrabandistas y Rebeldes.

La engreída sonrisa se desvaneció. Inteligente y eficaz, seguro. Pero iba a necesitar hasta la más pequeña de sus habilidades si quería salir de esta.

La puerta se abrió.

—¿Me has llamado? —dijo Ysanne gravemente desde la puerta.

—Siéntate —dijo Armand en el mismo tono, sintiendo otro destello de orgullo mientras le señalaba una silla. Sobra decir lo que podría haber implicado tal reconocimiento, con la subyacente sugerencia o invitación de tratamiento preferencial, en el caso de otra persona. En esa sala, en ese edificio, ella era un agente y él era su director, y esa era la totalidad de su relación—. Tengo un importante trabajo para ti.

—¿Cómo de importante? —preguntó ella mientras descendía con gracia sinuosa hacia la silla.

—En tu caso, podría lanzar tu carrera —dijo él—. Aunque en el caso de muchos otros, podría destruirla.

Los ojos de ella titilaron perceptiblemente. Tenía la ambición de la familia Isard, la misma ambición que había encumbrado al mismo Armand.

—Cuéntame más.

Armand seleccionó una tarjeta de datos entre un montón que se encontraba sobre su escritorio.

—Un datapack de ocho tarjetas ha sido llevado a Darkknell —dijo él, deslizando la tarjeta hacia ella, a través del escritorio—. Este datapack debe ser recuperado a toda costa.

—¿Punto de origen?

—El sistema Despayre —dijo Armand, observando atentamente su cara.

Una vez más, el breve destello en los ojos de Ysanne le mostró que las sospechas que mantenía desde hacía tiempo eran correctas. A pesar de los procedimientos de seguridad más rigurosos, Ysanne se las había arreglado de alguna manera para saber sobre el proyecto de la Estrella de la Muerte, incluso hasta el punto de conocer el lugar donde estaba siendo construida.

—Así pues, comprendes la seriedad de la situación —continuó—. En estas circunstancias, difícilmente puedo declarar el estado de emergencia en todo el Imperio y bloquear el sistema Darkknell con un anillo de Destructores Estelares.

—Ciertamente, no por un proyecto que ni tan siquiera existe oficialmente —coincidió Ysanne, casi sin pensarlo—. Supongo que eso significa también que no vas a enviar una completa fuerza de Inteligencia conmigo. —Sus cejas se alzaron ligeramente—. ¿O hay algo más en todo esto? ¿Es este robo algo personal?

Armand hizo una mueca.

—Suficientemente personal —admitió—. Al sospechoso le fue entregada una acreditación de seguridad por uno de mis socios cercanos, un alto rango de nuestro departamento que se encontrará en serios problemas si no conseguimos recuperar el datapack antes de que caiga en manos de la Alianza Rebelde. *O* antes de que lo recupere algún otro miembro de Inteligencia.

Ysanne tomó la tarjeta de datos.

—¿Está aquí el expediente del traidor?

—Del sospechoso de traición, sí —dijo Armand—. Junto con varios posibles Rebeldes que podrían ser enviados para recogerlo.

Ysanne asintió con la cabeza.

—Así pues, quieres que recupere el datapack, confirme la identidad del traidor y capture al agente rebelde. ¿Es así?

Armand reprimió una sonrisa. La famosa confianza de la familia Isard…

—O, de todo eso, todo cuanto puedas conseguir en el tiempo que tendrás —dijo—. He ordenado el bloqueo de los puertos espaciales de Darkknell, pero dudo que las autoridades locales sean capaces de mantenerlos así durante mucho tiempo. Recuerda que recuperar el datapack es la parte más importante del trabajo.

—Entonces más vale que empiece ya —dijo ella, deslizando la tarjeta de datos en un bolsillo de su túnica—. Supongo que no hay problema en que lleve conmigo a uno de mis matones.

—Si lo necesitas —dijo Armand—. Asegúrate de que sea alguien en quien confías, y no le informes de lo que realmente estás buscando.

—Por supuesto que no —dijo ella, levantándose—. ¿Solicitarás una nave mensajera para mí?

—Ya está preparada —le dijo Armand—. Adiós y buena suerte.

Ella le concedió una lánguida sonrisa.

—Los Isard construyen su propia suerte —le recordó suavemente—. Me mantendré en contacto.

Parte II

Michael A. Stackpole

Hal Horn suspiró marcadamente cuando el oficial de la Agencia de Defensa de Darkknell ojeó la tarjeta de identificación, permisos de viaje y autorizaciones que había traído consigo. Según le parecía a Hal, todos los miembros de la burocracia xakreana habían estudiado esos mismos archivos con tal intensidad que aparentaban estar digitalizando los datos y cargándolos directamente en sus cerebros. Había venido a Darkknell, y específicamente a la ciudad de Xakrea, porque la legendaria atención al detalle y odio al desorden de los oficiales locales les convertía en aliados naturales en su búsqueda de Moranda Savich.

Ahora no estoy tan seguro, pensó. Echó una ojeada a aquel pequeño y liviano individuo.

—Creo que verá, Coronel Nyroska, que todos mis archivos están en orden. Realmente, lo único que quiero es que dé una alerta que ponga a su gente a buscar a mi objetivo en caso de que intente abandonar el planeta.

Los oscuros ojos de Nyroska se estrecharon.

—Por supuesto se da cuenta, Inspector Horn, de que no tiene absolutamente ninguna jurisdicción aquí.

—Eso lo sé, pero…

—Y aunque nosotros estamos dispuestos a cooperar con nuestros compañeros agentes de la ley, hace ya tiempo que se acabaron los días de los vigilantes Jedi viajando aquí y allá, persiguiendo villanos y emitiendo severos veredictos en el mismo momento y lugar. Los días de la justicia de sable de luz han terminado.

—Lo comprendo, Coronel. —Hal se giró parcialmente a un lado, para que su altura y volumen no parecieran amenazar al xakreano. En cuanto a sus normas, entregué mi bláster cuando tomé tierra y no llevo ningún arma encima.

—Encomiable, Inspector. Y creo que es bueno que permanezca con ropas civiles, para que su presencia no pueda ser malinterpretada. —Nyroska presionó un botón de su datapad, expulsando la tarjeta de datos que contenía los documentos de Hal. Jugó con ella durante un momento y entonces se la ofreció al coreliano—. Su presa, esa Savich, ¿no es un criminal violento? Nada en sus registros indica que lo sea.

—No, señor. Sólo es buena sustrayendo objetos de valor a los incautos.

—¿Una ladrona, por tanto?

—De las mejores.

Nyroska se levantó abruptamente, deslizando hacia atrás su enorme silla. La silla y el gran escritorio habían ayudado a empequeñecer a Nyroska, pero eso no era demasiado complicado. *¡Es incluso más pequeño que Corran!* Hal archivó el detalle para utilizarlo la próxima vez que su hijo se quejara de su baja estatura. El Coronel señaló con su mano hacia la puerta de la oficina.

Hal parpadeó.

—¿Eso es todo?

—Realmente no tenemos nada más que discutir.

—¿Y qué hay de poner en alerta a los controladores de los puertos espaciales?

Nyroska le mostró una suave sonrisa mientras rodeaba el escritorio y apoyó su mano sobre la región lumbar de Hal.

—Mi querido Inspector Horn, nuestros controladores están ya en alerta. Recibimos una petición de las autoridades imperiales para que estuviéramos al acecho de agentes rebeldes que vendrían aquí. Usted ha sido testigo de nuestra minuciosidad, se ajustaba al perfil que se nos dio. Como puede imaginar, este asunto imperial nos está haciendo perder mucho tiempo. Añadiré el nombre de esa tal Savich a nuestra lista de detención pero, a no ser que pueda vincularla a los rebeldes, será una preocupación secundaria.

Hal cerró sus ojos por un momento y espiró lentamente. En los últimos años, la galaxia se había puesto patas arriba, tanto que le costaba reconocerla. Las autoridades imperiales estaban obsesionadas con la Rebelión y, aunque se podían encontrar simpatizantes de los rebeldes por todas partes, en Corellia se habían descubierto muy pocos agentes rebeldes. Había oído rumores de que Garm Bel Iblis había tenido conexión con la Rebelión, pero consideraba la mayoría de estos rumores como un normal efecto colateral de la política. *Y con Bel Iblis muerto, de ninguna manera puede defenderse ya contra tales mentiras*.

Con todo, aquellas mentiras habían contribuido a marcar a Hal y a cualquier otro corelliano como un potencial agente rebelde. Mientras las autoridades a las que había acudido en busca de ayuda para encontrar a Moranda Savich le estaban examinando, ella podía haber estado danzando entre montones de naves dirigidas a puntos desconocidos. En otra época, agarrar a alguien de su reputación habría hecho saltar de gozo a un hombre como Nyroska, pero al concentrar el Emperador cada vez más energía en la Rebelión, las prioridades se habían desplazado.

—Me resultaría muy fácil mentirle, Coronel Nyroska, y decirle que es ella el agente rebelde que está buscando. —Hal negó lentamente con la cabeza—. No lo es. Al menos, no conozco ninguna conexión rebelde que pueda tener.

—Gracias por su honestidad, Inspector.

Hal se detuvo en la entrada y le miró arqueando una ceja sobre un ojo color avellana.

—¿No esperaba honestidad de un corelliano?

—Todo lo que espero de usted es respeto a nuestras normas, Inspector. —Nyroska se encogió de hombros con inquietud—. En estos días nunca espero honestidad, de nadie.

El corelliano pensó durante un momento, y entonces asintió con la cabeza.

—Tengamos esperanza en un regreso a los viejos tiempos, cuando aquellos que perseguíamos realmente cometían crímenes. Gracias por su ayuda. Cuando la encuentre, se lo haré saber.

***

Ysanne Isard miró con furia a Trabler mientras su asistente salvaba finalmente el control de Inmigración.

—¿Qué te ha retrasado?

Él encogió sus voluminosos hombros.

—Comprobación de perfil, supongo.

Ella estuvo a punto de exclamar que no debía asumir nada, pero se contuvo. Había elegido a Trabler para acompañarla a causa de su inquebrantable lealtad al Imperio, y porque recordaba la manera en que arrancó la cabeza a un preso ithoriano con sus propias manos. *Está aquí por sus músculos, nada más. Hará lo que le diga cuando se lo diga. El pelo rubio y el origen corelliano de su identidad tapadera han tropezado probablemente con el sistema xakreano de perfiles. Su tendencia a ser excesivamente minuciosos sólo nos retrasará, razón por la cual no quiero ningún contacto oficial con ellos.*

—No importa. Traen ya nuestro deslizador. ¿Estás seguro de poder navegar?

Trabler asintió una sola vez.

—He estudiado los mapas locales, y siempre tengo mi datapad como apoyo.

—Bien. —Ella tomó la delantera hacia la salida del puerto espacial y se encontró con un hombre situado junto a un deslizador de alquiler. Llevaba una señal que decía «Glasc», el sobrenombre fingido por ella. Ella y Trabler se dirigieron hacia él, se

identificaron y tomaron posesión del vehículo. Mientras Trabler se deslizaba al asiento del conductor, ella tomó su plaza en la parte trasera.

Isard encendió su datapad.

—Tengo archivos sobre la población marginal de Xakrea y estoy obteniendo actualizaciones a través del comunicador mientras los locales marcan sus archivos. Como los rebeldes buscarán refugio sin duda entre esa escoria, buscaremos ahí también. Nuestra presa querrá alterar su identidad, y sólo hay unos cuantos lugares que ofrecen tales servicios aquí. Empezaremos inspeccionándolos.

—Como desee, Agente Especial Isard.

—Únicamente hay una dirección en la calle Ryloth Este y otra en el paseo Palpatine. ¿Cuál está más cerca?

—Ryloth, al parecer. —Trabler la miró a través del espejo—. ¿Es esa su prioridad, por tanto?

—En efecto. —Ella sonrió fríamente ante el reflejo de sus ojos—. Cualquiera que le pueda haber vendido una nueva identidad nos la venderá a nosotros. Vamos, tenemos muchas compras que hacer hoy.

***

Hal dio las gracias al conductor del aerotaxi y elevó al doble la tarifa que le había cobrado.

—Sí, aquí es. 24335 de la calle Ryloth Este, justo donde quería llegar.

El devaroniano miró a su alrededor el sórdido barrio y se dirigió a Hal de nuevo.

—Ryloth Oeste se ajusta más a usted, amigo.

Hal negó con la cabeza y señaló con un pulgar la tienda de curiosidades.

—Arky es un viejo amigo. —Mostró al taxista un conspirativo guiño—. Nunca me viste, ¿eh?

—Entiendo, compañero. Nunca te vi.

El corelliano salió del taxi y dio un portazo. Observó cómo arrancaba, y entonces pasó por encima de una pila de basura y se dirigió derecho a la puerta de transpariacero de la tienda. La inscripción pintada sobre la puerta revelaba que la tienda era el Emporio de Tesoros Olvidados de Arky; Hal se figuró que la mayoría de ellos estaban olvidados por estar sepultados bajo capas de polvo. Todos los artículos expuestos en el escaparate estaban decolorados por el sol y agrietados, invitando difícilmente al viandante a aventurarse al interior.

Y no es que tengan demasiados viandantes por aquí abajo, pensó Hal. Abrió la puerta y escudriñó rápidamente el lugar. El único cliente aparte de él echó una rápida mirada en su dirección cuando la puerta vibró al abrirla Hal. Entonces se dio la vuelta y pareció muy interesado en impedir que Hal consiguiera mirar a su cara. Ese comportamiento

habría sido captado por Hal como algo extraño, pero el cliente estaba probablemente tomando ejemplo de la manera en que Arky había palidecido al reconocer a Hal.

—Seb Arkos, qué sorpresa. —El oficial de la Fuerza de Seguridad Corelliana mantuvo su voz leve—. Lo último que recuerdo es que habías ganado un viaje a Kessel con todos los gastos pagados.

Seb Arkos resopló. Era tan alto como Hal, pero tenía una constitución esqueléticamente delgada que se correspondía con el reumático refunfuñar que subrayaba sus palabras.

—Sí, bueno, la minería del brillestim no es lo mío. Estas fuera de tu rango, ¿no es así, agente?

—Me duele, Arky. Vengo hasta aquí para verte y todo lo que obtengo es hostilidad. —Hal se paseó por la tienda, encontrando sólo una colección de basura. Estuvo a punto de hacer un comentario sobre ello, pero recordó la habilidad de su esposa para meterse en ese tipo de lugares y rescatar tesoros de ellos—. ¿Negociar con antigüedades *es* ahora lo tuyo, o aún falsifican estas delicadas manos los mejores documentos de identificación y transporte de la galaxia?

Una sonrisa traicionó a Arky durante un segundo, y entonces frunció el ceño.

—Trato de mantener limpia mi nariz.

Hal elevó sus manos abiertas.

—Eh, los fisgones locales no son amigos míos.

—¿Pero estás buscando a un amigo?

—Alguien sobre quien siento lo mismo que siento sobre ti, Arky. —Hal deslizó de su bolsillo un holograma estático de Moranda Savich y lo encendió para el falsificador—. Moranda Savich. ¿La has visto?

—¿Moranda Savich? —El raquítico hombre golpeó con un huesudo dedo contra su barbilla—. ¿Moranda Savich?

Hal señaló con un pulgar al otro cliente de la tienda.

—¿Quieres que empiece a preguntar a tu clientela?

Los ojos de Arky se ensancharon, transmitiendo el pálido azul una sacudida de temor.

—No, no hay necesidad de eso. La vi por… ya sabes, lugares.

—¿Contratando tus servicios?

El falsificador negó con la cabeza.

—No, no me ha pedido que falsifique nada para ella.

Hal captó un indicio de engaño en el tendero.

—No intentemos cortar la verdad demasiado fina. Ella te ha hablado de sacarla ilegalmente de esta roca, ¿verdad? ¿Y tú imaginaste que, en el proceso, la engañarías con unos documentos de datos limpios?

Los ojos del cadavérico hombre se estrecharon, y un mechón de pelo blanco cayó sobre su frente.

—Bien, bytes exactos, sin ningún bit manipulado. Estuvimos hablando. Ella quiere marcharse, y tú eres el motivo. Está insistiendo mucho.

—¿Y me vas a permitir saber cuándo será la próxima vez que te encuentres con ella?

Arky levantó la cabeza.

—Mira, Horn, sabes que yo no entro en ese juego. Tú me engañaste para unirme a Booster y a los otros en Kessel, pero yo no les traicioné, ¿verdad? Fui leal a mis compañeros.

Hal se encogió de hombros y cruzó los brazos sobre su pecho.

—Bien. Puedo quedarme aquí esperando para siempre. Tú y yo seremos socios de negocios. Yo seré tu socio callado, e inspeccionaré a todo el mundo, al menos hasta que tú decidas no seguir callado.

Arky le miró frunciendo el ceño, y entonces se pasó una mano bajo la nariz.

—Vale, quizá ella iba a venir por aquí. Pronto, puede ser.

El inspector de la Seguridad Coreliana asintió con la cabeza.

—No está mal. Puedo esperar.

—Fuera, ¿eh?

Hal echó una mirada desde Arky hasta el otro hombre que había en la tienda, y entonces vio a una mujer aproximándose a la puerta.

—Por supuesto. De cualquier forma, parece que esto estará pronto abarrotado. Esperaré fuera. Ella no me verá y nunca sabrá que fuiste tú.

Al otro lado de la calle, oculta en las sombras de un callejón, Moranda Savich golpeó una mano abierta contra el muro. Seb Arkos había sido el único agente de las sombras que había estado dispuesto a hablar con ella. La prohibición imperial había atemorizado a todos los demás. *Por supuesto, no hay que ser un genio para saber que un corelliano expatriado no sería lo suficientemente listo como para tener miedo a los imperiales.* Las autoridades locales estaban tan mal gobernadas y tan exageradamente reguladas que tenían que rellenar kilobytes de formularios de datos antes de poder utilizar un bláster. *Muy distinto al rumor sobre los imperiales, que sostiene que obtienen pagas extra por ahorrar al estado los costes de un juicio.*

Ella quería salir de Xakrea lo antes posible, y encontrarse con Seb Arkos la tarde anterior había parecido un perfecto golpe de suerte, *suerte que ahora se había agriado*. Al dirigirse hacia su tienda para hacer sus preparativos, quién no iba surgir de un aerotaxi sino Hal Horn, tan grande como la vida y tan malditamente cerca para su comodidad.

Lo más cerca que había conseguido hasta entonces. Un minuto más tarde la habría atrapado en esa tienda. Ella se permitió una media sonrisa. *Bien, no* toda *mi suerte es mala.*

A Moranda no le había llevado mucho tiempo juntar unas cuantas piezas de puzzle a medida que se desarrollaban los acontecimientos en Xakrea. Había utilizado su datapad para echar un vistazo a las tarjetas que había sustraído, pero estaban encriptadas. Aunque no era una pirata informática, conocía unos cuantos trucos y fue capaz de determinar que los archivos habían sido codificados con fuertes rutinas de encriptado imperiales. Dado que había ocho tarjetas en el conjunto, imaginó que debían ser algunos archivos militares bastante extensos, siendo los archivos militares la única cosa que se correspondía con la

conducta del mensajero. Los únicos que querrían archivos militares imperiales serían los enemigos del Imperio, es decir, la Rebelión. La prohibición imperial en el puerto espacial estaba relacionada con una búsqueda de rebeldes, lo que confirmaba sus sospechas.

Esto la conducía a un problema completamente nuevo, que convertía a Hal Horn en un decidido asunto secundario. Moranda había oído rumores sobre la Rebelión, había transmitido algunos y se había asombrado ante otros, pero en general se mantenía lejos de verse involucrada. En su línea de trabajo, la cara de la moneda no importaba mucho realmente, sólo importaba el hecho de que la moneda estuviera ahí y pudiera ser sustraída. Cualquier gobierno vería con malos ojos su manera de ganarse la vida, ya fuera imperial, local o aquello que los rebeldes instalaran. *Esa gente se preocupa por las leyes, mientras que yo me preocupo por evadirlas.*

Tener un datapack repleto de secretos militares imperiales podría ser interpretado fácilmente por las fuerzas imperiales y locales como signo de que era una rebelde. No sabía si eran ciertos o no los rumores sobre lo que hacían los imperiales con los rebeldes capturados, pero habría preferido una prolongada estancia en Kessel a lo que había oído. Retener el datapack no era una buena idea, y ella lo sabía. Y, seguía diciéndose a sí misma, iba a deshacerse de él a la primera oportunidad.

Pero ahí seguía su carga, en el bolsillo de su chaqueta, golpeando contra su cadera al agacharse. Sabía que alguien pagaría una buena cantidad por las tarjetas, y ese dinero la llevaría a lugares en los que Hal Horn ni siquiera podría soñar con encontrarla. Ella no consideraba que retener las tarjetas fuera una apuesta arriesgada en tanto hubiera un balance. En ese momento, el riesgo no era demasiado grande, pero en cuanto las cosas se desequilibraran, podía deshacerse de ellas.

Justo, eso es lo que voy a hacer.

Su burlona sonrisa murió cuando una mujer salió de un deslizador un poco más allá en esa manzana. La placa frontal de matriculación tenía un código de alquiler, y parecía demasiado nuevo para estar en esa parte de Xakrea, a no ser que fuera conducido por algún idiota buscando desarmarlo en pedazos. La mujer habló al conductor, y entonces empezó a recorrer la calle en dirección a la tienda de Arky.

Aunque la mujer llevaba ropas civiles, Moranda sabía que era imperial, claramente de Centro Imperial, y eso significaba que pertenecía muy probablemente a la Inteligencia Imperial. El corte de sus ropas marcaba su punto de origen, y la arrogante manera en que elevaba su barbilla al pasar ante un indigente brilladicto que yacía contra un edificio la marcaba como imperial. *Y va derecha a Arky, lo que significa Inteligencia, y eso significa que estoy en apuros.*

Ysanne Isard arrugó su nariz ante el denso olor de la tienda. Recorrió con un dedo una estatua felina tallada en madera de *toal* ithoriano, y entonces sacudió sus manos una contra otra para eliminar el polvo de su dedo. Mientras, hizo un rápido balance de la tienda y de los tres hombres que había en ella. Reconoció a Seb Arkos por un archivo de su datapad. Los otros dos hombres parecían irrelevantes hasta que el más grande, que hablaba con Arkos, la miró.

Horn, de Corellia. Seguridad Coreliana, si el archivo que se me ha transmitido es correcto. Se la hizo extraño que un recién llegado a Xakrea viniera tan rápidamente a un conocido punto de contacto rebelde. *A no ser que, como Bel Iblis, él sea también un rebelde*. Frunció el ceño. Nada en el archivo de Horn indicaba simpatía rebelde, e Isard recordaba difusamente a su padre como un miembro bien situado de la Seguridad Coreliana, uno que había sido alabado por su diligencia en la caza de Jedi.

Ella se giró para examinar una mugrienta arpa de mentón weequay, sabiendo perfectamente que jamás funcionaría sin el correspondiente martillo de cuerdas, y se acercó a la boca el comunicador. Con un susurro, ordenó a Trabler traer el deslizador a la puerta de la tienda. A través de la ventana, captó un indicio de movimiento cuando él cumplió con su orden, así que guardó el comunicador en su bolsillo y caminó con elegancia hacia Hal Horn.

—¿Inspector Horn? Soy Katya Glasc, de la Seguridad Especial de Darkknell.

Una sonrisa afloró en la cara de Arkos.

—¿En problemas, Inspector?

Horn negó con la cabeza.

—No, en principio. ¿Lo estoy, Agente Glasc?

Aunque de estatura ligeramente menor a la de Trabler, Horn tenía una poderosa constitución y una tonelada más de inteligencia en sus ojos color avellana de la que Trabler pudiera soñar. Llevaba su pelo castaño prudentemente corto, lo que revelaba pelos grises creciendo en sus sienes. Adivinó que él era media docena de años mayor que ella, y que era alguien que se veía a sí mismo como un buen hombre. *Lo que significa que puede ser útil o muy peligroso*.

—Eso depende. Su identificación, por favor.

Horn sacó cuidadosamente del interior de su chaqueta una tarjeta de datos, que Isard introdujo en su datapad. Echó un vistazo a su información y asimiló las autorizaciones; entonces asintió y le devolvió la tarjeta.

—Quería asegurarme. Por favor, perdone las precauciones. Su investigación, puede que tengamos una oportunidad… —Levantó la cabeza y frunció el ceño—. Puede que este no sea el lugar para discutir este tipo de cosas. Si no le importa, tengo un deslizador esperando en el exterior…

Horn la miró cautelosamente.

—¿Han encontrado a Savich?

—Hemos encontrado evidencia de su presencia. Me sentiría más cómoda explicándoselo en el exterior. —Enganchó una mano a través de su codo izquierdo, apoyándola ligeramente, lo suficiente como para ser interpretado como una invitación, y no como una orden.

El corelliano asintió lentamente.

—Su mundo, sus reglas. —Se dio la vuelta y apuntó con un dedo al tendero—. No me falles, Arky.

—Por supuesto, Horn. —El delgado hombre se burló ruidosamente—. La tendré aquí esperando para ti. Ya lo creo.

***

Garm Bel Iblis reprimió un escalofrío cuando Isard condujo a Hal Horn al exterior de la tienda. Bel Iblis había sido tan cuidadoso en su camino a la tienda de Arkos que, cuando Horn entró en ella, estuvo seguro de que había sido atrapado. Arkos había reconocido al inspector inmediatamente y había murmurado en voz baja, «Por los huesos negros del Emperador, la Seguridad Corelliana, aquí». Bel Iblis se había preparado para no saltar cuando Horn le atrapara, pero el hombre únicamente había pasado ante él sin más que un mero vistazo.

Cuando Horn atacó verbalmente a Arkos, Bel Iblis empezó a relajarse. Aún no tenía ninguna evidencia de que alguien estuviera buscándole, o de que alguien pensara que aún vivía. El anonimato de la muerte le dio una oportunidad para operar sin vigilancia, pero no tenía idea de cuánto duraría eso. Esperaba que Arkos pudiera proporcionarle un buen juego de documentos que le permitiera continuar su búsqueda del ladrón en Darkknell y, posiblemente, actuar incluso como negociador de un intercambio.

Hasta le parecía posible a Bel Iblis que Horn pudiera ser un agente rebelde enviado a Darkknell por Bail Organa y Mon Mothma para recuperar el datapack, ya que ninguno de ellos sabía aún que él estaba con vida y en disposición de obtenerlo por sí mismo. No tenía ni idea si Horn era un rebelde; Bel Iblis admiraba el eficaz sistema de células que se había establecido para negar ese tipo de información a todos excepto a aquellos que necesitaban conocerla. Dudó, casi preparado para desvelar su identidad a Horn, pero la dirección del interrogatorio del agente de la Seguridad Coreliana le hizo contenerse.

El Senador se encontró a sí mismo sonriendo secretamente mientras Horn se trabajaba a Arkos. Una de las cosas más molestas de ser un senador de Corellia era ocuparse de la reputación que tenía su sistema para sus contrabandistas. Bel Iblis y la mayoría del resto de corellianos eran buena gente, pero se les juzgaba por su asociación con otros. Auque Bel Iblis no conocía a Hal Horn, conocía a muchas personas como él, que trabajaban duro para hacer de Corellia un lugar mejor. Su admiración por la dedicación al deber de Horn le provocó su sonrisa.

La llegada de Ysanne Isard destruyó su sonrisa de nuevo. Bel Iblis sólo se había encontrado con ella una vez, en una recepción imperial. Ella se encontraba en los brazos de su padre. Bel Iblis detestaba a Armand Isard. Un pequeño hombre con ojos de hierro y nervuda celeridad que hacían sentirse torpe a Bel Iblis, Armand Isard había localizado y destruido células rebeldes, tanto reales como imaginarias. Su hija, con sus desiguales ojos de fuego y hielo, había heredado la resolución de su padre y, lo que es peor, había desarrollado una devoción personal por el Emperador. Su presencia en Darkknell

significaba que el robo original había sido descubierto y que Armand Isard no estaba ahorrando esfuerzos para devolver el datapack a manos imperiales.

Un escalofrío penetró en los huesos del Senador al darse cuenta de que Armand Isard había dado sin duda la orden que asesinó a su familia y casi le asesinó a él. Sus manos se cerraron en puños, pero no arremetió contra ella; no rompió la cara a Ysanne Isard con todas sus fuerzas, aunque lo deseaba furiosamente. *No, ni siquiera matarla heriría a su padre, y tampoco herirle a él es el objetivo de esto. El datapack que está buscando, eso ayudará a derrocar al Imperio. Si conseguimos eso, nunca más habrá lugar, ni un Armand Isard, ni un Emperador para herir al pueblo.*

Controlando su ira, Bel Iblis se giró para ver cerrarse la puerta tras Isard y Horn.

—Bien, Arkos, se nos está escapando el tiempo que tenemos para acabar con nuestro asunto. Deberíamos concluirlo antes de que el Emperador en persona se pase por aquí, ¿no crees?

***

Moranda Savich vio cómo el deslizador bajaba la calle e iba a parar delante de la tienda; sintió como si una mano estuviera apretando en torno a su corazón. Había gastado mucho tiempo tratando de hacer lo mejor que podía para evitar el escrutinio imperial, pero eso no significaba que se permitiera permanecer ignorante de sus enemigos. Como norma, los agentes de la Inteligencia Imperial lanzaban una amplia telaraña cuando perseguían a un objetivo. El hecho de que ella pudiera ver a la araña en el centro de esa tela significaba que otras fuerzas la estaban cercando.

Y eso significa que estoy atrapada en posesión de un manjar de primera categoría. De nuevo, el impulso por deshacerse del datapack estuvo a punto de abrumarla. Alcanzó su bolsillo para cogerlo, y entonces notó que la ventana del conductor del deslizador se introducía en la puerta. La mole de un conductor miró a su alrededor, y entonces se miró a sí mismo en el espejo retrovisor. Su vanidad, que a ella le parecía muy humana, la sacó de su pánico y se le ocurrió un plan.

Extrajo el datapack de su bolsillo, lo abrió y sacó las ocho tarjetas de datos. Las apiló una encima de otra y las dispuso contra la parte de atrás de su datapad. Incorporándose, se colocó la chaqueta en su lugar, y entonces avanzó audazmente hacia el deslizador. Consultó un par de veces el mapa en su datapad, miró a su alrededor y dejó que una desconcertada expresión contrajera su frente.

Se había aproximado hasta una distancia de unos tres metros antes de que el conductor advirtiera su presencia, y por entonces ella estaba encendiendo su datapad ante él.

—Perdone. Creo que me he perdido. ¿Puede ayudarme, por favor?

La expresión del hombre se relajó.

—Sí, supongo que sí.

Moranda se inclinó y le sonrió ampliamente. Se cambió el datapad de la mano izquierda a la derecha y lo empujó al interior del vehículo, introduciéndolo hacia el datapad que él tenía montado en el receptáculo del salpicadero.

—Nuestros mapas parecen diferentes.

El conductor estudió el mapa de ella, tomando el datapad en sus manos, y después el suyo propio. Moranda cruzó sus brazos y dejó deslizarse las tarjetas de su mano izquierda que, una a una, iban cayendo en el hueco de la ventana del deslizador. Tosió levemente para cubrir los mínimos chasquidos que producían al caer; estaba bastante segura de que el conductor tomaría cualquier sonido que oyera por chasquidos de las teclas del datapad.

El conductor le devolvió su datapack.

—Vea, esta es la calle Ryloth *Este*. Su mapa mostraba la calle Ryloth *Oeste*. Estaba a cinco kilómetros de distancia, así que no podía saber dónde se encontraba.

—Oh, muchas gracias. —Moranda estudió el datapad, y entonces negó con la cabeza y sonrió—. No puedo expresarle la gran ayuda que me ha prestado.

Se alejó del vehículo y se fue por donde había venido, resistiendo valientemente las ganas de romper a reír. *Tiene la presa que ha venido a buscar a diez centímetros y no tiene la más mínima idea*.

Incapaz de evitarlo, Moranda dio la vuelta en medio de la calle, pensando en dar las gracias al hombre de nuevo. Al girarse, levantó la vista y cruzó su mirada con la de Hal Horn.

***

Ver a Moranda Savich ahí, en mitad de la calle, brincando como una niña, impactó a Hal Horn. Empezó a moverse tras ella, pero la mano de la mujer de la Seguridad de Darkknell se hizo una garra en su brazo. Moranda ya se había dado la vuelta y había empezado a correr cuando Hal miró a su acompañante.

—Se está escapando.

—Trabler —exclamó la mujer—, a por ella.

La puerta del conductor del deslizador situado frente a la tienda se abrió y surgió un hombre descomunal. Hal sabía que era descomunal no sólo porque sobresalía por encima del techo del deslizador, sino también porque sus masivas zarpas empequeñecían el bláster que sacó del interior de su chaqueta. Hal lo reconoció como un Penetrador Luxan, preferido por muchos por ser fácilmente ocultable y por la seria potencia que encerraba. La mayoría de los modelos ni siquiera tenían una configuración de aturdimiento y eso, combinado con un frío sentido de letalidad que emanaba del hombre, indujo a Hal a actuar.

Tomó unos segundos para concentrarse, y entonces usó un truco que su padre le había enseñado hacía mucho tiempo, antes de las Guerras Clon y de que llegaran los cazadores de Jedi. Presionó su consciencia contra la mente de Trabler. Vio a través de los ojos de

Trabler, observando cómo el Penetrador se elevaba y apuntaba a la espalda de Moranda Savich. Observó cómo Trabler la rastreaba durante un segundo y supo que ella nunca alcanzaría a tiempo la seguridad del callejón.

Utilizando la Fuerza desde su interior, proyectó una borrosa imagen de Moranda en la mente de Trabler.

El dedo de Trabler apretó el gatillo. Surgió un rayo rojo-dorado y alcanzó a Moranda en el hombro justo cuando llegaba al callejón. Hal escuchó su grito y la vio caer en una pila de escombros. Comenzó a dirigirse hacia ella, pero Isard le sujetó de nuevo.

Hal retiró su brazo de un golpe.

—¿Qué está haciendo? Está abatida, muerta o seriamente herida. Necesito comprobarlo.

Los ojos de la mujer se estrecharon y, aunque su color no coincidía, sí lo hacía el veneno que encerraban.

—Haremos que los locales la encuentren y la lleven al depósito de cadáveres. Tenemos asuntos más importantes que atender.

Hal frunció el ceño, deseando poder obtener una sólida lectura de la mujer. Su uso de la Fuerza le había dejado algo agotado; había pasado demasiado tiempo desde que había hecho algo tan activo, y estaba tremendamente desentrenado. Como resultado, ni siquiera podía captar la amenaza que suponían los rugidos de Trabler cuando el hombre se volvió y apuntó su bláster hacia Hal.

—¿Qué está pasando aquí?

La cara de Glasc se endureció.

—No se lo podía decir ahí dentro, pero tenemos un agente rebelde suelto y necesito su ayuda para localizarlo.

—Mire, me sacó aquí diciendo que me ayudaría con mi caso, y ahora su hombre ha asesinado a mi sospechoso. No estoy aquí para cazar rebeldes.

La barbilla de ella se elevó.

—Pero es leal al Imperio, ¿no es así?

—Sirvo a la Seguridad Coreliana para mantener el orden, así que sí, soy leal al Imperio.

Ella dejó que su expresión se suavizara y su voz se redujo a un conspirativo susurro.

—Hay miembros de la Seguridad Especial de Darkknell que no lo son, razón por la cual mi búsqueda se está complicando. Tengo que confiar en alguien externo a mi propio servicio, usted, para conseguir algún progreso. Sé que esto es poco ortodoxo, pero seguramente usted también ha recurrido antes a métodos inusitados para hacer avanzar sus casos.

—A veces, pero no veo que esto sea de mi incumbencia, realmente. —Hal negó con la cabeza—. El motivo por el que estoy aquí yace en un montón de escombros ahí delante.

—O eso podría parecer, pero el rebelde que estamos buscando estuvo involucrado en el asesinato del Senador Garm Bel Iblis y su familia. —La voz de la mujer se hizo muy

solemne—. En el discurso que iba a dar aquella noche iba a denunciar a la Rebelión. Le asesinaron para que eso no pudiera ocurrir. Pensaba que usted, un corelliano, podría querer ayudarnos a encontrar a este asesino.

Hal se estremeció y sintió que su carne se arrugaba. Al igual que no podía creer el modo casual en que Trabler había disparado a Moranda Savich, pues nada en su expediente justificaba la muerte como castigo, la idea de un terrorista que matara a cientos de personas sólo para eliminar a un hombre le llenaba de repugnancia. *Si el asesino de Bel Iblis está aquí, debe ser encontrado y llevado ante la justicia. Bel Iblis era de Corellia. Es una deuda para mí ayudar a encontrar a su asesino.*

El inspector de la Seguridad Coreliana asintió.

—Bien, acepto. —Apuntó un dedo hacía Trabler—. Pero nada de disparar primero, ¿entendido? Si su sospechoso asesinó a Bel Iblis, queremos que hable y que nos conduzca a los demás involucrados en la Rebelión, ¿bien?

Glasc asintió, y entonces abrió la puerta trasera del deslizador.

—Después de usted, Inspector Horn. Con su ayuda, nuestra presa no escapará.

***

Mientras el deslizador se alejaba rápidamente, Bel Iblis se precipitó al exterior de la tienda y corrió al otro lado de la calle. Había visto el absurdo asesinato de la mujer y pensó que no habría cuestionado la verdad de alguien que informara de que Ysanne Isard había ordenado tal cosa, pero verlo desarrollarse ante él era enteramente distinto. Al alcanzar la boca del callejón vio sangre y, por un momento, imaginó seguir el rastro y encontrar a su esposa al final de él.

No, ella se ha ido. Pobre Arrianya, moriste por una causa en la que ni siquiera creías. Bel Iblis ahogó el nudo que subía por su garganta, y entonces miró hacia el interior del sombrío callejón y vio a la mujer desplomada contra un muro. Su mano derecha colgaba inerte en su costado; la manga de la chaqueta estaba empapada en sangre. Un cigarro colgaba de la comisura de su boca, y estaba tratando de encender un mechero con su ensangrentada mano izquierda.

La mujer le examinó y sonrió.

—¿Tiene fuego, compañero?

Entonces sus ojos se pusieron en blanco y colapsó.

El senador corrió hacia ella y se arrodilló a su lado. *La única virtud de ser disparado con un Penetrador es que el minúsculo disparo forma un agujero limpio.* Bel Iblis vio una fea herida de entrada y una salida más pequeña en el lado delantero de su hombro. Se quitó su propio abrigo y envolvió con él las heridas; entonces la levantó en sus brazos y emprendió el regreso a la tienda de Arkos.

Se le ocurrió que la última mujer que había sostenido en sus brazos de esa manera había sido su esposa, en una fuga de aniversario varios años antes. Había sido un tiempo

maravilloso, un escape de las presiones de su profesión y de las obligaciones de ella, y se habían dicho que lo harían de nuevo, pronto. *Muy pronto.*

La expresión de Bel Iblis se endureció. *La perdí ante el Imperio. No voy a perder a nadie más*. Dado el rumbo que tomaría probablemente la Rebelión, sabía que esa resolución no podría durar mucho. *Bien, al menos no perderé a esta mujer. No es salvar a la galaxia, pero es salvar la parte de ella que puedo, y eso está bien por ahora*.

Levantó la vista al tiempo que Arkos mantenía abierta la puerta de la tienda.

—Necesitamos alguna ayuda médica para ella, ahora. Esa mujer era Ysanne Isard, recién salida de Centro Imperial y empleada por la Inteligencia Imperial.

—Si ella está aquí… —El terror estranguló la voz de Arkos.

El senador habló con voz de acero.

—Permanece a mi lado, Arkos. Ella no es invencible; pasó junto a mí, recuerda, y pescó a alguien que nada tiene que ver con nuestro asunto. Conserva tu cabeza y todos conservaremos la nuestra.

Arkos pensó por un momento, y entonces asintió rápidamente.

—Tiene razón. Gracias.

—Sin problema. Dejemos que las cosas se sucedan. —Bel Iblis sonrió—. Llegará un punto en que Isard se dé cuenta de que necesita volver aquí y completar sus asuntos contigo. Por entonces, quiero que esté hecho todo lo que necesitamos, y que la única cosa que quede aquí para ella sea nuestra carcajada ante su metedura de pata.

Parte III

Michael A. Stackpole

El encuentro de Hal Horn esa tarde con la Agente Glasc y su asistente, Trabler, le dejó una cosa perfectamente clara. Esos dos, tan eficientes como podían ser como investigadores, no eran parte de la Seguridad Especial de Darkknell, ni siquiera de lo que ellos podían llamar su departamento interno de investigaciones. *Tienen toda la arrogancia que esperaría de la división Isk-isk, pero ésta sólo se muestra a polis de conducta hutt, no a civiles*.

Glasc había llevado a Hal de un lugar a otro, proclamando que cada uno de ellos era un presunto punto de contacto rebelde. La mayoría eran pequeños y sórdidos agujeros como la tienda de Arky, pero un par de ellos eran de mayor nivel y situados hacia la zona oeste de Xakrea. La tienda de caf *gourmet* donde Hal y Trabler habían esperado en el exterior, a cada lado de la entrada, era uno de los lugares más prósperos. Hal había disfrutado del rico aroma de esa pequeña tienda, y había aceptado con reticencia esperar en el exterior mientras la propietaria llevaba a Glasc a su despacho privado para discutir.

Hal arqueó una ceja hacia Trabler.

—Es difícil de creer que la propietaria piense que no nos ajustamos a la clientela.

El gran hombre frunció el ceño, provocando que sus rubias cejas se besaran por encima de su nariz.

—¿Cree que parecemos rebeldes?

La hostilidad se derramaba a través de la voz de Trabler y Hal estaba perfectamente contento de que su sensibilidad a la Fuerza estuviera algo fatigada, ya que eso le había ahorrado toda la fuerza de la ira descargándose del individuo.

—Tranquilo, amigo mío. No pretendía sugerir eso en absoluto. Sabe tan bien como yo que la etiqueta rebelde probablemente ha sido arrebatada por la otra tienda de caf a la vuelta de la esquina. Los clientes aquí parecen demasiado prósperos para ser rebeldes.

—¿Eso cree? —resopló fríamente—. Se sorprendería de la elevada situación de algunos rebeldes. Aunque, por otro lado, puede que no se sorprendiera.

—¿Qué insinúa?

—Que uno nunca puede estar seguro de quién se ha cambiado de bando. —Trabler sonrió a medias—. Los Mundos del Núcleo tienen su puñado de rebeldes, cierto, pero los bordianos tienen más.

—Interesante punto.

Hal permitió que un par de mujeres que salían de la tienda le protegieran de Trabler. La última vez que Hal había oído usar la palabra «bordiano», había disuelto una pelea en un tapcafé corelliano donde un local había reducido a pulpa a alguien de Centro Imperial por aplicarle tan insultante término. *No hay demasiados habitantes del borde que se apliquen esa palabra a sí mismos.*

La puerta se abrió de nuevo y apareció la agente Glasc. Estaba embadurnando un pañuelo blanco contra una mancha oscura de su blusa gris.

—Era una inútil. Se puso a lloriquear sobre evasión de impuestos, pero no sabe nada de la Rebelión, ni de la trama contra Bel Iblis.

Trabler echó un vistazo a su datapad, y entonces señaló calle abajo.

—El Continuum Void es el siguiente en la lista. Está por ahí.

Hal tomó la delantera y encontró a Glasc situándose rápidamente junto a él.

—¿La propietaria no reaccionó a ninguno de los hologramas que le mostró?

Glasc negó con la cabeza.

—Ignorante, completamente ignorante, al igual que su personal. Lugares como ese afirman traer lo último de la cultura Imperial a Darkknell, pero no es más que lo que creen que se lleva en el corazón del Imperio. Quiero decir, Corellia es un Mundo del Núcleo. ¿Cree que el coche combinado coreliano es el tipo de cosa que bebería en casa?

—Bueno, no, pero eso es porque en la Seguridad Coreliana lo preparamos lo suficientemente fuerte como para usarlo con fines medicinales. —Hal se encogió de hombros—. Cuando me tomo una temporada en el borde trato de impedir que los indígenas y sus costumbres me alcancen, ¿sabe?

—Es usted muy tolerante, Inspector Horn.

Hal sonrió.

—Intento serlo.

El hecho de que Glasc no reaccionara en absoluto cuando él se refirió a los ciudadanos de Darkknell como «indígenas» o a su estancia en el planeta como

«temporada en el borde» le confirmó claramente que ella no era la local que pretendía ser. *Un local no habría dejado de reaccionar, tanto como Moranda no podía dejar sus cigarros. Algo no va bien aquí, y no tengo ganas de soportar* lo mal *que vaya a ir*.

Trabler se adelantó y abrió la puerta del atestado tapcafé. Hal descendió el trío de escalones hacia el piso de servicio, y entonces se abrió camino, pasando junto a una mesa de bulliciosos devaronianos. Quería alcanzar la barra antes que Glasc. Consiguió retrasarla golpeando ligeramente en el hombro a un devaroniano. Cuando éste giró la cabeza para ver quién le había tocado, un cuerno enganchó la túnica del uniforme de Glasc, ralentizándola.

Hal observó a un pequeño hombre que llevaba una etiqueta identificándolo como el encargado y se movió para interceptarle antes de que el individuo pudiera dirigirse a una puerta que introducía en una oficina marcada como «Privado».

—Soy el Inspector Horn; estos son los Agentes Glasc y Trabler. Tenemos algunas preguntas para usted. ¿Quiere responderlas ahora, o *después* de que cerremos este local y hagamos registrarlo por contrabando?

El pequeño hombre tragó aire audiblemente, y tosió la mitad del mismo.

—No quiero problemas.

Hal se giró hacia Glasc. Su furiosa mirada sólo se había disuelto parcialmente por la manera en que se había enfrentado al hombre.

—Aquí, la Agente Glasc tiene algunos hologramas para que usted los vea. —Hal tendió la mano, y ella se los dio; entonces, él los agitó frente al encargado—. ¿Reconoce alguno?

El hombre le mostró una rápida mirada.

—No, creo que no.

Hal colocó su mano izquierda sobre el hombro derecho del hombre.

—Mire amigo, sólo trato de darle una oportunidad para ayudarse a sí mismo. El equipo de vigilancia que tenemos en este lugar nos ha señalado cuál de estos tipos ha estado realmente por aquí. Ahora, confirme esta información y responda más preguntas, o le despachamos por obstrucción a la justicia. Incluso podemos enviarle a Kessel por eso, ¿verdad, Agente Glasc?

Glasc asintió con la cabeza, haciéndose su expresión más fría.

—Por una larga temporada.

El pequeño hombre se estremeció.

—¿Kessel? Ni siquiera sé lo que es eso.

—Y querrá que así siga siendo, amigo. Mire los hologramas de nuevo, atentamente.

Así hizo el hombre, moviendo un dedo a través de la superficie de cada uno. El encargado no permitió que el reconocimiento brillara a través de sus ojos en ninguno de ellos. Es más, con su mano en el hombro del hombre, Hal podía sentir los pequeños tics en el músculo del hombro que marcaban cada pausa sobre una imagen. Tres de los cinco tipos habían estado realmente en el lugar, pero la pausa más larga había venido con la

imagen central, la que mostraba a un individuo bajo y rubio con un corte de pelo de estilo militar.

El encargado parpadeó.

—No estoy seguro.

—Permítame ayudarle.

Hal barajó el retrato rubio a la parte superior del paquete, y entonces lo arrancó de ahí y lo pegó contra la frente del hombre. Lo hizo con algo más de entusiasmo de lo que quería, pero el hecho de que la cabeza del hombre golpeara contra la pared relajó el ceño de Glasc y, después de todo, Hal estaba jugando más para apaciguarla que para ninguna otra cosa.

—Este tipo estuvo aquí dentro y tú le recuerdas. ¿Cuánto hace?

—Hum, hum, ayer, puede ser, no, espere, esta mañana. Temprano. Sólo los habituales suelen venir tan temprano, ¿sabe? —El encargado imitó la creciente sonrisa de Hal—. Estaba esperando algo, pero entonces, ardió en llamas.

Glasc saltó ante tal comentario.

—¿Ardió en llamas?

El encargado hizo una mueca ante el cortante tono en su voz.

—Bien, estaba ahí sentado, entonces una mujer con una bebida y un cigarro tropezó y derramó la bebida sobre él. El cigarro prendió el fuego, supongo. Ella le ayudó a apagarlo y él estuvo de acuerdo.

Hal apretó el hombro del hombre.

—Magnífico, ¿y qué más recuerdas?

—Bien, cuando el tipo al que estaba esperando apareció, hablaron, y el rubio se agitó. Dijo que le habían robado, y entonces se fue como si hubiera robado la capa de Vader, ¿sabe?

Glasc estrechó sus ojos y miró a Hal.

—¿Piensas que aquello que tuviera fue sustraído? La mujer que provocó el fuego debe tenerlo. ¿Cómo era?

La rosada punta de la lengua del encargado se deslizó sobre sus labios secos.

—Bien, no era muy alta, y tenía pelo castaño…

Hal agitó la cabeza.

—Esto es ridículo. Tengo un holograma para que lo mires. —Alcanzó su bolsillo y sacó un holograma de su cartera. Arrancó el holograma del hombre rubio de la frente del encargado y se lo lanzó a Glasc; entonces mostró al encargado el otro holograma—. ¿Fue esta?

El encargado negó con la cabeza.

—Nunca antes la he visto en mi vida.

Debía haberlo esperado. Mi mujer no sería atrapada ni muerta en un lugar como este. Hal se encogió de hombros y deslizó el holograma de vuelta a su bolsillo.

—Gracias por tu ayuda. Eres libre de irte.

El hombre se escabulló al tiempo que Glasc agarraba el hombro de Hal y le hacía girar hacia ella.

—¿Qué pretende despachándole?

—Perdóneme por adelantarme a su investigación, pero usted sabe que esta pista es una completa ruina. Estamos buscando a la persona que mató a Bel Iblis, ¿verdad? Bien, ¿qué asesino vaga por un sucio tapcafé como un ladrón de joyas esperando a su cómplice? No me cabe duda de que su bonito chico es culpable de algo, pero no era más que un aficionado si le robaron de esa manera. Y una ladrona tan buena probablemente ya ha puesto hiperespacio de sobra entre ella y esta roca.

Trabler frunció el ceño.

—El asesino estaba esperando para ser pagado.

Hal giró sus ojos.

—¿Entonces qué le robaron? ¿La prueba de que mató a Bel Iblis? Habría pensado que la emisión por toda la galaxia del funeral de estado en Corellia habría sido tomada como prueba. Es más, un asesino tan bueno habría demandado al menos un pago parcial por anticipado, así que nunca se habría sumergido en estas profundidades de nuevo. Deberíamos estar buscando en algún mundo turístico de lujo, no aquí.

Hal observó a Glasc y vio que sus ojos parpadeaban de un lado a otro durante un momento. Esperaba que el pánico casi le resbalara, pero no captó nada de eso. *Lo que significa que mis reservas de Fuerza están absolutamente agotadas, o que ella es muy buena en el autocontrol*. Toda su historia tapadera, ideada sobre la marcha mientras Trabler disparaba a Moranda, se estaba desmoronando, y el trabajo manual de Trabler sólo había señalado lo absurdo que había sido desde el principio. Aquello que realmente estuvieran buscando allí había sido traído a Darkknell por el rubio y robado por Moranda. El hecho de que esos dos apestaran a arrogancia de los Mundos del Núcleo sugería a Hal que eran probablemente imperiales.

Hal agitó la cabeza. *Y eso significa que tanto Moranda, si es que está viva, como yo estamos metidos más hondo de lo que nunca quisimos*.

***

Garm Bel Iblis miró en torno al raído apartamento mientras Moranda se encogía delicadamente en una nueva blusa y chaqueta. Su alojamiento era poco más que una caja con una ventana y una pequeña estación sanitaria separada por una pared hacia la parte trasera, justo al lado del ropero en el que ella escarbaba en busca de ropa. No veía mucho ahí que le hiciera pensar que ella había vivido en ese lugar durante mucho tiempo; y antes de congratularse por su habilidad deductiva, recordó que un inspector de la Seguridad Coreliana había venido a buscarla, lo que significaba que ella había estado de retirada.

La habitación, así decidió él, era uno de esos lugares que eran el equivalente en los bajos fondos de una vivienda segura. Los gobiernos usaban las viviendas seguras como

lugares donde podían esconder a un testigo antes de un juicio o alojar a un espía durante una audiencia. Había allí pequeños trozos y piezas de material, lámparas de incandescencia desajustadas, media docena de tarjetas de datos periódicas, un amasijo de sábanas y mantas que cubrían una delgada almohadilla colocada fuera de la vista de la ventana, que probablemente había sido olvidada allí por anteriores inquilinos criminales.

Ahora que estoy completamente metido en la Rebelión, supongo que este será el tipo de lugar en el que también yo pasaré mi tiempo.

—El lugar no es mucho, lo sé. Tampoco yo. —Moranda salió del ropero con una vibrante túnica azul y una chaqueta marrón oscuro por encima. Relajó su hombro derecho en un pequeño círculo y reprimió casi totalmente la mueca resultante—. Como nueva.

—Un baño de bacta te dejaría como nueva.

—Cierto, pero el disparo prácticamente sólo tostó la carne, muchos dolores pero ninguna rotura. Además, esos droides MD tienen la asquerosa costumbre de informar de las heridas por bláster a las autoridades. —Moranda le miró atentamente—. Viendo que eres un rebelde, no creo que quisieras ese tipo de indagación.

Bel Iblis se puso rígido, de forma bastante involuntaria, y entonces estrechó sus ojos.

—¿Cómo lo has adivinado?

—No he adivinado nada. —Tocó con un dedo contra su sien—. Primero, te preocupaste de venir a por mí, y no fue para examinar mis huesos. La compasión es algo raro estos días, y los rebeldes parecen tener demasiada. Segundo, viniste aún siendo lo suficientemente inteligente como para saber que los tipos que me dispararon pertenecían probablemente a la Inteligencia Imperial.

Bel Iblis asintió.

—La mujer era Ysanne Isard, la hija de Armand Isard.

Los ojos de Moranda se ensancharon ante ello, y se estremeció.

—Sabía que éste era un asunto complicado, pero no tanto…

—¿Qué más te ha hecho pensar que soy un rebelde?

—Arky tiene cierta reputación. Tú eres claramente un corelliano, y *todos* los corelianos odian recibir órdenes. El trabajo de parcheado que has hecho en mí sugiere que has pasado tu tiempo en el ejército, lo que engendra lealtad al modo en que era antes de llegar la codicia de Palpatine. Finalmente, si los imperiales están husmeando algo por aquí, los que se oponen a ellos son probablemente rebeldes.

—¿De verdad? —Bel Iblis dejó que la pregunta persistiera durante un momento—. Puede que pertenezca a Sol Negro.

—¡Ja! Está lo de la compasión, ¿recuerdas?

—Hmmm, buen punto. —Bel Iblis pensó durante un momento—. ¿Qué te hace pensar que los Imperiales están husmeando *algo*, y no a *alguien*?

—Bueno, te podría decir que lo deduje del hecho de que la hija de Corazón de Hielo esté aquí. Para el trabajo sucio sólo mandarían un puñado de sus matones. Se supone que ella tiene cerebro, así que probablemente querrán preguntar antes de disparar.

—Excepto en tu caso.

—Eh, ése es un mejor disparo que el suyo. —Moranda mostró a Bel Iblis una torcida sonrisa—. La verdad es que robé algo a un nervioso joven aquí; tiene material imperial, *importante* material imperial, codificado. Es eso lo que te enviaron a recoger, ¿verdad?

Bel Iblis se encogió de hombros tan casualmente como pudo.

—¿Puedes probar que fuiste tú el ladrón?

Ella asintió y sacó un pañuelo negro del bolsillo de su chaqueta.

—El paquete que intercambié por el que robé estaba perfectamente envuelto en el compañero de éste. ¿Lo reconoces?

Él tendió la mano y deslizó un pulgar sobre el tejido.

—¿Dónde está ahora el paquete?

Ella se rió.

—No tan rápido, rebelde. Estoy agradecida por el parche de mi brazo, pero querría recursos para dejar esta bola de fango y alejarme de Hal Horn. ¿Cuánto vale eso para ti?

—Veinticinco mil créditos.

—¿Qué tal cincuenta?

—Vendido.

Los ojos de Moranda se ensancharon de nuevo.

—Tan valioso, ¿eh? ¿Podemos introducir un pago adicional?

—¿Dónde está?

Ella silbó y Bel Iblis sintió que su corazón se apretaba.

—En un lugar muy seguro.

—¿Y eso sería…?

—La razón por la que quiero saber de un pago adicional. —Agitó la cabeza—. Hice resbalar las tarjetas de datos en la puerta del deslizador de alquiler de Isard. Veo que te sorprende, pero no te preocupes. Los desafíos como ese siempre sacan lo mejor de mí.

***

Hal se sentó solo en la parte trasera del deslizador mientras Glasc los conducía a su centro de operaciones. Atrás, en el Continuum Void ella había arrastrado a Trabler a su lado y le había dado órdenes que le hicieron alejarse por su cuenta. Ella dijo a Hal que Trabler se dirigía al puerto espacial para comprobar cómo estaban las cosas allí, pero él dudó que dijera la verdad. Cualquier información que Trabler pudiera conseguir en persona le podría haber llegado con la misma facilidad a través de un comunicador.

Hal prestó poca atención al mundo que pasaba en una desdibujada paleta por el exterior de las ventanillas del deslizador. Se encontró a sí mismo preguntándose qué le había llevado a mostrar al encargado de día del tapcafé el holograma de su mujer en lugar del holograma de Moranda. *Reconocí a Moranda por la descripción en el segundo en que la comenzó, el cigarro usado para tostar al rubio era una revelación involuntaria; pero ¿por qué la protegí? Ahora* sé *que ella está involucrada, y eso echa por tierra el cuento*

del asesino. Tenemos un simple robo de un ladrón, pero la presencia de imperiales sugiere que no es tan simple en absoluto.

Al no mostrar al hombre el holograma correcto, Hal había acabado con la única pista sólida que tenía Glasc para la investigación. Asumió, porque ella era imperial y porque cuestionó su lealtad delante de él, que la presa que buscaba estaba conectada con la Rebelión de alguna manera. Hal Horn no tenía afecto por los rebeldes: se había situado en el lado equivocado de la ley y eso era suficiente para merecer su oposición; pero no estaba mucho más loco por los imperiales. Más de una vez había tratado de contener los excesos de agentes imperiales excesivamente celosos, lo que generalmente le llevaba a tener que limpiar tras ellos.

Las acciones de Trabler eran un ejemplo perfecto del tipo de excesos que quería evitar. Fácilmente habría corrido tras Moranda y la habría apresado. En lugar de eso, sin avisar, únicamente sacó su bláster y disparó. Hal esperaba que su intervención en la puntería de Trabler previniera la muerte de Moranta, pero asumía con seguridad que estaba muerta, muriendo o severamente incapacitada.

La buena disposición de Trabler para disparar a matar a alguien que, sin ser inocente, era claramente un mero espectador en la situación general, dijo a Hal que el Imperio no estaba tratando de tomar prisioneros. Lo que Moranda había robado tenía que ser muy importante, sin duda cubría secretos de estado. *Y si yo sé tanto, debo asumir que mi vida podría ser decomisada en algún punto, en el momento en que haya excedido mi utilidad, o me convierta en una molestia suficiente*.

Darse cuenta de ello no le llenó de pánico. Sí, Hal se sentía preocupado y odiaba la idea de no volver a ver a su mujer y a su hijo, pero una sensación de calma anuló sus emociones. Recordó cuando, siendo muy pequeño, con no más de seis años, había agarrado una rabieta por un juguete que se había roto. Su padre le llevó al jardín y le dijo que no podía dejar que sus emociones se desbocaran de ese modo, que eso perturbaba el universo. Su padre comenzó a enseñarle ejercicios simples para calmarse y adiestró a Hal hasta que se convirtieron en algo fácil para él.

Calma, podía pensar, y así hizo cuando Glasc detuvo el deslizador ante la puerta de una pequeña casa. Unos arbustos la ocultaban de las otras casas próximas. Un callejón subía por el lado izquierdo y parecía conectar por medio de una verja con un callejón o calle en la parte trasera de la propiedad. El lugar se mostró inmediatamente a Hal como una vivienda segura, y aunque podía imaginar a alguien de la Seguridad Especial de Darkknell utilizando una como cuartel, la naturaleza aislada del edificio, a pesar de estar en la ciudad, le hizo inquietarse.

Glasc abrió la puerta y entró primero; entonces la cerró y se dirigió por un estrecho corredor a través de la cocina hacia una extensión que sobresalía de la parte trasera de la casa.

—Por aquí; mi despacho está aquí atrás.

Hal la siguió pisándole los talones. Ella se giró para decirle algo mientras se introducían en la cocina, pero su intento de captar su atención no funcionó

completamente. Medio segundo antes de que Trabler surgiera de detrás de una puerta y dejara caer sus manos en el cuello de Hal, éste sintió su presencia y actuó.

Hal cayó de rodillas y deslizó su cuerpo hacia delante, forzando a Trabler a inclinarse para mantenerle agarrado. Mientras el agente imperial apretaba sus manos, Hal se enderezó sobre una rodilla. Golpeó la parte trasera de su cabeza contra la cara de Trabler, produciendo todo tipo de crujidos que, con seguridad, no pertenecían a su cráneo. Trabler aulló y le soltó, levantando sus manos para cubrir su cara destrozada. Hal se retorció hacia la derecha, moviendo su pierna derecha a modo de guadaña para golpear los tobillos de Trabler. El hombretón se tambaleó, volcando una mesa, y entonces se desplomó.

Hal deslizó una mano al interior de la chaqueta de Trabler y sacó el Penetrador Luxan del guardia. Desactivó el seguro con su pulgar y lanzó un rápido disparo a Glasc. Ella lo eludió, bláster en mano, lanzando un disparo que destrozó un plato de un estante tras pasar junto a la cabeza de Hal. Hal se arrojó al suelo por su derecha y se incorporó agachado. Tras él, Trabler, cuya cara era una máscara de sangre, había sacado una vibrocuchilla de su bota y estaba gateando hacia su pie. Hal le atravesó en el centro, apagando su corazón, y entonces se escabulló a donde la unidad de almacenaje de comida podía cubrirle.

Glasc lanzó un disparo que agujereó la unidad de almacenaje.

—Eso no te protegerá.

—No pensé que lo haría. —Hal agarró el holograma de Moranda de su bolsillo y lo arrojó al centro del suelo. Dejó que Glasc lo viera y entonces lanzó un disparo que lo fundió, dado lugar a una ardiente burbuja negra—. Eso lo hará.

—¿De qué estás hablando?

—Los tipos de Inteligencia siempre creéis estar por encima de todo, pero yo me gano la vida separando verdades de mentiras, y he separado suficientes como para saber que estáis aquí buscando algo que robó un agente rebelde. Fue el rubio, y una ladrona robó lo que quiera que llevara. Ella lo tiene ahora, y ese era el holograma de ella.

—¿Y tú crees que al destruir ese holograma yo tendré que mantenerte vivo para identificarla? —Las risas de Glasc llenaron la cocina—. Las órdenes judiciales que trajiste a Darkknell para su arresto proporcionarán otro holograma suyo.

Acompañó su comentario con otro disparo que salpicó metal caliente sobre la chaqueta de Hal.

—Moranda Savich es una maestra del disfraz, así que no la encontrarás. Y más importante, sin embargo, tu hombre Trabler probablemente la mató. Adivinaría que parte de la tarea a la que le enviaste fue averiguar si la policía local o los hospitales habían informado de su recuperación, ¿verdad? No lo hicieron, lo que significa que está ahí fuera y probablemente tiene ayuda.

—¿Y cómo te mantendrá eso vivo?

—Porque la conozco. La he rastreado a través de media docena de mundos. Sé como actúa; conozco su aspecto en una miríada de disfraces. Sin mí nunca la encontrarás, o si

la encuentras, no lo harás a *tiempo*. —Acentuó la última palabra para ejercer presión sobre la agente, ya que las medidas desesperadas ya empleadas le decían que el tiempo era esencial en la recuperación de lo que Moranda había robado—. Dale una oportunidad para respirar, y habrá vendido la presa a los rebeldes.

—No sé por qué tengo que confiar en ti para ayudarme.

—Ah, perdóname, pero soy yo el que tiene aquí problemas de confianza, dado que tu ayudante trató de arrancarme la cabeza. —Hal agitó la cabeza. *Paranoia imperial. Parece que nunca termina*—. Lo creas o no, *quiero* realmente atrapar a Moranda. Tú eres mi mejor apuesta para ello. Mi alternativa es dispararte hasta matarte y esperar poder evadir una orden judicial imperial por asesinato. Yo te ayudo, tú dices que el arma de Trabler se disparó accidentalmente, y los dos quedamos libres de sospechas.

—Tienes razón, por supuesto. Nunca podrías escapar a una orden de búsqueda por mi asesinato. —Una nota de gran seguridad entró en su voz y envió un escalofrío al espinazo de Hal—. Soy Ysanne Isard, la hija del director de la Inteligencia Imperial. Serías perseguido por siempre y tu familia desaparecería.

—Encantado de conocerte. —Hal suspiró con tanta calma como pudo. *Las cosas no se podían poner mucho peor, ¿no?*

—Y estás en lo cierto. Estoy aquí buscando a un mensajero rebelde. Robó…

—No me lo digas. No quiero saberlo. Si me lo dijeras tendrías que matarme. —Hal cerró los ojos durante un momento—. Estoy aquí para atrapar a una ladrona, y esa ladrona tiene tu pertenencia. Yo la consigo, tú lo consigues, no necesito saber lo que es.

—Muy bien, muy astuto por tu parte. —Ella dudó por un momento y Hal quiso agacharse por razones que no pudo identificar—. Casi me inclino a confiar en ti, pero como no tengo un completo perfil de seguridad tuyo, exigiré una condición para nuestra alianza.

—¿Cuál?

Un dispositivo delgado, negro, con aspecto de cinta rodó por el suelo y se desenrolló hasta ir a parar a su lado. Parecía una diminuta correa con un broche negro, y Hal lo reconoció inmediatamente como un collar de estrangulamiento. Ajustado en torno a su cuello, podía recibir una orden por control remoto para estrangular, cortando el flujo sanguíneo a su cerebro y dejándole inconsciente. Se usaban a menudo para reprimir a prisioneros en destacamentos de trabajo. Una orden de neutralización por estrangulamiento se activaba desde una unidad de control central, para que el collar estrangulara cuando los prisioneros se salieran del rango y se pusiera así un rápido final a las fugas.

Hal lo cogió y dejó que le colgara de una mano.

—¿Tú tendrás la unidad de control y será un dispositivo de hombre muerto?

—Si yo doy una orden o mi pulso para, el collar estrangula. Sin una clave, o sin confiar en alguien que lo saque de tu cuello de un disparo, estarás muerto poco después que yo.

Hal no quería ponerse el collar, pero dispararla y vivir entonces una vida de huída parecía ser su única alternativa.

—Un sable de luz debe ser capaz de cortar esto.

—Puede ser, pero los Jedi se han ido. La era de la Justicia Imperial está aquí, Hal Horn.

—De eso soy bien consciente. —Hal se colocó el collar, lo cerró y levantó el cuello de su camisa para esconderlo. Lanzó el Penetrador y se incorporó lentamente—. Aquí estoy, a tu servicio.

Isard apareció y le permitió dar un vistazo al dispositivo de control; entonces cargó su bláster.

—Reanudamos nuestra búsqueda en el lugar en que te encontré por primera vez.

—No te molestes. Arky se habrá ido hace tiempo. Supo que eras de la Inteligencia Imperial mucho antes que yo. —Hal sonrió—. Volvamos al Continuum Void. Es el único lugar que vende licor Gralish y Moranda es amiga de éste. Teniendo en cuenta el modo en que la han disparado, querrá algo de refuerzo. Ése es el mejor lugar para empezar.

Parte IV

Timothy Zahn

—¿De qué estás hablando? —preguntó Isard, con su ya invernal tono de voz cayendo a territorio bajo cero mientras se inclinaba unos centímetros más sobre la barra del Continuum Void—. Él estaba aquí hace dos horas. ¿Dónde podría haber ido en esta cuba de esputos del borde?

—No sé, Agente Glasc —el devaroniano de apariencia nerviosa que permanecía al otro lado de la barra tartamudeó, retrocediendo los mismos pocos centímetros que Isard había avanzado—. Pongo al mismo Emperador por testigo, realmente no lo sé. Todo lo que puedo decirle es que recibió una llamada hace media hora, me dijo que me hiciera cargo de la barra durante el resto del día, y entonces se marchó como si el mismo Vader estuviera tras él. Eso es todo lo que sé. Lo juro.

—Probablemente lo es —murmuró Hal desde un flanco de Isard, con todos sus sentidos enfocados sobre el devaroniano. La especie era suficientemente fácil de leer si sabías qué buscar. Hal lo sabía—. Informalmente, diría que nuestra presa ha estado ocupada limpiando unos cuantos cabos sueltos.

—Él no tiene ni idea de lo que es realmente un cabo suelto —dijo Isard ácidamente, con sus ardientes ojos clavando aún al desafortunado camarero contra la pared. Pero había un sutil cambio en su tono, suficiente para que Hal reconociera que el foco de su ira se había desplazado del devaroniano a Moranda. A Moranda y a su cómplice aún no identificado.

Y eso estaba empezando a preocupar un poco a Hal. Perfecto si era algún socio criminal, ya fuera un viejo amigo o un nuevo conocido; suficientemente peligroso, pero

al menos los tipos marginales eran una clase psicológica relativamente conocida. Pero bajo esas circunstancias, su aliado podía ser en cambio un miembro de la Rebelión.

Y *esa* era otra historia. Como había apuntado poco antes de morir el no lamentado Trabler, los rebeldes venían en todos los tamaños y formas, con perfiles que oscilaban desde el oportunista hasta el fanático. Los criminales marginales generalmente evitaban matar a los agentes de la ley si no era absolutamente necesario, aunque sólo fuera porque esto atraía demasiada atención hacia ellos. En contraste, los fanáticos disfrutaban con demasiada frecuencia de la violencia y la notoriedad.

Lo cual era suficientemente malo si algún rebelde de láser suelto le disparaba por la espalda sin un motivo.

Y peor si, por el contrario, un rebelde disparaba a Isard, y su cuerpo muerto era la última cosa que Hal veía mientras su collar de estrangulamiento le exprimía la vida.

—Bien —dijo Isard, interrumpiendo la línea de pensamiento crecientemente desagradable de Hal mientras se enderezaba desde su posición de interrogadora—. Si ella le urdió una historia con la que se dejó engañar tan fácilmente, casi con toda seguridad tenía algo que ver con un pariente o amigo. Quiero sus nombres. De todos ellos. Ahora.

El devaroniano tragó saliva.

—Yo… por supuesto. Permítame coger su tabla de perfil.

Alejándose furtivamente a lo largo de la barra, escapó al despacho del encargado.

—Una pérdida de tiempo —murmuró Hal, girándose para apoyar sus omóplatos contra la barra mientras lanzaba una mirada sobre el puñado de clientes. Una mezcla de simples trabajadores e individuos marginales menos simples, decidió, bastante típica de lugares como ese—. Incluso si le encontramos, e incluso si él consiguió ver bien a Moranda, ella ha tenido tiempo más que suficiente para cambiar su apariencia.

—El hecho de que ella y Arkos consideren al encargado suficientemente importante como para ahuyentarle de la ciudad implica que *ellos están* razonablemente preocupados por ello —apuntó Isard.

—Posiblemente —dijo Hal—. Excepto que no creo que sea Arkos quien la acompaña.

—¿Por qué no? —argumentó Isard—. Estaba justo ahí, en escena. Probablemente vio incluso a Trabler dispararla.

—Lo cual es exactamente la razón por la que no fue él —dijo Hal—. Conozco a Arkos, y él no es en absoluto un tipo que se mezcle en un tiroteo. Al menos, no sin que alguien más le dé un serio empujón.

Isard gruñó.

—Bien; así que ella ha cogido a algún otro. El caso es que para preparar esta caza de skippers salvajes tuvieron que salirse, al menos parcialmente, de los aparadores. Si podemos cazar al encargado y rastrear la historia que urdieron para él, podríamos ser capaces de obtener un nuevo vector sobre ellos.

—Entiendo —murmuró Hal, mirando de reojo el perfil de Isard. Era una razonable propuesta, cierto, clásica en su sencillez.

Desafortunadamente, también requería un equipo de examen de datos que se estirara la mitad de camino a Coruscant. Si es que ella realmente tenía allí tantos recursos humanos de los que disponer…

—No te preocupes, no vamos a hacerlo todo por nosotros mismos —continuó Isard, sin preocuparse por mirarle. Aparentemente, ella tampoco era manca leyendo las expresiones de la gente—. Hay una dependencia de Inteligencia oculta en una de las mejores zonas de la ciudad, desde donde puedo acceder a los ordenadores de la Seguridad de Darkknell. Unas cuantas órdenes adecuadamente situadas, y los locales tendrán la lista completa de conocidos del encargado localizada para el anochecer.

—Hum —dijo Hal, recordando sus primeras interacciones con la burocracia de Darkknell—. Más te vale que no caigan en la cuenta de lo que estás haciendo —le advirtió con suavidad—. El coronel Nyroska, por ejemplo, me pareció algo así como un purista del correcto protocolo. Las órdenes falsificadas no vienen precisamente bajo ese encabezamiento.

—El coronel Nyroska hará lo que se le diga —dijo Isard fríamente, despreciando a Nyroska con la sacudida de una pestaña—. Y eso también vale para el resto de su chusma.

¿Y también para mí, supongo? añadió Hal en silencio, sintiendo con nueva consciencia y nuevo resentimiento la suave presión del collar de estrangulamiento contra su garganta. Una pregunta retórica, por supuesto también valía para él. Sólo era una más de sus herramientas, después de todo, como la Seguridad de Darkknell y Trabler, y probablemente docenas de otras personas cuyas vidas rotas yacían dispersas en el polvo de su estela. Puede que incluso cientos, si se daba credibilidad a las rumoreadas historias sobre Armand Isard y su ambiciosa hija.

Miró de nuevo su perfil. Sí, él era una herramienta. Pero, de la misma manera lo era un sable de luz; y muchos eran los confiados imitadores de Jedi que se habían cortado descuidadamente uno de sus propios miembros. A veces, las herramientas mal utilizadas podían ser muy peligrosas.

Algo para tener en mente.

***

El pequeño hombre al que Moranda había señalado subió su bolsa de viaje al área de carga del transporte y entonces escaló al compartimento del pasajero, con un vago sentimiento de incomodidad evidente en la inquietud de sus movimientos.

—Está subiendo a bordo —anunció Bel Iblis, bajando sus macrobinoculares mientras un nuevo remordimiento le golpeaba—. Aunque, lo que va a pensar cuando llegue a Raykel…

—Sigue observando el transporte —le interrumpió Moranda, con una voz sensiblemente distraída—. Asegúrate de que aún está a bordo cuando parta. De cualquier

modo, ¿cuál es el problema? Se sentirá aliviado cuando averigüe que su padre no tuvo realmente ningún accidente.

—Supongo que sí —dijo Bel Iblis, frunciendo el ceño al mirarla. Sentada a la deteriorada mesa de comedor del apartamento, concentrada ante su datapad, ella era desafortunadamente inconsciente de su mirada en ese momento—. Por otro lado, esta caza de skippers salvajes no va a salirle barata.

—La vida nunca ha sido justa —dijo ella—. Si eso te preocupa, haz que tus amigos rebeldes le reembolsen.

Bel Iblis resopló.

—La Rebelión no es ningún pozo sin fondo de dinero…

—El transporte, Garm —dijo ella, señalando con un dedo hacia la ventana sin levantar la vista—. Vigila el transporte.

Tragándose una maldición, Bel Iblis se giró hacia la ventana y levantó de nuevo los macrobinoculares. En los últimos días había conseguido reducir la aguda agonía de la muerte de su familia a un dolor más apagado, un sufrimiento tranquilo que coloreaba sus minutos despiertos pero que al menos le permitía funcionar razonablemente bien.

Pero «razonablemente bien» no significaba que no hubiera un filo de impaciencia y amargura en su actitud, un filo que esta pequeña ladrona casualmente arrogante siempre parecía pisotear. Era una constante batalla para evitar estallar en su cara por cosas que, bajo normales circunstancias, él habría despreciado como conflictos de personalidad menores.

Pero era un esfuerzo que tenía que hacer. Un esfuerzo que se obligaba a sí mismo a hacer. Necesitaba su ayuda para recuperar ese datapack, para obtener esa información vital que, seguramente, podía asegurar el éxito de la Rebelión, o bien destruirla. Y, además, su humor negro no era culpa de ella.

A tres manzanas de distancia, el transporte vibró por el movimiento y se dirigió pesadamente calle abajo.

—Ahí va —anunció a Moranda, volviéndose hacia ella de nuevo—. Y no salió.

—Bien —dijo ella, dejando a un lado su datapad con aire de satisfacción, dando una calada a su cigarro y sacando su comunicador—. De todas formas, él no habría servido de mucho a tu amiga Isard, pero esto debería dar a su gente algo que hacer mientras nosotros removemos un poco la caldera.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que es hora de llamar a la ley —dijo ella—. He sacado un nombre prometedor de la lista privada de agentes de la ley incorruptibles de tu colega Arkos. Esperemos que tenga la habilidad para saltar en la dirección que queremos.

Ella tecleó el comunicador y lo levantó. Hubo un momento de pausa.

—Aquí Nyroska —una voz seca salió de aparato.

—Hola, Coronel —dijo Moranda—. No me conoce, pero tengo un pequeño problema aquí y pensé que podría ayudarme.

El suspiro de Nyroska apenas se oyó.

—Si llamara a su oficina local de Seguridad…

—Tengo en mis manos un artículo muy valioso y políticamente explosivo —le interrumpió Moranda—. Un artículo que la agente de la Inteligencia Imperial que está husmeando por la ciudad desea muy seriamente.

Hubo una brevísima pausa.

—Está mal informada —dijo Nyroska—. No hay agentes de la Inteligencia Imperial en Darkknell.

—Dejémonos de juegos, Coronel —dijo Moranda, poniendo cierto enojo en su voz—. Usted y yo sabemos que ella está aquí. Francamente, es bastante difícil *no* reconocerla, con ese rubio musculoso y su Penetrador Luxan entrometiéndose por ella. Va por toda Xakrea, agitando los árboles en busca de un díscolo datapack imperial.

—Entiendo —dijo Nyroska. Su tono era estudiadamente neutral, pero Bel Iblis podía oír por debajo el creciente interés—. ¿Entiendo que el datapack es el valioso artículo del que habló?

—Lo es, efectivamente —confirmó Moranda—. Bajo circunstancias normales, contactaría directamente con ella para negociar un intercambio. Dos problemas: no tengo la frecuencia de su comunicador y no me gusta la idea del rubito y su Luxan acechando por detrás. Así que preferiría negociar el intercambio a través de usted.

—No sé nada de agentes imperiales en Darkknell —dijo Nyroska endureciendo su voz—. Pero si está en posesión de bienes robados o malversados, lo más inteligente que puede hacer es traerlo todo al cuartel de la Agencia de Defensa y entregarlo.

—De acuerdo por mi parte —dijo Moranda—. ¿Tendrá el millón preparado?

—¿El qué?

—El millón —repitió Moranda—. En divisa imperial, por cierto, no en la local.

—*Debe* estar bromeando —dijo Nyroska con rigidez.

—¿Me esta oyendo reír? —respondió Moranda—. Confíe en mí, Coronel. Un millón no es siquiera un indicio de lo que esto vale. Los imperiales estarán deseando comprárselo por dos millones. Los rebeldes, si puede encontrarlos, probablemente pagarán tres. Pero no me tome la palabra; hable con la imperial y vea lo que dice. Por supuesto, si le cede todo esto a ella, probablemente le negará los beneficios; pero oiga, la virtud es su único consuelo, ¿verdad?

—¿Y qué le hace pensar que un agente de la Inteligencia Imperial no se reirá en mi cara? Asumiendo que no sea únicamente un producto de su imaginación.

—Oh, ella está aquí —le aseguró Moranda—. Y no se reirá. Créame.

Otra pausa.

—Está bien, haré algunas consultas y veré lo que puedo averiguar. ¿Cómo contacto con usted?

—Yo le llamaré —le dijo Moranda—. Recuerde: un millón exacto. Sólo transmita ese mensaje, y entonces, si quiere, puede quedarse fuera.

Ella desconectó.

—¿Ahora qué? —preguntó Bel Iblis.

—Como dije, esperamos que sea inteligente —dijo ella, levantándose de la mesa y apartando tanto el comunicador como el datapad—. Y asumiendo que lo sea, desalojamos el local. Ahora.

***

Durante un momento, Nyroska miró enfurecido al comunicador apagado. *Sólo transmita ese mensaje*, las palabras resonaban en sus oídos, *y entonces puede quedarse fuera*.

—Ni hablar —murmuró para sí mismo—. Nada de eso.

Miró al otro lado de la sala a su asistente.

—¿Teniente?

—Lo tengo, Coronel —el teniente Barclo informó enérgicamente—. Vino de uno de los apartamentos en el bloque Karflian Nestling, mezcla de marginales y clase baja, extremo norte de la ciudad. Tengo una escuadra de deslizadores aéreos de camino.

—Envíe dos escuadras más como refuerzo —ordenó Nyroska—. Después, compruebe si tenemos Inteligencia Imperial operando en Darkknell en este momento.

—Estoy seguro de que lo habríamos oído si alguien se declarara a sí mismo o misma como tal, Coronel.

—Ciertamente, deberíamos —coincidió Nyroska gravemente—. Como dije: compruébelo.

—Sí, señor.

Nyroska bajó su comunicador e hizo girar su silla hacia el gran mapa holográfico de la ciudad que se encontraba tras él. Si había un agente extranjero paseándose por su ciudad a sus espaldas, quería saberlo.

Y si dicho agente perseguía algo de un millón o más de valor en divisa imperial, *sin lugar a dudas* quería saberlo.

Accediendo a la base de datos del puerto espacial, visualizó la sección de llegadas recientes y tecleó una búsqueda.

***

La ficha de perfil del encargado era corta. Increíblemente corta. Sospechosamente corta.

—Triste, ¿no? —dijo Isard despectivamente mientras Hal terminaba de examinarla—. Y siempre se creen que no son terriblemente evidentes para nosotros.

—Lo creen, en efecto —coincidió Hal, devolviendo el datapad. La sección «personal» del perfil del encargado tenía exactamente doce nombres: padres, un hermano y nueve amigos. Había colonias fúngicas corellianas que tenían listas asociadas más largas que ésa—. Aún así, sólo porque tenga trucada su lista de asociados no significa que tenga ninguna complicidad particular con Moranda.

—Es un tipo marginal —dijo Isard rotundamente—. Esa lista lo dice a voces. Y, a la hora de la verdad, los tipos marginales siempre terminan juntándose. —Pensó un momento—. No cuando les apretamos, cuidado; entonces empiezan a acelerarse para deshacerse unos de otros cuanto antes. Pero hasta entonces, se juntan entre sí.

—Es posible —murmuró Hal, con su mirada desviándose al horizonte norte de la ciudad. Al solitario deslizador aéreo rojo y blanco en el que se había fijado hacía un momento se habían unido ahora otros dos, todos ellos escabulléndose como si tuvieran la cola en llamas. Era imposible ver marcas a esa distancia, pero había visto deslizadores con ese esquema de colores aparcados en el exterior de la oficina de Nyroska—. ¿Supongo que empezamos por la familia?

—Dado que sus verdaderos amigos, asumiendo que tiene alguno, no se encuentran sin duda en esa lista, diría que sí —dijo Isard ácidamente—. A no ser que también sean farsantes. ¿Para qué crees que están aquí?

—¿Quiénes?

Isard gesticuló con su datapad.

—Esos tres deslizadores de la Defensa de Darkknell —dijo ella—. No pretendas decirme que no te habías fijado en ellos.

—Me fijé —confirmó Hal con calma—. ¿Crees que tienen alguna pista sobre tu rebelde?

—No se me ocurre otra razón por la que usarían personal de Defensa —murmuró Isard, con sus desiguales ojos mirando atentamente a los deslizadores, que en ese momento bajaban la calle—. Bueno, si la tienen, podemos sacarla de los archivos de su computadora en la dependencia de Inteligencia.

—¿Nos dirigimos allí ahora?

—A su debido momento —dijo Isard, levantando el datapad—. Veo un nombre en este perfil que estaba también en la lista de clientes frecuentes de Arkos. Vayamos a comprobar si no ha tenido la sensatez de desaparecer como todos los demás.

***

—Gracias por volver a mí tan rápidamente —dijo Nyroska en su comunicador, echando una ojeada a Barclo sobre el dispositivo y mostrándole un marcado asentimiento. Barclo asintió también y se ocupó con el panel de localización.

—No hay problema —respondió la voz de la mujer—. ¿Está preparado ya para creerme sobre la agente imperial?

—Posiblemente —dijo Nyroska—. No tenemos a su agente, pero tenemos a un gran individuo rubio en un tanque del depósito de cadáveres. El análisis me dice que fue disparado a corta distancia con un Penetrador Luxan.

Hubo una breve pausa al otro extremo.

—Interesante.

—¿Así que no sabía que estaba muerto? —tanteó Nyroska.

—¿Está sugiriendo que tuve algo que ver con eso? —exclamó ella.

—No, por supuesto que no —dijo Nyroska calmadamente. Lo que era, de hecho, una declaración auténtica. Él había basado su carrera en leer la cara y la voz de la gente, y esa breve pausa había sido toda la reacción que necesitaba para saber que la noticia la había cogido ciertamente por sorpresa.

Lo que significaba que, aunque podía ser una ladrona, no era probable que fuera una asesina. Un punto a su favor.

—Lo mencioné simplemente para hacerle saber que esa parte de su historia está verificada.

—Estoy contenta por ello si usted lo está —dijo ella, con una traza de sarcasmo—. Pero hasta que, y a no ser que, encuentre a la agente imperial misma, no estamos más allá de donde empezamos.

—No necesariamente —dijo Nyroska—. Ahora que sé que su historia tiene alguna sustancia real, espero poder convencer a mis superiores para que se tomen el asunto seriamente.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que me gustaría encontrarme con usted —dijo él—. Nada de obligaciones o promesas, excepto, por supuesto, que no trataré de arrestarla ni hacerme con la mercancía. Por ahora, sólo quiero hablar.

—Sí, bien —olfateó la mujer—. Todo completamente claro y legítimo.

—Exactamente —dijo Nyroska, elevando al máximo la confiabilidad de su voz—. Tiene que darse cuenta de que está en una posición seriamente insostenible, especialmente con un cadáver en el depósito que la agente de Inteligencia bien podría pensar que es obra suya. Puede que yo sea el único que puede ayudarla. Y puede comprobar por sus amigos marginales que mantengo mi palabra.

Hubo otra larga pausa.

—Pensare sobre ello —dijo finalmente la mujer—. Le llamaré más tarde.

La conexión se apagó.

—¿Barclo?

—Se ha trasladado hacia el sur, al borde de Pequeño Duros —informó el teniente—. Hay tres deslizadores de camino.

Nyroska asintió.

—Una pérdida de tiempo, probablemente.

—Parece bastante buena escabulléndose de las redes de comunicaciones —admitió Barclo—. Entonces, ¿ahora qué? ¿Esperar hasta que llame de nuevo?

—Más o menos —dijo Nyroska, buscando con la mirada la pantalla de su computador. Se estaba rastreando la identificación del muerto, junto con la de la mujer que había llegado al puerto espacial con él, pero hasta entonces ninguna de ambas investigaciones había dado fruto. Probablemente otra pérdida de tiempo—. ¿Algo sobre el deslizador que alquilaron?

—Aún no ha sido localizado —dijo Barclo—. Por supuesto, un imperial podría haber alterado la etiqueta de registro con sólo unos conocimientos básicos.

—Un término improbable para usarlo junto con agentes imperiales —gruñó Nyroska, frunciendo el ceño ante la pantalla—. Creo que es hora de que recuperemos la iniciativa. Quiero que compruebes con el General con qué rapidez podríamos juntar un paquete de dinero del tamaño suficiente.

La mandíbula de Barclo cayó ligeramente.

—¿Quiere pagarla?

—No sin saber qué tiene exactamente —dijo Nyroska—. Pero si *resulta* ser tan explosivo como ella afirma, sería bueno tener algunas opciones disponibles.

—Supongo que sí —dijo Barclo moviendo la cabeza—. Sólo espero que no se esté metiendo demasiado hondo, Coronel. Sabe que estamos tratando con la Inteligencia Imperial.

—Este es *mi* mundo, Barclo —dijo Nyroska fríamente—. *Nuestro* mundo, no el de Palpatine. Puede que algún día pueda gobernar el Imperio entero desde Coruscant, pero hasta entonces tenemos ciertos derechos jurisdiccionales y gubernamentales aquí en Darkknell. Y yo voy a ejercitar esos derechos frívolamente bien.

—Sí, señor —dijo Barclo apagadamente mientras agarraba su comunicador—. Llamaré al General ahora mismo.

***

Moranda apagó su comunicador.

—Vamos —dijo. Cruzaron la calle y entraron en la tienda de dulces que ella había señalado antes de hacer su llamada a Nyroska. Zigzagueando a través de la masa de clientes, principalmente duros, dirigió sus pasos hacia la entrada de empleados en la parte trasera y bajó un tramo de escaleras hasta la calle, al pie de la cuesta. Con gratificante puntualidad, el camión deslizador de mantenimiento de calles que había identificado desde su anterior posición aventajada vino a moverse pesadamente justo cuando alcanzaban la calle, y un momento más tarde, ella y Garm estaban acomodados a salvo en el interior del cubo vacío de almacenamiento de escombros, en la parte trasera.

—¿No crees que registrarán esta cosa? —preguntó Garm, mirando cautelosamente al exterior a través de la abertura de acceso trasera, a través de la cual acababan de trepar.

—No cuando vean que el cubo está ya lleno de basura —le dijo Moranda, desabrochando su falda exterior y quitándosela. Dándole la vuelta para que se mostrara su lado marrón, la dispuso de un lado a otro de sus pies y rodillas, donde sería todo lo que se podría ver a través de la abertura sin un examen cercano—. Todo está en la percepción.

—Supongo que sí. —Dudó—. ¿Así que le dispararon con su propia arma?

—A no ser que alguien más en la ciudad tenga guardado un Luxan —coincidió Moranda sobriamente—. ¿Qué piensas? ¿Horn o la misma Isard?

—Difícil de pensar en cualquiera de ellos —dijo Garm, negando con la cabeza—. A no ser que Isard encontrara las tarjetas de datos y asumiera que su asistente estaba involucrado.

—Podría ser —dijo Moranda, estudiando la cara de Garm por el rabillo del ojo. Habían reducido sus presentaciones estrictamente al nombre de pila; pero incluso a través del sencillo disfraz que llevaba había algo vagamente familiar en ese hombre.

Sus ojos en particular. Unos ojos fuertes y cómplices, ricos en conocimiento y sabiduría, y algo de un dolor profundo pero privado. Dolor reciente, también, si ella podía juzgar tales cosas. O puede que fuera su voz. ¿Podía ser alguien a quien había oído hablar en las Redes de Noticias?

Decididamente, apartó la vista. La situación picó su curiosidad, pero en ese momento tenía cosas más urgentes de las que preocuparse que un hombre más en fuga.

—¿Algún signo ya de los deslizadores?

—Oh, están ahí fuera —le aseguró Garm, inclinándose sobre las rodillas de Moranda para tratar de ver su improvisado camuflaje—. El Coronel Nyroska podrá ser otras muchas cosas, pero lo seguro es que es rápido.

—Sí —coincidió Moranda—. Bien, esperemos que una llamada más lo consiga.

—¿Conseguir qué? ¿Que nos atrapen? —preguntó Garm mordazmente—. Aparte de apelar a tu lado juguetón, no sé qué se supone que deben conseguir estas llamadas.

—Necesitamos sacar a Isard de su escondite —le dijo Moranda pacientemente—. Eso implica atraerla a alguna localización conocida. Asumiendo que sea suficientemente hábil para fijarse en toda esta actividad de deslizadores de Defensa, espero que esto la intrigue lo suficiente como para dirigirse a una de las oficinas de Seguridad para averiguar lo que está ocurriendo. El único truco estará en adivinar cuál de ellas elegirá.

—Probablemente ninguna de ellas —dijo Garm—. Lo más seguro es que, en lugar de eso, vaya a la dependencia de Inteligencia local.

Moranda parpadeó.

—¿Dependencia de Inteligencia?

—Claro —dijo Garm—. Tendrá capacidad de acceso a computadores, y puede que algún personal extra al que pueda recurrir. Auque no es probable; esta estación parece demasiado pequeña para tener personal permanente.

Moranda miró fijamente su perfil.

—¿Cómo sabes todo esto?

Él se encogió de hombros.

—Tengo acceso a ciertos archivos.

—Estupendo —gruñó ella—. ¿Y no se te ha ocurrido mencionarme esto antes?

Él volvió aquellos penetrantes ojos hacia ella.

—Antes no sabía a dónde querías ir a parar —recordó él con suavidad.

Ella hizo rechinar los dientes. Pero él tenía razón.

—Realmente, un día de estos tenemos que organizar nuestras acciones —dijo ella—. Bien. ¿Dónde está esa dependencia?

—Es una pequeña boutique, aparentemente fuera de negocio, en la principal zona de compras del lado oeste —le dijo él—. No recuerdo el nombre, pero tengo la dirección.

—Suficiente —dijo ella—. En cuanto salgamos de la red de Nyroska, nos haremos con un deslizador y nos pasaremos por allí. —Ella frunció el ceño al sobrevenirle un repentino pensamiento—. Supongo que ese lugar no tendrá una reserva oculta de armas extra con la que Isard pudiera cargar, ¿verdad?

—Probablemente.

Moranda asintió gravemente.

—Estupendo.

***

Habían estado sentados durante casi una hora en la parte trasera del concurrido tapcafé al aire libre junto a la Boutique ClearSkyes cuando Moranda se enderezó de pronto y asintió con la cabeza.

—Ahí está ella —dijo, asintiendo sobre el borde de su taza hacia la derecha de Bel Iblis.

De manera casual, tomando mientras un sorbo de su propia bebida, Bel Iblis miró en esa dirección. Apenas veinte metros más allá, un deslizador familiar se introducía en una zona de aparcamiento. Y fuera de él salía…

—Bien, bien, bien —murmuró Moranda—. Horn está aún con ella.

—Te dije que Isard inventó una historia para él en el local de Arkos —recordó Bel Iblis.

—Claro, pero no esperaba de él que aún se lo creyera —dijo Moranda—. Hace tiempo que debería haber cortado en dos esa historia.

—O si no, ella ya habría conseguido lo que quería y se habría deshecho de él —coincidió Bel Iblis, frunciendo el ceño mientras Horn se giraba lentamente junto al deslizador, inspeccionando de forma automática el área. Sus ojos pasaron sobre ellos sin un destello de reconocimiento, con la brisa abriendo su cuello mientras continuaba su giro—. Dame tus macrobinoculares. Rápido.

—¿Qué ocurre? —preguntó Moranda, pasándole el pequeño juego bajo la mesa.

—Posibles problemas —dijo Bel Iblis. Ocultando los macrobinoculares con manos y taza, los deslizó a sus ojos y los enfocó hacia el cuello de Horn mientras ellos cruzaban la calle hacia la boutique.

Una nítida mirada fue todo lo que necesitó.

—Definitivamente, problemas —dijo él con gravedad, bajando los macrobinoculares—. Horn lleva un collar de estrangulamiento.

—Oh, encantador —dijo Moranda—. Qué agradable mujer es tu Ysanne Isard.

Isard echó la llave a la puerta, y ella y Horn desaparecieron en el interior del ClearSkyes.

—Esto cambia las cosas, Moranda —dijo Bel Iblis tranquilamente, preparándose para la inevitable discusión—. Ese collar de estrangulamiento irá asociado a un interruptor de hombre muerto. No voy a arriesgarme a que Horn muera si Isard lo deja caer, o si cae herida o muerta.

—Estoy de acuerdo —dijo ella—. Por otro lado, de ningún modo puedo pretender sacar esas tarjetas de datos del coche si tú no los retienes con fuego de bláster…

—Espera un segundo —la cortó Bel Iblis, frunciendo el ceño. Lo inevitable no había ocurrido—. ¿Has oído lo que he dicho? Horn es un hombre bueno y valioso, y no voy a arriesgar su vida.

—Sí, te he oído —dijo ella—. He dicho que estoy de acuerdo.

—Pero… —dijo él, confundido.

Ella levantó las cejas.

—¿Qué? ¿Sólo porque Horn me ha perseguido por medio Imperio crees que debería estar dispuesta y ansiosa de permitir que lo vaporicen?

—Algo así, sí.

Ella apartó su mirada y la dirigió hacia la boutique.

—Aunque pueda parecer extraño, Garm, en los últimos años me he acostumbrado de algún modo a tener a Horn pisándome los talones. Es un adversario bastante bueno, contra el que merece la pena comparar el ingenio, ¿sabes? Disfruto bastante de ese tipo de retos. —Ella sonrió socarronamente—. Además, sé que si es él quien hace caer el martillo sobre mí, seré tratada con justicia. En el nuevo gran Imperio de Palpatine, no hay muchos agentes de la ley en los que confiaría tanto.

—Me alegro de que estemos del mismo lado en esto —dijo Bel Iblis, liberándose su pecho de algo de su estrechez. Arkos sabía poco más que el nombre de esta mujer, pero su despreocupada confianza, retorcimiento y talento de carterista habían creado en su mente la estereotípica imagen marginal, de alguien dispuesto a hacer cualquier cosa para conseguir lo que quisiera. El hecho de que el asesinato casual, o incluso colateral, estuviera aparentemente fuera de sus límites éticos hizo considerablemente más aceptable para su conciencia trabajar con ella.

De hecho, esto no la hacía peor que algunos de los que estaban ya luchando a su lado en la Rebelión. Puede que, incluso, no fuera peor que la media.

—Entonces, ¿ahora qué? —Moranda se mordió el labio con delicadeza—. ¿Fuiste capaz de obtener algún detalle sobre el collar de estrangulamiento? —preguntó—. ¿Diseño, fabricante, algo?

Bel Iblis examinó su memoria.

—Todo lo que he podido ver es que es negro —dijo—. Oh, y tenía lo que parecía una pequeña llave de cierre a la izquierda de su garganta.

—Interesante —dijo ella pensativamente—. Probablemente un diseño Jostrian, entonces. Emplean firmes llaves de cierre mecánicas para evitar que alguien pueda explorar las frecuencias de cierre y lo desabroche.

—¿Entonces no podemos hacer nada?

—Yo no he dicho eso —dijo ella, aún pensativa—. Sigue vigilando aquí. Voy a dejarme caer por esa pequeña tienda de electrónica.

—¿Y después?

Ella le dio una palmada en la mano.

—Confía en mí.

***

—Yo estaba en lo cierto —dijo Isard, tecleando en el ordenador de la dependencia de Inteligencia—. Efectivamente, esos deslizadores de Defensa respondían a tu amiga Savich.

—¿La identifica por su nombre? —preguntó Hal.

Isard le lanzó una despectiva mirada.

—Por supuesto que sí. Y también incluye la enumeración de sus identificaciones y su perfil de asociados. Si vas a hacer preguntas estúpidas, Horn, mantén la boca cerrada.

Hal reprimió firmemente su lengua mientras Isard se volvía hacia el computador con un bufido. A medida que avanzaba el día, ella se estaba poniendo cada vez más malhumorada, y encontrar que el último enlace conocido entre Arkos y el encargado del Continuum Void había escapado de la madriguera parecía haber sido el último resorte. El enfado, la frustración y la sed de sangre estaban a punto de estallar bajo la superficie, sostenidas bajo control por auténtica fuerza de voluntad.

Y si no se desataba algo pronto, sospechaba Hal, parte de esa sed de sangre muy bien podría gastarse en un oportuno inspector de la Seguridad Corelliana a quien claramente estaba empezando a considerar menos que útil.

Él tragó saliva, con el movimiento de su garganta constreñido notablemente por el desproporcionado nudo alrededor de su cuello. De cualquier modo, ¿qué había en el datapack desaparecido, en el nombre del sastre de Vader?

Y entonces, en su cinturón, silbó su comunicador.

Isard se giró como si la hubieran picado.

—¿Qué es eso? —exigió.

—Mi comunicador —dijo Hal.

—Ya sé que es tu comunicador —gruñó fríamente, bajando de su silla y avanzando hacia él—. ¿Quién sabe que estás aquí?

—Sólo el Coronel Nyroska —dijo Hal, sacando el dispositivo—. ¿Quieres que conteste?

—Por supuesto —dijo ella, situándose a su lado—. Puede que haya conseguido alguna pista de Savich.

Hal asintió y lo encendió.

—Horn.

—Hola, Inspector —respondió una alegre voz femenina—. Soy Moranda Savich. ¿Cómo estás?

Hal sintió su aliento atrapado en la garganta.

—¿Cómo has conseguido esta frecuencia?

—Oh, no seas tonto —le reprendió ella—. La registraste al llegar a Darkknell, ¿recuerdas? Desafortunadamente, tu amiga Imperial no lo hizo, al menos no bajo un nombre que yo pudiera encontrar. ¿Está ahí contigo, por casualidad?

—Estoy aquí. —Isard levantó la voz con calma glaciar—. ¿Tienes mi datapack?

—Claro, si tú tienes mi dinero —dijo Moranda—. El precio es un millón, en divisa imperial.

Hal miró furtivamente la cara de Isard, preguntándose si se aproximaba ya al deshielo. Pero, para su sorpresa, los ojos que le devolvían la mirada permanecían tan calmados y fríos como nunca los había visto. Con, al menos, un manejo potencial de la situación, su anterior frustración e irritación se habían evaporado en un completo profesionalismo.

—Tienes una opinión bastante inflada de lo que vale —dijo Isard—. Te pagaré cien mil.

Moranda aspiró audiblemente.

—Eso es bastante tacaño, incluso para un imperial. Si tú no quieres jugar, estoy segura de que alguien más lo hará.

—¿Cómo el Coronel Nyroska, por ejemplo?

—Exactamente, como el Coronel Nyroska —dijo Moranda aprobándolo—. Es cierto, a veces olvido lo adeptos que sois los imperiales a introduciros en sistemas informáticos oficiales. No te habrás fijado si ha reunido ya su millón, ¿verdad?

—Ha empezado a hacer consultas —confirmó Isard con calma—. Puedo asegurarte, sin embargo, que preferirás tratar conmigo.

—Mi plan es tratar con el mejor postor —dijo Moranda mordazmente—. Con todo, estoy segura de que la Inteligencia Imperial puede pujar más alto que una atrasada parada de repostaje como Darkknell.

—Ciertamente —dijo Isard, con su voz casi sedosa y la amenaza implícita—. Junto con esos cien mil también puedo garantizarte la posibilidad de irte de aquí con tu piel intacta.

—No me hagas reír. —Moranda aspiró—. He eludido al Inspector Horn durante años. ¿Crees que no puedo hacer lo mismo con la Inteligencia Imperial?

—No —dijo Isard llanamente—. No creo que puedas.

—Mira cómo tiemblo —dijo Moranda—. Éste es el trato. Te daré a ti y a Nyroska una hora para reunir lo convenido… sólo efectivo, por supuesto. Entonces, me encontraré con vosotros en el almacén número catorce, en el Clúster Firtee, norte de la ciudad, y uno de vosotros se marchará con el datapack. ¿Está claro?

—Mucho —dijo Isard suavemente.

—Y no insultes mi inteligencia intentando alguna lindeza —advirtió Moranda—. Soy bastante buena en este tipo de juegos. Una hora, y ven sola.

El comunicador se apagó.

—Ciertamente, vendremos solos —coincidió Isard, como si estuviera hablando consigo misma mientras se sentaba de nuevo al ordenador—. No querríamos la molestia de testigos, ¿verdad?

—¿Qué estamos haciendo? —preguntó Hal mientras ella empezaba a teclear la terminal.

—*Yo* estoy evitando que el terreno se abarrote —le dijo ella—. En concreto, estoy enviando al contingente completo de Nyroska a un pequeño ejercicio de entrenamiento improvisado.

Hal sintió que su mandíbula caía.

—No hablas en serio. No pueden caer en algo tan descarado.

—Déjale —replicó Isard—. Para cuando sus graznidos atraigan la atención de alguien, hará tiempo que el datapack y yo nos habremos ido.

Hal hizo una mueca.

—Dejándole sin nada que hacer salvo encontrar a alguien sobre el que cargar la culpa. ¿Yo, por ejemplo?

Isard le concedió una fría y desapasionada mirada, y entonces se giró hacia el ordenador.

—Piensa en ello como tu oportunidad para proporcionar un servicio único al Imperio.

—Sí —murmuró Hal—. Por supuesto.

***

—No puedo decir que el General esté exactamente entusiasmado con la situación —informó Barclo, apagando su comunicador—. Pero *está* bastante intrigado. Dice que si puede probar que este datapack vale realmente un millón, puede tener el dinero preparado en dos horas.

—Bien —dijo Nyroska, tecleando en su ordenador—. Bien, bien: el rastreo sobre el código de nuestro gran rubio del mortuorio acaba de volver vacío. Lo que significa que su identificación era completamente falsa.

—Gran sorpresa —gruñó Barclo—. Probablemente, la mitad de las identificaciones en el sur de Xakrea son falsas.

—Sí, pero no de esta calidad —dijo Nyroska—. La suya rastreó todo el camino de vuelta a Coruscant antes de esfumarse. Eso significa…

Paró cuando silbó su comunicador.

—Allá vamos —dijo, cogiéndolo—. Apuesto tu próxima promoción a que es ella. —Lo encendió—. Nyroska.

—¿Coronel? —dijo una desconocida voz humana masculina—. Mi nombre es… bien, eso no importa. Soy un socio… antiguo socio, más bien, de la mujer con la que ha estado tratando sobre este asunto del datapack.

—Ya veo —dijo Nyroska—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Puede sacarme de este lío, eso puede hacer —dijo el otro nervioso—. Todo esto se ha ido completamente de las manos. ¿Sabía que ella está tratando realmente de pescar a un agente de la Inteligencia Imperial? Esto se está poniendo demasiado peligroso, y yo estoy preparado para cortar mis pérdidas e irme.

—Aplaudo su sabiduría —dijo Nyroska—. Déme el datapack y me aseguraré de que pueda alejarse.

Hubo una pausa.

—Sí —dijo finalmente el que había llamado, con un poco de incertidumbre—. Problema: realmente no lo tengo conmigo. Pero puedo señalársela, y *ella* sabe dónde está. Regresará a un tapcafé justo al lado de algo llamado Boutique ClearSkyes; estará de vuelta en cualquier momento. Llegue rápido, ¿está claro?

—Vamos de camino —prometió Nyroska. Con la última palabra, el comunicador se apagó—. ¿Y bien? —añadió a Barclo.

—Podría ser un engaño —dijo Barclo, frunciendo el ceño ante su mesa—. Por otro lado, el rastro le sitúa en esa área. Diría que merece la pena probar.

—De acuerdo —dijo Nyroska, tecleando su ordenador. Hizo una pausa y tecleó de nuevo—. ¿Pero qué…?

—¿Qué ocurre? —preguntó Barclo.

—Mis tropas —dijo Nyroska, agitando su ordenador—. Todas han sido enviadas al puerto espacial.

—¿Qué? ¿Por qué?

—No lo sé. —Nyroska apretó los dientes, golpeando las teclas—. Son órdenes falsas… Tienen que serlo. El General no las habría enviado sin avisarme primero. Pero las órdenes muestran la autorización correcta, y están cerradas —juró—. Y además las tropas están incomunicadas. —Repentinamente, se detuvo—. Diez a uno a que es una táctica de nuestra ladrona de datapacks para retrasarnos —rechinó—. Y yo no tengo ninguna intención de que me retrasen. Traiga a Thykele, de la oficina exterior, y vámonos.

—¿Cree que será suficiente con tres de nosotros? —preguntó Barclo, cogiendo su bláster de un cajón del escritorio mientras se levantaba.

—Lo haremos suficiente —dijo Nyroska gravemente, comprobando su propio bláster y encajándolo en su pistolera—. **Esta** vez no va a escapar.

***

Habían dejado la boutique y se dirigían al otro lado de la calle cuando el comunicador de Hal sonó de nuevo.

—¿Contesto? —preguntó.

—Mejor, probablemente —gruñó Isard, agarrando su brazo y dirigiéndole al costado de la calle, junto al deslizador—. Puede que Savich aún no haya terminado con sus pequeños juegos.

Hal sacó el aparato, echando un automático vistazo a los alrededores, como solía hacer. Había habido una cierta renovación en la clientela del tapcafé desde que habían entrado en la boutique, y media manzana más abajo, un par de kubaz estaban descargando un camión deslizador, pero nada más parecía haber cambiado.

—Horn.

—Hola, Inspector —retornó la voz de Moranda—. Sólo quería ver si usted y su imperial marchaban aún según lo previsto.

—Estamos en ello, sí —dijo Hal.

—Bien —dijo Moranda con alegría—. También quería decirle que acabo de hablar con Nyroska, y está preparado para ofrecerme dos millones.

—¿Ahora lo está? —se metió Isard, mirando ferozmente al comunicador en las manos de Hal como si Moranda la pudiera ver a través de él. Calle abajo, uno de los kubaz dejó caer una caja sobre la calle con un ruidoso golpe—. Ahora escúchame, pequeño cadáver andante —rugió—. Y escúchame con atención.

Comenzó a pronunciar una amenaza exquisitamente detallada, un recital al que Hal habría prestado gran atención, aunque sólo fuera por interés profesional. Pero en este caso, ni siquiera estaba escuchando. Isard, con toda la atención concentrada en su ira, su orgullo y sus amenazas, había ignorado completamente que el estruendo de aquella caja caída había resonado levemente en el micrófono del comunicador de Moranda.

Lo que significaba que Moranda estaba allí, en alguna parte.

Lentamente, con cuidado, Hal rastreó el área con sus ojos, estudiando cada cara visible y escrutando las ventanas y portales menos visibles. Su mirada cayó sobre una mujer a unos quince metros, en una de las mesas del tapcafé, con su cara de perfil hacia él mientras miraba meditativamente las distantes montañas que se elevaban sobre la ciudad, y con una taza sostenida hacia sus labios. Tenía la altura y constitución correctas, pero podía ver ambas manos con suficiente claridad como para decir que no había comunicador en ninguna de ellas. A no ser que tuviera el dispositivo sujeto a su collar, o algo así…

—Lo capto —intervino Moranda, cortando la amenaza de Isard—. Aquí está la ruta que quiero que sigas hasta el almacén. Escucha con atención, y no interrumpas.

Se lanzó a una detallada lista de calles, esquinas, giros y vueltas atrás. Mientras, la mujer en la mesa del tapcafé soltó la taza y se levantó, sacando una moneda de su bolso de cadera y dejándolo caer sobre la mesa. Se giró hacia Hal e Isard, y avanzó en su dirección, ojeando de un lado a otro entre los distintos carteles de negocios que se alineaban en la calle.

Y ciertamente, no había ningún comunicador abrochado a su collar, ni ningún revelador bulto bajo su chaqueta donde pudiera estar escondido. Escuchando con media oreja las instrucciones de Moranda que zumbaban monótonamente en su comunicador, Hal desplazó su atención a los portales de los alrededores. Ella tenía que estar ahí, en alguna parte…

—¿Hal? —llamó una voz de mujer con excitación—. ¿Hal Horn?

Él volvió sus ojos a la mujer que se acercaba a ellos. Le estaba mirando con amplios ojos, y la boca enormemente abierta en una feliz sonrisa de reconocimiento.

—*Eres* tú —dijo ella, ahora casi saltando mientras se reducía la distancia hasta él—. Bueno, seré el desayuno de un mynock. Allyse Conroy, ¿recuerdas? ¿Cómo *estás*?

—Uh —dijo Hal, mirando con confusión a Isard mientras rebuscaba en vano en su memoria a alguna Allyse Conroy—. Estoy…

Isard le arrancó el comunicador de la mano.

—Tenemos problemas —cortó el monólogo de Moranda—. Llámanos en diez minutos.

Sin esperar respuesta, lo apagó.

—Imagínate, de todos los lugares, tropezar contigo aquí, en Darkknell —dijo la mujer, con su sonrisa incluso más grande que antes—. ¿Cómo están Nyche y Corran? ¿Cuántos tiene él ya, dieciséis años?

—Dieciocho —dijo él, encogiéndose mientras ella levantaba sus brazos para un abrazo. Pero su entusiasmo difícilmente podía ser parado por algo tan simple como eso, y lo siguiente que supo es que tenía los brazos de ella rodeándole, apretando estrechamente su cuerpo contra el de él—. Ah, Allyse…

—Es tan bueno verte —dijo ella, con su voz extrañamente ahogada mientras hablaba en su hombro, con su cara presionada contra el lado izquierdo de la de él, su respiración desconcertantemente cálida en su cuello—. ¿Qué tal estos últimos años?

Hal miró más allá de su cabeza. Isard se había situado tras ella y estaba mostrando a Hal la misma clase de mirada que había estado mostrando al comunicador.

—En realidad, Allyse, estoy algo ocupado ahora mismo —dijo a la mujer, tratando de despegarse de ella diplomáticamente. Una pérdida de tiempo; sus brazos apretaron aún con más fuerza a su alrededor—. De hecho, estoy en mitad de algo muy importante. Me tengo que ir.

—Imagínate, tropezar contigo aquí —repitió ella—. ¿Será el destino o qué?

Los ojos de Isard estaban empezando a lanzar chispas. Preparándose, Hal tomó una profunda inspiración y agarró firmemente las costillas de Allyse.

Y abruptamente se quedó helado. Levemente detectables con esa inspiración había dos aromas característicos: el fuerte olor del humo de cigarro, y la más sutil fragancia del licor Gralish.

¿Moranda Savich?

Abrió su boca para hablar; pero antes de que pudiera reunir las palabras adecuadas, los brazos que constreñían a ambos se aflojaron y ella retrocedió. Él vislumbró el esbelto

fuerzacerraduras entre sus labios antes de desvanecerse de nuevo en su boca, y tardíamente percibió que la presión del collar de estrangulamiento alrededor de su cuello había desaparecido…

Y con su sonrisa aún en su lugar, Allyse se inclinó hacia Isard.

—Cuánto lo siento —exclamó, girándose con velocidad felina y agarrando la chaqueta de Isard a tiempo para evitar caer hacia atrás—. Torpe de mí —añadió, ocupada en cepillar la chaqueta de Isard donde su agarrón la había arrugado momentáneamente—. ¿Está bien?

—Márchese —exclamó Isard, poniendo una palma contra el pecho de Allyse y empujándola hacia un lado. El empujón la tiró contra el costado del deslizador, revolviendo sus manos en busca de equilibrio hasta agarrar la parte superior de la puerta.

—Sí, por supuesto —dijo Allyse en un tono apagado.

—No tienes por qué ser tan dura —reprobó Hal a Isard educadamente, con sus ojos examinando la cara de Allyse. Normalmente era capaz de extraer las facciones de Moranda de debajo de las máscaras de sus muchos y variados disfraces, pero ahí, a primera vista al menos, era incapaz de encontrarla en esa indignada expresión. Puede que no fuera ella, después de todo.

—Debería estar agradecida de que *no* me he puesto dura —respondió Isard ácidamente—. Ahora, aléjate de nuestro deslizador. Tenemos asuntos que atender.

—No lo creo —dijo una voz desde la derecha de Hal.

Él se giró. El coronel Nyroska, flanqueado por dos oficiales de Defensa uniformados, avanzaba en su dirección. Los tres portaban blásters.

—Coronel Nyroska —asintió Hal—. ¿Qué le trae por aquí?

—Esa amiga suya, Inspector Horn —dijo Nyroska, con su mirada desplazándose sobre el hombro de Hal—. Ella y yo necesitamos tener una larga conversación.

—¿Mi amiga? —Hal frunció el ceño, girándose para mirar a Allyse.

Pero ella no estaba, como esperaba, esperando con la apariencia marchita y vencida de un criminal o fugitivo que finalmente había caído. En lugar de esto, permanecía alta y orgullosa, con una expresión casi altanera en su cara.

—Le felicito por su excelente sincronización, Coronel —dijo ella con una voz que correspondía con la cara mientras hacía un gesto hacia Isard—. Ahí está su ladrona y mi agente rebelde. Arréstela.

Su puro descaro cogió a Isard completamente fuera de juego.

—¿Qué demonios…? —escupió—. Tú, pequeña… ¡atrás! —rugió mientras uno de los hombres de Nyroska agarraba su brazo—. ¡Atrás todos!

Su mano se introdujo bajo su chaqueta, y entonces se congeló cuando tres blásters se alinearon repentinamente en su cara.

—Está cometiendo un gran error, Coronel —dijo con tranquilidad—. Un gran error. Soy la Agente de Campo de la Inteligencia Imperial Ysanne Isard.

—Ciertamente —dijo Nyroska con calma—. ¿Tiene identificación?

—Por supuesto —dijo ella, deslizando su mano a otro lugar bajo su chaqueta. Su mano se detuvo, su cara cambió, y giró su cabeza hacia Allyse—. Devuélvela —exclamó—. Mi identificación. Devuélvela.

—Buen intento —dijo Allyse condescendientemente, levantando sus brazos—. Como puede comprobar, Coronel, no tengo nada suyo. Sin embargo, si nos acompaña de vuelta a su cuartel, me agradará hacer que mi personal transmita las credenciales que ella mencionó.

La boca de Isard se abrió de par en par.

—¿Que hará *qué*?

—Presentar mis credenciales —dijo Allyse, volviendo una mirada glacial a Isard—. Ya ve, Coronel. Yo soy la Agente de Campo Ysanne Isard.

—Esto ya ha llegado bastante lejos —gruñó Isard—. Horn, diga al Coronel quién soy exactamente.

—¿Inspector Horn? —invitó Nyroska.

Hal vaciló.

—Ella me dijo que era la Agente de Campo Isard —admitió—. Pero la única identificación que me mostró la identificaba como la agente de la Seguridad Especial de Darkknell Katya Glasc.

—Hecho —dijo Nyroska, con una voz repentinamente fría mientras miraba a Isard con reforzado interés—. La suplantación de agentes de la ley es un delito de clase uno en Darkknell. ¿Y es ella por casualidad la que le puso ese dispositivo sumamente ilegal alrededor del cuello?

Hal avanzó y se quitó el aflojado collar de estrangulamiento.

—Sí —dijo entregándolo al coronel.

Los ojos de Isard eran explosivos pozos de muerte.

—Estás muerto, Horn. Muerto.

—Sólo puedo decir lo que sé —dijo Hal—. Cualquier prueba más allá de eso depende de ti.

—En efecto —ella respiró—. Está bien, Coronel, usted gana. Vayamos a su cuartel y acabemos con esto. —Ella miró a Allyse—. Vayamos *todos* nosotros.

—Por supuesto —dijo Nyroska suavemente—. No permitiría que fuera de otra manera.

***

Bel Iblis esperó cinco minutos después de que Moranda y los demás hubieron abandonado la escena antes de aproximarse cautelosamente al abandonado deslizador e introducirse en él. Nadie gritó de triunfo ante su aparición; nadie ni tan siquiera reparó en él, al menos hasta donde él sabía. Dos minutos más tarde, trabajando torpemente en el pequeño espacio, había extraído el panel interno de la puerta.

Las tarjetas de datos estaban ahí, correctamente amontonadas en el fondo de ese estrecho espacio. Acomodada entre ellas estaba una tarjeta adicional, que portaba los símbolos oficiales imperiales. La identificación de Inteligencia perdida por Ysanne Isard, sin duda.

Durante un momento, Bel Iblis consideró llevársela, pero decidió que no merecía el riesgo de ser atrapado con ella, y la dejó donde estaba. Además, si Moranda estaba en lo cierto sobre ser capaz de convencerlos para que la dejaran salir, aunque no podía ni imaginar cómo lo iba a hacer, probablemente querría localizar el vehículo y hacerse con la identificación.

Él recolocó el panel holgadamente en su lugar, sintiendo una punzada en la conciencia mientras lo hacía. Sí, todo esto había sido idea de Moranda en primer lugar, un desafío con el que parecía entusiasmada, pero ésta era una misión de él y de la Rebelión, y aún así, era Moranda quien había terminado haciendo la mayor parte del trabajo y quien había asumido todos los riesgos.

Y no por el rotundo millón en divisa imperial que ella había exigido a Isard, sino por la relativa miseria que él y Arkos habían podido reunir. Algún día, si todos ellos sobrevivían a esto, tendría que encontrar un modo de congraciarse con ella.

Y el primer paso en el proceso de supervivencia, se recordó, sería encontrarse con Arkos, conseguir salir con esas tarjetas de datos de Darkknell y regresar a la Rebelión. Y allí, averiguar qué conllevaba exactamente el proyecto Estrella de la Muerte de Tarkin.

—Buena suerte, Moranda —murmuró mientras trepaba al exterior del deslizador y cerraba la puerta tras él con delicadeza—. Que la Fuerza te acompañe. Que nos acompañe a todos.

***

Hal habría apostado dinero a que los ojos de Isard no podían ponerse más furiosos de lo que lo habían estado en el exterior de la Boutique ClearSkyes. Se equivocaba.

—¿*Cómo* que se ha ido? —tronó, surgiendo sobre el escritorio de Nyroska como una enloquecida nube de tormenta—. ¿Cómo puede haberse ido? ¡La encerró en una *celda*, por Palpatine!

—Lo siento, Agente de Campo Isard —dijo Nyroska en tono de disculpa, tratando claramente de presionar hacia atrás contra su silla tanto como podía—. Mi gente me aseguró que estaba adecuadamente asegurada. Aparentemente, se equivocaban.

—Aparentemente eran idiotas —contraatacó Isard—. ¿Y qué está haciendo exactamente para recapturarla?

—Hemos activado una alerta planetaria —contestó Nyroska—. Si aún está en Darkknell, la atraparemos.

El bufido de Isard mostró concisamente su opinión sobre eso.

—Y usted —rugió, volviendo su mirada hacia Hal—. Si averiguo que esa era Savich y que usted lo sabía y no dijo nada, haré que utilicen su cabeza para la práctica del shockball, ¿está claro?

—Está claro —dijo Hal—. Y repito: no veo cómo podría haber sido ella, abrazándome al mismo tiempo que nos daba indicaciones hacia el almacén a través del comunicador. Lo más probable es que fuera alguna aliada interfiriendo para ella.

—En ese caso, más te vale que Nyroska la atrape —dijo Isard—. Porque si ella o alguien sale del planeta con ese datapack, pediré la cabeza de ambos. —Se volvió hacia Nyroska—. Estaré en mi nave —exclamó—. Ya tiene mi frecuencia de comunicador. Hágame saber cualquier cosa que se descubra de ambas mujeres. *Cualquier cosa.* ¿Entendido?

—Lo haremos, Agente de Campo Isard —dijo Nyroska humildemente.

Dándose la vuelta, ella avanzó airadamente hasta la puerta y dio un portazo.

Nyroska espiró andrajosamente.

—Ahora tenemos problemas, Inspector —dijo con tranquilidad.

—El Imperio entero puede tener problemas si ese datapack sale del planeta —coincidió Hal—. Al menos, si su reacción a la situación es algo por lo que debamos guiarnos. Pero para ser honesto, no creo que usted y yo vayamos a ser los más perjudicados por esto, no por ella en cualquier caso. Isard tiene el orgullo de tres escuadrones TIE, y lanzar la ira de la Inteligencia oficial contra nosotros arrojaría una luz embarazosamente mala sobre ella.

—¿Tan mala como la que arrojaría sobre nosotros?

—Probablemente no —admitió Hal—. Pero las personas como ella sólo se arriesgan a desprestigiarse si la recompensa potencial lo merece. Francamente, no es el caso de ninguno de nosotros. —Él negó con la cabeza—. No, sea cual sea la metralla que venga de esto, va a golpear contra otro lugar.

—¿Contra miembros de la Alianza Rebelde, tal vez?

Hal se encogió de hombros.

—O aquellos que Isard decida que son miembros —dijo—. Lo sean o no.

Nyroska golpeó con la punta de sus dedos el lateral de su escritorio.

—Un lío, ciertamente —dijo—. No me gustaría calzar sus botas cuando tenga que regresar e informar de esto a su padre.

Hal asintió con sobriedad.

—Brindaré por ello.

***

—¿Qué es esto? —preguntó el camarero, frunciendo el ceño ante los dos pequeños objetos que descansaban en la palma de su mano.

—Estaban dentro de la taza, en esa mesa de ahí —dijo el joven limpiador con excitación, apuntando al otro lado del tapcafé—. En la que estaba sentada la mujer de pelo oscuro.

—¿Cuál? ¿La involucrada en esa Agencia de Defensa, que se fue calle abajo?

—Sí, ella. —El limpiador señaló el comunicador en la mano del camarero—. Mire, el comunicador todavía está encendido. Intenté hablar, pero nadie contestó.

—Cortarían la comunicación desde el otro extremo —gruñó el camarero.

—Eso pensé —coincidió el limpiador—. Pero lo realmente extraño es esta grabadora. Adelante, reprodúzcala.

Lanzando al chico una especulativa mirada desde debajo de sus espesas cejas, el camarero arrancó la finísima grabadora de su palma y pulsó la tecla de reproducción.

—A continuación, debes cruzar la calle y tomar un transporte hacia el norte —una voz femenina salió del dispositivo—. Si no hay ninguno, espere. Lo habrá. Monta en él hasta la esquina de Pontrin y Jedilore, y entonces baja y entra en la tienda de ropa que encontrará en la esquina…

—¿Lo oye? —dijo el limpiador—. Es como la búsqueda de un tesoro, ¿no?

El camarero aspiró.

—Es una travesura —declaró, parando la grabación y devolviendo bruscamente la grabadora y el comunicador al limpiador—. Toma, te los puedes quedar.

El chico los cogió con indecisión.

—Pero ¿y si no es una travesura?

—Lo es —aseguró el camarero con una inspiración—. Confía en mí, muchacho. No hay ningún tesoro que merezca la pena buscar en Darkknell. Nunca lo ha habido; nunca lo habrá.

Epílogo

Michael A. Stackpole

Armand Isard levantó la vista por encima de su escritorio, ligeramente más enojado porque su hija había dejado la puerta abierta tras ella, que por haber entrado sin pedir permiso. Ella avanzó hacia él con demasiada rapidez, con sus desiguales ojos en llamas. Él levantó una mano y apuntó a la silla situada ante su escritorio.

—Por favor, toma asiento.

Ella echó un vistazo a la silla, y entonces le miró a él.

—¿Puedo confiar en que es seguro?

—Si el resultado de esta operación era tu muerte, estarías muerta, Agente Isard. —Armand intentaba mantener su voz tan fría como lo haría al dirigirse a cualquier agente insubordinado de su organización, pero de cualquier modo, sangraba un indicio de enojo—. Por favor.

Ella se acomodó sobre su cojín marrón de sintocuero, aunque su cuerpo parecía tan tenso como si él la estuviera pidiendo sentarse en una silla atestada de afilados fragmentos de transpariacero.

Él tocó el datapad sobre su escritorio.

—He leído el informe que enviaste sobre la acción en Darkknell, y he hablado al Emperador en tu nombre. No morirás a pesar de tu fracaso,

La postura de ella se alivió un poco, pero no en el modo en que él habría esperado. Ella se inclinó hacia delante, menos rígida, más ágil, como un depredador preparándose para saltar.

—No temo por mi vida a manos del Emperador, padre.

—¿No?

—No. Él ha leído el informe sobre Darkknell, el informe completo sobre Darkknell.

Sus palabras helaron el corazón de él en su pecho, y la aparición de dos Guardias Reales deslizándose a través de la puerta abierta lo hicieron volver a latir, muy rápidamente.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué informe completo?

Ysanne resopló.

—¿Creías que no vería lo que estaba pasando, *padre*? Me enviaste a una misión increíblemente delicada, una que, claramente, sólo darías a un agente en el que tuvieras suma confianza. Era también una misión que llevaría a la muerte de ese agente si fallaba, y ese fue tu objetivo en todo momento.

—¡Tonterías!

—Difícilmente. —Ysanne permitió deslizarse una sonrisa por sus labios—. Ya ves, padre, tu plan tuvo éxito. La información que querías robada ha sido comunicada a los rebeldes, y sabemos que tuviste mano en ello. Encontré huellas dactilares y otras evidencias que identificaban al agente rebelde enviado para recuperar los planos. Era Garm Bel Iblis.

El estómago de Armand Isard se plegó sobre sí mismo.

—¿Bel Iblis? Imposible. Le hicieron estallar. La bomba mató a toda su familia.

—Oh, buena actuación, padre, muy buena actuación, pero ambos sabemos que eso no es verdad, ¿no? —Ella se rió levemente—. Se lo hiciste saber a Bel Iblis y conseguiste que saliera del alcance la bomba. No iba dirigida a él, de cualquier modo: querías muerta a su esposa, Arrianya. Era el último vínculo que él tenía con el Imperio. Ella era leal al Emperador, así que, a petición de señores rebeldes, la hiciste asesinar, forzando a Bel Iblis a aliarse completamente con la Rebelión.

—Eso es absurdo, completamente falso y absurdo. —Armand se obligó a respirar con normalidad—. No tienes ninguna prueba de todo esto.

—Tú aprobaste la operación que supuestamente mataría a Bel Iblis, así que sabías claramente cómo frustrarla. Y me enviaste a una misión que sabías que fracasaría para eliminarme. Usarías mi muerte a manos del Emperador como excusa para acercarte a la Rebelión. Contigo allí para revelarles los secretos del Imperio, y las tarjetas de datos de la

Estrella de la Muerte eran prueba de que podías revelarlos, te darían la bienvenida. Derrocarías al Emperador, y entonces traicionarías a tus compañeros rebeldes y tomarías el trono. Es un plan brillante, padre. Simple, pero muy efectivo.

Armand se puso en pie de un salto y apuntó a los Guardias Reales.

—Arrestadla. Es evidente que se ha pasado a la Rebelión y ha urdido esta historia para eliminarme, paralizando el esfuerzo para encontrar y destruir a los rebeldes.

Ninguno de los Guardias Reales de armadura escarlata se movió.

Ysanne Isard se levantó y alisó lentamente su túnica.

—Están aquí, *padre*, para llevarte ante el Emperador. Creo que desea discutir contigo el rumbo del resto de tu vida. Va a ser una breve conversación.

Armand Isard miró boquiabierto a su hija, y entonces cerró su boca y suspiró.

—Esperaba esto algún día, ¿sabes, Ysanne?

—Por supuesto, *soy* tu hija. —Ella rodeó el escritorio por un lateral y le besó en la mejilla—. Todo ha acabado para ti, padre. Pero no temas. —Se dejó caer en la silla—. El legado de los Isard está en buenas manos.

Solitario de Jade

18 años después de la batalla de Yavin

Timothy Zahn



—Discúlpenme, amigos… Estoy buscando a Talon Karrde.

Mara Jade alzó la vista del monitor del motor, y pudo ver por el rabillo del ojo que, al otro lado del panel, Chin estaba haciendo lo mismo. La voz que venía de la dirección de la puerta del puente del *Salvaje Karrde* era completamente desconocida para ella.

Al igual, como pudo comprobar, que la cara que acompañaba esa voz.

—El capitán Karrde no está aquí en este momento —le dijo Mara al extraño, mientras lo examinaba cuidadosamente. El mero hecho de que estuvieran en una bahía de atraque familiar, en un puerto familiar, no era ninguna razón por la que los extraños pudieran vagar libremente por la nave—. ¿Cómo ha entrado aquí?

El hombre señaló vagamente tras él.

—Oh, Dankin estaba en la escotilla, y me dejó entrar. Karrde y yo somos viejos amigos… él y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo. ¿Tiene idea de cuándo estará accesible?

—Realmente, no podría decirle —dijo Mara, echando un vistazo a Chin. Alguien que conociera de hace tiempo a Karrde, por lógica debería ser también un viejo conocido de Chin, dado el tiempo que el anciano llevaba en la organización. Pero tampoco había ningún indicio de reconocimiento en el rostro de Chin—. Si quiere, puede dejarle un mensaje.

El hombre suspiró profundamente.

—No, me temo que eso no serviría.

Hizo un gesto hacia el ventanal detrás de ellos y la imagen del bullicioso espaciopuerto al otro lado.

Repentinamente, Mara sintió en la nuca un sutil pinchazo de advertencia. Su mano derecha se dejó caer al bláster enfundado en su costado…

Y se congeló allí. La mano ondeante del intruso se había abierto abruptamente por la mitad, revelando el bláster que había estado oculto dentro de la cáscara protésica.

—Y yo tampoco tengo tiempo para esperarle —dijo, con la voz tan indiferente como siempre—. A mi patrón le gustaría tener unas palabras con todos ustedes. Preferiría que lleguen ilesos, pero lo entendería si eso no fuera posible.



Mara siseó suavemente entre sus dientes. Sabía que si estuviera sola podría vencerle fácilmente, con el truco del arma o sin él. Pero no estaba sola, y Chin ya no podía moverse tan rápidamente como antes. Y, ya fuera por casualidad o a propósito, el arma del intruso apuntaba directamente al anciano. No, sería mejor averiguar qué quería este patrón misterioso y esperar una mejor ocasión.

—Odiaría defraudarlo —dijo, alejando su mano de su pistolera—. Especialmente después de una invitación tan cortés. Por favor, enséñenos el camino.

Pero como hubiera dañado a alguien de la tripulación del *Salvaje Karrde* al entrar, se prometió oscuramente, su cooperación llegaría a su fin rápidamente. Un fin dolorosamente rápido.

Afortunadamente para él, no lo había hecho.

***

—Lo siento, Mara —se disculpó Dankin con aire más bien tímido, mientras él y el resto de la tripulación se agrupaban en el exterior de los deslizadores de superficie con lunas tintadas en los que sus aprehensores les habían llevado—. Cayeron sobre nosotros en la escotilla.

—No se preocupe por ello —dijo Mara, mirando alrededor mientras eran conducidos hacia la puerta lateral de una mansión ornamentada y bien defendida. No había ninguna indicación de quién era el dueño, ni siquiera de dónde estaban exactamente, aunque por los sonidos de naves espaciales en la distancia probablemente no estarían a más de unos kilómetros del espaciopuerto—. Veamos de qué va todo esto. Siempre podemos preocuparnos de eso más tarde.

Entraron por la puerta delantera, subieron una escalera, y cruzaron un corredor hasta una enorme oficina cuyo nivel de lujo dejaba al resto de la mansión a la altura del polvo. Un grupo de sillas había sido colocado enfrente de un gigantesco escritorio que parecía ser casi de la mitad del tamaño del puente entero del *Salvaje Karrde*.

Y sentado detrás del escritorio, observándoles como un comprador de carne evaluando la marcha de una manada de brualikis, había un hombre grande, de constitución pesada.

—Gracias por haber venido —dijo, con una voz que penetraba la distancia sin dar ninguna impresión de que estuviera forzando los límites de su volumen—. Por favor, siéntense.

—Su invitación era difícil de ignorar —le dijo Mara, escogiendo la silla directamente delante de él y sentándose—. Debería considerar probar un acercamiento más cortés.

—Si hubiera tenido tiempo, lo habría hecho —dijo el hombre rechoncho, mirando de nuevo por encima de ellos—. ¿Dónde está Karrde?

—No está aquí —dijo Mara. *Y no creo que se una a la reunión pronto, además,* agregó silenciosamente para sí misma. Estaba en el sistema de Gekto gestionando algunos cargamentos, y no se esperaba que volviera hasta mañana. Sólo podía esperar que él no fuera prendido tan fácilmente como lo habían sido el resto de ellos—. Yo soy Mara Jade, actualmente a cargo del *Salvaje Karrde*. ¿Qué quiere?

Los ojos del hombre se estrecharon. Mara se enfrentó de igual modo a su mirada; después de unos segundos, su cara se aclaró e incluso sonrió ligeramente.

—Mara Jade: He oído hablar muy bien de usted, joven dama. Sí, usted servirá muy bien.



Al lado de Mara, Dankin se revolvió como si estuviera a punto de hablar. Mara le lanzó una rápida mirada, y él se detuvo.

—Muy bien, sí señor —murmuró el hombre grande—. Perfectos para la misión, tanto usted como su gente. Sí, ustedes servirán. —Tomó una respiración profunda—. Primero, algunas presentaciones. Me llamo Ja Bardrin. Quizás usted haya oído hablar de mí.

Mara mantuvo estático su rostro, haciendo interiormente una mueca de dolor ante la onda de sorpresa que atravesó al resto de la tripulación. Claro que habían oído hablar del industrialista —medio sector lo había hecho—, pero ésa no era ninguna razón para caer en su juego de falsa modestia y egolatría.

—Creo que he visto su nombre de pasada una o dos veces en alguna nota a pie de página —dijo ella serenamente—. Bajo armas y sistemas de nave, si recuerdo correctamente. Trabajando usualmente en las áreas del mercado a las que Uoti no ha conseguido todavía acceder.

Sintió una pequeña satisfacción al vislumbrar en él una llamarada de molestia por eso. El Grupo Bardrin y la Corporación Uoti habían estado compitiendo por una posición en el mercado y por prestigio durante hacía ya más de dos décadas, una rivalidad que era profunda y amarga y que no mostraba ninguna señal de poder estar resuelta pronto.

Desafortunadamente, el breve parpadeo de enojo de Bardrin menguó demasiado rápidamente para que ella pudiera usar el descenso en su guardia mental para extraer alguna visión de su mente.

—Pero basta de charla —continuó—. Lo preguntaré de nuevo: ¿qué quiere?

Bardrin enfrentó sus ojos con los de ella.

—Mi hija Sansia ha sido capturada. Quiero que usted la rescate.

Mara frunció el ceño.

—Creo que sus proveedores de información necesitan un curso de repaso de cómo hacer su trabajo. Nosotros no nos ocupamos de operaciones militares.

—La misión requiere a una mujer —dijo Bardrin—. Una hembra humana lista, competente, entrenada en combate.

—Entonces contrate a una Mistryl.

Bardrin agitó su cabeza.

—No hay tiempo para avisarlas, incluso si supiera cómo hacerlo. Tengo que recuperar a Sansia ahora, antes de que sus captores se den cuenta de a quién se han llevado.

—¿De qué está hablando? —dijo Odonnl—. Usted dijo que la secuestraron.

—Yo dije que la capturaron —contrapuso Bardrin, fijando a Odonnl en su silla con una sola mirada despectiva—. Haga el favor de prestar atención. —Volvió a mirar a Mara—. Ella y el yate de lujo SoroSuub tres mil en el que volaba fueron apresados por un grupo de piratas mientras se encontraban en el puerto de Makksre, y entregados a un consorcio esclavista con base en Torpris y dirigido por un drach'nam llamado Praysh. —Alzó las cejas ligeramente—. Supongo que usted también se habrá encontrado con *ese* nombre en sus lecturas de notas a pie de página.

—Una o dos veces —concedió Mara, conteniendo una mueca. En los círculos por los que se movía el *Salvaje Karrde*, el nombre de Chay Praysh era aún más conocido que el de Bardrin—. Creo que hace que hasta el difunto y poco llorado Jabba el Hutt parezca un ciudadano educado y honrado.

—Entonces usted entiende por qué yo quiero a Sansia y su nave fuera de sus manos —dijo Bardrin, con voz repentinamente baja y con una subyacente pizca de desesperación—. Sé que Karrde habría estado deseoso de ayudarme, pero Karrde no está aquí. Usted, Jade, debe tomar la decisión.

—¿Y qué hay de las autoridades? —dijo Dankin—. ¿Las Patrullas de Sector, o incluso la Nueva República?

—¿Y pedirles que hagan qué? —respondió Bardrin—. ¿Solicitar una audiencia con Praysh? ¿Lanzar un ataque a su fortaleza que la deje en ruinas y a todos en su interior muertos? Además, su seguridad hace aguas como un barco. Si Praysh descubre quién es Sansia, me sangrará todo lo que poseo. Y luego la matará de todas formas. —Miraba a Mara, con una mirada casi suplicante en sus ojos—. Sansia habrá sido enviada trabajar en los pozos de limo en su fortaleza —dijo—. Él envía a todas las cautivas humanas allí; algún profundo deseo de humillarlas, supongo. Usted tendrá que dejarse atrapar como otra prisionera.

—Espere un momento —le cortó Mara—. Ya le he dicho que no hacemos esta clase de trabajo.

—Entonces será mejor que aprenda rápidamente cómo hacerlo —retumbó Bardrin, con su anterior desesperación convirtiéndose abruptamente en ominosa amenaza—. No tengo tiempo para conseguir a nadie más. Usted es mi elección.

Mara cruzó sus brazos, acercando su mano al diminuto bláster oculto dentro de su manga izquierda.

—¿Y si me niego?

—Hay veinticuatro blásters ocultos en las paredes de este cuarto —dijo Bardrin—. Tres apuntando a cada uno de ustedes. Incluso antes de que pudiera sacar esa arma, vería morir a sus compañeros a su alrededor.

Mara recorrió rápidamente el cuarto con la mirada, estirándose con la Fuerza al hacerlo. Él tenía razón; podía darse cuenta de las presencias alertas escondidas detrás de las paredes ornadamente talladas alrededor de ellos.

Y si antes no había querido arriesgar la vida de Chin, ciertamente no iba a jugar ahora con la tripulación completa del *Salvaje Karrde*.

—No respondió a mi pregunta —dijo, desplegando sus brazos.

—Usted no se negará —declaró Bardrin, recostándose en su silla—. Ya ve, acaba de darme toda la influencia que necesito. Irá a Torpris y me traerá de vuelta a Sansia y a su nave… o ejecutaré a toda su tripulación.

Alguien a su izquierda, fuera de su vista, tomó aire con fuerza.

—Usted no puede ser tan estúpido —dijo Mara, intentando poner en su tono una confianza que no sentía. A través de la Fuerza podía leer las intenciones de Bardrin, y

supo que iba mortalmente en serio—. Mate a la gente de Karrde, y Karrde irá tras usted. Y le garantizo que no es un enemigo con el que se deba bromear.

—Yo tampoco, querida mía —dijo oscuramente Bardrin—. Un concurso entre nosotros podría resultar bastante interesante. —Alzó un grueso dedo hacia ella—. Pero independientemente del resultado, usted todavía tendría que continuar su vida con el conocimiento que fue su obstinada cabezonería lo que les envió a la muerte. No creo que ésa sea realmente una carga que desee llevar.

—No había necesidad de ponerse tan melodramático —dijo Mara, empujando su frustración y su enfado a las profundidades de su mente, dónde no pudieran mostrarse. Encontrarse siendo manipulada tan fácilmente era enfurecedor.

Pero no tenía elección. Ella era la segunda de a bordo de Karrde, y había visto la preocupación y el respeto que él mostraba continuamente hacia su gente. No iba a rebajar esas normas, y ciertamente no iba a arriesgar las vidas de su gente rechazando a Bardrin. Y todo el mundo en la sala lo sabía.

—Veré qué puedo hacer. ¿Qué equipamiento puedo tener?

—Todo lo que quiera —dijo Bardrin, poniéndose en pie y ondeando una mano. Detrás de ellos, Mara oyó abrirse las puertas—. Mis hombres escoltarán a sus compañeros a los cuartos dónde permanecerán hasta que usted y Sansia regresen. Usted y yo iremos a hacer los arreglos que necesite.

—Bien —dijo Mara, caminando a su lado mientras pasaban entre las líneas de guardias que entraban.

Pero eso no significaba que el asunto acabaría con el rescate de Sansia, se prometió silenciosamente. Ni mucho menos.

***

Bardrin le había dicho que la mansión y las tierras de Praysh estaban situadas cerca del centro de una de las mayores ciudades de Torpris. Él olvidó mencionar, sin embargo, que esa sección en concreto de la ciudad estaba por otra parte completamente compuesta de barrios bajos.

O por lo menos así le parecía a Mara mientras maniobraba su deslizador terrestre por las tortuosas calles hacia las altas paredes del complejo, haciendo una mueca de dolor ante la basura y las ruinas amontonadas en los callejones entre los ruinosos edificios e intentando no golpear a ninguno de los astrosos mendigos que vagaban a lo largo de la calle. Allí se encontraban individuos de una docena de especies diferentes, todos con el mismo aspecto de desesperación, y se encontró preguntándose cuánto de eso era consecuencia de la presencia de Praysh en la ciudad.

Pasando un último grupo de seres, alcanzó la puerta lateral a la que le habían dicho que fuera. Flanqueándola estaban un par de guardias drach'nam, que parecían aun más gigantescos que lo usual para su especie debido a su pesada armadura corporal. Cada uno



de ellos sostenía un látigo neurónico, con un bláster enfundado y un largo cuchillo listo en la reserva.

—Eh, hola —les llamó alegremente, mirando los látigos con la clase de desprecio que reservaba para las armas innecesariamente bárbaras—. Tengo aquí un paquete para Su Primera Grandeza Chay Praysh, un regalo del Mrahash de Kvabja. ¿Puedo entrar?

Uno de los guardias casi soltó una risita, rápidamente ahogada.

—Seguro —dijo, moviéndose pesadamente hacia ella—. Tráelo aquí y le echaremos un vistazo.

Mara se deslizó fuera del vehículo y extrajo el cilindro de embalaje del compartimiento del almacenamiento trasero. Era grande —de un metro de alto y medio de diámetro— pero bastante ligero, consistiendo la mayor parte de su contenido en el material de los cojines para el delicado globo flotador que había pedido prestado a Bardrin.

—Es algún tipo de objeto de arte caro, creo —dijo, poniéndolo cuidadosamente en el suelo delante de él.

—Ah, eso es, bien —convino el guardia, mirando a Mara de arriba abajo—. Un momento.

Regresó a la puerta y comenzó a hablar por un panel comunicador incrustado en la pared. Hubo un ligero movimiento junto a Mara…

[Déjalo y vete], dijo en voz baja una voz alienígena detrás de ella.

Mara se volvió. Una hembra togoriana estaba de pie detrás del deslizador terrestre, con su pelaje enmarañado y sucio; claramente sólo era uno de los mendigos que vagaban por la calle. Pero sus ojos amarillos eran brillantes y vivos, y mostraba ligeramente los dientes a los guardias.

—¿Disculpe? —preguntó Mara.

[He dicho que lo dejes y te vayas], dijo la alienígena, vocalizando las palabras del idioma comercial Ghi con alguna dificultad. [Aquí estás en gran peligro.]

—Oh, no sea tonta —dijo Mara, agitando su cabeza con casual despreocupación mientras se asombraba ante el coraje de la togoriana al arriesgarse así. Claramente, ella sabía o sospechaba lo que les pasaba a las hembras humanas que vagasen cerca de la fortaleza de Praysh; pero intentar alejar de ese modo una potencial presa ante las narices del esclavista rayaba en suicidio—. Sólo voy a entregar un regalo a Su Primera Grandeza, eso es todo.

La togoriana siseó.

[Estúpida: tú *eres* el regalo], gruñó. [Huye, mientras aún puedas.]

—Bien, todo listo —dijo el guardia, apagando la unidad de comunicaciones y caminando hacia Mara. Ella retrocedió ante él, asegurándose mantener una expresión agradablemente neutra en su rostro. Si él tan sólo llegase a sospechar que la togoriana había intentado advertirla, podría haber repercusiones desagradables—. Puede entrar con su regalo.

—Gracias —dijo Mara, inclinándose para recoger el cilindro…

Una mano enguantada cayó con un golpe sobre la parte superior del paquete.

—*Después* de que nosotros lo desempaquetemos, claro.

Mara sintió tensarse sus músculos.

—¿Qué quiere decir? —preguntó cautelosamente, mientras se erguía de nuevo.

El guardia ya tenía su cuchillo fuera, una arma dentada de aspecto horrible con un mango consistente en una serie de gruesas púas, afiladas como agujas, colocadas hacia arriba y hacia abajo alternativamente desde la base de la hoja.

—Quiero decir que lo desempaquetaremos aquí fuera —dijo, mientras hundía la hoja bajo la tapa—. Nunca se sabe lo que alguien podría intentar introducir dentro de un paquete, ya me entiende.

Mara echó un vistazo por encima de su hombro al segundo guardia, con la sensación de que las cosas iban repentina y terriblemente mal ondulando a través de ella. Encajado en su escondite entre la capa interna y la externa del cilindro, hubiera apostado cualquier cosa a que su sable de luz podría atravesar sin problemas cualquier escáner de armas estándar que los guardias de Praysh hubieran usado con el paquete. Pero desempaquetarlo fuera de la fortaleza no era una posibilidad con la que hubiera contado.

—¿Y qué pasa si lo rompe? —preguntó ansiosamente.

—No se preocupe; estamos acostumbrados a hacer esto —le aseguró el guardia—. H'sishi, creo que ya os dije que se supone que los basureros debéis quedaros detrás de la línea.

[Perdóneme], dijo la togoriana, en tono casi humillado. [Vi el metal brillante…]

—¿Y esperabas ser la primera en conseguir algo, huh? —El guardia terminó de abrir la tapa y separó la primera placa de espuma de embalaje—. Aquí tenéis, basureros —llamó ruidosamente, lanzando la tapa y la espuma calle abajo.

Abruptamente, los merodeadores agrupados entraron en acción, arrojándose hacia los pedazos voladores como si fueran valiosas joyas en lugar de la basura no deseada. El

guardia continuó excavando, arrojando más placas de espuma a la confusión, hasta que alcanzó el globo flotador del centro.

—Aquí está —dijo, introduciendo las manos en el embalaje y extrayendo cuidadosamente el globo—. Bien. De acuerdo —agregó, dando el globo a Mara—. *Ahora* puede entrar.

Mara tragó saliva, mirando al cilindro mientras el guardia continuaba deshaciendo el embalaje hasta el fondo y arrojando los pedazos. Alzó la vista…

Y se encontró los ojos amarillos de H'sishi fijos en ella. Mara sintió como sus labios se tensaban; y entonces, para su sorpresa, la alienígena mostró ligeramente sus dientes, como si se imaginase qué es lo que estaba buscando. Entonces hubo un movimiento a su lado, y Mara miró hacia atrás a tiempo de ver como el guardia alzaba el propio cilindro sobre su cabeza y lo lanzaba hacia la hirviente muchedumbre pendenciera.

Una docena de mendigos abandonó su lucha por la espuma desecha y se lanzó hacia el punto dónde aterrizaría. Pero H'sishi fue más rápida. Con un solo salto llegó bajo el cilindro, cogiéndolo en sus brazos y siseando una advertencia a los dos o tres que intentaron arrebatárselo. Otro siseo, y la muchedumbre se retiró renuentemente.

—Supongo que realmente quería el metal brillante —dijo el guardia con una sonrisa de desprecio—. Bien, humana, vamos.

***

A pesar del exterior liso y moderno de la fortaleza, el interior era oscuro y decididamente húmedo, con sus corredores retorcidos y de suelo áspero claramente inspirados en los túneles ocultos tan apreciados por los drach'nam en su planeta natal. Mara no se molestó en memorizar la ruta mientras los cinco guardias que la escoltaban la internaban cada vez más en las profundidades de la fortaleza, y en cambio se concentró en evaluar la estructura global de defensa de Praysh y en incrementar gradualmente el nivel de nerviosismo que estaba mostrando en su lenguaje corporal y en los poco frecuentes intentos de entablar conversación. Iba a echar terriblemente de menos su sable de luz, pero incluso si hubiera podido introducir el arma, ya había llegado a la conclusión de que la mayor esperanza de conseguir escapar radicaba en la nave encerrada de Sansia. Abrirse luchando un camino de vuelta a lo largo de los túneles y salir al nivel del suelo no era una opción que estuviera interesada en intentar.

Sin embargo, ese sable de luz había sido anteriormente de Luke, y él la mataría si lo perdiese. Con suerte, cuando esto hubiera terminado, podría buscar a H'sishi y comprárselo para recuperarlo.



Llegaron por fin a la sala de audiencias de Praysh, una sala enorme, de altos techos, que por su oscuridad, olores y repugnancia general le devolvieron los desagradables recuerdos del salón del trono de Jabba el Hutt en Tatooine. Aunque obviamente a su Primera Grandeza le faltaba la sensibilidad igualitaria de Jabba; los únicos seres en la sala eran más compañeros drach'nam de Praysh.

—Bien, bien —exclamó Praysh, girando su trono para encarar al grupo entrante—. ¿Qué tenemos aquí? ¿Un presente del Mrahash de Kvabja, no es así?

—Sí, Su Primera Grandeza —dijo Mara, añadiendo un temblor nervioso a su tono mientras miraba clandestinamente alrededor. Había un par de puertos bláster camuflados en la pared falsa detrás del trono de Praysh, pero aparte de eso las únicas defensas eran el manojo de guardias que estaban de pie entre ella y el jefe esclavista. Al contrario que los vigilantes de la puerta, este grupo no llevaba ningún bláster, sino que sólo estaba armado con el mismo tipo de cuchillos largos y látigos neurónicos. Probablemente el propósito era mantener las armas más peligrosas alejadas de prisioneros o esclavos sublevados; sin embargo, era un exceso de confianza del que bien podría ser capaz de aprovecharse—. Él le envía saludos y…

—Que alguien recoja esa baratija —la cortó Praysh, ondeando un cetro con gemas incrustadas hacia ella—. Tú, humana… acércate.

Uno de los guardias tomó el globo flotador y la empujó hacia adelante. Completamente alerta con todos sus sentidos, Mara caminó hacia el trono. En algún momento habría indudablemente una prueba para asegurarse de que ella no era nada más que la inútil esclava que aparentaba ser…

No había avanzado más de tres pasos cuando ocurrió. Abruptamente, uno de los guardias frente a ella sacó el látigo de su costado y con un golpecito casual de su muñeca envió la tralla serpenteando hacia ella.

Mara abrió la boca y arrojó sus manos inútilmente delante de su cara, forzándose a rechazar el impulso reflejo de esquivarla o agacharse o hacer algo —cualquier cosa— que fuera más efectiva.

Para su alivio, la tralla crujió a escasos centímetros de su cara.

—Su Primera Grandeza —balbuceó, dando un paso rápido e inseguro hacia atrás—. Por favor, señor… ¿qué he hecho?

La única respuesta fue el sonido de otro látigo tras ella. Comenzó a girarse…

Y de repente la tralla se enrolló alrededor de sus rodillas y una ola de dolor surgió a través de su cuerpo.



Mara gritó, con un sonido explosivo que solamente fingía en parte, mientras caía contra el suelo, la corriente del látigo cruzando agónicamente su cuerpo. Clavó los dedos en el látigo, gritando de nuevo cuando la corriente quemó las yemas de sus dedos.

—Por favor… no… por favor… yo…

—Ten… defiéndete —exclamó una voz, y ella alzó la vista para ver como un pequeño bláster aterrizaba en el suelo junto a sus piernas.

Tomó el arma, forzando a sus dedos a tantearla estúpidamente como si estuviera tratando con un objeto totalmente desconocido para ella, apretando los dientes contra las olas de dolor mientras cada parte de su ser le gritaba instándola a *hacer* algo. El bláster era indudablemente inútil, sólo otra parte de la sádica prueba de Praysh, pero si girara apoyándose en una cadera, agitando fuertemente las piernas alrededor, podría al menos ser capaz de arrancar el látigo de la mano de su atacante.

Pero si hiciera eso —si mostrase la mínima señal de habilidad en combate—, probablemente moriría.

Y entonces la tripulación del *Salvaje Karrde* moriría también.

Consiguió por fin sujetar el bláster, girándolo torpemente para intentar apuntar con el arma a su atacante. El cañón oscilaba ingobernablemente, e intentó apoyar su codo en el suelo para mantenerlo, mientras sollozaba como un niño. El bláster se soltó y cayó de sus paralizados dedos…

Y abruptamente, por fin, la corriente cesó.

Mara yacía allí, inmóvil, sollozando todavía a través de sus dientes apretados mientras se recuperaba de los súbitos calambres en los músculos de sus piernas. Si hubiera juzgado mal las intenciones de Praysh… si él hubiera decidido matarla por deporte en lugar de soltarla en los pozos de limo…

—Esto ha sido una lección práctica —dijo Praysh en un tono neutro de conversación. Hubo un movimiento junto a ella, y dedos ásperos empezaron a desenrollar el látigo de alrededor de sus piernas—. Ahora que has visto como se siente un látigo neurónico, estoy seguro de que no querrás provocar su uso de nuevo.

—No… por favor… no —consiguió decir Mara, las palabras amortiguadas entre sus sollozos. Un par de manos la agarraron de los antebrazos y la pusieron en pie. Tardó un instante en confirmar que sus piernas se habían recuperado lo suficiente como para sostener su peso, y luego dejó que sus rodillas tambaleasen y se derrumbasen de nuevo bajo ella. Los dos drach'nam la alzaron de nuevo y la giraron enfrentándola a Praysh—. Por favor… —susurró.

—Ahora me perteneces —dijo Praysh en voz baja, mirándola fijamente con sus ojos descoloridos—. Tu seguridad, tu bienestar… tu vida; todo está en mi mano. Si me sirves bien, sobrevivirás. Si no, habrá látigos neurónicos a tu alrededor durante el resto de una corta e insoportablemente dolorosa vida. ¿Ha quedado claro?

Mara asintió rápidamente, dejando caer su mirada e agachando sus hombros, con el terror desvalido de un animal vencido.

—Bueno —dijo Praysh, mientras hacía un gesto despreocupado hacia una puerta diferente que conducía fuera de la cámara. El espectáculo había terminado, y ya se había aburrido de esa artista—. Llévensela al capataz de esclavos —ordenó—. Disfruta de tu nueva vida aquí, humana.

***

A mitad del descenso de un largo tramo de escalones, los guardias que la escoltaban aparentemente decidieron que ya habían cargado con ella lo suficiente y la soltaron para que caminase por su propio pie. Aparte de un zumbido prolongado en sus músculos, Mara se había recuperado completamente, pero tuvo el cuidado de mantener para su beneficio un débil tambaleo durante el resto del descenso. Los látigos neurónicos eran la glorificación definitiva del salvajismo y la degradación, justo la clase de cosa que los esbirros de Praysh usarían como su persuasor primario, y no tenía ninguna intención de dejarles que supieran cómo de rápido podía recuperarse de sus efectos.

Los pozos de limo estaban en el nivel más bajo de la fortaleza, compuesto de una serie de trincheras interconectadas de unos dos metros de ancho y cien de largo excavadas en el suelo. En las pasarelas entre ellas se paseaban los guardias drach'nam, palmeando ociosamente sus látigos o jugando con las empuñaduras de sus cuchillos. Quizás doscientas mujeres, la mayoría de ellas de aspecto juvenil, avanzaban lentamente introducidas hasta la cintura en el húmedo estiércol gris de los pozos, dobladas sobre su espalda y excavando en el limo con sus brazos, con la cara a escasos centímetros de la superficie. Todas las que Mara pudo ver tenían tal idéntica expresión de pura desesperación que un escalofrío la atravesó.

—Lo explicaré sólo una vez —dijo el capataz, gesticulando casi amistosamente hacia los pozos—. El limo nutriente de ahí es el hogar de las crisálidas de las criaturas krizar que Su Primera Grandeza usa para patrullar sus tierras. Las crisálidas poseen un duro caparazón y son elipsoidales, aproximadamente del tamaño de uno de tus patéticos y pequeños pulgares. Tu trabajo es encontrar aquellas que estén empezando a salir de sus cáscaras y depositarlas en la pasarela, dónde serán recuperadas y trasladadas al criadero principal.



—¿Cómo sabré cuándo están listas…?

—Sabrás cuando están listas cuando empiecen a menearse y a abrirse paso al exterior masticando el caparazón —la cortó bruscamente el capataz. Un par de cabezas se volvieron ante el súbito tono áspero; la mayoría de las mujeres se molestó en alzar la vista—. Y no intentes recoger simplemente todas las que encuentres. Si las crisálidas están fuera demasiado tiempo antes de que estén listas, morirán.

Ondeó su látigo delante de su nariz.

—Y las crisálidas muertas nos hacen *muy* infelices. ¿Entendido?

Mara tragó saliva, forzándose a retroceder asustada.

—Sí, señor —murmuró.

—Bueno —dijo el capataz, volviendo de nuevo a su tono amistoso, mostrando claramente que era un ser que disfrutaba con su trabajo—. El pelaje de tu cabeza es de un color interesante. No te servirá de nada en los pozos; quizá te interesaría vendérmelo.

—¿A cambio de qué? —preguntó Mara cautelosamente.

—Favores. Más comida, quizás, u otras atenciones.

Mara reprimió una mueca. Pensar en su cabello colgando de la pared de trofeos de un capataz de esclavos era absolutamente detestable. Pero por otro lado, él probablemente podría tomarlo sin pagar a cambio nada en absoluto si así lo decidía. Con suerte, ella no estaría allí el tiempo suficiente para que él lo consiguiera.

—¿Puedo pensármelo? —preguntó tímidamente.

Él se encogió de hombros. Claramente, esto era simplemente un entretenimiento para ayudarle a pasar el tiempo.

—Si quieres. Oh, una cosa más. Si *no* consigues sacar las crisálidas lo suficientemente rápido, empezarán a excavar a través de las cáscaras por su cuenta. No hay problema con eso; sólo que los palpos de sus bocas siempre son lo primero que salen. Si consiguen entrar en tu piel, necesitarás un viaje al establecimiento médico para extraerlos.

—Oh —dijo Mara con un hilo de voz. Ahora, *eso* era información muy útil—. ¿Duele?

Él le ofreció una de esas sonrisas malvadas que los drach'nam hacían tan bien.

—No más que el látigo. Ahora entra allí.

Mara bajó la vista hacia su traje de salto.

—Pero…

Ni siquiera tuvo una oportunidad de terminar su protesta. Poniendo un brazo gigantesco por detrás de su cintura, el capataz la empujó fuera de la pasarela hacia la trinchera más cercana.

Al aterrizar, consiguió guardar el equilibrio, manteniendo la cabeza y la mayor parte del tronco fuera del limo. Pero el impacto envió una ola de espeso estiércol húmedo salpicando a las trabajadoras más cercanas.

—Lo siento —se disculpó.

Una de las mujeres la miró, con un grumo de limo resbalando lentamente por su mejilla.

—No se preocupe por ello —dijo con una voz que sonaba más muerta que viva—. No se preocupe por ensuciarse, tampoco. Nunca volverá a estar limpia.

Un látigo neurónico crujió amenazadoramente sobre su cabeza. Mara se alejó, pero la otra mujer no pareció notarlo o darle importancia, sino que siguió excavando en el limo. Con el estómago retorciéndose de asco, Mara introdujo sus brazos en el estiércol húmedo y comenzó a trabajar.

***

Pasaron tres horas de nauseabundo y deslomador trabajo hasta que su patrón de búsqueda finalmente dio resultado.

—¿Su nombre es Sansia? —preguntó en voz baja mientras se acercaba a la mujer cuyo holo le había mostrado antes Bardrin.

La otra mujer la miró, entornando suspicazmente los ojos.

—Sí —reconoció cautelosamente—. ¿Qué pasa con eso?



Mara miró casualmente alrededor. Ningún drach'nam estaba al alcance del oído en ese momento.

—Un pariente cercano suyo me pidió que la sacara de aquí.

Habría esperado júbilo, o alegría apenas contenida, o por lo menos una cierta sorpresa. Pero la reacción de Sansia no fue ninguna de aquellas.

—¿Realmente lo hizo? —dijo, con voz oscura y llena de desprecio—. Qué típico de él.

Mara frunció el ceño.

—No parece muy contenta.

—Oh, no quepo en mí de gozo —dijo Sansia sarcásticamente—. La alegría está templada meramente por una incredulidad algo cínica. ¿Usted qué es, una especie de mercenaria?

—No exactamente —dijo Mara—. ¿Incredulidad sobre qué?

—En las motivaciones de mi querido papá —dijo Sansia, excavando en el limo—. Déjeme adivinar. Él le contó sobre mi terrible condición, y lo importante que soy para él y para el negocio, y que él haría cualquier cosa y daría cualquier cosa para tenerme de vuelta. Una vez que usted tuviera los ojos convenientemente llenos de lágrimas, él entró en calor y entonces o bien la convenció, la manipuló, o la sobornó para mandarla aquí a rescatarme. ¿Voy bien?

—Bastante —dijo Mara cautelosamente.

La mano de Sansia salió del limo sosteniendo una de las crisálidas de krizar. Miró a sus dos largos extremos, y luego la volvió a dejar detrás de ella.

—Pero aunque él quería recuperar desesperadamente a su querida hija, también dejó claro, sutilmente, por supuesto, que aún quería más recuperar la nave. De hecho, probablemente le haya dado todos los códigos de acceso y de mando que necesitaría para hacerla volar tanto si yo estaba con usted como si no. ¿Todavía tengo razón?

Mara sentía su garganta apretarse.

—Él dijo que yo necesitaría poder volar la nave si usted quedara incapacitada durante la fuga.

Sansia resopló.

—Eso suena a lo que él diría. Perfectamente creíble por encima, pero engañoso como la confianza imperial. El hecho es, realmente, que él no se preocupa de mí ni una pizca. Si lo hiciera, para empezar no me habría enviado a Makksre en esa medio tonta carrera. Él quiere recuperar la *Apuesta Ganadora*, pura y llanamente.

Mara miró de nuevo alrededor. Uno de los guardias por el camino estaba mirándola, y ella introdujo sus brazos de nuevo en el limo.

—¿Qué tiene de tan especial esa nave?

—Oh, tan sólo es realmente innovadora en tres aspectos, eso es todo —dijo Sansia amargamente—. Tiene un sistema de vuelo increíble, una asombrosa matriz de puntería de armas, y un loco y único en su género sistema defensivo de devolución de fuego que pienso que papá debe de haber robado en alguna parte.

Mara estudió su cara, estirándose con la Fuerza para intentar conseguir una percepción de su mente. La misma amargura que podía oír en la voz de Sansia estaba de hecho agitando sus emociones.

—¿Entonces qué me está diciendo? —preguntó—. ¿Que no quiere que intente sacarla de aquí?

Los ojos de Sansia se alejaron de la mirada de Mara.

—Simplemente estoy contándole cómo son las cosas —murmuró—. Advirtiéndole quizá de que en algún momento él probablemente intentará forzar su mano. Intente conseguir escapar sin mí. Supongo que pensé que usted estaría preparada para eso.

¿Y esperaba contra toda esperanza que, al contrario que su padre, su rescatadora tuviera conciencia?

—Gracias por la advertencia —dijo Mara. Sus dedos tocaron algo duro en el limo: una de las huidizas crisálidas de krizar—. Eso sólo significa que tendremos que adelantar un poco la agenda —agregó, sacando la crisálida sobre la superficie lo justo para poder examinarla. La cáscara estaba sólidamente entera; claramente, ésta aún tardaría en abrirse paso al exterior con sus mandíbulas. Perfecto—. ¿A dónde nos llevarán cuando terminemos aquí?

—Por el vestíbulo a un barracón de dormitorios realmente repugnante —dijo Sansia. Por primera vez desde que su conversación empezó Mara pudo darse cuenta de los débiles suspiros de cauta esperanza en la voz y las emociones de la otra mujer—. Nos dejarán lavarnos, y luego alimentarnos.

—¿Ducha o baño?

—Es más como un abrevadero de animales que como una bañera de verdad —dijo Sansia desdeñosamente—. Una vez que te traen aquí abajo, nunca vuelves a estar limpio.

—Sí, ya he oído eso —dijo Mara—. Razón de más para no esperar más de lo necesario. ¿Hay cámaras de vigilancia en la sala?

—Hay un par evidente cerca de la puerta. Probablemente también un manojo entero, no tan evidente, oculto alrededor.

—Bien —dijo Mara—. Una pregunta más: ¿cuánto falta para el cambio de turno?

Sansia miró a un juego de emblemas resplandecientes empotrado en la pared al otro lado de la sala.

—No mucho tiempo. Quizá diez minutos.

—Bueno —dijo Mara—. Tengo que recoger un par de cosas primero, así que la alcanzaré en el dormitorio. Lávese pronto, y esté lista para partir en cuanto yo vuelva.

Sansia la miró suspicazmente, pero asintió.

—Estaré lista —dijo—. Buena suerte.

Mara asintió y se fue, sosteniendo la cáscara krizar que había encontrado por debajo de la superficie mientras avanzaba por el limo, queriendo poner un poco de distancia entre ella y Sansia antes de hacer su movimiento. Por el rabillo del ojo vio uno de los drach'nam caminando determinadamente por la pasarela hacia ella, balanceando su látigo en el aire mientras llegaba, sin duda preparando un comentario y una lección práctica sobre la charla ociosa durante el servicio. Mara le dejó que se acercase hasta estar casi al alcance del látigo…

Y con el grito más escalofriante que pudo lanzar, alzó su brazo izquierdo, asiendo el antebrazo con su mano derecha.

—¡Me tiene! —gimió, agitándose hacia los lados y lanzando porciones de limo volando por el aire a su alrededor—. ¡Sacádmelo, sacádmelo!

El drach'nam alcanzó el borde de su trinchera de un solo salto.

—Quita la mano de ahí —chasqueó, inclinándose precariamente sobre ella mientras agarraba su muñeca izquierda y la alzaba en vilo completamente fuera del hoyo. El movimiento la empujó contra el cuchillo de su cinturón, e hizo una mueca de dolor cuando las púas afiladas como agujas del mango se clavaban brevemente en sus costillas—. He dicho que la muevas —repitió, dejándola caer sobre sus pies en la pasarela y forzándole a abrir su mano derecha.

Para revelar la cáscara krizar colgando de la parte inferior de su brazo izquierdo.

O por lo menos, eso era lo que Mara esperaba que pareciera. Sus habilidades de manipular la Fuerza podrían no ser tan buenas como las de Luke Skywalker, pero no era un gran reto usar la Fuerza para sostener la cáscara apretada firmemente contra su brazo como si la criatura de dentro estuviera agarrándolo. El único peligro era que el guardia podría limpiar la masa de limo estratégicamente colocada en el punto de la intersección y notar que no había ningún palpo de krizar uniendo la cáscara al brazo.

Pero después de todas las veces que indudablemente esto había pasado, el guardia claramente no se interesaba en absoluto por los detalles.

—Tienes uno, de acuerdo —gruñó, mientras pasaba a sujetarla con su mano derecha y tiraba de ella a lo largo de la pasarela hacia la puerta—. ¡Eh! ¿Su Séptima Grandeza?

—Sí, prosiga —le dijo el capataz, gesticulando a los guardias que flanqueaban la puerta para que la abrieran—. Dígale a Blath que tenga cuidado esta vez; a Su Primera Grandeza no le va a gustar si pierde a otro.

La puerta se abrió. Un segundo drach'nam caminó al lado izquierdo de Mara cuando salieron, tomando su brazo izquierdo y sosteniéndolo en un férreo agarre a la altura de su cintura; probablemente, decidió Mara, asegurándose de que no golpease el krizar contra su lado. La puerta se cerró de golpe, y los tres avanzaron con paso rápido por el corredor.

Mara no sabía dónde estaba el establecimiento médico, pero las probabilidades eran que no estaría muy lejos, lo que significaba que tenía que moverse rápidamente. Continuó gimiendo y llorando como un esclavo desvalido y roto mientras los drach'nam casi la arrastraban por el suelo, esforzándose ineficazmente en su supuesto dolor contra el prácticamente irrompible agarre de sus dos escoltas. Bajo la cobertura de su agitación

fingida, miró abajo a su izquierda. El cuchillo del segundo guardia estaba rebotando a sólo unos centímetros de distancia de dónde él estaba sosteniendo su brazo izquierdo.

Y aquí llegaba la parte más arriesgada de su plan. Con sus dos brazos bajo su control, los dos drach'nam no esperarían de ella ningún problema y por consiguiente estarían menos prevenidos de lo que estarían de otro modo. Pero si esa asunción demostraba ser falsa, iba a tener serios e inmediatos problemas.

Pero no podía hacer otra cosa salvo intentarlo. Estirándose con la Fuerza, deslizó el cuchillo parcialmente fuera de su vaina, supervisando atentamente la mente del alienígena para ver si notaba el súbito cambio en el peso de su cinturón. Cuidadosamente, intentando que el arma no rechinase, condujo la empuñadura con púas contra su antebrazo izquierdo, cerca del punto dónde todavía estaba sosteniendo la crisálida krizar en su lugar. Dos rápidos pinchazos —dos puñaladas rápidas de dolor genuino contra el telón de su agonía fingida— y deslizó el cuchillo de nuevo en su vaina.

Justo a tiempo. El cuchillo acababa de regresar a su lugar cuando el guardia a su derecha le hizo parar ante una puerta corredera, y la abrió empujando el panel con su mano libre. Cambiando su atención a la crisálida krizar que colgaba de su brazo, Mara la envió lejos girando por el corredor oscuro delante de ellos.

***

Después de la oscuridad de los demás lugares de la fortaleza, el establecimiento médico era bastante sorprendente: brillante, limpio, y razonablemente bien equipado, con un suelo azulejado e incluso algunas secciones de paneles de madera. Y la razón para el cambio en la decoración fue inmediatamente obvia: el médico no era un drach'nam.

—Siéntese —dijo un bith de aspecto cansado con una bata médica ligeramente desaliñada, acercándose alrededor de un escritorio y señalándoles a la única mesa de tratamiento del cuarto. Su tono era rápido, pero su cara y sus manos traicionaban el estado de nerviosismo que Mara sospechaba que probablemente era una condición común entre los no drach'nam bajo las órdenes de Praysh—. ¿Dónde está la crisálida?

El guardia de la izquierda alzó el brazo de Mara.

—Está justo… oh, *pustina*. ¡Ha desaparecido!

—Se debe de haber caído —dijo el bith, mostrando de repente una gran tensión en su voz. Sus ojos echaron un vistazo culpable hacia la pared a la izquierda—. Vosotros *dos*, será mejor que vayáis a ver si podéis encontrarla.

Los dos guardias no discutieron, sino que volvieron inmediatamente al corredor.

—¿Notó cómo se caía? —preguntó el bith, girando el brazo de Mara y empezando a limpiar el limo residual.

—No, no lo noté —dijo Mara, poniendo algunos gemidos de miedo en su voz mientras miraba más allá de la gran cabeza del médico. A través de una puerta abierta al fondo del cuarto del tratamiento podía ver un gran armario de suministros. Estirándose

con la Fuerza, permitió que el transpariacero de las puertas del armario se abrieran unos milímetros. Las etiquetas de las redomas estaban demasiado lejos para leerlas, pero si los colores y las formas de las botellas seguían los estándares farmacéuticos convencionales de la Nueva República, las tres que estaba buscando estaban allí. Alzando una de las redomas fuera de su estante, la dejó resbalar rápidamente por la pared hasta el suelo. No había modo de saber dónde estaba colocada la cámara de vigilancia, pero ella tampoco podía hacer nada al respecto desde donde estaba. Sólo podía esperar que el súbito movimiento de la botella no fuera advertido por quienquiera que Su Primera Grandeza tuviera supervisando las pantallas de vigilancia. Consiguiendo un asimiento en la segunda botella, la bajó al suelo junto a la primera…



—Qué raro —dijo el bith. Ya había limpiado esa sección de su brazo y estaba observando las dos marcas de perforación que ella había hecho con el cuchillo del guardia—. Esto no parecen mordeduras de palpos krizar en absoluto. ¿Está segura de que eso fue lo que le agarró?

—No lo sé —gimió Mara, moviendo la última de las tres redomas al suelo y enganchando entonces un par de botellines pequeños y agregándolos a su colección—. Todo lo que sé es que dolió. Dolió mucho.

Pudo darse cuenta de la simpatía y la frustración del bith.

—Sí, lo sé —murmuró—. No es una vida fácil para ustedes aquí abajo.

—No —dijo, medio sollozando mientras movía sus trofeos por el suelo hacia la puerta del cuarto de examen. Se suponía que quienquiera que estuviera a cargo de la vigilancia podría razonablemente ignorar un cuarto de suministros vacío, pero un cuarto ocupado por una esclava humana y un médico bith era completamente otra cuestión. Tenía que encontrar la cámara de vigilancia de allí antes de que pudiera atraer las botellas el resto del camino.

—¡Auh! —gimió de repente, intentando retirar su brazo izquierdo del agarre del bith mientras estudiaba la pared a la que él había mirado rápidamente antes. La cámara, claramente diseñada para estar oculta, era bastante obvia para alguien con el entrenamiento y la experiencia de Mara: una lente pequeña que se hacía pasar por un nudo en el panelado de madera.

—Lo siento —dijo el bith, y ella pudo percibir su mezcla de preocupación y perplejidad mientras soltaba inmediatamente su brazo—. No debía haber nada que doliese donde estaba tocando.

—Bueno, pues duele —dijo petulantemente Mara. Con los dedos de su mano derecha, extrajo clandestinamente una porción de limo de la masa que se estaba endureciendo cubriendo sus piernas—. Antes, en ese sitio tan grande, me han dado latigazos… *¡auh!*

Retiró de nuevo su brazo izquierdo, agitándose esta vez también con el derecho. El movimiento envió una media docena de pequeñas porciones de limo girando por la sala…

Y con una pequeña ayuda de sus habilidades de la Fuerza, las masas más grandes golpearon contra la pared justo sobre la cámara de vigilancia oculta.

—De nuevo, lo siento —dijo el bith, mirando a la pared. Echó una segunda mirada, irguiendo de repente todo su cuerpo cuando comprendió lo que había pasado—. Discúlpeme —dijo, agarrando a una toalla y apresurándose hacia la pared.

Y con la cámara todavía cubierta, y la atención del médico en otra parte, Mara trajo sus redomas y botellines volando desde la puerta y los dejó caer suavemente sobre la parte delantera de su traje de salto. Cuando el bith terminó su trabajo de limpieza, estaban seguramente anidados en los pliegues de la tela de su cintura.

—Mis disculpas —dijo mientras dejaba la toalla en el dispensador y volvía hacia ella—. El nutriente puede dañar el material de la pared que Su Primera Grandeza es tan amable de permitirme, ¿sabe?

¿Y estaría en serios problemas si permitiera que la cámara se quedase cubierta por demasiado tiempo? Probablemente.

—Está bien —murmuró Mara.

Una vez más, había tenido el tiempo justo. El bith acababa de tomar su brazo de nuevo cuando los dos guardias drach'nam irrumpieron de nuevo en el cuarto.

—Nada —gruñó uno de ellos, mirando suspicazmente a Mara—. ¿Qué hiciste con ella? ¿Y bien?

Mara se encogió alejándose de él.

—Nada —dijo, con voz asustada y suplicante—. Por favor… yo no hice nada.



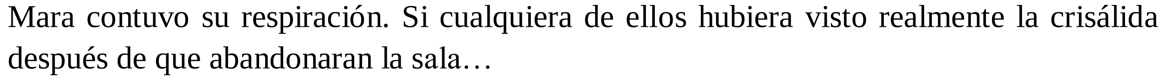
—¿Entonces dónde está? —preguntó el drach'nam, dando un amenazador paso hacia ella, con el látigo neurónico en la mano.

—Quizás era un krizar que todavía era inmaduro —dijo el bith, alzando una mano protectoramente entre Mara y el guardia—. Su agarre era débil y no completamente firme.

—¿Entonces dónde está ahora? —continuó el segundo guardia—. Estaba unido a ella… yo lo vi.

—Si no está en el corredor, todavía debe estar en la sala de crecimiento —dijo razonablemente el bith—. Quizás se cayó de nuevo en los pozos de nutriente.

Los guardias continuaron mirándola, y Mara contuvo su respiración. Si cualquiera de ellos hubiera visto realmente la crisálida después de que abandonaran la sala…



Pero aparentemente ninguno de ellos lo había hecho.

—Sí —dijo el guardia de mala gana—. Quizá.

El bith miró a un crono de la pared.

—De todos modos, el turno de trabajo ha terminado —dijo—. ¿Por qué no la escoltan de vuelta a la sala común? Luego podrán investigar las pasarelas de la sala de crecimiento.

—No nos diga cómo hacer nuestro trabajo, bith —gruñó el otro guardia, mostrando sus dientes mientras sujetaba el brazo de Mara en un agarre no demasiado educado—. Vamos, humana. La hora del rancho.

***

El dormitorio-comedor-baño comunal del que Sansia había hablado estaba justo al otro lado del corredor de los hoyos del limo. Y era realmente tan desagradable como su tono le había hecho esperar a Mara. Alrededor de la mitad de las mujeres había terminado su limpieza cuando Mara llegó, dejando el líquido de los abrevaderos asemejándose más a una versión más fluida del limo que a cualquier cosa que se pareciera al agua. Mara se unió a la muchedumbre de mujeres que esperaban su turno, y bajo la cobertura de los cuerpos que se apretaban a su alrededor, extrajo las redomas de su traje de salto y comprobó que realmente contenían los productos químicos que quería. Una vez más, el

entrenamiento exhaustivo en sabotajes que el Emperador le había dado hace tanto tiempo iba a resultar útil.

—Creí que estaba bromeando sobre eso de ir a recoger algunas cosas. —La voz de Sansia vino suavemente de detrás de su hombro, demasiado baja para que la oyera cualquiera de las otras mujeres a su alrededor—. ¿Dónde ha conseguido esto?

—El armario de suministros del médico —le dijo Mara, concentrándose en la tarea de verter la primera redoma en uno de los botellines, sosteniendo ambos a la altura de su cintura dónde la actividad estaría oculta a ojos entrometidos.

Sansia carraspeó.

—Supongo que es demasiado tarde para mencionar esto, pero el establecimiento médico probablemente también tenga cámaras de vigilancia.

—Lo sé —dijo Mara—. No se preocupe, me he encargado de eso. Tenga, sostenga esto.

Le pasó la redoma vacía y el botellín lleno, echando un rápido vistazo a Sansia al hacerlo. A pesar de los esfuerzos de la otra mujer por limpiarse, su cabello y su ropa todavía estaban terriblemente rayados y manchados con el limo en el que se había pasado el día. Fueran cuales fuesen las razones de Praysh para odiar a las hembras humanas, decidió oscuramente Mara, había llevado su campaña de degradación al extremo.

—Creí que no iba a regresar —dijo Sansia, con un tono de voz algo raro mientras Mara comenzó a llenar el segundo botellín con una de sus otras redomas—. Me alegro de haberme equivocado.

—Estoy acostumbrada a que me subestimen —le aseguró Mara—. ¿Cree que podrá encontrar el camino a donde guardan su nave?

—Como si fuera el camino de vuelta a casa desde un campo de ejecución —dijo Sansia con sentimiento.

—Bueno. Descríbame la ruta.

Incluso sin mirar podía darse cuenta de la súbita tensión en la mente y el cuerpo de Sansia.

—¿Por qué necesita saberla? —preguntó cautelosamente la otra mujer—. Vamos a estar juntas, ¿no?

—Podríamos separarnos —señaló Mara pacientemente—. O usted podría herirse o incapacitarse de algún otro modo. No quiero tener que cargar con usted y encontrar el camino al mismo tiempo.

Hubo una corta pausa.

—Supongo que eso tiene sentido —concedió al fin Sansia, renuentemente—. Bien. Sale por esa puerta de ahí y gira a la derecha…

Repasó la ruta entera, describiendo cada giro e intersección con gran precisión. Claramente, la mujer tenía ojo para los detalles. Cuando terminó, el segundo botellín estaba lleno.

Y ellas estaban preparadas.

—Bien —dijo Mara, dándole a Sansia la segunda redoma vacía y recuperando de ella el botellín lleno. Deshágase de las vacías en alguna parte fuera de la vista y luego acérquese a la puerta. ¿Alguna vez han tenido simulacros de incendio aquí?

Sansia parpadeó.

—No desde que yo llegué, no.

—Bueno, pues van a tener uno ahora —dijo Mara—. Cuando los drach'nam vengan corriendo, asegúrese de que no le arrollen. En todo caso, simplemente espere junto a la puerta hasta que yo venga por usted.

—Entendido. —Sansia tomó una respiración profunda—. Buena suerte.

Se alejó de Mara, deslizándose cautelosamente a través de la multitud de mujeres todavía cubiertas de limo. Mara se quedó con la muchedumbre, avanzando lentamente, cuando se abrían espacios, hacia el abrevadero, mientras realizaba mentalmente una lenta cuenta atrás y preguntándose si podía arriesgarse a limpiarse un poco antes de que llevaran a cabo su fuga. Probablemente le daría tiempo, decidió renuentemente. El bith notaría las redomas desaparecidas en cuanto mirase en el armario de suministros, y probablemente sería tan rápido en informar de la pérdida como lo había sido en retirar el limo de la cámara de vigilancia.

La última mujer delante de ella se marchó, y Mara estaba finalmente en posición. Dando una palmada a su última redoma llena, avanzó al abrevadero, y, con un suave movimiento de su brazo, vertió su contenido en el repugnante agua.

Y con un siseo enfadado, el abrevadero hizo erupción abruptamente con una llama chirriante y una nube de humo amarillo.

Hubo una media docena de gritos penetrantes cuando mujeres cuyas mentes habían sido sistemáticamente reducidas a un estado casi catatónico se despertaron lo suficiente para huir de este súbito e inexplicable peligro. El humo continuó ondulando, y al cabo de unos segundos era imposible ver a través de la sala. Hubo más gritos y chillos, el ruido sordo de pies y cuerpos colisionando, cuando un súbito pánico invadió a mujeres que casi habían perdido la habilidad de sentir emociones de cualquier clase. No había adonde ir, dónde esconderse, y todas ellas lo sabían.

Los guardias de Praysh reaccionaron más rápido de lo que Mara había esperado. Apenas estaba a mitad de camino a la puerta, abriéndose camino a través del caos, cuando el pesado panel se abrió de golpe y una docena de drach'nam irrumpieron en la sala. Mara alcanzó a vislumbrar pesados extintores cuando la sobrepasaron en su camino al humeante abrevadero…

Y entonces ella llegó a la puerta, y Sansia estaba a su lado.

—¿Qué ha hecho? —siseó la otra mujer.

—Sólo un poco de distracción química —dijo Mara, asomándose a través del humo por la puerta. No todos los guardias habían acudido al rescate de las preciosas obreras esclavas de Praysh: dos de ellos estaban bloqueando el corredor justo fuera de la sala, sosteniendo los látigos neurónicos listos para cualquier intento de las esclavas de aprovecharse de la confusión.

—Quédese detrás de mí —agregó, tomando un botellín en cada mano y saliendo por la puerta.

Uno de los guardias resopló ante esa delgada hembra humana que aparentemente los desafiaba.

—¿Dónde crees *que*…?

Nunca consiguió terminar su pregunta. Levantando sus manos, Mara apretó uno de los botellines, lanzando un chorro de líquido a las caras de ambos guardias. Ellos escupieron, inclinándose mientras intentaban ponerse fuera del alcance del fluido que les estaba salpicando. Cruzando sus muñecas, Mara cambió el objetivo y dio a la cara de cada guardia una dosis de la otra botella…

Y con aullidos que agitaron el corredor, ambos drach'nam dejaron caer sus látigos y se tambalearon, cayendo ante las mujeres, cubriéndose la cara con las manos.

—Vamos —exclamó Mara a Sansia. Agachándose entre los drach'nam, tomó uno de los látigos caídos y se lanzó en una loca carrera por el corredor.

Alcanzó una intersección de pasillos justo cuando apareció por ella otro par de drach'nam. Boquiabiertos, intentaron agarrar sus látigos, pero antes de que pudieran colocarlos en posición, la tralla de Mara serpenteó, envolviendo sus dos cuellos. Bramaron casi tan ruidosamente como el anterior par mientras caían al suelo de piedra en un revoltijo de brazos y piernas. Mara tomó un látigo de reemplazo de una de sus manos, y continuó avanzando.

—Por aquí —llamó Sansia, que ahora abría el camino—. En el próximo corredor giramos a la derecha subiendo las escaleras…

—¡Deténganlas! —bramó una voz a su espalda. Mara miró por encima de su hombro, sus sentidos hormigueando con el súbito peligro…

Y delante de ella, Sansia gritó.

Mara se giró, su látigo ya en movimiento. Dos drach'nam, emboscados en puertas en los lados opuestos del corredor, habían aparecido, envolviendo con sus látigos a una Sansia que ahora se agitaba violentamente.

Mara chasqueó su látigo al atacante de la izquierda, dándole un fuerte golpe en el hombro y en la espalda mientras se agachaba. Gruñó brevemente alguna palabrota mientras la corriente pasaba a través de él, pero él consiguió mantener el agarre de su propio látigo. Mara volvió a pasar la tralla por encima de su hombro y la envió hacia el otro drach'nam…

Y entonces, sin previo aviso, el arma pareció atrapar abruptamente algo en mitad del aire, y la súbita pérdida de impulso casi la arranca de su mano. Un movimiento en lo alto llamó su atención, y alzó la vista.

Para ver que el techo rocoso sobre ella se había desvanecido, reemplazado por un bosque de gruesas espinas llenas de púas que apuntaban hacia ella. Su látigo colgaba de ellas, desesperadamente enredado entre las púas.

—Humana estúpida —ronroneó la voz de Praysh desde algún altavoz oculto en medio del bosquecillo—. ¿No habrías pensado realmente que yo confiaría únicamente en látigos neurónicos y músculos drach'nam para mantener a raya a mis esclavas, no?

Mara lo ignoró, dirigiéndose hacia los dos guardias que todavía sujetaban a Sansia entre ellos. Con sus látigos bloqueados a su alrededor, sólo les quedaban sus cuchillos…

—Alto —ordenó Praysh, abandonando toda suavidad en su voz—. No tengo ningún interés particular en matarte, humana, pero lo haré si me obligas.

Mara siguió avanzando. Ambos guardias tenían ahora fuera sus cuchillos, y los habían girado para apuntarlos a la humana suicida que corría hacia su muerte. Mara alcanzó las hojas con la Fuerza, preparándose para apartarlas a un lado justo en el momento correcto…

Y entonces, detrás de sus dos oponentes, el corredor estaba de repente llenándose de drach'nam.

Mara se detuvo reticentemente, con el agrio sabor de la derrota en su boca. Con habilidades de la Fuerza o sin ellas. Con entrenamiento de combate imperial o sin él, no había modo de que pudiera encargarse de la guarnición entera ella sola. No ahí, no entonces.

—Me gustaría llegar a un acuerdo —exclamó hacia el techo.

—Estoy seguro de ello —dijo Praysh, ronroneando de nuevo—. Guardias: suelten a la segunda mujer y tráiganlas a ambas a mi cámara de audiencias. Tengo algunas preguntas que hacerle a nuestra pequeña luchadora harapienta.

***

Con Sansia todavía padeciendo la parálisis muscular parcial producida por el látigo neurónico, su progreso por la escalera y a lo largo de los corredores pedregosos fue decididamente lento. Mara dejó que la otra mujer se apoyara en ella mientras caminaban, con los guardias a su alrededor vigilándolas con el ceño fruncido durante todo el camino. Varias veces Mara pidió su ayuda para llevar a la mujer herida, peticiones que fueron ignoradas.

Que era, claro, precisamente la respuesta —o la ausencia de ella— que se esperaba. Con la tarea de sostener a Sansia recayendo totalmente en ella, pudo ajustar los tiempos y retrasar su llegada a la cámara de audiencias de Praysh hasta que Sansia se recuperase lo más posible de su dura prueba. Después de todo, cualquier intento de escapar que pudieran llevar a cabo se simplificaría considerablemente si cada una era capaz de correr por sí misma.

Quedó rápidamente claro, sin embargo, que Praysh no tenía ninguna intención de facilitarles ningún intento de ese tipo. Por el número de drach'nam alineados contra las paredes o que permanecían de pie en un anillo protector alrededor del trono de Praysh, parecía que Su Primera Grandeza tenía la mitad de su guarnición allí.

—Parece que esté celebrando una fiesta —comentó Mara cuando ella y Sansia fueron conducidas a menos de un par de metros del anillo interno de guardias—. ¿Tanto miedo tiene de nosotras?

—Oh, los guardias están aquí meramente en espera de que les des una excusa para vengar lo que les hiciste a Brok y Czic fuera del cuarto de las esclavas —dijo Praysh desenvueltamente—. Me pica la curiosidad: ¿dónde obtuviste el ácido con el que les rociaste en las caras?

—Tomé prestados los ingredientes de su dispensario farmacéutico —le dijo Mara. No tenía sentido esquivar la pregunta; si no habían notado los robos todavía, lo habrían hecho bastante pronto—. Es simplemente una cuestión de saber qué productos hay que mezclar.

—Interesante —dijo Praysh, recostándose en su trono y observando a Mara con una mezcla de curiosidad y suspicacia—. Difícilmente la clase de conocimientos que tendría una esclava enviada por el Mrahash de Kvabja. —Se encogió teatralmente de hombros—. Pero, por supuesto, este comentario es irrelevante, ¿no? Dado que no te ha enviado el Mrahash de Kvabja.

Mara sintió un nudo en la garganta. Bardrin le había asegurado que el Mrahash estaba actualmente fuera del sector, y que no había ningún modo de que Praysh pudiera comprobar su tapadera.

—Por supuesto que me envió él —dijo, desplegándose hacia la mente del alienígena, intentando deducir si esto era un farol de algún tipo.

—Ahórrame tus mentiras —dijo Praysh, con voz repentinamente áspera. Y no, no había ningún engaño en sus pensamientos—. Tengo una comunicación del propio Mrahash, diciendo que nunca ha oído hablar de ti. De hecho, estaba a punto de enviar a alguien a por ti cuando llevaste a cabo tu lamentable intento de fuga.

—Ya le dije que papá intentaría obligarle a escapar sin mí —murmuró Sansia.

Un látigo crujió desde un costado, y Sansia se agitó espasmódicamente, respirando bruscamente por el dolor. Mara la miró, vio el brillante reguero de sangre que cruzaba su mejilla.

—Si tienes algo que decir, me lo dirás a mí —dijo Praysh fríamente—. Y tú empezarás contándome quién eres y por qué exactamente estás aquí.

—¿Y si no lo hago? —preguntó Mara.

La mirada de Praysh pasó a Sansia.

—Empezaremos la persuasión con tu amiga aquí presente. No creo que quieras oír los detalles.

Mara echó una mirada alrededor del cuarto, buscando una grieta —cualquier grieta— en las defensas de Praysh. Pero no había ninguna. Lo único que podía hacer ahora era negarse a hablar y esperar que hubiera menos guardias con los que enfrentarse en la cámara de tortura a la que les llevasen a Sansia y a ella.

A menos que no planeasen dejarle mirar. O, aún peor, que le dejasen mirar, pero desde un monitor en una ubicación completamente diferente. Eso significaría dejar a Sansia a merced de sus cuchillos…

A un cuarto de la longitud de la sala de distancia, uno de los guardias junto a la puerta de entrada principal de la cámara caminó abruptamente hacia adelante, con un comunicador en su mano.

—Su Primera Grandeza, si me permite unas palabras —exclamó hacia el trono—, acabo de recibir un aviso de que hay una nueva evidencia sobre quién es esta espía.

—Excelente —dijo Praysh, girando su trono para colocarse mirando a esa dirección—. Tráigamela.

El guardia habló por el comunicador, y la puerta se abrió para revelar a dos drach'nam más y a H'sishi, la basurera togoriana que Mara se había encontrado brevemente fuera de los muros del palacio. H'sishi sujetaba en sus manos una sección del cilindro del embalaje en el que había estado el globo flotador de Bardrin.

La sección en la que había estado oculto el sable de luz de Mara.

Mara apretó fuertemente los puños mientras el trío avanzaba hacia el trono a través de los guardias congregados. Cualquier oportunidad que ella y Sansia pudieran tener de escapar iba a depender claramente del hecho de que Praysh desconocía sus habilidades de la Fuerza. Si H'sishi le mostraba el sable de luz, esa ventaja se desvanecería en ese mismo instante. Tenía que hacer su movimiento antes de que eso ocurriera.

Pero todavía no había ninguna oportunidad. Un drach'nam a cada lado, más de ellos llenando la sala, la sección de cilindro de embalaje demasiado lejos para poder romper el forro interno y extraer el sable de luz…

—¿Quién es esta? —preguntó Praysh.

—Una basurera de la calle —dijo uno de los guardias—. Ésta es una sección del cilindro del embalaje en el que la humana trajo su regalo.

Extendió la mano para tomar la sección del cilindro de H'sishi…

La togoriana lo puso fuera de su alcance.

[Soy yo quien debe mostrarlo], siseó. [Mi descubrimiento. Mi recompensa.]

—Déjele que lo traiga —dijo Praysh, gesticulando con impaciencia—. Muéstrame esta supuesta evidencia.

Deliberadamente, pensó Mara, H'sishi examinaba a las dos mujeres. Entonces, caminando a través del anillo interno de guardias, sostuvo la sección del cilindro delante de Praysh.

[Aquí puede verlo], dijo, señalando con una garra al fondo. [Es el sello de marca de la Corporación Uoti.]

—¿Qué? —murmuró Sansia mientras Praysh se inclinaba para mirar más de cerca, y Mara pudo darse cuenta de su súbita confusión y sospecha. Si su supuesta rescatadora realmente fuera de sus competidores Uoti en lugar de su padre…

—Silencio —respondió Mara con otro murmullo, frunciendo el ceño en un poco de confusión propia. No había habido ningún sello de marca en el cilindro; se había

asegurado de eso. ¿La togoriana había mezclado su cilindro con algún otro pedazo de basura?

—Ése es realmente el símbolo de Uoti —convino Praysh, tomando la sección de H'sishi y volviendo su mirada de nuevo hacia Mara—. Así que de eso se trata todo, ¿no? Uoti quiere recuperar sus nuevos juguetes.

Mara no contestó, con los ojos fijos en H'sishi mientras intentaba deducir qué estaba pasando. Pero la expresión de la togoriana era totalmente ilegible.

—Sí, eso debe ser —decidió Praysh—. Y supongo que debía de haber esperado esto. Debo felicitarla por su velocidad y su eficacia localizándome. Ha pasado… ¿cuánto? ¿Sólo una semana desde esa adquisición en particular?

—Aún puede que la eficacia sea sólo una ilusión, Su Primera Grandeza —dijo uno de los drach'nam, mirando suspicazmente a H'sishi—. Recuerde que todos los embalajes de la adquisición a Uoti se arrojaron de igual modo a los basureros. Esta alienígena podría haber obtenido uno de los sellos de marca y haberlo transferido a este cilindro.

—No —le dijo Praysh—. El sello tiene el borde adecuadamente tallado en el metal a su alrededor. Es genuino.

Envió a Mara una sonrisa que hizo que un escalofrío bajara involuntariamente por su espalda.

—¿Además, por qué otro motivo habría venido deliberadamente una guerrera de tal habilidad a caer en mis manos como lo ha hecho ella?

Mara volvió a mirar a H'sishi. La togoriana estaba ahora mirándola fijamente, y cuando sus ojos se encontraron, alzó una mano para frotar casualmente su cuello, sacando las uñas un poco más allá de los extremos de sus dedos al hacerlo. ¿Estaba intentando mostrar a Mara cómo había falsificado el grabado del borde? ¿O había algún otro mensaje allí?

Y de repente, Mara lo comprendió.

—No sé qué tipo de truco se supone que es este, Su Primera Grandeza —exclamó, poniendo un tono de desdén en su voz—. Pero es uno bastante débil. Puedo decir desde aquí que eso no es parte del cilindro que traje.

La cara de Praysh se oscureció.

¿Realmente puede? —retumbó—. Qué ojos tan notablemente buenos. O qué memoria tan notablemente lamentable. Quizás esa memoria necesite un poco de estímulo.

[Quizás un vistazo desde más cerca le ayudaría, Su Primera Grandeza], sugirió H'sishi.

—No lo creo —escupió Praysh—. Los juegos preliminares han terminado. Ella se niega a jugar. —Miró a Mara—. Es su última oportunidad, guerrera, de hacerlo de la manera fácil.

H'sishi miró a Mara, y su expresión parecía súbitamente herida. Mara alzó sus cejas, asintiendo ligeramente hacia el cilindro…

[¿Puedo recuperar la sección del cilindro, Su Primera Grandeza?], preguntó la togoriana.

—Cuando acabe con él —dijo brevemente Praysh, con su atención todavía en Mara—. ¿No? Muy bien, entonces. Guardias…

Y abruptamente, H'sishi brincó al trono frente a él. Acuchillando con sus garras las caras de los dos guardaespaldas que flanqueaban a Praysh, le arrebató la sección del cilindro de sus manos, le golpeó con ella en la cabeza lo suficientemente fuerte para aturdirlo, e introdujo su mano en el forro interno. Sobre el rugido de bramidos de múltiples drach'nam pudo oírse el chirrido de metal al rasgarse; y justo cuando el anillo interno de guardias localizó a H'sishi y se arrojó sobre ella, ella agitó su muñeca sobre sus cabezas…

Y el sable de luz de Mara fue girando por el cuarto hacia ella.

Alguien lanzó un grito de advertencia; pero ya era demasiado tarde. Mara sostuvo el arma con un férreo agarre de la Fuerza, tirando de ella a través de las manos de los drach'nam que intentaban atraparla en el aire.

—¡Abajo! —ladró a Sansia cuando atrapó y encendió el arma, reduciendo a los dos guardias que la flanqueaban en el mismo movimiento.

Y la cámara de audiencias entera se derrumbó en el pandemónium.

Los drach'nam más cercanos, demasiado cerca para usar sus látigos contra ella, intentaron en su lugar tomar sus cuchillos. Murieron sosteniéndolos. Los más lejanos vivieron un poco más, pero no mucho. Sin tiempo de organizarse, demasiado juntos para el uso eficaz de sus látigos, y enfrentándose a un arma que podía cortar con facilidad las trallas, no tenían ninguna oportunidad en absoluto. Mara acuchilló a través de sus líneas como una segadora, sembrando el suelo rocoso tras ella con sus cuerpos, una niebla de furia virtuosa nublando su visión. Justo castigo por Sansia y las otras mujeres degradadas en los hoyos de esclavas; justo castigo por piratería y robo y asesinato a sangre fría; justo castigo por el peligro en el que ponían a la tripulación del *Salvaje Karrde*…



Y de repente, o eso parecía, todo terminó.

Estaba de pie en el medio de la sala, sosteniendo en alto el sable de luz, respirando duramente por el esfuerzo. A su alrededor había montones de cuerpos de drach'nam…

[Jamás lo habría creído.]

Mara se giró. H'sishi se apretaba contra la pared detrás del trono, mirando fijamente a Mara con una expresión de aturdida incredulidad, con una media docena de heridas rezumantes esparcidas por el pelaje enmarañado de su cara y torso.

—¿Está herida de gravedad? —exclamó Mara, cruzando el cuarto hacia ella. Ninguna de las lesiones parecía seria, pero no estaba lo suficientemente familiarizada con la fisiología togoriana para saberlo con seguridad.

[No realmente], le aseguró H'sishi. [Perdieron muy rápidamente el interés en mí.]

—Suerte para mí que lo hicieron —dijo Mara gravemente, concentrándose en la pared falsa detrás de H'sishi, la pared que contenía los dos puertos bláster ocultos que había descubierto en su primera estancia en la cámara.

Sólo que ahora había un segundo agujero, del tamaño de una hoja de cuchillo, justo debajo de cada uno de los puertos. Y sujeto en la mano de H'sishi estaba el cuchillo drach'nam que encajaba en esos agujeros, con la hoja manchada del rosa pálido de la sangre drach'nam.

—Gracias —dijo Mara, gesticulando hacia la pared—. Me preguntaba por qué nunca llegaron a dispararme.

[Nunca tuvieron tiempo], dijo simplemente H'sishi.

—Ya lo veo. Gracias. ¿Qué pasa con Praysh?

[Creo que escapó], dijo H'sishi. [Junto con muchos de sus guardias. Pero debemos darnos prisa; su compañera ya se ha ido.]

—¿Qué? —preguntó Mara, echando de nuevo una mirada alrededor. Sansia se había ido, de acuerdo. ¿La atrapó Praysh?

[No, salió sola, por esa puerta], señaló H'sishi.

Dirigiéndose hacia su nave, sin duda, todo preparado para irse y dejar a Mara y H'sishi abandonadas allí.

—Maldición —gruñó Mara—. Vamos.

Los corredores, no era ninguna sorpresa, estaban desiertos. Mara lideró el camino, sable de luz en mano, riñéndose silenciosamente por no esperar desde el principio una puñalada por la espalda en el último minuto como esta. De tal palo, tal astilla…

Y entonces, casi antes de que estuviera lista para ello, empujaron una última puerta y tropezaron con un patio abierto lleno de yates, cargueros pequeños, y filas de letales cazas estelares de alas radiadas. A mitad del camino por el patio, una única nave acababa de elevarse por el aire.

Un yate de lujo SoroSuub 3000.

[¿Es ella?], preguntó H'sishi.

—Sí —dijo Mara agriamente. De tal palo, tal astilla, desde luego.

Pero ahora no había tiempo para permitirse el lujo de enojarse.

—Será mejor que encontremos un medio de escapar de aquí antes de que Praysh consiga organizar lo que quede de sus matones —le dijo a H'sishi—. Veamos si alguna de estas otras naves está abierta…

Hizo una pausa, frunciendo el ceño. El yate, contrariamente a sus expectativas, no estaba dirigiéndose hacia el cielo tan rápido como Sansia podía haberlo hecho. En cambio, había maniobrado con los repulsores hasta colocarse en una posición flotando unos metros por encima del centro del patio.

Y mientras Mara se preguntaba qué demonios estaba haciendo Sansia, un par de disparos de turboláser surgieron de la parte inferior de la embarcación hacia uno de los cazas estelares estacionados, volándolo en una violenta bola de fuego amarillo.

H'sishi gruñó algo que Mara no pudo entender por encima del rugido de las llamas. Todavía disparando, el yate giró lentamente en un círculo, convirtiendo metódicamente el resto de las potenciales naves de persecución de Praysh en trozos de metal. Entonces, maniobrando hacia dónde Mara y H'sishi permanecían de pie, se posó de nuevo en el suelo y la compuerta se abrió.

—Creí que nunca llegarían, ustedes dos —exclamó con impaciencia la voz de Sansia desde el puente—. Vamos, salgamos de aquí.

***

Los guardias que pudieron verse en el exterior de la mansión de Bardrin durante la primera visita de Mara no se veían por ninguna parte cuando ella y Sansia estacionaron su deslizador terrestre y se dirigieron al interior.

Y, como pudo comprobar, era por un buen motivo.

—Bienvenida, Mara —dijo Karrde, levantándose de su silla junto al gigantesco escritorio de Bardrin cuando Mara y Sansia entraron. Estaba sonriendo, pero Mara podía darse cuenta de la ira helada que estaba a punto de estallar bajo la expresión placentera—. Justo a tiempo, como siempre. Acabamos de asegurar la mansión, y estaba a punto de empezar a reunir una fuerza de ataque para ir en tu busca. —Hizo una media reverencia a Sansia—. Usted debe ser Sansia Bardrin. Bienvenida a casa, usted también.

—Gracias —dijo Sansia, devolviendo el gesto—. Estoy impresionada; la gente que diseñó esta pequeña fortaleza para mi padre aseguraba que sería imposible para cualquiera tomarla. No intacta, al menos.

—Tuve cierta ayuda profesional. —Karrde miraba a Bardrin, sentado en malhumorado silencio detrás de su escritorio—. Así como considerable motivación. Puede que más tarde quiera explicar a su padre que jugar con mi gente de esta manera no es forma de mantener una vida larga y saludable.

—No se preocupe —prometió oscuramente Sansia—. Él y yo tenemos mucho de lo que hablar. Empezando con su buena disposición para dejar que me pudriera en los pozos de limo de Praysh con tal de que se le devolviera su preciosa *Apuesta Ganadora*.

—No habrías estado allí más de seis horas más —retumbó Bardrin—. Ya tenía un equipo congregado para ir en tu busca.

—¿A través de las defensas exteriores de Praysh? —resopló Sansia—. Los habrían cortado en tiras incluso antes de que tocasen la atmósfera.

Mara aclaró su garganta.

—Realmente, creo que se dará cuenta de que es aún más retorcido de lo que pensaba —dijo, alcanzando con la Fuerza la mente de Bardrin. Ahora tenía la mayoría de las piezas, pero sus reacciones emocionales le ayudarían a confirmar si las estaba uniendo en el orden correcto—. Creo que él lo preparó todo deliberadamente para que fuera capturada por esos piratas, sabiendo que ellos la enviarían a usted y a la *Apuesta Ganadora* directamente a Praysh.

Sansia le frunció el ceño.

—No puede hablar en serio. ¿Qué ganaría con eso?

Mara sonrió estrechamente a Bardrin.

—Algunos prototipos de alta tecnología completamente nuevos que Praysh robó de la Corporación Uoti.

La expresión de Bardrin permanecía sólidamente bajo control, pero su *culpable* crispación mental era toda la confirmación que Mara necesitaba.

—No sé de qué está hablando —gruñó.

—Pero continúa de todos modos —invitó Karrde, con una sonrisa furtiva asomando en sus labios. Mara sabía que había estado con él el tiempo suficiente para que él pudiera reconocer que nunca usaba ese tono de voz cuando simplemente estaba elucubrando—. Esto es muy interesante.

Mara miraba a Sansia.

—Usted recordará que Praysh mencionó que había pasado sólo una semana desde el robo de Uoti. Su padre oyó hablar de ello y decidió robárselo antes de que Uoti pudiera organizarse para recuperarlo ellos mismos. Sabía que cuando los piratas la entregaran a usted a Praysh, también le darían la *Apuesta Ganadora*; y por eso aparejó ese fantástico sistema de puntería del que me habló para hacer una grabación de sensores completa de la matriz de defensa de Praysh en el vuelo de ida.

La cara de Sansia se había vuelto de piedra vidriada.

—¿Por qué, especie de nerf hinchado, manipulador y sin corazón? —exclamó, con los ojos fijos en la cara de su padre como turboláseres gemelos—. Me enviaste deliberadamente a *soportar* esa…

—Creí que alguien con las habilidades de Jade tendría más oportunidades de conseguirlo sola —le cortó bruscamente Bardrin—. Y ella tendría una ocasión más fácil de alcanzar la *Apuesta Ganadora* desde la cámara de audiencias de Praysh en lugar del cuarto de las esclavas, por eso envié ese mensaje anónimo sugiriéndole que avisase al Mrahash de Kvabja sobre el globo flotador. Una vez que tuviéramos la *Apuesta Ganadora* podríamos analizar la formación de defensa exterior de Praysh, nuestras tropas

privadas podrían entrar con facilidad, rescatarte, *y* destruir la operación de Praysh de un solo golpe.

—¿Y los prototipos de Uoti?

Bardrin se encogió de hombros.

—Una pequeña paga extraordinaria. Una recompensa, si lo prefieres, por nuestra conciencia cívica eliminando un esclavista particularmente nocivo. Somos gente de negocios, Sansia. —Miró a Karrde significativamente—. Y te enseñé que no es bueno dar salida a las disputas comerciales delante de extraños.



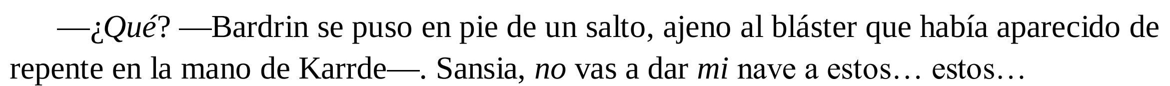
—Sí, ciertamente lo hiciste. —Sansia tomó una respiración profunda; entonces se volvió para mirar a Mara—. Sea lo que sea que él prometió pagarle, usted merece más. Diga su precio.

Mara miró a Bardrin fríamente.

—No puede permitirse pagar todo lo que me ha hecho pasar —dijo—. Pero me conformaría con una copia del registro de rastreo de la *Apuesta Ganadora*. Hay un poco de seria justicia que pienso hacer llover sobre la cabeza de Praysh, y no creo que quiera confiar en su padre para que lo haga por mí. Con conciencia cívica o sin ella.

Sansia arrojó una sonrisa maliciosa a Bardrin.

—Haré algo mejor que eso. Llévese la nave entera.



—¿*Qué*? —Bardrin se puso en pie de un salto, ajeno al bláster que había aparecido de repente en la mano de Karrde—. Sansia, *no* vas a dar *mi* nave a estos… estos…

Echó saliva al parar de hablar. Sansia permaneció en silencio un par de instantes, y luego volvió a mirar a Mara.

—Ya sabe los códigos de acceso y operación —continuó como si su padre no hubiera hablado—. Es una buena nave. Disfrútela.

—Gracias —dijo Mara—. Lo haré.

—También está la cuestión de *mi* cuota —dijo Karrde.

—¿De qué está hablando? —preguntó Bardrin—. Ella ya ha dado a Jade más de lo que…

—Yo no estoy hablando del pago por el rescate de su hija —le cortó fríamente Karrde—. Estoy refiriéndome a mi cuota por no matarlo ahora mismo por secuestrar a mi

tripulación. —Miró a Sansia—. A menos que usted prefiera no hacer semejante trato, claro. Ciertamente puedo cobrar mi cuota en sangre si usted lo prefiere.

—*Es* tentador —admitió Sansia—. Pero no, me ocuparé de mi querido papá a mi propio modo. —Puso una fina sonrisa—. Fuera de la vista de extraños. ¿Qué clase de pago quiere?

—Pensaremos en algo más tarde —le dijo Karrde, guardando su bláster—. Me mantendré en contacto. Venga, Mara. Es hora de volver al aire libre de nuevo.

Dejaron la sala y avanzaron a través de la mansión extrañamente abandonada; y fue sólo mientras descendían la escalera final hacia el vestíbulo cuando el anterior comentario de Karrde sobre haber tenido ayuda profesional finalmente se aclaró. Acechando en la sombra de un pilar de apoyo tallado dónde podía cubrir tanto la escalera como la puerta había una silueta que recordaba demasiado bien.



—Reclamé unos cuantos favores a la Consejera Organa Solo —murmuró Karrde como explicación a su lado—. Era un negocio muy ventajoso.

—Sí —dijo Mara, estremeciéndose involuntariamente cuando rebasaron al guerrero noghri y se dirigieron abajo por la escalera—. Apostaría a que lo fue.

***

—¿Mara?

Soplándose una gota de sudor de la punta de la nariz, Mara desactivó el remoto de práctica de combate y apagó su sable de luz.

—Entra —exclamó.

—Pensé que te encontraría aquí —dijo Karrde, mirando alrededor del cuarto de ejercicio del *Salvaje Karrde* mientras entraba en él—. H'sishi dijo que habías estado pasándote mucho tiempo aquí sola. Haciendo sonidos enfadados, así lo dijo.

—He estado liberándome de algunas frustraciones —concedió Mara, tomando una toalla y limpiando la humedad de su cara—. ¿Cómo va ella?

—Casi curada —dijo Karrde, cruzando a uno de los bancos de resistencia y sentándose—. Es la primera vez que ha estado en un tanque de bacta, según nos dijo. Está bastante impresionada.

—Necesitamos hacer por ella algo más que simplemente curarla —dijo Mara—. Realmente puso su cuello en juego cuando trajo mi sable de luz al palacio de Praysh.

—Estoy de acuerdo —dijo Karrde—. Aunque, bastante extrañamente, ella no lo ve de esa forma en absoluto. Me contó que una vez que encontró tu sable de luz y comprendió que eras una Jedi, no tuvo ninguna duda en absoluto de que pudieras ocuparte con facilidad de las legiones de Praysh.

Mara hizo una mueca. Jedi…

—¿Supongo que le quitaste esa idea?

—No realmente. En lo que a mí concierne, eres una Jedi en todo salvo en nombre.

No era tan simple, Mara lo sabía. No era tan simple ni por asomo. Pero tampoco era un asunto que quisiera tratar ahora mismo.

—¿Pudiste averiguar qué clase de recompensa podría interesarle? —preguntó en cambio—. Yo no pude hacer ningún avance en absoluto en ese asunto en nuestro camino de vuelta desde Torpris.

—Según ella, todo lo que siempre había querido era salir de esa degradante vida de basurera a la que le habían forzado —dijo Karrde—. Sin embargo, no parece que tenga mucho futuro en habilidades comerciales, así que estaba pensando en ofrecerle un curso de estudio de operaciones de naves estelares en nuestro centro de entrenamiento de Quyste.

—Creo que eso le gustaría —asintió Mara—. Parecía fascinada con todo sobre la *Apuesta Ganadora* durante el vuelo.

—Bien —dijo Karrde—. Si demuestra ser lo suficientemente competente después de su entrenamiento, pensé que también vería si estaría interesada en unirse a la organización. —Sonrió—. Aunque si eso se calificaría como premio o como castigo es probablemente discutible en algunos círculos. —La sonrisa se desvaneció—. Realmente, me estaba preguntando si te encuentras en uno de esos círculos particulares en este momento.

Mara sintió como su labio se arqueaba.

—Encuentras caminos enrevesados para plantear estos asuntos, ¿no?

—Agrega variedad a la conversación —dijo—. Particularmente cuando el otro miembro de la discusión parece inclinado a eludir el problema.

Mara suspiró.

—No lo sé, Karrde. He estado sintiéndome… no sé. Presionada, supongo. Las responsabilidades últimamente han estado pesando cada vez más sobre mí, y esta cosa con Bardrin parece haber sacado todo a flote. En primer lugar, no me gusta el hecho de que nos capturara porque éramos contrabandistas y no podíamos ir a las autoridades a informar del secuestro de la tripulación del *Salvaje Karrde*. Y no me gusta realmente el hecho de que pudiera manipularme tan fácilmente amenazándolos de esa forma. —Ondeó el sable de luz—. Siento como si necesitara irme a alguna parte. A cualquier parte. Por lo menos durante algún tiempo.

—Lo entiendo —dijo Karrde en voz baja—. A veces es una responsabilidad aplastante. —Alzó una ceja—. Afortunadamente, como todos los buenos patrones, he previsto una posible solución. ¿Te gustaría montar un negocio por tu cuenta?

Mara frunció el ceño.

—¿Me estás echando?

—Oh, no —le aseguró Karrde—. Ciertamente no a menos que tú misma quieras irte. Estaba hablando de establecerte con tu propia pequeña compañía comercial durante algún tiempo. Una totalmente legítima, claro, lo que te ayudaría a mantener a los oportunistas como Ja Bardrin fuera de tu espalda. Tendrías una oportunidad para relajarte fuera de las perennes intrigas y quebraderos de cabeza de la franja, conseguir un poco de experiencia con la dirección del pequeño negocio, y posiblemente incluso ganar un poco más de respeto entre las altas narices de Coruscant.

—Eso último está bastante bajo en mi lista —dijo Mara, mirando ceñuda su sable de luz—. ¿Qué sacas tú de ello?

Karrde ondeó una mano casualmente.

—Oh, sólo la satisfacción de ayudar a una colega leal y de confianza. Y, claro, recuperar una lugarteniente más experimentada y relajada cuando vuelvas a la organización.

—¿Y si decido no regresar?

Un músculo en la mejilla de Karrde se tensó bruscamente.

—Odiaría perderte, Mara —dijo en voz baja—. Pero tampoco intentaría nunca aferrarme a ti si realmente no quieres quedarte. Así no es como hago las cosas.

Mara tocó su sable de luz. La libertad. La libertad real, genuina…

—Supongo que podría probarlo durante algún tiempo —dijo por fin—. ¿De dónde sacaríamos el dinero y los recursos para empezar?

—De Sansia Bardrin, claro —dijo Karrde—. Ella todavía está en deuda conmigo, después de todo. Y ahora que tiene un veto efectivo sobre las decisiones de negocio de la familia, su padre apenas puede hacer algo para bloquearlo.

Mara agitó incrédulamente su cabeza.

—Realmente habría esperado de ella que le hiciera mucho más que simplemente apoderarse de algunas de sus acciones —dijo—. Ciertamente, dado el modo como le miraba mientras salíamos.

—Son gente de negocios —señaló Karrde—. Ese es el aspecto de la guerra en esos círculos. Y claro, ya tienes una nave. La *Apuesta Ganadora*.

Mara parpadeó.

—Creí que era de la organización.

—Sansia te la dio a ti, no a la organización —le recordó Karrde—. Y desde luego no irás a decir que no te la ganaste.

—No —murmuró Mara, con un sentimiento raro goteando a través de ella. Nunca había poseído una nave propia antes. Nunca. Incluso cuando era la Mano del Emperador, todas las naves y equipo que usó era suministros y propiedad imperial. Su propia nave…

—De todos modos, empieza a pensar sobre qué quieres exactamente y podremos concretar los detalles más tarde —dijo Karrde, poniéndose de pie—. Ahora te dejaré volver a tus ejercicios. —Se dirigió hacia la puerta…

—¿Karrde? —La voz de Dankin se apoderó del intercomunicador del cuarto de ejercicio—. ¿Está usted allí?

—Sí —exclamó Karrde hacia el altavoz—. ¿Qué pasa?

—Tenemos una transmisión entrante de Luke Skywalker —dijo Dankin—. Informa que el ataque de la Nueva República a la fortaleza de Praysh ha terminado y todas las esclavas han sido rescatadas ilesas. Quiere agradecerle que le haya enviado los datos de la matriz de defensa, y discutir el pago por ello.

—Gracias —dijo Karrde—. Felicítelo, y dígale que ahora mismo voy.

El intercomunicador se apagó con un chasquido.

—¿Le enviaste los datos a *Luke*? —preguntó Mara. No parecía la clase de cosa en la que un maestro Jedi se involucraría personalmente.

—Pensé que él podría mover el tema más rápido que si yo tratase de hacerlo a través de la estructura de mando de la Nueva República —dijo Karrde—. Aparentemente, tenía razón.

—Debe ser terrible tener razón tan a menudo —murmuró Mara.

—Es una pesada carga —convino Karrde con una sonrisa—. Uno sólo tiene que aprender a vivir con ello. Te veré más tarde.

Él salió. Limpiando su cara de nuevo, Mara echó la toalla a un lado y encendió su sable de luz. Un nuevo trabajo —aunque sólo fuera temporal— y su propia nave. Su *propia* nave.

Aunque tendría que cambiarle el nombre, por supuesto. La *Apuesta Ganadora* sonaba más como algo que usarían Solo o Calrissian. No, ella necesitaba algo más personal, algo que le recordase lo que le había costado ganar la nave. El *Látigo de Jade*, quizás, o la *Picadura de Jade*.

No. Sonrió. El *Fuego de Jade*.

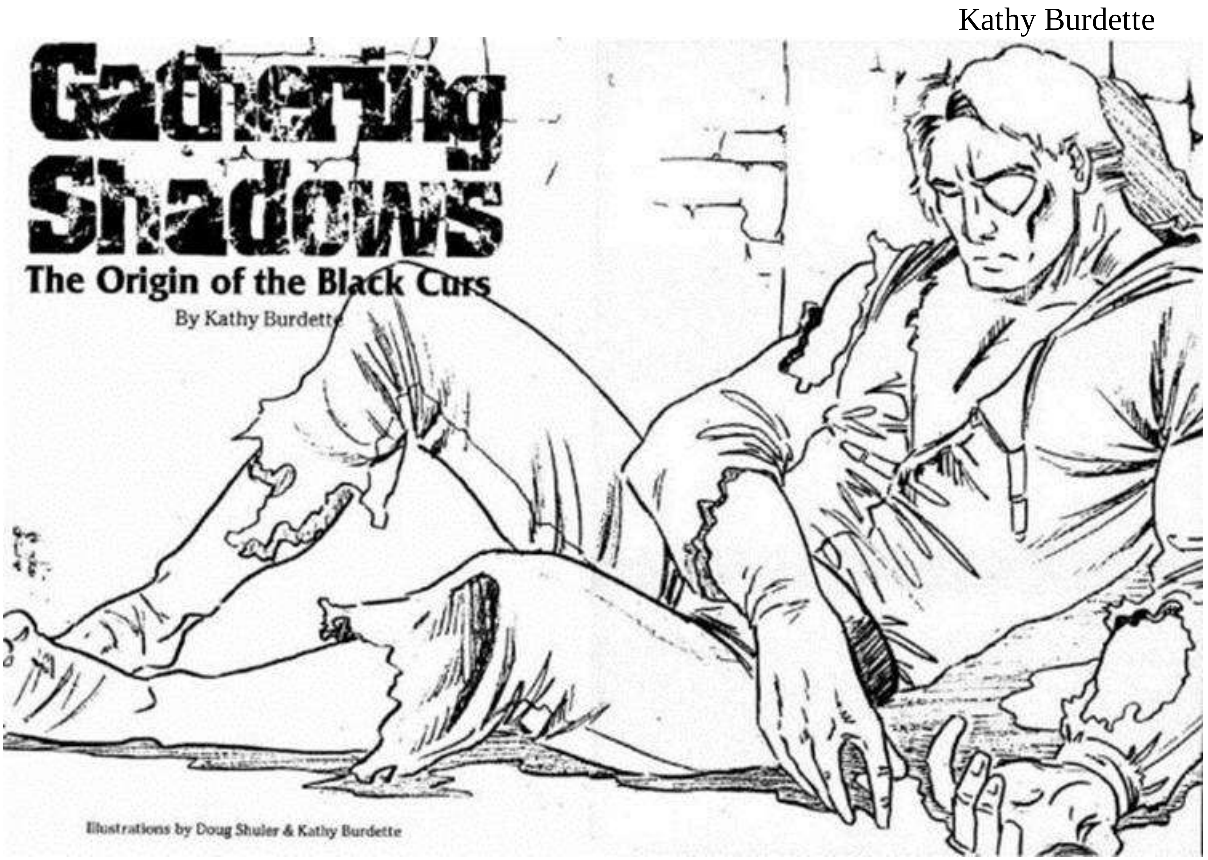
Activando el remoto de prácticas, sintiéndose más relajada de lo que había estado en semanas, se estableció en posición de combate y alzó su sable de luz. Sí, esto iba a ser interesante. Muy interesante, de hecho…



Reunión de sombras


4 años después de la batalla de Yavin

Kathy Burdette



Por primera vez en años, Harkness no podía soportar el silencio.

Tenía dos opciones: podía estar acostado con su ojo sano abierto y pensar, o podía estar acostado con su ojo sano cerrado y pensar. Igualmente no importaba, porque la celda estaba completamente oscura y la única indicación de que no estaba teniendo un sueño extraño era el olor de algo muerto o moribundo en el mismo cuarto.

Quizás era él. Durante la interrogación, Harkness había mantenido su mente apartada del dolor y las preguntas; no podía recordar en qué se había concentrado, pero ya no necesitaba hacerlo. Dolía respirar, dolía estar vestido, dolía tragar. Lo más amable que los imperiales habían hecho por él era no ponerle otra vez las botas en sus pies heridos.

Además, había un sonido zumbante en su cabeza. Podría tener algo que ver con aquello en lo que se había concentrado, o podría ser un residuo de las drogas. Esto trajo a su mente el recuerdo del droide interrogador redondo y negro que se las había administrado. Lo que, a su vez, lo dejó con una visión de colores enfermizos, sonidos distorsionados y una sensación parecida a agujas en su cerebro, sus ojos y en todo el interior de su cabeza. Ese pensamiento, aparejado con el sonido zumbante, casi lo sumergió en el pánico, y decidió suprimir ambos elementos inmediatamente.

—¡Hey! —dijo. Su voz era áspera y densa, pero resonó y eso lo hizo sentir mejor. Al menos no estaba flotando en algún vacío infinito—. Hey, sí. Fantástico. Esto es vida, Harkness.

Pensó en todas las historias que había escuchado sobre prisioneros que habían sido encerrados en soledad por décadas y se habían vuelto locos. Había pensado que cualquier momento de confinamiento aislado sería el paraíso, pero ahora podía verse a sí mismo en dos años, babeando y hablando consigo mismo todo el tiempo. La gente lo miraría de forma rara y susurraría sobre él. Por otro lado, ¿no era eso lo que hacían normalmente? Harkness decidió que probablemente estaría bien en tanto nunca se contestara a sí mismo.

—Bien —dijo—. Quizás podría ser peor.

—Lo dudo.

Harkness se congeló. Una voz femenina le había respondido a una corta distancia.

—¿Hola? —dijo tentativamente.

—¿Sí? —su voz era áspera y su cualidad espesa y nasal sugería que tenía la nariz rota, pero su tono era firme. El sonido de una persona en la cómoda situación de saber que las cosas no pueden empeorar.

—¿Quién está ahí? —preguntó él.

Ella arrastró las palabras, uniéndolas, y a Harkness le tomó un momento extrapolar lo que ella había dicho en realidad.

—Sargento Mayor Jai Raventhorn, Infiltradores de la Alianza.

Harkness absorbió eso.

—Pensé que el Alto Mando había disuelto los Infiltradores —dijo.

—Restriégalo en mi nariz, por qué no —dijo la mujer.

—Ja —dijo Harkness. No era una risa real, pero era la única respuesta positiva que pudo improvisar. La voz de Raventhorn tenía el mismo grado de entumecimiento, dolor, humillación, y alivio que Harkness estaba sintiendo justo entonces, y descartó la asunción automática de que ella era algún agente de COMPNOR plantada en la celda para hacerlo hablar.

También sonaba como si estuviera temblando, al igual que Harkness. Lo más probable es que le hubieran hecho lo mismo que a él, y eso lo hizo enfurecer. Pero no quiso decírselo porque podría pensar que estaba siendo condescendiente,

—Y entonces, ¿qué haces ahora, Sargento Raventhorn? —preguntó.

—¿Quién quiere saber?

—Harkness.

—¿Harkness qué?

Súbitamente se le ocurrió que no podía recordar su primer nombre. Si es que tenía uno.

—¿Harkness qué? —volvió a preguntar Jai.

—Yo… creo que solo Harkness —dijo. Con más entusiasmo, agregó—: Soy un mercenario.

—Un merc. En verdad. No creo que yo sea eso.

—Intenta recordar. Estamos experimentando las secuelas del sondeo mental.

Era solo una conjetura de parte de Harkness. Pero lo hacía sentir mejor, y Jai evidentemente lo creyó porque se tomó unos momentos para pensar.

—Oh, espera. Ahora trabajo en Intel.

—¿Intel? ¿Estabas con el Equipo Rojo Cinco?

—Eso creo. Sí, estaba —dijo, y no había rastro de orgullo en su voz al admitirlo. Pero entonces surgió una súbita chispa de interés—. ¿Eres uno de los mercs que nos avisaron sobre este lugar?

—No, ¿pero sabes una cosa?

—¿Qué?

—Creo que podría haber una guarnición imperial aquí en Zelos.

Ella dio un resoplido semidivertido.

—¿Eso crees?

—¿El resto de tu equipo está por aquí?

—Están muertos —dijo Jai.

—Oh —dijo Harkness—. Lo siento.

—Yo no —suspiró pesadamente—. Supongo que no les dijiste nada.

—¿A quien? —preguntó Harkness. Se estaba sintiendo confundido. Sus labios habían empezado a entumecerse.

—A los imperiales.



—No —dijo Harkness, y entonces se sorprendió otra vez—. Hey…

—¿Qué?

—¡No les dije nada! —lo había borrado completamente de su mente, pero sus interrogadores se habían dado cuenta de que era inútil realizarle el sondeo mental y por lo tanto la interrogación era un fracaso, y lo habían torturado solo para sentirse mejor. De pronto, Harkness se sintió positivamente cálido por dentro. Era la prueba final y él la había pasado. Podía sentir que en verdad estaba sonriendo. No podía existir un peor lugar y su situación sólo podía mejorar si lo mataban ahora. No recordaba haberse sentido tan seguro en toda su vida.

—Sí —dijo Raventhorn—, te escuché la primera vez.

—¿Y tú que? —preguntó—. ¿Les dijiste algo?

—No. Nada.

—Bien por ti.

—Sí, bien por mí —dijo ella sin entusiasmo.

—¿Eso no te hace sentir bien?

—No especialmente.

—¿Sabes cuánta gente no puede soportar interrogaciones como esa? Si no hablan, usualmente mueren por el maltrato físico.

—Lo sé.

—Mi punto es que los imperiales podrían haber hecho cosas peores. Podrían haber metido un catéter por tu fosa nasal directo a tu cerebro. Si no mueres, convertirían tu cerebro en gelatina.

—Eres una persona muy divertida —dijo Jai.

—¡Hablo en serio! —dijo Harkness, aunque no sabía exactamente qué estaba sintiendo. Era casi un mareo—. Escucha, puedes ir a casa y decirles a todos que no te quebraste, y ellos te darán una medalla o algo.

—Sí, lo *harían* —dijo Jai con completo disgusto—. Eso es lo que está mal con la Nueva República.

—¿Qué?

—Medallas, gloria. Ya sabes. Estos días te dan cosas así si recuerdas no limpiarte la nariz con la manga enfrente del general Madine.

La voz de Jai se estaba desvaneciendo y la visión de Harkness parecía estrecharse a un pequeño punto. Tenía la sensación de una niebla gris y fría filtrándose por su cuerpo desde abajo.

—No puedo sentir mis manos —dijo Jai.

—Yo tampoco —dijo Harkness. Ya no quería hablar pero sabía que el silencio se filtraría en la niebla, en su cuerpo. ¡Y el zumbido! ¿Por qué no se detenía?—. ¿Lo conoces? —preguntó.

—¿A quién?

—Al general Madine.

—¿Lo conozco? —preguntó Jai.

—No lo sé —dijo Harkness.

Otra vez se hizo el silencio. Harkness encontró que sentía menos pánico al respecto. Tenía frío en todo el cuerpo, pero se estaba sintiendo cada vez más cómodo. Sabía que debería tratar de permanecer despierto, pero no se había sentido tan relajado en mucho, mucho tiempo. Se sentía libre. Quería saborearlo, incluso si significaba su muerte. Especialmente si significaba su muerte.

De hecho, se habría dejado llevar enteramente, excepto que Jai dijo:

—Desearía que lo hubieran hecho.

Su voz pareció resonar, no en los muros, sino en la cabeza de Harkness.

—Hubieran… ¿qué? —preguntó.

—Desearía que hubieran convertido mi cerebro en gelatina.

Silencio. La mente de Harkness se aclaró inmediatamente.

—Espera un segundo. ¿Qué significa eso?

—Es solo que tengo este presentimiento —dijo Jai.

—¿De qué?

—De que no hay nadie esperando que regrese.

***

—¿Qué sucede con este lugar? —dijo Platt por lo que sería la tercera vez en quince minutos.

Tru'eb alzó la vista de la consola de información.

—Dije que no lo sé —le dijo irritadamente, aunque podía comprender a qué se refería Platt. Pasajeros y tripulaciones de vuelo merodeaban a través del puerto espacial, comprobando sus especificaciones de carga en terminales de mantenimiento públicas, desplomados en sillas esperando que sus naves pasaran la inspección, apresurándose a alcanzar la siguiente lanzadera. Perfectamente normal. Pero los residentes, la gente de mantenimiento, el personal de oficina y los humanos de ojos verdes, todos tenían una apariencia áspera, insegura. Tru'eb usualmente asociaba expresiones así, y el olor que emanaban, con completo terror apenas contenido.

—Quiero decir, hemos estado esperando por cuatro horas y nadie sabe nada. Dirk podría estar muerto en alguna parte.

—Harkness me parece completamente resistente —dijo Tru'eb—. Dudo que haya tropezado con seria oposición.

—¿Cómo qué? ¿La guarnición imperial sobre la que nadie sabe nada?

Tru'eb no contestó. El objetivo de la misión había sido relativamente simple: un cargamento de armas imperiales estaba siendo transportado, disfrazado como repuestos de naves. Platt, Tru'eb y Harkness habían planeado liberar las armas para su uso personal. Platt tenía un par de amigos contrabandistas que estuvieron más que dispuestos a proveer una distracción. En un lugar como este, con el personal del puerto espacial

totalmente preocupado por su temor o lo que fuera, nadie vio a Tru'eb y a sus amigos hacerse cargo de las supuestas partes de nave. O a nadie le importó.

El problema en el plan vino con Harkness, una vez que ya tenían las armas. Platt y Tru'eb no habían trabajado mucho tiempo con Harkness, pero no era difícil deducir que tenía algún tipo de venganza personal contra el Imperio. Mientras Platt y Tru'eb no se hubieran molestado en preguntar de donde venían las armas (en tanto resultaran una buena ganancia), Harkness tenía que saber. Lo que los había llevado a algunos de sus contactos con Intel de la Nueva República, y alguien le pasó la información de que actualmente había un grupo investigando una posible guarnición imperial oculta en Zelos. Mientras Platt y Tru'eb estaban discutiendo un acuerdo con un traficante de armas en el extremo sur de la ciudad, Harkness había alquilado un vehículo repulsor y les había dicho que volvería enseguida. De eso hacía cuatro días.

—Está loco, pero es un buen hombre —dijo Platt—. Me gusta trabajar con él. A pesar del asunto de la venganza.

—Estoy de acuerdo, pero estaba esperando que este viaje no fuera…

—Disculpen, amigos —dijo alguien. Tru'eb y Platt se dieron vuelta; de pie detrás de Platt estaba un oficial del puerto espacial de ojos verdes en un uniforme verde claro, sosteniendo un datapad.

—Tengo el… justo aquí, aquí está… —extendió el datapad.

—Oh, sí, eres el tipo con el que hablé antes —dijo Platt.

—Sí… ¿acerca de la información que solicitaron? Antes que nada, lamento que haya tomado tanto tiempo.

—No se preocupe por eso. Aunque no pensé que fuera tan difícil rastrear los alquileres de los esquifes —dijo Platt.

—Bien, hemos tenido problemas de seguridad antes… hubo un robo de naves hace cuatro años, y algunos señores del crimen estuvieron involucrados…

—¿Qué encontraron? —preguntó Tru'eb.

El hombre tragó y sostuvo el datapad cerca de su pecho.

—No sé como decirles esto —dijo.

Platt y Tru'eb intercambiaron una mirada.

—¿Qué? —dijo Platt—. ¿El esquife explotó? ¿Qué?

—No, pero ha habido un…

—¿Un qué? ¡Díganos!

—Un… un error. En la lectura.

Platt se estaba conteniendo visiblemente para no golpear al hombre.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Tru'eb, poniendo una mano en el hombro de Platt.

—Bueno, aquí dice que el caballero que están buscando alquiló un esquife que lo llevó más allá de los páramos… hacia el norte, hacia las montañas.

—¿Y qué? —dijo Platt.

—Es imposible. Nadie va allí. Jamás.

—¿Por qué no?

Él vaciló. Después de mirar por sobre su hombro un par de veces, se acercó a Platt y Tru'eb, que se acercaron a él. Sus cabezas casi se tocaban.

—Allí —dijo en voz baja— es donde los muertos pueden caminar.

***

Una semana antes, Jai había estado sentada en la tienda de comunicaciones ante una enclenque mesa de metal, con la unidad de comunicaciones frente a ella, cuando la voz de su oficial comandante sonó por el canal.

—¿Raventhorn? —dijo—. Ahora estamos en el Sector Tres. Parece que hay un par de soldados exploradores vigilando un bunker.

Jai bajó su barra de proteínas y tragó.

—Bien, haga lo que haga, señor, no…

—Nos preparamos para atacar.

Ella se cubrió el rostro con una mano. Su comandante era un teniente rodiano que de alguna manera había pasado la Escuela de Aspirantes a Oficiales durante el aluvión de promociones posterior a Endor. El resto de sus compañeros de equipo tenían poca o ninguna experiencia en combate; solo entrenamiento. *Grandioso. Trescientas veintisiete misiones de combate, y nunca me hice un rasguño. Me traslado a Intel y estos idiotas van a lograr que me maten el primer día.*

—¡Negativo, señor! Usted no debe comprometer su posición, ¿está claro? Probablemente sea una…

Un grito sonó por el canal de comunicaciones, pero no estaba dirigido a Jai:

—¡Esta va por Mon Mothma, muchachos!

Se escucharon débiles gritos de los otros miembros del equipo. Jai podía oír los disparos de bláster, tiros rápidos apagados en alguna parte en la distancia. Entonces hubo un disparo más fuerte, seguido de una explosión.

Después de eso, las explosiones nunca se detuvieron; en minutos los Imperiales habían avanzado y habían rodeado el puesto de comando.

Jai corrió hacia fuera en el aire frío y húmedo de la montaña. Un resplandor oscilante se encendió en el cielo a la distancia.

... emboscada.

Segundos después, un disparo masivo de bláster de artillería, impactó en la tienda donde los miembros restantes del equipo de Jai estaban durmiendo. Todo fue inmediatamente barrido por las llamas y se llevó la tienda de municiones consigo.

Jai no escuchó la explosión. Solo se sintió volar por el aire, y experimentó una sensación entumecida a través de su cuerpo. No recordaba haber golpeado el piso, pero súbitamente estaba yaciendo sobre su estómago, parpadeando furiosamente y escupiendo tierra. Cuando alzó la vista otra vez, había una luz fuerte y artificial brillando en sus ojos lacrimosos.

—Levántese.

Una forma gris estaba sobre ella. Su voz sonaba amortiguada y el resto de lo que dijo se perdió en el zumbido de los oídos de Jai. Podía sentir un calor insoportable proveniente de las tiendas ardientes, pero la persona vestida de gris permaneció donde estaba. Varios momentos después había unos veinte como él a su alrededor. Fue puesta de pie de un tirón.

—Las manos sobre la cabeza. Ahora.

Jai nunca había sido acorralada antes. Debería haber atacado a alguien, debería haberlos obligado a matarla allí mismo, porque si había una regla fundamental para un Infiltrador, era asegurarte de morir antes de ser capturado.

Pero un rostro relampagueó en su memoria, y ella vaciló. Antes de tener oportunidad de registrar en quién estaba pensando, o de cambiar de idea, uno de sus captores dio un rápido paso hacia ella, la culata de su rifle bláster oscilando hacia su cara.

Súbitamente Harkness gritó su nombre, y ella se sobresaltó.

—¿Qué? —gritó—. ¿Qué sucede?

—¿Aún estás ahí? —dijo Harkness.

—¿A dónde quieres que vaya, idiota? —dijo, molesta.

—¡Te he estado llamando desde hace veinte minutos!

—¿En verdad?

—¡Sí! ¿Qué te sucedió?

—Sólo estaba pensando.

—¡Bien, podrías haberme contestado! —Harkness sonaba casi furioso.

—Hey, mira, ¡no lo hice para molestarte! Sólo estaba pensando. Estoy tratando de recordar cosas.

Harkness se replegó.

—Bien… pero… yo sólo… —titubeó por un segundo—. De acuerdo. Mientras no estés allí muriéndote de shock.

—Solo cuando gritas tan fuerte como recién.

—¿En qué estabas pensando? —preguntó Harkness.

—Sólo en cosas —dijo Jai—. ¿Está más cálido aquí?

—No —dijo él—. Escucha, ¿te molesta si te pregunto algo?

—¿Sí?

—A ti no te importa tu equipo. Ya no pareces preocuparte por la Rebelión.

—Sí me importa la Rebelión. Es la Nueva República lo que odio.

—Y dices que no puedes recordar si tienes familia.

—¿Estás tomando notas o algo así?

—Solo siento curiosidad: ¿qué te hizo resistir la interrogación?

—Mira, solo porque no me gusta lo que le sucedió a la Alianza no significa que esté dispuesta a traicionarla.

—No me refería a eso —dijo él—. ¿En qué te concentraste?

—Me concentré en no decirle nada a nadie.

Harkness soltó un pesado suspiro.

—Sargento…

—¿Cuál es tu problema?

—No me estás escuchando. —Harkness habló más despacio—. En ese momento… en el cuarto de interrogación… cuando el efecto de las drogas había pasado… y trataste de sentir lástima por tus interrogadores… e intentaste hiperventilarte hasta entrar en un trance… y te diste cuenta de que no importaba lo que hicieras porque esos imperiales estaban viviendo su sueño dorado de hacer gritar a un Infiltrador, y se estaban divirtiendo tanto que podrían seguir por siempre…

Jai miró fijamente donde pensaba que probablemente estaría el rostro de Harkness.

—Sí —dijo.

—¿En qué te concentraste? ¿Qué imagen vino a tu cabeza?

—No lo sé.

—¡Entonces piensa! ¡*Vamos*! ¿Era una persona?

—Sí, era… —Jai se detuvo—. ¡Sí! —dijo—. Era mi hermana pequeña.

Harkness se volvió.

—¿Eres la hermana mayor de alguien?

—Parece que pensaras que es raro.

—No, no. Puedo imaginarte mandoneando a una niña de seis años.

—Bueno, ella es algo mayor que eso. Es una mayor en Operaciones Especiales.

—Entonces ella te mandonea a ti

—No se atrevería.

—Mayor Raventhorn —dijo Harkness—. Ese nombre suena conocido.

—Por supuesto que sí —dijo ella.

—¿Cuándo la viste por última vez?

—No lo sé —el cerebro de Jai se nubló tan fácilmente como se había despejado, y ella sintió una opresión punzante subiendo por sus hombros hasta la parte posterior de su cabeza—. Creí que no la había visto desde que tenía unos doce años. Pero puedo verla con el rostro de un adulto… Pienso que hablé con ella hace unos meses… o la semana pasada…

—Sigue pensando —dijo Harkness.

—¿Y qué hay contigo?

—¿Yo?

—No, el otro merc golpeado del otro lado de la habitación. ¿Por qué no hablaste?

—No lo sé.

—Sigue pensando —dijo Jai con más que un poco de sarcasmo.

—No, de verdad, no puedo… pero siento que lo sabía hace un minuto…

—Me encantaría saber qué hicieron con nuestras cabezas —dijo Jai con irritación. Descubrió que ahora podía levantar los brazos y trató de masajear sus hombros con una mano para aliviar la tensión. Después de un rato empezó a notar que el dolor no estaba

solo en los músculos, sino también en la piel, y su mano estaba mojada. Olvidó por completo la tensión y sintió el ardor en sus hombros y espalda.

—¡Dirk! —gritó Harkness súbitamente.

Jai sintió tensarse todo su cuerpo. Habría saltado a sus pies, de haber podido.

—¿Quién? ¿Qué? ¿Quién?

—¡Dirk! ¡Ese es mi nombre!

El cuerpo de Jai se relajó y sus miembros se sacudieron al liberar la tensión.

—¿Quieres dejar de gritar así?

—Dirk Harkness —dijo él—. Soy Dirk Harkness.

—¿Dirk Harkness? —dijo Jai finalmente, más que nada para hacer que dejara de repetirlo—. ¿Qué clase de nombre es ese? No suenas como un Dirk.

—Entonces no me llames Dirk —dijo haciendo sonidos de rozamiento; Jai imaginó que ahora estaba yaciendo sobre su costado.

—Bien Harkness —dijo ella—. Si recuerdas tu nombre, entonces dime que evitó que hablaras.

Dirk guardó silencio.

—¿Bien?

—Creo que tiene algo que ver con este zumbido en mi cabeza.

***

—Bueno, bueno, bueno —dijo Platt, asomándose sobre la saliente—. Nuestro muchacho Harkness ciertamente sabe como husmear imperiales.

—¿Cuántos? —preguntó Tru'eb. Él estaba una corta distancia debajo de ella en el barranco.

Platt se deslizó por el empinado muro de roca y le pasó los macrobinoculares.

—Mira por ti mismo. Logro ver dos, quizás tres. ¿Los ves?

Tru'eb hizo pie en los peñascos y se elevó entre los pastos densos y mechudos que crecían sobre la saliente.

—No puedo ver nada —dijo—. La niebla es incluso peor por allí.

—El interruptor amarillo polariza las lentes. ¿Ves la colina directamente frente a nosotros? Termina en un acantilado, no puedes dejar de verlo. Ahora mira a la saliente que sobresale del acantilado, sobre la colina. ¿Ves los imperiales?

—No… solo árboles y plantas…

—Están sentados en un foso bajo un refugio camuflado.

—Ah, sí —dijo Tru'eb después de un momento—. Exploradores del ejército. Pero no veo una guarnición.

—Yo ni siquiera veo un valle —dijo Platt.

Sin embargo el crono de Platt indicaba que estaban unos mil doscientos metros sobre el nivel del mar. Esta franja de las montañas estaba cubierta por suelo rocoso y

acantilados desnudos coronados con coníferas. El Bosque Desnudo, lo llamaban los nativos. O al menos así lo había llamado su guía antes de huir con el repulsor un día antes. Al menos les había dejado algunos suministros y un refugio inflable unipersonal, el último de los cuales había resultado horriblemente ajustado la última noche.

Sin embargo, Harkness había dejado un rastro de árboles quemados con bláster y raciones desechadas. Esas pistas llevaron a Platt y Tru'eb directo a los restos del campamento rebelde: una zona plana, arrasada, con cenizas desparramadas, esqueletos de tiendas derretidos y equipo de comunicación destrozado. Los árboles estaban torcidos y rotos, probablemente aplastados por un AT-AT. Platt encontraba difícil imaginar de donde había salido uno de esos. Por todas partes flotaba el olor acre de carne quemada y paquetes de bláster usados; Platt tuvo que apartar los ojos de los cuerpos esparcidos. La mayoría habían sido disparados por la espalda, le había dicho Tru'eb. El resto estaban quemados más allá de lo reconocible.

—Esos exploradores tienen un E-web, ¿lo notaste? —dijo Tru'eb ajustando los lentes—. Pero hay, déjame ver, ciento treinta metros entre nosotros y ellos. Dudo que sean capaces de vernos desde allí.

—No podrían, si yo no estuviera vistiendo de rojo. Agáchate.

—Realmente deberías repensar tu guardarropa uno de estos días, Platt —dijo Tru'eb secamente.

Platt sonrió.

—Creí que apreciabas mi agudo sentido de la moda.

—Lo hago. Es la razón de mi vida.

Platt recuperó los macros. Entonces alzó la vista al cielo oscuro.

—Dime, Tru'eb…

—¿Sí?

—¿Todo se puso realmente silencioso por aquí, o soy yo?

Escucharon y se miraron. Toda la mañana se había escuchado un constante trinar y silbar de aves, y súbitamente se había detenido. Platt extrajo su bláster.

—¿Nuestros Muchachos Verdes nos descubrieron? —susurró.

—Déjame echar un vistazo…

Algo surgió con gran estrépito a través de los matorrales detrás de ellos. Platt y Tru'eb giraron, pero cuando la cosa salió de la niebla, solo permanecieron allí, congelados.

Era un sullustano en uniforme militar de la Nueva República. Pero algo acerca de él no estaba del todo bien, y era horriblemente surreal: sus ojos eran de un gris lechoso, y su cabeza estaba inclinada en un ángulo grotesco. Sus brazos colgaban a sus lados, oscilando levemente con cada paso mientras su cabeza se sacudía y balanceaba.

—¡Muerto caminante! —siseó Tru'eb, retrocediendo ante el sullustano, que parecía dirigirse determinado hacia él.

Platt hizo un disparo de aturdimiento al pecho del sullustano. Este sufrió un espasmo violento y luego se desplomó en el suelo.

Silencio. Platt y Tru'eb se miraron.

—¿Eso fue real? —susurró ella y miró otra vez al suelo. El sullustano aún yacía allí con su rostro en un charco de lodo. En su espalda había una herida de bláster de hacía una semana.

Platt volvió a trepar rápidamente la saliente. Uno de los guardias estaba situado enfrente del foso, limpiando tranquilamente el cañón del E-web; el otro estaba sentado a un costado, mirando el vacío, meneando su pie. Ocasionalmente, se asomaba y alzaba la vista hacia el cielo gris de la tarde.

—No parecen haber escuchado —dijo Platt.

Tru'eb se aproximó con cautela al sullustano. Buscó el pulso, y entonces retrocedió.

—Ven a ver esto, Platt. Es increíble.

Platt les dirigió a los guardias una última mirada antes de bajar deslizándose.

—¿Qué? —preguntó.

—Mira —dijo él señalando.

El sullustano yacía estremeciéndose, pero no respiraba. Al inspeccionarlo más de cerca resultó que estaba completamente inmóvil; la apariencia de temblores era causada por la presencia de cientos de pequeñas criaturas parecidas a gusanos que pululaban alrededor del agujero en su espalda.

Platt sintió que su garganta se cerraba. Retrocedió pero no había forma de escapar del hedor del cuerpo o del recuerdo de los gusanos; se inclinó contra un árbol y vomitó.

Luego se irguió y tosió un par de veces.

—Gracias Tru'eb. Gracias por compartir eso conmigo. Solo voy a apartarme de ti ahora.



Ella se aventuró un poco dentro del bosque, hasta que el olor se disipó un poco. Tru'eb la siguió.

—¿No lo ves? —dijo él—. Esa es la fuente de la ilusión de los muertos caminantes. Algunos parásitos pueden liberar enzimas que proveen de estímulos eléctricos al cerebro de un huésped muerto. Entonces este amigo puede estar biológicamente muerto, pero existen señales artificiales transmitiéndose por su cuerpo.

Platt se dio vuelta.

—Sal de aquí.

—¿Tienes una explicación mejor?

—¿Gusanos operando un sistema bioeléctrico complejo? Lo estás inventando.

—Está bien, solo estoy conjeturando. Pero, sabes, —dijo Tru'eb estudiando un gusano trepado en la punta de su dedo índice—, en verdad escuché sobre un incidente parecido. ¿Recuerdas cuando estaba trabajando en la nave de Big Quince?

Platt giró sus ojos.

—¿Crees que podría olvidarlo?

—Esto fue antes de que te conociera. Yo no estaba al tanto de mucha información, por supuesto, pero recuerdo una historia que circulaba. Aparentemente algunos amigos imperiales de Big Quince estaban muy traumatizados después de ver un escuadrón de tropas de asalto muertos tambaleándose a través de un campo de batalla. En ese momento asumí que los narradores estaban usando especia. Ahora me pregunto.

Gusanos dentro de tu armadura. Platt sintió que todo su cuerpo empezaba a fruncirse.

—Supuestamente —continuó Tru'eb—, cada cadáver caminó sin rumbo por un rato y luego volvieron al lugar donde habían muerto.

—Y este tipo estaba caminando hacia los Muchachos Verdes que están allí.

—Eso no significa necesariamente que murió allí.

—No, pero definitivamente algo sucede con esos tipos —dijo Platt—. Es decir, míralos. Si no fuera por la niebla, tendrían el mejor punto de observación de toda la cadena de montañas. ¿Vas a decirme que solo están sentados allí vigilando nada?

Tru'eb alzó sus manos.

—Nada más lejos de mi intención.

Platt miró al sullustano otra vez. Por un momento pensó que iba a volver a vomitar. Pero en vez de eso, se detuvo y esbozó una lenta sonrisa.

—Espera un segundo —dijo—. Tengo una idea.

***

Cuando Harkness abrió los ojos esta vez, aún estaba oscuro, pero su cuerpo se sentía casi ingrávido. Ni mareado ni denso, solo ligero. Era porque ahora había menos dolor en su cuerpo.

Aún no se sentía como si pudiera sentarse, pero al menos la posibilidad de moverse ya no le producía trepidación. Y el sonido zumbante persistía en el fondo de su cabeza de una manera sorda, casi placentera. Contempló la idea de que podría ser parte de una canción que Chessa solía cantar; ella había estado en su mente por lo que parecían horas, aunque no podía recordarla jamás cantando enfrente de él.

—Hey —dijo él. Su voz era más fuerte, más clara—. Hey sargento.

—¿Qué? —dijo ella, todavía del otro lado del cuarto.

—¿Cómo te sientes?

—Mejor, supongo —dijo ella.

—Yo también. No sé por qué.

—¿Cuánto tiempo hemos estado aquí?

—No sé. Unos días. Quizás una semana.

—Quizás una hora.

—Quizás.

—¿Te ha… uh… pasado antes? —preguntó ella.

—¿Ser capturado? Sí —dijo él. El recuerdo apareció de la nada y lo sorprendió; nada sobre su actual calvario le había parecido familiar hasta ahora.

—Oh —dijo ella.

Él esperaba que preguntara si así había perdido su ojo, y entonces recordó que ella aún no podía ver su cara. En todo el tiempo en que habían estado allí, sus ojos aún no se habían ajustado a la oscuridad.

—¿Te dieron una paliza entonces? —preguntó ella.

—Sí. Peor que esta.

—No puedo imaginarlo.

—Bien, quizás no tanto —dijo—. ¿En eso estás pensando? ¿En mis antecedentes de prisión?

Súbitamente él recordó lo que había dicho, acerca de los tipos grises en el cuarto de interrogación. Viviendo su sueño dorado de hacer gritar a un Infiltrador. Quizás le habían hecho a Jai lo mismo que a él, y por otro lado…

—¿Jai? —dijo vacilante—. ¿Aún… tienes tus dos ojos?

—¿Huh?

—Quiero decir… ¿te sacaron los ojos?

Jai rió, una risa sorprendentemente fuerte y sardónica. Le tomó un par de minutos controlarla y entonces dijo:

—Hey, Dirk ¿quién puede notar la diferencia?

Harkness sintió sus labios estremecerse levemente.

Entonces escuchó risas, las voces de ambos, resonando en los muros, ahogándose por el dolor y muriendo eventualmente en unos pocos jadeos entrecortados. Cuando todo pasó, sus costillas dolían y también su garganta, pero sentía una satisfacción desconocida.

—¿Por qué me preguntaste eso, de todos modos? —preguntó Jai con una última risa.

—Olvídalo. Es una larga historia.

—Oh, bien, mejor no empieces. Tengo que estar en un lugar en diez minutos.

—Sí, yo también tengo una cita.

A Harkness se le ocurrió que en verdad tenía un lugar donde ir y gente con la que estar. ¿Pero dónde y con quién? Cuando los muros dejaron de resonar, el zumbido volvió.

—¿En eso has estado pensando? —preguntó Jai—. ¿En mis ojos? Si te hace sentir mejor, Harkness, me han dicho que son asombrosos.

—No —dijo Harkness, poniéndose serio—. En realidad estaba pensando en Chessa.

—¿Quién es esa?

—Mi chica.

Harkness pensó en su rostro la última vez que la había visto. Era un día lindo, normal, lleno de rutinas, cargando la nave, los dos flirteando sobre la carga. Pero él había sabido, en alguna parte en los extraños límites de su mente, que ella estaba próxima a morir. Siempre sabía cuando alguien estaba por morir. Había una suavidad en sus facciones esos días. Lo había visto durante todo su período con la Alianza, y lo vio por primera vez en Chessa allí parada en la bahía de embarque.

—¿Piensas mucho en ella? —preguntó Jai.

—Está muerta —dijo Harkness con su tono acostumbrado que daba por terminada la conversación. *Dirk, ¿cómo está Chessa últimamente? Está muerta. Oh*. Siempre cambiaban de tema después de eso.



Pero Jai no.

—Lo sé —dijo ella.

—No, no lo sabías.

—Sí lo sabía. Por la manera en que dijiste su nombre.

Harkness no supo como responder a eso. Jai había hablado con confianza, y él odiaba cuando la gente pensaba que podían diseccionarlo. Como todos esos consejeros de la Alianza con los que nunca quería ir.

—¿Cómo dije su nombre?

—Como si fuera sagrado.

—¿Y qué? Tú dijiste así el nombre de tu hermana.

—Sí, pero…

Jai se interrumpió tan abruptamente que Harkness pensó

que había desaparecido totalmente. En su lugar imaginó un profundo agujero negro generando silencio, amenazando con tragarlo también. Harkness podía escucharlo, resonando, nublando sus oídos.

Entonces su mente se aclaró y se dio cuenta de lo que había dicho. Y lo que significaba.

—¿Sargento? —dijo.

—Sí —. Su voz tenía un pesado tono de resignación que resultaba muy familiar a Harkness. Deseó que ella tuviera la energía para arrastrarse a través del piso y golpearlo en el rostro. O que él tuviera la energía para hacerlo por ella.

—¿Cuándo? —preguntó.

—Hace dos meses.

Endor. No era extraño que el nombre le hubiera sonado familiar. Harkness recordó brevemente haber conocido una oficial alta y de cabello oscuro llamada Morgan Raventhorn poco antes de la batalla. Una niña, en realidad. Se imaginó a esa niña yaciendo en el suelo al otro lado del cuarto, con un rostro apenas mayor.

Jai permaneció en silencio, pero su respiración no había cambiado. No estaba llorando. Él se preguntó si habría llorado por su hermana, y si no lo había hecho, sí lo haría pronto. La idea lo dejó perplejo; hasta ese momento había supuesto que la mente de Jai trabajaba de manera similar a la suya, y que sus experiencias eran parecidas. Pero nunca había estado tan entumecido como para no poder lamentarse.

El curso de acción acostumbrado para Harkness, como solitario consumado, era dar a otros solitarios su espacio. Si ellos querían estar solos, él lo sabía, y lo respetaba. Pero Jai era diferente. Harkness ciertamente había perdido su fe en la Nueva República, había perdido su fe en el amor y en ocasiones perdía su fe en sí mismo y su propósito. Pero no podía imaginar qué hacía uno cuando perdía su fe en todo a la vez.

—Chessa fue asesinada por un grupo de tropas de asalto —le dijo—. Todo lo que estaba haciendo era cargar paquetes, pero empezaron un tiroteo con ella. Sabían que simpatizaba con los rebeldes.

Jai guardó silencio. Harkness continuó.

—Yo había estado pensando en el matrimonio en esa época. Era un idiota, ya sabes; era joven, pensé que podría tenerlo todo.

—Yo también tuve un prometido —dijo ella.

—¿Cuál era su nombre?

—Krul.

Lo dijo de la manera en que había dicho el nombre de Morgan.

Harkness no creyó que debiera decir más después de eso. Se sentía avergonzado de haberle dicho a Jai tanto sobre sí mismo. Incluso después de cuatro años en la Alianza, entre gente en la que confiaba sin dudar, no le había contado a nadie sobre Chessa. A los que la habían conocido, jamás les decía lo que ella significaba para él.

El silencio pareció inundar todo a su alrededor como una nieve invisible, y pensó en la última vez que había visto a Chessa. Pálida, sangrante. Ni siquiera una persona, en

realidad. Algunas personas muertas lucían como si estuvieran durmiendo; la expresión de Chessa estaba congelada, sus ojos mirando fijamente el techo de la bahía de embarque, sorprendida y horrorizada. Él apartó esa imagen y se la imaginó viva y saludable. Entonces la imaginó yaciendo en una celda oscura con la nariz sangrante y nada por lo que vivir.

En ese momento; Harkness se encontró con una parte de sí mismo que no le gustaba reconocer y su estómago se tensó. Era la parte que ya había empezado a disolver la seguridad de su prisión, y su sentido de libertad sin paralelo. Era la razón por la que los oficiales interrogadores habían creído apropiado golpearlo. Había descubierto, otra vez, para su desmayo, la parte de sí mismo que quería sobrevivir. Entero. Invicto.

Harkness suspiró pesadamente. Bueno, fue agradable mientras duró. Cerró sus ojos y tomó algunas inspiraciones profundas, exhortando a su cuerpo a sanarse a sí mismo, obligando al dolor a ceder. No era que tuviera ningún don para manipular la Fuerza ni nada de eso; solo sabía que la razón por la que había sobrevivido a todas las heridas, contratiempos y misiones imposibles que habían marcado su carrera militar era porque había puesto su voluntad en ello. Y era por eso que no iba a morir en esta pequeña celda oscura y fétida. Sólo queriendo sanar, obligándose a vivir, encontraría una manera de salvarse a sí mismo de lo que fuera que los imperiales hubieran planeado para él.

En cuanto a salvar a Jai, por otro lado, temía no poder hacer nada al respecto.

***

—¿Radlin? —dijo el guardia más alto, pensativamente, mientras le daba al E-web una ultima lustrada y guardaba el trapo en su bolsillo trasero. Su voz produjo ecos en el costado de la montaña—. Radlin, estoy aburrido.

—Lo imaginé —dijo Radlin todavía sentado y meneando el pie.

—Quiero decir, realmente aburrido. Mucho, mucho. ¿Para qué estamos aquí? No hay más rebeldes.

—Son procedimientos —dijo Radlin—. Procedimientos son estas cosas que haces cuando sigues órdenes para obtener esa promoción de la que hablamos.

—Solo estoy diciendo que deberíamos pensar algo para hacer.

—Solo estás inquieto por ese merc que apareció buscando a los rebeldes…

—Solo *estás* enojado porque no fuimos nosotros quienes lo atrapamos. Mira Rad, vamos a cazar o algo. Pillar alguno más de esos muertos caminantes rebeldes.

Detrás de un árbol cercano, Tru'eb contuvo la respiración cuando los escuchó mencionar a los muertos caminantes. Pero era demasiado tarde; en ese mismo momento, Platt vino trepando a tropezones la colina en dirección a los guardias. Intentaba imitar el andar espasmódico del sullustano, y su expresión vidriosa, pero sus pasos eran exagerados y su lengua colgaba fuera de su boca. Tru'eb se cubrió el rostro con la mano y sacudió la cabeza.

No obstante, Radlin se puso de pie de un salto, tirando su silla y retrocedió tropezando. Cuando el alto se volvió y vio a Platt, se tensó visiblemente, pero soltó una risa tensa y de macho.

—Radlin, ¿quieres este para ti?

Platt se detuvo cuando la saliente de los guardias estaba a la altura de su pecho.

—Disculpen, caballeros —dijo, uniendo sus manos detrás de su espalda—. ¿Este es el camino a las minas de especia de Kessel?

Radlin dio un grito y abrió fuego.

***

—Honestamente, Platt —dijo Tru'eb mientras Platt se ponía la chaqueta de camuflaje de Radlin—, no sé como me convenciste de hacer esto. Sabes que no hay nada más peligroso que un bláster en manos de alguien presa del pánico.

—Sí, pero tampoco hay nadie más divertido de matar que a alguien presa del pánico. —Platt estudió el área—. ¿Crees que haya más patrullas vagando por aquí?

—Sí. Así que démonos prisa con esto.

El foso estaba situado enfrente de una profunda fisura hecha por la mano del hombre que corría directo a través del acantilado, atravesándolo. Tru'eb y Platt se alegraron de descubrir que el extremo de la fisura salía a una zona relativamente plana del bosque.

Por veinte minutos se abrieron camino sobre árboles caídos, maleza y grandes rocas. Platt se estaba poniendo cada vez más nerviosa. Por lo que había visto, este extremo de Zelos no tenía un verdadero crepúsculo; el sol solo parecía parpadear y apagarse al anochecer. Además, la niebla aún era tan espesa que no podía ver más de dos metros enfrente suyo.

—¿Qué vamos a hacer si no encontramos la guarnición antes del anochecer? —dijo poniéndose frente a Tru'eb y caminando hacia atrás—. No creo que ese refugio de supervivencia barato sirva otra noche…

Tru'eb se detuvo.

—Espera un momento —dijo—. ¿Oyes eso?

—No. ¿Qué?

—Casi como un ruido sordo.

—Yo no… —dijo Platt y luego el suelo desapareció bajo sus pies.

Se sintió caer, y trató de gritar a través de labios secos y pulmones comprimidos; sintió una violenta oleada de pánico ciego atravesando todo su cuerpo, y entonces una sensación tirante en su brazo derecho mientras se detenía y colgaba en su lugar. Tru'eb la tenía sujeta por la muñeca.

—¿Qué… qué era… qué sucedió? —dijo mientras Tru'eb tiraba de ella y la ponía de rodillas en el suelo firme—. ¿Solo caí… como es que no ví…? Tru'eb, ¿qué sucedió?

Tru'eb no contestó; estaba mirando fijamente por sobre su hombro, asombrado. Platt se dio vuelta justo a tiempo para ver un caza TIE negro que salía *zumbando* del suelo unos cuatro metros enfrente de ellos.

Ambos cayeron hacia atrás en una lluvia de tierra y hojas, el ensordecedor sonido del TIE rugiendo sobre sus cabezas, y Platt pensó que el solo impulso de la cosa podría aplastarla contra el costado de la montaña. Entonces, abruptamente, todo se volvió silencioso.

Miraron hacia arriba. El caza TIE maniobró justo por encima de los árboles y entonces desapareció.

Cuando los latidos en la cabeza de Platt se detuvieron, miró hacia donde había caído. El suelo adelante lucía como un gran claro. Pero ahora veía que había caminado justo por sobre el borde de una pared escarpada de roca que descendía cientos, quizás miles de metros.

Tru'eb estaba a su lado, mirando dentro del desfiladero. Era imposible percibir el fondo del valle, un pozo oscuro con capas de niebla deslizándose sobre él. Sumergiéndose en la oscuridad, la pared del precipicio era de un gris veteado, con crestas escalonadas cinceladas naturalmente. También había salientes, tan cubiertas de vegetación que las plantas y árboles colgaban precariamente sobre el valle; cascadas caían por la roca en varios lugares. Después de varias docenas de metros todo desaparecía en una sopa azul grisáceo.

Lejos abajo, parpadeando a través de la niebla, había una pequeña luz azul. Y otra, y otra, y cien más, prolijamente alineadas. Platt cerró sus ojos y luego miró otra vez.

—Luces de posición —dijo asombrada—. Pero está demasiado oscuro para divisar la guarnición.

—Por lo tanto, el Valle de Umbra —dijo Tru'eb

—Sí, ya veo. Mira las cascadas. Apuesto veinte créditos a que es un acueducto agujereado.

—Mira allí —dijo Tru'eb—. ¿Ves eso? Allí, y por allá, por todos lados.

Platt miró. Entretejiéndose dentro y fuera del acantilado había una serie de escaleras y pasarelas de metal, que probablemente conducían a conductos de mantenimiento ocultos en la cara de la roca.

Tru'eb tomó sus macros.

—Seiscientos metros hasta abajo —miró hacia arriba—. Y la distancia a través es del doble. Creo que podemos decir con seguridad que sabemos donde está Harkness.

La niebla rezumaba por sobre el borde del valle. Platt no estaba segura de si debería sentirse excitada u horrorizada de conocer la ubicación de Harkness.

—Debe haber un turboascensor o una plataforma de carga que lleve abajo —dijo Tru'eb—. Tienes cilindros de código en ese uniforme, ¿verdad?

—Sí, pero no sabría explicar por qué no estamos en nuestro puesto. O por qué a uno de nosotros le crecieron colas cefálicas y el otro decidió que se sentía mucho más libre siendo una mujer.

Tru'eb se encogió de hombros.

—Entonces es directo hacia abajo.

—¿Cómo?

—Tomaremos las escaleras de mantenimiento. Eventualmente deben llevarnos hasta el fondo.

—¿Y si alguien está trabajando en ellas, genio?

—¿Por qué lo harían? Tienen repulsores.

—Sí, pero estoy tratando de postergar esto todo lo posible —lo miró—. En verdad no quiero bajar allí.

—Pero lo harás.

—Pero lo haré —suspiró y se deslizó sobre su vientre, haciendo pie en la cara del acantilado y descolgándose. La escalera más cercana estaba unos cinco metros más abajo, según los macros, pero no era difícil hacer pie en los peñascos. Antes de que pasara mucho tiempo los dos contrabandistas estaban parados en un sólido pedrusco herboso que sobresalía sobre el valle. Una de las oxidadas escaleras de mantenimiento, goteando con humedad, sobresalía cerca en la cara de la roca.

—Yo iré primero —dijo Tru'eb espolvoreando sus manos con tierra y dando un paso hacia la escalera.

—Tru'eb.

—Sí, Platt.

—¿Por qué estamos haciendo esto?

—Harkness es nuestro amigo.

—¿Y qué? Tenemos muchos amigos.

Tru'eb tomó la escalera.

—No, no tenemos.

***

Antes de que Morgan muriera, Jai había experimentado varios incidentes en los cuales había olvidado quién era.

El más remarcable había sucedido unos dieciocho meses antes, cuando lideraba un equipo de Infiltradores de cinco hombres a Bevell Tres en una misión supuestamente bien planeada. Debían capturar cuatro agentes imperiales, pero alguien había informado al Imperio; un escuadrón de bombarderos TIE apareció de la nada y arrasó el área. Todos cayeron, excepto Jai, que salió caminando sin siquiera un rasguño. Como siempre, sacó a todos de allí. Pero por primera y única vez en su carrera en las Fuerzas Especiales, no sacó a alguien con vida: Leong, el especialista en comunicaciones del equipo, murió en ruta a la fragata médica.

Jai vivió la semana siguiente completamente entumecida, sin responder demasiado a nada ni teniendo ningún tipo de emoción reconocible. El Alto Mando la promovió a

sargento mayor y ella no lo objetó, incluso sabiendo que era una herramienta de propaganda. Ninguna misión de infiltración debería haber recibido tanta atención, pero esta lo había hecho, y bajo su mando. Aún así, había aceptado la promoción y continuado con sus asuntos de rutina.

Entonces, un día, revisando su armario, encontró uno de los guantes de Leong y su corazón se rompió en un millón de pedazos.

Ahora, acostada en el suelo en medio de la oscuridad, Jai recordaba ese momento desde una gran distancia. Como si le hubiera sucedido a otra persona. El recuerdo era vívido y ella podía acceder a los sonidos y olores y visiones del momento con claridad. Sin importar cuánto lo intentara, sin embargo, no podía acceder a la emoción.

¿Qué diría Leong si pudiera ver que Jai había dejado que los imperiales la atraparan? Seguramente estaría decepcionado. Pero después de dos meses de no sentir nada, hubo súbitamente una avalancha de dolor, furia, miedo, vergüenza; cada fragmento de la cual era preferible al entumecimiento. Por un par de días maravillosos, su cerebro había estado tan devastado por la interrogación que había olvidado estar embotada. Y ahora ella estaba de vuelta en la misma vieja rutina, deseando que el dolor a lo largo de su espalda, la sangre seca en su rostro, el recuerdo del soldado imperial blandiendo la culata de su rifle bláster hacia su rostro, cualquiera de esas cosas pudieran provocarle emoción otra vez.

—Estoy empezando a preguntarme si se olvidaron de nosotros. Personalmente, tengo un poco de hambre.

La voz de Harkness, viniendo de otro mundo. Jai tuvo que reajustarse mentalmente.

—¿Uh?

—Dije que tengo hambre —dijo él.

—Hmm —dijo ella sin interés.

—Y que tal vez se olvidaron de nosotros.

Eso atrajo la atención de Jai.

—¿Qué, crees que nos dejaron aquí para que nos pudriéramos?

Pudrirse, eso era algo que tampoco provocaba ninguna emoción. Sus pensamientos se deslizaron otra vez a Bevell Tres.

Varios minutos después, hubo un chirrido cerca de la cabeza de Jai. Harkness dejó escapar un jadeo rápido y dolido.

—¿Qué? —preguntó Jai.

—Lo siento. Eso lastimó mi ojo —dijo él.

—No entiendo de qué…

—¿No viste la luz?

Jai no había visto nada.

—La escotilla de la puerta, se abrió por un segundo… —dijo Harkness.

—No estoy enfrentando la puerta —le dijo Jai.

—¿Pero estás cerca de la puerta?

—Sí.

—Creo que alguien deslizó algo dentro —dijo.

Jai levantó un brazo dolorido y palpó alrededor de donde pensaba que había oído el sonido metálico. Después de un momento tocó algo suave y húmedo. Hundiendo su dedo dentro, tocó metal.

—Creo que es comida, en una bandeja.

—Pruébala —dijo Harkness.

Jai se humedeció los labios; tenían el sabor metálico y salado de la sangre seca.

—No podría. De todos modos, apuesto a que está drogada.

—¿Tú crees?

—Tú eres el prisionero veterano aquí. Quizás quieren drogarnos por alguna razón.

—¿Para qué, otra interrogación? No necesitan darnos drogas para eso, no en nuestra condición. Podrían solo venir y…

Harkness se interrumpió.

—¿Y qué?

—¿Me parece a mí, o esa comida vino sorprendentemente rápido?

Tenía razón. Había aparecido como si él la hubiera pedido.

—Oh, grandioso —dijo Jai—. Hemos sido monitoreados.

¿Cómo podrían haber pasado eso por alto? Trató de pensar en todo lo que le había dicho a Harkness sobre misiones pasadas, o donde estaba asignada, o cualquier cosa que pudiera ser útil a los imperiales. Mientras aún estaba exprimiéndose el cerebro, escuchó abrirse la puerta, y entonces ruido de pisadas vibrando en el piso, justo al lado de su cabeza. La luz inundó el cuarto y Jai cerró sus ojos.

Alguien la sujetó por el pelo, y la tomó por debajo de los brazos, elevándola a una posición casi erguida.

—Arriba, rebelde —dijo la voz de un hombre.

Le resultó familiar, pero Jai no pudo ubicarla, incluso mientras era sacada a rastras del cuarto, incluso mientras Harkness empezaba a gritar y su voz se hacía cada vez más débil detrás suyo.

***

Platt y Tru'eb llegaron andando por el fondo del valle cerca de las 0600 estándar, estimó Tru'eb. En alguna parte más allá de la niebla y las salientes pensó que podía ver el cielo volverse rosa.

Abrirse paso para bajar del precipicio les había tomado toda la noche, aunque todo había resultado bien al final; Tru'eb no recordaba en realidad como se había sentido el viaje, o siquiera como se había visto. Solo se habían apresurado cada vez más y más, apenas hablando entre sí, y cuando pensaban que no podían dar otro paso, lo daban de todos modos. Y entonces otro. Y otro después de ese. La mayoría de la noche había transcurrido así, y ahora que el descenso había terminado, Tru'eb se sentía aturdido y soñoliento.

Miró a Platt, trepando inestable el suelo rocoso con las enormes botas imperiales; estaba cubierta de tierra y polvo blanco de rocas, y su rostro estaba casi gris de cansancio. Atravesar el fondo del valle era tan difícil como el viaje hacia abajo, ya que el terreno estaba cubierto de pequeños peñascos húmedos.

Platt lo pilló mirándola y le hizo un guiño. Tru'eb le sonrió; los ojos de Platt estaban cansados, pero despejados. El avance de la mañana les hacía sentirse más despabilados. Además, se sentían maravillados y con un sentido de brillante realización. Si no tuvieran una misión más importante en mente, hubieran considerado la sola escalada material para futuras historias.

Bien, no lo arruinemos ahora, pensó Tru'eb al escuchar una voz fuerte y áspera resonado a través del valle. Aferró la manga de Platt y la jaló detrás de una roca. Unos minutos después los gritos se volvieron más fuertes; un escuadrón de soldados imperiales entrenando apareció haciendo crujir el suelo, el sargento gritando el ritmo. Su voz resonaba en las paredes y el fondo del cañón y desaparecía muy, muy arriba.

Sus hombres marchaban, gritando al unísono. Pasaron con facilidad sobre las rocas, más allá de Tru'eb y Platt, a través del profundo torrente donde desembocaban las cataratas, y finalmente trotaron debajo de una plataforma de aterrizaje y desaparecieron doblando una esquina. En un distante muro del acantilado, un enorme ascensor de plataforma descansaba con un AT-AT encima. Dos soldados permanecían a un costado haciéndoles señales a los pilotos. Parados en los débiles reflectores de la base, eran de un enfermizo color amarillento.

—Pequeña operación —dijo Tru'eb.

—Patética operación —dijo Platt indicando la plataforma de aterrizaje—. Si es una guarnición estándar, debería haber una escotilla de droides de mantenimiento cerca de allí.

—¿Los droides nos causarán problemas?

—No. Son droides de mantenimiento.

—¿Y los humanos?

—No deberíamos tener grandes problemas para encontrar una estación de seguridad desocupada. Este sargento Radlin debería tener autorización suficiente para echar un vistazo a la lista de prisioneros.

—¿Y luego?

—No tengo idea.

Tru'eb suspiró.

—No me aflojes ahora, Tru'eb. Eres tú el que nos hizo empezar a bajar el acantilado.

—Lo sé. Vamos.

Se abrieron camino sobre las rocas y a través del torrente con bastante menos gracia que los soldados. Pero no pasó mucho tiempo antes de que la plataforma brillara con una luz azul sobre sus cabezas; Platt forcejeó por sacar un cilindro de código de la manga de su chaqueta con dedos entumecidos.

La única fuente de luz que habían tenido durante el descenso de la montaña era una barra luminosa, que se había apagado poco antes del amanecer. Con la plataforma encima, estaba completamente oscuro donde ellos estaban. Platt palpó a lo largo del muro por lo que pareció un rato increíblemente largo antes de encontrar una ranura e insertar el cilindro de código.

Cuando los ojos de Tru'eb se ajustaron a la oscuridad, comenzó a ver una línea débil de luz donde estaba la puerta.

Repentinamente se le ocurrió algo.

—Platt, yo digo…

—Oh, sssssíí —dijo Platt, feliz, mientras un sonido deslizante anunciaba su entrada a la guarnición.

—¡Un aplauso para la entrada de servicio! ¿No crees que esta puerta sea un poco grande para ser sólo…?

Los dos hicieron una mueca de dolor cuando la luz cegadora de la guarnición se derramó a través del umbral; Tru'eb apenas empezaba a recobrar su visión cuando oyó a alguien gritar:

—¡Hey! ¿Quién está allí afuera?

El cuerpo entero de Tru'eb se tensó. Hubo un largo silencio mientras trataba de enfocar a quién había hablado: un hombre en un uniforme imperial verde, como el de Platt. Detrás de él, había dos columnas qué parecían una patrulla, quizá de diez o doce hombres, parados en una pequeña bahía de embarque. Detrás de ellos había motos speeder prolijamente alineadas, apoyadas sobre horquillas de mantenimiento.



—Um… ya vamos —dijo Platt, y entró empujando al soldado más cercano a la puerta. Tru'eb la siguió, con la cabeza inclinada. Sabía que era totalmente inútil. Era increíble que aún no los hubieran descubierto, pero los soldados permanecieron sorprendidos e indecisos por un momento mientras Platt pasaba a través de ellos con increíble audacia.

Finalmente, uno de ellos la tomó por el brazo y dijo:

—No lo creo.

—¡Corre! —gritó Tru’eb cargando hacia delante. Los imperiales que lo rodeaban aún estaban confundidos, pero los que estaban cerca de Platt ya estaban sacando sus blásters. Platt se liberó de un tirón y corrió tropezando hacia delante. Cuando se orientó lo suficiente para correr a un paso decente, empezó a patear las motos speeder de sus perchas.

Tru'eb la imitó. Disparos de bláster repicaron tras ellos, sobre sus cabezas, en las motos speeder. Los soldados que habían recobrado el suficiente sentido para correr tras ellos llegaron rugiendo ciegamente a través de la bahía de embarque y tropezaron con los vehículos que había en su camino. *Esta es realmente una operación patética*, pensó Tru'eb mientras se escondía tras una moto y hacía un par de disparos.

No obstante, los imperiales tenían la ventaja numérica, y podía ver a algunos de ellos buscando los comunicadores en sus cinturones. En algunos segundos la estación entera sabría lo que estaba sucediendo.

Tru'eb miró hacia Platt, que se había situado en una terminal cerca del turboascensor. Se puso en cuclillas, puso un puño alrededor de los controles del manubrio de la moto más cercana y su otra mano en el pedal. Después presionó el botón de activación y fijó un curso automático al azar. La moto se elevó sobre su horquilla de mantenimiento, se sacudió por un segundo, y chocó de lleno con una pila de sus hermanas desparramadas en el piso. Hubo un ruidoso estallido mientras todo el embrollo estallaba en llamas.

Los disparos se detuvieron por un momento. Tru'eb corrió hacia Platt y saltó detrás de la terminal.

Una voz anunció por la unidad de comunicaciones a toda la estación que había un incendio en la bahía de embarque tres.

—Escotilla de droides de mantenimiento, muy bien —gritó Tru'eb, asomándose y disparando a los soldados que no estaban ocupados buscando un extinguidor—. ¿De dónde lo sacaste, Platt? ¿De la Guía Militar de Palpatine para los recientemente lobotomizados?

—De acuerdo, ¡cambiaron algunas cosas!

—¡Algunas, sí!

—¡Cálmate! —Platt gritó—. ¡Descubrí que hay solo un nivel de detención en este lugar!

—¿Dónde?

—¡Nivel ocho! ¡Ya llamé el turboascensor!

Tru'eb echó un vistazo detrás de ellos; varios metros más allá la puerta del turboascensor estaba abierta, esperándolos. Delante de ellos, algunas de las tropas todavía intentaban regresar el fuego y el resto estaba gritando órdenes a los demás por sus auriculares.

—¿Sabes que aquí dice que la estación entera nos excede en número sólo cien a uno? ¡Deben haber capturado a Dirk por pura paranoia! ¿Qué apostamos a que ni siquiera tienen un generador de escudos?

—Sólo mantén tu cabeza abajo y piensa en algún otro plan magnífico —dijo Tru'eb y corrió dentro del turboascensor.

Detrás de él, Platt gritó:

—Ya pensé en uno.

***

—¡Resiste! ¡Resiste! ¡Resiste!

La voz del interrogador vino entre ondas del dolor sordo a través del estómago de Jai. Sus manos estaban libres, pero ella no intentó detenerlo

—Frente al imperio, no eres nada. Los Infiltradores no eran nada, y tú eras un insignificante suboficial porque no tenías la energía cerebral suficiente para ser oficial de nada.

El dolor se detuvo. Jai oyó que el interrogador retrocedía y entonces empezaba a caminar cerca de su cabeza.

—Bien, supongo que esto no nos está llevando a ninguna parte —le dijo en voz alta alguien. Jai levantó su cabeza lo suficiente para ver los reflejos de varias personas en uniforme gris a través del piso pulido. El cuarto no era muy grande; había un enorme escritorio contra la otra pared, y la mayoría del espacio estaba ocupado por terminales de computadora. La iluminación era suave, casi relajante. Una atmósfera de utilidad y comodidad. La oficina de alguien.

El interrogador empujó su cabeza con su bota y la apoyó allí por un momento.

—Estoy sacando mi bláster y ajustándolo para matar —anunció—. Ahora lo estoy apuntando a tu cabeza, sargento Raventhorn.

Un momento o dos pasaron.

—Dije que estoy apuntando este bláster ajustado para matar a tu cabeza.

Pasó otro momento.

—¡Aquí va!

Pausa.

—¡Está en matar!

—Ya escuché —dijo Jai.

Él levantó su pie de su cabeza.

—Bien, he decidido no matarte —dijo con voz tensa—. Pero lo haré cuando se me antoje.

Otro momento pasó.

—Oh, continúa con la interrogación —dijo otra voz, exasperada. La voz de una mujer—. No quiero pasar toda mi vida mirándote mientras la molestas hasta que se rinda.

—Así es como se conduce una interrogación, mayor. Debes mostrarles quien tiene el poder.

—En este momento no parece que seas tú —dijo la mayor—. Una interrogación requiere control y habilidad. Lo que significa que no sirves para empezar.

—Oh. Muy graciosa. Mira. No me importa si esta es tu guarnición; las interrogaciones son *mi* fuerte. ¿Por qué estamos haciendo esto aquí para empezar? Digo que la llevemos abajo y hagamos esto apropiadamente.

Pisadas a través del piso, acercándose a Jai.

—Esto ya no es lo mismo —dijo la mayor—. Tengo un plan diferente. ¿No leíste los resultados del sondeo mental?

—¿Quién lo necesita? ¡Mírala! ¡A ella no le importa nada! —dijo el interrogador—. ¡Podrías prenderle fuego y no le importaría!

—Por supuesto que no le importaría, idiota. Podrías incendiar su planeta, podrías volar la Nueva República y no le importaría.



Jai estaba enroscada en la posición fetal. Las voces de los imperiales desaparecieron en un fuerte repicar, y Jai pensó que estaba en su cabeza; pero entonces se escuchó una voz profunda, metálica en el cuarto que anunciaba un incendio en una de las bahías de embarque, y reconoció el sonido de una alarma de incendio.

Después de unos momentos, la alarma se apagó. El mayor estaba terminando una frase:

—… veremos que sucede cuando traigamos a su amigo mercenario.

Jai se concentró en el piso otra vez. Había algunas gotas de sangre cerca de su cabeza, un par más ahora, una mancha en la inmaculada máquina de guerra imperial. Hizo que la cabeza de Jai se despejara un poco. De hecho, súbitamente se sintió lúcida.

Traigamos a su amigo mercenario.

Jai miró hacia arriba, más allá de la cara del interrogador, a la cara de la mayor. Sus ojos se encontraron por un segundo, y Jai vio el rostro de la mayor registrar que se había cometido una equivocación fatal. En ese momento, ya no estaba en duda si Jai iba a hablar. Ahora se trataba de quién iba a alcanzar primero el bláster de la mayor.

***

En ese momento, el mundo de Dirk era el entresuelo entre él y el piso ocho niveles más abajo, su vista dividida por barras negras verticales de metal. Uno de los imperiales intentaba golpear la cabeza de Dirk contra las barras en una tentativa inútil de mantenerlo inmóvil. Aparentemente la indiferencia de Jai había llevado a los guardias a creer que su compañero de celda sería igual de fácil de arrastrar a la cámara de interrogación; como resultado, varios blásters yacían desparramados por el pasillo, dos oficiales inconscientes cerca de la puerta del bloque de celdas, y alguien pedía refuerzos a gritos en su comunicador. Harkness no estaba seguro de cuántos eran para empezar o cuántos quedaban. Solo sabía que no podía conseguir tomar un bláster, no con sus pies ardientes y resbaladizos deslizándose debajo de él cada vez que intentaba ponerse de pie, y no con un guardia aterrorizado y desarmado sacudiéndolo por el cuello. Harkness no estaba seguro de si podría evitar que su cabeza fuera empujada a través de las barras. Pero entonces las cosas empeoraron: el guardia abandonó las barras y comenzó a golpear la cabeza de Harkness contra el piso. Había un dolor resonante en el cráneo de Harkness, un dolor cegador que se disparaba a través de sus sienes, sus dientes, su cuello. Entonces se escuchó el sonido de un bláster disparando —no, varios blásters— y algunos gritos. El guardia vaciló. Eso era todo lo que Harkness necesitaba. Extendió su brazo hacia atrás, puso sus dedos bajo el casco del guarda, y lo arrancó limpiamente de un tirón.

Ahora Harkness tenía algo mejor que un bláster. El guardia resultó ser un muchacho rubio, y su rostro adquirió una expresión de completo pánico cuando Harkness se puso de rodillas y empezó a dar golpes con el casco.

—¡Basta, ya está muerto, tranquilízate!

Alguien tomó a Harkness por el hombro. Él alzó la vista, su visión borrosa, hacia una persona vestida de blanco y verde, con una inconfundible gorra imperial.

—¡Atrás! —gritó, revoleando el casco contra las rodillas de la persona. Quienquiera que fuera, logró esquivarlo y dijo:

—¡Hey, whoa! ¡Soy yo! ¡Cálmate!



Harkness se detuvo. Su visión se aclaró; el imperial era una mujer con cabello platinado vistiendo una elaborada camisa blanca de contrabandista y medio uniforme de soldado. Él la miró salvajemente a los ojos, que se movieron nerviosos mientras lo estudiaban.

—¿Recuerdas? Somos tus compañeros… Nosotros te trajimos a Zelos.

Alguien más apareció tras ella, un twi'lek con lentes oscuros y ropas grises cubiertas de suciedad. Harkness no estaba seguro de cuáles eran sus nombres, pero su comportamiento le resultaba familiar; sintió que su cuerpo se relajaba.

—Tú… —dijo después de un momento—. Nosotros fuimos a… ¿no me ayudaron a obtener un cargamento de bláster imperiales? Ustedes son Tru'eb… y Platt.

—En realidad, somos Platt y Tru'eb —dijo Platt.

—¿Vinieron hasta aquí para rescatarme?

—Somos así de raros. ¿Crees que puedas ponerte de pie? Vamos a sacarte de aquí, ¿de acuerdo?

Harkness se sobresaltó, como si súbitamente recordara estar enloquecido.

—¡No! ¡Se la llevaron por el pasillo!

—¿A quién?

—¡Jai! Una de los agentes de la Nueva República. Nos estaban llevando a los dos a la cámara, pero ella ni siquiera se resistió…

—¿Qué cámara? ¿Dónde? —preguntó Tru'eb, sujetándolo por la cintura y poniéndolo de pie. Harkness apoyó casi todo su peso en el hombro de Tru'eb; pero él no pareció esforzarse en absoluto.

¿Qué puerta? Harkness miró por el pasillo la fila de puertas negras a su derecha; los guardias habían llevado a Jai por una con un gran sello imperial blanco grande pintado, aunque Harkness habría podido jurar que recordaba haber sido empujado a través de dos puertas con una estampa roja antes de su propia interrogación. Por otra parte, esta puerta con el sello blanco estaba rotulada «Centro de comando».

Mientras Platt se ocupaba de meter un cilindro de código en la ranura, Harkness se encontró mirando su reflejo en el marco de metal de la puerta. De hecho, pasaron varios segundos antes de que se diera cuenta de que el reflejo era realmente el suyo; parpadeaba cuando él parpadeaba y movía su cabeza cuando él movía la suya. Pero su cara era pálida, con una raída barba marrón claro creciendo en sus mejillas hundidas, y el parche blanco del ojo ahora era de un gris sucio.

Platt se dio vuelta, frunciendo el ceño.

—Perdí los otros cilindros de código con la chaqueta. De todas formas, no hay manera que Radlin tuviera una autorización tan alta.

—¿Pero no dijiste que habías pensado en un plan? —dijo Tru'eb.

—Sí, pero tenía un problema——dijo Platt.

—¿Qué importa? —dijo Harkness—. ¡Dinos!

—De acuerdo. Primero, finjo que soy un guardia de la prisión y le digo a todos que estoy llevando a Tru'eb como prisionero. Entonces nos metemos en una acalorada pelea enfrente de los imperiales, de modo que estén totalmente confundidos por medio segundo, que es todo el tiempo que necesitamos para aturdir a todos, meternos en el bloque de celdas y liberar a Dirk.

Dirk y Tru'eb se miraron entre ellos y después a ella.

—Por supuesto eso es algo irrelevante ahora —dijo Tru'eb concisamente.

—Sí, ves, ese es el problema.

Harkness apoyó su cabeza contra la puerta. No podía escuchar nada adentro, lo que lo hizo sentir peor. Debería haber sabido que algo como esto sucedería. No era como con la gente de Golthan: elige un prisionero, enséñale el respeto, y después olvídate de él. Era por eso que el ojo de Harkness no pudo ser substituido: la infección resultante había destruido los nervios. No era el dolor de la tortura lo que más le dolía recordar; era la sensación de no ser nada, una breve diversión, ser lanzado en una celda como un montón de basura y después ser olvidado por tres meses. Ciertamente no lo habían dejado solo,

pero sus compañeros de celda esa vez eran debiluchos con intenciones de unirse a la alianza, y no parte de su equipo. Ni siquiera le ayudarían en una tentativa de escape.

El sonido de la voz de Tru'eb lo trajo de nuevo al presente.

—Oh, no. Están aquí.

Los cuatro turboascensores del lado opuesto del entresuelo llegaron casi simultáneamente. Una tras otra, las puertas se abrieron, y tropas imperiales y oficiales se volcaron hacia fuera, todos armados, todos corriendo, todos gritando. En segundos, Dirk, Platt, y Tru'eb estaban rodeados.

—¡Tiren sus armas! ¡Ahora!

Ellos obedecieron.

La cabeza de Harkness comenzó a palpitar. *Esto no está sucediendo, no después de todo esto, no después de que tomé una decisión…*

—¡Retírense! —gritó alguien.

Una nueva voz. Todos se congelaron. Dos figuras estaban paradas en el umbral del centro de comando.

Harkness parpadeó un par de veces. Vio una mayor imperial con uniforme salpicado de rojo; su cara había aparecido brevemente en su mente varias veces desde su interrogación, pero no la había reconocido hasta este momento. Entonces la vio.

Jai era un desastre ensangrentado al igual que Harkness. Sus ojos estaban entrecerrados ante la combinación de luces brillantes y, probablemente, un terrible dolor de cabeza post-interrogación. Había un costurón rojo a través del puente de su nariz, que aún sangraba; un brazo trabado alrededor de la cabeza de la apenas consciente mayor; y un pesado bláster imperial apuntado a su sien derecha.

—Retírense —dijo Jai otra vez—. Tengo una proposición.

—Déjala ir, rebelde —dijo un teniente joven y delgado—. Suelta el bláster y pon tus manos sobre tu cabeza.

—No puede perder tiempo tomándonos otra vez bajo custodia —le dijo Jai.

—¿Y porqué no?

—Porque la mayor y yo hicimos una pequeña llamada al gobierno planetario.



El teniente palideció. Un débil murmullo surgió entre las tropas. Jai continuó:

—Aparentemente no estaban muy felices de descubrir que había estado acechando aquí en el Valle de Umbra. Pienso que será mejor que evacue sus tropas antes de que el gobernador Nul envíe un ataque aéreo completo.

—¿No piensas que eso sería un poco paranoico, rebelde?

Ahora fue Platt quien habló.

—¿No crees que la población entera en este planeta es un poco paranoica, amigo?

—Aparte de eso, les estoy dando una orden —dijo Jai—. Porque desde hace tres minutos, Zelos II pertenece a la Nueva República. ¿No es cierto, mayor?

La mayor tomó una profunda inspiración y cabeceó débilmente.

El teniente miró fijamente a Jai por un minuto, sus ojos moviéndose de ella a Harkness y a la mayor. Era obvio que el muchacho nunca había tomado una decisión ejecutiva en su vida.

—Date por vencido, hijo, —le dijo Harkness—. Haz lo que dice la dama.

El teniente miró al piso.

Entonces se dio vuelta y señaló a las tropas.

—Inicie el procedimiento de evacuación. ¡Adelante, hágalo ahora! ¡Vamos!

Nadie pareció oponerse. Algunos de los soldados más cerca a los turboascensores habían depuesto sus blásters cuando Jai había dicho «ataque aéreo». En segundos las

tropas habían comenzado a dispersarse, algunos de ellos maldiciendo, la mayoría intentando abrirse camino a través de la multitud.

—¿Qué ocurrirá con la mayor? —le preguntó el teniente a Jai.

—Creo que volverá a mi base conmigo. También creo que nos prestará su lanzadera para salir del valle. ¿Usted no se opone, verdad, teniente? A menos que quiera venir también.

—No parece que sus tropas están interesadas en detenernos —dijo Tru'eb.

El muchacho humedeció sus labios y masculló algo sobre la bahía de embarque uno y autorización; después se dio vuelta y se alejó.

Harkness se desenredó del hombro de Tru'eb, se apoyó contra la pared, y dio unos pasos atroces hacia Jai, que luchaba visiblemente por mantener su adrenalina corriendo para sostenerse de la mayor. Aparte de las heridas de Jai, nada sobre su aspecto sorprendió a Harkness. Ella coincidía exactamente con su voz. Y se parecía a su hermana, una versión más alta, rubia, con los mismos ojos azules. La única diferencia era lo que parecía estar detrás de sus ojos; los de Morgan habían sido claros y despiertos, una ventana a la brillantez más allá del ensimismamiento. Los de Jai eran brillantes, llenos de dolor y difíciles de enfrentar. A través de su mejilla izquierda había una larga cicatriz rosada, testimonio de una herida que nunca había visto un tanque de bacta; pero de una manera extraña, no parecía fea o fuera de lugar.



Algo adentro de él se sintió extrañamente asentado, viéndola en realidad.

Y en esos ojos preocupados, vio un destello de reconocimiento cuando ella finalmente se tomó un segundo para enfocarse en su rostro.

—Harkness.

—Sargento.

—Eres… tal como te imaginé.

—¿Quieres decir feliz y bien parecido?

—Venga, yo llevaré a la Mayor Psicópata —dijo Platt—. Ustedes apóyense en Tru'eb. Solo concéntrense en permanecer conscientes hasta que estemos

dentro de la lanzadera.

Jai pareció notar a Platt y a Tru'eb por primera vez.

—¿Quiénes son ustedes?

—Tu pasaje fuera del planeta —dijo Platt, tomando la mano de Jai y sacudiéndola.

***

Al principio, Harkness había resistido la idea de ser inyectado con un sedativo pesado. Necesitó recordarse a sí mismo que estaba a bordo de la nave de Platt, la *Última Oportunidad*, a años luz de distancia de la guarnición, y que la mayor estaba encarcelada en la bodega. Por lo menos eso era lo que le había dicho Platt. Él no recordaba nada después de subir dificultosamente a la lanzadera clase *Lambda* de la mayor y hundirse en un asiento de pasajeros negro y brillante.

Más allá de la idea de tomar el sedativo, no quería dormir. En su experiencia, las drogas para dormir tendían a arrastrarte en pesados sueños de fiebre de los que era difícil despertar. Y él sabía qué clase de sueños iba a tener.

—Lamento no tener un tanque de bacta a bordo —dijo Platt, revolviendo el gabinete al lado de la cucheta médica de Harkness—. Pero son solo un par de días hasta que lleguemos a Wroona. Jai, tengo un par de amigos rebeldes allí. Pueden ayudarte a contactar a tu base.

—Gracias —dijo Jai. Estaba acostada en la cucheta al otro lado del cuarto, sobre su estómago.

Tru'eb entró.

—No hay medpacs en el compartimiento delantero —dijo.

—Estás bromeando. Creí que acabamos de aprovisionarnos en… oh, aquí están.

Platt lanzó uno a Tru'eb.

—No quiero dormir —dijo Jai.

—Esta no es realmente una mezcla fuerte —le dijo Tru'eb, sentándose en el borde de su cucheta—. Está diseñada para eliminar al dolor mientras mejora la calidad del sueño. De esa manera tus heridas no interfieren con tus patrones normales de sueño. Lo que significa que es menos probable que tengas sueños vívidos.

—Oh. De acuerdo.

—Y escucha —dijo Platt—, esta no es una nave grande. Si necesitas cualquier cosa, presiona el botón verde en el costado de la cama. Sí, aquél. De acuerdo, Tru'eb y yo vamos a conseguir un poco descanso ¿Necesitan algo más?

—Deja las luces encendidas —dijo Jai.

Después de que Tru'eb y Platt se fueron, Harkness dijo:

—¿Qué harás cuando regreses?

—¿Estás bromeando? Acabo de insertar un planeta entero en la Nueva República. Tengo montones de papeleo que hacer.

—Eh. Déjalo. Haz que alguien más llene las formas.

—Sí. —Jai guardó silencio por un momento; entonces su voz pareció balbucear—. Cuando vuelva quizá le diga al general Madine qué puede hacer con esta asignación de Intel.

—Quizá deberías hacerlo.

—Quizá.

Harkness sintió el sedativo filtrarse en sus miembros, cálido y pesado. El cuarto pareció nublarse, con la misma niebla azul grisáceo que colgaba sobre el Valle de Umbra.

—¿Sargento?

—¿Sí?

—¿Alguna vez pensaste en convertirte en mercenaria?

—A veces —dijo ella. Entonces su voz pareció cobrar un poco de fuerza—. Sí, pienso que sería bastante agradable.

—Dijiste que no te importaba demasiado pelear por la Nueva República.

—¿Por qué? ¿Me estás proponiendo algo?

—Quizá.

Ella pareció dormirse después de eso. Harkness sintió el silencio tirando de él, pero parecía conducirlo a una cálida oscuridad, no a un pozo insondable.

Entonces el zumbido regresó.

Harkness se sobresaltó; sintió una oleada de consternación. Pero entonces se reclinó y cerró los ojos. No había sido una canción, o nada relacionado con Chessa. El zumbido era el sonido de los motores de la nave de Platt.

Al escondite hutt

8 años después de la batalla de Yavin

Chris Cassidy y Tish Pahl

Con un agradecimiento especial a Timothy Zahn

Fenig Nabon examinó el cielo buscando la nave que sabía estaba en su aproximación final. Pero, desde su posición junto a una ventana mugrienta, todo lo que veía era el torturado paisaje de Ryloth, vacío y desolado, extendiéndose en la oscuridad.

Deslizó su peso de un pie al otro. El movimiento traicionó su malestar y agitó polvo sofocante en el bochorno de la sala de control de puerto. Veterana de incontables puertos espaciales sórdidos, la contrabandista coreliana sabía que debería sentirse completamente en su elemento. En cambio, el trato a punto de firmarse dejaba a Fen con el estómago enfermo y tres preguntas no demasiado insignificantes. ¿Por qué estaba aquí cuándo podía haber estado haciendo una simple corrida de raava entre Socorro y Coruscant? ¿Por qué estaba su amada nave, la *Dama Estelar*, atracada a sistemas de distancia, en Nal Hutta? ¿Y cuándo, en más de veinte años de recorrer las estrellas, había perdido irrevocable e irrecuperablemente su cabeza?

Había una respuesta para todas esas preguntas: Ghitsa Dogder, su actual compañera de circunstancias. Mientras sentía otra gota de humedad trazar un camino tortuoso entre su viejo traje de vuelo y su espalda empapada de sudor, deseó por millonésima vez haber seguido su primer instinto dos años atrás y haber volado a la pequeña estafadora fuera de sus exagerados y poco prácticos zapatos de tacón alto. Realmente hubiera sido un acto de altruismo galáctico comparable con la destrucción de ambas Estrellas de la Muerte.

Entrecerrando los ojos, Fen vio finalmente un punto de luz moviéndose rápido. Se materializó en el carguero mediano pesadamente armado que ella y Ghitsa habían contratado para viajar a Nal Hutta. La nave se elevó y desapareció por encima para volar sobre el despeñadero que alojaba los laberintos del clan Twi'lek de Leb'Reen.

Siempre víctimas de piratas y saqueadores, los solitarios twi’leks no hacían fáciles ni siquiera los aterrizajes legítimos. Para acercarse a Leb'Reen, un piloto tenía que descender por una angosta fisura esculpida en la meseta para aparecer en la caverna de aterrizaje quinientos metros más abajo. Ásperos boquetes hechos por pilotos irrespetuosos marcaban los implacables muros de roca. Fen dudaba que la Mistryl que pilotaba la nave entrante cometiera los mismos errores.

Mistryl. Esas enigmáticas mujeres guerreras harían cosas desesperadas por su gente empobrecida. Y en un universo incierto, ponerse del lado equivocado de una Mistryl era una manera segura de encontrar un cierto, y completamente letal, final.

—Sería una pena si dañaran la nave —dijo una culta voz coruscantana.

Fen no se molestó en mirar a su diminuta socia.

—No lo harán. Shada D'ukal es una buena piloto.

—Un gran elogio viniendo de ti, Fen.

—Es un hecho. No dije que fuera una gran piloto.

—¿O tan buena como crees ser? —se burló Ghitsa suavemente.

Fen estaba demasiado tensa para discutir con ella.

—Te lo dije antes, estafar a un hutt es una mala idea; usar Mistryl para hacerlo es una muy mala idea.

—Que subestimación tan poco común para una coreliana —suspiró Ghitsa, acomodando un mechón de pelo rubio que se había atrevido a salir de su lugar—. Ya hemos discutido esto. Las Mistryl poseen una nobleza particular y deslustrada. Y… —frunció su cara perfectamente maquillada, concentrándose—, es probable que se identifiquen con el aparente aprieto de nuestra carga. No podríamos encontrar a nadie que sea tan predecible.

—También llevan armamento pesado, saben cómo usarlo, y no necesitan un bláster para causar daño permanente a un cuerpo.

—Un hutt es un blanco grande en una mira de bláster, y uno muy pequeño si tratas de estafarlo —respondió Ghitsa sin perturbarse.

Volvieron sus espaldas a la ventana cuando el murmullo de repulsores resonó en la caverna de aterrizaje detrás de ellas. Con un ruido, la nave irrumpió a través de la abertura del techo de la bahía de aterrizaje de Leb'Reen. Fen estudió atentamente su descenso con ojo profesional. *Cuidado con las turbulencias*, advirtió mentalmente al piloto, mientras la nave se sacudía hasta llegar a una parada final e inestable.

Las palabras decididas de su socia interrumpieron los pensamientos de Fen.

—Ultimaré los detalles con el clan Shak. —Mientras enderezaba las hombreras de su conjunto hecho a medida, Ghitsa notó el maltratado traje de vuelo de Fen y su cabello castaño recogido en una trenza descuidada—. ¿Siempre tienes que lucir como si te hubiera vestido un rancor?

Fen golpeó su cabeza con fingido horror.

—Y yo que siempre quise conseguir una cita con tus diseñadores.

Ghitsa giró sus ojos con divertido disgusto y, como siempre, hizo la última observación mordaz.

—Tienes tan pocas esperanzas como una causa Mistryl. —Girando sobre un tacón afilado y a la moda, se alejó.

***

Fen se ubicó de modo que la rampa de la nave se extendió para apoyarse junto a los dedos de sus pies. Desde abajo, investigó las dos Mistryl en la escotilla. Alta y no tan alta, oscura y clara, madura y joven, llevaban vibro-hojas, blásters y la confianza fácil de aquellos acostumbrados a usarlos.

—Shada, tuviste suerte de no perder tu deflector posterior cuando te atrapó esa turbulencia —dijo Fen, en su equivalente de «Bienvenidas a Ryloth».

—Es bueno verte también, Fenig —respondió la mayor de las Mistryl, sin perder la calma—. Lamento oír que la *Dama Estelar* está aun en el astillero. Trataremos de hacerte sentir lo más cómoda posible en *La Furia*.

Fen frunció el ceño. Shada sabía que nada era tan doloroso para un piloto que ser pasajero en la nave de otra persona.

—Tú me conoces, Shada. Estaré cómoda en cualquier lugar.

Shada descendió la rampa para pararse al lado de Fen. Fen intentó ignorar a la Mistryl más joven que la seguía.

—Nueva compañera, veo —farfulló a Shada.

—Dunc T'racen —se identificó la mujer más joven—. Y las Mistryl no nos referimos a las subordinadas como compañeras.

—Me disculpo —respondió Fen con voz monótona. Dunc llevaba su herencia Mistryl con orgullo, pero aún no tenía la tranquila competencia de Shada. Posiblemente una principiante, especuló—. Mi socia está ahí —continuó Fen, con una inclinación de cabeza—, acordando los detalles finales con el representante del clan Shak.

Al otro lado de la caverna de aterrizaje de Leb'Reen, vieron a Ghitsa en un serio intercambio con un twi'lek inmenso y embozado. De pronto, Ghitsa giró y se alejó trotando, tragada rápidamente por la oscuridad del puerto espacial. Con un latigazo de sus colas cefálicas, el twi'lek fue tras ella.

—¿Dónde está la carga? —preguntó Shada.

—¿Y de cuánto ryll estamos hablando? —añadió Dunc.

—¿Ryll? —se burló Fen—. ¿Quién dijo algo sobre ryll?

Un gesto fruncido arrugó la cara delicada de Dunc.

—Dado el coste de tu carga de Ryloth, supusimos que estabas transportando ryll kor para el uso de bacta.

Fen gruñó crudamente:

—Saltan valoramosa n telval mord.

—¿Qué se supone que…? —una señal sutil de la mano de Shada, y Dunc se tragó el resto de su pregunta.

—Es coreliano antiguo —dijo Shada, midiendo a Fen con una fría mirada—. Significa «asumir es el primer paso a una tumba poco profunda».

—Muy bien, Shada —respondió Fen, tratando de sonar casual e incluso un poco desdeñosa, una hazaña nada pequeña bajo esa mirada—. Pero habría esperado mejores habilidades lingüísticas entre sus jóvenes.

—No somos mercenarias —pronunció Dunc con la firmeza de alguien que aún cree en lo que le han dicho.

El sonido de tacones marcando un ritmo staccato en el piso de piedra las interrumpió. Ghitsa emergió de la penumbra de la bahía de aterrizaje; una por una, cinco mujeres twi'lek la siguieron. Sumisas, colas cefálicas fláccidas, llevando al hombro un pesado paquete, las twi'leks se adelantaron, como unidas a una cadena, una tras otra.

—¿Estás transportando mujeres twi'lek? —Shada se acercó, su sola presencia física obligando a Fen a retroceder un paso—. ¿A Nal Hutta? —añadió, su voz enfriándose más aun.

—Tengo un contrato, ejecutado por sus líderes, que garantiza nuestro viaje al planeta de los hutts —dijo Fen, tratando otra vez de conseguir sonar casual. Extrajo su datapad de su bolsillo, cuidándose de mantener sus movimientos lentos y no amenazantes.

—Damas, ¿hay algún problema? —preguntó Ghitsa afablemente.

Shada la ignoró.

—Sabes que no transportamos esclavos —dijo glacialmente, sus ojos aun fijos en Fen. Lanzó una mirada furiosa a las twi'leks que se acercaban, que comprendieron la señal y se detuvieron.

Ghitsa extendió su mano; Fen puso el datapad en su palma sin palabras.

—Eres Shada D'ukal, ¿no? Conforme con nuestro acuerdo, las Mistryl están obligadas a proveer pasaje de Leb'Reen a Nal Hutta a mí, mi colega, y nuestra carga. —Sus brazaletes intrincadamente forjados repiquetearon contra el visor—. Tarifa de veinte mil, depósito no reembolsable de cinco mil, contrato nulo si se hace en ayuda del antiguo Imperio…

—Las Mistryl no entregarán a nadie en esclavitud —dijo Dunc, mordaz.

Ghitsa le dirigió una mirada torcida y reptiliana a Dunc antes de regresar su atención a Shada.

—Por supuesto, no estarías trabajando con esclavos. La esclavitud es ilegal según la resolución 54.325 del Senado de la Nueva República. —Manipuló el pad hábilmente otra vez—. Éste es mi contrato con Brin'shak, el agente de talentos twi'lek. Está proveyendo los servicios de una compañía de baile twi'lek a Durga el hutt. Durga les pagará a esas bailarinas.

Shada cambió su mirada evaluadora a Ghitsa. No era que la diminuta timadora requiriera tanta evaluación.

—Seguro lo hará —dijo la Mistryl, y su tono indicaba claramente cuanto creía eso.

Ghitsa le ofreció el datapad.

—Y les pagará muy bien. Datapágina ocho, párrafo doce.

Shada tomó el pad y examinó la anotación de contrato. No satisfecha, se desplazó a través del documento de principio a fin. Dunc, en tributo a su entrenamiento, permaneció alertamente silenciosa.

Los segundos parecieron alargarse hasta la eternidad antes de que Shada finalmente alzara la vista.

—De acuerdo con esto, el ochenta por ciento del sueldo de las bailarinas vuelve al clan Shak —señaló.

—El método de compensación twi'lek no es de tu incumbencia, Shada —dijo Ghitsa altivamente—. Y si te retractas ahora, perderás el depósito, el contrato, y pagarás una multa de diez mil.

Fen se crispó en su interior. Correcto, esa era la palanca correcta para mover a las empobrecidas Mistryl. Y Ghitsa había hecho su usual trabajo experto tirando de ella.

Shada no reaccionó, al menos visiblemente. Su compañera más joven, sin embargo, no era tan buena.

—Shada, no podemos ser parte de esto. —Dunc instó en voz baja—. No con la conciencia tranquila.

—¿Conciencia? —preguntó Ghitsa suavemente.

Fen no pudo dejar pasar eso sin intervenir.

—¿Necesitas buscar la palabra, Ghitsa?

Ghitsa agitó una mano dorada.

—No, Fen. Tengo una familiaridad pasajera con el suntuoso fenómeno conocido como conciencia. Aun así, si esta conversación va a desplazarse hacia la ética, podría señalar que nuestras asalariadas no deberían estar tratando de renegociar un acuerdo ejecutado por sus líderes.

—El contrato parece ser legítimo y legal. —Shada arrojó el pad a Ghitsa—. Pero por supuesto todos sabemos lo que valen las apariencias. Así que iré a hablar con Brin'shak y tus supuestas bailarinas. Si muestran cualquier señal de coerción, el trato se acaba. Punto.

Shada le dirigió a Ghitsa una sonrisa que no llegó a sus ojos.

—Supongo que también podría amenazar con informar sobre tus actividades a cada organismo encargado del cumplimiento de la ley del que alguna vez has oído hablar, y a otros que no. Pero no me molestaré. Solo mencionaré que estarás en problemas con nosotros. Serios problemas.

Miró a cada una por turno, como desafiándolas a protestar.

—Y si todo el asunto es legítimo, pagarás treinta y dos mil, no veinte —agregó—. O puedes retractarte ahora, nos vamos, y el contrato es nulo. Tú eliges.

—No hay problema —dijo Ghitsa con ligereza, agitando su mano hacia las twi'leks que aun esperaban silenciosamente a un lado—. Satisfácete tanto como sea necesario. No tenemos nada que esconder.

Sí tenemos, pensó Fen torvamente. *Sí que tenemos*.

***

—¿Realmente tenías que decir que las twi'leks, ya que están entrenadas para soportar el dolor físico, podían ir zarandeándose en la bodega de carga? —gruñó Fen, sujetándose para el viaje inminente. Su socia había pasado rápidamente a la Fase Dos de su plan y estaba determinada a hacer que las ahora involucradas Mistryl lamentaran el día en que habían pactado con Ghitsa y Fen.

—Comprendo la sabiduría de las sujeciones de asiento —reconoció Ghitsa, luchando para meter sus hombreras en un asiento de pasajero en la cabina principal de *La Furia*—.

Ninguna de ellas ha estado fuera del planeta antes. No queremos que entren en pánico y se lastimen.

—Por supuesto que no —dijo Fen—. A propósito, la próxima vez que tengas el impulso de parlotear sobre como se devalúa una bailarina lastimada, no lo hagas cuando la mano de Dunc esté cerca de un bláster opositor o espera hasta que yo no esté por allí. ¿Está bien?

—Dado lo que hemos oído de su destreza de combate sin armas, un bláster supondría poca diferencia a una Mistryl motivada —señaló Ghitsa.

Fen se tragó su réplica, prefiriendo en cambio saborear la familiar emoción de una nave despegando. Sintió cada cabeceo y balanceo mientras *La Furia* luchaba con las turbulencias de la caverna de Leb'Reen, sólo para emerger en el viento abrasador y la arena torrencial de la brutal atmósfera baja de Ryloth. Fen contó los minutos del paseo salvaje con ansiosa expectación.

En cuanto la nave saltó al hiperespacio, Fen se liberó de los arneses del asiento. Se puso de pie con una gracia nacida de miles de horas de vuelo mientras Ghitsa aún forcejeaba con los broches de sus restricciones. Mientras sus ojos se dirigían hacia el sinuoso pasaje que llevaba hacia adelante, Ghitsa murmuró:

—Ve a ver a las twi'leks.

Cuando su socia regresó, Ghitsa estaba arrellanada en el asiento más confortable de la cabina, limando una perfecta uña rosada. Fen respondió a la pregunta tácita de Ghitsa:

—Están bien. —Fen volvió su atención a la estación de cómputos de la cabina, preguntándose si todo estaría codificado.

Un momento después, Shada y Dunc aparecieron en la cabina, sin que el más leve sonido advirtiera su llegada. Saludando con un cabeceo, Fen empezó su cuenta regresiva mental. Llegó a tres —un nuevo record galáctico— antes de que Ghitsa hiciera la pregunta inevitable:

—Así que, ¿qué grabaciones de holovid recientes tienen?

—No estamos aquí para entretenerte —dijo Dunc desdeñosamente.

Shada se apoyó contra el mamparo, cruzando una pierna sobre la otra. Desde esa posición, notó Fen, era capaz de observar tanto el incipiente altercado como el puntaje del juego de combate de Fen.

—Vamos, lo último que escuchamos fue que la princesa Leia había sido raptada por ese contrabandista bribón. —Ghitsa se puso de pie, y cruzó la cabina hacia una pequeña grabadora de holovid. Revolviendo los discos catalogados, Ghitsa preguntó con un mohín—. ¿No tienes algo más reciente? —extrajo un disco de un bolsillo—. Qué suerte que compré las dos últimas semanas de descargas de la *Gacetilla Diaria de Coruscant* antes de que partiéramos.

El viaje había tomado un horroroso giro en mala dirección. Las Mistryl exigirían concesiones de combate.

—¿Ya controlaste a tus pasajeras? —preguntó Shada.

—¿La carga? —preguntó Ghitsa con ligereza—. ¿Por qué?

Shada envió una fría mirada en su dirección, luego giró sin una palabra y dejó la cabina.

—Qué humanitaria —comentó Ghitsa, alzando la voz lo suficiente—. Para una mercenaria…

Una molesta música electrónica interrumpió cualquier réplica.

—Ah, allí vamos. —Ghitsa se pavoneó hacia el otro lado de la cabina, forzando a Dunc a apartarse ligeramente de su camino—. Confieso que soy una telespectadora ávida del Palacio Imperial —declaró.

La imagen de un hombre apareció en la pantalla.

«Bienvenidos a la *Gacetilla Diaria de Coruscant*. La historia principal de hoy, el dramático rapto de la princesa Leia Organa por su antiguo amor, Han Solo».

—El blanco simplemente no es su color —parloteó Ghitsa.

Dunc arrojó a Ghitsa una mirada de obvio desdén mientras el video hablaba con monotonía.

«Y ahora el hermano de Organa, el caballero Jedi Luke Skywalker, y el audaz príncipe hapaniano han ido en busca de la princesa errante».

—Nunca los encontrará —declaró Fen—. No tiene oportunidad.

—Por supuesto que lo hará —contestó Dunc, claramente atraída a la conversación a su pesar—. Un caballero Jedi usando la Fuerza…

—Fuerza, mi bláster —replicó Fen, tirando de un hilo suelto en su traje de vuelo—. Es solo un muchacho granjero salido de un tazón de polvo.

—Un granjero muy afortunado —murmuró Ghitsa—. Desearía haber tomado esas probabilidades sobre la segunda Estrella de la Muerte…

—Yo diría que Skywalker tiene más oportunidad que nadie de encontrar a su hermana —intervino Shada.

Fen ni siquiera la había escuchado regresar de la bodega de carga.

—A menos que su señoría no quiera ser encontrada —dijo desdeñosamente la contrabandista.

Todas se sobresaltaron ante el fuerte estallido de risa de Ghitsa.

—¿Por qué no lo querría, Fen? No todas están tan enamoradas del astral general Solo como tú.

Fen se tensó involuntariamente.

—¿Yo, enamorada? Ya le gustaría.

—¿Por eso es que aún hay una litera del tamaño de un wookiee en la *Dama Estelar*?

—Sabes que hice instalar esa litera especialmente para acomodar tus hombreras, Ghitsa. —Fen se deslizó de su asiento—. Voy a revisar la carga, para asegurarme de que no están dañadas.

—Acabo de verificarlo —le dijo Shada—. Están bien.

—Me complace escucharlo —dijo Fen brevemente—. No te molesta si miro por mí misma, ¿verdad?

Fen se dirigió fuera de la línea de fuego verbal de Ghitsa. Merodeando por el pasaje, tomó un giro, se detuvo ante la placa que ocultaba el generador de escudos. Abrió rápidamente el panel, sacó una multiherramienta de su bolsillo, y esperó a que Shada llegara.

No tuvo que esperar mucho tiempo.

—No creo que encuentres a las twi'leks ahí —dijo la voz calma de la Mistryl.

—¿No? Basura Sith. —Fen miró la matriz de deflector—. Debo haber dado una vuelta equivocada.

—También debes sentirte particularmente intrépida hoy —advirtió Shada.

—Ah, vamos, Shada. Sabes que sé lo que estoy haciendo.

—Quizás. —Shada arqueó una ceja—. Por otro lado, ¿tú me permitirías que yo anduviera hurgando la *Dama Estelar*?

—No mientras estuviera completamente consciente —reconoció Fen, guardando la herramienta—. Bien. Revisa tú los escudos posteriores.

Shada caminó hasta el muro y presionó un botón. Un panel oculto se abrió deslizándose junto al codo de Fen, exponiendo una hilera de herramientas. Apartando con un gesto a Fen fuera del camino, seleccionó un escáner y una punta sensora y se puso a trabajar.

—Entonces, dime Fen —dijo—. ¿Qué está ocurriendo aquí?

—Debería ser obvio —dijo Fen, estirando el cuello para ver por sobre el hombro de Shada—. Con esa turbulencia azotando la nave y el brusco viaje de salida, pensé que el escudo probablemente se había debilitado aquí atrás.

—No me refería a eso.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Fen, tratando de parecer inocente y astuta a vez.

Shada alzó la vista hacia ella.

—Quiero decir qué estás haciendo con… —pareció luchar buscando la palabra apropiada, y finalmente se dio por vencida—. Ella.

—¿Ghitsa? —rió Fen—. No es mala con un datapad, y puede cocinar.

—Y tiene coruscantana imperial estampado por todas partes —dijo Shada francamente—. ¿Qué sabes en verdad sobre ella?

—Probablemente no más que tú —contestó Fen—. Vamos, Shada. Sé que las Mistryl la tienen identificada. Su entrada está probablemente justo al lado de la mía en la categoría «útil pero poco fiable».

—Sin embargo, ella no es Jett, ¿o sí? —Shada observó en voz baja, la pregunta en realidad era una afirmación.

Un silencio espeso y tenso colgó en el aire.

—Ése es el punto —respondió Fen finalmente, su voz muerta.

Las siguientes palabras de Shada fueron cuidadosas, como un escultor tallando suavemente un bloque de piedra caliza.

—Jett Nabon era un hombre de gran compasión.

—Y mira lo que consiguió —replicó Fen—. Morir en el suelo de una cantina de Ord Mantell, con un grupo de borrachos caminando sobre su cadáver por la última llamada en el bar. Podría haber vivido si alguien se hubiera molestado en sacar la vibro-hoja de su garganta, pero nadie le mostró ninguna *compasión*.

—Su compasión también trajo el comercio a las Mistryl cuando casi nadie más lo haría —continuó Shada, haciendo caso omiso del arrebato—. Pienso que es por eso que las Once estuvieron de acuerdo con este contrato contigo, a pesar de sus recelos sobre tu socia. Porque honramos su memoria.

—Y mira lo que conseguiste. —Fen señaló por sobre el hombro de Shada en uno de las varas de flujo—. Asegúrate de ajustar ese —dijo—. Puede soltarse a veces.

—Ya lo hice. —Shada recogió el panel y lo puso en su lugar antes de hablar otra vez—. La misma compasión obligó a Jett a sacar una joven carterista abandonada de las calles de Coronet y adoptarla como su hija.

—Supongo que podrías decir que ese fue otro de sus errores, ¿eh?

En silencio, Shada devolvió las herramientas a su caja en el muro. También en silencio se dirigió hacia delante, dejando a Fen sola con sus recuerdos.

***

Desde Leb'Reen, Fen no pudo evitar maravillarse de cómo Ghitsa se las arreglaba para meter la palabra «mercenario» o «imperial» en cada conversación con Dunc que duraba más de dos oraciones. Mantenía la conversación entretenida y mucho más peligrosa de lo que Fen hubiera preferido normalmente.

Ella y Ghitsa estaba esperando en la cabina. Dunc y Shada estaban adelante para su primer corrección de curso. El ansia de estar en la cabina de piloto se volvió un dolor constante cuando Fen sintió el salto de la nave al espacio normal. Precisamente cuando pensaba que todo el proceso estaba tardando un poco demasiado, la voz de Shada llamó por el comunicador.

—Fen, ven aquí.

Ella estaba fuera de su asiento y a medio camino por el pasaje antes de que Ghitsa la alcanzara.

Mientras se introducían en la cabina de piloto, Shada se volvió en la silla del piloto.

—Quiero tu opinión sobre algo que reveló el rastreo de sensores.

A pocos grados de la proa, un cilindro de metal giraba perezosamente sobre un eje. Una antena sobresalía de su parte superior. *Maldición*, juró Fen en silencio. El viaje acababa de volverse mucho más interesante.

Shada las estaba observando atentamente.

—Parece una boya de relevo —dijo—. Aparentemente, está recogiendo las firmas de las naves que se dejan caer aquí.

—Vuélala —dijo Fen secamente.

Shada ya estaba moviendo la batería de rayos láser de *La Furia* para apuntar a la boya.

—Sí. Pienso hacerlo.

—Aunque probablemente ya es demasiado tarde —opinó Ghitsa mientras se sentaba en el asiento trasero de la cabina de piloto—. Quien sea que puso eso aquí pronto sabrá que estamos aquí y hacia donde nos dirigimos.

—¿A quién le importaría? —desafió Dunc.

Por una vez, Ghitsa la favoreció con una respuesta clara.

—A cualquiera interesado en lo que se transporta por las rutas hiperespaciales contrabandistas entre Ryloth y Nal Hutta.

—Piratas de ryll —dijo Shada, haciendo del nombre una maldición.

—O peor —dijo Fen.

Shada movió hábilmente la mira en su consola. Un puñetazo seguro y la boya estalló, por un instante una flor encendida naranja brillante sobre el lienzo del espacio.

—¿Tienes algún «peor» particular en mente, Fen? —preguntó Shada.

—La Cooperativa de Esclavistas de Karazak viene a la mente —dijo Ghitsa con gravedad—. La CEK acostumbraba a emboscar naves a lo largo de esta línea buscando twi'leks para vender.

—Cualquiera que haga este recorrido sabe que una nave de Ryloth cambiará de curso aquí —añadió Fen.

—Usualmente para un salto al cúmulo de Naps Fral… Y luego fijar allí el salto final a Nal Hutta —concluyó Shada por ella—. Lo que quiere decir que una boya de relevo aquí implica una trampa esperando en Naps Fral.

Ghitsa asintió.

—Hubo un tiempo en que el CEK era muy activo en esta ruta. Jabba lo paró porque pensaba que demasiados esclavos valiosos estaban muriendo en las emboscadas.

Shada las miró a ambas, sus ojos oscuros pensativos. Dunc podía aprender mucho de esa sagaz y tranquila seguridad, pensó Fen. Probablemente era por eso que la Mistryl más joven había sido emparejada con Shada para empezar.

—Jabba murió hace cuatro años —señaló Shada—. ¿Estaban esperando que la CEK hubiera regresado a este lugar desde entonces?

—Teníamos razones para querer contratar Mistryl —respondió Fen sinceramente—. La posibilidad de que la CEK hubiera regresado era una de ellas.

Regresando a su consola, Shada apuntó *La Furia* en dirección al cúmulo de Naps Fral.

—Bien, ya no hay vuelta atrás —dijo simplemente—. Parece que después de todo, podrías obtener el valor de tu dinero.

***

—¡No! —protestó Ghitsa dando un taconazo con su bota lustrosa—. Voy a viajar adelante. Soy una copiloto perfectamente capaz…

—¿Olvidaste tomar tu medicamento contra las alucinaciones? —arrulló Fen, apartándola mientras se dirigía a un asiento en la cabina de piloto.

Desde el último cambio de curso, Ghitsa había machacado incesantemente con que quería estar en la cabina de piloto cuando salieran en el cúmulo de Naps Fral. Ahora cerró sus manos en puños diminutos, recordándole a Fen un bebé sumamente caprichoso.

—Puede quedarse —dijo Shada con calma mientras se deslizaba en la silla del piloto. Ghitsa sonrío como un niño al que le regalan un dulce espacial—. Sin embargo —añadió Shada en el mismo tono—, si dice o hace algo para molestarme o distraernos, la destrozaré.

—A menos que yo me adelante —añadió Dunc, sus ojos en las lecturas del monitor.

—Te doy unos mil si me dejas hacerlo —ofreció Fen.

—Yo *también* puedo volar —estableció Ghitsa para el registro oficial, cayendo en su duramente ganado asiento.

—Claro que puedes, Ghits —se burló Fen—. ¿Cómo aquella vez que tus coordenadas de navegación nos habrían metido en el sol de Corellia?

—Solo habríamos rozado la corona —dijo Ghitsa a la defensiva.

—¿O la vez que estabas disparándole al polvo porque pensaste que estaba agotando los escudos?

—*Estaba* agotando los escudos.

—¡Era *polvo*! Disparando al polvo solo provocarás *más polvo*.

—Terminen con eso, las dos. —Shada interrumpió la creciente discusión—. Tenemos trabajo que hacer.

Ghitsa se ofendió, pero guardó silencio.

—Perdón —dijo Fen.

—Como yo lo veo, en el peor de los casos encontraremos una armada esperándonos cuando entremos —continuó Shada—. Pueden tratar de golpear los motores con disparos quirúrgicos de turboláser; más probablemente, tendrán un cañón de ión pesado listo para desactivarnos por saturación.

—Después de eso nos abordarán, tomarán a las twi'leks y nos matarán —asintió Fen—. Lo que significa que intentarán estar justo enfrente de nosotros o alineados con nuestro probable vector de salida.

—Esa es mi interpretación, también —respondió Shada—. Así que nuestra obvia respuesta es simplemente llegar dos o tres segundos temprano.

Fen tragó saliva mientras extraía un mapa del sistema de Naps Fral. La mayoría de las coordenadas de entrada al hiperespacio tenían incorporadas «zonas de seguridad» de un segundo o dos. Los pilotos dentro del sistema sabían que debían mantenerse fuera de las zonas para evitar que una nave entrara al espacio real encima de ellos. Estudiando el mapa, Fen se dio cuenta de que Shada, una vez más, había hecho su tarea. Tres segundos

pondrían la nave precisamente fuera de la zona, probablemente no demasiado cerca de algo letal. *Probablemente. Esperanzadamente.*

Ghitsa claramente estaba pensando lo mismo.

—Alterar tu punto de entrada hiperespacial no es… ¿Peligroso? —preguntó en voz baja.

—Mucho —dijo Dunc distraídamente.

—Definitivamente es una maniobra que trae en la caja una advertencia que dice «¡No intente esto en su casa!» —dijo Fen, forzando una broma.

—Estén preparadas, todas —dijo Shada—. A mi señal. Quince, catorce…

A los cinco segundos, apretó su mano sobre las palancas, y las líneas de las estrellas se fundieron formando el lechoso cúmulo de Naps Fral.

Un destello del fuego iónico azul corto por su arco, la alarma de proximidad repicó, y Shada giró *La Furia* en dirección a la amenaza. En el lapso de tiempo que le tomó a los sensores decirle lo que había tratado de pegarles, Fen buscó y apagó las alarmas, preguntándose por qué alguien siquiera se preocupaba con esas prijgin cosas. Si las necesitabas, ya estabas muerto en el espacio de todos modos.

—Nave clase Kuat *Firespray* —anunció a través de dientes apretados.

—Cambiando —dijo Dunc, con voz ilógicamente calma. *La Furia* se agitó mientras un par de misiles de impacto ardían en dirección a su comité de bienvenida.

—Fen, fíjate qué sabe la computadora sobre Firesprays —ordenó Shada.

—Bien.

La Furia se sacudió hacia babor, luego rodó a estribor mientras Shada rebotaba entre los estallidos de la energía iónica.

Junto al codo de Fen, el visor de la computadora empezó a vomitar información técnica.

—La computadora dice que este modelo tiene un punto débil en el escudo de babor —gritó Fen—. Justo bajo la aleta estabilizadora.

—Maldición —farfulló Dunc—. ¿Sabías que llegaríamos a su estribor?

Shada empujó el acelerador. Aun esquivando los estallidos del fuego iónico, se abalanzó directo sobre la nave atacante. A último momento, tiró del timón, llevando *La Furia* bajo el vientre del Firespray. Hubo un horrible estallido de descarga iónica y un bandazo…

—¿Qué significa esa luz roja? —preguntó Ghitsa, señalando con el dedo sobre el hombro de Fen.

Fen apartó el brazo rígido de la otra lejos de su cara.

—Significa que estamos mal —replicó—. Sufrimos un golpe a ese escudo débil de popa —añadió para el beneficio de las otras—. Otro disparo y estaremos en un aprieto.

—No tendrán la oportunidad. —Shada rechinó mientras se apartaba rápidamente del Firespray. Tirando del acelerador, invirtió bruscamente el propulsor delantero, y volvió a dar vuelta a *La Furia*. La aleta izquierda del Firespray apareció ante ellas como por arte de magia, sobresaliendo de la nave, pequeña y vulnerable—. ¿Dunc?

—Lo tengo —dijo Dunc. Sus dedos volaron sobre la consola mientras rastreaba el estremecido Firespray y, por el sonido, vaciaba una carga completa sobre su aleta izquierda.

El escudo del Firespray se rizó con la fuerza de las explosiones, y el plasma disminuyó y fluyó por el casco de la nave como un río inundado. Dunc dejó volar otro aluvión, y esta vez los misiles perforaron el escudo debilitado de la otra nave. El fuego estalló en la nave, quemando su armadura. Las placas empezaron a desprenderse del casco como un reptil cambiando su piel.

Dunc se movió hacia los pesados turboláser. Los abrasadores lásers esculpieron a través del vacilante escudo del Firespray, bombardeando la nave en diagonal. Dos explosiones, una en el cañón y la otra cerca del reactor, y el Firespray, fiel a su nombre, estalló en una breve lluvia de llamas blancas, amarillas, y rojas.

Por un momento todas guardaron silencio.

—Bueno —dijo Shada al fin, su voz tan calma como siempre—. Parece que eso fue todo. Bien hecho, ambas.

—No fue una mala muestra de pilotaje, Shada —reconoció Fen, tratando de recuperar el aliento y preguntándose por qué estaba tan agitada—. Aunque por supuesto yo lo habría hecho sin perder ese escudo de popa.

Para sorpresa de Fen, Shada se rió.

—Fen, debes ser la piloto más arrogante de la galaxia. ¿Quieres ver si la computadora fue capaz de extraer una identificación antes de que lo voláramos al próximo sector?

—Déjame ver —dijo Fen, tecleando en la computadora. Un nombre surgió—. Sorpresa, sorpresa —farfulló con disgusto—. Era el *Contrato*.

—Bueno, bueno —murmuró Ghitsa.

Shada y Dunc intercambiaron miradas.

—Explícate —dijo Shada.

—Necesitas salir más —dijo Fen amargamente—, si no has oído sobre el *Contrato*.

—Las Mystril no se mueven en los mismos círculos eminentes que nosotros, Fen —la increpó Ghitsa, regresando a su tono acostumbrado de superioridad.

—Y no puedes imaginar lo contentas que estamos por eso —replicó Shada—. ¿Fen?

—Esa nave ha tenido más nombres y claves de identificación que verrugas un gamorreano —dijo Fen—. Lo último que supe, fue que estaba viajando como *Salvación*, haciendo ataques rápidos para los karazaks en el borde.

—Los Firesprays son usados principalmente por las fuerzas de seguridad —añadió Ghitsa—. Tengo entendido que Krassis Trelix aprecia la ironía de usar ese tipo de nave para traficar esclavos.

—¿Y quién es Krassis Trelix? —Shada gesticuló hacia la aun encendida nube de polvo—. Lo siento: ¿quién era?

—El coordinador de logística de Karazak —explicó Ghitsa—. Una persona muy molesta, incluso para ser un contrabandista.

—No podría haber sido un muchacho más agradable —añadió Fen. Shada asintió con la cabeza con comprensión, y tal vez satisfacción, también, pensó Fen.

—Dunc, consigue esas coordenadas —dijo Shada—. Próxima parada, Nal Hutta.

***

Fen lavó la ansiedad de la lucha de su cuerpo. El agua era plana y reciclada, cayendo sobre ella como una limpieza ritual que en realidad no era más que un baño tibio con esponja. Dejó que su cabeza cayera hacia delante, y se reclinó contra la pared, tomando una respiración profunda.

El encuentro con el CEK no había sido completamente inesperado. Había sido un golpe de suerte en algunos sentidos, y un desastre en otros. Ella había hecho su parte. Ahora dependía de Ghitsa sacarlas de este embrollo en progreso.

Poniéndose otro gastado traje de vuelo, pasó un peine por su pelo mojado, alisándolo hacia atrás en lo que Jett había llamado su look de rata flagelante ahogada. Habiendo estado en Mos Eisley numerosas veces cuando tenía quince, había descubierto hacía tiempo que lujo tan raro era allí el agua. Su padre adoptivo había reído hasta que las lágrimas corrieron por su cara cuando ella le había explicado que, en el desierto de Tatooine, el agua era demasiado preciada para ser malgastada ahogando roedores. Solo después había comprendido que ése había sido su punto. Rápidamente controló la pequeña sonrisa que amenazaba curvar sus labios.

En la entrada de la cabina se detuvo, observando la escena.

Dunc estaba sentada a horcajadas en una silla, mirando a Ghitsa sentada cerca del fondo aplicándose remilgadamente una nueva capa de esmalte de uñas. El omnipresente holovisor zumbaba suavemente en el fondo.

Fen se dirigió de vuelta a la terminal de la computadora. Con Dunc distraída y Shada atendiendo los escudos, era un buen momento para completar un cierto asunto aún pendiente en su lista de tareas.

Las primeras dieciocho veces que Shada la había sorprendido, Fen había parecido no estar haciendo más que jugar simulaciones de lucha. Shada tenía sus sospechas, pero, como cada mujer en esa nave sabía, había una galaxia de diferencia entre hacer algo y ser descubierto haciéndolo.

Ghitsa aplicó delicadamente una franja de rojo vibrante para reemplazar el rosa que adornaba la punta de sus dedos. Dunc mirada con sospechosa fascinación.

—¿Por qué estás usando un color tan obvio? —preguntó.

—*Ohta su marvalic plesodoro* —respondió Ghitsa.

—¿Qué significa? —replicó Dunc.

—Huttés —dijo Fen—. Déjalos maravillarse ante nuestro esplendor.

—Era una de las frases favoritas de Jabba. —Extendiendo su mano, Ghitsa admiró el brillante tono rojo—. Jabba comprendía la importancia de hacer alarde de prosperidad

para demostrar su poder. Dado que las Mistryl no tienen nada, eso es algo que tú no puedes comprender.

Ghitsa no estaba perdiendo el tiempo, en verdad. Fen se acomodó sutilmente para tener un acceso más fácil a su bláster, preguntándose si colocado en aturdir detendría a una Mistryl realmente enfurecida.

Pero Dunc simplemente arqueó una ceja, el mismo gesto que Fen había visto a Shada usar de vez en cuando.

—Pareces saber mucho sobre hutts —dijo—. Uno podría preguntarse cómo ocurrió eso.

—Ah, no pienso que tú te estés preguntando en absoluto —dijo Ghitsa con una sonrisa petulante y malvada—. Seguramente has leído el informe Mystril sobre mí.

—¿Qué informe? —preguntó Dunc. *Un tanto para Ghitsa*, pensó Fen. Aunque la piel clara de Dunc probablemente siempre revelaría las tensiones más leves, la joven Mistryl iba a tener que aprender a mentir mejor. Tendría que recordar mencionárselo a Shada… desde una distancia de un par de años luz.

Ghitsa obviamente también había notado la reacción.

—Ah, vamos, Dunc. El noble y querido difunto compañero de Fen trató con las Mistryl por años. Al igual que Fen. —Su índice se unió con la uña de su pulgar, ambos pintados de rojo—. Entonces, ¿qué dice?

—¿Por qué no me lo dices? —sugirió Dunc, con voz oscura.

—Si insistes —suspiró Ghitsa con irritación—. Entre otras cosas, dice que soy una consejera hutt. ¿Comprendes lo que significa?

La boca de Dunc se torció con desprecio.

—Quiere decir que estás autorizada por uno o más hutts para dirigir negocios en su nombre —dijo—. Como este contrato de bailarinas entre Durga y Brin'shak.

—Una buena respuesta estándar del texto, guardia de las sombras —dijo Ghitsa con aprobación—. Pero no roza siquiera la superficie. ¿Te digo qué representa realmente ser un consejero hutt?

Dunc asintió con su cabeza ligeramente hacia un lado.

—Soy toda oídos.

—Los clanes hutts nombran consejeros que dirijan sus empresas —dijo Ghitsa—. La destreza y la lealtad requeridas para manejar sus complicadas argucias, sumado a la propia longevidad de un hutt, dicta que los consejeros permanezcan en una sola unidad, preferentemente una familia. Los Dogders han organizado la infiltración hutt en negocios de los mundos del Núcleo por más de ciento cincuenta años.

Fen levantó un ojo de la pantalla. Esto era nuevo para ella también, si era verdad.

—Ya veo —dijo Dunc con voz fría—. Qué espléndida y honorable historia familiar tienes.

—No necesito justificarme ante ti —dijo Ghitsa altivamente—. Mis motivos, y los de mis jefes de clan, deberían ser perfectamente comprensibles para ti. —Su mano izquierda totalmente pintada, cambió el pincel de derecha a izquierda y empezó a pintar de rojo sus

uñas derechas—. Dinero, ganancia, seguridad, cosas que incluso las Mistryl deben comprender.

Dunc resopló.

—Excepto que nuestros principios no están en venta al mejor postor.

—Pero ésa es la ironía de todo esto. Sí están en venta. Han sido vendidos, tú has sido vendida, de la misma manera que cualquier chuchería barata. —Ghitsa rió con alegre desprecio—. ¿Realmente piensas que las Mistryl son inmunes porque no tratan con antiguos imperiales, se rehúsan a participar en acciones patentemente ilegales, y cobran más por aquellas cuestionables?

Bajo la terminal, Fen deslizó su mano despacio y en silencio y liberó el seguro del bláster en su cadera. No tenía idea de cuanto era puro show y cuánto verdad distorsionada. Lo que sabía era que Ghitsa estaba tratando de empujar a la joven Mistryl a un punto de explosión. Y que podría tener éxito.

—Con todas tus exaltadas justificaciones de salvar a tu gente desesperada —continuó Ghitsa—, estás entregando las twi’leks a una vida de servidumbre y muerte tan indudablemente como cualquier traficante de esclavos de Karazak.

Despacio, deliberadamente, Dunc se desenrolló de su silla y caminó hacia la mesa, su rostro calmo y mortal. Fen sujetó el mango de su bláster, pero Dunc no hizo ningún movimiento en contra de su socia aparte de cernirse sobre ella como una nube de tormenta.

—El contrato dijo que estaban siendo pagadas, hutt. —Dunc escupió la palabra convirtiéndola en una maldición—. Dijiste que no eran esclavas. Le mentiste a las Mistryl.

Ghitsa levantó sus ojos hacia Dunc.

—No mentí. Serán pagadas. Y luego se les cobrará: trajes, pensión, habitación, y expensas. En algún momento, quizás puedan haber ahorrado lo suficiente para comprar sus contratos. Sin embargo, como la mortalidad twi'lek ronda cerca del setenta por ciento, Durga retiene una suma adicional para cubrir el costo de una mortaja de entierro.

—Shada le preguntó a Brin'shak —siseó Dunc—. Le preguntó a cada una de las twi'leks si querían ir.

Ghitsa extendió sus manos, admirando su trabajo.

—En una manera excepcionalmente twi’lek, esas bailarinas van realmente por su propia voluntad. Saben que algunas twi'leks deben terminar en los salones del trono de los hutts. Es el precio del que todos pagan por su falta de poder. Un agente comercial de los hutts se encargará de que el clan sea compensado. La alternativa son incursiones indiscriminadas de esclavistas karazak sobre sus enclaves.

El labio de Dunc se retorció.

—Había oído que los twi'leks venden a algunos de ellos para comprar una paz mayor para todos —reconoció de mala gana—. Pero tú lo haces sonar como si tu altruismo impidiera que los karazaks saquearan Ryloth.

—*Nuestro* altruismo. Dunc, estamos todas juntas en esto, sabes. —Ghitsa sopló ligeramente en sus garras perfectamente marcadas—. Yo aconsejé a Durga que era más eficaz ir por esta ruta, en vez de contratar a los karazaks. El CEK es costoso y sus esclavos tienden a ser de mala calidad. —Empezó a tapar la botella pequeña—. Como yo lo veo, los hutts compraron la moral Mistryl por treinta y dos mil. Los karazaks habrían exigido al menos cuarenta y cinco mil. Pero claro, ellos no están tan desesperados como las Mistryl.

Fen se encogió ante el ataque de Ghitsa. Perfectamente habilidosa con el lenguaje del comercio, era la versión humanoide del repugnante exceso hutt.

Y había funcionado, perfectamente. Dunc se inclinaba sobre ella, su color elevándose, la ebullición lenta de burlas e insultos burbujeando, amenazando con encender el fuego debajo. Ella se movió, quizás a punto de ir por un arma, quizás sólo para tomar a Ghitsa y arrojarla físicamente al otro lado de la cabina…

—Dunc, *in aiente,* —vino una calma orden desde la puerta.

Fen dio un salto. Ghitsa ni siquiera tembló.

—Hola, Shada —la timadora gorjeó inocentemente—. ¿Cuánto tiempo has estado parada allí?

—El suficiente —dijo Shada, sus ojos en Dunc—. *In aiente*.

Dunc tomó una respiración cuidadosa. Luego, silenciosamente, giró alejándose de Ghitsa y salió a grandes pasos de la cabina.

Por un momento Shada estudió a Fen y Ghitsa, su cara rígida e ilegible.

—Dejaremos el hiperespacio a las cien horas de mañana —dijo y siguió a Dunc por el pasillo.

Ghitsa finalmente rompió el largo silencio subsiguiente, preguntando con una inusual y dudosa vacilación:

—¿Piensas que fui demasiado lejos?

—Es difícil de decir —dijo Fen, tratando de humedecer su boca—. Si salimos de esto vivas, diría que no. Si nos cortan las gargantas mientras dormimos, entonces sí, probablemente. —Vaciló, pesando sus palabras cuidadosamente—. Dijiste algunas cosas muy reprensibles. ¿Cuánto de eso era verdad?

Ella hizo una mueca.

—Lo suficiente. Demasiado.

Viendo a la pequeña estafadora removiéndose incómoda en su asiento, Fen preguntó:

—Ghitsa, ¿podría ser que tu conciencia te esté molestando?

Ghitsa hizo toda una función de revisar sus uñas.

—Por supuesto que no, Fen. Simplemente indigestión. Las raciones de nave, tú sabes.

***

Fen se coló otra vez en la cabina principal justo a tiempo para ver el sistema de holovid vacilando. Arrojando humo, escupió las sobras ardientes de la grabación de Ghitsa de la *Gaceta Diaria de Coruscant*. *Quizás realmente haya un poder más grande en el universo, y tenga sentido del humor,* pensó Fen.

—Agregaremos los gastos de reparación a tu cuenta —dijo Shada, revisando la unidad.

—Por supuesto —respondió Ghitsa, moviéndose hacia la mesa del partido holográfico—. ¿Jugamos un partido, Fen?

—Paso.

Ghitsa se encogió de hombros.

—No veo por qué no instalas un juego de holobestias en la *Dama Estelar*.

Fen rió, estirando sus brazos hacia arriba.

—Digamos que la última vez que permití una partida a bordo, mi droide terminó con los brazos arrancados de sus junturas. Además, estamos a punto de salir del hiperespacio, ¿no, Shada?

—Cinco minutos estándar —dijo Shada por sobre su hombro mientras salía de la cabina—. Ya vi a las twi'leks.

Ghitsa esperó, luego cuchicheó:

—No te topaste con ella, ¿verdad?

—No —respondió Fen cansadamente, amarrándose al asiento. Mientras Ghitsa hacía lo mismo, Fen dejó que sus ojos se cerraran—. No falta mucho ahora.

—No —la voz de Dunc asintió en voz baja junto a su oreja.

Los ojos de Fen se abrieron rápidamente. Dunc estaba de pie a su lado, apuntándoles con un bláster. Su bláster, se dio cuenta repentinamente, extrañando tardíamente el peso en su cadera. Su vibrohoja, por añadidura, pendía flojamente en la otra mano de Dunc. La niña tenía talento, definitivamente.

—¿Qué está ocurriendo? —gruñó.

—Ha habido un cambio de planes —dijo Dunc—. Dogder, tomaré ese bláster que tienes en tu bota. Despacio.

—Por supuesto —dijo Ghitsa tranquilamente, buscando en su bota y sacando un pequeño bláster opositor que Fen ni sabía que poseía—. No recuerdo una provisión contractual acerca de un bláster en nuestras caras —añadió mientras deslizaba el arma a través de la cubierta.

—El contrato también ha sido cambiado —dijo Dunc, instalándose en un asiento frente a ellas.

Fen sintió la nave regresar al espacio real. Un minuto después, Shada se reunió con ellas.

—Protestamos ante este trato, por supuesto —dijo Ghitsa, tomando la palabra.

Shada la ignoró.

—Desde el principio, Fen, su comportamiento en este viaje ha sido totalmente irracional —dijo—. Nos convenciste de tomar este pasaje; luego, a cada oportunidad, nos

han acosado con que lo que estábamos haciendo es un ultraje moral. Quiero saber por qué.

—Sólo estábamos haciendo conversación —farfulló Fen agriamente.

—Querían que rompiéramos el contrato, ¿no? —persistió Shada—. Ésa es la única explicación. ¿Pero por qué? Difícilmente pueden demandarnos; legalmente, ni siquiera existimos. ¿Chantaje? Ridículo.

Ghitsa alzó la voz.

—Esta es una operación perfectamente legal. Falta a lo prometido, y las Once estarán disgustadas contigo.

—Que otros estén disgustados contigo no es tan malo como estar disgustado con uno mismo —intervino Dunc—. Correremos el riesgo.

—Ah, sí… la visión estupenda que tienes desde tu superioridad moral —dijo Ghitsa sarcásticamente—. Aunque no ganarás mucho de esa posición de superioridad disparándole a dos personas desarmadas.

—No entregaremos a las twi'leks en esclavitud, Fen —dijo Shada—. Ni siquiera en una muy bien disimulada. Si no quieres decirnos qué está ocurriendo en realidad, nos dejas sin otra alternativa.

Hizo una pausa, esperando una respuesta. Fen mantuvo su boca cerrada, su corazón latiendo atronadoramente mientras se preguntaba si Ghitsa había cometido su último error de cálculo. Si Shada decidía que asesinar a un par de aspirantes a traficantes de esclavos realmente contaba como superioridad moral…

—Muy bien —dijo Shada después de un momento—. Se acabó el tiempo. Desamárrense; harán el resto del viaje sin nosotras.

Las Mistryl las hicieron pasar en silencio hacia la popa. Era peor de lo que Fen había imaginado.

—No puedes hablar en serio.

Shada abrió una pequeña puerta.

—Fue tu elección, Fen. Entra a la cápsula de escape.

Ghitsa se introdujo sin protestar. Con su propio bláster sosteniéndose en el aire en algún lugar a sus espaldas, Fen entró tras ella.

—Adiós, Fen —dijo Shada.

La puerta se cerró de golpe, cerrada y sellada. *Como nuestro destino*, reflexionó Fen, antes de volverse hacia su socia.

—En lindo desastre nos metiste.

—¿De qué estás hablando? Todo funcionó perfectamente.

Antes de que Fen pudiera pronunciar una réplica apropiadamente agria, *La Furia* arrojó la cápsula al vacío. Fen empujó a Ghitsa con su hombro para llegar a los controles.

Justo como lo había sospechado. Había un pequeño racimo de motores de iones con la suficiente masa de reacción para la inserción orbital, la quemadura de re-entrada, y, tal vez, algo para la desaceleración antes de posarse; corrección, más exactamente,

estrellarse. Típico. Según su experiencia, los mejores pilotos siempre tenían las peores cápsulas.

Las probabilidades de un aterrizaje controlado en esta nave eran minúsculas. Las probabilidades de hacerlo con vida eran solo ligeramente mejores. Todo lo que Fen sabía con certeza era que planeaba sujetarse de las amplias hombreras de Ghitsa durante el impacto.

***

—¿Shada?

Shada giró su cabeza mientras Dunc entraba en la cabina de piloto de *La Furia*. Por el tono de su voz…

—¿Qué sucede? —preguntó—. ¿Algo está mal con las twi'leks?

—En absoluto —dijo Dunc, deslizándose en su asiento y pasándole un pequeño holotubo a Shada—. Están muy felices. Y parece que sabían todo el tiempo que no iban a Nal Hutta.

—En verdad —dijo Shada, revisando el holotubo—. Muy interesante.

—Es lo que pensé. —Dunc señaló el tubo—. Una de ellas, Nalan, me dio eso. Por lo que pude entender a través de su acento, dijo que «Fenig la valiente» se lo dio para que nos lo entregara.

Shada miró por la ventanilla. La cápsula había desaparecido, atrapada por la atracción gravitacional de Nal Hutta.

—Examinaré ese tubo —dijo—. Corre un rápido diagnóstico de los sistemas de la nave.

—¿Piensas que hemos sido timadas? —preguntó Dunc, trabajando en su teclado.

—Hemos sido engañadas desde el momento en que aterrizamos en Ryloth —dijo Shada, filtrando cuidadosamente la emoción fuera de su voz. No era apropiado para una Mistryl mostrar frustración y amargura enfrente de una subordinada—. La única pregunta es en qué dirección estábamos siendo llevadas.

—Bien, cualquier dirección que fuera, nuestras antiguas empleadoras parecen haber conseguido lo que querían —dijo Dunc agriamente—. Excepto quizá por la parte de la cápsula de escape… ah, *basura Sith*.

—¿Qué? —dijo Shada bruscamente.

—La clave de identificación de *La Furia* —Dunc estaba buscando furiosamente las coordenadas de navegación para un salto de emergencia fuera del espacio de Nal Hutta—. Fen debe haber reprogramado uno de los sistemas de comunicación para crear un encubrimiento. Estamos transmitiendo como esa nave traficante Karazak, el *Contrato*.

Shada hizo girar *La Furia*. Una luz intermitente del comunicador señaló un saludo de Nal Hutta; ella lo ignoró.

—¿Qué vamos a hacer? —exigió Dunc.

—Salir de aquí, por supuesto —dijo Shada—. No tengo ningún deseo de ser atrapada en el centro de las políticas esclavistas hutt.

—No discutiré eso —dijo Dunc—. Lo que quise decir es: ¿qué vamos a hacer acerca de nuestras dos antiguas empleadoras?

Shada hizo una mueca. Sí, las Mistryl tenían una deuda de honor con Jett por su amistad. Pero nadie abusa de una deuda de esta manera. Nadie.

—La galaxia es grande —dijo a Dunc misteriosamente—. Pero no tan grande.

Duna asintió.

—Comprendido.

Una nave de patrulla hutt apareció, dirigiéndose en su dirección. Con una mirada final al planeta fangoso, Shada accionó las palancas de hiperespacio.

***

Fen luchó con la cápsula, tratando de alinearla de modo que los escudos de popa tomaran la peor parte de la quemadura de reingreso.

—Impacto en un minuto.

—¿No vamos un poco rápido?

En respuesta, Fen exprimió todo lo que pudo del sistema de desaceleración de la pobre cápsula. Un fuego blanco, abrasador, ardía fuera de la ventana.

—Uh, ¿Fen? ¿Viste esa gran área marrón en la que estamos cayendo a plomo? Sugiero que no intentes aterrizar en ella.

—Un pantano podría amortiguar nuestro aterrizaje, si no nos ahogamos. Prepárate para el baño de lodo más barato de tu vida.

—Simplemente no puedes hablar en serio.

—Quince segundos —respondió Fen, mientras intentaba dirigir la cápsula hacia una franja grande y embarrada.

Con una sacudida terrible y destrozadora de dientes, se estrellaron.

Fen se sacudió los arneses.

—Esta cosa tiene cojines de flotación. Pueden evitar que nos hundamos inmediatamente. —Tirando de la barra de lanzamiento, Fen abrió rápidamente la escotilla. Los tristes colores grises, los olores fétidos, y el barro de Nal Hutta se colaron dentro.

Fen salió trepando primero, y miró rápidamente a su alrededor. Pantano, rezumando una pegajosa sustancia aceitosa. Saltó dentro y fue envuelta en limo hasta la cintura. Ghitsa, sin embargo, permaneció junto a la escotilla de la cápsula vacilante.

—Tienes que hacerlo, Ghits —le gritó Fen.

Ella miró al otro lado del pantano.

—Bueno, al menos no tenemos que ir lejos. Sólo desearía no tener que arruinar un par de botas de diseño exclusivo. —Con un suspiro cansado, Ghitsa saltó dentro de la ciénaga.

Avanzando tenazmente a través de las malas hierbas enredadas y el barro hediondo, caminaron con dificultad hacia una instalación de aterrizaje que ambas habían descubierto, a unos quinientos metros de distancia.

Mientras se tambaleaban en el reconfortante seco y duro duracreto, un whiphid con colmillos salió pesadamente fuera del edificio. Su comportamiento era tan casual que Fen concluyó que dos mujeres errándole a la plataforma de aterrizaje para estrellarse en el pantano era un acontecimiento casi diario.

Ghitsa y el whiphid intercambiaron una rápida mezcla de básico huttés, y el whiphid se fue sin prisa.

—Y ahora, ¿qué?

—Gracias a tu esfuerzo, milagrosamente nos hemos estrellado en los territorios del clan de Durga. Le dije que era una de los consejeros de Durga.

—¿Te creyó?

—Por supuesto. Esta clase de percance no es poco común si tratas en nombre de clanes hutts. —Ghitsa parecía desconcertada por la incredulidad de Fen—. La propiedad de Durga está a menos de tres mil kilómetros de aquí. Él vendrá aquí ahora mismo para inspeccionar sus nuevos bailarinas. Así que esperamos.

Encontraron un frío asiento frío esculpido en el borde de la plataforma y se sentaron.

—¿Fen?

—¿Sí?

—¿Tus asuntos están en orden?

—¿Mis *qué*?

—Asuntos, tu testamento, propiedades, y demás, en caso de que Durga nos sirva de alimento a la dianoga que tiene de mascota.

Definitivamente debí haber acabado con ella en Socorro hace dos años, pensó Fen violentamente. *Ningún dinero es digno de esto*.

—Pensé que esta iba a ser la parte fácil.

Sentada en el banco, los pies de Ghitsa se balanceaban a varios centímetros del suelo.

—¿Fácil? —repitió—. ¿Qué te hizo pensar eso?

—Supuse…

El recordatorio de Ghitsa sobre suposiciones y tumbas poco profundas fue interrumpido cuando un murmullo bajo y fuerte resonó a través del hosco pantano. Se pusieron de pie. Entrecerrando los ojos, Fen divisó una barcaza velera moviéndose rápido sobre el cenagal. Su tamaño y movimiento seguro y suave demostraban la opulencia hutt que siempre era, para la mente de Fen, incongruente con la húmeda y malsana miseria de Nal Hutta.

Lo que a la distancia habían parecido ser manchas en la cubierta de la barcaza se transformaron en una dotación completa pesadamente armada de indudablemente feroces

y leales guardias de varias especies babosas. Mientras la barcaza de vela se detenía frente a ellas, los dedos de Fen se crisparon a su costado, instintivamente buscando el bláster que probablemente aun estaba en manos de Dunc.

En una imitación de cómo Fen había saludado a las Mistryl, Ghitsa caminó hacia delante para quedar de pie junto al final de la rampa de la barcaza. Un hutt inmenso con una marca grande que se extendía a través de su frente bajó deslizándose por la plancha.

—Consejera Dogder —dijo Durga finalmente con una voz cavernosa, dirigiéndole una mirada a Fen—. Dudo que mis bailarinas se estén escondiendo en la cápsula de escape que vi en la propiedad de nuestro clan. Espero una explicación por mis twi'leks desaparecidas.

Fen miró fascinada como su socia se inclinaba en una profunda reverencia.

—Su magnificencia, viles ladrones robaron tus bailarinas a tu más humilde agente.

—¿Robaron?

Con un esfuerzo, Fen no retrocedió ante el olor maloliente que emanaba el Hutt. ¿Era algo que un hutt expulsaba cuando estaba furioso? ¿O solo los vestigios del desayuno?

—Sí, su corpulencia. Fuimos traicionadas por aquellos que contratamos para pasaje desde Ryloth. Cuando llegamos en el espacio de Nal Hutta, nos dominaron y nos forzaron a entrar a la cápsula de escape.

Todo terminó antes de que Fen pudiera comprender siquiera qué había ocurrido. Durga chasqueó sus dedos avariciosos y regordetes, y cinco guardias rodearon a Ghitsa. Fen ahora estaba parada directamente y sin refugio en la mira de un bláster de repetición E-Web montado en la barcaza.

—Consejera, escucharé tu explicación. Y el que ésta me complazca o no determinará si morirás rápido o sumamente despacio.

Fen forzó serenidad. Ghitsa, sin embargo, parecía perfectamente en calma. O quizás, después de toda una vida con hutts, estaba tan trastornada que cinco alienígenas babosos con BlasTechs apuntados hacia ella le parecían gajes del oficio.

—Durga —la timadora dijo suavemente—, si te doy dos razones para no matarme, ¿me pagarías setenta y cinco mil créditos?

—Lo haré sin duda, consejera.

—Primero, invocaré las Leyes Comerciales Hutt, sección C, subsección 12.4, y las protecciones que proporciona a todos los consejeros y mensajeros.

Fen nunca había sido capaz de leer bien a los hutts, y aunque nunca lo había visto antes, y dudaba que lo volviera a ver otra vez, supo que Durga estaba estupefacto.

Ghitsa se lanzó delante.

—Mátame, Durga, y cada trato en el que he actuado como intermediaria de nuestro clan será perdido. Y la última vez que calculé, esa suma excede los cien millones.

La cólera se rizó sobre el hutt. Durga gritó:

—¿Te atreves a citarme nuestras propias leyes?

—Conoces la ley, Durga. —Ahora, Fen escuchó firme razón en la voz de su socia—. Los consejeros y mensajeros no deben pagar el precio por aquellos que los usen para avergonzar o estafar el imperio hutt.

Durga dirigió una mirada larga y calculadora a su pequeña consejera, y finalmente dijo:

—Si la memoria me sirve, esas leyes fueron promulgadas luego de las muertes tempranas y violentas de doce consejeros e innumerables mensajeros.

—Tu memoria es perfecta, como siempre. Sin duda, también recordarás qué ocurrió cuando un hutt joven, flaco y muy tonto del clan Vermilic olvidó esta prohibición hace dos años y desintegró a su consejero.

Fen se sobresaltó al darse cuenta de que incluso ella había oído hablar de ese incidente. Los Vermilics habían quebrado y no hubo ningún tráfico hutt por tres meses. Se preguntó si los consejeros se habían negado a negociar los tratos hutts.

Una pausa larga y húmeda se extendió antes de que Durga hablara otra vez:

—¿Creo, Dogder, que tenías una segunda razón?

—Si me matas ahora, nunca recuperarás a tus twi'leks.

—Ohhh, ho, Dogder. —Cuando Durga se río, Fen recordó un mar intranquilo y giratorio—. Y exactamente ¿cómo me devolverás mis bailarinas?

—Puedo darte la clave de identificación de la nave que contratamos, su itinerario, y registro de propiedad. Serás capaz de rastrear a aquellos que realmente te han agraviado.

La cara de Durga se plegó en un gesto fruncido.

—¿Y cómo sabré que la información que me das me será útil?

—Puedes pagarme el cincuenta por ciento ahora y el resto en una semana estándar —respondió Ghitsa—. Tendrás suficiente tiempo para verificar si la información es valiosa.

—¿Confías tanto en nosotros, consejera? —Durga parecía divertido. Fen no lo estaba.

—Confío en ti, amo.

Bajo el escrutinio atento y vigilante de Durga, Ghitsa se mantuvo impasible. Luego, con un chasquido de sus dedos, los guardias bajaron sus armas, y Fen descubrió que podía respirar otra vez.

Durga puso un brazo afablemente alrededor de los hombros incrustados de barro de Ghitsa.

—Después de tantos años de leal servicio, consejera, comprenderás que si pruebas ser desleal, la galaxia será un lugar demasiado pequeño para ti y mi cólera.

—Comprendo, amo.

—Aunque sigo perturbado con tu fracaso, estoy complacido con tus esfuerzos por prever la posible traición. —Extendió una pequeña mano insegura y Ghitsa le dio el disco que Fen había tomado de *La Furia*—. Puedes transferir la suma de nuestra cuenta de Coruscant.

Ghitsa hizo una ligera reverencia.

La cola de Durga tembló con violencia, serpentina.

—También sabes que por el bien de nuestros intereses, solo nos permitimos consejeros creíbles. En cuanto esta transacción termine, buscaremos consejo en otra parte.

—Siempre has insistido sabiamente que los consejeros no deben ser las víctimas de otros predadores, amo. No pido una excepción en mi caso.

Fen se preguntaría por algún tiempo si Ghitsa realmente sonaba entristecida en esa despedida.

***

—Muy bien —dijo Shada, colocando el holotubo en el reproductor. El examen había mostrado que era un holotubo normal, sin sorpresas adjuntas. Pero eso no quería decir que ella confiara completamente—. Ahí vamos.

Una imagen de dos metros de estatura de Fenig Nabon apareció.

—Hola otra vez, Shada —dijo la figura—. Si estás mirando esto, asumo que Ghitsa y yo nos hemos ido. Espero que aún estemos con vida, aunque probablemente ahora estás lamentando no habernos enviado fuera de la esclusa de aire sin el beneficio de trajes de vacío.

Dunc mascculló en su garganta, pero no dijo nada.

—Ghitsa ha sostenido que tú querrías entregarnos a los hutts para sus propios castigos peculiares —continuó Fen—. Si esto funciona, ella le venderá a Durga el Hutt una datacard con información detallada de la nave responsable por el robo de sus bailarinas. Un hacker informático competente rastreará esa información hasta el *Contrato* y la Cooperativa de Esclavistas de Karazak.

La imagen sonrió abiertamente, un poco vergonzosamente.

—Estoy segura de que has notado que la identificación de *La Furia* está transmitiendo como el *Contrato*. Ese fue mi toque personal, en caso de que alguien en Nal Hutta te descubriera. El programa de encubrimiento está enterrado en tu sistema de comunicación de respaldo. Probablemente tendrás que entrar a través del juego de batalla que yo estaba jugando para llegar a él, pero no debería ser demasiado complicado de desactivar.

Se puso seria.

—Hablando seriamente, probablemente puedes predecir lo que sucederá cuando Durga llegue a la conclusión de que la CEK robó sus bailarinas.

—Guerra de pandillas —murmuró Dunc.

—Ghitsa piensa que en la agitación resultante tanto la CEK como los hutts dejarán Ryloth tranquilo por un tiempo. El experto en computadoras de Durga también debería encontrar ciertos pagos inconvenientes que la CEK ha hecho a Brin'shak. Este será probablemente la última adquisición de twi'leks que Brin'shak hará para los hutts.

La imagen se movió, apoyándose en el otro pie, ¿un poco avergonzada, quizás?

—Les dijimos a las bailarinas de las devolverías a Kala'uun en Ryloth. El clan Dira las está esperando y es confiable. El clan Shak puede aullar por eso, pero no deberías obtener otra cosa que ruido de su parte. Fueron desacreditados hace dos años en Kala'uun tratando de timar a la Nueva República con algún ryll kor y están tratando en general de mantener un bajo perfil.

»Finalmente, suponiendo que no nos has matado, Ghitsa transferirá veinte mil a tu cuenta, como acordamos. Sé que estás esperando treinta y dos, pero si la juegas bien con el clan Dira, pueden pagarte un poco de ryll kor por llevar a las bailarinas de regreso. —La imagen sonrió, un poco engreídamente—. Ghitsa te aconseja que vendas rápidamente, ya que cree que el mercado llegará al tope pronto.

Fen alzó su cabeza, con la vista perdida.

—Jett siempre admiró a las Mistryl, Shada. Pero a veces estaba incómodo con lo que harían por dinero. La pobreza vuelve desesperada a la gente, diría. Pero a veces, es mejor ser pobre. Ghitsa, por supuesto, no está de acuerdo.

La imagen de Fenig Nabon parpadeó y desapareció.

***

Durga las escoltó hasta la ciudad puerto de Bilbousa dónde Fen había atracado la *Dama Estelar*. Pusieron curso hacia la instalación más cercana de la Nueva República con un intercambio de banca decente.

Tan pronto como la nave saltó, Ghitsa se deslizó fuera de su silla en la cabina de piloto.

—Voy a asearme.

Cuando Fen emergió de su larga ducha caliente, Ghitsa ya estaba en la cabina, sentada a la mesa, mirando atentamente el último capítulo en el cortejo de Leia Organa. Fen agarró una botella de su coreliano más fino y dos vasos antes de sentarse frente a Ghitsa.

—Entonces —empezó Fen, sirviendo un vaso y deslizándolo al otro lado de la mesa hacia su socia. Ghitsa no dijo nada, pero aceptó la bebida—. ¿Durga lo creyó?

—Lo dudo. —Ghitsa se mofó—. Pero es prudente. No se deshará de cien millones sin pruebas, y treinta y siete y medio es un pequeño precio a pagar, por ahora. Toda las pruebas señalarán a los karazaks. Son más capaces de estafarlo que yo.

—Pero ya no eres una consejera.

Ghitsa se iluminó visiblemente y tomó un sorbo de su trago.

—Algo conveniente, pensaría.

—¿Tú querías esto?

Ella suspiró, reclinando su cabeza hacia atrás. Era la primera vez en largo tiempo que Fen veía a Ghitsa luciendo normal: un traje de vuelo simple, cabello húmedo, nada embadurnando su rostro o uñas.

—¿Recuerdas lo que dije de que la mortalidad entre las twi'leks de Durga rondaba el setenta por ciento?

—Sí.

—Es aún más alta para los consejeros de los hutts. Incluso si el propio clan de un consejero no lo matara, tendemos a ser excelentes objetivos de adquisición para competidores hutts.

Ghitsa, se dio cuenta Fen repentinamente, no hubiera corrido esa clase de riesgos por sólo setenta y cinco mil.

—¿Y esos doce consejeros asesinados?

—Dos de ellos eran Dogders. —Ghitsa se detuvo allí, sus labios presionados en una línea delgada y firme.

Fen viró a un terreno más seguro.

—¿Durga pagará el resto?

Ghitsa tomó otro trago.

—Quizás. Probablemente. Estará muy feliz cuando se entere de lo de los karazaks. Espero que me dé una bonificación.

Observaron mientras la *Gacetilla Diaria de Coruscant* parloteaba sobre las inminentes nupcias de la princesa Organa.

—Lástima lo de Han Solo —dijo Ghitsa.

—Es un desperdicio de un muy buen contrabandista —suspiró Fen, mirando fijamente su bebida.

La Princesa apareció, otra vez en su blanco real, anunciando que Dathomir ahora estaría abierto a los exiliados alderaanianos. El programa entonó:

—Y Organa anunció hoy que la Nueva República ha destinado doscientos millones en ayuda financiera para alderaanianos desplazados. Préstamos de intereses bajos también estarán disponibles para ayudar en la repoblación…

Fen silbó apreciativamente.

—Lástima que tengas que ser alderaaniano para optar a ello.

Miraron fijamente la pantalla.

—Sabes —empezó Ghitsa—, siempre he querido hacerme pasar por una noble empobrecida.

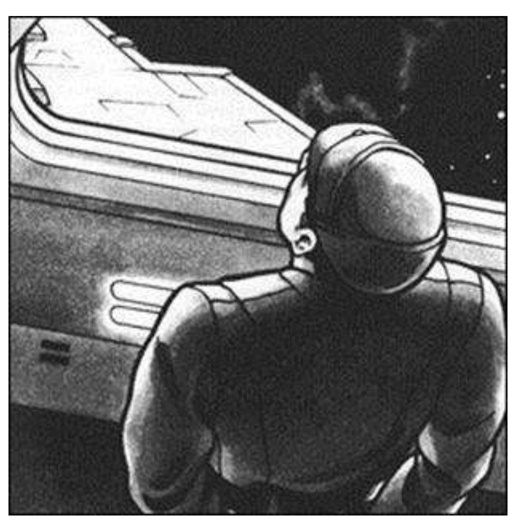
Fen miró de su socia al video, y de vuelta otra vez.

—Es cierto —dijo finalmente—. Y Leia Organa puede no lucir bien de blanco, pero, Ghitsa, apuesto a que tú sí.

La caída más larga

4 años después de la batalla de Yavin

Patricia A. Jackson



El Destructor Estelar imperial *Interrogador* mantuvo su posición de apoyo, combinando coordinados planeos y estallidos de aceleración con las especificaciones de su computadora de navegación. Desde la cubierta de observación, algunos niveles por debajo del puente de vuelo, el oficial al mando miró fijamente a través de la plataforma de transpariacero mientras el Destructor Estelar clase *Imperial II* maniobraba en la boca de una nebulosa vacía y negra. Deslizándose en la sombra siniestra del espacio ordinario, el *Interrogador* era una visión grandiosa, una punta de daga precisamente afilada contra el fondo sin estrellas del espacio.

Un vehículo de avanzada, su nave se estaba adentrando para investigar un área poco explorada del espacio conocida como el *Nharqis'I*. El término, a pesar de su evocación romántica, era una variación cruda de una palabra de un persistente dialecto contrabandista, y según tenía entendido significaba «el lugar de muerte». Sin estrellas, sin rasgos característicos, amenazante, la perturbadora nebulosa era testimonio de la aparentemente interminable continuidad.

Mordiendo nerviosamente su labio inferior, el joven capitán miró fijamente en el vacío sin rostro, deseando poder perderse dentro de él. El *Nharqis'I* no podía ser más frío o prohibido que la oscuridad anónima de la sala de espera de Lord Tremayne. Y el *Nharqis'Al*, un leviatán horroroso y mítico que se decía se ocultaba dentro de la nebulosa, indudablemente no podía ser una entidad más aterradora que el mismísimo Alto Inquisidor del Emperador.

En el interior escasamente amoblado y cruelmente antiséptico de la cámara de espera, el joven capitán notó solo una silla contra la pared lejana. Se preguntó cuántos oficiales imperiales se habían sentado en esa silla y cuántos habían vivido para contarlo. Los

números eran muy desproporcionados entre sí, estaba seguro, y se felicitó por su decisión de no sentarse en ella.

Aunque no era un hombre supersticioso, el capitán confiaba en que aumentaría sus oportunidades de sobrevivir si Tremayne venía y lo encontraba esperándolo de pie. De hecho, había estado de pie, respetuosamente en atención, las últimas tres horas, esperando que el Adepto Oscuro se dirigiera a él personalmente.

Y si su diligencia no tenía ninguna consecuencia sobre el resultado de su reunión, por lo menos tendría la satisfacción de enfrentar al Alto Inquisidor Tremayne y su propia potencial ejecución con una pequeña medida de dignidad.

Los otros murieron de pie, le dijo su subconsciente. El almirante Ozzel. El almirante Ranes. El capitán Needa. Su estimado consejero y amigo, el capitán Nolaan. Y había otros que no acudían a su mente directamente. *¿Qué te hace tan diferente?*

La incapacidad de responder a esa pregunta trajo un presentimiento vacío y perturbador en el fondo de su estómago. Sujetando sus manos con fuerza a sus espaldas, el joven capitán se balanceó de un lado a otro sobre sus tacones, un hábito impaciente aprendido en el puente y exacerbado por la tensión diaria de comandar una nave en la flota de guerra más prestigiosa del Emperador. Era una rara fijación de movimiento que estaba tratando de eliminar y que había regulado con cierto éxito. En todo caso, el balancearse no lo preocupaba tanto como los violentos temblores que agitaban sus manos.

El capitán pasó sus dedos por el frente de su uniforme y enderezó la insignia, regañándose a sí mismo por permitir aflorar una manifestación física de sus preocupaciones. Antes de dejar este mundo, lo último que quería era dar la impresión de la ilusión vacía del miedo.

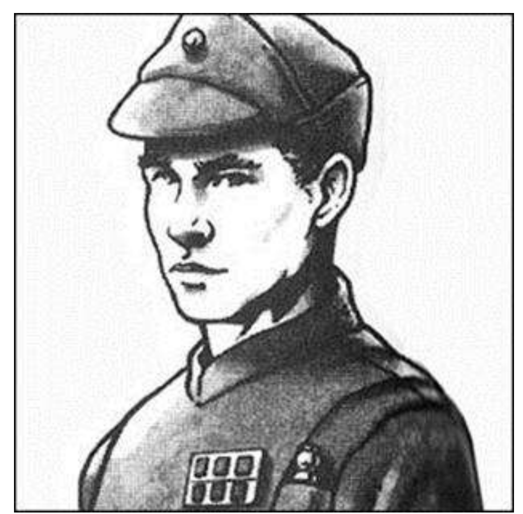
Miedo. Ésa no era manera de operar una nave o motivar a sus tripulantes y respaldar al personal. El miedo causaba errores y tensión entre la tripulación, lo que provocaba más errores y decisiones erróneas. En última instancia, el resultado final de tal tensión era el fracaso y más miedo. Respeto era lo que le habían enseñado en la Academia, respeto y obediencia a la autoridad.

La disciplina es el acatamiento inmediato a todas las órdenes, inalterable respeto por la autoridad, y está por encima de toda independencia.

El joven capitán sonrió cuando la definición memorizada vino a su mente, un eco recurrente de sus días en la Academia. Recordó el miedo de esos primeros días del entrenamiento, cuando todo había parecido más allá de su alcance. Recordó su torpeza inicial con las órdenes y los oficiales superiores, la ambigüedad de la duda, y el gradual derrumbe y restablecimiento de su orgullo. Efectivamente había cierta arrogancia en el dominio de la disciplina, el dominio de la identidad. Había una satisfacción incalculable en obedecer órdenes, respetar el alto mando, y en ser reconocido por la habilidad de pensar claramente en una crisis. Estas cosas combinadas provocaban respeto, no miedo. El Alto Inquisidor Tremayne sabía poco del primero y empleaba una mano demasiado dura con el último.

El capitán asintió con completa confianza. No lamentaba nada de lo que había hecho en el transcurso de su servicio militar para derribar, o al menos diluir, el miedo que inspiraba el Alto Inquisidor Tremayne. Su registro de servicio y los del personal a bordo del *Interrogador* no tenían tacha, sosteniendo, al menos en su mente, que el respeto era una motivación superior al miedo.

Recibir las órdenes de Tremayne con una delgada sonrisa y una consumada inclinación de cabeza lo había hecho uno de los oficiales más distinguidos en la flota. Ningún otro sería tan audaz como para siquiera enfrentar el rostro amenazador del Jedi, con sus reemplazos cibernéticos igualmente siniestros. Y mientras los esfuerzos del capitán eran recibidos con frío desdén y neutralidad, él perseveraba, esperando influir en el siervo infame del Emperador con una medida pequeña de su lealtad y voluntad de servicio.



—¿Qué importa? —susurró, sobresaltado por el sonido de su propia voz. El capitán hizo una pausa, inclinando su cabeza a un lado mientras el eco resonaba en las paredes angostas de la cámara de espera. Regañándose por el impulso, frunció sus labios mientras ese sentimiento vacío se instalaba más profundo en el fondo de su estómago, donde la raíz de todos sus miedos suprimidos había yacido latente, hasta este día innoble.

Efectivamente, ¿qué importaba? Su relación con el difunto capitán Nolaan era una mancha no escrita sobre su reputación, una que lo condenaría inevitablemente. Y su destino no sería diferente de los otros que habían sido los consejeros de confianza y compañeros formales de Nolaan. El Alto Inquisidor Tremayne había hecho esa diferencia muy clara, empezando con la ejecución sumaria de Nolaan en el puente del *Interrogador*. Y en el período subsiguiente, nadie que hubiera llamado amigo o consejero a Nolaan estaba vivo para llorarlo, excepto él. Y eso iba a cambiar pronto.

Vharing tragó convulsivamente, recordando la ira de Tremayne. Se estremeció ante el recuerdo del rostro gris y afligido del Capitán Nolaan cuando los soldados arrastraron su cuerpo del puente y en el corredor para su disposición inmediata. Si la justicia de Tremayne era tan predecible como el vacío negro del *Nharqis'I*, él seguía en la línea.

Enderezó el cuello de su uniforme y ajustó su gorra. Un himno patriótico aprendido durante su período de ejercicio en la Academia Naval imperial vino a su mente y el joven capitán sintió una repentina oleada de optimismo al recordar sus palabras. El poder de esos recuerdos le dio el valor de enfrentar a Tremayne de la misma manera que enfrentaría a cualquier hombre en un puesto de poder: con respeto y deferencia en vez de

miedo. Después de todo, no fue su orden la que había enviado una escuadra completa de bombarderos TIE imperiales al mundo nublado e indefenso de Qlothos.

Su subordinado, el ambicioso teniente superior, había captado algunas señales raras del planeta cercano. Era una frecuencia que casi igualaba un juego de claves de transmisión anterior que había sido interceptado de un agente de la Alianza. Sospechando la existencia de una guarnición rebelde escondida, el teniente superior envió los bombarderos TIE para destruirla.

Todo esto había ocurrido mientras el capitán yacía dormido en su cama. Sólo fue despertado por el teniente después de que los hechos fueron recogidos y las bajas calculadas. Había solo lesiones mínimas que informar, ningún daño a las naves o equipos. Pero casi sesenta civiles, la mayoría de ellos ciudadanos imperiales prominentes, habían muerto; entre ellos un ingeniero de alto rango de Astillero de Motores de Kuat, su esposa, y dos hijos, quienes estaban de vacaciones en la capital.

Evidentemente, el manto nublado de la atmósfera que cubría el planeta causó estragos entre los faros de identificación incorporados en los misiles de impacto. Uno se desvió y demolió una sección aislada de la comunidad residencial, que estaba ubicada a solo un kilómetro del supuesto recinto rebelde. Horas después de que las víctimas mortales fueran contadas, la citación de Lord Tremayne había llegado directamente. Y sin la aprensión adicional de su asistente militar para compartir su tormento interior, el capitán se reunió con el Alto Inquisidor a solas.

Pero ahora, lamentaba esa decisión. El contacto más breve con otro ser humano, sin importar lo escueto que fuera, podría haber aliviado su ansiedad y darle algo en qué pensar además de esta reunión inminente.

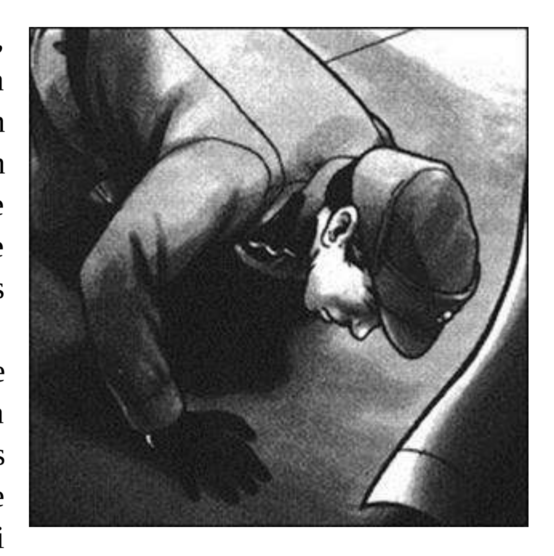
El industrioso oficial superior de comunicaciones habría sido una elección excelente. Un hombre de familia y padre, era un incesante hablador, razón por la cual el capitán lo había descartado como asistente militar. Un jefe leal y competente, el oficial de comunicaciones siempre tenía tiempo para dedicar al amor de su esposa, a casi trescientos años luz de distancia, y al hijo recién nacido a quien nunca había visto, excepto a través de holos e infrecuentes transmisiones cara a cara.

El balance parecía afianzar al oficial hablador en una manera que el capitán había llegado a admirar y finalmente a resentir. Pero después de hoy, todo eso cambiaría. Después de asegurar al Alto Inquisidor Tremayne que el ambicioso teniente superior sería castigado duramente, conducido ante un consejo de guerra, condenado por homicidio, destrucción de propiedad imperial, y acoso de ciudadanos imperiales leales, el capitán ascendería al oficial de comunicaciones como su nuevo consejero y empezaría a compartir esta vida esotérica.

La puerta de la cámara de Tremayne se abrió repentinamente. El capitán giró secamente en su tacón y saludó cuando el Jedi entró en la habitación.

—Alto Inquisidor Tremayne, tengo un informe completo sobre el error de teniente superior Leeds… —su voz se detuvo ante el lacerante dolor que asaltó su garganta.

***



Mientras el agarre invisible se intensificaba, el capitán cayó sobre sus rodillas. Hizo una mueca de dolor cuando los huesos pequeños en la base de su cráneo se agrietaron perceptiblemente bajo la presión. Incapaz de respirar, se encontró tendido en la luz fría e intensa del piso de la sala de espera. Cerró sus ojos en un esfuerzo por calmarse.

Su mente empezó a vacilar por la falta de oxígeno, y recordó el ejercicio de stress en la Academia donde sus colegas y él fueron sujetos a una prueba de pánico en un cuarto lleno de emanaciones nocivas. Medio cegado y casi inconsciente, fue el último en salir; el único con el valor, o el orgullo estúpido, como muchos lo llamaron, para quedarse más tiempo que ningún otro. Pero en esta nueva prueba, había consecuencias fatales. Aquí el capitán era completamente consciente de lo que estaba pasándole. No habría ninguna emanación nociva que embotara sus sentidos y suavizara el golpe. Podría sentir cada sensación con vívido detalle, desde el beso frío de la placa de cubierta contra sus palmas a la tela áspera de su uniforme donde raspaba sus codos y rodillas.

Incapaz de levantar su cabeza y suplicar a Tremayne una segunda oportunidad, el joven capitán solo pudo mirar fijamente el ondeante dobladillo negro del manto del Jedi. Mientras su conciencia se desvanecía, se imaginó siendo atraído dentro de la tela negra y en un mundo alternativo tan oscuro y sin estrellas como la nebulosa de Nharqis'I que rodeaba su nave.

Qué final tan apropiado para mi vida, pensó con entumecido placer. El primer hueso pequeño se rompió bajo la presión y sintió que su cuerpo se relajaba.

***

Nacido en un linaje y clase prominentes, Jovan Vharing asistió a la Academia Naval imperial, una decisión tomada más por los dictados de su tradicional familia que por decisión propia. Pero no había lamentado ese curso, y ahondó en lo mejor de sí mismo para impresionar por igual a consejeros y oficiales superiores. Por sus concentrados esfuerzos en detalle y exactitud, se graduó en el dos por ciento superior de su clase, un logro distintivo. Recién comisionado como teniente, pasó a un puesto prestigioso como oficial superior de rastreo a bordo de un Destructor Imperial clase *Victoria*.

Su ambición y ojo para la acción competente y redituable le ganaron una reputación temprana, cuando aún era un oficial recién graduado sirviendo en el desolado Borde Exterior, en el área del espacio comúnmente conocida como la frontera salvaje. Y si bien no era una asignación prometedora para un oficial de su calibre, sería un cargo efímero con muchos logros notables que le valdrían la mirada favorable del capitán Nolaan. Habiendo servido también en el Borde Exterior como oficial subalterno, Nolaan le tomó una simpatía inmediata a Vharing. Para fastidio de varios de sus oficiales subalternos, Nolaan pidió algunos favores y arregló la transferencia de Vharing al puente del *Interrogador,* donde no hizo ningún intento de ocultar su parcialidad.

En un año, Vharing había alcanzado las elevadas expectativas puestas en él por su consejero desafortunado. Después de la ejecución prematura de Nolaan, Vharing se convirtió en uno de los hombres más jóvenes en alcanzar el rango de capitán. Como tal, sería uno de los oficiales más jóvenes que alguna vez recibieran el mando de un Destructor Estelar Imperial II. Y con eso, heredó la carga de las demandas exigentes de Tremayne y el resentimiento de cada oficial imperial en el puente.

La muerte era un manto oscuro cubriendo la capitanía del *Interrogador*. El ascenso se daba por sucesión; el tipo de sucesión que uno ve en una tambaleante casa de cartas de sabacc. El ascenso para capitán de Vharing era sólo un truco complicado por sus colegas ejecutivos para mantenerse bien fuera de la sombra omnisciente de Lord Tremayne. Vharing, como su predecesor, serviría como amortiguador. Cuando surgiera el próximo error, cuando apareciera la próxima incorrección, sería su nombre el pronunciado por Tremayne y su cuello el aplastado por la ira del Alto Inquisidor.

Así, como con todas cosas, Vharing se sumergió de lleno, mentalmente y físicamente, en la búsqueda interminable de la perfección. Su clasificación de eficiencia era la más alta en la flota y sus hombres los más constantes y leales. En una cena formal para el personal ejecutivo del *Interrogador*, Vharing fue forzado a desviar las preguntas curiosas de sus compañeros oficiales, que por los pasados seis meses habían observado boquiabiertos de envidia su habilidad de motivar a hombres y respaldar a personal, incluso bajo las circunstancias más extremas. Cuando le preguntaron cuál era su logro más grande, Vharing respondió:



—Servir bajo el Alto Inquisidor Tremayne.

Un momento de silencio siguió al comentario; la atmósfera jovial usurpada por un humor más oscuro y temible. Mirándose fijamente y luego a Vharing por turno, los oficiales imperiales reunidos se quedaron mudos y cedieron la voz a sus miembros más francos.

—¿Está usted loco, Vharing? —susurró el

general Parnet. El oficial miró por encima de su hombro, disgustado, como si esperara que el Alto Inquisidor Tremayne estuviera cerca en las sombras, escuchando.

—Oh, vamos, caballeros —los regañó Vharing, levantando su copa en un brindis—. El hombre no es tan terrible; opresivo, demandante, implacable. No es diferente de nuestros consejeros de prácticas en la academia o algunos de los oficiales superiores bajo los que servimos antes de nuestros grandes nombramientos a comisiones ejecutivas.

—Ahí está su error, Vharing —dijo Parnet sin inflexión. Su cara cruel y apuesta era tan inexpresiva como las sombras que bordeaban las esquinas de la habitación—. El fracaso en la academia era la expulsión. El fracaso en cumplimiento del deber significa a menudo la reasignación a alguna tarea vergonzosa, la degradación, quizás una corte marcial en los peores casos. Aquí… —bajó su copa para declinar francamente el brindis por Tremayne—… aquí la pena para el fracaso es la muerte. Y esa mi amigo, es la caída más larga que cualquier hombre puede sufrir, a solas o con sus amigos.

Parnet hizo una pausa y echó un vistazo alrededor de la mesa a cada uno de sus colegas por turno, esperando el consenso del grupo.

—Bien dicho —coincidió el teniente Uland. Tragó el contenido entero y puso la copa a un lado mientras la primera oleada de calidez lo inundaba, previniendo el escalofrío intoxicante causado por el nombre de Tremayne.

Vharing recibió la declaración de Parnet con una delgada sonrisa, maravillándose de la negra burla del miedo detrás de los ojos insulsos del general.

—Entonces por la muerte, caballeros —levantó su copa—, la caída más larga.

***

Cuando el rostro de Vharing encontró el abrazo frío del piso de cubierta, era como un hombre muerto. Oleadas ardientes de agonizante sensación atravesaban su cráneo destruido, y él despertó de ese estado desesperado vivo, según indicaba cada señal del dolor que se extendía por sus sentidos agudizados.

Con el deleite maravillado de un niño, experimentó las agonías agudas de estar vivo: los dolores constantes y la rigidez de sus articulaciones, el pellizco enroscado de su uniforme, irritando incómodamente su piel. Uno de sus alfileres de insignia se había roto en la caída y estaba perforando el músculo de su pecho. *Los hombres muertos no sangran*, pensó para sí, sintiendo el tibio adhesivo de su sangre contra la tela de su uniforme.

Había un sordo rugido en sus oídos cuando sus facultades físicas regresaron. Una puñalada momentánea del dolor reveló que había una costilla desprendida, posiblemente dos, sufrida en la caída al piso de la sala de espera. Su índice derecho no se movía, y cualquier intento de forzarlo causaba una ola secundaria de angustia sensorial. Y había más. Algo estaba terriblemente mal: no podía respirar.

Desesperado, Vharing registró la habitación, sus ojos letárgicos enfocándose lentamente en su entorno. La demora en su visión devolvió ideas terroríficas a su cerebro perplejo, haciendo que los escasos objetos en el área inmediata parecieran gigantescos en comparación a su cuerpo débil y destruido. Este efecto atroz redobló su terror, prolongando la agonía de su asfixia.

¡Por qué no lo termina! Vharing exigió en su mente, incapaz de hablar. Su garganta estaba ardiendo. El regusto salado de la sangre le causaba repulsión y nauseas, agravando su desesperada condición.

Entonces su voluntad de sobrevivir conquistó la legión de sensaciones embotadas que entumecían su cerebro y Vharing abrió su boca. El frío gélido de la sala de espera cortó su lengua cuando tomó su primera boqueada de aire. La experiencia fue una agonía intolerable; el helado escozor pasó rápidamente a través de su boca y luego sus fosas nasales.

Vharing tosió, respirando con dificultad cuando sus pulmones empezaron a funcionar.

—¿Vivo? —dijo, sobresaltado por el gruñido áspero de su voz. *¿Tremayne lo había dado por muerto? Imposible.*

Levantándose lentamente del piso, Vharing tragó con deliberada precaución. Cerró sus ojos, al borde del desmayo, cuando la agonía en la parte posterior de su cuello se intensificó. Indudablemente la ira de Tremayne había causado algún daño, pero nada que los droides cirujanos en la enfermería del *Interrogador* no pudieran comprender. Abriendo los dedos de sus manos y moviendo los dedos del pie dentro del cuero endurecido de sus botas, Vharing sonrió abiertamente y giró hacia la puerta.

Pausando momentáneamente, miró fijamente su reflexión en el vidrio de observación, y notó el fino hilo de sangre que corría por la esquina de su boca y de su fosa nasal. Sacando rápidamente el pañuelo de su bolsillo, humedeció la esquina y dio toquecitos a la herida. La lesión en su barbilla se hincharía por la mañana, pero no estaba preocupado. Llevaría el moretón como una marca de distinción entre sus colegas.

Atravesando apresuradamente la puerta del mamparo, Vharing caminó en el corredor y cayó repentinamente contra la pared. Las cuadrículas de iluminación superiores lo estaban cegando. Protegiendo sus ojos con sus manos, el joven capitán derramó lágrimas dolorosas y se abrió paso rápidamente a través del amplio pasaje. Su corazón estaba golpeando desesperadamente al compás de la marcha patriótica que todavía permanecían en su memoria.

Todo estaba intensamente claro. El detalle de las placas de cubierta, un mosaico ordenado de azulejos a lo largo del piso del corredor. Aunque indiscernible a la mente preocupada, podía ver las diferencias en tono y textura. Los paneles de iluminación que lo molestaban sobre su cabeza estaban espaciados exactamente a un metro y medio, dos metros en las esquinas donde los corredores se cruzaban, y tres metros donde el pasaje llevaba al enorme laberinto de los cuarteles de los oficiales. Un olor químico esterilizante se elevaba en el aire, irritando sus ventanas nasales por primera vez cuando sus sentidos agudizados le permitieron experimentar, con plenitud, el mundo que lo rodeaba.

¡Sí, todo estaba exquisitamente claro para él, incluyendo sus planes para el teniente Leeds! Llamaría una escolta completa de stormtroopers para acompañarlo al puente. Luego se dirigiría directamente al centro de mando y arrestaría al ambicioso teniente delante de todos. Y a costa de algunos favores, supervisaría los procedimientos de corte marcial él mismo. El almirante Hennat, como buen amigo suyo, presidiría gustosamente todo el asunto, asegurando una sentencia de flagrante negligencia contra el teniente. Leeds se convertiría en el chivo expiatorio, enterrado en una lista de los cargos que iría de homicidio a traición, mientras que el propio registro de Vharing quedaría perfectamente limpio y claro.

Después de asegurar las esposas en las muñecas de Leeds él mismo, el capitán joven convocaría a su oficial de comunicaciones, Teniente Waleran al frente. Con gran ceremonia, como correspondía a un ascenso de campo en combate, ascendería al joven oficial industrioso al rango de teniente superior enfrente de la tripulación de puente completa. Y como Nolaan había hecho por él, Vharing tomaría a Waleran bajo su protección, asegurándole un lugar en el personal ejecutivo como su asistente militar personal.

Al final del corredor, el turboascensor estaba situado entre un túnel de mantenimiento auxiliar y una pequeña habitación de almacenamiento. Cerrando sus ojos, Vharing frotó su cuello, apenas capaz de tolerar el horrible dolor, que parecía intensificarse cuando se acercó al turboascensor. Sus manos acariciaron suavemente la zona bajo su garganta y sintió la hinchazón desfigurada de su laringe y las glándulas hinchadas a los lados de su cuello.

Nada de lo que los droides médicos no puedan encargarse, se dijo. Su lengua estaba también hinchada, casi bloqueando la ruta aérea a sus pulmones. Vharing hizo una pausa, apoyándose contra un cofre de equipo pesado. Aflojando el cuello de su uniforme, tragó una bocanada fresca de aire, esperando que el aire frío pudiera aliviar un poco de su malestar.

Asombrado al ver que aun no había alcanzado el turboascensor, el capitán luchó contra un ataque de pánico. Su corazón se aceleró cuando abrió sus ojos. Para cada paso que había dado, parecía como si la entrada del elevador se hubiera movido tres pasos más allá de él. Vharing cerró sus ojos otra vez, restregándolos, mientras el frío entumecedor de la sala de espera de Tremayne prevalecía sobre sus sentidos.

—Delirio —susurró, forzando la tensión y la preocupación a abandonarlo.

Cuando Vharing abrió sus ojos otra vez, estaba parado en el puente del *Interrogador*. ¡Qué visión tan pasmosa era, un tributo para la perfección y la dedicación de los técnicos imperiales que lo crearon! El teniente Leeds no estaba en ningún lugar sobre el puente de vuelo. Vharing sonrío con satisfacción vanidosa, recordándose a sí mismo visitar al oficial destituido, aunque más no fuera para ofrecer algunas elecciones respecto a su próxima carrera, como capataz en una de las minas de especia del Emperador.

Vharing casi río en voz alta ante la idea. Rozando pensativamente su mano sobre sus labios, tomó una respiración honda y unió sus manos a sus espaldas. Se tambaleó

rítmicamente de un lado a otro sobre sus tacones, consciente del hábito pero demasiado interesado en el éxtasis de estar vivo como para preocuparse.

Enfrente de él, el teniente Waleran estaba hablando con el equipo de navegación. Un juego de nuevas insignias adornaba su pecho uniformado, arrojando un brillo firme y orgulloso sobre el gris dramático de su cargo formal de mando. Complació a Vharing ver al teniente superior recién ascendido tan completamente comprometido en su trabajo y disfrutándolo. Parecía bien a gusto sobre el puente y por la atmósfera, la tripulación también estaba a gusto con él.

Por delante de ellos, la nebulosa se estaba rompiendo en secciones fragmentadas de estrellas discernibles y planetas distantes. La tripulación de puente se estaba preparando para dejar este sector, preparándose para el salto al hiperespacio. ¿Cuándo había sido dada la orden? Sacudiéndose esa incertidumbre, Vharing enderezó sus anchos hombros. Quería posar para la tripulación mostrando su confianza completa en el nuevo oficial de puente. En su ausencia, Waleran debía haber recibido las órdenes y estaba preparado para ejecutarlas.

Vharing levantó su barbilla con una dosis del orgullo. La acción causó que una punzada atroz del dolor lo atravesara. Hubo una literal explosión de información sensorial en la base de su cráneo cuando su cerebro vibró en agonía. Apretando sus dientes contra la angustia, el capitán forzó su cuerpo a adoptar una pose rígida. En cuanto diera la orden para el salto al hiperespacio, cedería oficialmente el puente a Waleran y se retiraría inmediatamente a la sección médica para un examen físico completo.

Cuando los pilotos dieron la señal de que todo estaba en orden para el salto al hiperespacio, Vharing abrió su boca para dar la orden… cuando un jadeo torturado escapó de su garganta. Trató de tragar pero la estrechez en su garganta no cedía. El teniente Waleran se volvió hacia él, como si mirara a través de él, y luego regresó a la estación de los pilotos. Enderezando sus hombros en una imitación arrogante de su oficial al mando, Waleran inclinó la cabeza hacia su subordinado y dio la orden para el salto al hiperespacio.

Vharing hizo una mueca de dolor bajo el ataque violento de los motores hiperespaciales cuando el chirrido de los motivadores sacudió sus huesos, hasta sus dientes. Hubo una explosión secundaria de luz y color cuando los puntos delatores de las estrellas se alargaron y estiraron al otro lado de la pantalla, transformándose en la tela sin costura del hiperespacio. Cuando el brillo radiante se intensificó, Vharing entrecerró los ojos, desesperadamente asustado de cerrarlos. Porque cerrarlos podría significar ya nunca volver a abrirlos, nunca ver este mundo, o existir dentro de él otra vez. Pero la luz era demasiado intensa, la presión en la base de su cráneo demasiado fuerte. Fue forzado a escapar a un mundo donde no había ninguna luz, ningún sonido, solo negrura.

Con el cuello roto, su médula espinal pulverizada en la base del cráneo, el capitán Jovan Vharing estaba muerto. Su cabeza se meneó lánguidamente de un lado a otro en sus hombros cuando dos stormtroopers sacaron a rastras su cadáver de la sala de espera del Alto Inquisidor Tremayne.

Conflicto de intereses

7 años después de la batalla de Yavin

Laurie Burns

Mientras permanecía de pie en los escalones del Salón del gobernador imperial verkuyliano, esperando para presentar sus credenciales falsificadas al stormtrooper en la puerta, Selby Jarrad volvió a secar el sudor que goteaba por sus sienes y deseó haber sido advertida sobre el maldito hedor.

Sólo otro «pequeño» detalle que Inteligencia había olvidado mencionar durante la reunión informativa para la misión, pensó. La ciudad —todo el sofocante *planeta*— apestaba a alazhi desbrozado, reducido a pulpa y hervido a fuego lento para su refinación en bacta. De todos los ataques que el equipo de la Nueva República podría enfrentar mientras ayudaba a los trabajadores rebeldes nativos de Verkuyl a destituir al Imperio, esta odiosa agresión olfativa nunca había sido mencionada.

Ella lanzó una mirada oblicua al hombre alto y de piel oscura que estaba junto a ella. Antes de aterrizar, el tieso, formal cuello del traje de negocios del mayor Cobb Vartos había estado recién planchado y limpio, pero hacía rato se había marchitado en el calor sofocante. Sucias marcas mostraban donde lo había apartado de su cuello transpirado. Selby no quería imaginar como luciría. Su propio traje se pegaba a ella, y su espeso pelo castaño rojizo apilado encima de su cabeza se sentía caluroso y pesado.

—No estoy seguro de qué es peor —murmuró Vartos, enganchando un dedo en su cuello y dando otro tirón—. Respirar a través de mi nariz y oler esa condenada cosa, o respirar a través de mi boca y *saborearla*.

Selby tenía una opinión definida sobre eso, pero justo entonces el stormtrooper en la puerta gritó:

—¡Próximo!

Vartos caminó hacia el portal y entregó su documento de identidad falsificado al guardia. Adoptando cuidadosamente el porte sereno y profesional de un postor corporativo —o al menos tan sereno y profesional como pudo con el cabello pegado a su rostro y el sudor corriendo por su espalda—. Selby hizo lo mismo.

El stormtrooper escaneó las tarjetas.

—¿Propósito de su visita?

—Mi asociada y yo estamos aquí para presentar una propuesta a su Excelencia, el gobernador Parco Ein —dijo Vartos. Dado que el gobernador tenía actualmente un salón lleno de postores esperando presentarle propuestas de negocios, Vartos no se molestó en añadir que la única propuesta que él y Selby pensaban darle era: ríndase, o muera.

Cuando Ein había anunciado que consideraría licitaciones para la construcción de una nueva refinería de bacta en Verkuyl, Inteligencia había decidido que la situación era demasiado buena para dejarla pasar. Los trabajadores nativos del planeta, apoyados por la reducción lenta pero firme del poderío imperial en los tres años siguientes a Endor, habían finalmente demostrado su voluntad de rebelarse abiertamente.

Y en este caso, los nuevos aliados de la República vendrían con una bonificación. Aunque Verkuyl estaba escasamente poblado y un poco alejado en el Borde para ser estratégicamente valioso, Selby sabía que la Nueva República consideraba apoyar militarmente el golpe de estado un precio pequeño para sortear los fastidios de tratar con el cartel del bacta y ganar una tubería directa a los recursos médicos. La Fiesta de Ofertas del gobernador brindaba la oportunidad perfecta para insertar un equipo de Inteligencia en su presencia; combinado con la amenaza militar que la flota presentaría cuando saltara al sistema, organizar su rendición debería ser simple.

Selby sintió otra gota de sudor bajar serpenteando por su espalda mientras el stormtrooper parecía demorar una cantidad desmesurada de tiempo verificando sus credenciales. Su armadura blanca brillaba intensamente en el sol mientras permanecían allí, sudando bajo su mirada oculta por el visor negro, por lo que pareció una eternidad. El silencio incómodo se alargó. Intercambió una mirada con Vartos y supo que él estaba pensando lo mismo cuando repentinamente una voz detrás de ellos los interrumpió.

—Disculpen, ¿hay algún problema?

Ella se volvió. El recién llegado, un hombre larguirucho y rubio vestido con el uniforme azul oscuro de un asistente imperial, los miró con curiosidad desde el pasillo.

El stormtrooper saludó en atención.

—Señor, dicen que están aquí para la Fiesta de Ofertas, pero no he podido confirmar su autorización para asistir.

—Ya veo —dijo el hombre, subiendo los escalones—. ¿Sus nombres? —consultó brevemente un pequeño datapad—. Están en la lista —confirmó—. Está bien, sargento. Déjelos pasar.

El stormtrooper asintió, haciéndose a un lado mientras la enorme puerta del salón se abría. Adentro, un aire maravillosamente fresco les dio la bienvenida, y un droide de color cobre cubierto con pequeñas motas verdes y oxidadas se adelantó para tomar sus bolsas de viaje. *Esta humedad horrible*, pensó Selby. *Incluso los droides son afectados*.



—Soy Daven Quarle —dijo el hombre, extendiendo su mano primero a Vartos y luego a ella—. Soy el asistente de su Excelencia a cargo del proyecto de la refinería.

Selby la estrechó, notando que el apretón de Quarle era firme, con duros callos en sus dedos. No era simplemente un burócrata entonces; éste hombre estaba acostumbrado a trabajar, y mucho.

Inteligentes ojos verdes la estudiaron a su vez.

—Así que, ustedes son los dos de GalFactorial —comentó mientras subían al turboascensor, de camino a sus habitaciones en el quinto piso con los otros postores—. Su compañía tiene reputación de hacer un buen trabajo. Pero —arqueó una ceja mientras el ascensor empezaba a subir—, escuché que la refinería que su gente construyó en New Cov terminó saliéndose de su presupuesto. ¿Es cierto?

—Por supuesto que no —dijo Selby, repentinamente agradecida de que a pesar de la omisión de Inteligencia con respecto a los aspectos más hediondos de la refinación del bacta, había *sido* totalmente informada sobre su cubierta—. A media construcción, el cliente decidió cambiar el sistema de ventilación para que la planta no soltara los gases afuera. Obviamente, rediseñar en ese punto fue difícil, pero el cliente insistió, así que el

presupuesto fue reajustado y aprobado. —Le dirigió una insípida sonrisa profesional—. Al final, el proyecto resultó en realidad *por debajo* del presupuesto revisado.

—Ya veo —murmuró Quarle—. Me alegra escuchar eso. Su Excelencia siempre aprecia un poco de cálculo creativo.

Selby lo miró agudamente, sin saber como interpretar su comentario. Decidió cambiar el tema.

—Si no le molesta que pregunte, ¿cuántas compañías enviaron postores para el proyecto?

Esa ceja se arqueó otra vez.

—¿Curiosa por la competencia?

En realidad no, pensó. *Preocupada por los civiles inocentes*. Aunque la multitud les daba más oportunidad para cubrirse, no le gustaba tener que preocuparse por la seguridad de los postores. La misión había sido cuidadosamente planeada para ser lo menos sanguinaria posible, pero los accidentes podían ocurrir, y frecuentemente ocurrían.

—Un poco —contestó en voz alta—. En realidad, me preguntaba si tendríamos la oportunidad de presentar nuestra oferta al Gobernador en persona. Encuentro que es beneficioso explicar personalmente los números a los posibles clientes. —Captó su mirada intencionadamente, y la sostuvo—. Nuestros clientes a menudo lo encuentran provechoso, también.

—Ah —dijo Quarle, inclinando su cabeza entendidamente. Comprendía el lenguaje encubierto de un postor que deseaba brindar un soborno—. Sucede que podrán encontrarse con su Excelencia más tarde esta tarde, en la recepción especial que hemos planeado para los postores. Y aquellos que deseen… —vaciló— …discutir *privadamente* sus ofertas con el gobernador Ein pueden hacer una cita para reunirse con él. ¿Quizás mañana en algún momento?

Selby lo consideró. Esta noche, Claris ayudaría a los miembros de la resistencia verkuyliana a colocar mechas alrededor de la principal torre de transmisión del planeta mientras sus compañeros de operativo ponían en marcha sus propios planes explosivos en el Salón. Mañana, enviaría una señal a la flota y luego destruiría los únicos medios que tenían los imperiales para pedir refuerzos, una vez que Selby lograra entrar a la oficina del Gobernador Ein para ofrecerle el «soborno» de la Nueva República.

El cual, su Excelencia, siendo un perspicaz funcionario experimentado en el arte de la auto-preservación, e influenciado por el poder militar que habría llegado precisamente para orbitar persuasivamente, por supuesto aceptaría.

Ella le sonrío a Quarle.

—Mañana será perfecto —dijo—. Lo esperaré con ansia.

***

Y si no fuera por la necesidad de mantenerse en guardia, se las podría haber arreglado para relajarse y divertirse, al menos un poco, pensó Selby esa tarde mientras Vartos y ella entraban al patio central del Salón donde se celebraba la recepción. Si esta tarde los dudosos encantos de Verkuyl habían confirmado la reputación del planeta como un lugar atrasado del Borde Exterior, sus cómodas y lujosas habitaciones y la elegante reunión esta noche podían hacer mucho por cambiar su opinión.

El sensual ronroneo de jizz suave se volcó sobre ellos, y por la apariencia de la mesa de buffet a lo largo de la pared lejana, el gobernador era un anfitrión generoso, magnífico incluso. Con la puesta del sol, la humedad de la selva se había vuelto al menos soportable, y el suelo decorado bajo sus pies y la vestimenta elaborada y a la moda de los postores hubiera sido apropiada para cualquier salón de baile corporativo en Coruscant.

Excepto que apestaba. Incluso en esta hermosa puesta, fuera del reconfortante sistema de aire cerrado del Salón, era imposible escapar del olor a alazhi hervido.



—Separémonos, ¿sí? —murmuró Vartos, sus ojos en el bar de la esquina, donde una fuente derramaba alguna clase de bebida de un rojo oscuro en una piscina poco profunda—. De esa manera será más fácil escabullirnos.

Aunque él no iba a escabullirse para reconocimiento del Salón hasta que hubiera reconocido totalmente la recepción, pensó Selby, divertida. Después de todo, tenían cubiertas que mantener.

—Sí —aprobó—. Creo que verificaré ese buffet yo misma.

Tres horas, dos platos, e interminable cháchara de postores después, se detuvo bajo uno de los elegantes pasajes abovedados del patio, para mirar otra vez la oscilante pista de baile. Se había dilatado en proporción directa con la mengua del botín de la mesa de buffet y el licor gratis del gobernador. Postores moviéndose al gemido conmovedor de un bajo de viol llenaban casi los dos tercios del patio mientras que el resto de los invitados había comenzado a pasear entre los arcos y dentro del mismo Salón.

Lo que la convertía en la ocasión perfecta para hacer un poco de exploración por su cuenta.

No se atrevió a usar el turboascensor más allá del quinto piso, donde la mayoría de los asistentes a la fiesta tenían sus habitaciones. Pero aún así, encontrar la oficina del gobernador en el último piso probó no ser un problema, ya que Inteligencia muy consideradamente la había provisto con un mapa. Con los zapatos en su mano, se deslizó hasta arriba de la pintoresca escalera del Salón, descubriendo y desmontando media docena de sensores de seguridad antes de llegar a su destino. Tardó solo un momento en

desprender el diminuto dispositivo de escucha, un pendiente de plata indistinguible de las docenas de inútiles que decoraban el escote de su traje de noche azul a la moda. Pero conseguir pasar el objeto a través de los sensores de seguridad, las cámaras centinela, y el guardia frente a la oficina de Ein probó ser un poco más difícil.

Al final, se vio obligada a utilizar la ayuda de un droide de limpieza, que, sin notar el pendiente plateado que describió un arco en el aire para aterrizar prolijamente en el cubo de basura del gobernador, o sin estar programado para que le importara, lo llevó servicialmente pasando junto al guardia y lo depositó bajo el escritorio de Ein. Selby esperó hasta que el droide terminara su limpieza, guardara su carro, y desapareciera en el turboascensor antes de bajar sigilosamente las escaleras para reintegrarse a la fiesta.

No lo logró.

Mientras cruzaba apresuradamente el pulido descanso del décimo piso, Selby escuchó que las puertas del turboascensor se abrían deslizándose inesperadamente tras ella. *Estrellas ardientes,* maldijo, mientras se le caía el alma a los pies. *¿Olvidé algún sensor?* A metros de distancia de la seguridad del hueco de la escalera, sin ningún lugar donde ir y ninguna elección salvo usar su descaro, se volvió para enfrentar al recién llegado.

Daven Quarle.

Ambos se detuvieron sorprendidos. Sus ojos verdes pasaron rápidamente sobre ella, notando los zapatos que sostenía en su mano y deteniéndose brevemente en el decorativo escote del vestido antes de detenerse en sus pies desnudos. Selby, que sostenía el dobladillo del vestido casi a la altura de sus rodillas para facilitar su escape por las escaleras, lo dejó caer apresuradamente cubriendo los dedos de sus pies.

Cuando Quarle alzó la vista otra vez, sus ojos brillaban, con sospecha o diversión, Selby no pudo determinar.

—Postor Jarrad —dijo cortésmente—. Si está buscando su habitación, creo que está en el piso equivocado.

—Uhm. No. No —pensando rápido. Ese pase en su mano…— Quiero decir, aprecio su preocupación, pero no estoy perdida en realidad.

Quarle no dijo nada. Ella se apresuró a explicar.

—Es una noche tan agradable, y las estrellas parecían tan bonitas en el patio. Pensé en subir al techo y disfrutar la vista.

Él alzó una ceja.

—¿No sería más fácil tomar un turboascensor?

—Bien, por supuesto. Pero —era ella se encogió de hombros y jugó su corazonada— no me llevaría hasta arriba del todo, así que encontré las escaleras y empecé a subir.

—Ya veo —dijo Quarle, sus ojos otra vez en los zapatos que colgaban de sus dedos—. Sucede que esas escaleras no llegan hasta el tejado.

—Ah —dijo Selby, tratando de parecer desilusionada—. Bueno, era solo un capricho. No importa —empezó a volverse.

—Espere.

Miró hacia atrás. Quarle la miraba pensativamente.

—Es una noche agradable —asintió—. Y la vista desde el techo es espectacular. Puedo llevarla allá, si quiere.

Selby estudió su expresión, preguntándose qué habría detrás de la propuesta. ¿Quarle sospechaba que mentía, y quería llevarla a un lugar más oscuro y privado para interrogarla más concienzudamente… o peor? ¿O era algo mucho menos siniestro; una simple invitación de un hombre a una mujer para mirar las estrellas?

Le molestó un poco que hiciera tanto tiempo que había recibido una invitación de esa clase que ya no pudiera distinguir cuando se la ofrecían. Las demandas de trabajar en Inteligencia mantenían a las personas a la distancia de un brazo, o más lejos. *Debería al menos descubrir lo que quiere*, se dijo a sí misma. *Si tiene sospechas, el techo no sería tan mal lugar para lidiar con el problema*.

Ella se obligó a sonreírle luminosamente.

—Claro. Eso me agradaría.

El breve ascenso hacia el techo fue hecho en silencio, y afuera el aire estaba quieto y sofocantemente cálido, una conmoción después de la cómoda frescura del Salón. Pero encima, miles de estrellas centelleaban como pequeñas joyas enhebradas en guirnaldas en el cielo; una vista espectacular, como Quarle había prometido.

Permanecieron cerca de la barandilla de piedra tallada, Selby manteniéndose cuidadosamente justo fuera de su alcance, mirando hacia la ciudad. Localizó la torre de comunicación principal elevándose de un pequeño anillo de luces a un kilómetro de distancia, y se preguntó si Claris y su equipo habrían terminado de preparar los explosivos. Si todo marchaba según lo planeado, para mañana a esta hora Verkuyl estaría otra vez en posesión de sus dueños originales.

—Parecen muy lejanas, ¿verdad? —dijo Quarle.

—¿Qué? —ella se volvió, mirándolo atentamente—. ¿Qué cosa?

—Las estrellas —dijo, dirigiéndole una mirada extraña. Movió su mano en un ademán que abarcó el cielo enjoyado—. Parecen tan lejanas, pero en términos de comercio interestelar, están solo a un viaje corto, un brinco, y un salto de distancia; tan cerca que casi puedes estirarte y alcanzarlas.

—Ah —dijo Selby. Aparentemente, la había traído aquí solo para mirar las estrellas. Miró hacia arriba, también—. El milagro del hiperespacio —citó—, unir cien mil mundos en una aldea galáctica.

—Es cierto —acordó Quarle, mirando hacia arriba—. ¿Cuál es la suya?

Selby echó un vistazo al cielo nocturno intentando divisar Averill, pero los patrones de estrellas le eran completamente extraños.

—No lo sé —confesó, sorprendida ante el ridículo sentimiento de contento que le producía la trivial conversación—. En algún sitio allí afuera.

Él sonrió también. Sin esa expresión reservada y atenta, parecía más joven; quizás solo algunos años mayor que ella.

—¿De dónde es *usted*? —preguntó.

—De aquí —dijo—. Engendrado, nacido y criado en bacta. Nunca he salido del planeta.

—Realmente —dijo, su mente trabajando en sus palabras. Si Quarle era nativo, entonces sus padres habían estado entre los inmigrantes originales que habían llegado al planeta como accionistas de Verkuylian BactaCo, un contingente solitario que se las había arreglado de algún modo para formar su propio enclave separado de los carteles de bacta. Los padres de Quarle probablemente estaban entre esos trabajadores que habían vuelto sus espaldas a sus colegas y habían unido sus fuerzas con el Imperio cuando había llegado para nacionalizar la compañía. Y, teniendo en cuenta su puesto en la oficina del gobernador, sin duda él estaba entre aquellos que habían mirado en otra dirección mientras sus antiguos compañeros de trabajo se volvían poco más que esclavos, ya no produciendo bacta para su propio beneficio, sino para la imaginaria gloria del Imperio.

En pocas palabras, la clase de ciudadano imperial leal que los trabajadores rebeldes a los que ella había venido a liberar veían como un traidor.

Selby se recordó que, dado su documento de identidad falso y el convincente paquete de mentiras profesionales que formaban su cubierta, Quarle creía que ella misma era una leal ciudadana imperial.

—Entonces es la persona correcta para preguntarle —dijo, apartándose deliberadamente de ese tema de conversación—. ¿Siempre huele tan… tan *mal* aquí?

Quarle rió con ganas.

—Apenas lo noto —le dijo—, pero he vivido aquí toda mi vida. Ni siquiera estoy seguro de tener todavía sentido del olfato.

—Es afortunado —sonrió—. La primera aspiración afuera de la escotilla me derribó.

Él rió otra vez.

—Verkuyl nunca atraerá el turismo, eso es seguro —hizo una pausa mirando la ciudad—. Pero aunque no podemos ser confundidos con el centro brillante del universo, hay muchas cosas que podrían hacerse para mejorar la situación aquí —dijo, repentinamente serio.

—¿Cómo cuáles? —preguntó Selby, curiosa a pesar de sí. ¿Cómo, precisamente, los amos imperiales de Verkuyl preveían moldear el futuro del planeta que habían robado a sus legítimos dueños?

Quarle la miró un momento como si estuviera decidiendo cómo responderle. Luego, aparentemente llegando a una decisión, se relajó contra la barandilla de piedra. Detrás de él las luces distantes de la torre de comunicación arrojaban destellos rojizos de su pelo dorado, y más allá de la torre la negrura total de la selva de alazhi de Verkuyl se extendía hasta el horizonte.

—El gobernador tiene algunas ideas, la mayoría de las cuales son muy sensatas —empezó, y aunque Selby no había esperado menos, se sintió algo decepcionaba cuando él se puso a recitar el usual discurso imperial. Sin embargo, no pudo desestimar el sentimiento continuo de que él no estaba totalmente convencido. Así que cuando hizo una pausa, dijo:

—Ahora, dígame qué haría si *usted* estuviera a cargo.

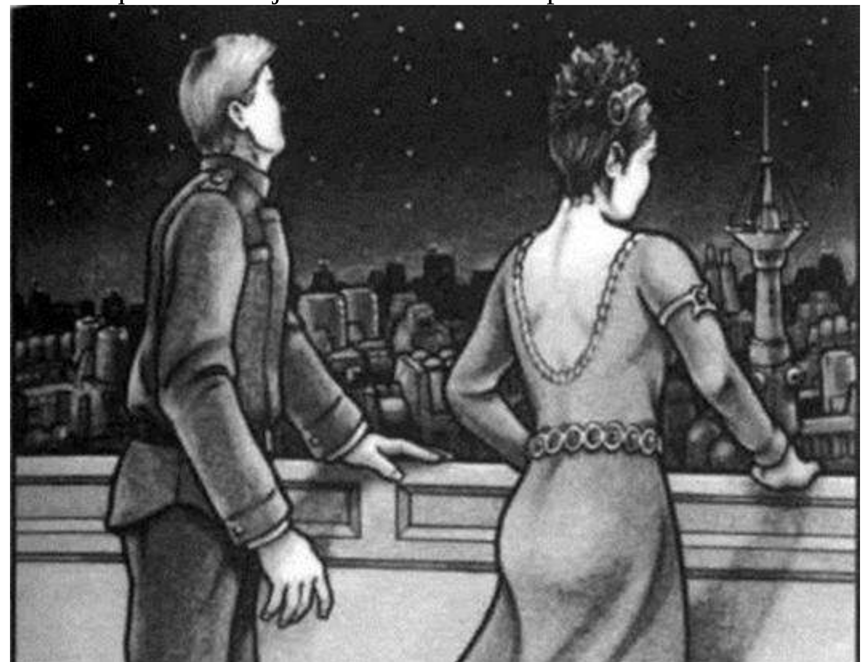
Quarle la favoreció con otra de esas largas miradas evaluadoras. Selby se forzó a no retroceder cuando él se acercó, reduciendo la distancia entre ellos.

—¿Realmente quiere saberlo? —preguntó, en voz baja, acercándose tanto que sus hombros se rozaron.

Con su pulso martilleando abruptamente y todos sus sentidos alertas a cualquier señal de ataque, Selby asintió.

Quarle la miró fijamente un momento más. Luego, despacio, cruzó sus brazos sobre su pecho y se apoyó contra la barandilla.

—Muy bien —dijo, apartando la mirada—. Lo que *yo* creo es que se necesita un nuevo enfoque, una expansión agresiva que le ofrecería a Verkuyl más independencia económica en la comunidad galáctica, nos daría más seguridad, y abordaría algunas de las preocupaciones que los trabajadores han estado expresando últimamente.



Él echó un vistazo, midiendo su reacción. Intrigada, Selby se relajó contra la barandilla y se preparó para escuchar. Alentado, se dispuso a continuar pero fue interrumpido por una discreta señal sonora.

—Discúlpeme un momento —dijo, extrayendo un comunicador de su bolsillo—. Sí, ¿qué sucede?

—Daven, soy Jorli —dijo una voz que Selby reconoció como la de un asistente del equipo de Ein—. Lamento molestarlo, pero la recepción ha terminado con excepción de algunos fiesteros que no captan las indirectas. Apagué la fuente y puse a los droides a apilar las sillas, pero aun así no se van. ¿Debo llamar a seguridad?

—No —dijo Quarle con un suspiro—. Déjamelos a mí. Bajaré en un momento. —Guardando el comunicador, miró a Selby con pesar—. Voy a tener que interrumpir esto. El deber llama.

—Siempre lo hace —dijo Selby. Se incorporó también, preguntándose si quizás…—. ¿Estaría bien si me quedo aquí arriba un rato más? Es una vista hermosa en verdad.

—Lo lamento, no —dijo—. Necesitaría un pase para bajar en el ascensor y no tengo ninguno extra. Éste está codificado para mí, es intransferible.

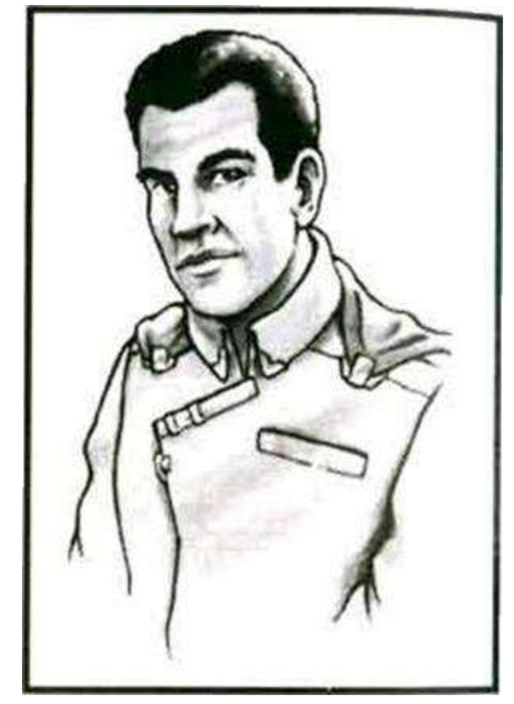
—Ah. Está bien. —En realidad ella no había esperado que le diera libre acceso al Salón. Selby se encogió de hombros—. Bien, entonces. ¿Nos vamos?

El descenso fue tan silencioso como lo había sido el camino hacia arriba, el breve momento de camaradería desaparecido. Quarle la escoltó cortésmente hasta su habitación, le deseó educadamente buenas noches, y se alejó a grandes zancadas. Resistiendo severamente el impulso de mirar hasta que desapareció en el turboascensor, Selby cerró la puerta tras ella. Esta era una de las peores partes del trabajo: cuando un enemigo se mostraba no como un adversario, sino como una persona decente que solo servía en el lado opuesto.

Suspiró. En su línea de trabajo, era más fácil ver todo en blanco o negro, amigo o enemigo, que intentar ordenar todas las sombras del gris. La ceguera al color era a menudo más saludable, también. Agentes que vacilaban en silenciar a sus enemigos a menudo descubrían que sus recién descubiertos «amigos» no vacilaban en silenciarlos. Trabajar en inteligencia significaba mantener las líneas de batalla claras, y el enemigo firmemente fijo en la mira. No había lugar para nada más.

Lástima, pensó. Algo sobre Quarle —su preocupación por los trabajadores, quizás— le decía que había algo más en él de lo que parecía a simple vista. No era que eso importara. Ella sabía cual era su deber. Suspiró otra vez, dio media vuelta. De la entrada que conectaba sus habitaciones, Vartos la miraba con un gesto fruncido.

—¿Todo bien? —preguntó—. Desapareciste un buen rato.



—Bien. —Selby lo tranquilizó. Caminando hacia la cama, se sentó y empezó a quitarse los peines decorativos que fijaban la pulcra corona de rizos encima de su cabeza. Mechones caoba cayeron sobre sus hombros—. ¿Podemos hablar aquí?

—Lo verifiqué. Estamos limpios. —Tomó algunos pasos más dentro del cuarto—. ¿Lograste colocarlo?

—Ajá. —Selby inspeccionó los peines sobre la colcha ante ella. Recogiendo uno, tocó con la uña en cierto sitio y activó el auricular. Escucharon. Silencio. Asintió con la cabeza con satisfacción. Todo tranquilo, como debía ser. El micrófono oculto esperaba para mañana.

Repentinamente, un débil chirrido rompió la tranquilidad. Ella y Vartos intercambiaron una mirada. Otro chirrido, acentuado por el escarbar de garras diminutas. Selby sonrió.

—Su Excelencia parece tener un problema de roedores.

—Esperemos que no le agraden los pequeños bocadillos brillantes.

—No comen metal —le dijo ella—. Debe ser lo único que *no* comen.

—Bien —la estudió brevemente—. Así que, ¿qué ocurrió con ese asistente, Quarle?

—Me atrapó bajando las escaleras —admitió—. Pensé que habría problemas, pero todo pareció resultar bien.

Vartos parecía aliviado.

—Bien, si tenían que atraparte, fue bueno que fuera él. Está en un buen puesto para sacarte de apuros.

Selby frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Sacarte de apuros, cubrirte. Inventar una excusa de por qué estabas en un lugar donde no deberías estar. —Vartos le dirigió una mirada rara—. ¿No te preguntó qué estabas haciendo?

—Le dije que estaba tratando de llegar al techo para ver las estrellas.

—¿Y te creyó?

—Pareció hacerlo —lo miró, aun frunciendo el ceño—. ¿Por qué me cubriría?

—Espera, déjame aclarar esto —dijo Vartos—. Hasta donde tú sabes, él piensa que tú estabas merodeando por el Salón porque —sonrió— ¿querías mirar las estrellas?

—Eso es lo que dije —masculló ella—. ¿Qué quieres decir…?

—Sel, él está de nuestro lado —dijo Vartos suavemente—. Está con la resistencia verkuyliana.

Ella se repuso antes de quedarse con la boca abierta.

—¿Lo está? —le tomó otro momento digerir las noticias—. Entonces él sabe todo sobre nosotros —dijo—. Supo todo el tiempo lo que yo intentaba hacer.

—No, no lo creo —dijo Vartos—. Ya sabes como se preparan estas cosas, Sel.

Ella asintió, aun digiriendo la idea. Los miembros de células de la resistencia tenían casi siempre muy poco contacto entre sí, y limitado conocimiento de lo que estaba sucediendo para limitar la responsabilidad. Así, si un rebelde era comprometido o capturado, el daño al grupo podía ser reducido al mínimo.

Pensó sobre eso un poco más, recordando su impresión inicial de que Quarle no era totalmente lo que parecía.

—Se necesitan agallas, para jugar en ambos lados de esa manera —dijo, reconsiderando su conversación en el techo teniendo en cuenta esta nueva información—. Tiene un casco duro para remendar haciéndose pasar por un imperial leal.

—También nosotros —dijo Vartos, con cierta aspereza—. Y a menos que lo necesitemos para algo, vamos a seguir tratándolo como *si fuera* uno. Ya habrá tiempo *después* del golpe para comparar notas sobre sus respectivas carreras encubiertas, Sel.

La reprimenda era difícil de ignorar.

—Por supuesto —dijo, ligeramente herida porque él pensara otra cosa—. Puede contar con que pondré la misión ante todo, señor.

—Lo sé —él la estudió un momento más, asintió una vez y cambió de tema—. He aquí como luce la configuración de seguridad en los niveles bajos.

Él se embarcó en una descripción de paneles sensores, puestos de guardia, y cámaras escondidas. Selby escuchó, agradecida de que su cerebro se mantuviera ocupado visualizando el diseño del Salón en vez de revivir el encuentro de esa tarde con Quarle. Preguntándose si la duplicidad inherente de mantener su mascarada le causaba dificultades. Si estaba… solo… viviendo una vida dividida entre ideales y deber, inseguro de a quién llamar amigo y a quién llamar enemigo, pero seguro de que no podía bajar su guardia con ninguno de ellos.

Dándose cuenta de la dirección de sus pensamientos, Selby forzó su mente a regresar a la tarea que los ocupaba. Como Vartos había dicho, después habría tiempo para ese tipo de cosas.

O quizás podría haber habido, si las cosas hubieran resultado diferentes.

***

Selby escuchó los susurros de los pequeños audífonos ocultos en sus aretes ornamentales mientras marchaba aprisa a la oficina del gobernador la mañana siguiente. Lo que escuchó envió su estómago al suelo tan seguramente como si el piso del turboascensor hubiera desparecido repentinamente bajo sus pies. Lo que en cierto sentido, había sucedido. Claris, que esperaba en la torre de comunicaciones la señal de Selby para llamar a la flota, acababa de ser capturada.

Y en el breve lapso de tiempo entre que el gobernador Ein fue informado del arresto y Selby lo escuchara, antes de que la señal del micrófono escondido fuera interrumpida, su plan cuidadosamente ideado se hizo pedazos. La pérdida de Claris destrozaba su efectividad al igual que un cambio de presión en la cabina microfracturaba el casco frágil de una nave.

Durante ese primer momento de aturdimiento, Selby sintió que el pánico congelaba su mente mientras observaba los indicadores de piso, llevándola cada vez más cerca de su reunión con el gobernador. Claris capturada, y ella a pocos segundos de los stormtroopers que seguramente esperaban su llegada a la oficina de Ein…

Entonces una oleada de adrenalina derritió la escarcha y obligó a su cerebro a encontrar apresuradamente una manera de salvar la situación. *Piensa*, se ordenó, maldiciendo al micrófono escondido por interrumpirse justo cuando más necesitaba escuchar lo que sucedía en la oficina del Gobernador. ¿Había alguna manera de parar el ascensor, salir de él, y encontrar una manera de advertirle a Vartos?

Se mordió el labio. No sin un pase. No sin hacer antes una parada en el piso del gobernador. El guardia abajo había ingresado su destino, notificado a la oficina de Ein que ella estaba subiendo y programado el ascensor sin paradas intermedias.

Pero hay otras maneras de salir, pensó, echando un vistazo arriba para confirmar la presencia de un panel de mantenimiento en el techo del ascensor. Podía retirar el panel, trepar en el hueco, e ir… ¿a dónde? Su mano, extendiéndose hacia los controles del ascensor, vaciló…

Y entonces, súbitamente, ya era demasiado tarde. Las puertas se abrieron deslizándose.

Selby se congeló. Dos stormtroopers estaban frente al ascensor, rifles bláster apoyados imponentes en sus blancos hombros blindados en pose tradicional de desfile. Los miró fijamente. Ellos la miraron a su vez, aparentemente sin prisa por tomarla en custodia. En su interior, la esperanza luchaba con la precaución. ¿Podía ser que no lo supieran?

No podía quedarse en el ascensor para siempre. Tomando una honda inspiración, salió. Audazmente, anunció:

—Estoy aquí para ver a su Excelencia.

Los stormtroopers sólo la miraron sin responder, pero hacia un costado, un droide de protocolo de ojos dorados se puso en acción.

—Lo siento, pero el gobernador no puede verla ahora —se disculpó en una oficiosa manera petulante que hizo sospechar a Selby que daba este discurso particular muy a menudo—. Han surgido asuntos inesperados que requieren su atención inmediata. ¿Puedo reprogramar su cita para otro momento?

—Oh, supongo que sí —dijo, tratando de parecer molesta por la demora. Aun sin creer en su suerte, ella acordó otra cita y volvió a entrar al turboascensor. Mientras este aceleraba hacia la planta baja, se fortaleció para decirle a Vartos que había habido un cambio de planes. Como oficial al mando de la misión, le correspondía a él decidir el curso de acción que requería ese cambio.

Por un momento, se permitió pensar en Claris, ahora en custodia imperial, el peor miedo de un operativo de inteligencia. Entonces la puerta se abrió deslizándose, y ella partió en busca del cuarto del generador donde Vartos esperaba su señal para cortar la energía del Salón. Si no lo habían hecho antes, los imperiales seguramente estarían monitoreando ahora las comunicaciones electrónicas. Tendría que entregar este mensaje en persona.

Pero sucedió que no tuvo que hacerlo. Vartos ya lo sabía.

Con las manos en el aire y una expresión sombría en su cara, él estaba de pie atrapado contra uno de los palcos de los relevadores de poder activos. Giró su cabeza para mirar a Selby mientras ella entraba deslizándose, con su propio bláster en la mano antes de registrar totalmente la situación. Pero el stormtrooper que le apuntaba con su rifle bláster ni siquiera miró en su dirección. No tuvo que hacerlo. Antes de que ella alzara su arma, una voz severa le ordenó desde un costado que la dejara caer.



Selby se congeló mientras apuntaba y volvió lentamente la cabeza. A una corta distancia, Daven Quarle tenía sus manos a medio alzar mientras permanecía de pie entre dos hileras de relevadores de poder. Detrás de él, el segundo rifle bláster de los stormtrooper apuntaba ahora hacia ella.

—¡Déjelo caer! ¡Ahora! —repitió el stormtrooper enérgicamente.

Selby arriesgó otra mirada a Vartos. Sus ojos se encontraron y en sus resignadas profundidades pudo ver que él comprendía su dilema.

Como estaban las cosas, con el equipo entero de la Nueva República capturado y la flota sin aviso, la misión estaba condenada a un seguro fracaso. Sin la flota para apoyar su rendición, Ein y sus stormtroopers simplemente aplastarían a los trabajadores rebeldes, y ellos tres, no, cuatro contando a Quarle, serían interrogados y seguramente ejecutados.

Sin embargo, si ella no se rendía y disparaba al captor de Vartos, resultaría probablemente en la ejecución inmediata de su oficial al mando, pero si —y este era un gran si— Quarle era tan rápido como parecía y pensaba en distraer al segundo stormtrooper, ella podría lograr escapar durante el tiroteo que seguiría.

Y si ella escapaba, aun existía una posibilidad de que pudiera —de alguna manera— llamar a la flota.

Puede contar con que pondré la misión ante todo, le había dicho a Vartos.

Había hablado en serio.

Levantando su bláster, Selby disparó.



Los siguientes momentos fueron borrosos. Mientras se zambullía detrás de una caja de control de metal que le ofrecía escaso refugio, el cuarto se encendió con el fuego de los bláster. Al otro lado de la habitación, Vartos se desplomó. Atrapada e incómodamente consciente de los disparos de bláster que chisporroteaban a su alrededor, Selby siguió disparando hasta que el primer stormtrooper cayó. Luego, girándose para apuntar a su compañero, que estaba agachado detrás de una caja de metal, un movimiento hacia el costado capturó su vista.

Era Quarle, deslizándose furtivamente a lo largo del muro hacia la puerta, su único medio de escape. Otra cosa atrajo su mirada también…

—¡Daven, cuidado! —gritó, y disparó. El disparo chisporroteó en un panel pequeño en el muro a escasas docenas de centímetros ante él. Las luces vacilaron y se apagaron, cubriendo la habitación con oscuridad.

Y esa era su única oportunidad.

Como de común acuerdo, la puerta se deslizó abriéndose, iluminando su ruta hacia la libertad. Momentáneamente, la figura de Quarle se dibujó contra la luz, mientras se deslizaba a la seguridad del corredor. Dirigiendo una salvaje lluvia de fuego de protección en la dirección del stormtrooper, Selby se puso de pie y corrió tras él.

Casi lo logró ilesa. Justo cuando alcanzaba la puerta, un disparo de bláster rozó su brazo extendido, enviando garras irregulares de dolor ardiente subiendo por su hombro y forzando un involuntario grito de dolor, mientras se tambaleaba en el corredor. La puerta se cerró detrás suyo, los débiles sonidos de los disparos del stormtrooper golpeando inútilmente contra la barrera de metal.

Alertado por su grito, Quarle se dio vuelta. Sintiendo nauseas repentinamente, y mareada por el ardiente dolor, ella vaciló justo fuera de la puerta y trató de orientarse.

—¿Por dónde? —logró decir entre dientes apretados.

Quarle vaciló, pero detrás de él por el corredor, dos stormtroopers doblaron la esquina y repentinamente el punto quedó fuera de discusión. Su brazo se sentía envuelto en llamas, pero se las arregló para hacer algunos disparos disuasores en su dirección antes de volverse para correr. Mientras el fuego de bláster resonaba en el corredor, sintió más que escuchó a Quarle en sus talones.

No habían hecho más de cincuenta metros antes de que él empujara firmemente a la derecha y apoyara su palma en el panel de una puerta. Selby lo dejó guiarla, irrumpiendo en una habitación larga y angosta sin más puertas que por la que acababan de entrar.

—¿Adónde vamos? —exigió, y el dolor hizo que la pregunta sonara áspera.

—A algún lugar seguro —dijo Quarle, tan breve como ella. Él palpó a lo largo del muro vacío en el otro extremo del cuarto mientras Selby merodeaba con impaciencia, estudiando la habitación por posibles vías de escape. Estaba aliviada de estar fuera de la inmediata línea de fuego, pero sin ninguna salida aparente, ese alivio duraría poco. Y los stormtroopers estarían aquí en cualquier momento…

Volviéndose hacia Quarle, se sobresaltó al ver una antigua puerta batiente en el muro lejano donde estaba segura que antes no había habido nada.

—Apresúrate —dijo él, y probó que la puerta no era un espejismo abriéndola de un empujón y adentrándose en la oscuridad que había más allá.

Selby se apresuró a entrar al pasaje angosto junto a él, y miró mientras él hacía algo en un panel ubicado tras el muro. La luz que fluía por la puerta abierta cambió repentinamente. Cuando Selby miró la habitación más allá, fue como mirar a través de una cortina diáfana.

Se sobresaltó cuando la puerta en el otro extremo se abrió bruscamente. A una vez, dos stormtroopers se lanzaron en la habitación con armas preparadas. Pero asombrosamente, no le dirigieron más que una mirada superficial a la pared lejana. Se dio cuenta entonces que debían ver el mismo muro vacío que ella había visto cuando entrara a la habitación, y miró la cortina diáfana con nuevo respeto. Un holoflaje, uno de los mejores holoflaje que había visto, ocultaba la puerta secreta a los ojos curiosos.

—Estoy impresionada —murmuró tensamente mientras Quarle cerraba la puerta, encendía una vara luminosa, y la guiaba por el oscuro pasadizo. Su brazo vibró con cada paso—. Muy impresionada. ¿Cómo sabías que estaba allí?

—Un viejo secreto de familia —echó un vistazo por sobre su hombro—. Mi abuelo era Corlin Quarle Deld.

Un momento después, ella reconoció el nombre.

—El propietario principal de Verkuylian BactaCo —dijo, y él asintió con la cabeza. Selby asintió también, mientras las piezas caían más claramente en su sitio. No era extraño que Quarle fingiera ser un imperial mientras secretamente tramaba la revuelta. Su familia había poseído el planeta entero antes de que el Imperio se apoderara de él.

Pensó en el holoflaje y sintió renovarse su esperanza.

—¿Tienes otros secretos de familia que me gustaría conocer? —preguntó.

Quarle se detuvo ante una puerta. Más allá, el pasaje desaparecía en la oscuridad. Agachándose, iluminó con su vara luminosa un teclado polvoriento y marcó unas series de números. Una cerradura sonó, y él abrió la puerta para revelar una habitación diminuta.

—Puede ser —dijo al fin, cerrando con llave la puerta otra vez tras ellos—. Pero tenemos que pensar qué vamos a hacer ahora. Es obvio que cualquier plan que tú y tu socio tuvierais aquí ha fracasado, y mi cubierta ha sido descubierta también. En este momento, salir con vida parece ser lo mejor que podemos esperar.

—Eso no es suficiente. —Selby sacudió su cabeza—. Si puedo avisarle a la flota, aún existe una posibilidad de que podamos llevar esto a cabo.

Quarle la miró con dureza.

—¿La flota?

—Hay una pequeña fuerza de batalla de la Nueva República esperando una señal de Claris… —se corrigió— una señal mía para entrar. Una vez que aparezca, a menos que Ein tenga un Destructor Estelar o dos escondidos en su bolsillo trasero, no tendrá otra elección que rendirse.

—Ya veo —dijo Quarle. Miró fijamente por un momento, pensando, entonces le dirigió una leve sonrisa—. Y no, no lo tiene. —La sonrisa se desvaneció mientras sus ojos iban a su brazo herido—. ¿Por qué no me cuentas lo que está ocurriendo mientras atendemos esa quemadura? —sugirió—. Decidiremos dónde ir desde aquí.

El medpac que consiguió solo contenía el anestésico más suave, así que Selby se alegró de concentrarse en describirle la misión mientras Quarle limpiaba suavemente la quemadura y untaba un gel verde viscoso sobre ella.

—Alazhi inestable —dijo ante su expresión dudosa—. No tan efectivo como bacta refinado, pero ciertamente ayudará.

Lo hizo. El gel fresco alivió la quemadura y, al endurecerse, proporcionó una capa protectora que hacía innecesarios los vendajes. Selby dobló el brazo experimentalmente, aliviada de encontrar que el movimiento producía sólo una sorda protesta.

—Entonces —dijo—. ¿Qué piensas?

—Es *tu* brazo. —Quarle arqueó una ceja—. ¿Qué piensas *tú*?

—El brazo está bien —dijo, agradeciéndole con una sonrisa leve—. Quise decir, ¿qué hacemos ahora? ¿Puedes conseguirme acceso a una unidad de comunicación subespacial?

Él apretó los labios pensativamente y volvió a sentarse.

—Probablemente —dijo, e hizo una pausa—. Una pregunta, sin embargo. ¿Cuáles eran las órdenes de la flota si no recibían la señal? ¿Enviar alguien a investigar, o solo regresar a casa?

—Ellos no nos abandonarían —dijo Selby—. Tratarán de descubrir que sucedió.

—¿Así que eventualmente alguien aparecería para averiguar por qué la señal nunca fue dada?

—Ellos no nos abandonarían —dijo Selby otra vez, sintiendo una honda punzada ante la idea de que, ante la oportunidad incierta de salvar la misión, ella básicamente había abandonado a Vartos en la sala del generador. Sabía que, si fallaba, la inteligencia eventualmente enviaría a alguien para investigar, pero a esa altura de la misión sólo implicaría extraer los miembros sobrevivientes del equipo, si había alguno, y salir. Vartos y Claris se habrían perdido en vano, los trabajadores rebeldes verkuylianos serían purgados, y el Imperio ganaría… quizás permanentemente. Sin apoyo suficiente de los trabajadores que quedaran, la Nueva República probablemente no regresaría.

—Ya veo —dijo Quarle—. Así que llamamos a la flota ahora, o nunca habrá otra oportunidad.

—Así parece —acordó Selby. Vaciló—. Lo siento, esto podría ponerse más caótico de lo que planeamos originalmente. Si Ein empieza a reunir a trabajadores, usándolos como rehenes… Aún podemos ganar, pero la victoria puede tener un precio más alto.

La mejilla de Quarle tembló.

—Todas las cosas que valen la pena generalmente lo tienen.

—Podría haber enfrentamientos, en órbita o en la superficie —advirtió ella—. ¿Lo valdría para ti?

Él la miró. En sus ojos, vio una sombría aprobación.

—Quiero lo que es mejor para Verkuyl —dijo—. Si esto implica derramamiento de sangre… —apartó la mirada—. Lo lamentaré, pero aprenderé a vivir con eso. Ahora… —cambió el tema repentinamente—, puedo pensar en tres comunicadores subespaciales a los que podríamos acceder. Determinemos cuál sería mejor de intentar…

***

Si ella hubiera sabido de todos los pasajes escondidos del Salón la noche anterior, reflexionó Selby mientras seguía a Quarle por un corredor angosto, llegar inadvertidamente a la oficina del gobernador hubiera sido tan fácil como acertarle a mynocks de un acoplamiento de poder.

El Salón había demostrado ser prácticamente un laberinto de pasajes ocultos. El abuelo de Quarle había sido un cuidadoso hombre de negocios, incluso paranoico, lo que era afortunado, dadas las circunstancias actuales. Significaba que podían moverse dentro del Salón con libertad asombrosa, necesitando solo dejar su cubierta para llamar a la flota. Selby sonrío al pensar que mientras los Imperiales, que sin duda monitoreaban las

transmisiones subespaciales salientes, vinieran corriendo a investigar la llamada, todo lo que encontrarían sería guardias inconscientes en un cuarto vacío. Ella y Quarle regresarían a su escondite a esperar la llegada de la flota antes de confrontar a Ein.

—Casi llegamos —dijo Quarle en voz baja, deteniéndose en una intersección—. Antes de avanzar más, quiero observar la situación exterior, ver a qué nos enfrentamos.

—Suena bien —murmuró en respuesta—. Guíame.

Él vaciló, y se giró para mirarla.

—Preferiría hacerlo a solas —dijo—. Conozco el sistema de pasajes. Tú no. Y de esta manera, si me atrapan, quedará uno de nosotros para terminar el trabajo.

Selby frunció el ceño. Tenía sentido, pero ella no quería separarse particularmente. Quarle no tenía un bláster y sería incapaz de protegerse si tropezara con un problema. Sintió otra punzada, recordando a Vartos. Se suponía que los miembros de un equipo se cubrían las espaldas entre ellos. Consideró brevemente darle su propio bláster para el reconocimiento, pero decidió no hacerlo. Inteligencia le había enseñado a cuidar primero su propia espalda.

Los ojos de Quarle cayeron en el bláster también, pero cuando ella no lo ofreció, él no preguntó.

—Espera aquí —le dijo—. No debería tardar demasiado.

Selby asintió con la cabeza. Él la miró un momento, como queriendo decir algo más, pero luego sólo asintió con la cabeza, también. Volviéndose, empezó a doblar la esquina…

—Cuida tus espaldas —le dijo ella suavemente.

Él miró hacia atrás, y arqueó esa ceja.

—Siempre —aseguró, y se alejó a grandes zancadas.

Una vez que él se fue, Selby se reclinó contra la pared del angosto pasaje y suspiró. Sola con sus pensamientos por primera vez desde el tiroteo en el cuarto del generador, ella no podía apartar el rostro de Vartos de su mente. ¿Había sido sólo una increíble mala suerte el que fuera descubierto por los stormtroopers? ¿O Claris ya había sido «persuadida» de hablar sobre sus compañeros de operativo?

Lo que le recordó…

Ella subió su mano, sacando el ahora inútil arete. Sujetándolo en su palma, lo miró pensativamente.

Claris debe haber hablado, decidió. Para que el micrófono escondido haya sido desactivado tan rápida e inesperadamente después del arresto, los imperiales debían haber sabido exactamente qué buscar. Tocó la curva suave del metal, sintiéndolo doblarse suavemente, luego lo acercó para estudiar el intrincado rollo que funcionaba como un pequeño audífono.

Cuando la voz de Quarle sonó a través de él, se quedó paralizada.

Con manos que súbitamente se sentían como hielo, Selby sostuvo el dispositivo contra su oreja. Silencio; solo su pulso palpitando en su cabeza. Frunció el ceño, dobló el arete cuidadosamente otra vez, y esta vez cualquier conexión débil dentro del auricular

que había causado el corte ahora funcionó. Ella escuchó, volviéndose más fría con cada palabra.

—Tafno ha prometido respaldo en seis horas. —Ein estaba diciendo—. Dos Dreadnaughts al menos, tal vez más. Convéncela de postergar la llamada hasta entonces. Cuando los rebeldes lleguen, encontrarán una pequeña flota con una capacidad armamentística aguardándolos, no las presas fáciles que esperan.

—Sí, por supuesto, su Excelencia —dijo Quarle—. Pero ¿cómo propone que la convenza? Estamos casi en posición de hacer la llamada. Querrá saber por qué debemos esperar.

Una larga pausa. Selby podía apenas respirar por la apretada sensación en su garganta.

—Dígale que hemos impuesto el silencio de satélite —dijo finalmente el gobernador—. Debido a esta amenaza terrorista, he ordenado una prohibición temporal del tráfico de comunicaciones subespaciales. Dígale que los relevos de satélite han sido cerrados… pero que un relevo muy antiguo y no oficial puesto en órbita por su abuelo estará en rango de transmisión en, ah, aproximadamente seis horas. Y que usted… *sólo usted*, sabe cómo acceder a él.

Ein rió secamente.

—Usted sabe, Daven, usted podrá haber odiado al viejo, pero debe admitir que ser el nieto de Corlin Quarle Deld lo ha puesto en una posición única para realizar sus visiones para Verkuyl.

—Es lo único que alguna vez *ha* hecho para mí —dijo Quarle—. El resto del tiempo, preferiría olvidar que el tirano alguna vez existió.

—No debería preocuparse por eso —dijo Ein—. Nadie lo usa contra usted. Usted ya ha hecho más por lograr que Verkuyl sea el éxito que es hoy de lo que su abuelo alguna vez podría. Su servicio para el Imperio será recordado por mucho tiempo.

***

Cuando Quarle dobló la esquina, encontró a Selby esperándolo.

Se detuvo bruscamente ante la vista del bláster que ella sostenía apuntado a su pecho. Sus ojos captaron la firmeza de su mano, entonces subieron para detenerse en su rostro.

—¿Problemas? —preguntó.

—¿Cómo es —empezó en tono casual— que el nieto de Corlin Quarle Deld terminó del mismo lado que el Imperio que robó su casa y destruyó la compañía de su familia?

Quarle se acercó unos pasos. Su pulso nunca vaciló. Él se detuvo.

—BactaCo no ha sido destruido —dijo—. A decir verdad, actualmente tenemos más negocios de los que podemos manejar. Y la nueva refinería incrementará tanto la producción como las ganancias.

—Ya veo —dijo Selby. Aunque estaba determinada a permanecer tan fría sobre esto como él, sintió que sus ojos se entrecerraban—. Entonces no te importa lo que el Imperio le haga a Verkuyl, mientras la compañía obtenga su parte de los créditos.

Él arqueó esa ceja, y ella tuvo que ahogar el impulso repentino y violento de borrar esa mirada tranquila de su cara.

—Esos créditos son lo que alimentan y visten a los trabajadores, Selby. Eso es de lo que trata una compañía: de proveer artículos o servicios por un precio. Para quién, no importa. No te engañes creyendo que era diferente en los días de mi abuelo, y no pienses que los motivos de tu Nueva República son más puros. Cuando se trata de dirigir una compañía, la acumulación de créditos es el objetivo.



—Al menos tu abuelo obtuvo la compañía honestamente —escupió—. Compró el planeta, construyó las refinerías, trajo a los trabajadores. No lo robó de sus propietarios legítimos en el nombre del Imperio ni esclavizó a sus trabajadores. Él…

—No me recites esa propaganda rebelde a *mí* —interrumpió Quarle bruscamente—. Él *hizo* eso, y peor, lo hizo en nombre del libre comercio. Al menos cuando el Imperio tomó el control, Verkuyl empezó a devolverles algo a los trabajadores, en vez de sólo producir créditos para satisfacer la codicia de mi abuelo.

Se detuvo e inhaló profundamente para calmarse.

—¿Sabes cómo consiguió que los trabajadores vinieran a Verkuyl? —continuó, un poco más calmado—. Recuerda, esto era antes del Imperio. Las personas necesitaban trabajo, y estaban dispuestas a hacer casi cualquier cosa por conseguirlo. Incluso a venderse en la esclavitud. Y así lo hicieron.

»A cambio de su pasaje aquí y el privilegio de trabajar en las refinerías de mi abuelo, firmaron por un término de diez años, al final de los cuales se comprometían a compartir

una parte del stock de la compañía que ellos habían trabajado para construir. Mi abuelo lo llamaba contrato —añadió amargamente—, pero era esclavitud.

Selby no dijo nada. La servidumbre por contrato no era como ser su propio jefe, libre y claro, pero no era esclavitud, tampoco. Ambas partes llegaban voluntariamente a un acuerdo, y al final del contrato…

—Cuando el contrato expiraba, la mayoría de los trabajadores estaban tan profundamente endeudados que incluso con su parte del stock, no podían librarse —dijo Quarle—. Una vez que recibían todo su dinero y pagaban lo que debían, no les quedaba lo suficiente para marcharse. Así que se quedaban.

Ella frunció el ceño.

—¿Cómo podrían haberse endeudado tanto?

—El almacén de la compañía, por supuesto —dijo él—. La mayoría de los trabajadores trajeron familias consigo, o se casaron y formaron familias una vez que llegaron. Mi abuelo suministraba comida básica y vivienda —comedores de beneficencia y barracones— pero todo lo demás costaba extra. Un extra muy grande. Se sumaba. Para cuando el Imperio llegó para nacionalizar BactaCo, noventa de cada cien trabajadores estaban tan sumidos en deudas que ni siquiera obtenían comprobantes de créditos el día de cobro. Los sueldos eran simplemente transferidos a sus criminales cuentas de crédito.

Le dirigió a Selby una amarga sonrisa.

—Si la República realmente hubiera querido *liberar* a los trabajadores, debería haber estado aquí hace veinticinco años.

Un silencio siguió.

—¿Qué ocurrió cuando el Imperio prevaleció? —preguntó ella finalmente.

La boca de Quarle se torció.

—Bien, diré una cosa por el viejo Corlin. Si él no podía tener los créditos, no quería que nadie más los tuviera, tampoco. Cuando se dio cuenta de que los imperiales no sólo iban a llegar y supervisar la operación, sino que intentaban echarlo y manejarla ellos mismos, empezó a borrar los registros de la compañía. Listas de clientes, informes de producción, contratos de envío…

—Y los registros de los empleados —asintió ella, empezando a comprender—. El Imperio no estaba al tanto de su arreglo con los empleados.

—Correcto —dijo—. Por eso cuando el Imperio se impuso, Verkuyl dejó de ser una miserable pequeña compañía planetaria dirigida por el puño firme de un tirano, y se convirtió en lo que debía ser: un lugar para que esas personas trabajaran y vivieran. En los pasados veinte años, hemos triplicado nuestra población trabajadora y cuadruplicado nuestra producción de bacta, incrementando nuestra ganancia en un mil por ciento. Los verkuylianos están mejor bajo el Imperio de lo que jamás lo estuvieron bajo mi abuelo, así que no imagines que nos estás haciendo ningún favor *liberándonos*.

Era cierto que los verkuylianos no habían clamado por ser liberados del Imperio.

Efectivamente, había sido sólo en los últimos dos años, cuando la Nueva República había estado expulsando al Imperio del Núcleo y había reclamado Coruscant

triunfalmente, que el movimiento de resistencia en Verkuyl había siquiera empezado. Durante sus reuniones sobre la misión, Selby se había formado la impresión de que los trabajadores podrían haber estado intimidados —o *conformados*, una voz pequeña susurró ahora— para trabajar para el Imperio para siempre si no fuera por dos cosas: una, que la fuerza imperial disminuía, proveyendo cada vez menos apoyo a sus posesiones más pequeñas como Verkuyl; y dos, la pérdida de un gran proveedor médico en Chennis el último año había enviado agitadores de la Nueva República a varios proveedores en manos imperiales para ver que clase de rebelión podían provocar.

Verkuyl había reaccionado apropiadamente.

Pero eso no quería decir que los trabajadores no fueran sinceros en su deseo de ser libres, se dijo Selby. *Sólo que fue necesario nuestro estímulo para darles el valor de rebelarse*.

Miró a Quarle.

—Si el Imperio es forzado a dejar Verkuyl, probablemente heredarías todas las propiedades. ¿Cómo puedes posiblemente oponerte a eso?

Él sacudió la cabeza.

—No lo entiendes, ¿verdad? Quiero lo mejor para Verkuyl; no lo mejor para mí mismo, sino para la compañía y el planeta. Y creo que lo mejor para ellos en este momento es el Imperio.

—Los trabajadores no están de acuerdo.

—Los *trabajadores* no ven la imagen completa —replicó Quarle—. Son trabajadores, no administradores. Por el momento, no pueden ver más allá de las promesas que la Nueva República está colgando frente a ellos como nerfs siendo llevados al cobertizo de ordeñe.

»Independencia… —lo hizo sonar como una palabrota—. Dígame donde, en cualquier lugar, los trabajadores no sueñan con ser su propio jefe. Pero no tienen la menor idea de cómo hacerlo en realidad. Sin la orientación del Imperio, ellos llevarían esta compañía, su medio de vida, directamente a la quiebra, o serían sobras jugosas para el cártel de bacta. Entonces ¿qué tanto significaría su *independencia*?

—Serán libres —dijo Selby.

—Libres para morirse de hambre, quizás —replicó amargamente.

Ella levantó el bláster.

—Selby, *piénsalo* —dijo a modo de aviso—. El gobernador sabe lo que está ocurriendo aquí. No puedes ganar, pero si te rindes ahora, te doy mi palabra de que no serás lastimada.

Dio un paso adelante, sus ojos buscando seriamente su rostro.

—Por favor, Selby. No saldrás de aquí de otra manera. No tiene que ser así.

En su mente, Selby vio a Vartos sujeto a punta de bláster por el stormtrooper del Salón. Pensó en Claris, y en las historias de horror que cada agente de inteligencia había escuchado sobre el destino que los aguardaba a manos de los interrogadores imperiales. Pensó en Quarle, y que haciendo lo que en verdad sentía lo mejor para su gente, había

tenido que traicionar su confianza, sabiendo muy bien que para muchos de ellos significaría una muerte segura.

Negro o blanco, amigo o enemigo, se recordó. En este trabajo, no había lugar para nada más.

—Sí, sí tiene —dijo, y disparó.

***

Treinta y cuatro horas después, apoyándose contra la barandilla de piedra del techo del Salón y mirando fijamente las llamas danzantes de una hoguera de celebración abajo en la calle, Selby reflexionó que, para haber convertido en éxito un fracaso seguro, debería sentirse de un humor mucho más optimista.

Escuchando la juerga que continuaba abajo, se preguntó por la falta de satisfacción acostumbrada a la terminación exitosa de una misión. No dudaba que la Nueva República había hecho lo correcto, trayendo la liberación a Verkuyl y restaurando BactaCo a sus trabajadores nativos. Un pueblo sometido a la esclavitud, ya fuera por un Imperio o por un dictador empresarial, tenía que ser liberado.

Pero por primera vez en sus años de estar involucrada en tales liberaciones, se le ocurrió cuestionarse si la Nueva República lo había hecho porque era lo mejor para el planeta y su gente, o porque una tubería directa a BactaCo era lo mejor para la Nueva República.

No podía olvidar el pronóstico de Quarle: que los verkuylianos, enfrentados por primera vez con la autonomía y el manejo de una empresa, serían aplastados bajo el peso de sus nuevas responsabilidades. Le habían dicho que, para facilitar la transición, la Nueva República planeaba proveer consejeros para ayudar a los nuevos empresarios a encontrar su posición económica en la comunidad galáctica. Frunció el ceño, molesta por ese tren de pensamiento. Los "consejeros" de la Nueva República para Verkuyl de alguna forma sonaban demasiado parecidos a la misma suerte de "consejo" que el Imperio había provisto.

Casi deseó que Quarle, quien tenía la experiencia para dirigir la compañía y por nacimiento, el derecho, hubiera decidido quedarse y ayudar. Pero al ser liberado del pasaje escondido donde lo había dejado atado, con sólo cierta oscuridad en sus ojos verdes traicionando los sentimientos que evitaba mostrar en su rostro, Quarle había elegido dejar Verkuyl con el resto de los invasores imperiales. En cuanto los trabajadores supieron lo que había hecho, fue dolorosamente claro que nunca confiarían en él otra vez.

—¿Sel? —una voz interrumpió sus cavilaciones—. Es casi hora de irnos.

Ella se volvió. La piel oscura de Vartos se fundía en las sombras cerca del turboascensor, pero ella podía ver el brillo pálido donde sus ojos reflejaban la luz de las estrellas. Tanto él como Claris habían sobrevivido a su cautividad, aunque Vartos había

requerido unas horas en un tanque de bacta para recuperarse completamente. Selby encontraba eso de algún modo irónico.

—Sí, señor —respondió—. Bajaré enseguida.

Vartos asintió con la cabeza y entró al turboascensor, dejándola a solas. Selby volvió a la barandilla, sus ojos atraídos otra vez a la hoguera abajo. Verkuyl celebraba su libertad esta noche, ¿pero cuánto duraría su júbilo bajo las presiones de sus nuevas responsabilidades?

Suspiró. Ella no estaría allí para verlo. Había hecho su trabajo —lo había hecho bien— y ahora era tiempo de olvidar lo que había dicho Quarle y continuar con su próxima asignación.

Negro o blanco, amigo o enemigo, se recordó. Bajo el Imperio, Verkuyl había sido negro. Bajo la Nueva República, sería blanco. Podía ser verdad que el futuro de Verkuyl tuviera algunas sombras de gris, pero en su línea de trabajo era mejor no mirar esos colores ensombrecidos con demasiada atención.

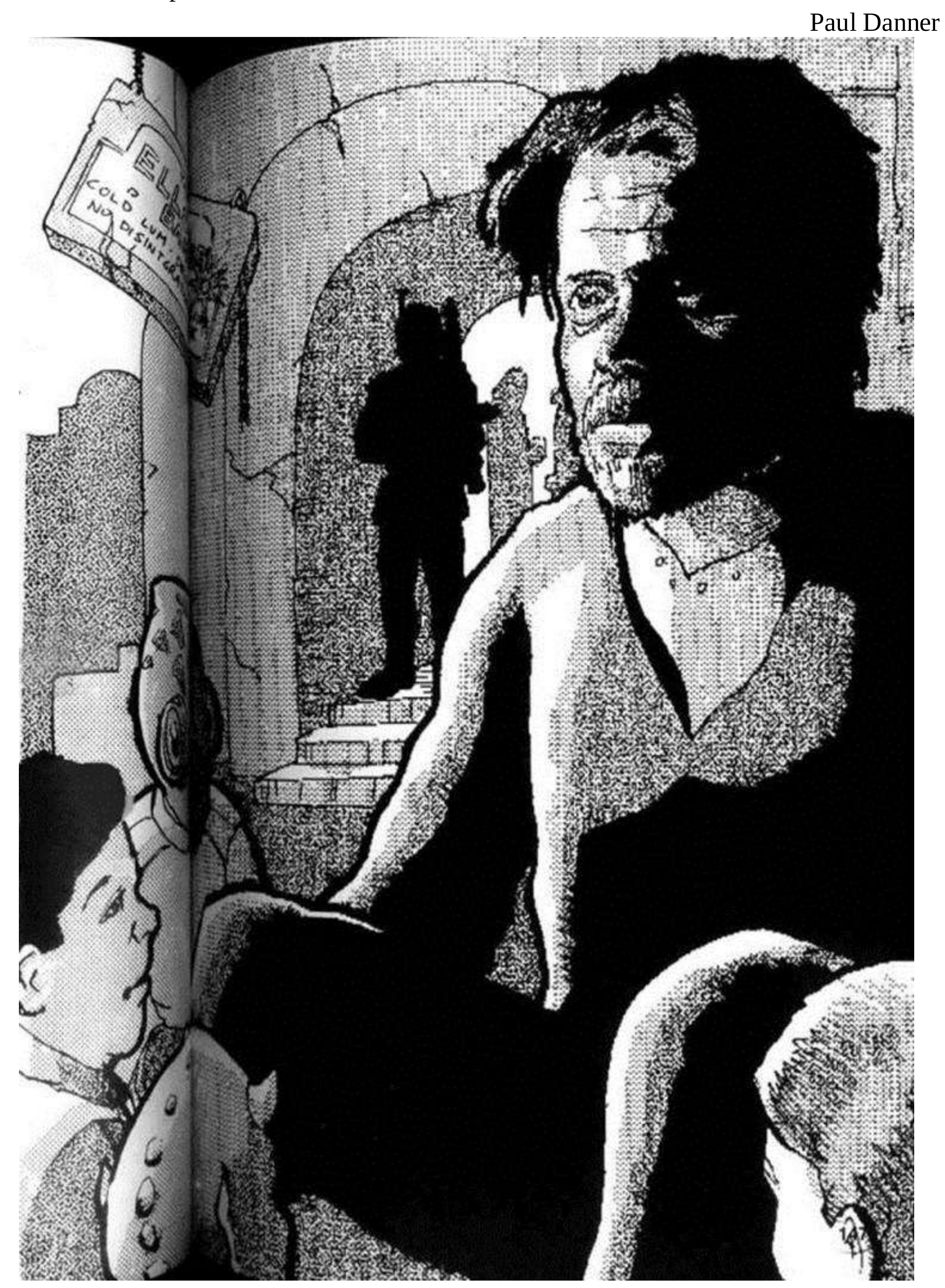
Apartándose, Selby tomó una honda inspiración. Hizo una mueca ante el mal olor; el olor horrible del alazhi hirviendo a fuego lento en las refinerías. Lo impregnaba todo, y después de cuatro días en Verkuyl, sentía como si su hedor hubiera penetrado su piel de algún modo y tomado residencia permanentemente en su corazón.

Temía que permaneciera con ella para siempre.

Sin desintegraciones, por favor…

7 años después de la batalla de Yavin

Paul Danner



Chirrido.

Graznido.

Chirrido.

La mayoría de los seres habrían encontrado molesto el sonido intermitente. Algunos podrían incluso haber llegado a volar en astillas el ruidoso cartel de replimadera. Pero la calle principal del establecimiento de Nueva Esperanza estaba actualmente desprovista de vida. Solo había algunas bolas del polvo que se movían de acuerdo a la voluntad caprichosa del viento. La fila de tiendas que flanqueaban la calle principal permanecían en silencio, cerradas y olvidadas. Las arenas color óxido de Ladarra volvían ya para reclamar la tierra que había perdido hace años…

Y así el cartel continuaba chirriando, colgando de un único duracable raído. La leyenda estaba un poco descolorida, pero las palabras seguían siendo legibles: «Bar Ellstree – Lum frío; Aceptamos Droides; Sin desintegraciones, por favor…». Como el resto de las tiendas en el centro de Nueva Esperanza, el bar lucía abandonado desde hacía largo tiempo. Pero como dice el viejo refrán, «la apariencia y la verdad tienen tanto en común como los jawas y los hutts».

Los niños estaban sentados en semicírculo alrededor del hombre. Había por lo menos una docena de ellos, la mayoría humanos, pero algunas otras especies también estaban representadas. Eran huérfanos y pilluelos, la última generación de la fallida colonia; demasiado pobres para comprar un pasaje fuera de Ladarra y poco dispuestos o incapaces de hacer frente a las dificultades de la vida en las pocas ciudades más grandes del planeta.

El hombre no tenía nombre por lo que los niños sabían. Simplemente lo llamaban el Narrador. Estaba vestido como ellos, con ropa desigual tomada de una docena de guardarropas y amontonada en un traje informe. El Narrador era un humano viejo, con una cara muy arrugada y una mata de pelo blanco. Tenía la mirada de un hombre que ha visto demasiado y sus ojos eran incapaces de permanecer enfocados en un lugar por más de un minuto, como si estuvieran buscando constantemente cualquier posible amenaza.

—¿Desean *otra* historia? —preguntó con voz cansada.

Los niños cabecearon al unísono. Hablaban raramente, y él no estaba seguro de que todos supieran cómo hacerlo.

—¿Qué tal la leyenda del joven y audaz Caballero Jedi que rescató a la hermosa princesa?

Un coro de gruñidos contestó a esa pregunta.

—Bien, entonces. Siempre está el cuento del malvado gobernador imperial que deseó conquistar el pequeño mundo inocente de… —al ver las miradas en sus caras no pudo evitar reír—. ¿No? Bueno, esta es una audiencia exigente —sacudió la cabeza fingiendo irritación—. ¿Qué les gustaría escuchar, entonces?

—Cuéntenos uno nuevo —dijo una de los niños. Era una pequeña bonita, aunque era difícil de decir bajo toda esa suciedad.

—Vamos, ya han escuchado todas al menos una vez. Sólo elijan uno que les guste.

La niña cruzó los brazos e hizo sobresalir su labio inferior.

Él luchó para mantener un rostro serio.

—Está bien, está bien… —rascó su barbilla dramáticamente—. Una nueva historia. Déjenme ver… ¡ah, sí, la tengo!

Sus ojos se encendieron.

—No, no… esa no servirá.

Los niños fruncieron el ceño.

—Bromeaba, bromeaba —rió entre dientes por un momento, y luego se puso serio rápidamente—. Tengo un cuento que oí hace un largo tiempo. Hasta donde sé nunca ha sido contado otra vez. —Él tenía su completa atención—. ¿Cuántos de ustedes han escuchado hablar de… —su voz bajó a un susurro peligroso— …*Boba Fett*?

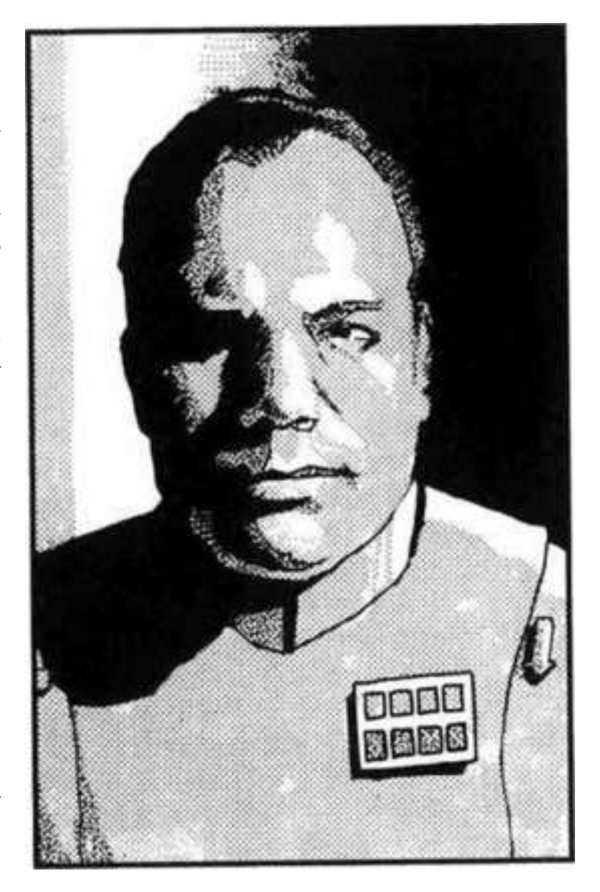
Sus ojos se abrieron de par en par a la mención del nombre, y una por una cada pequeña mano se levantó en el aire.

—Bien, sucede que conozco un cuento olvidado hace tiempo del caza-recompensas más grande que jamás haya vivido. ¿Les gustaría que la compartiera con ustedes?

Cada cabeza en el cuarto asintió lentamente.

El Narrador tenía su audiencia… Él sonrió brevemente, luego se reclinó nuevamente en la silla cómoda y cerró lentamente los ojos. Comenzó la historia después de un dramático momento de silencio. Los niños escucharon con embelesada atención.

***



Mientras la escotilla de salida de la lanzadera descendía lentamente, el súbito silbido del escape de gases casi causó que Rivo saltara de la plataforma. De hecho, apenas recuperó el equilibrio suficiente para evitar rodar de manera muy poco ceremoniosa por la rampa.

El general Gaege Xarran dejó escapar un suspiro dramático indicando su disgusto y extendió un brazo para estabilizar a su hermano mientras bajaba a tropezones por la rampa.

Xarran echó un rápido vistazo a la severa línea de tropas de asalto que servían como guardia de honor. El pelotón permanecía en una atención tan rígida que por un momento se preguntó si el Señor Oscuro del Sith había emergido repentinamente de la lanzadera de clase *Lambda*. Las tropas de asalto en armaduras color marfil no siempre eran los

especimenes más brillantes, pero al menos sabían lo suficiente para mantener sus bocas cerradas y seguir órdenes.

A diferencia de algunas personas, pensó el general mientras su mirada se posaba en Rivo. Xarran sintió repentinamente su cuerpo inflamarse con furia y sus labios se crisparon desdeñosamente.

—¿Cómo puedes ser tan estúpido? —susurró. No le importaba si los soldados escuchaban; habían escuchado conversaciones de mucha mayor importancia que la reprimenda de un hermano.

Rivo podría haber sido parte del grupo silencioso de guardias, porque actuó como si su hermano nunca hubiera hablado. Sus ojos aun miraban a su alrededor salvajemente, buscando una posible amenaza en cada sombra.

Xarran abofeteó ligeramente a su hermano con la mano abierta, golpeando la parte posterior de su cabeza. Si había una cosa que no le gustaba al general, era ser ignorado.

—¡Contéstame!

La respuesta de Rivo fue rápida: Xarran estuvo doblemente aturdido mientras miraba fijamente la boca del cañón de un bláster. Para empezar, el general jamás habría imaginado que su propio hermano le apuntaría con un arma, y además se suponía que Rivo había sido despojado de sus armamentos. Alguien iba a morir por el descuido, pero el general pretendía evitar ser la parte desafortunada.

Sin embargo, era la vida de su hermano la que parecía estar en un peligro más inmediato…

Los soldados de asalto seguían estando inmóviles, pero en algún momento en el intervalo de un parpadeo nueve rifles bláster apuntaban ahora expertamente a Rivo.

El hombre joven no pareció notarlo. Sus ojos tenían una mirada fija y vacía que no se enfocaba en nada. El general no estaba seguro siquiera de si Rivo todavía lo reconocía.

—Sólo soy yo, hermano —dijo Xarran suavemente—. Soy el que está intentando mantenerte con vida.

Lenta pero firmemente el general extendió una mano enguantada. La distancia entre sus dedos y el arma era menor de medio metro, pero le tomó una eternidad cubrirla.

Cuando el general tomó el bláster, la energía nerviosa de Rivo escapó de él como si fuera una célula de poder filtrada. Su cuerpo entero se desplomó y el arma se deslizó como líquido a través de sus dedos a las manos expectantes de Xarran.

—Lo siento —consiguió decir Rivo entre sollozos estrangulados. Se tambaleó inestable, perdido en su angustia.

Xarran lo atrajo hacia sí en un abrazo, dirigiendo un cabeceo a los guardias por sobre el hombro de Rivo. El gesto era innecesario. Sus blásters ya estaban enfundados.

El general acunó la parte posterior de la cabeza de su hermano, en el mismo lugar en donde momentos antes lo había golpeado. Ahora eso parecía haber sido hace una eternidad; repentinamente estuvo claro para él cómo el tiempo, sin importar cuán breve, podía afectar irrevocablemente su existencia entera. Cada momento era una encrucijada de infinitas posibilidades: el talento más grande de Rivo, además de beber y apostar, era

elegir la trayectoria incorrecta a seguir. Afortunadamente los resultados, malos como eran, nunca habían terminado con un desastre absoluto. Esta vez era diferente, sin embargo, porque el último error de Rivo podría terminar costándole la vida.

Por supuesto, no hacía falta decir que Xarran haría todo en su poder para prevenir que eso ocurriera. Y como general del Ejército imperial, ese poder era considerable.

Xarran sostuvo suavemente a su hermano, ayudándole a caminar por la larga plataforma de aterrizaje hacia el complejo de la guarnición. Las tropas de asalto ejecutaron una media vuelta y los siguieron.

—Ya no tienes nada que temer, hermano. Dudo que alguien haya podido rastrearte hasta aquí.

Rivo alzó la vista hacia su hermano y por primera vez, había una luz tenue de reconocimiento en sus ojos.

Animado por el gesto pequeño, Xarran continuó.

—Y en el caso muy improbable de que te hubieran seguido, ciertamente tendrían que estar locos para siquiera considerar atacar una guarnición imperial entera.

***

En la distancia, bien oculto por la cubierta provista por el denso follaje, una figura silenciosa acechaba en las sombras.

Él observaba, aunque no sostuviera macrobinoculares, por un par convenientemente incorporado dentro de su casco marcado en batalla.

Escuchó tan fácilmente como si fuera uno de los soldados de asalto, su antena de banda ancha descifrando la señal de sus comunicadores y convirtiendo efectivamente los silenciosos soldados en dispositivos espías.

Una vez más, nada escapaba de su atención.

Al igual que nadie escapaba de él.

Bajó de su percha entre los árboles con sorprendente gracia, considerando el volumen de su maltrecha armadura gris y verde.

Para cuando terminó su descenso, la oscuridad había comenzado a bajar como una manta de terciopelo, y las lunas gemelas de Vryssa se levantaban en el cielo del norte.

Se detuvo sólo una vez para mirar fijamente la elevada silueta de la base de la guarnición imperial. La masiva estructura permaneció en las sombras por unos momentos, luego sus poderosas lumas reflectoras se encendieron. La cruda luz se reflejó fríamente en la máscara de la figura.

El general Xarran había lanzado involuntariamente un desafío arrogante.

Un desafío que Boba Fett estaba más que listo para aceptar…

***

La patrulla de motos speeder lo tomó por sorpresa. Acababa de bajar de su observación y estaba comprobando su equipo. Sus sensores de movimiento no se activaron hasta que estaban sobre él. Las motos eran tan rápidas que no las registró con suficiente tiempo de advertencia.

Mientras se zambullía para cubrirse en la espesa maraña de arbustos, Fett vio a uno de los exploradores gesticular en su dirección. Sus dos compañeros giraron inmediatamente, moviéndose para flanquearlo en la posición estándar imperial. Sus vehículos eran modelos nuevos, simples motos de exploración por su apariencia, muy rápidas, pero sin ningún armamento o protección.

Fett necesitaba saber cuánto sabían. Él activó su antena…

—… vi algo a través de esos árboles. Es difícil de decir, sin embargo. Podría haber sido solo una bestia buldo.

—Mantengan sus posiciones. Lo comprobaré

—Entendido.

—¿Deberíamos contactar la otra patrulla?

—¿Quieres oír sus bromas de cómo nos asustamos por un pequeño buldo?

—Negativo.

—Eso es lo que pensé. Ahora, esperen.

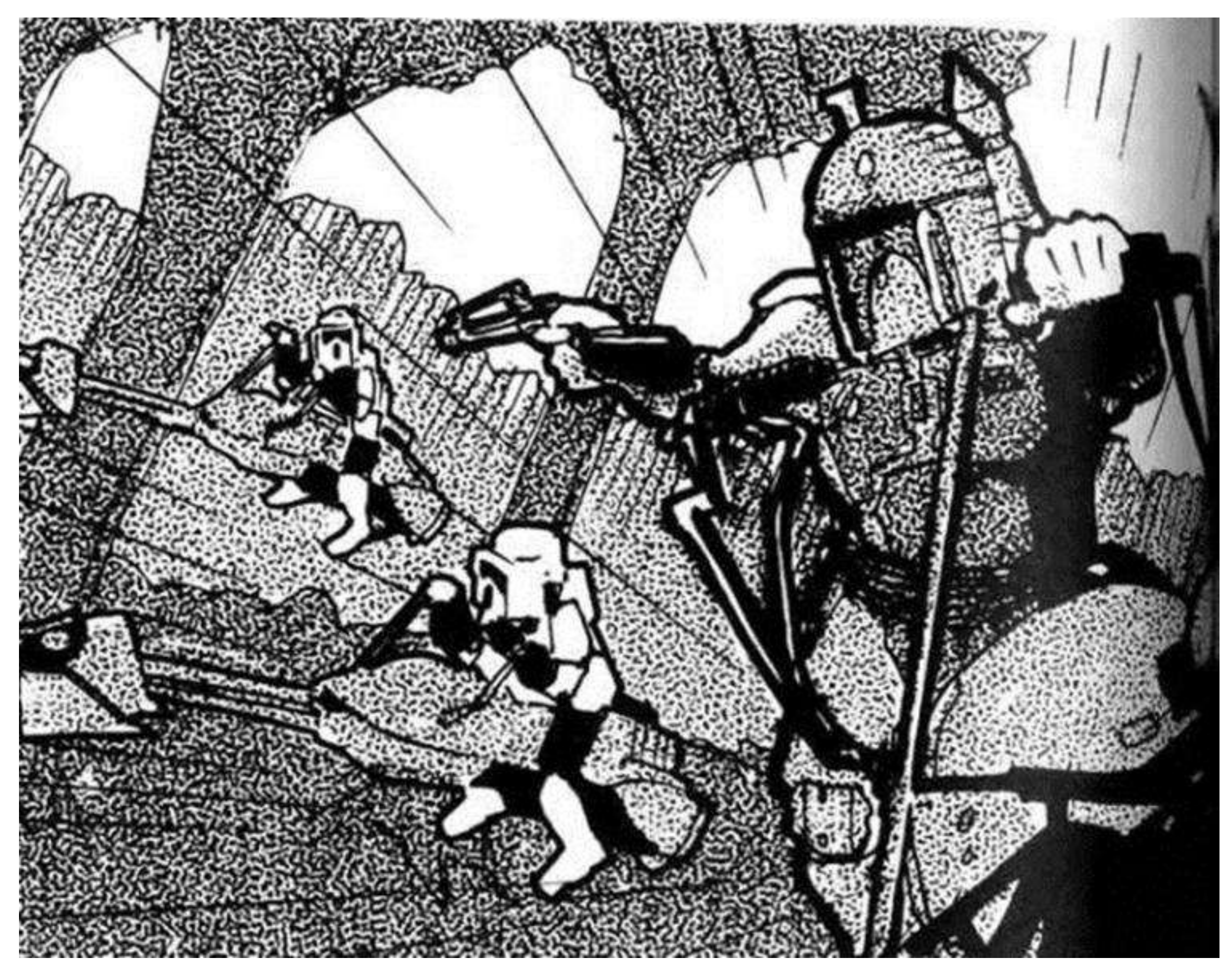
Fett observó como el líder se aproximaba, dándole a su vehículo una aceleración mínima. El flotador de repulsión se deslizó unos pocos metros por sobre el suelo mientras el explorador conducía una búsqueda de cuadrícula del área.

Muy lentamente, Fett rodó sobre su espalda y serpenteó su brazo derecho hacia arriba a través del matorral. Tomó una sola respiración profunda y entonces su cuerpo se congeló. El cazador estaba tan inmóvil que parecía que estuviera hecho de ferrocreto.

El explorador motorizado pasó por encima, directamente sobre el lugar en el que se ocultaba Fett. El cazador podía sentir la turbulencia de los motores del repulsor presionando contra él. El explorador se estaba inclinando sobre su vehículo, examinando el área de cerca. La cabeza del soldado se irguió repentinamente como si hubiera encontrado algo.

Fett flexionó su muñeca y el dardo impulsado por un cohete contenido en el compartimiento de su antebrazo cruzó silenciosamente a través del aire. La puntería del cazador era perfecta. El dardo impactó en el suave traje negro entre el casco del explorador y la placa pectoral. El veneno actuó rápidamente, comenzando con las cuerdas vocales de la víctima. El hombre se movió bruscamente hacia delante en silencio y después cayó de su asiento, dejando la moto flotando en su lugar.

Moviéndose rápidamente, Fett saltó sobre la moto y bloqueó los comunicadores de los otros dos motociclistas. Apretó el acelerador y viró hacia uno de ellos. Sin siquiera un vistazo al otro, el cazador activó el lanzador de la granada de su armadura.



El soldado se sorprendió al ser pasado por Fett en la moto speeder persiguiendo a su compañero. Creyendo tener la ventaja sobre el cazador, abrió fuego sobre su moto justo mientras la granada de Fett completaba su arco y caía en su regazo.

El caza-recompensas sintió la onda expansiva de la explosión pero no se molestó en mirar hacia atrás. Estaba demasiado ocupado concentrándose en su blanco final. Este soldado no tomaba ningún riesgo. El explorador estaba huyendo de las inmediaciones para escapar el bloqueo y conseguir ayuda. Ya tenía una considerable ventaja sobre el cazador y aumentaba rápidamente la distancia entre ellos. Fett sabía que no podría alcanzarlo; el soldado estaba más familiarizado con el terreno.

Dirigiendo el vehículo con una mano, el caza-recompensas extrajo su rifle bláster modificado. Conectado por medio de un enlace scomp a los macrobinoculares en su casco, el arma finalmente apuntó a su blanco a trescientos metros. El explorador no vio siquiera los dos disparos de un rojo furioso que impactaron en su espalda y lo arrojaron de su vehículo.

Fett desaceleró su moto hasta detenerla y exploró el área buscando alguien más. El cazador no estaba contento, había gastado tiempo y energía innecesarios. Y ahora sabrían con certeza que él estaba en el planeta.

Quizás podría usar eso en su ventaja…

***

La voz de Rivo cortó el silencio, aunque era solamente un susurro.

—Él está aquí. Ahora.

—Imposible —dijo Xarran, ocultando apenas el disgusto de su voz. Al general no le gustaba ver a su hermano acobardarse. Especialmente delante de sus hombres—. Le das demasiado crédito a este caza-recompensas, hermano. Nuestros sensores habrían detectado la llegada de su nave.

Rivo sacudió su cabeza.

—Este caza-recompensas no es la basura de mente simple con la que estás acostumbrado a tratar. Boba Fett es diferente. Él nunca ha fallado. Dicen que es el mejor que hubo jamás…

El comandante Tyrix comprobó su consola.

—La patrulla *debería* haberse reportado, señor.

—¡Eso lo confirma! —dijo Rivo.

Xarran no le hizo caso.

—No hay razón para hacer ninguna conexión entre tu situación y este incidente. Por lo que sabemos…

—Señor —dijo Tyrix—. Otra patrulla ha encontrado los restos de la unidad perdida… —El comandante escuchó por un momento, presionando su auricular contra el oído. Palideció considerablemente—. Están todos muertos.

El general se puso de pie.

—¿Cómo?

—Bláster, granada, y cierta clase de dardo envenenado. Las armas de los soldados estaban completamente cargadas… ninguno de los hombres llegó a hacer un solo disparo.

Rivo dejó escapar una risita nerviosa.

—Te lo dije… viene por mí.

Xarran lo ignoró.

—Comandante, envíe dos destacamentos. Si este caza-recompensas realmente está aquí, entonces quiero que lo encuentren y lo traigan ante mí. Preferiblemente vivo… aunque un cuerpo servirá igual.

—¿Dos destacamentos, señor? —Tyrix giró su silla para enfrentar al general—. ¿Por un solo hombre?

El rostro de Xarran no se inmutó.

—Lo siento, comandante, ¿dijo usted algo?

—No, señor —dijo Tyrix, volviéndose rápidamente hacia su consola para activar el comunicador.

***

Fett se sentó en su escondite entre una espesa maraña de ramas de madera-espiral. Miró como la primera ola de motos speeder rugía debajo de él, zumbando como mosquitos. Sintió los temblores de impacto causados por un par de caminantes imperiales marchando flanqueados por una media docena de sus cómicas contrapartes AT-ST. Sacudió la cabeza con asombro mientras pelotón tras pelotón de tropas de asalto marchaban entre los matorrales. Sus brillantes armaduras blancas no eran exactamente el mejor camuflaje en el bosque.

Esta demostración masiva de fuerza le dijo al caza-recompensas todo lo que necesitaba saber sobre sus oponentes…

Dos destacamentos significaban que sabían con certeza que él estaba aquí. Y estaban nerviosos.

Detrás de la teñida placa frontal de su casco maltratado, Boba Fett realmente sonrió.

***

Xarran se inclinó sobre la pantalla táctica mirando orgulloso sus fuerzas desplegadas en el bosque. Escuchó la charla excitada del comunicador mientras sus hombres se ponían en posición y comenzaba una búsqueda expertamente coordinada y completamente sistemática. No habría escape. No de la fuerza del Imperio. El general resopló con desprecio y cruzó los brazos sobre su pecho.

—Es prácticamente nuestro.

Mientras hablaba, todas las comunicaciones murieron.

***

Boba Fett comprobó la unidad de bloqueo de comunicaciones. Era un prototipo avanzado y muy poderoso. Desafortunadamente, su duración era también extremadamente corta: cincuenta y ocho minutos. Y entonces estallaría.

Fijó su cronómetro en modo de cuenta regresiva. Los segundos comenzaron a desaparecer. Tenía menos de una hora para eliminar dos destacamentos imperiales.

El cazador giró y levantó su rifle bláster. Fett sólo preveía un problema: qué hacer con los tres minutos que le sobrarían…

***

Encaramado en el borde de su asiento en la carlinga del caminante, el teniente Byrga se relamió los labios en nerviosa anticipación. Los conductores del AT-AT intercambiaron

una mirada rápida, pero no se atreverían a comentar respecto al hábito de un oficial superior. Incluso si era extremadamente irritante.

Byrga miraba tan fijamente las lecturas del sensor que sus globos oculares estaban a punto de salir expelidos de su cabeza. Al teniente no le gustaba el hecho de haber perdido las comunicaciones. A pesar de todos los esfuerzos, no podían hacer contacto con el resto de su destacamento o la base de la guarnición. Eso ponía a Byrga ansioso. Sus labios se relamían a toda marcha.

—No se preocupen —dijo intentando tranquilizar al resto del equipo del comando, que había aprendido no hacer caso de su charla incoherente y aun así hacer su trabajo con eficacia—. Somos lo mejor que el Imperio tiene para ofrecer. Nadie escapa de nosotros. Encontraremos a este tonto que se atreve a oponerse a la voluntad de Palpatine y lo machacaremos en el apretón del hierro de…

***

El gancho magnético conectó con el bajo vientre armado del AT-AT y se aseguró en su lugar. El cable de veinte metros que se arrastraba detrás de él se tensó y una pequeña figura armada emergió de los espesos matorrales. Fett esperó tranquilamente que el cabestrante en su traje lo elevara hasta el estómago del caminante.

El cazador usó el tiempo para cargar los láseres de su muñeca.

***

Los desvaríos de Byrga continuaron. Lo bueno de eso, por lo menos para el resto del equipo del comando, era que cuando su boca estaba funcionando cesaban los chasquidos de sus labios.

—Hagan que me sienta orgulloso, señores. Quiero ser quien encuentre a este cazador de recompensas. —El teniente inclinó bruscamente su cabeza hacia un lado—. ¿Alguien más escuchó eso?

Los conductores sacudieron sus cabezas.

Byrga se volvió hacia el túnel oscuro que conducía al compartimiento de pasajeros del caminante.

—Es extraño. No estamos llevando tropas. —Activó la puerta blindada y miró adentro. Después de un momento de decisión, puso una mano en la funda de su bláster y caminó lentamente por el cuello del AT-AT—. Estaré atrás, señores. Continúen sin mí por un momento.

Los conductores obedecieron felices.

***

—¡Quiero todas las comunicaciones otra vez en línea! —gritó Xarran en el comunicador interno, frustrado—. ¡Inmediatamente!

El comandante Tyrix suspiró y apretó los dientes.

—Eh, señor… el apagón está afectando el comunicador también —su voz bajó casi a un susurro—. Los equipos de ingeniería no pueden oírle.

El general estaba junto a la consola de Tyrix en tres zancadas.

La cara de Xarran estaba tan cerca que el comandante podía contar las venas que bombeaban en la frente del hombre.

Xarran habló a través de dientes apretados, sus palabras lentas y precisas.

—Entonces baje allí y dígales.

—¡Sí, señor! —dijo Tyrix mientras se zambullía en el turboascensor más cercano.

***

Los conductores del AT-AT estaban tan encantados por el maravilloso silencio en la carlinga que ni siquiera notaron la prolongada ausencia de su oficial en jefe. Ése fue su primer error. Cuando la puerta finalmente volvió a abrirse deslizándose, no se molestaron siquiera en alzar la vista de sus consolas. Y de hecho, ese descuido fue el último.

Boba Fett bajó su rifle bláster humeante y tomó un momento para admirar su nuevo modo de transporte.

***

El teniente Grejj estaba sentado en su silla de comando, con las yemas de sus dedos unidas enfrente de su rostro. El equipo de comando del caminante estaba haciendo un buen trabajo dadas las circunstancias. Sólo esperaba que pudieran poner las comunicaciones en línea lo antes posible. Después podrían eliminar al caza-recompensas y reasumir sus deberes normales. A Grejj le gustaba su rutina. No le gustaban las sorpresas.

—¡Señor! Estamos captando algo en los sensores.

El teniente se inclinó hacia adelante.

—¿Qué es?

El conductor sacudió su cabeza.

—Sólo otro caminante… debe ser el teniente Byrga.

—Veamos si su caza ha sido más productiva.

—Ya debe habernos visto —dijo el conductor—. Vienen hacia aquí.

Grejj asintió, buscando la palanca de liberación de la carlinga.

—Con algo de suerte esto terminará pronto.

***

De hecho, así fue.

Los restos del AT-AT del teniente Grejj y un par de AT-ST que habían tropezado en la lucha estaban desperdigados por el suelo. Los dos pequeños caminantes estaban tan confundidos por el duelo entre sus hermanos mayores que habían abierto fuego sobre Grejj.

Fett dirigió su AT-AT a través de las ruinas humeantes mientras sus sensores captaban un grupo grande de soldados de asalto cerca. El cazador comprobó su cronómetro y notó que todo iba justo según lo previsto.

***

—Las comunicaciones han sido restauradas, señor.

—¡Finalmente! Póngame directamente con nuestras fuerzas.

Los dedos de Tyrix volaron sobre su consola y señaló rápidamente su éxito con un cabeceo al general.

Xarran alcanzó su comunicador.

—Xarran a los grupos alfa y delta. Todas las unidades reporten su situación inmediatamente.

Hubo silencio.

Rivo le dirigió a su hermano una mirada significativa, pero Xarran lo ignoró e intentó otra vez.

—Repito, soy el general Xarran ordenando que todas las unidades reporten su situación actual. Grupo Alfa… reporte.

Nada.

Una gota de sudor bajó por la frente del general. Se inclinó más cerca del micrófono.

—Grupo Delta… repórtese.

Otra vez, no hubo un sonido.

Xarran miró acusadoramente a Tyrix.

—Debe estar equivocado, comandante. El sistema de comunicaciones todavía está fuera de línea.

—Lamento informarle, señor. Está funcionando dentro de los parámetros normales. Nuestras fuerzas deberían responder.

—Pero ese no es el caso —la voz de Xarran había perdido un poco su firmeza—. ¿Por qué?

Rivo contestó con un gemido lastimero.

—¡Porque están todos muertos!

Xarran giró abofeteando duramente a su hermano en la cara.

—¡Quieres callarte!

El golpe inesperado envió a Rivo desmoronándose a la cubierta, donde se estremeció, alzando sus manos en súplica. La cara de Xarran se suavizó inmediatamente con pesar. Ayudó a Rivo a incorporarse y dijo en un susurro bajo.

—Perdóname, hermano…

—¡Espere un minuto! —Tyrix casi saltó de su consola—. General, los sensores están captando uno de nuestros caminantes en el perímetro exterior.

Xarran se iluminó.

—Póngalo en la pantalla.

Tyrix obedeció y la imagen de un AT-AT con huellas de batalla llenó la pantalla.

—¿Regresa victorioso? —dijo el comandante.

—Averigüémoslo. —Xarran probó el comunicador otra vez—. Base a caminante. Informe.

Una lengua de fuego floreció repentinamente en el bajo vientre del AT-AT seguido por una ruidosa explosión que envió una descarga de estática por el comunicador. El caminante se sacudió hacia delante, como un coloso mortalmente herido, después cayó. Su barbilla conectó con la tierra, y luego el resto de su cuerpo lo siguió, haciendo retumbar el suelo. Entonces el monstruo de metal desapareció en una nube de humo y llamas.

—¿Qué fue eso? —barbotó Tyrix.

—Un mensaje —dijo Rivo suavemente.

La sala de control de la base estaba absolutamente quieta. Nadie se atrevía a moverse o hablar. Todos miraban fija y silenciosamente la imagen terrible que asomaba en la pantalla.

Todos, excepto Xarran. El general se pudo de pie y caminó lentamente hacia su oficina, sus botas repicando en las placas de la cubierta. Su voz resonó a través del cuarto.

—Que alguien apague esa maldita cosa…

Tyrix apagó la pantalla, pero mientras el resto del equipo de la base reasumía apresuradamente sus deberes, él continuó mirando fijamente la pantalla oscura por algunos momentos. Su mirada se movió a través del cuarto, y fue a posarse en Rivo. Después de treinta años de servicio militar, el comandante había visto su porción de cosas horribles, pero la mirada de terror en los ojos de Rivo envió un escalofrío a lo largo de su espina dorsal.

***

A Fett le hubiera gustado haber visto la expresión del general cuando el AT-AT estalló. Probablemente no tendría que haber desperdiciado el detonador termal, pero el efecto psicológico en el hombre y sus tropas lo valdría.

Ambos lados habían tomado sus fintas y estocadas; ahora era tiempo de moverse al encuentro final. Fett casi lamentaba verlo llegar. Las escaramuzas antes del acontecimiento principal siempre servían como diversiones interesantes, especialmente dado que el resultado de su misión nunca estaba en duda.

Boba Fett no perdía.

***

—¿En qué estabas pensando, Rivo? —Xarran estaba sentado en la cómoda silla de replicuero detrás de un escritorio que empequeñecía la mayoría de los deslizadores terrestres.

Rivo se sentó frente a él en un asiento mucho más pequeño. Al parecer, sus ojos habían encontrado algo interesante en el piso.

—Dinero —masculló después de un momento. Finalmente hizo contacto visual con su hermano mayor—. ¿Qué más? Estaba cegado por la codicia, Gaege. Nunca pensé que Jabba pudiera identificarme como la causa de su filtración de información.

—¿No pensaste que alguien como Jabba el Hutt tendría sus propios expertos en computadoras? Siempre dije que tu ego sería tu perdición, ¿no es así? Puedes ser bueno, pero siempre habrá alguien mejor. Y eso es cierto sin importar si eres un experto en computadoras, un soldado, o un caza-recompensas.

—Lo gracioso es que ni siquiera quise irrumpir en los archivos de Jabba. Fue un completo accidente. Pero una vez que descubrí con lo que había tropezado, no pude resistirme.

—Nunca puedes dejar pasar una ocasión de hacer crédito fácil —suspiró Xarran—. Especialmente si no implica trabajo honesto.

—No vine aquí por una reprimenda, hermano. Vine aquí por ayuda. —Él miró fijamente por la ventana de transpariacero que daba sobre los bosques frondosos de Vryssa—. Aunque por lo que parece, quizás vine al lugar equivocado.

La cara del general se crispó levemente.

—Quizás tendrías mejor suerte solo allí afuera. Siéntete libre de marcharte en cualquier momento.

—De acuerdo, arruiné todo otra vez. Me disculpo, Gaege… Sé que estás haciendo todo lo que puedes. Es que nunca pensé que terminaría huyendo de Boba Fett.

—Robaste información vital de uno de los señores de la escoria más peligrosos de la galaxia y después la vendiste al mejor postor… ¿cuánto perdió Jabba como resultado de tus acciones?

—Más de ciento cincuenta mil créditos. Pero no pienso que realmente se preocupe por el dinero. Es sólo una cuestión de principios. El hutt desea hacer un ejemplo de mí. Y lo que Jabba desea, Jabba lo consigue.

—Bien, él no va a conseguirte, hermano. No me importa cuantos caza-recompensas envíe.

—¿Realmente piensas que Boba Fett puede ser detenido?

—El hombre es bueno. Muy bueno. Pero ahora veo su estrategia, y me rehúso a seguir su juego más tiempo. Ningún soldado dejará la base. Si él te quiere, tendrá que venir aquí. Y grábate mis palabras, nadie puede penetrar la «cerca de la muerte». Está puesta a su voltaje máximo según mis órdenes. La carga es tan alta que la chispa más minúscula podría freír un bantha en segundos. —Xarran sonrió con los labios apretados—. Nadie sale. Y nadie entra.

***

La noche había caído en Vryssa.

Fett estaba agachado en los arbustos, a veinte metros del perímetro exterior de la base. La pared de diez metros de alto que rodeaba el complejo parecía estar viva, chisporroteando con arcos azules de electricidad. Las ondas bailaban sobre la superficie como serpientes retorciéndose.

El punto que había escogido estaba a una buena distancia de la garita más cercana, aunque las tropas de asalto patrullaban constantemente a lo largo de las pasarelas fortificadas fijadas detrás de la cerca. Las torres de observación estaban espaciadas unos cien metros a lo largo del pasadizo, y la seguridad se mantenía con una combinación de reflectores, sensores de detección, y droides. La posición actual de Fett lo ponía a unos cincuenta metros de las dos torres laterales. Era una buena distancia, pero no creía que fuera suficiente para evitar la detección.

Fett activó su comunicador interno. Era hora para una pequeña distracción…

***

El *Esclavo I* rugió por sobre la línea de árboles, aullando hacia la base de la guarnición a máxima velocidad. Su sofisticada antena de bloqueo de sensores funcionaba a su máximo poder y el mismo casco estaba polarizado magnéticamente para embrollar y confundir las lecturas enemigas. Y así, la base fue tomada por sorpresa.

En su primera pasada, la nave lanzó una andanada espantosamente potente de misiles de impacto, torpedos protón, disparos de bláster, y ráfagas iónicas. El ataque fue tan feroz que los poderosos escudos deflectores de la base fluctuaron y la estructura entera se estremeció con el impacto.

***

—¿Ven? —gritó Xarran desde el centro del comando—. ¡El hombre se está desesperando! Sabe que no hay manera de entrar así que recurre a un ataque suicida. —Enfocó su mirada en Rivo—. *Todos* se equivocan, tarde o temprano. Y yo me aseguraré de que este sea su último error.

De pie junto a una de las estaciones tácticas, Tyrix se volvió hacia su oficial en jefe.

—Todas las torretas de turboláser preparadas y listas, señor.

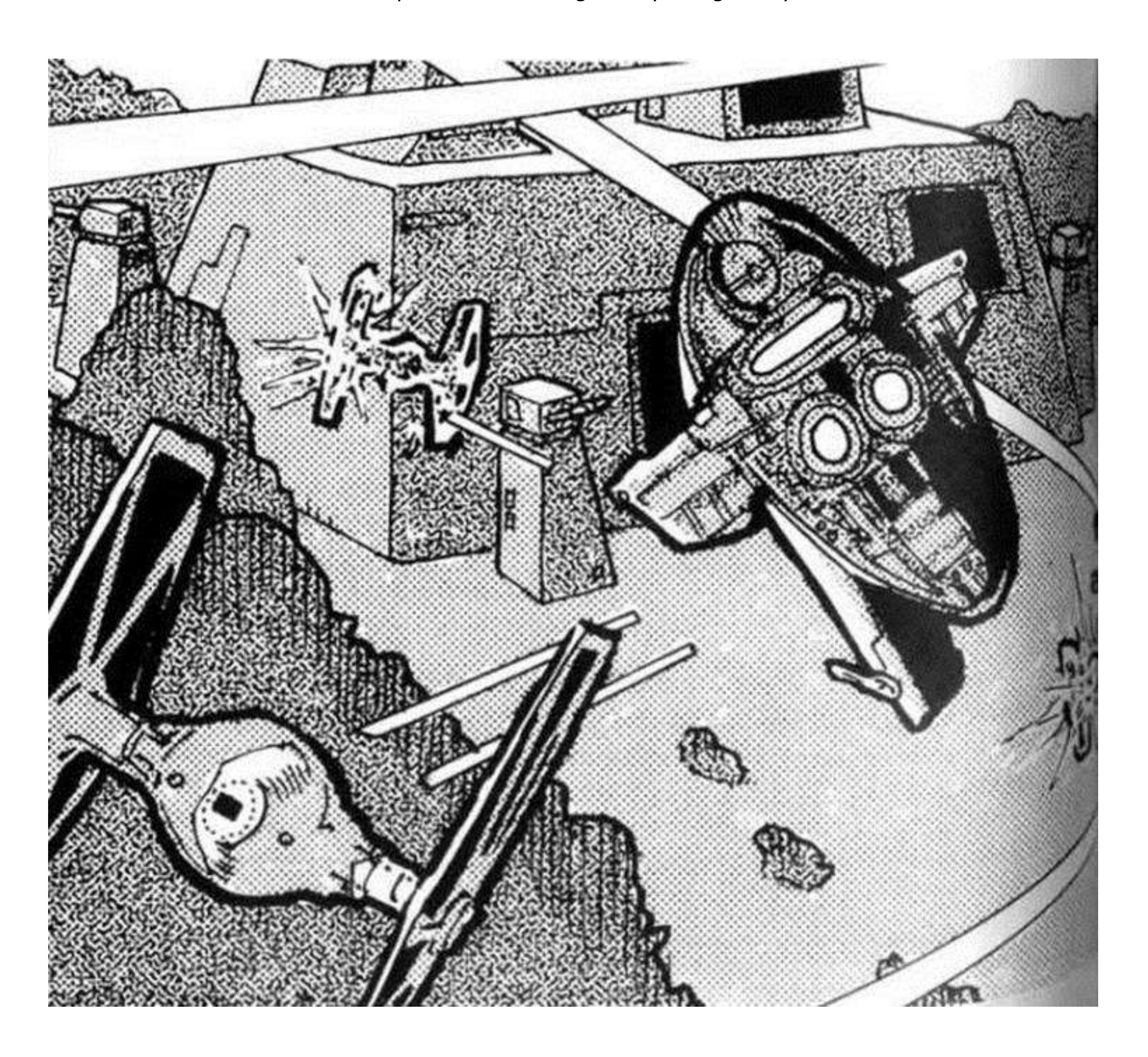
Xarran cerró su mano enguantada en un puño apretado.

—¡Fuego a voluntad! ¡Vuélenlo del cielo!

Mientras el *Esclavo I* giraba para otra pasada, seis torretas láser pesadas gemelas montadas alrededor del edificio abrieron fuego, seguidas por el rugido atronador de las tres torretas turboláser pesadas gemelas del nivel superior de la base. Desafortunadamente, las armas pesadas eran lentas para disparar e incluso más lentas para seguir un blanco tan rápido.

La nave de Fett ejecutó una serie de maniobras asombrosas que le permitieron continuar su bombardeo mientras danzaba alrededor del enjambre verde de furiosos disparos láser. Girando, doblando y rodando. El *Esclavo I* impartió un contraataque vicioso rematado con un despliegue completo de torpedos protón que abrió un agujero enorme en los deflectores de la base. A cambio, la nave de Fett sufrió algún daño menor, pero eludió fácilmente cualquier golpe crítico.

El *Esclavo I* ejecutó un rápido Rizo de Segnor y se colocó en posición para otro asalto.



***

—No está funcionando —dijo Tyrix, golpeando su consola con la mano—. Esa nave es demasiado rápida para que nuestras torretas puedan seguirla. Apenas lo estamos tocando y él ya ha deshabilitado tres cuartos de nuestros generadores de escudo. —La pantalla del control de daños destellaba las malas noticias—. ¡Otra pasada como esa y nos dejará indefensos!

—Nadie es tan bueno —tronó Xarran. El general se estaba sacudiendo con rabia—. Lance el escuadrón entero. Quiero a cada TIE que tenemos en el aire ahora.

Asintiendo, Tyrix accionó el panel de comunicaciones, llamando a todos los pilotos a reportarse en sus naves. Se volvió hacia Xarran.

—¿Deberíamos dar la alarma codificada, señor?

—No —dijo Xarran, mientras su rostro se sonrojaba levemente—. He servido en el Ejército Imperial la mayoría de mi vida y no seré forzado a sonar la alarma completa por un hombre, sin importar qué tan poderoso pueda parecer. Además, Fett no romperá el perímetro… los TIEs se ocuparán de eso.

Tyrix hizo una pausa antes de responder, una señal de desaprobación que nunca se atrevería a expresar.

—Como desee, señor.

Rivo sacudió la cabeza.

—¿Por qué no tomas todas las precauciones? No haría daño…

Xarran lo interrumpió.

—No hay mucho que puedas hacer aquí, hermano. Quizás deberías regresar a tu cuarto.

—Pero, yo… está bien. —Rivo vio la mirada en la cara de Xarran y caminó silenciosamente al turboascensor.

***

El *Esclavo I* se elevó a través de los cielos, disparando contra los cuarenta cazas TIE que lo perseguían. Fett odiaba ver una lucha tan injusta, pero no había nada que pudiera hacer al respecto. Su nave era más rápida, más maniobrable, y erizada con dos veces más armamento que todos los cazas juntos. Y a diferencia de los TIE, el *Esclavo* tenía escudos. Los cazas imperiales estaban desesperadamente en desventaja, incluso con las simples rutinas de combate que había preprogramado en la nave. Los ataques contra la guarnición eran los típicos bombardeos rebeldes que daban tanto problema al Imperio, mientras que las maniobras evasivas contra los TIE eran seleccionadas al azar según la información del sensor. Fett evitó que el *Esclavo I* fuera demasiado agresivo con los combatientes. La preprogramación no era oponente para un piloto vivo.

Considerando las cosas, era una buena distracción, pero terminaría relativamente pronto. Tenía que apresurarse.

La mayoría de las patrullas de soldados de asalto habían despejado las pasarelas; los que quedaban tenían su atención fija arriba en los cielos.

Fett corrió hacia la cerca del perímetro. Cuando había cubierto la mitad de la distancia, encendió su mochila propulsora y se alzó en el aire con una explosión de llamas. Elevándose rápidamente, el cazador superó fácilmente la cerca de diez metros de alto, continuó sobre el campo minado de energía entre la cerca y la base, y ejecutó un aterrizaje perfecto sobre la pasarela.

Comprobó su rifle bláster y se movió rápidamente hacia la plataforma de observación a su izquierda. El primer soldado que le salió al paso recibió un disparo en el casco y cayó. Sin detenerse, Fett lanzó una granada de aturdimiento formando un arco a través del aire dentro de la garita. Su placa frontal se volvió opaca mientras que la explosión

estallaba, y el cazador no perdió un instante, zambulléndose dentro de la puerta blindada sobre su estómago. Salvajes disparos de bláster estallaron sobre su cabeza mientras Fett disponía tranquilamente de los cinco soldados de asalto que servían en la torre.

Selló la entrada tras él y caminó hacia la terminal. Fett introdujo los códigos de cifrado que había comprado a un desagradable bothano y se puso a trabajar. Lo primero que extrajo fue un diagrama esquemático tridimensional de la guarnición.

***

—¿Estado?

Tyrix echó un vistazo al general y casi sonrió.

—Sufrimos grandes pérdidas, pero los TIE lo están conduciendo. Eche un vistazo.

El comandante se alejó de la pantalla táctica. Xarran estudió las imágenes por algunos momentos, mirando mientras que el *Esclavo I* conducía lentamente los cazas TIE lejos de la base.

—Es una trampa.

—¿Qué?

—Fett no está en esa nave.

Tyrix estaba confundido.

—¿Entonces donde está?

—Aquí —al general le dolió decirlo—. Dentro del perímetro ahora, aventuraría. Suene la alarma codificada; reporte una alarma de intruso. Ordene que todos vayan a sus puestos de combate e intensifique las patrullas interiores.

Xarran caminó en silencio de nuevo a su silla y se dejó caer como si el peso de un AT-AT se apoyara sobre sus hombros.

***

Fett permanecía junto a la consola de comando del sub-nivel 3. Más de una docena de técnicos aturdidos o muertos se dispersaban alrededor del cuarto. El cazador estudió los paneles iluminados que controlaban el poder principal de la base, los generadores de reserva, los rayos tractor, y los generadores de los escudos deflectores. Se puso a trabajar…

***

Tyrix casi cayó de su silla.

—¡Señor… lo tenemos!

—¿Qué? —el general estaba a su lado en cuestión de segundos.

—Alguien está accediendo a las unidades de control principal en el sub-nivel tres —mostró la información—. ¿Lo ve? Está utilizando un código del mes pasado, y la computadora lo detectó.

—Tiene que ser Fett. Está intentando desactivarnos. —Xarran contempló su respuesta—. Envíe tres escuadras abajo a… no, espere. Aísle ese sitio inmediatamente. Lo inundaremos con el gas Chemtrox y ese será el final de nuestro pequeño cazador de recompensas.

La voz de Tyrix bajó.

—¿Pero si no es él…? Incluso si es, podría tener algunos técnicos…

Xarran empujó al comandante fuera de su camino. Sus dedos volaron sobre la consola y una sonrisa apareció lentamente en su cara. Fett estaba desactivando todos los sistemas y no había tiempo para discutir sobre moral. La carrera continuaba y esta vez Xarran ganaría.

***

Fett giró cuando las pesadas puertas blindadas se sellaron y trabaron. Estaba atrapado. Así pues, finalmente habían descubierto su truco y ahora sabían donde estaba. Ciertamente les había tomado bastante tiempo. Por supuesto era demasiado tarde. Fett estaba a punto de cortar la energía.

Estaba tan absorto en su trabajo que casi no lo notó… afortunadamente, sus sensores de sonido captaron los respiraderos huecos abriéndose con un chasquido y el silbido lento, constante del gas que era bombeado en el cuarto.

Un rápido examen reveló que la sustancia era Chemtrox; un agente extremadamente mortal. Fett había oído que causaba una muerte particularmente dolorosa. No se proponía descubrir si los rumores eran verdaderos.

Fett activó el sello del filtro ambiental de su armadura. Lo protegía de la atmósfera dañina o mortal y tenía una fuente de dos horas de aire.

Mientras el gas Chemtrox se arremolinaba a su alrededor, Fett se preparó para desactivar la computadora principal.

***

—Listo… —Xarran se limpió el sudor de la frente y se sentó en la silla de Tyrix—. Se terminó. Nadie podría sobrevivir a eso.

Todo se apagó. Hasta el último bit de energía en la base entera. Solo había oscuridad.

—¿Usted decía, señor? —sonó la voz del comandante.

Un disparo de bláster lanzó un flash de luz carmesí a través de la sala de mando y el cuerpo de Tyrix golpeó el piso. El general Xarran activó una barra luminosa y levantó su pistola bláster.

Sus ojos danzaron violentamente en la suave luz, después se enfocaron en el cadáver de su comandante.

Las caras aterrorizadas del equipo de comando lo miraban fijamente como si se hubiera transformado repentinamente en un mynock. Xarran hizo tres disparos al techo.

—Todos afuera. ¡Ahora!

El equipo obedeció rápidamente, tropezando entre ellos para alcanzar las escaleras de emergencia. El general entró en su oficina y se sentó frente a su consola. Había un sistema que no sería afectado por la pérdida de energía principal o de reserva. Se alimentaba de un generador especial que sólo él conocía… bueno, él y Tyrix, pero el comandante no hablaría pronto.

Xarran activó el panel y sonrió mientras el sistema de autodestrucción de la base se encendía con letras carmesí. El general bajó su cabeza para acomodar el explorador de retina y comenzó a recitar el código para activar la cuenta regresiva.

***

Fett se movió a través de los pasillos obscurecidos y abandonados de la base. A excepción de los firmes soldado de asalto, casi todos habían huido de la una vez poderosa guarnición. Con sus sensores de sonido, movimiento, infrarrojo, y de blanco activados, acertarle a los oponentes en armaduras de marfil era ridículamente fácil

Por supuesto, la única persona que importaba también estaba presente… en alguna parte en las entrañas de la guarnición.

Fett había pagado una pequeña fortuna para lograr que el tonto fuera involuntariamente marcado con uno de sus rastreadores subdermales microscópicos especiales antes en Inat Prime. Fue una sabia inversión.

Jabba no había ofrecido una recompensa abierta por Rivo Xarran; en vez de eso, Su Grandiosidad había ofrecido el trabajo solamente a Fett… cincuenta mil créditos. Muerto o vivo.

Fett sospechaba que el hutt quería ver qué tan bueno era Fett en realidad. Jabba sabía que Rivo correría con su hermano mayor en busca de ayuda y una guarnición imperial entera se interpondría entre el cazador y su presa.

A Fett no le agradaba el hutt, pero pagaba bien y a tiempo. Eso era más de lo que podía decir sobre la mayoría. Además, un día Jabba obtendría lo que se merecía. Después de todo, la justicia era un cazador paciente.

Fett conocía el valor de esa virtud particular muy bien, así que continuó su cuidadoso ascenso a través de la torre principal de la guarnición. No había necesidad de apresurarse. El final llegaría pronto. Y sin importar qué tan novedosa hubiera sido la caza, la conclusión era siempre la misma.

***

Con una risita aguda, el general Gaege Xarran, oficial ejecutivo de la base de la guarnición imperial en Vryssa, bajó la escalera. Había enfundado su bláster en favor de una carabina más grande. Una luma reflectora estaba montada encima del arma, y el grueso barril de un lanzador del microgranadas colgaba debajo.

—Sal, sal donde quiera que estés…

***

Fett emergió de la escalera en el nivel 5. Su unidad rastreadora le informó que Rivo estaba a menos de cincuenta metros de distancia, en los cuarteles que colindaban con las instalaciones de la recreación de la base. El cazador se movió por el pasillo en sombras, deteniéndose ante la última puerta. Fett imaginó que el experto en computadoras se estaría ocultando bajo la cama, probablemente aferrando su bláster extendido y prometiendo que si sobrevivía esta situación nunca haría nada malo otra vez.

Fett presionó con su palma una pequeña carga explosiva en la entrada y retrocedió. Activó el detonador y miró mientras la puerta se evaporaba en una niebla fina. El cazador se detuvo por un momento, a medias esperando que Rivo hiciera algunos disparos desesperados a través del umbral.

Sosteniendo su rifle preparado, Fett se acercó cuidadosamente. Cuando la alarma de su sensor de movimiento se activó, el cazador se congeló y apuntó, imaginando que Rivo intentaba escapar a través de la puerta.

Fett estaba tan enfocado en la situación que le tomo una fracción de segundo más de lo normal darse cuenta que la alarma de movimiento no había venido de enfrente de él. Giró sobre sus pies, aunque aún mientras lo hacía, sabía que era demasiado tarde. Se preparó para el impacto.

El pesado disparo de bláster golpeó al cazador en su costado izquierdo con tal fuerza que lo arrojó al suelo. Aterrizó duramente, con fuerza suficiente para dejar sin aliento a cualquier hombre ordinario. Pero Fett no era ningún hombre ordinario.



Él estaba disparando su rifle en el momento en que se recuperó del impacto. La furiosa andanada obligó a su atacante a escurrirse otra vez en el vestíbulo para cubrirse. Dagas de dolor empezaron a lacerar su costado, pero la herida no era seria y tendría que ser ignorada por el momento. Fett tenía cosas más importantes de qué preocuparse

Su atacante asomó repentinamente y comenzó a tirar. Mientras Fett regresaba el fuego, reconoció los rasgos de Gaege Xarran. El intercambio se cobró su precio en ambos hombres… Xarran recibió un disparo en la pierna izquierda que lo envió tambaleándose en busca de refugio; Fett fue rozado en el brazo derecho y la sensación en el miembro desapareció rápidamente, entumeciéndose. El rifle cayó de sus manos y tuvo que hacer una elección. Rápido.

El cazador se lanzó en el cuarto justo cuando un disparo de bláster chamuscaba el piso donde había estado microsegundos antes. Fett rodó dentro de la gran oficina y se incorporó, su láser restante de muñeca preparado; sin embargo, su unidad de rastreo le dijo que Rivo debía estar en el cubículo sanitario. Esa puerta estaba cerrada, así que Fett mantuvo su atención mayormente centrada en la entrada del cuarto. Súbitamente lamentó haber vaporizado la puerta delantera.

Fett se arrastró hacia la pared, empujando su espalda contra ella. Su brazo derecho aun colgaba inútil a su costado. Afortunadamente su brazo izquierdo estaba ileso, permitiéndole mantener el láser de su muñeca apuntado al umbral.

El cazador de recompensas no tenía tiempo para reprocharse por el descuido. El tiempo era demasiado precioso ahora. Decisiones rápidas y racionales podrían significar la diferencia entre la vida y la muerte, éxito y fracaso. Podía sentir su corazón latiendo apresurado en su pecho. El resultado estaba en duda por primera vez. Y por extraño que pareciera, lo estaba disfrutando.

Fett comenzó con una valoración rápida de su situación. Rivo tendría que ser ignorado por el momento. Incluso si salía disparando, el hombre no estaba entrenado en combate. Gaege Xarran estaba entrenado, al menos… Fett sabía que el general había servido una vez como miembro de la Guardia Real Imperial. Y aunque el general podría no estar en su mejor momento, estaba muy bien armado.

Por otra parte, la armadura de Fett había perdido muchos de sus sistemas secundarios. Mientras que el traje básico aun funcionaba, sus sensores estaban fuera de línea y no podría desviar energía a la mayoría de las armas. Las unidades de comunicación estaban indemnes, pero eran relativamente inútiles por el momento. El único artículo intacto que podría resultar provechoso era su mochila propulsora.

Las cosas no lucían bien…

Sin sus sensores, no tenía manera de saber si o cuándo el general vendría por el marco de la puerta. Peor aun, Fett no podría defenderse, con excepción de combate mano a mano. Y en ese momento a él le hacia falta una mano.

Fett buscó en uno de sus bolsillos y retiró su último detonador termal. No se permitiría ser capturado. Se llevaría a sus enemigos con él.

Entonces lo vio…

El bláster de Xarran había sido equipado con una luma reflectora. En su estado de frenesí, el general no debía haberse dado cuenta de que esto traicionaba su cauteloso acercamiento.

Mirando el halo de luz incrementarse en intensidad, Fett podría estimar exactamente qué tan lejos estaba Xarran en el momento. Fett realizó rápidamente otro análisis del cuarto y formuló un nuevo plan. El cazador de recompensas apenas resistió el impulso de sonreír mientras fijaba rápidamente el temporizador del detonador termal.

Alzó la vista una vez más hacia la luz cada vez más brillante fuera de la puerta y bajó su mano izquierda, rodando suavemente la esfera de plata hacia el umbral.

Un momento después, el general Gaege Xarran rodeó la esquina explorando expertamente el cuarto con su bláster.

—¡Esto se terminó! —gritó triunfante, justo mientras algo chasqueó contra su bota.

Xarran bajó la vista hacia el detonador termal con horror.

—Sí —dijo Fett—. Terminó… —y una explosión de un microsegundo de su mochila repulsora envió al cazador como un rayo a través del cuarto.

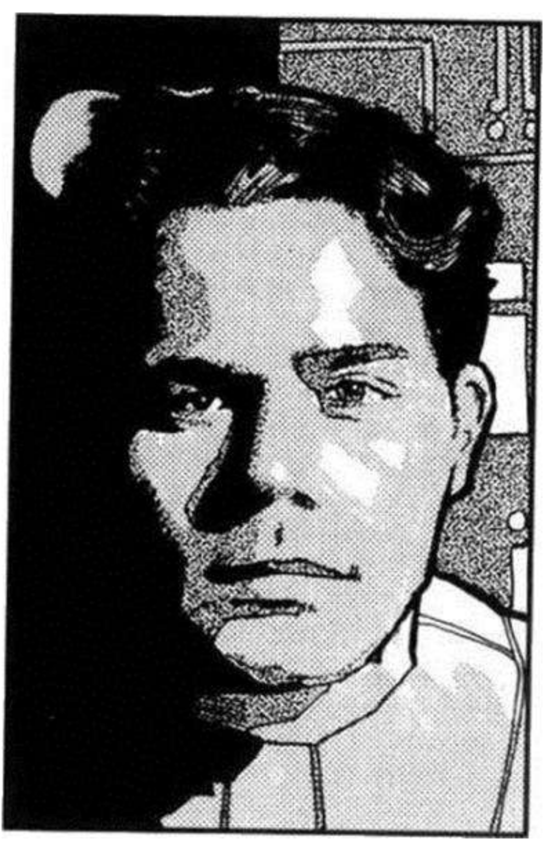
Antes de que Xarran pudiera siquiera pensar en reaccionar, Fett estaba en el otro extremo de la oficina, oculto y seguro detrás de un gran escritorio.

La explosión que siguió sacudió el piso entero.

La cubierta elegida por Fett era de típico diseño imperial: grande, abultado, y absolutamente resistente. Justo como había esperado, la monstruosidad de duracero absorbió el grueso del impacto mientras que su armadura desvió cualquier despojo ardiente.

Sacudiéndose el polvo, se acercó a la puerta del cubículo sanitario. Tomando impulso, la abrió de una patada y se preparó para golpear a Rivo y dejarlo inconsciente con una sola mano si era necesario. Pero resultó que no tuvo que hacerlo…

Donde debería haber estado Rivo, Fett vio solamente un pequeño holopad. Existía la posibilidad que el dispositivo estuviera arreglado, pero el cazador pensó que no era el caso. Giró la pantalla hacia adelante y fue saludado por el rostro holográfico sonriente de Rivo Xarran.



—Hola, Fett. Te preguntaría cómo te está yendo, pero la respuesta es bastante obvia. ¿Un encuentro con mi hermano, quizás? —Rivo hizo una pausa—. Bien, ¿vas a decir algo o sólo te quedarás parado ahí?

Fett estaba un poco sorprendido de que el mensaje fuera en vivo… había asumido equivocadamente que era un mensaje grabado.

—¿Qué quieres?

—Oh, sí. Lo olvidé. Eres hombre de pocas palabras, ¿no es así? Bien, como seguramente ya has descubierto, descubrí tu maravilloso pequeño rastreador. Apuesto a que te gustaría saber cómo. Desafortunadamente, no puedo develar todos mis secretos… Debo decir que estoy impresionado. Nunca pensé que realmente burlarías una guarnición imperial entera, —dijo Rivo con desprecio—, incluso una comandada por el idiota de mi hermano. Por supuesto, tampoco tenía sentido correr ningún riesgo. Es por eso que me transporté a salvo, fuera de tu alcance.

—Por el momento —dijo Fett, estudiando la imagen de Rivo—. No eres en absoluto el cobarde lloroso que pareces ser.

—No, no lo soy. Pero tampoco soy un individuo verdaderamente malvado. Mis únicas armas son mi computadora y mi boca. Desafortunadamente, son mi don y mi perdición a veces —agitó una mano—. Pero ya basta sobre mí. Vayamos a los negocios.

No puedo volver a mi vida normal contigo persiguiéndome alrededor de la galaxia, y sé que no descansarás hasta que me arrastres a mí o a mi cadáver ante su Grandiosidad. ¿Correcto?

Fett no contestó.

—Entonces, propongo un compromiso… y para demostrar mi buena fe, incluso te diré un pequeño secreto. Mi hermano accionó el sistema de autodestrucción de la base. Relájate, tienes diez minutos antes de que explote; sin embargo, haré esto rápido. Puedes decirle a Jabba que morí en la explosión, recoger tus honorarios, y seguir con tus asuntos. Asumiré una identidad falsa, desapareceré, y nunca, jamás revelaré lo que sucedió dentro de este edificio mientras viva. Ambos ganamos —la mirada confiada de Rivo vaciló levemente—. ¿Qué dices, cazador de recompensas? ¿Es un trato?

Después de un momento, el cazador de recompensas asintió.

—Muy bien. Pero un día te encontraré, Rivo. Y ese día, terminaré este trabajo.

Rivo sonrió.

—Ah, sí. Podrá tomar más que lo usual, pero Boba Fett siempre gana. Muy bien, entonces. Hasta ese día… —su imagen parpadeó y desapareció en la oscuridad.

El cazador comprobó su cronómetro. Al menos eso todavía funcionaba. Mejor se ponía en marcha. Fett tenía la sensación de que el pequeño engendro de Sith podía haber sobrestimado «accidentalmente» la cuenta regresiva a la detonación. Mientras se dirigía hacia la azotea, Fett activó el mando a distancia del *Esclavo I*…

***

El Narrador se detuvo, gozando de las miradas impacientes de los niños.

—¿Cómo termina? —preguntó una niña pequeña sin aliento.

Su pregunta fue repetida por los otros niños mientras exigían una resolución al cuento.

El Narrador sonrió apreciativamente y continuó.

—Bien, después de muchos, muchos años Boba Fett consiguió rastrear a Rivo a un planeta remoto en los territorios del Borde Exterior, a la misma cantina donde el experto en computadoras se estaba ocultando… —se detuvo brevemente por efecto y entonces dijo— y entonces el mayor caza-recompensas de todos los tiempos finalmente terminó su tarea. Como verán, Boba Fett *nunca* pierde —echó un vistazo a su cronómetro—. Ahora, ya tendrían que estar acostados. Vayan a dormir, todos ustedes. Y nada de sueños feos o no habrá más historias antes de acostarse.

Satisfechos, los niños subieron las escaleras a sus cuartos, comentando la historia. Todos a excepción de la niña pequeña. Ella se detuvo brevemente en la cima de la escalera con una mirada interrogante en su cara.

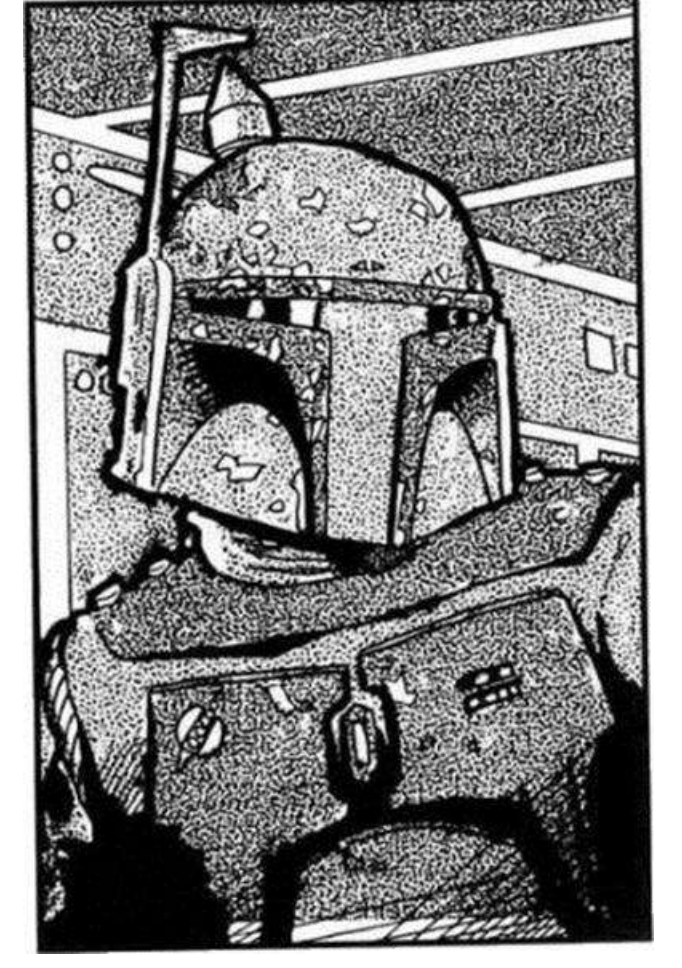
—¿Boba Fett es bueno o malo?

Él lo consideró por un momento.

—Esa es una pregunta que solo tú puedes contestar —dijo finalmente.

La niña se encogió los hombros y subió saltando las escaleras, dejando al Narrador solo con sus pensamientos.

Bueno, no completamente solo.



—¿Cuánto tiempo has estado sentado allí? —preguntó el Narrador.

—Dímelo tú —fue la respuesta plana y filtrada.

El Narrador se volvió hacia el reservado sombrío del cual emergió una figura vestida de gris y verde. Boba Fett permaneció de pie ante el Narrador, con los brazos cruzados sobre su pecho escudado.

—Después de todos estos años realmente conseguiste encontrarme —el Narrador se puso de pie sonriendo—. Al menos, nuestro pequeño cuento será auténtico ahora.

El caza-recompensas buscó lentamente en uno de sus bolsillos y el Narrador tomó una profunda inspiración. Fett extrajo algo plateado y brillante y el Narrador tuvo súbitas visiones de detonadores termales.

Fett arrojó casualmente el objeto hacia el hombre, que lo atajó por reflejo.

El Narrador se preparó para su final, pero cuando este no llegó, miró el objeto en su palma. Era un vale de crédito.

Fett ya estaba caminando hacia la salida.

El Narrador lo sostuvo, confundido.

—¿Qué es esto?

El cazador de recompensas no se volvió.

—Muchas cosas, Rivo. Un final, un nuevo principio… y quizá incluso una respuesta a la pregunta de una niña pequeña. —Fett echó un vistazo hacia atrás, después desapareció a través de las puertas.

El Narrador (él ya no pensaba en sí mismo como Rivo) examinó el vale. Contenía cincuenta mil créditos. La recompensa exacta puesta sobre su cabeza por Jabba. Repentinamente, todo estuvo claro. Sonrió y corrió hacia afuera.

Boba Fett se había ido… desvanecido en los páramos de Ladarra.

El Narrador permaneció allí en silencio. Y se dio cuenta de que algo estaba mal. Por un breve momento, no pudo determinar qué era y luego cayó en la cuenta repentinamente.

No había chirrido.

El Narrador miró hacia abajo… y se encontró mirando fijamente los restos desintegrados del cartel de replimadera del bar. Echó su cabeza hacia atrás y comenzó a reír.

Día de la Noche Sepulcral

4 años después de la batalla de Yavin

Jean Rabe

—¿Qué encontraremos? —preguntó Solum'ke, por la que calculé que era la sexta vez desde que habíamos zarpado.

—Tal vez nada —respondí… otra vez—. Es solo una leyenda, después de todo. No esperes demasiado.

—Bien, Diergu-Rea Duhnes'rd, amor de mi vida, yo creo que algo cierto debe haber —persistió. Frunció sus bulbosos labios manchados en un delicioso mohín—. El qwohog también lo cree. De otra forma, no nos hubiera convencido de alquilar esta barcaza velera.

No te hubiera convencido, la corregí mentalmente. Convencido de gastar mis últimos créditos en el Día de la Noche Sepulcral.

Si nos hubiéramos quedado en la ciudad, y en tierra firme, podríamos haber reservado pasaje en esa corbeta coreliana que ocupaba la mayor parte del puerto, y así regresar a las rutas imperiales. Allí podríamos oír algunas pistas de contratos lucrativos. Había gastado tantos créditos en nuestras breves vacaciones en este planeta apartado que necesitaba cobrar una buena recompensa para reponer mi normalmente abultada cuenta.

Habíamos llegado a Zelos II hacía varios días buscando un poco de descanso. El lugar es conocido por sus sitios turísticos: balnearios elaborados y cantinas que atienden a toda clase de seres y toda clase de gustos y apetitos. Durante los pasados días he estado dilapidando pródigamente mis créditos en las exhibiciones y en los casinos, y por supuesto, en las habitaciones más que adecuadas en las que he estado cortejando a la adorable Solum'ke. Como yo, es una weequay, una humanoide de aspecto robusto con una seductora piel áspera y rugosa. La suya es de un encantador bronceado del desierto, una sombra más oscura en los lugares apropiados y relativamente lisa en su hermosa cabeza calva. Mi piel es de un gris oscuro, casi del color del magnífico penacho hirsuto que se extiende hasta el centro de mi espalda. Hacemos una atractiva pareja.

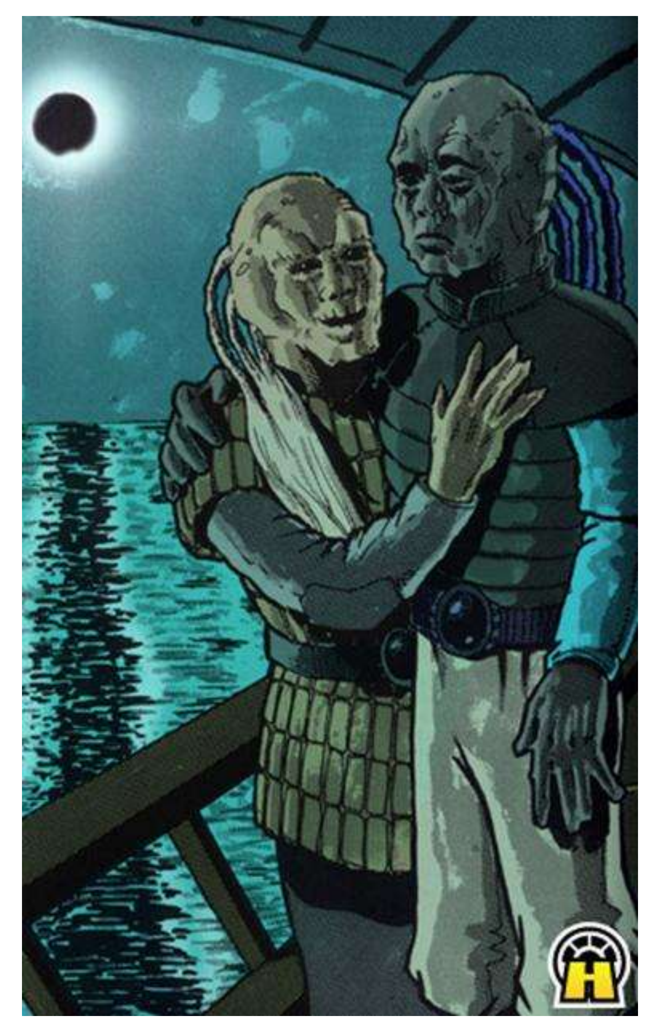
No tenemos que usar palabras entre nosotros, no habladas, al menos. Poseemos la habilidad de excretar feromonas que nos permiten comunicar nuestros estados de ánimo y deseos.

En ese preciso momento, mi deseo era estar en cualquier otro sitio, pero mantuve mis feromonas bajo control para no delatarme y decepcionarla.

—Mira las lunas —susurró con voz ronca. Sus feromonas dijeron que estaba de un humor muy romántico—. Son hermosas.

No tenemos que usar palabras. Pero me gusta el sonido de su voz, y ella lo sabe. Seguí su mirada. Zelos II tiene cuatro lunas, y había leído en alguna parte que la luz de luna es ingrediente esencial para un ambiente romántico.

Esa es una de las razones por las que sugerí que viniéramos a este planeta.



Desafortunadamente, también a causa de esas cuatro lunas ahora estábamos en una barcaza velera escasa de tripulación flotando a un metro sobre el Gran Mar Zelosi y dejando la tierra incómodamente atrás.

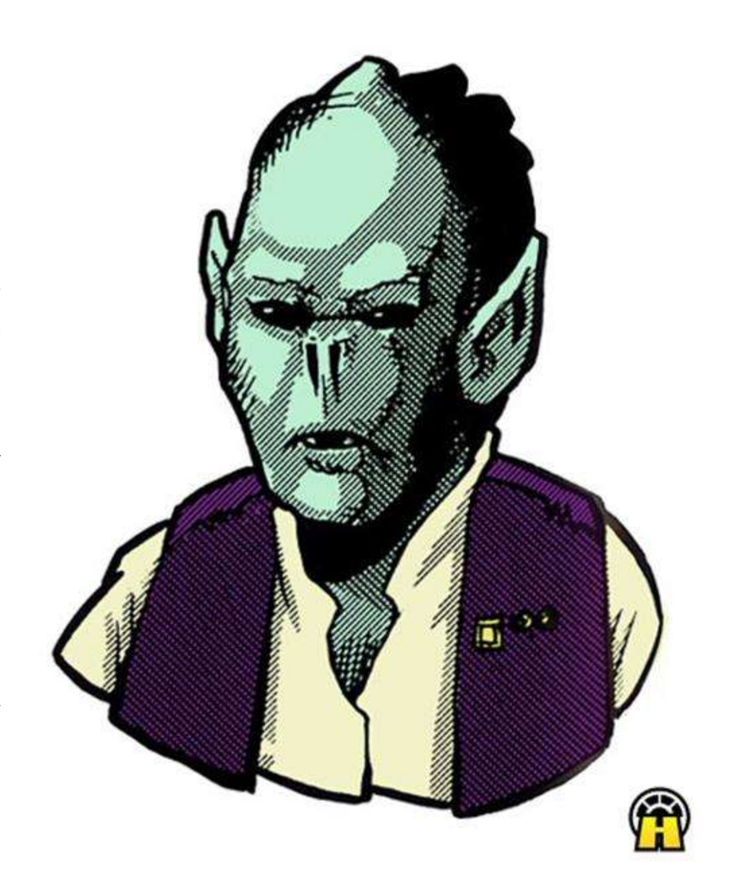
K'zk, el qwohog que pilotaba la barcaza alquilada, se había sentado en una mesa cercana en el restaurante que habíamos elegido para cenar la noche anterior. Parecía pequeño y fuera de lugar entre sus compañeros humanoides zelosianos, a quienes intentaba convencer sin éxito de hacer este mismo viaje. De hecho se veía muy fuera de lugar fuera del agua. Eso atrajo la atención de Solum'ke, que inmediatamente se mostró más interesada en la arenga de K'zk que en mis susurradas palabras de adoración y en el pernil de lemock a la parrilla chisporroteando en su plato.

Los qwohogs son anfibios bípedos. Este era verde pálido, casi del mismo color que las cortinas del restaurante. Tenía escamas de un azul plateado sobre su cabeza, orejas puntiagudas y largos dedos delgados que agitaba cada vez que pronunciaba una palabra. Su habla era extraña y entrecortada, áspera y nasal a través de la máscara vocalizadora que llevaba. Había aprendido que los qwohogs normalmente se comunican enviando vibraciones a través del agua —agua dulce— y necesitaban una máscara para ser comprendidos sobre las olas.

El agua salada no es su ambiente preferido, pero aparentemente este qwohog y sus compañeros se habían tragado sus miedos y estaban a punto de zarpar a través del Gran Mar Zelosi. Solo necesitaban que los acompañara alguien que no se opusiera a una posible inmersión en el agua salada.

—¿No es romántico? —susurró Solum'ke, interrumpiendo mis pensamientos. Se apoyó recatadamente contra la barandilla y contempló las tres lunas de Zelos II. Colgaban bajas en el cielo, prácticamente tocando el agua—. Las lunas, el agua, la brisa sobre mi piel. Realmente romántico.

—No si eres un zelosiano —dije acercándome y apoyando una mano en su cintura—. En este momento es media mañana, y en cualquier otra circunstancia no podrías ver estas lunas. La cuarta luna está alineada con el sol. Los nativos ya son bastante supersticiosos



sobre las lunas, el día y la noche. Pero en este día en particular su comportamiento es extremo, o eso puedo decir según los chips de datos que he leído. No es extraño que K'zk no pudiera lograr que ninguno de los nativos viniera con él. Suicidios, demencia, histeria infundada. De hec…

—De acuerdo —dijo inexpresivamente, el tono juguetón súbitamente ausente en su voz—. Es un eclipse. No hay nada romántico en un eclipse, ¿eh? Al menos no para ti. Histeria. Que palabra tan romántica.

—El Día de la Noche Sepulcral —dije, pensando que debería decir algo para recuperar el ambiente. No debería haberme puesto analítico con ella—. No romántico en sí mismo, ciertamente. Pero todo es romántico, y perfecto, cuando estás conmigo.

Ella sonrió, revelando una perlada hilera de anchos y agudos dientes, y se apoyó contra mí.

—Estoy tan contenta de que hayamos venido a este lugar.

Mantuve mis feromonas bajo control, sonreí y pensé en mis créditos que continuaban evaporándose en la renta de la barcaza velera con cada kilómetro de mar que cruzábamos.

—En ningún otro lugar podríamos haber visto este día de noche —respondí mientras la sostenía contra mí.

La cultura zelosiana se desenvuelve alrededor del día y la noche, ambos aprendimos eso en nuestro primer día en el planeta. La luz es buena y la oscuridad es mala, de acuerdo con su filosofía, y durante este eclipse extremadamente raro, los nativos se encierran tras sus puertas con abyecto terror. Las cantinas y casinos cierran, los balnearios son clausurados, y solo naves no zelosianas llegan y parten del puerto. Incluso yo tuve que admitir que el cielo de la mañana lucía un poco extraño. El reflejo de las tres lunas llenas, una azul lívido, otra violeta pálido y otra de un brillo tenue verdoso, apenas más oscura que K'zk el qwohog, golpeaba las pequeñas olas, enviando patrones de luz danzando hacia la proa y el horizonte.

Entrecerré los ojos, divisando una mancha lejana frente a nosotros. Algo estaba interrumpiendo el espectáculo de luces.

—¡Naufragio a estribor! —gritó uno de los cuatro tripulantes qwohog. Era una tripulación reducida, ya que los zelosianos que trabajaban la barcaza se habían tomado el día libre para esconderse. Mi alquiler sólo había pagado el vehículo; K'zk proveyó la tripulación.

—¡Allí, K'zk! —gritó un qwohog corpulento—. Ese deslizador se ha destrozado. Debe haber encallado en las rocas.

El qwohog gesticuló agitadamente hacia los irregulares fragmentos de casco que flotaban en el agua oscura, esparcidos entre jirones de vela y aparejos.

Una punta de coral sobresalía desafiante en el medio de los desechos. El tope del mástil del deslizador arruinado, una mujer zelosiana de busto prominente, estaba atrapado contra la punta y golpeaba huecamente como un corazón latiente con cada ola. Había cuerpos, la mayoría flotando boca abajo, la vida hace tiempo escurrida de ellos. Algunos hombres estaban aferrados sobre los pedazos más grandes de casco y podrían estar aún con vida. Era imposible decirlo desde esta distancia, y el asunto se estaba volviendo más discutible. Divisé una pequeña coronilla redondeada cruzando a través del agua: melk. La bestia escamada, del tamaño de un roedor, se irguió, giró sus ojos y abrió la boca. En un instante había empezado a darse un banquete con uno de los posibles supervivientes. Otros melks estaban apareciendo, unas dos docenas, supuse. Imaginé que las olas, pintadas de negro por el eclipse, se estaban tiñendo rojas con sangre.

K'zk se acercó con pasos silenciosos, miró hacia la punta de coral y sacudió lentamente la cabeza.

—Hay demasiados bajíos por aquí. La marea es demasiado baja. Cualquier capitán de deslizador digno de su agua se hubiera dado cuenta, no hubiera llevado su deslizador a esas partes. —Deslizó sus dedos esbeltos por sus escamas—. ¡Bajen las velas! —gritó a través de su máscara—. ¡Mantengan nuestra posición! No quiero que seamos arrastrados más cerca. —Por lo bajo, le dijo al qwohog más cercano—. Lleva una balsa velera. Mira si puede haber algún sobreviviente. No arriesgaré esta barcaza entrando en esos bajos por ningún hombre. Diergu-Rea, ¿te importaría ir con él? Estamos un poco cortos de personal a causa del eclipse, ya sabes.

Fruncí el ceño. No me gusta el agua, pero sabía nadar, así que no tenía miedo de montar en una pequeña balsa velera. Pero no quería que nuestro capitán se pasara el resto del día buscando entre cuerpos hinchados. Con tantos melks alimentándose, las posibilidades de encontrar a alguien con vida eran tan grandes como de encontrar un veelgeg en un kemlish jalado de la profunda bahía de Kryndyn. Cero, en otras palabras. No me preocupaba que los melks me quisieran de cena. Con tanta carne en el agua, dejarían la balsa tranquila. Lo que me preocupaba era la pérdida de tiempo. Estábamos aquí para encontrar el Espinazo Zelosiano —o no encontrarlo, más probablemente— y volver a la seguridad relativa del puerto espacial de Kryndyn. Pensé en expresar mi objeción, dado que era yo quien financiaba este pequeño viaje, pero uno de los qwohogs me interrumpió.

—¡Encontré un par con vida, K'zk! —Un qwohog alerta tenía un par de macrobinoculares presionados sobre sus ojos, enfocados en el agua. Estaba gesticulando con un brazo escuálido.

Dejé escapar un profundo suspiro y me dirigí a la balsa velera.

—Sí, iré.

—Yo también —agregó Solum'ke excitadamente. Sus feromonas me dijeron que estaba honestamente ansiosa por ayudar.

Trepamos a la balsa, buscamos el distribuidor de sintesoga para bajarlo un poco, y entonces accionamos el interruptor de los repulsores. El pequeño vehículo quedó suspendido medio metro sobre el agua. Volví la mirada hacia K'zk, que estaba revisando la unidad de repulsores de la barcaza. Nuestro piloto qwohog guió la balsa entre los despojos. Por el estado de las destrozadas placas de la cubierta y el torcido mástil flotante, calculé que había tenido poco menos de la mitad del tamaño de la barcaza velera. Su mecanismo repulsor probablemente no era lo bastante poderoso para hacerlo flotar sobre los picos, y por tanto el deslizador había golpeado uno de ellos, averiándose.

El olor de los cuerpos aún no era fuerte, sugiriendo que los hombres habían muerto probablemente cerca del amanecer. Aun así, el olor era suficiente para hacer que Solum'ke frunciera las ventanas de su bonita nariz.

Ella señaló hacia los dos hombres que el qwohog había divisado milagrosamente. Humanos, no zelosianos como la mayoría de los infortunados que flotaban boca abajo en el agua. Se aferraban desesperadamente a un par de contenedores de carga amarrados a otra punta de coral. Los mantenían fuera del agua, y a salvo de los melks, pero era un asidero precario.

Los hombres agitaron sus brazos frenéticamente, llamándonos. Mientras íbamos hacia ellos, la balsa rozó un escollo que asomaba justo sobre la superficie. Miré sobre el costado y la luz lunar reveló un arrecife superficial. Podría haber extendido mi mano y tocarlo, si no hubiera temido que un melk me arrancara la mano de un mordisco. Si hubiéramos llevado la barcaza velera para rescatar a esos hombres, podríamos haber encallado también y ser pasto de los melks.

Cuando llegamos junto a los contenedores, ayudé a subir a bordo a los sobrevivientes. Eran hombres pálidos, con cabello castaño oscuro, manchados de sangre. Sus facciones sugerían que eran corelianos; lejos de su hogar, pero no de la corbeta coreliana que estaba en el puerto. Si eran de esa nave, podrían resultar ser nuestro pasaje gratis fuera de aquí: transporte a cambio de salvar sus vidas.

El más viejo parecía estar en peores condiciones. Su labio estaba partido y una herida profunda a lo largo de su pierna se estaba hinchando, probablemente infectándose. Parecía como si un melk lo hubiese mordido y vuelto a escupir. Un primitivo arpón en su costado estaba cubierto de sangre y me pregunté si había logrado tomar un pedazo del reptil.

—Gracias a las lunas que alguien nos vio —dijo el más joven—. Habríamos estado muertos por la tarde si ustedes no hubieran llegado.

—¿Hay alguien más con vida? —preguntó Solum'ke.

El par sacudió sus cabezas, encontrando un lugar en el centro de la balsa velera y dejándose caer pesadamente en los asientos.

—Están durmiendo en el estómago de los melks —dijo el mayor. Me extendió su mano y yo la estreché.

Estaba terriblemente fría. Había estado en el agua un buen rato. Se presentó a sí mismo como Hanugar, y al sobreviviente más joven como Sevik.

—¿Qué sucedió? —pregunté.

—Un arrecife de coral y una marea baja a causa del eclipse —dijo Hanugar—. El deslizador que alquilamos lo golpeó a última hora de anoche. Abrió el casco y arruinó el mecanismo repulsor. Era una buena nave, pero el capitán estaba nervioso deseando llegar a casa antes del Día de la Noche Sepulcral. Cuando encallamos, hizo agua tan rápidamente que fue imposible hacer algo para salvarla.

—¿Qué estaban haciendo tan lejos de la costa? —preguntó Solum'ke.

Sevik se encogió de hombros.

—Apreciando el paisaje. Cosas típicas de turistas.

El qwohog condujo la balsa de regreso a la barcaza, mientras escuchábamos a Hanugar y Sevik explicar como habían logrado a duras penas amarrar los contenedores y aferrarse a la punta de coral para evitar ser carnada de melk. Parecían sinceramente agradecidos por el rescate y se ofrecieron a pagar nuestro pasaje fuera del planeta. Mi corazonada era correcta. Venían de la gran corbeta coreliana que estaba en el puerto.

Una vez en cubierta, Solum'ke atendió las heridas de los corelianos. Tiene un don para improvisar cataplasmas y vendajes; Quay sabe que ha tenido que vendarme muchas veces que terminé en el lado equivocado de una pelea de cantina.

—¿Qué los trajo aquí a esta hora de la noche? —nos preguntó Sevik. Era una pregunta justa. Nosotros se la habíamos hecho.

—Apreciando el paisaje. Cosas típicas de turistas —respondió Solum'ke.

—Luna de miel —susurré en respuesta, en voz baja para que él no pudiera oírme. Sonreí y me di la vuelta, sabiendo que Solum´ke no les diría la verdadera razón por la que estábamos aquí; buscar el tesoro que, según K'zk, estaba enterrado en el Espinazo Zelosiano.

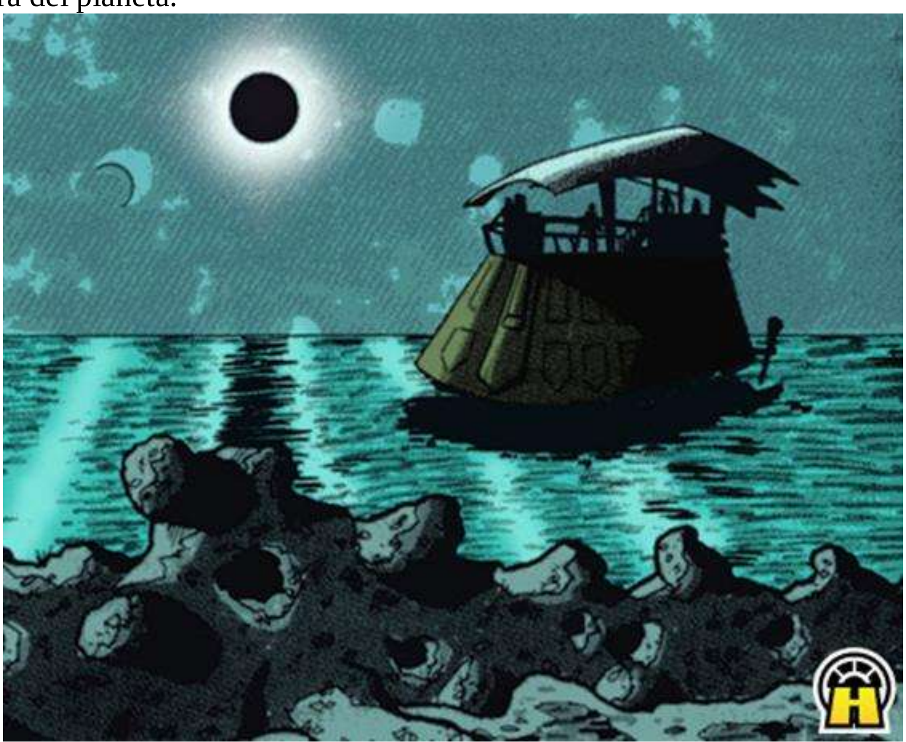
Escuché a K'zk detrás de mí ordenar a uno de sus compañeros que trajera algo de alimento a los corelianos. Mientras el par devoraba su comida, escuché su charla casual. K'zk les decía que nos estábamos dirigiendo al sur, pensando en deslizarnos hacia las Islas Bryndas donde se podían encontrar los balnearios más exóticos. El qwohog sonaba convincente. ¡Ja!, pensé para mí. Él había tratado de convencer a los zelosianos en el restaurante de salir en esta loca búsqueda del tesoro con él. Pero ellos no habían querido saber nada a causa del eclipse. Entonces dirigió sus encantos hacia Solum'ke y tuvo éxito. La idea de un tesoro la atraía.

Escuché el batir de las velas izándose y ondeando sobre mí, las revoluciones del motor del repulsor. Hora de reanudar nuestra marcha.

K'zk nos había dicho que no podía buscar el tesoro por sí mismo. El problema era el agua salada. No podía respirar dentro de ella, y de sumergirse podría hacer que su piel se ampollara. Buscar el tesoro podría implicar mojarse, de ahí su necesidad de que alguien lo ayudara. Dijo que dividiríamos lo que fuera que encontráramos al cincuenta por ciento.

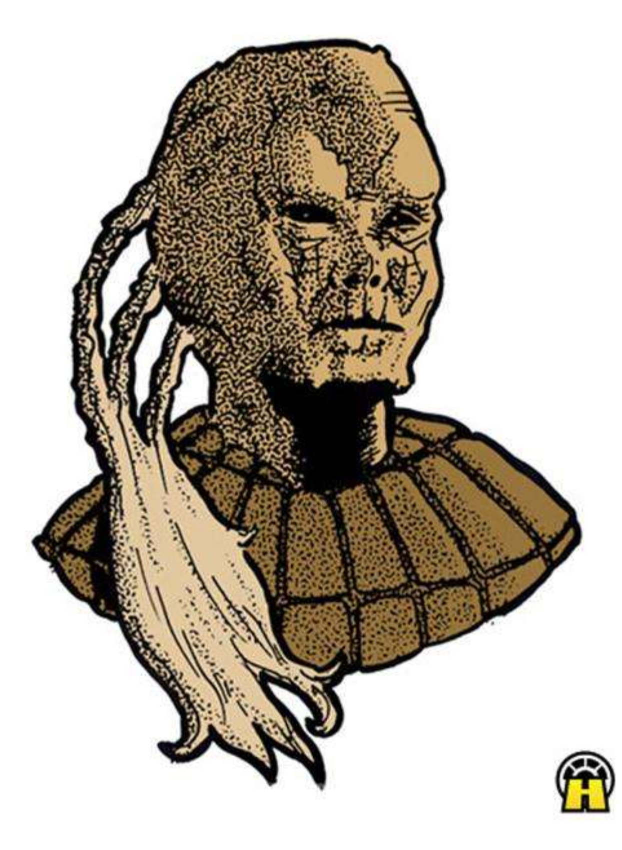
Sentí que la barcaza viraba hacia la derecha para evitar otro peligroso escollo de coral.

K'zk afirmaba que de acuerdo a la leyenda zelosiana, durante el Día de la Noche Sepulcral las mareas estarían en su punto más bajo. A muchas millas de la costa del continente principal, los escollos de la cumbre de la montaña sumergida, llamados el Espinazo Zelosiano, emergerían de las olas. Supuestamente, una gran riqueza yacía en una cueva de la cresta; tesoro que perteneciera una vez a un príncipe mercader. De acuerdo a la leyenda, hacía unos doscientos años, durante otro raro eclipse, la nave del príncipe fue atrapada por el pozo de gravedad de Zelos, arrastrada dentro de la atmósfera y se estrelló en el espinazo. El príncipe sobrevivió y ordenó a sus hombres que enterraran el tesoro en una cueva del escollo. Intentó hacer una balsa con parte de su nave arruinada, navegar hasta un puerto y comprar una nave que pudiera llevarlo de vuelta a su tesoro y luego fuera del planeta.



Pero de acuerdo a la leyenda, se ahogó antes de llegar a la playa. Los melks probablemente lo devoraron, y en las décadas que siguieron nadie había recuperado el tesoro del príncipe. Ni los zelosianos, que no saldrían durante el día de la Noche Sepulcral, ni los turistas, porque la leyenda era supuestamente un secreto bien guardado. K'zk no quiso decir como había oído de ella.

—¡El espinazo, K'zk! ¡Veo el Espinazo Zelosiano! —rugió uno de los qwohogs a través de su máscara vocalizadora.



Miré escépticamente por sobre la barandilla. Nada, excepto agua agitada. No podía ver qué era lo que excitaba tanto al qwohog.

—¿K'zk? —escuché proponer a un qwohog—. ¿Vamos a entrar?

Sentí la barcaza velera moverse hacia delante, entonces miré más allá del bauprés. Allí, a unas doscientas yardas, algo asomaba por sobre las olas. A primera vista pensé que era la espina dorsal de alguna gigantesca criatura marina. Sentí mi mano deslizándose hacia mi bláster. Pero el espinazo no se movió, y me relajé un poco. Era sólo otro escollo de coral.

Solum'ke estaba a mi lado. Había dejado a Sevik y Hanugar y se había acercado silenciosamente.

—Este debe ser —susurró—. Este tiene que ser el Espinazo Zelosiano.

—No lo sabes —le advertí suavemente—. Hay muchos escollos de coral por aquí y…

Sus ojos oscuros centellearon y su amplia boca se abrió mientras nos acercábamos al escollo.

Las lunas iluminaban los picos que sobresalían unos cuatro metros por sobre la superficie. Había algunos huecos profundos entre las rocas; cuevas, adiviné. La más grande era redonda, como el ojo de una bestia inmensa y estaba sobre la cumbre; la más pequeña estaba justo por sobre la superficie de las olas.

Escuché las velas arriándose, y el zumbido del motor del repulsor descendió a un susurro. K'zk explicó rápidamente que no quería arriesgar que el casco de la barcaza velera golpeara alguna roca oscura escondida apenas sobre la superficie, ya que no quería acabar como el deslizador de los corelianos.

—La leyenda del Espinazo Zelosiano —silbó Sevik.

—Eso es lo que estaban buscando, ¿verdad? —le preguntó Solum'ke.

El coreliano asintió.

—Sí, cosas de turistas… al igual que ustedes.

—Me pregunto que encontraremos —pensó en voz alta.

Meneé mi cabeza.

—Es solo un escollo, nada más, con algunas cuevas.

—El tesoro del príncipe está en una de las cuevas —dijo Solum'ke—. Cristales Etren tan grandes como mi puño, según la leyenda.

—Si este es el escollo correcto, y si la leyenda sobre el príncipe mercante es cierta —le advertí—. Pero el tesoro puede haber desaparecido, si es que hubo uno, para empezar. Sevik y Hanugar son prueba suficiente de que no somos los únicos buscadores de tesoros en el planeta. Y no lo olvides, han pasado muchos años, Sol, no tengas demasiadas esperanzas con todo esto.

Mis palabras y feromonas no estaban haciendo nada para disminuir su entusiasmo.

—Lleva la balsa velera tan cerca como puedas. —K'zk se había acercado a nuestras espaldas—. Cualquier cosa que encuentren, pónganla en estos sacos. No intenten esconderme nada. Lo dividiremos al cincuenta por ciento.

—¿Y que pasa con nosotros? —interrumpió Hanugar.

—Ustedes tienen sus vidas —dijo Solum'ke, con una nota amenazadora en su cálida voz—. Al cincuenta por ciento significa dos partes: la nuestra y la de los qwohogs.

Sus feromonas respaldaron su amenaza, aunque los corelianos no pudieran interpretarlas.

—Calma, calma —dijo el qwohog, sonando como un insecto zumbando en su máscara vocalizadora—. Podríamos cederles un poco si nos echan una mano.

Tomé un par de barras luminosas, me metí en la balsa velera y ayudé a Solum´ke a subir.

Ella era curiosa como un gato jaren y a pesar de mis esfuerzos no pude convencerla de permanecer en la barcaza velera mientras yo exploraba los alrededores. Sevik vino con nosotros, y Hanugar tomó la balsa velera de un solo hombre.

—¿Qué encontraremos? —se preguntó Solum'ke en voz alta mientras yo guiaba la balsa velera más cerca—. ¿Qué encontraremos?

—Quizás nada —dije yo… otra vez… mientras amarraba la balsa a una protuberancia rocosa.

Hanugar ya había desembarcado y se estaba dirigiendo hacia la caverna más grande de la cima, aquella que parecía mirar como el ojo de una bestia. Déjenlo buscar allí, pensé, mientras lo veía trepar en su interior. Si yo escondiera un tesoro, lo pondría en el lugar menos probable, y el lugar menos probable que podíamos ver esta noche parecía ser la cueva que había notado más cerca del agua, una estrecha grieta que se veía como una gran arruga negra. Estaríamos muy apretados. Las otras cuevas eran demasiado pequeñas para considerarlas. Era posible que hubiera más cuevas bajo la superficie.

Solum'ke me empujó hacia delante. Yo odiaba los lugares cerrados. Y odiaba las búsquedas de tesoros. Denme un puñado de contratos con piratas, espías y contrabandistas fracasados; te harás rico mucho más rápido.

Solum'ke le pasó una barra luminosa a Sevik. Él aún parecía estar en mal estado, a pesar de sus curaciones, pero sus ojos brillaban como los de ella ante la idea de riqueza. ¿Yo era el único realista en todo esto?, me pregunté. ¿Era el único que sabía que nos iríamos con las manos vacías? Sin embargo, haría cualquier cosa por complacer a Sol. Cualquier cosa por hacerla feliz. Sentí sus gruesos dedos rozar mi hombro. Estaba justo detrás de mí. Era fácil avanzar al principio, ya que había pocos bordes irregulares que

lastimaran nuestras botas. Décadas bajo las olas habían suavizado la superficie de las rocas.

—Me pregunto qué encontraremos —susurró otra vez.

Yo encogí mis anchos hombros y me deslicé dentro de la grieta. El espacio era pequeño, haciéndome sentir inquieto, y la barra luminosa que Solum'ke sostenía detrás de mí iluminaba los muros húmedos, enviando sombras jugueteando en los estrechos confines. Nuestras propias siluetas contra las rocas parecían extrañas y se sumaban a mi malestar. Aun así, me deslicé con cuidado hacia adelante y abajo, siguiendo el túnel natural, y entonces me detuve cuando escuché algo crujir bajo mis botas. Miré el suelo de piedra y pestañeé. Huesos, humanoides al parecer. Frágiles con el tiempo, pero blancos, limpiados por los melks, adiviné.

—¿Diergu-Rea? —la voz de Solum'ke estaba teñida con apenas un toque de nerviosismo.

—¿Qué encontraron? —gritó Sevik. No podía ver más allá de la forma agradablemente regordeta de Solum'ke.

—Lo que queda de anteriores buscadores de tesoros —respondí.

Quizás habían encontrado la grieta en un Día de la Noche Sepulcral hacía décadas y se habían demorado demasiado, quedando atrapados dentro, y se ahogaron cuando el eclipse terminó y el agua subió. O quizá algo más les había ocurrido. Apresuré nuestro paso y deseé que hubiéramos pensado en comprar respiradores antes de dejar el puerto.

Debíamos estar a más de cuatro metros bajo el nivel del mar cuando el pasadizo se volvió aun más estrecho y charcos de agua salada se arremolinaron a la altura de mis rodillas en las depresiones. No era extraño que el qwohog tuviera miedo de bajar aquí. El agua tenía tanta sal que incluso mi gruesa piel estaba irritada.

Para complicar las cosas, me sentía atrapado, como una bestia enjaulada. Casi le indiqué a Sol que volviéramos, pero algo centelleó adelante, acelerando incluso mi corazón receloso. Me escurrí entre los muros del túnel y me encogí cuando mi camisa se desgarró en una roca. Sentí la piedra cortar entre mis omóplatos y el calor de mi sangre corriendo por mi espalda. Mi espalda sanaría, Sol se encargaría de eso, pero la camisa no. Y era costosa, un regalo que ella me había dado en nuestra primera noche aquí.

—¿Cuánto falta? —gritó Sevik.

No lo sabía, así que no respondí. Continué abriéndome paso a través del túnel y bajando aún más. Los muros estaban resbaladizos con humedad y sospeché que lo que había atraído mi mirada era la luz de la barra luminosa reflejándose en el agua.

Pasé el dedo sobre la piedra enfrente de mí y lo llevé a mis labios. Más agua salada. Debía haber fisuras en algún lugar de las rocas, dejando entrar un poco del mar.

—No hay nada aquí —susurré a Solum'ke—. Volvamos y esperemos que Hanugar tenga más éxito.

Vi la mirada desanimada en sus ojos, leí sus feromonas que gritaban su decepción, y entonces su expresión y ánimo se iluminaron en un instante. Estaba mirando más allá de mí. Giré mi cuello y seguí su mirada. Cristales rojos. Un par de fragmentos se apoyaban

en un saliente un poco más abajo. Fueron suficientes para hacerme olvidar mis preocupaciones y mi claustrofobia y seguir adelante.

—¡Encontramos algo! —le avisó Solum'ke a Sevik. Él dejó escapar un grito detrás de ella.

Mis botas crujieron sobre más huesos mientras alcanzaba el nicho con los cristales. Mas allá, el túnel se abría… como lo hizo mi boca. Una miríada de cristales multicolores se esparcía sobre el piso de una caverna natural, cubriendo cada palmo de piedra y centelleando alegremente como luciérnagas a la luz de la barra luminosa. Algunos cristales nos hacían guiños bajo la superficie de pequeños charcos, haciendo imposible decir a qué profundidad yacía la riqueza. Urnas, estatuas en miniatura, ídolos de metal trabajado, y más, atrajeron la atención de Solum'ke. Un gran cofre de madera ubicado en medio del cúmulo de riqueza atrajo la mía.

Emití un silbido bajo y fui hacia él, los tacones de mis botas tintineando a través de los cristales. Me arrodillé rápidamente ante el antiguo cofre. La madera apestaba, podrida con el tiempo.

—¡Somos ricos! —gritó Solum'ke—. Oh, Diergu-Rea, sabía que había algo cierto en la leyenda. ¡Lo sabía! ¡K'zk tenía razón!

Miré sobre mi hombro. Ella había apoyado su barra luminosa y estaba recogiendo cristales, dejándolos caer entre sus dedos y tintinear contra el piso. Sevik estaba ocupado rodeando las orillas de los charcos de agua salada. Empezó a desenrollar los sacos de lona que K'zk nos había dado y estaba decidiendo con qué llenarlos primero.

—Estos cristales son antiguos, amor —dijo Solum'ke. Estaba sosteniendo uno, casi con reverencia—. Nos estableceremos por el resto de nuestras vidas. —Pedazos de cuero podrido estaban desperdigados aquí y allá, restos de los sacos que habían contenido los cristales. Haciendo a un lado el cuero, ella arrojó los cristales en su saco—. Esto nos comprará nuestro propio carguero, una flota de ellos, quizás una luna en alguna parte.

Volví mi atención al cofre. Tenía un mecanismo de cierre grande y primitivo que estaba oxidado, al igual que las bandas de hierro que cruzaban la madera descolorida. Una placa de hierro en su parte superior tenía algún tipo de inscripción, pero estaba en un lenguaje que yo no podía leer. Busqué en mi cinturón y tomé una navaja arrojadiza rodiana. Introduje el mango en la cerradura, y un ruido hueco resonó en la cámara. La cerradura no cedería. Pero la madera era vieja, y concentré mi atención en ella. Me tomó un buen rato. Cuánto tiempo, no estoy seguro, pero finalmente hice un agujero en la parte de arriba del cofre. Busqué una barra luminosa, miré dentro de la cavidad y contuve la respiración.

—Diergu-Rea, ¿qué ves?

—Gemas, coronas, la riqueza de un príncipe, Sol —respondí roncamente. Mi garganta se había secado—. Cristales no tan grandes como tu puño, pero grandes. Vamos a ser muy ricos.



Ella chilló con deleite y me pasó un saco. Hundí mi mano en la abertura del cofre, cerrando mis dedos sobre las gemas, y empecé a extraerlas. La luz bailaba a través de sus facetas, y disfruté la vista por un momento antes de soltarlas en el saco. Mi brazo trabajó más rápido, dentro y fuera de la abertura, recuperando gemas centelleantes tan negras como el cielo de medianoche, otras azul pálido en forma de lágrimas, otras naranjas que se iluminaban con el calor de mi mano, y más. Dejé caer un collar de cristal verde sobre la cabeza de Sol, y regresé a recoger joyas en mi saco. Dejé que mis gruesos dedos jugaran a lo largo de la superficie de un gran brillo solar, me dejé llevar.

No estoy seguro de cuánto tiempo pasó; el tiempo parecía irrelevante con todo lo que había para saquear. Pero sé que fue tiempo suficiente para llenar mi saco de lona. Empecé a llenar mis bolsillos con las gemas que quedaban en el fondo del cofre. No iba a dejar que se me escapara ni una baratija.

—Apenas puedo levantar esto —gruñó Solum'ke. Era una weequay formidable, probablemente más fuerte que yo, y las costuras de su saco amenazaban con abrirse—. Si este planeta fuera más civilizado, podríamos haber alquilado androides para ayudarnos a cargar esto.

—No hay demasiados androides en Zelos II —intervino Sevik. Él también era fuerte, obviamente. Tenía dos sacos abultados, uno sobre cada hombro—. De hecho, no hay muchos…

Sus palabras se interrumpieron cuando le hice un gesto. Incliné mi cabeza hacia un costado y escuché. Agua.

—Algo está mal —dije. Mis feromonas le dijeron a Solum'ke que estaba preocupado. Me eché el saco sobre el hombro, tomé una de las barras luminosas, y pasé junto a Sevik, entrando en el túnel. Había llegado a la parte más estrecha cuando me di cuenta de que algo estaba definitivamente muy mal. Un riachuelo de agua corría por el suelo rocoso,

originando el sonido. Al principio parecía un pequeño reguero, pero mientras miraba, el agua se extendió y se volvió más rápida, convirtiéndose en un torrente. Se precipitó en los charcos de agua en las depresiones del túnel y salió por el otro lado como una catarata en miniatura.

—¡Sol! ¡Tenemos que salir de aquí, ahora! ¡Toma lo que tienes y vámonos! ¡Rápido! ¡Creo que el mar está subiendo!

Escuché a Solum'ke rebuscando a través de los cristales en el suelo detrás de mí. Una mirada sobre mi hombro reveló que los pies de Sevik parecían haber echado raíces en el lugar, sus ojos fijos en los cristales que estábamos dejando atrás.

—¡Sol! —grité, cabeceando hacia nuestro invitado.

Ella le dio un rudo codazo que pareció volverlo a la realidad. Él cerró la retaguardia de nuestra pequeña comitiva, cargando sus sacos prácticamente sin esfuerzo.

Era más difícil ir escalando el túnel. Era más empinado de lo que había creído, y el suelo era resbaladizo. Mientras nos acercábamos a la salida, el agua entró corriendo aún más rápido, agitándose entre nuestras rodillas, y luego muslos.

Un momento después, mi cabeza asomó por la abertura, y me balanceé en el borde para evitar caer al mar, que ahora lamía mi cintura. Dejé que la barra luminosa se deslizara entre mis dedos; no la necesitaba. El cielo estaba más claro, el eclipse terminaba, y la marea subía rápidamente. Empecé a trepar lo que quedaba del escollo, indicando a Sol que me siguiera.

La balsa velera de Hanugar se estaba dirigiendo a la barcaza, a lo largo de cuya cubierta permanecían todos los qwohogs. Nuestra balsa velera estaba arruinada, había una profunda hendidura en su casco donde estaba el mecanismo repulsor. El mecanismo era un inútil pedazo de historia, destrozado al estrellarse contra una aguda punta de coral. La balsa velera aun flotaba, pero como un bote primitivo, en el agua, no sobre ella. Y no tenía energía.

Una ola rompió contra mi pecho, amenazando con empujarme hacia abajo. El mar estaba subiendo aún más rápido ahora, y sabía que en minutos estaríamos andando en el agua, o ahogándonos en ella si no soltábamos las gemas.

—¡Cuando el mar esté un poco más alto, llevaré la barcaza! —gritó K'zk. Gritó algo más, pero sus palabras se perdieron por el romper de una ola contra las rocas a nuestro alrededor.

Los minutos parecieron arrastrarse mientras el mar se elevaba hasta nuestros hombros. Observamos a Hanugar atar su balsa velera a la baranda y subir a la barcaza. La balsa de Hanugar fue izada.

¡La balsa! ¡Nuestra balsa! Mis ojos buscaron y se fijaron en la nuestra, dañada. Estaba a la deriva, alejándose de nosotros. Serviría para mantenernos sobre el agua.

—¡Rápido! —le grité a Solum'ke, mientras señalaba hacia la balsa. Había divisado un par de cabezas de melk en la distancia, naturalmente enfilando en nuestra dirección. Y quería desesperadamente salir rápido de su elemento. Sentí el escozor del agua salada

contra mi espalda donde me había cortado, y sabía que mi sangre se estaba filtrando en el mar. Guiaría a los melks directo a nosotros.

—¿Dónde está Sevik? —gritó Solum´ke. De alguna forma había logrado alcanzar la balsa y había arrojado su saco en el fondo. Subiéndose por el costado, empezó a usar sus brazos como remos para llevar la balsa arruinada hacia mí.

El agua alcanzaba mi barbilla ahora, y yo tenía que elevar mi cabeza hacia el cielo que se iba iluminando para mantener mi boca sobre ella.

—¡No hay señal de él! —contesté—. ¡Puede haberse ahogado!

En un puñado de latidos, ella estaba alzándonos a mi saco y a mí dentro de la balsa. Miré hacia la barcaza velera, a Hanugar que estaba de pie junto a la baranda. Y entonces mi boca se abrió sorprendida cuando vi a Sevik trepando por el costado de la nave, con los dos sacos aun sobre sus hombros. Debería haber sido físicamente imposible para él haber nadado tan lejos con el peso de los cristales. A menos… Miré más detenidamente, y encontré un cinturón repulsor alrededor de su cintura.

—Tú, sucia excusa para un atusador de papada nimbanés…

El resto de mis palabras fueron ahogados por una ola estrellándose contra el costado de nuestra balsa. Vi la barcaza velera flotar más alto y deslizarse hacia nosotros.

—¡Arrójanos una cuerda! —grité.

—¡Los cristales primero! —respondió Sevik mientras se inclinaba sobre el costado con un cabo de sintesoga.

—¡No! —gritamos Solum'ke y yo prácticamente al unísono. Nos aferramos a nuestros tesoros.

K'zk estaba al lado de Sevik, mirando sobre el borde, un rifle bláster apuntado a la hermosa cara de Solum'ke. Su voz crujió a través de la máscara vocalizadora.

—Tomaremos todos los cristales… de una manera u otra.

Solum´ke buscó su bláster. ¿Qué pasó con el cincuenta por ciento?, preguntaban sus feromonas.

—El agua salada —le susurré.

La oí gruñir. Nuestros blásters serían inútiles, arruinados por nuestro chapuzón en el mar. Pasé mis brazos por sus hombros, y ella se desplomó contra mí, mientras cedíamos y veíamos nuestros sacos de gemas y cristales elevarse a la barcaza velera del traicionero qwohog.

—Tan sólo dime —le grité a K'zk—: ¿estaban los corelianos involucrados en todo esto desde el principio? Obviamente los conoces.

—Por supuesto. Socios. Al cincuenta por ciento —replicó el qwohog mientras movía la barcaza velera a pocos metros de nuestra balsa arruinada—. Recibí un mensaje de que estaban varados, así que tuvimos que pasar a por ellos antes de buscar la cresta. Todos buscábamos el Espinazo Zelosiano, ellos en el deslizador y yo con la barcaza. Dos barcos tendrían muchas más oportunidades de encontrarla. Naufragaron realmente en el escollo, perdiendo algunos de nuestros compañeros en el proceso. Nuestro capitán no estará complacido.

—¡Pero esto debería apaciguarlo! —rió Sevik, alzando un gran cristal.

—¿Y entonces para qué nos necesitabais? —dije con sarcasmo.

—Un seguro en caso de que ellos no encontraran el escollo —fue la breve respuesta del qwohog—. O en caso de que no pudiera salvar a ninguno de mis amigos corelianos. No puedo lidiar con el agua salada, ya sabes. Además, fuisteis un buen par de manos extra. Lamento dejaros varados aquí, os portasteis deportivamente en todo el asunto, incluso pagasteis el alquiler de la barcaza velera. Pero no podemos dejar que nos entreguéis a las autoridades antes de que tengamos oportunidad de salir del planeta.

—La corbeta

El qwohog asintió.

—Nuestra nave. Y mejor nos damos prisa. El capitán nos está esperando. ¡Gracias por vuestra ayuda!

Mientras las lunas se apagaban y el sol salía, desterrando toda señal del eclipse, miramos como la barcaza velera se convertía en un punto sobre las olas y luego desaparecía. Nuestra pequeña balsa velera se balanceaba cerca del arrecife, aún a flote, protegiéndonos de los melks.

—Moriremos aquí —dijo Solum´ke. Nunca la había escuchado tan triste.

—No estamos tan lejos de la costa. Otras barcazas saldrán antes de que el día avance, dirigiéndose hacia los balnearios en las Islas Bryndas. Alguien nos rescatará.



—Perdimos todo —continuó lamentándose—. Todo ese tesoro. Todos esos…

Llevó una mano a su cuello, al collar de cristal verde que yo había puesto allí. Busqué en mis bolsillos y saqué un puñado de brillos solares.

—Cada bolsillo está lleno —dije—. Es más que suficiente para pagar a nuestros rescatadores y sacar pasaje fuera de este lugar… comprarnos un pequeño carguero, uno nuevo quizá.

—Y aún tenemos nuestras vidas —dijo, iluminándose un poco.

—Unas muy largas —agregué. Ella notó el brillo en mis ojos—. Quizá en otra docena de décadas podamos regresar aquí, durante el siguiente Día de la Noche Sepulcral.

—Tomar lo que dejamos en el Espinazo Zelosiano —concluyó.



La atraje hacia mí y enterré mi nariz contra su cuello aun húmedo. Ella olía a mar y a verano. Embriagador.

Solum'ke me abrazó a su vez.

—¿En qué estás pensando? —susurró después de unos momentos de silencio.

—Un qwohog.

—¿Y dos corelianos?

—No deberían ser muy difíciles de encontrar.

—No para los mejores cazadores de recompensas en el sector —respondió—. Creo que ya escucho otra barcaza velera viniendo en nuestra dirección.

Uhl Eharl Khoehng

4 años después de la batalla de Yavin

Patricia A. Jackson



Tridentes gemelos de un relámpago atravesaron los cielos bajos de Iscera. La atmósfera congestionada sangraba en coagulados tonos rojos y naranjas, cuando los gases volátiles reaccionaban con la violencia cargada de la tormenta. Las ráfagas torrenciales de viento y nieve se abatían contra el casco del *Pródigo*, cubriendo el carguero con una armadura secundaria de hielo grueso. Sin ninguna firma exterior o luces de posición, el YT-1300 estaba posado solo en una plataforma expuesta, aislado del tráfico principal del puerto espacial isceriano.

Un relámpago iluminó brevemente el interior del puente del *Pródigo*. Fable Astin estaba sentada, indecisa, contemplando la tormenta. Agotada y enferma, la joven Jedi deslizó los dedos a través de su pelo enredado, echando la melena ingobernable sobre sus hombros. El corte entallado de su chaqueta de vuelo acentuaba su cintura delgada y las

largas líneas de sus piernas y muslos. Hizo una mueca irritada, cambiando de posición para aliviar la presión de sus mallas grises, que se habían recogido en la parte posterior de sus rodillas. El leve movimiento agitó el pesado bláster en su cadera e hizo caer el sable de luz en el cojín junto a ella.

Fable movió el interruptor del comunicador por décima vez, esperando que la computadora extrajera el mensaje almacenado en los registros de la nave. La imagen indefinida emergió del mini-holovideo, para realinearse formando la cara y el torso de una mujer. Prematuramente gris por el peso del mando, el pelo castaño se encrespaba sobre los hombros de su uniforme, que portaba las insignias de un oficial de la Alianza Rebelde.

—Saludos, Capitán Astin y a su equipo de infiltración Acosador. Soy la comandante Beatonn de la fragata rebelde V'nnuk'rk. —Beatonn se detuvo brevemente, interrumpida por el distante sonido de una alerta de proximidad—. Su objetivo es muy claro, capitán. El Imperio ha comenzado la construcción de un bunker de comunicaciones en Nysza III. Sus órdenes son destruir el bunker antes de que pueda ser terminado. Buena suerte, capitán, y que la Fuerza la acompañe. —La holo-comunicación terminó en medio de una descarga de estática e interferencia.

Fable accionó el interruptor de borrado, suprimiendo la transmisión. Debería haberlo hecho hacía tiempo. Habían pasado casi diecisiete horas desde la culminación de su objetivo, que había resultado en la prematura muerte de su oficial técnico, Arecelis Acosta.

—¿Sabías que era mitad humano?

—Oí rumores —contestó Deke Holman. Las luces auxiliares del control arrojaban una aureola surrealista sobre su rostro bien parecido pero severo y el mechón de pelo rojo furioso que coronaba su cabeza. Socorrano, de piel oscura y aspecto áspero, llevaba el tradicional aro de oro en su lóbulo izquierdo. Todavía húmedo por sus desventuras en Nysza III, se inclinó hacia delante y miró fijamente la impresión holográfica asegurada en la pantalla. Reconoció su propia figura corpulenta, encuadrada a cada lado por sus compañeros. A la derecha, su capitán y amiga, Fable Astin, sonreía mientras él le hacía cosquillas en el cuello. A la izquierda, Arecelis Acosta fingía un puñetazo.

El coynite medía casi 2.2 metros de altura, con su pecho y hombros poderosamente construidos. Su cuerpo estaba cubierto por una manta fina de pelo negro-azulado, intrincadamente trenzado alrededor de su cuello y orejas. En la impresión, sus dedos gruesos aferraban el antebrazo de Deke, rodeando su

circunferencia fácilmente. La otra mano de Arecelis estaba cerrada formando un puño mientras el coynite fingía un inminente puñetazo.

Deke sacudió su cabeza, apretando pensativamente sus labios gruesos.

—En verdad lo voy a extrañar. —Hizo una mueca desdeñosa, cayendo contra el respaldo de la silla de aceleración—. No me extraña que no hubiera seguridad en ese bunker. ¿Quién habría pensado que habría un Jedi allí? —Frotando su frente, suspiró—:



Al menos tú estabas con nosotros.



—No le sirvió de mucho a Arecelis —se mofó Fable. Su cuerpo estaba magullado por su encuentro momentáneo con Viaico, un Jedi oscuro asignado a la guarnición. Una finta y un bloqueo fue todo lo que necesitó para lanzarla a través del pasillo de construcción. Temblando de rabia, todo lo que Fable pudo hacer fue mirarlo fijamente, mientras su risa burlona resonaba en las losas vacías del techo del complejo. Sus limitadas habilidades no eran desafío para él, y ella se había rebajado a sí misma sacando su sable de luz con cólera, abriéndose al lado oscuro.

—Huele como si un gundark se hubiera arrastrado hasta la computadora de navegación y hubiera muerto. ¡Aquí adentro apesta! —La exasperada Jedi lanzó sus guantes sobre la consola, agudamente consciente del hedor que impregnaba el puente. Durante su escape del bunker, se habían visto forzados a zambullirse en un túnel de construcción lleno de agua estancada. El olor era potente—. Necesitamos salir de aquí. ¿Hay un bar o algo en la ciudad?

—Este es un mundo bastante seco, Capitán —contestó Deke—. Pero cuando fui a recoger esas raciones, pasé por un pequeño teatro en el bulevar. Evidentemente, es la última función antes del receso del invierno y los dueños están entregando entradas.

—¿Conseguiste alguna?

—No tuve mucha opción. El chico casi me derribó intentando darme las dos últimas.

—¿Cómo se llama?

Adoptando una pose valerosa, Deke se puso de pie y puso su mano sobre su pecho. En una voz profunda, declaró:

—A causa de un imperio.

—Maravilloso —gruñó Fable, dirigiéndose a la salida de la cabina—. No puedo esperar para ver esto.

***

Contra el elaborado telón del escenario, el entrechocar de espadas resonaba en los huecos internos del escenario. El duelo terminó abruptamente, cuando el filo de una espada de utilería atravesó limpiamente la otra, detonando la pequeña carga interior para provocar el efecto dramático de un sable de luz haciendo estallar el metal. Jadeantes y fatigados, los actores se separaron, retirándose a los extremos lejanos de la cueva falsa.

Fable se centró en los movimientos hipnotizantes del actor principal. Un truco sutil en la iluminación del teatro realzaba la malevolencia de su personaje, un héroe trágico decidido a destruir a su amigo y compañero. Cautivada por los últimos momentos de la escena, se sentó en el borde de su asiento, esperando a que hablara.

El público dejó escapar una exclamación cuando la espada cortó el aire a sólo milímetros de la cara de un actor, fingiendo el temido golpe mortal. Mientras su rival moría a sus pies, el héroe se volvió hacia la audiencia.

—Vamos, mis buenos compañeros —anunció en un tono claro y resonante—, dejemos esta triste escena y, con nuestra buena compañía, hagamos el viaje más corto.

El telón se cerró mientras los tramoyistas emergían para preparar el acto final.

Fable se echó atrás en su silla.

—¿Viste eso? —se cubrió la boca con la mano, riendo con ansiedad—. Su técnica es casi impecable. —Explorando el brillante holo-programa, susurró—: ¿Cuál es su nombre?



—Jaalib Brandl.

—Quiero conocerlo. —Volviéndose hacia el cauteloso socorrano, apretó su rodilla firmemente—. Hablas isceriano, ¿verdad? Habla con el dueño.

Quejándose por lo bajo, Deke se alejó de su asiento hacia el pasillo.

—Veré que puedo hacer.

Durante la mayor parte del acto final, Fable se sentó con la imagen del actor sobre su regazo, comparando la imagen con cada mínima expresión de su rostro joven, casi adolescente. La Fuerza estaba con él y ella podía sentirla, moviéndose a través de la audiencia con una presencia tangible. Ella se maravilló ante los peligrosos paralelismos entre la realidad y la obra, donde un joven consejero empezaba un lento ascenso en los círculos internos del alto gobierno, sólo para descubrir la corrupción en cada faceta de su existencia. En el segundo acto, iniciaba una campaña para terminar con la deterioración de la burocracia. Pero mientras su visión se ampliaba, en el tercer acto, se

convertía en una autocracia despiadada, determinada a exterminar a sus enemigos y a todo el que se le opusiera.

Para la escena final, el héroe permanecía solo en un universo fragmentado de su propia creación, desprovisto de esperanza, vida, familia, o amigos. En una afirmación final, mirando hacia el público, él encontró brevemente su mirada y la sostuvo cautiva. Con su último aliento, jadeó:

—A causa de un imperio… toda humanidad se perdió

Derrumbándose en el suelo del escenario, el héroe falleció en medio de un atronador eco de aplausos. Fable fue una de las primeras en ponerse de pie, aplaudiendo la actuación, y se unió a los elogios gritados por la audiencia mientras los personajes de menor importancia volvían al escenario a saludar. Junto a la pared lateral, divisó a Deke haciéndole señas para que se reuniera con él en el pasillo.

—Vamos —susurró Deke, conduciéndola afuera por una puerta lateral—. La mayoría de los actores se quedan y se codean con el público, pero un tramoyista me dijo que Brandl ya se dirige a su camerino.

—¡Allí está! —gritó Fable, mientras la puerta se cerraba de golpe tras ellos—. ¡Es él! —dijo con entusiasmo, reconociendo el traje del actor—. ¡Brandl! —gritó, deslizándose por el helado hueco de la escalera—. ¿Jaalib Brandl?

El actor vaciló mientras la joven mujer caminaba apresurada a través del hielo hacia él. Se movía demasiado rápido, resbalando precariamente con cada zancada.

Dejando caer su bolso, Jaalib se adelantó, mientas las piernas de Fable se deslizaron bajo ella, sosteniendo a la joven en sus brazos.

—Esa fue toda una entrada —bromeó él.

—Esa fue toda una actuación —replicó Fable. Poniéndose carmesí de vergüenza, se apartó de él y rió nerviosamente, cubriendo su reacción con una sonrisa—. ¿Dónde aprendiste a usar una espada así?

—Un actor necesita una gama de habilidades exóticas —contestó Jaalib con una sonrisa—. Es la única manera de asegurarse longevidad en esta profesión. —Recuperando su bolso, susurró—: Ahora, si me disculpan, mañana tengo un largo vuelo por delante. Buenas noches, señorita…

—Fable. Fable Astin.

—Buenas noches, señorita Astin. —Su sonrisa se acentuó—. Fable.

—Buenas noches —suspiró Fable, mirando el contorno de su traje desaparecer en las sombras del patio del teatro. Ella miró fijamente la oscuridad por un largo rato, mientras sus dientes castañeaban.

—¡Vamos, Fable! —se quejó Deke—. Está helando aquí afuera. Volvamos a la nave.

***

La presión en los pulmones de Fable crecía rápidamente. Atrapados en el tubo de construcción por las tropas de asalto, estaba desesperada por encontrar un escape rápido para su equipo de infiltración. Estaban retrasados quince minutos con una carga de detonadores termales en sus espaldas, cada uno programado para detonar en menos de cuarenta minutos, sin importar su seguridad. Si no alcanzaban el objetivo pronto, no quedaría nadie con vida para completar su misión.

Fable extendió su brazo, golpeando ligeramente a Arecelis en el hombro. Mientras el coynite se daba vuelta, sus facciones empezaron a distenderse y cambiar, tomando la forma de la quijada áspera y angular de Viaico, el Jedi oscuro que encontrarían más adelante en la estación del comando.

—Si te hubieras entregado a la pasión, aun podría estar vivo —se mofó—. Tus sentimientos pueden hacer poco por él ahora.

Arrancando el sable de luz de su cinturón, Fable atacó salvajemente. Fingiendo una finta hacia la izquierda, cruzó hábilmente el sable de luz hacia la derecha.

—¡Eso es, muchacha! La ira es control. Tu miedo es poder. Y tu miedo es grande, pequeña. —Su voz vibró en la oscuridad, rompiendo contra su conciencia—. Has tomado tus primeros pasos hacia el último éxtasis. Ahora despierta y ábrete al verdadero poder.

Él está en mi cuarto, pensó Fable frenéticamente, luchando con la pesadilla. El sable de luz llameó en su puño, quemando su mano, y ella lo dejó caer al piso. Cuando el arma repicó contra las placas de la cubierta, Fable despertó frenéticamente para encontrarse de pie en el centro de su cuarto. Retrocedió con horror cuando vio su palma quemada. Dejándose caer al suelo, Fable se enroscó en una bola fetal y se meció de lado a lado, desesperada por calmar el dolor. La joven Jedi conjuró la energía de la Fuerza para controlar su lesión, pero la furia de la herida palpitante no disminuyó y tampoco sintió la sensación de paz interna que venía al convocar la Fuerza.

Buscando a tientas el control de la luz al lado de su litera, Fable acunó su mano herida contra sí. Tomó el sable de luz de la cubierta y lo lanzó contra el espejo, fragmentando el cristal del pequeño armario personal. Yendo a tropezones hasta la unidad del lavabo, activó el sensor, sofocando un grito cuando los surtidores soplaron aire fresco y húmedo sobre la herida cauterizada. Mientras los calmantes surtidores soplaban sobre ella y sus lágrimas, se dejó caer al suelo. En un momento de dolor, un paso fuera del sendero de la luz, había cambiado el curso de su futuro, traicionándose a sí misma, su amor por los Jedi, y las enseñanzas de su madre.

En la mesa al lado de su litera, la holo-imagen de su madre le sonreía futilmente. En los fragmentados restos del espejo, Fable vio la misma cara, más joven y tersa; pero había algo perceptiblemente siniestro en los rasgos… sus rasgos.

—¡Fable! —escuchó el tono frenético en la voz de Deke mientras el socorrano entraba apresurado por la escotilla. Levantándose del piso, ella se movió lentamente mientras él la guiaba a la litera—. ¿Qué ha pasado? —jadeó, examinando la fea herida esculpida en su carne.

—Era él —susurró Fable—. Estaba aquí.

—¿Quién? —exigió el socorrano, vendando la quemadura con gasa estéril.

—Viaico. Al menos así se hace llamar. —Hizo una mueca de dolor cuando la quemadura tiró de su piel sensible—. Viene a por mí. Para convertirme al lado oscuro. ¡Y no hay nada que pueda hacer para detenerlo!

Ignorante de los verdaderos problemas de la Jedi, Deke gruñó:

—Tú sabes que te seguiré, Capitán. ¿Qué necesitas que haga?

Ocultando su cara asustada bajo la sombra de su largo pelo, ella susurró:

—Deke, necesito que averigües los antecedentes de Jaalib Brandl. ¿Tienes acceso a la base de datos civil?

—Tener acceso y conseguirlo es lo mismo para mí. Pero ¿cómo puede ayudar eso, Fable?

—Por favor Deke, no puedo explicarlo ahora —susurró, percibiendo el destello celoso en sus ojos.

Deke asintió, poniéndose de pie.

—Me ocuparé de eso.

La pesada nieve cubría las zonas exteriores del puerto espacial de Iscera, lanzando capa tras capa sobre los cascos de los cargueros atracados en la arena externa. El flujo constante de grandes copos reducían la visibilidad casi a la mitad, obstaculizando los esfuerzos de Fable por ver a través del visor las bahías internas del muelle.

—¿Qué has encontrado? —preguntó, sentándose en la silla del copiloto. Una taza de sopa calentaba su mano sana, trayendo cierta medida de fuerza a su cuerpo agotado.

—Nada fuera de lo común —suspiró Deke. Mirando fijamente la terminal, observó la información que aparecía en la pantalla—. Los registros civiles no muestran mucho. Jaalib Brandl, diecisiete años de edad, huérfano desde los doce. Ningún pariente conocido dentro de los sectores imperiales. Vivió con un amigo de la familia, Otias Atori, y después se marchó para hacer carrera en el teatro. No había expedientes de que siquiera existiera antes de la edad de doce. —Se echó atrás en su silla—. Fue ahí cuando el asunto me pareció sospechoso.

—¿Sospechoso? —intentó Fable—. ¿Por qué?

—Los imperiales tienen una práctica disimulada de crear gente, intercambiando expedientes para implantar operativos entre la gente. La única manera de rastrearlos es a través de sus expedientes. Si miras con suficiente atención, de vez en cuando —sonrió con confianza— encontrarás un agujero.

—¿Cómo el no tener expedientes antes de cierta edad?

—Ajá. Así que comencé a hacer una remisión cruzada con esa base de datos imperial que interceptamos. Solo que olvidé utilizar su nombre. Mira lo que apareció. —La imagen de un hombre mayor apareció en la pantalla. Había un aire siniestro y amenazante en su rostro apuesto, una mirada penetrante y una sonrisa arrogante que daban la impresión de que estuviera posando—. ¿Ves el parecido de familia?

—Lord Adalric Brandl. —Fable leyó la información—. ¿Un actor?

—Y este fue su mejor y más grande papel. —Deke golpeó ligeramente el panel de control. Una barra de información restringida destelló a través de la pantalla mientras él accesaba el código.

Fable dejó su taza a un lado, por temor a que sus manos temblorosas pudieran derramar el líquido caliente en su regazo.

—¿Un Inquisidor Imperial? ¿El padre de Brandl es un asesino de Jedi?

—La Alianza tiene avisos oficiales sobre este maníaco en toda la red. Evítese a toda costa, orden ejecutiva 2354. Este individuo no significaba nada bueno.

—¿Significaba?

—Evidentemente Brandl se rebeló y se marchó, provocando una cacería humana por toda la galaxia. Lo encontraron —se estremeció Deke— siguiendo el rastro de cadáveres que dejó de un sector al siguiente. Y cuando finalmente lo atraparon, enloqueció y se suicidó. —La línea de estado atravesaba la imagen de la cara de Brandl, destellando la palabra «fallecido» a través de la pantalla.

—¿Qué es eso? —Fable señaló la esquina de la terminal.

—Es un código imperial sobre la notificación al pariente más cercano. Este significa que el cuerpo nunca fue recuperado.

—¿Nunca recuperado? ¿Nunca recuperado por la familia o nunca encontrado?

—No puedo decirte, Capitán. No estaba allí.

Fable tamborileó sus dedos ligeramente contra su muslo, sintiendo el peso leve del sable de luz contra su cadera.

—He visto esa mirada antes —gruñó Deke pensativamente. Tanteando el panel de control, buscó en la confusión de placas de circuito bajo los controles del generador del escudo y extrajo una botella polvorienta de raava socorrano—. Toma —le dijo entregándosela. Luego, quitándose el pendiente de su lóbulo, le dio el aro de oro también—. Noté que el encargado del puerto es socorrano. Dale el pendiente y dile que necesitas una nave. Después dale la botella y hazle saber que puede discutir los términos conmigo.

Fable limpió su mejilla, sintiendo la humedad bajo las yemas de sus dedos.

—Eres un buen amigo, Deke.

—Eso me dicen —suspiró, apoyando sus piernas contra la consola—. Ahora vete —protestó—, antes de que cambie de idea.

Silenciosamente, Fable caminó por el pasillo más allá del puente del vuelo.

—¿Fable? —susurró Deke, y ella vaciló, permaneciendo bajo el tabique hermético—. Si Brandl está vivo, él no tiene nada que perder.

—En este punto, Deke, tampoco yo.

***

La señal del hiperimpulsor pulsó despertando a Fable. Ella frotó el creciente chichón en su frente donde se había golpeado con fuerza contra la carlinga del Ala-X.

—¿No más pesadillas? —suspiró con una leve sonrisa. Desde arriba, un abrupto movimiento la distrajo y antes de que pudiera pronunciar un sonido, el cuerpo de Arecelis se estrelló contra el escudo de la carlinga, dejando entrar la presa helada del espacio. Mientras el aire era extraído de sus pulmones, Viaico permaneció sobre ella, montando la carlinga a horcajadas y burlándose con su risa profunda y gutural.

Fable chilló, golpeando histéricamente el cadáver mutilado que yacía en su regazo; pero no había nada allí. Torciendo frenéticamente su cuello para lograr una visión completa del exterior de la cabina, no vio nada excepto las líneas y colores brillantes del hiperespacio, mientras empezaban a contraerse en los puntos que indicaban planetas y estrellas distantes. Retrayéndose de la traumática pesadilla, se derrumbó contra la silla de aceleración.

La cara esmeralda y dorada de Trulalis emergió ante ella cuando el Ala-X se materializó desde el hiperespacio. Encendiendo rápidamente los motores, se preparó para la entrada atmosférica. Estudiando sus sensores, Fable comprobó las pantallas de datos, que fueron inundadas con lecturas inmediatas de signos de vida. Los sensores comenzaron a rastrear la firma iónica, estableciendo automáticamente el rastro de una lanzadera liviana. Fijando un curso similar, aterrizó finalmente fuera del perímetro de un pequeño asentamiento.

Desde el suelo, Trulalis era impresionante y majestuoso. Fable se encontró cautivada por los nobles árboles negros cuyas hojas irradiaban una tonalidad verde cuando eran tocadas directamente por la luz del sol. Con ramas enormes y arqueadas, los árboles formaban un pasillo sombreado sobre el sendero cubierto de vegetación. Disfrutando la tranquila caminata, Fable volvió a inspeccionar la información de sus sensores, confirmando que los signos de vida que había recibido eran sobre todo de naturaleza animal. Las estructuras del asentamiento que la computadora había descubierto estaban desprovistas de toda vida. Al acercarse, fue evidente por qué.

Esparcidas en las cercanías del campo común, encontró restos de armadura de soldados de asalto. No había cuerpos adentro, pero las inconfundibles marcas de bláster en los pechos era evidencia perturbadora de una fallida represalia contra el Imperio, al igual que los restos esqueléticos de sus víctimas, semienterrados cerca en la tierra floja. Al llegar a la entrada del asentamiento, contempló las calles solitarias donde los restos y los escombros estaban dispersos de un extremo a otro de la amplia avenida.

El cuerpo de un bantha pequeño yacía en el umbral de un estrecho refugio. Contraído y delgado, su piel gruesa había sido preservada por el suelo fértil de Trulalis. Los esmerados jardines estaban descuidados, extendiéndose irregularmente sobre los patios delanteros y los restos dilapidados de las cabañas abandonadas. En un refugio, Fable encontró la lanzadera que había sido asignada a Jaalib; sabía que estaba en la pista correcta.

El único superviviente auténtico del violento ataque imperial estaba en el centro del asentamiento. Su sombra caía sobre ella en testamento silencioso de su resistencia. Fable alzó la vista más y más, hasta que sus ojos pudieron abarcar la enormidad del antiguo teatro. Marcas de bláster habían dañado el prístino obelisco de piedra caliza, dejando una mancha de tragedia en el elaborado diseño. Circundados por cercas y puertas de piedra, los jardines estaban inmaculadamente podados y cuidados, estrechándose detrás de los sinuosos senderos del jardín, que serpenteaban y curvaban en la enorme entrada. Dos pilares de piedra enmarcaban el portal central, arrojando sombras grotescas e incorpóreas sobre el arco.

Reuniendo valor, entró en la inmensa antecámara. Sus ojos notaron los magníficos tapices y vitrinas, que exhibían reliquias de espadas de utilería, joyería adornada, y trajes utilizados en varias producciones escénicas. Escuchó voces que resonaban desde el ala derecha y las siguió instintivamente, atraída por la familiar fuerza de la voz de Jaalib.

—¡Eres un ladrón, un mentiroso, y un peón! —escupió Jaalib con voz frenética. Fable vaciló en el umbral, mirando fijamente a través del auditorio obscurecido.

—¿Un ladrón? ¿Un mentiroso? ¿Un peón? —comentó otra voz—. ¿No son esas las mayores virtudes de todo buen rey?

—Virtud… —Jaalib se interrumpió, su cara torcida en una poco característica máscara de rabia.

—No estás concentrado —susurró el extraño—. Quizás nos estamos moviendo demasiado rápido.

—¡No, soy yo! —el sonido desanimado de su voz resonó en los espacios polvorientos sobre el escenario—. Continúo observándote, escuchándote interpretar la obra y entonces —vaciló—, veo mis propios torpes intentos. —Pasó ansiosamente una mano a través de su pelo oscuro, y sonrió débilmente—. La perfección nunca es fácil, padre, especialmente cuando se trata de tu perfección.

Desde su trono, en el fondo sombrío del escenario, Adalric Brandl rió suavemente. El crujir de sus negras vestiduras envió vibraciones susurrantes sobre las filas delanteras mientras bajaba de la plataforma elevada.

—De todas las tragedias jamás concebidas, Uhl Eharl Khoehng es la más grande —dijo Brandl con convicción—. El papel del Príncipe Edjian es el más difícil y el actor que lo interpreta —se detuvo brevemente—, tiene la grandeza asegurada.

—¿Qué edad tenías, la primera vez que lo interpretaste?

—Tenía casi treinta antes de que Otias me permitiera siquiera leer la pieza —resopló Brandl con cálido placer—. Eres un hombre joven, Jaalib. —Apoyando una mano consoladora en los hombros de Jaalib susurró—: Tú naciste para este papel. Toma tu tiempo para crecer en él.

Reconociendo el perfil de Brandl, Fable caminó lentamente por el pasillo central hacia el escenario. Con las manos cruzadas tímidamente delante de ella, enfrentó los ojos curiosos de Brandl mientras su mirada caía sobre ella.

—Lord Brandl… —vaciló, mirando fijamente en las sombras.

—¡Fable! —siseó Jaalib. Saltando de la plataforma corrió hacia ella, su traje revoloteando desde sus hombros—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Fable podía oír su voz, pero desde lejos. Podía sentir el apretón áspero de sus dedos en sus muñecas, pero no sentía ningún dolor. Atrapada en la mirada intensa de Brandl, no podía moverse. Su presencia era dominante y Fable se encontró profundamente intrigada por el encanto sombrío y la magnificencia de este hombre extraño, él mismo un héroe trágico, atrapado en el torrente de un algún drama inconcebible.

Sus ojos trazaron cautelosamente el ángulo noble de su frente y ceño, observando la gentil curvatura de su nariz, su boca, y el porte real de su barbilla. Débiles arrugas enmarcaban los labios finos y pálidos, desapareciendo en la dureza que circundaba sus pómulos. Las ondas del pelo negro dejaban entrever hebras de plata que corrían a través de los costados prolijamente cortados, sombreando la cara solemne de Brandl. En su sien derecha, venas obtusas de una cicatriz surgían de la piel lisa, serpenteando una trayectoria cruel alrededor del borde externo de su ojo. Seriamente herido, el ojo mismo estaba dañado, un claro globo amarillento sin pupila ni iris.

—¡Fable! —gritó Jaalib, sacudiéndola.

—Jaalib —susurró Brandl—, cuida tus modales. Una audiencia, incluso una audiencia de una persona, siempre debe ser atesorada y respetada.

Mirándola con enojo, Jaalib siseó:

—¡No deberías haber venido!

Fable lo miró brevemente y después se apartó, rehusándose a reconocer que estaba de acuerdo con él.

—¿Una admiradora, Jaalib?

—Sí, padre, pero ya se estaba yendo.

***

Antes de que Jaalib pudiera conducirla de vuelta al pasillo, sintió la ligera restricción de las manos de su padre.

Atraído por la inocencia de los ojos asustados de la joven, Brandl cerró la distancia entre ellos. Vacilando, acarició la suave mejilla de Fable, levantando gentilmente su barbilla para que alzara la vista. Asombrado por la fuerza en su mirada, Brandl sonrió agradablemente.

—No hay fragilidad aquí —susurró con una sonrisa narcisista. Sus ojos se entornaron dudosos mientras tomaba su mano vendada, calentando sus dedos fríos con el calor de su contacto—. El lado oscuro atrae con la promesa de un triunfo fácil, pero hay siempre un precio, siempre un tributo a su pasión.

Fable tragó, luchando por encontrar su voz.

—Yo… yo —balbuceó—, señor Brandl, yo lo necesito… para…

—Considera tus palabras cuidadosamente, joven, no malgastes el tiempo contándolas. —Volviéndose hacia Jaalib, la empujó suavemente hacia su hijo—. Jaalib, lleva a nuestra huésped a un cuarto confortable. Se quedará aquí esta noche.

Con los hombros encorvados por la furia, Jaalib guió a Fable por el ancho pasillo, conduciéndola fuera del gran auditorio.

***

Un fuerte calambre en la pierna devolvió a Fable a la consciencia. Saltó frenéticamente de la cama, estudiando las sombras por signos de movimiento. Tomando el sable de luz de debajo de su almohada, adoptó la posición de defensa, esperando que el invisible fantasma la atacara. Pero no había sombras que pelear, excepto la suya.

—¿No más pesadillas? —Contracturada por el espacio reducido del Ala-X, se sintió sorprendentemente bien y descansada. Resoplando suavemente, Fable se sentó en la cama—. ¡Nada de pesadillas! —dijo alegremente en su almohada. Su optimismo duró poco cuando un golpe sonó en su puerta. La cerradura se accionó y la puerta se abrió. Cubriendo su cuerpo con la manta, Fable tragó un momento de miedo, aliviada cuando el rostro de Jaalib asomó en el compartimiento.

—La comida de la mañana está lista —gruñó.

—Enseguida estaré lista.

Cuando la puerta se cerró se apresuró a salir de la cama y vestirse rápidamente. Ignorando su chaqueta de vuelo, pasó su fina camisa de lino sobre su cabeza y hombros, dejando que sus largos extremos colgaran sobre sus mallas. En el oscurecido corredor fuera de su cuarto, Jaalib estaba esperando.

—Por aquí.

Cuando el aroma dulce de salchicha y cereal hirviendo se filtró a través de sus fosas nasales, el estómago de Fable gruñó agradecido. Dolorosamente consciente de su hambre y del disgusto del joven actor, le esperó para sentarse en la mesa pequeña. Una serie de grandes hornos de llama se alineaba en la parte posterior del cuarto. Fable esperó hasta que Jaalib tomó el primer bocado, después comenzó a llenar su plato con caldo humeante y varios trozos de salchicha.

Al escuchar solo el tintineo de sus cubiertos, alzó la vista para encontrar a Jaalib mirándola con furia. Había una profunda aversión en sus ojos. Mirando alrededor de la cocina pequeña y primitiva, ella se dio cuenta de que estaban solos.

—¿Dónde está Lord Brandl? —susurró, esperando que él la ignorara.

—¡No deberías haber venido!

Molesta por su tono cruel, Fable golpeó el tenedor contra el plato.

—¿Por qué no dejas de meterte donde no te importa?

—Él no te ayudará —dijo el actor con desprecio—. Otros han venido. Como tú. Así que, ¿por qué no tomas tus cosas y te acompaño de nuevo a tu nave?

—He dicho, ¿dónde está? —siseó Fable con premeditado veneno.

—Está en los Túmulos —cedió Jaalib—. Te ha estado esperando.

—¿Los Túmulos? —preguntó con la boca llena de caldo caliente.

—El cementerio.

Afuera en el frío amanecer, nubes de tormenta barrían el cielo. Fable se estremeció, deseando haber cogido su chaqueta de vuelo, abrazándose mientras la brisa fresca se agitaba a través de sus cabellos y la tela delgada de su camisa. Subiendo por el paisaje trasero de escalones y pórticos, vagó por los patios posteriores del teatro, sin necesitar ninguna dirección específica para seguir la oscura presencia de Lord Brandl. Siguió un sendero corto hasta las afueras de Kovit, donde la tierra se elevaba y caía en una serie irregular de montículos de tierra y colinas de césped. Subiendo el montículo más escarpado, se detuvo en la cresta, encontrándose rodeada por cilindros de cera, centenares de ellos, montados encima de pedestales delgados enterrados en la tierra suave. Bolas de cojinete metálicas estaban colocadas precariamente en cada cilindro, dando el aspecto de pequeñas llamas azules.

Frente a ella, en el montículo opuesto, Brandl estaba de pie dándole la espalda, al pie de un sarcófago enorme. La granulosa imagen de una mujer había sido tallada en la tapa, contorneando delicadamente los lazos y la tela del vestido con la que había sido enterrada.

—El Jedi es su propio peor enemigo —declaró Brandl—. El conflicto más grande viene del interior. Nuestros maestros nos enseñan, nos regañan —vaciló—, nos ordenan que sigamos la razón, no nuestras emociones.

—¿Usted no está de acuerdo? —preguntó Fable adentrándose en el centro de los cilindros de cera.

—Donde hay humo, hay fuego. —Brandl se irguió, mirándola fijamente por un largo momento—. Viaico es un cobarde. Sus tácticas son simples ilusiones, que hacen presa en aquellos de mente débil.

Haciendo a un lado el posible insulto, Fable se encogió de hombros.

—Pero es poderoso. —Sacudiendo su cabeza con remordimiento, susurró—: No puedo vencerlo. Al menos, no creo que pueda.

—Perder no es una opción… es una decisión consciente. No lo sabrás hasta que no lo intentes.

—¡Intentarlo no es suficiente! Tengo que lograrlo o…

—¿O él triunfará en sus intentos de atraerte al lado oscuro? ¿Cómo sabes que yo no te convertiré?

Fable sintió un temblor bajar por su espalda.

—No lo sé.

—El mayor logro del estudiante se obtiene por sucesión —empezó Brandl—, una sucesión que requiere la destrucción del maestro. Esto es lo que el lado oscuro nos enseña. Pero lo que siempre debes recordar es que cuando abrazamos la oscuridad, ya somos maestros en el diseño del destino, humillándonos como alumnos. —Se apoyó

pesadamente contra la enorme tumba de piedra—. Cuando buscamos el lado oscuro, buscamos nuestra perdición. Demasiado a menudo, tenemos éxito.

—Entonces ¿me ayudará?

—La perdición de Viaico es inevitable. Incluso yo lo he visto.

—Entonces venceré, ¿verdad?

Brandl tironeó suavemente del cierre de su manto, aflojando el cuello.

—Si estás buscando visiones, Fable, siéntate en silencio y permanece en tu pasado. Ahora prepárate. ¿Ves esa bola de cojinete justo delante de ti? Saca tu espada de luz y golpéala. Destruye solo la bola. Deja la cera intacta.

Fable vaciló, asumiendo la posición inicial con deliberada lentitud. Respirando con esfuerzo, miró fijamente la bola de cojinete, su mano herida cosquilleando por su última experiencia con el sable de luz.

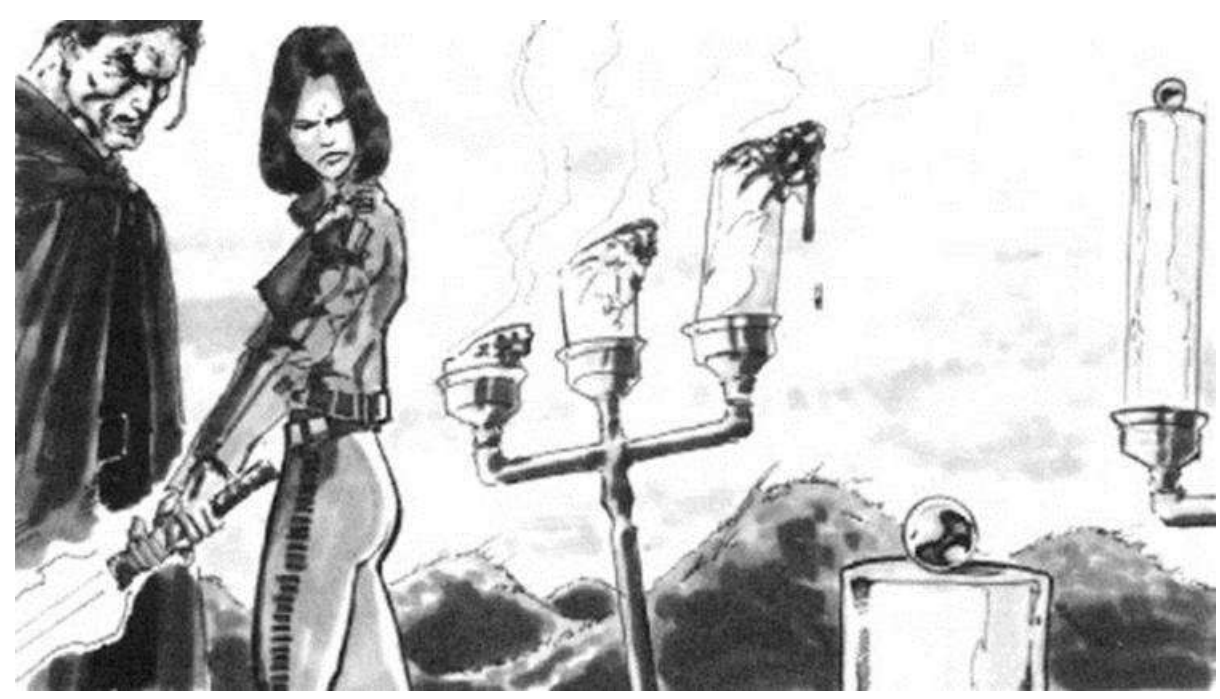
—La influencia del lado oscuro es más fuerte en momentos de debilidad. No te permitas distraerte. Ahora golpea.

Fable extrajo el sable de luz de su cinturón, concentrándose en encenderlo. Describiendo un arco abierto, golpeó la bola de cojinete, eufórica al verla evaporarse en la nada, dejando el cilindro de cera levemente chamuscado, pero indemne. Ella desactivó el arma y reasumió la posición inicial, incapaz de ocultar la sonrisa arrogante grabada en sus facciones.

—Al escalar grandes montañas, siempre es mejor empezar despacio —remarcó Brandl en voz baja—. Ahora golpea dos.

Sin esperar a enfocarse en la posición del pedestal, encendió el sable de luz y dio dos golpes, balanceando la hoja hacia las bolas de cojinete y desintegrándolas mientras los cilindros permanecían intactos. Llena de confianza, otra vez desactivó el arma y reasumió la posición inicial, ansiosa para empezar con la próxima fase.

—Toda ganancia tiene su precio. Seré tu mentor y tú mi pupila. Tú llevarás por siempre la distinción de mi presencia, al igual que la mancha —vaciló al pronunciar la palabra—, los rasgos de mis propios maestros.



—Se refiere al Emperador —susurró Fable—, ¿verdad?

—Yo elegí el camino que me condujo a esta vida —continuó Brandl—, yo te guiaré en un curso paralelo, donde te mostraré las glorias de la luz y la majestad de la oscuridad. —Él asintió con la cabeza, indicando la siguiente línea de cilindros de cera—. Ahora golpea diez.

Fable vaciló por un momento: luego, con el recuerdo fresco de su desempeño, encendió el sable de luz y arremetió, abriéndose camino a través de la línea. Al alcanzar el cuarto cilindro, se tambaleó. Luchando furiosamente con el quinto, cortó limpiamente el cilindro y la bola de cojinete cayó a sus pies. En un fallido intento de alcanzar el sexto, tropezó y cayó en la tierra mojada, arrastrando varios soportes y cilindros con ella.

Brandl descendió lentamente del montículo, adentrándose en el perímetro del círculo de entrenamiento. Poniéndose de pie llena de vergüenza, Fable se estremeció cuando él extrajo su sable de luz y se movió hacia ella. Con un poder vibrante que se extendía desde él en todas direcciones, el sable de luz se convirtió en un borrón brillante mientras Brandl se abría camino a través de los cilindros de la cera. Destruyó una bola de cojinete tras otra, sin dejar ninguna marca perceptible en la cera. Fable miró con asombro como el arma danzaba a través de una veintena o más de bolas de cojinete antes de que Brandl terminara la cadencia y desactivara el arma. Boquiabierta ante su demostración, se volvió hacia Brandl.

—Realmente eres un Maestro Jedi.

—Sólo los tontos admiran lo que ven —siseó él, pasando junto a ella—. Lo sé… porque en un tiempo yo también fui un tonto. —Las primeras gotas de lluvia empezaron a caer, cubriendo rápidamente los túmulos con una película resbaladiza de agua y tierra suelta—. Continuarás con este ejercicio hasta que lo domines apropiadamente. Sólo entonces podrás regresar al teatro.

—¿Y si no puedo? —insistió Fable.

—Sabes dónde está tu nave. No vaciles en volver a donde sea que hayas venido. —La dejó sola, sin más comentarios.

Casi ocho horas después, Fable caminó a través del tormentoso diluvio, sintiendo las gotas heladas contra sus hombros. Cada paso irritado la llevaba más cerca del teatro y más cerca de una rabieta de monumentales proporciones. Jaalib la estaba esperando en la puerta con una sonrisa modesta y una manta tibia.

—¡Él pide lo imposible! —siseó ella.

El actor echó la manta sobre sus hombros.

—Tu cena se está enfriando.

Fable pasó a través de la puerta a otro cuarto, sorprendida de encontrar una pesada tina de plastiacero en el centro del suelo, con agua caliente humeante.

—¿Un baño? —susurró cansadamente—. Oh —gruñó, avanzando a los tumbos, desechando botas, medias y cinturón mientras se movía a través del cuarto. Justo antes de pasar la camisa embarrada sobre sus brazos, Fable vaciló, sintiendo una corriente de aire desde la puerta, donde permanecía Jaalib, mirándola—. ¿Te importa?

Ruborizándose de vergüenza, él retrocedió en las sombras.

—Te traeré tu cena más tarde —tartamudeó y cerró la puerta tras él.

***

Mientras su eje orbital empezaba su inclinación estacional, Trulalis fue arrojado en una estación tempestuosa de lluvias torrenciales y tormentas eléctricas. Las lluvias del amanecer se convertían en constantes aguaceros por la tarde, inundando las tierras bajas con agua barrosa y el persistente sonido del trueno. Por encima de la cortante brisa de otoño, el zumbido del sable de luz era interrumpido por el sonido de pedestales, cilindros de cera y bolas de cojinete caídos mientras Fable se esforzaba vanamente con el ejercicio.

Brandl observaba con creciente descontento. Cuando el último pedestal cayó a la tierra saturada, bajó furiosamente de su elevado montículo.

—¡Tú, pequeña tonta! ¡Hazlo otra vez!

Fable se preparó para enfrentarse a la voz malévola, mirando al suelo, demasiado asustada para enfrentar los ojos crueles de Brandl. A pesar de mostrar cierto progreso, estaba perdiendo terreno constantemente y su frustración era prueba de eso, al igual que las vehementes obscenidades susurradas entre dientes. Ella miró sus anchos hombros mientras el Maestro Jedi regresaba al montículo a su pétreo trono-sarcófago.

—Con cuánto entusiasmo, jóvenes presuntuosos, se entregan a la Fuerza, demandando tributo de ella, como si fueran la fuente de su poder. ¡La Fuerza no prospera según vivas o respires! ¡Existe porque siempre ha sido así! ¡Empieza otra vez!

Sintiéndose agradecida por la lluvia que ocultaba sus lágrimas de humillación, Fable guardó el sable de luz en sus pantalones embarrados y empezó a subir el montículo

opuesto. Desafiando la orden de Brandl, se dirigió al oscuro refugio del teatro, donde Jaalib la estaría esperando con una manta tibia y una muy necesitada palabra amable.

Enfurecido por su negativa a obedecerlo, Brandl la persiguió, lanzando acusaciones y amenazas de castigo. Aunque Fable solo había entrevisto algunos rastros, reconoció el temperamento y la arrogancia que debían haber sido el principio del descenso de Brandl en el poder del Emperador. Y aunque se sentía entumecida por el asalto de sus lúgubres emociones, había superado sus barreras mentales y se había convertido en testigo admirada del esmero y la dedicación que lo habían mantenido entero a través de las pruebas de su vida. Era un hombre que no se detendría ante nada para lograr sus metas y la mataría en un instante, si eso sirviera a su propósito. Y el tiempo que habían pasado juntos, aprendiendo y creciendo, no pesaría en su decisión. Enferma ante la idea, Fable se encontró en posición de admirar y detestar al Jedi caído.

Fable empujó lentamente la puerta del teatro. Era temprano y Jaalib no estaba allí como había esperado. Emocionalmente agotada y desmoralizada, casi se derrumbó justo allí en el umbral, desesperada por el apoyo del joven actor después de otro triste día de entrenamiento. Mientras salía de la lluvia, Brandl llegó justo detrás de ella con otro asalto mordaz.

—¡La Fuerza es tu enemiga! ¡Dale la espalda y te destruirá! ¡Es tu amante! ¡Siente lujuria por ella! ¡Despréciala y te devorará en llamas! ¡Pero ve a ella, como un niño a su madre, hazte humilde ante la omnipotencia de su existencia y te guiará más allá de los límites triviales de este mundo mortal!

Alarmado por la conmoción, Jaalib entró apresuradamente en la antecámara, colocándose entre Fable y su padre. Bordeando una obvia histeria, ella cayó en sus brazos, humedeciendo su hombro con merecidas lágrimas. Poniendo la manta sobre los hombros temblorosos de Fable, Jaalib la envió suavemente fuera del cuarto.

—Tu baño te está esperando —susurró en voz baja—. Estaré allí en un momento.

Esperando que la sombra de la joven desapareciera en la oscuridad contigua, Brandl siseó:

—¡Ella es imposible!

—Extraño —rió Jaalib, alcanzándole a su padre una taza humeante de caldo—, ella dijo lo mismo de ti.

—¡Está tan cargada de emoción y sentimiento! —gruñó, permitiendo que sus emociones aparecieran a través de su fría apariencia—. Es como si tu madre nunca… —su voz se interrumpió bruscamente— …como si tu madre nunca nos hubiera dejado.

—Ella no nos dejó —respondió Jaalib, con un tono práctico—. Ella murió, defendiéndome de las tropas de asalto. Tropas de asalto y cazadores de Jedi que vinieron buscándote a ti. —Dijo con desdén ante el absurdo de la devoción de su madre por el hombre que los había abandonado, solo para regresar ocho años después, trayendo con él la oscuridad de su vida—. Cuando no te hallaron, encontraron una manera de justificar el costo de su visita destruyendo la aldea.

—La cortesía cuesta poco, Príncipe Edjian, y la descortesía puede despojar aun al hombre más rico de su fortuna.

Fingiendo ira, Jaalib se apartó de su padre, reconociendo la famosa línea.

—¿Cortesía? —declaró travieso—. Entonces no me llames más Príncipe Edjian. Vísteme con harapos y déjame ser un hombre pobre y grosero.

El rostro de Brandl se iluminó ante la espontánea actuación.

—¡Has estado practicando! ¡Excelente! Estás encontrando la voz correcta para el papel. Ven —susurró con entusiasmo, atrayendo a Jaalib hacia él—, debemos usar este momento para completar el acto final.

Juntos se desvanecieron en las sombras de un corredor contiguo.

***

Relajada y caliente bajo los suaves acolchados, Fable se resistió ante la idea de levantarse. Permaneció muy quieta, esperando el inevitable golpe en su puerta.

—Adelante.

—¿Estás despierta? —preguntó Jaalib, asomándose.

—Siempre estoy despierta —rió ella—. Solo finjo estar dormida para que así sientas lástima de mí.

—¿Por qué querrías que sintiera lástima por ti?

—Vamos —dijo ella con una mueca—. Tu padre es el hombre más difícil que jamás conocí. —Incorporándose sobre sus codos, ella bromeó—: Mira por lo que he pasado y dime que no sientes algo de simpatía.

—Considérate afortunada. Era mucho peor, créeme.

—¿Peor? —se burló—. ¿Qué quieres decir?

—En los últimos cinco años, tuvo que ser un padre, una madre. —Jaalib suspiró con tristeza—, y también un mentor. Eso lo cambió.

—Sabía que tendría que trabajar duro —dijo Fable—, pero estaba segura de que todo el trabajo evitaría que me atrajera al lado oscuro.

—¿Lo ha intentado?

—No lo creo. Cada vez que lo siento acercarse, él me detiene y me dice que haga la decisión correcta. Mi elección. —Bostezó, apartando el acolchado—. Será mejor que vaya.

—Mi padre no está allí —dijo Jaalib—. Va a estar lejos por unos días; así que no hay entrenamiento, a menos que lo hagas por tu cuenta. —Él se forzó a enfrentarla abiertamente, permitiéndose sólo la protección de las sombras para ocultar su aprensión—. Esperaba que quisieras ir de picnic conmigo. Como reparación por mi comportamiento.

—¿Tu comportamiento?

—Recuerdas, cuando recién llegaste —rió suavemente—. Prácticamente te ataqué. Fue inexcusable.

—Y perfectamente justificado. Estabas protegiendo a la persona más importante para ti. Yo hubiera hecho lo mismo. —Palmeando el costado de la cama, lo invitó a sentarse junto a ella—. Mi madre era una Jedi. Ella entrenó a mi padre y después lo vio morir a manos de un rival. Después de eso, pasamos la mayor parte del tiempo huyendo del Emperador. —Fable meneó su cabeza con tristeza—. Yo era sólo un bebé, pero lo recuerdo bien. Viviendo con un Jedi —hizo una pausa, pensativa—, aprendes a esconder tus emociones, especialmente las hirientes. Mi madre nunca supo como me sentía. —Fable suspiró mientras la tensión de esas emociones regresaban—. Entonces un día, tomé un sable de luz ¡y me dejé llevar! —rió ella—. No sé quien estaba más sorprendida, si mi madre o yo. Fue entonces cuando comenzó mi entrenamiento, aunque me gustara o no. —Fable se sacudió los difíciles recuerdos—. Con respecto a ese picnic, estoy hambrienta.

—Tendremos que caminar, me temo. El Imperio no dejó mucho en lo que a medio de transporte se refiere. Ni siquiera un bantha. ¿Te importa?

—Será relajante. Vamos.

Las Cumbres Khoehng se encontraban casi cinco kilómetros fuera del perímetro del Asentamiento Kovit. Cubierto por trigo salvaje, el sendero que conducía al paso de la montaña se había hecho más angosto, al no ser marcado ya por las pisadas de los granjeros que una vez lo habían cuidado. Era una mañana rara, despejada. Las nubes de tormenta asomaban en la distancia, contenidas por una onda persistente de brisas cálidas que soplaban a través de las tierras bajas. Desde las Cumbres, Fable exploró la vista panorámica del campo. Podía ver el sinuoso sendero que llevaba a la base de las montañas más bajas. La senda subió para ofrecer a sus ojos inquisitivos la vista completa.

Fable suspiró con placer inconmensurable, su estómago repleto de dulces tortas calientes y barritas de miel. Ella permitió la caricia apacible de Jaalib en su mejilla, mientras limpiaba juguetonamente el exceso de polvo dulce de su cara.

—He estado demasiado tiempo en el espacio —susurró, tomando una profunda inspiración—. Esto es tan hermoso.

—Después de que se fueron —susurró Jaalib—, quedamos aislados. Sin abastecimientos, suministros médicos, nada. Había mucho alimento listo para cosechar, pero no quedaba nadie para hacerlo.

Fable tarareó una tonada melancólica. Temblando en el aire de la montaña, se volvió hacia Jaalib y sostuvo su mirada mientras él envolvía su manto sobre sus hombros.

—¿Por qué llaman a este lugar las Cumbres Khoehng? ¿Es corelliano antiguo?

—Hay un teatro al aire libre construido en el costado de esta montaña —contestó él, indicando una cresta leve y pedregosa—. Este lugar lleva el nombre de la primera obra que se representó allí hace casi quinientos años.

—¿Quinientos años? —jadeó ella.

—Fue Uhl Eharl Khoehng. Khoehngis significa rey en corelliano antiguo. El eharl viene de la mitología socorrana. —Él se encogió de hombros, inseguro—. Significa duende o timador.

Recordando a su compañero socorrano, Deke, Fable sintió una punzada de remordimiento por dejarlo. Sus pensamientos fueron desviados repentinamente por el sonido de un trueno sobre sus cabezas. Los cielos dejaron caer un diluvio de lluvia fría. Recogiendo frenéticamente las mantas y las cestas de comida, Fable tomó la mano de Jaalib mientras corrían sobre la cresta. Sus voces y risa resonaron contra el lado cóncavo de la montaña, mientras resbalaban por la precaria cara del terraplén cubierto de musgo y entraban en la sombría protección del antiguo teatro.

Un alero de roca sólida cubría el escenario principal y las primeras filas de la audiencia. Llena de telarañas y humedad, la antigua estructura se erguía como un tributo silencioso a sus creadores. Harapientos tapices colgaban de las paredes de roca, cubiertas con moho, suciedad, y arcilla de la estructura decadente. Algunas espadas y trajes de utilería estaban acomodados en los paneles internos del escenario y una multitud de velas y candelabros se ubicaban a cada lado del foso del público, reliquias de siglos dejadas atrás por una edad más despreocupada y tolerante.

—Solía venir aquí cuando era un niño —confesó Jaalib. Extendiendo sus brazos a ambos lados declaró—: Esto era verdadero teatro, a la luz de las velas, en una época que entendía y valoraba a sus artesanos.

—Uhl Eharl Khoehng —susurró Fable insegura—. ¿De qué se trata?

—Transcurre en un mundo distante, en un reino construido en el centro de un bosque oscuro. Después de muchos años de gobernar este reino, el rey bueno y sabio muere, y su apuesto hijo —dijo Jaalib con un guiño—, el Príncipe Edjian, toma el trono.

—Pensé que habías dicho que era una tragedia.

—Es una tragedia —la regañó Jaalib—, y esto se hace aparente cuando el Príncipe Edjian decide expandir el reino y comienza a enviar expediciones al bosque para marcar árboles para talarlos. Los hombres que envió nunca regresaron —entrecerró sus ojos, moviendo su cara muy cerca de la suya—. Y fue entonces cuando los más viejos comenzaron a susurrar sobre Uhl Eharl Khoehng.

—¡Basta! —siseó Fable, apartando sus manos mientras él intentaba asustarla.

—El Príncipe Edjian estaba intrigado. Comenzó a enviar a diario mensajeros al bosque, llevando su invitación al Eharl Khoehng para cenar con él en el palacio. Ninguno volvió. Cuando ya no quedaron mensajeros, envió pequeños ejércitos, manteniendo solo a los guerreros mejores y más fuertes para proteger el reino. No regresaron. Cuando la gente del pueblo exigió un alto a esta ambición peligrosa, el Príncipe Edjian ordenó al ejército restante conducirlos todos al bosque. No volvió a saberse de ninguno de ellos, ni siquiera los soldados. —Encendiendo dos velas, llevó los candelabros al centro del escenario—. Sólo quedaron el Príncipe Edjian y su viejo y fiel criado de caza.

—¿Envió al viejo? —siseó Fable, palmeando el muslo de Jaalib—. ¡Es una historia terrible! ¿Qué le sucedió al Príncipe Edjian después de que el viejo se fue?

—Cuando su sirviente no regresó, el Príncipe Edjian se atrincheró en el palacio. Sin sus ejércitos o sus súbditos, no había nada que impidiera que el Eharl Khoehng atacara. Una noche tranquila —susurró Jaalib—, el Eharl Khoehng vino, invadiendo los sueños del Príncipe Edjian. Prometió pasaje seguro a través del bosque. Ansioso por hacer las paces, el Príncipe Edjian fue al bosque, donde permaneció por casi una década.

—¡Qué!

—El Eharl Khoehng lo engañó. Si bien le dio pasaje seguro a través del bosque, comida, vestidos y refugio, el Eharl Khoehng lo mantuvo prisionero, usando ilusiones para atraparlo en el laberinto del bosque. —Jaalib sopló una de las velas—. Diez años de culpa dejaron su marca. El príncipe creía que podía escuchar las voces de sus súbditos llamándolo. Entonces un día, fue sorprendido por el espíritu de su amado criado. El viejo le informó que el Eharl Khoehng había convertido a la gente del pueblo en árboles y los había dejado allí en el bosque, conscientes, pero incapaces de moverse o hablar, excepto cuando el viento soplaba entre sus ramas.

—¿Y entonces?

—Y entonces —susurró Jaalib—, sin ser afectado por las ilusiones del Eharl Khoeng, el cazador guió a su amo en un viaje al límite exterior del bosque, donde el Eharl Khoehng los estaba esperando. —Una sombra malevolente cayó sobre su rostro cuando Jaalib caminó al centro del escenario, posando junto a la vela encendida—. ‘Adórame y llámame maestro y todo lo que tengo será tuyo, incluyendo tu reino’, dijo el Eharl Khoehng.

—¿Y qué hizo el Príncipe Edjian?

—Se volvió loco —empezó Jaalib con voz de narrador—. Volvió corriendo al bosque y lo prendió fuego. Para cuando terminó, no quedaba nada, ni siquiera un árbol. ‘Este es el único reino que merezco gobernar’, declaró, ‘y el único reino que el Eharl Khoehng puede reclamar’. —Tomando uno de los oscurecidos tapices del muro, arrojó el espeso material sobre su hombro derecho y continuó la narración—. Vestido con los harapos de su antigua vida, con el rostro y las manos ennegrecidos con hollín, el Príncipe Edjian fue ante el Eharl Khoengh, cayendo de rodillas rindiendo homenaje. Con su voz más fuerte y más humilde, gritó ‘Larga… vida… al rey’.

Visiblemente conmovida, Fable aplaudió, sacudiendo su cabeza maravillada.

—¿Tu padre interpretó ese papel?

—El Príncipe Edjian fue el mayor papel de mi padre —dijo Jaalib, ausente—. Nadie ha sido capaz de aportar la misma dignidad al papel. —Él se sentó en el borde del escenario—. Y cuando sea el momento, la produciremos otra vez y yo seré el Príncipe Edjian y él será mi Némesis, el mismísimo Uhl Eharl Khoehng.

Fable mordió nerviosamente su labio inferior.

—Jaalib, ¿por qué nunca te convertiste en un Jedi?

—Todo lo que siempre quise fue ser un actor —remarcó, balanceando sus piernas contra el escenario—. Y eso es exactamente en lo que me he convertido. He aprendido a manejar el sable de luz y otras meditaciones Jedi, más que nada para apaciguar mi

inquieto sentido de lealtad. Más allá de eso, mi padre parece renuente a enseñarme más. Y yo soy renuente a pedírselo.

Mirando las filas de velas, Fable recordó el ejercicio de los cilindros de cera.

—El ejercicio del sable de luz, aquel usando las bolas de cojinete, ¿puedes hacerlo con velas?

Jaalib se encogió de hombros.

—Así es como me enseñó. No usé los cilindros de cera hasta mucho después.

—¿Puedes mostrarme tu secreto? Tu ejecución es casi perfecta, elegante e igualmente efectiva.

Acomodando los candelabros en el familiar círculo, Jaalib le indicó que entrara al dilatado diámetro.

—¿Me permites? —bromeó abrazándola suavemente por detrás. Puso sus manos sobre las de ella y encendió el sable de luz. El cilindro alargado pulsó con magnificencia y poder, lanzando luz a través del escenario y los primeros bancos del foso. Fable se tensó por un momento, sintiendo su cuerpo tan íntimamente contra el de ella. Pero mientras él la dirigía a través de una lenta rotación con el sable de luz, se relajó y se concentró en sus directivas.

—¿Qué ves? —susurró él.

Bajando su vista a la línea de velas apagadas, los ojos de Fable trazaron el camino directo y angular.

—No —susurró Jaalib, leyendo la expresión de su cuerpo—. Es por eso que te está costando tanto.

—¿Me has estado mirando? —siseó ella, dándole un codazo en las costillas.

Jaalib rió suavemente.

—Estás tratando de pensar en términos lineales, dimensiones espaciales. Esto no es como volar una nave. Puedes dirigir tus ojos, lo que has hecho muy bien, pero tarde o temprano el te descubrirá. —Moviéndola gentilmente a un lado, agregó—: Puedes dejar que tus ojos dicten donde comienzan las líneas, pero deja que la Fuerza te guíe. No es como limpiar un cuarto y entonces continuar con el próximo. No hay secuencia, excepto la que creas a medida que te vas moviendo. Siempre hay muchos caminos, de derecha a izquierda, de arriba hacia abajo, cualquier combinación.

Le quitó el sable de luz de las manos y empezó la cadencia. Sus movimientos eran lentos y deliberados para que ella pudiera seguirlos, pero incluso esos movimientos era más rápidos que sus intentos más frenéticos de completar el ejercicio. Cuando el sable de luz pasaba sobre los extremos de las velas, las pequeñas mechas explotaban en llamas, pero las puntas de cera permanecían inalteradas por el arma. Moviéndose rápidamente alrededor del círculo para apagar las velas, Jaalib le entregó otra vez el sable de luz.

—Ahora inténtalo tú.

Fable tragó indecisa, preguntándose como podría seguir una demostración tan perfecta. Encendiendo el sable de luz, sus ojos trazaron las numerosas líneas de velas que se extendían en todas direcciones. Describió rápidamente un arco a través del círculo,

sintiendo que su antigua confianza regresaba. Diez, quince, dieciocho, Cuando estaba alcanzando los últimos movimientos de la cadencia, perdió el control, cayendo hacia delante, mientras giraba frenéticamente sobre sus talones.

—Despacio —murmuró Jaalib, atrapándola en sus brazos—. Lo estabas haciendo maravillosamente hasta que perdiste la concentración. —Soplando las velas, dijo—: Inténtalo otra vez. Y esta vez, recuerda, la Fuerza es una cascada. Nada puede detenerla o interrumpirla. Nada puede detener el flujo. —Regañándola con un dedo severo, agregó—: La duda y la inseguridad forman barreras, pero sólo si lo permites.

—Ahora empiezas a sonar como tu padre.

A modo de respuesta, él se inclinó ceremoniosamente, y luego hizo un gesto hacia las velas. Esta vez, mientras se movía a través del círculo, Fable permitió que la lluvia la guiara y la abriera a la Fuerza. El golpeteo constante de las gotas contra los asientos de piedra ayudó a su concentración y completó la cadencia sin incidentes.

Desactivó el sable de luz, temblando levemente mientras se volvía del centro del círculo. La Fuerza fluía a través de ella, canalizando aún su mente consciente. Jaalib estaba detrás de ella y Fable podía sentir su corazón acelerado por sobre las suaves vibraciones de la Fuerza. Antes de perder el valor, Fable giró y lo besó apasionadamente.

—¿Lo intentamos otra vez? —susurró él.

—¡Descarado!

Jaalib sonrió, guiñándole un ojo travieso.

—Me refería a la cadencia. —Su sonrisa se acentuó mientras entraba al círculo y empezaba a soplar las velas.

***

La Fuerza estaba con ella y Fable la sentía, fluyendo a través de su cuerpo y mente. Imaginó el poder canalizándose a través de sus brazos y manos y tomó el sable de luz de su cinturón. Visualizando el camino en su mente, se movió a través de una serie de precisos bloqueos y ataques, y desintegró las primeras bolas con una ejecución intachable. Cuando empezó la segunda secuencia, Brandl susurró:

—Ejecuta cada movimiento como si fuera el último. Un día, tu vida podría depender de eso. O las vidas de otros.

Por casi dos horas, Fable trabajó con la primera cadencia y estaba pasando a la segunda. Obviamente fatigada, empezó a equivocarse y quemó los extremos de al menos diez cilindros, cortando el último al final. Ella asumió otra vez la posición de defensa, respirando pesadamente.

—A medida que progreses, aprenderás los límites de tus habilidades —declaró Brandl—. Estás excusada por el resto del día.

Inclinándose respetuosamente, Fable tomó su chaqueta de una rama cercana y emprendió el camino de regreso al teatro. Jaalib la estaba esperando con una torta dulce y la promesa de un baño y un beso.

—¿Cómo te fue?

—¡Llegué a la segunda cadencia! —susurró ella con excitación—. Y Jaalib, creo que lo vi sonreír.

—Esas son buenas noticias.

Echando un vistazo por sobre su hombro, ella le guiñó un ojo.

—Creo que me acostaré temprano esta noche, como recompensa. ¿Te importa?

—En absoluto. Padre y yo estamos trabajando en el último acto de la obra —sonrió amablemente, traicionando su afecto—. Te veo por la mañana.

***

Fable despertó con una terrible sensación de premonición. Vistiéndose rápidamente, se sentó indecisa en el borde de la cama, abrazando sus rodillas contra su pecho mientras examinaba las sombras. Acunando el sable de luz en su regazo, tomó una profunda inspiración, segura de que estaba preparada para lo peor, fuera lo que fuera, cuando fuera que llegase.

El golpe familiar sonó en su puerta.

—Adelante —respondió, ansiosa por comunicarle sus preocupaciones a Jaalib. Pero cuando la puerta se abrió, se encontró con la ominosa sombra de su mentor—. ¿Dónde está Jaalib?

—Jaalib es el único tesoro que le queda a mi miserable existencia —gruñó Brandl—. Prohíbo que esto suceda. ¡Lo prohíbo!

—¿Dónde está? ¡Quiero hablar con él!

Entrando al cuarto, Brandl la arrinconó.

—El teatro en Iscera abrirá en unos días. Lo envié allí para hacer los preparativos para nuestra producción. Para cuando regrese, tú te habrás ido.

Fable siguió a Brandl por el corredor con furiosas zancadas, permitiendo que sus emociones bulleran dentro de ella. Al límite del arrebato, se contuvo, mientras el sentido común la hacía entrar en razón. Había venido a Trulalis para mejorar, para sacar una ventaja sobre el enemigo que la perseguía, y entonces regresar, de ser posible, con sus amigos en la Alianza Rebelde. Enamorarse no tenía lugar en esos esquemas.

Brandl puso un tazón de caldo humeante en un extremo de la mesa y se sentó en el otro extremo. Fable se dejó caer con fuerza en la butaca apenas capaz de controlar su temperamento.

—Entonces, ¿qué se siente al ser un peón del Emperador?

—Llevé placer a mi amo a través de las lágrimas de sus súbditos. —Momentáneamente distraído por la sinceridad del espontáneo soliloquio, Brandl miró

fijamente su tazón. Recuperando su cinismo, la miró con furia sobre la pequeña mesa—. Las ideas del Emperador son completamente nobles. Son sus métodos los que finalmente ofenden a aquellos de menor visión.

—Suena como si aún le fuera leal —respondió ella, con ojos entrecerrados—. Por qué no, solo trató de matarte.

—Con el tiempo, descubrirás que un viejo amigo es muy parecido a un buen espejo. Cuando más tiempo lo miras, más difícil es encontrar los defectos.

Un chirrido agudo resonó desde arriba, enviando una resonancia peculiar a través del teatro. Fable sintió un escalofrío cuando sus oídos reconocieron el sonido inconfundible de una lanzadera volando por encima de ellos. Los escapes de sus cohetes podían oírse sobre el gemido del motor iónico, mientras el piloto describía círculos, buscando un lugar apropiado para aterrizar.

—Es Viaico, ¿verdad?

Brandl cerró los ojos y permaneció silencioso. Fable enderezó sus hombros mientras dejaba la mesa, dándole la espalda al Jedi.

—No más pesadillas —susurró con resolución y salió de las sombras del teatro al amanecer. Su cuerpo conocía cada hueco y subida del sendero sin marcar que conducía a los pintorescos lugares del cementerio de Kovit. Miró fijamente a través del montículo de la entrada hacia donde Viaico estaba parado entre los sepulcros y lápidas deslustrados. Por un momento, el miedo y el horror de su primer encuentro volvieron con toda su fuerza.

—Has madurado mucho más rápido de lo que esperaba —declaró Viaico—. Jamás imaginé que Lord Brandl fuera un anfitrión tan amable.

Viaico caminó entre las tumbas levantadas, deslizando sus manos enguantadas sobre la piedra áspera y desgastada, como si extrajera poder de las sombras que acechaban en cada sepulcro. Su rostro era desgarbado y angular, poco atractivo, con mejillas demacradas y cejas grandes. Detectando sus pensamientos periféricos, él susurró:

—No, no más pesadillas, muchacha. He venido por la cosecha. —Una siniestra determinación ensombreció su rostro pálido—. ¿Cuál será, hmm?

Fable descansó su peso en un pie, ladeando su cadera en un gesto arrogante. Cuando Viaico encendió su sable de luz, ella extrajo el suyo tranquilamente, asumiendo la posición de defensa. Ella bloqueó sus primeras tentativas de penetrar sus defensas, sin perder terreno, y respondió a su sorpresa con una sonrisa tímida.

—Hemos mejorado mucho —comentó él—. ¿Te he dejado demasiado tiempo para prepararte?

—Lord Brandl dijo que eras un cobarde —se burló Fable—. Pero yo ya lo sabía.

El rostro de Viaico enrojeció con rabia mientras comenzaba una serie de estocadas cortas, forzando a Fable a retroceder a lo largo del perímetro de la fangosa depresión. Simulando un ataque a la izquierda, ella giró detrás de él, dando una patada rápida al trasero de Viaico. Enfurecido por su insolencia, Viaico giró, sosteniendo el sable de luz

firmemente en sus manos. Forzando deliberadamente sus defensas, procuró penetrar su confianza.



—¿Fable?

Fable escuchó la voz suave surgida del pasado, y sin volverse hacia la vaga imagen en el límite de su visión, supo que la ilusión era Arecelis. La imagen agitó su mano y rió, sonando íntimamente como su amigo muerto.

—No —susurró Fable—, no lo creo, Viaico. Vi lo que le hiciste. ¡Lo vi! —dijo con furia. El extremo de su sable de luz cortó fácilmente a través del hombro de su manto—. Y ese fue tu primer error.

—¿Y el segundo?

—¡Dejarme con vida para recordarlo! —ella se lanzó salvajemente contra él, golpeando a Viaico contra la tumba de la esposa de Brandl. Interrumpiendo el asalto, dio una voltereta en el aire cayendo otra vez en la depresión. Desactivando su sable de luz, permaneció parada allí desafiante—. ¿Jugaré contigo como tú jugaste con él?

—¡Muchacha despreciable! —siseó Viaico, y la saliva voló por las comisuras de su boca—. ¡Si no te conviertes, morirás! —Convocando las energías corruptas del lado oscuro, Viaico sintió la energía corriendo a través de él. Extendió sus brazos, curvando las yemas de sus dedos mientras los primeros zarcillos de rayos surgían de sus manos.

Fable se estremeció, tambaleándose torpemente mientras intentaba retroceder. El arco del relámpago la atravesó, rasgando su carne. Gritando de dolor, cayó a tierra, enroscándose en posición fetal mientras la agonía barría a través de ella. Antes de que pudiera recobrarse, un segundo y tercer ataque dejaron su cuerpo torturado temporalmente paralizado.

—¿Hemos llegado tan lejos para caer tan bajo? —se burló Viaico—. Tsk, tsk, qué lástima —chasqueó sus labios finos.

Tambaleándose bajo la oleada corrupta de energía, Fable se puso de pie de un salto. Mientras Viaico apuntaba, saltó sobre su cabeza, soltando un chillido cuando el pulso de electricidad alcanzó su hombro. Esgrimiendo el sable de luz con ambas manos, comenzó los movimientos sutiles de la primera cadencia. A medida que cada zarcillo de relámpago se arqueaba hacia ella, ella movía la hoja del sable de luz, desviándolo con eficacia. Imaginó que cada arco era una nueva serie de líneas. Cada punto era la reflexión metálica de una bola de cojinete, la mecha brillante de una vela.



Veinte, treinta… ella perdió la cuenta del número de desviaciones acertadas. Incluso cuando el arco del relámpago se arqueó por detrás, deslizándose sobre su cabeza, simplemente llevó el sable de luz en una trayectoria sobre su hombro. Sin volverse nunca a mirar, su cuerpo reaccionaba a medida que sus ojos diseñaban la siguiente trayectoria.

Fable se abrió camino hacia la cima del montículo. Derribando a Viaico, lo empujó haciéndolo caer en la depresión. Miró con horror como los zarcillos de relámpago se rebelaron contra su amo, quemando a través de su ropa y su carne. Él se tambaleó buscando su sable de luz y arrojó el arma fuera de su alcance.

—¿Hemos llegado tan lejos para caer tan bajo? —se burló Fable. Ella se deslizó por la cara del montículo, levantando su sable de luz para acabarlo.

Viaico se encogió atemorizado debajo de ella, retorciéndose en el fango. Algo de su postura humillada hizo que Fable vacilara, dejando caer los brazos a la altura del pecho, mientras el sable de luz zumbaba insistente en sus manos.

—¿Le darás la oportunidad de traicionarte otra vez? —Manteniendo sus ojos en Viaico, Fable sintió la presencia oscura del maestro—. Mátalo y termina con esto —susurró Brandl—. Sólo entonces sabrás que la pesadilla terminó.

Fable desactivó el sable de luz y enfrentó a su mentor Jedi.

—Ya terminó. ¿Por qué matarlo?

—Recuerda lo que es y lo que ha hecho. Traicionará tus sueños, como lo ha hecho antes y lo usará en su favor. Termina la pesadilla, Fable. Mátalo.

Fable escuchó el pulsar de un sable de luz antes de verlo. Preguntándose como Viaico había recobrado su arma sin que ella lo sintiera, giró, encendiendo su sable de luz. Viaico

balanceó su hoja hacia sus piernas vulnerables. Con un golpe salvaje y sin perder impulso, ella separó la cabeza de sus hombros. Pero mientras él caía, vio claramente sus manos vacías. El sable de luz estaba aun en el suelo, a varios metros de su cuerpo.

—¿Quién está engañando a quién? —siseó Fable, enfurecida por el cuidadoso engaño de Brandl. Arremetiendo contra su mentor, encontró la abrupta embestida de su sable de luz. Dominante y poderoso, arrojó a Fable al suelo y la arrinconó contra el montículo opuesto—. ¡Me mintió! —jadeó ella, masajeando suavemente su dolorida mejilla—. ¿Qué ha hecho?

—He puesto tu lugar a la mesa del Emperador —respondió Brandl—. Pronto, me pondré de nuevo al lado de mi amo y tú estarás a mi lado. —La miró con desprecio, burlándose del dolor en sus ojos—. Sabías que habría un precio.

—¿Qué precio?

Brandl sonrió, posando arrogante para su pequeña audiencia. Ofreciendo su mano, susurró:

—Adórame y llámame amo y todo lo que tengo será tuyo, incluyendo el afecto de Jaalib. No hay forma de combatirlo, Fable. Acepta y cuidaremos bien de ti, eso te lo prometo. —Brandl se volvió para marcharse—. No te molestes en huir hacia tu nave. Los detonadores termales son herramientas muy efectivas —rió, acariciando suavemente las cicatrices en su sien—, yo debería saberlo.

***

Encerrada en su habitación, Fable se balanceó en silencio de lado a lado, limpiando sus lágrimas con su manga. Sus dedos estaban cubiertos de sangre y negros con suciedad, sus uñas destrozadas en una reciente rabieta en el sitio de su Ala-X. Intentando evitar su inminente destino, había huido al vehículo y había encontrado los restos destripados de su caza en el diámetro ennegrecido de una explosión. Solo el marco central del Ala-X había sobrevivido la ráfaga inicial. La lanzadera de Viaico también había sido consumida por la explosión, esparcida a través de una depresión de tierra chamuscada. Maldiciendo a Brandl, se balanceó más rápido y con más fuerza, desesperada por encontrar alguna manera de escapar de él.

La puerta se abrió lentamente, una grieta pequeña que se hizo más grande mientras la figura encorvada entró furtivamente en el cuarto. Los ojos de Fable se iluminaron inmediatamente, reconociendo el rostro.

—Jaalib —susurró, corriendo a sus brazos—. Tu padre…

—Shh, lo sé —la tranquilizó. Sentándose en la cama a su lado, atrajo gentilmente su cuerpo tembloroso contra él—. Acabo de ver los registros de respaldo de mi nave y descubrí el desvío de mi padre a Byss.

—¿Byss?

—El mundo de placer del Emperador. Me apresuré a volver tan pronto como pude y encontré lo que quedaba de tu Ala-X. No fue difícil imaginar lo que seguiría. —Él tomó un bolso pequeño con sus cosas y lo lanzó sobre sus hombros.

—¿Qué estás haciendo?

—Te vas de aquí —contestó concisamente—. No hables. No pienses. Ni siquiera respires con fuerza o él nos descubrirá.

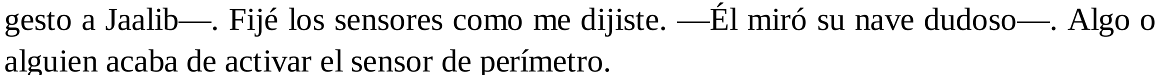
—Lo sabrá finalmente, tan pronto como salgamos de este teatro.

—Y eso no nos da mucho tiempo —replicó él—. Así que corre.

Siguiendo el sendero fuera del establecimiento, Jaalib trotó hacia la cadena de montañas, usando la saliente de las Cumbres Khoehng como guía bajo los cielos iluminados por la luna de Trulalis. Fable igualó sus grandes zancadas y juntos corrieron el breve kilómetro hacia el campo del trigo, donde una nave familiar los esperaba.

—¡El *Pródigo*! —gritó—. ¡Deke!

—Oí que te metiste en problemas —gruñó el socorrano con alivio—. No creíste que te dejaría sola, ¿verdad? —Al escuchar una alerta de proximidad de dentro de la nave, Deke hizo un gesto a Jaalib—. Fijé los sensores como me dijiste. —Él miró su nave dudoso—. Algo o alguien acaba de activar el sensor de perímetro.



—Es él —tembló Fable, echando su mirada hacia la lejana aguja del teatro.

—Entonces es mejor que te vayas —susurró Jaalib.

—¿Qué pasará contigo? —protestó Fable—. Ven con nosotros.

—Él es mi padre, Fable. No es tan fácil.

—¿Y llamas a esto fácil? —dijo con voz quebrada por las lágrimas. Viendo la negación en sus ojos, Fable suplicó—: Jaalib…

Cortando sus objeciones con un beso, Jaalib la empujó suavemente hacia la nave.

—Por una vez en tu vida, escucha, y vete antes de que él llegue.

—Pero…

—¡No, Fable! —siseó Jaalib—. ¡No eres más que un premio de consolación para al Emperador!

—Él tiene razón, capitán —insistió Deke—. Es tiempo de salir de aquí.

Suplicando desesperadamente a sus ojos desafiantes, Jaalib sonrió, ansioso por someter su genio.

—Nací para desempeñar este papel, ¿recuerdas? Soy el Príncipe Edjian. —Tragando su dolor, la abrazó con afecto—. Es el último acto, Fable. Tengo que quemar el bosque.

—Entonces quémalo —sollozó ella, apoyando la cabeza contra su hombro.

—No puedo. No mientras aun estés aquí.

Fable subió a tropezones por la rampa y accionó los controles de la escotilla. Reclinándose pesadamente contra la puerta cerrada, limpió ausentemente una lágrima, sintiendo el calor del roce de Jaalib en su mejilla.

Protegiendo sus ojos del escape del carguero, Jaalib caminó nuevamente dentro de los ondulantes campos de trigo. Con los motores brillando de un rojo intenso por el esfuerzo de la súbita aceleración, el *Pródigo* se ladeó agudamente contra la base de las montañas, llevándose a Fable lejos. El relámpago señaló su partida, trayendo un diluvio de lluvia muy fría. Jaalib tomó una profunda inspiración, preparándose para la cólera de la presencia que subía lentamente detrás de él.

Brandl echó un breve vistazo hacia arriba, buscando alguna señal de Fable, su premio malgastado. No había ninguna y su mirada austera cayó pesadamente en Jaalib.

—Muchacho arrogante y mentiroso —gruñó.

Sintiendo la sutil constricción de su garganta, Jaalib resistió el pánico mientras su tráquea se contraía, asida por dedos invisibles.

—No menos arrogante que mi padre —dijo con voz áspera. Desesperado por aire, cayó de rodillas, perdiendo lentamente el sentido mientras el apretón se cerraba en su garganta. Su padre lo liberó abruptamente y el aire fresco y húmedo fluyó en su cuerpo.

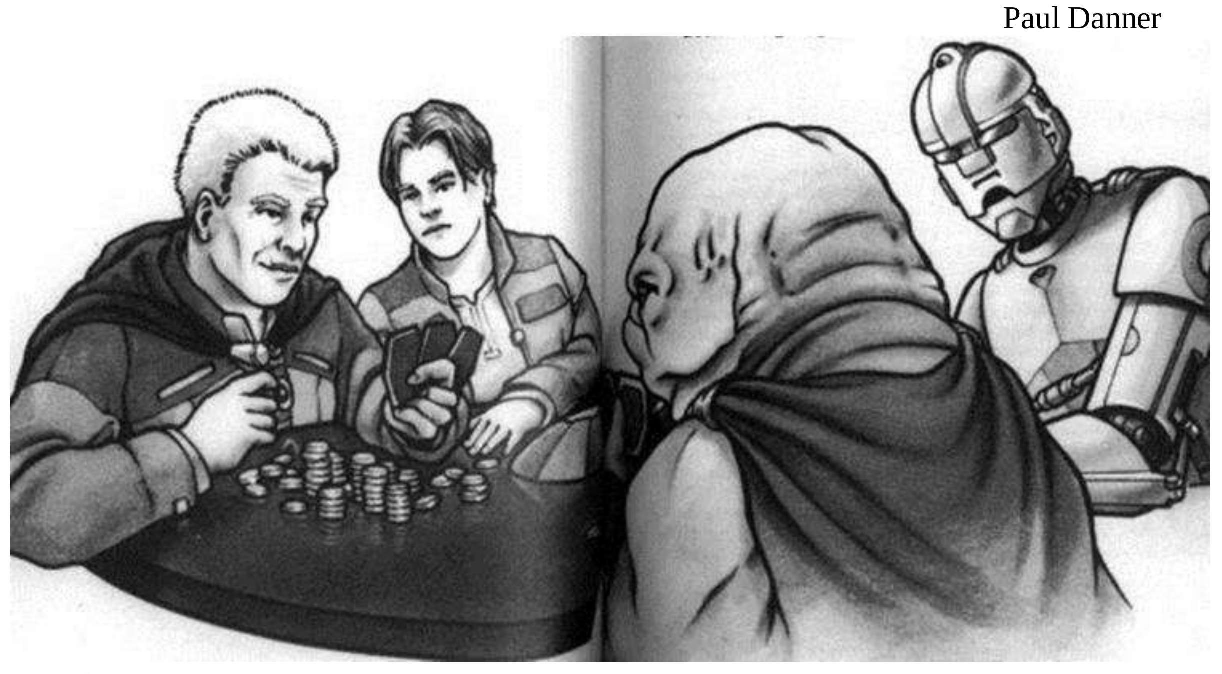
Mirando fijamente la figura de su padre que se retiraba, Jaalib se puso precariamente de pie. Obligado a seguir, gritó:

—¡Larga… vida… al rey!

La última mano

2 años después de la batalla de Yavin

Paul Danner



—¡Sabacc!

La risa atronadora de Doune resonó a través del salón de juego, mientras el enorme cuerpo del herglic se sacudía con el esfuerzo.

—Pierdes otra vez, muchacho.

Ve-Seis, el droide de Doune, calculó rápidamente las ganancias de su amo y reportó con entusiasmo el total para que todos lo oyeran.

La muchedumbre reunida festejó mientras el herglic reclamaba el pozo, dejando a Nyo con un solo crédito a su nombre.

El joven bajó su cabeza incrédulo, luchando con las lágrimas. *¿Cómo he podido ser tan estúpido?*, pensó Nyo mientras miraba fijamente el solitario chip de crédito que constituía todo el dinero que tenía en la galaxia. Ahora, toda esperanza se había perdido.

—Doune… el gran jugador. Capaz de robar el dinero de un pobre granjero con facilidad. Supongo que eres igualmente experto disparando tu bláster contra oponentes desarmados.

Las audaces palabras silenciaron el cuarto.

El herglic alzó la vista sorprendido, buscando la voz disonante en el círculo servil de admiradores que siempre se adherían a los ganadores.

Los espectadores se apartaron ante la figura embozada como si fuera un detonador termal. Una capucha grande mantenía la cara del extraño en las sombras, pero el rostro oscuro estaba obviamente enfocado en el herglic.

—¿Piensas que podrías hacerlo mejor, amigo? —preguntó Doune, con un tono peligroso en su voz profunda.

La figura señaló la muchedumbre con un ademán.

—No desearía avergonzarte delante de todos tus… amigos.

—Nunca rechazo a alguien que está tan obviamente dispuesto a perder su dinero conmigo —rió Doune—. Siéntate.

El extranjero se detuvo por un momento, después se deslizó en el asiento vacío.

—Muy bien. Aunque debo advertirte…

El herglic alzó una ceja.

—Espera, no me lo digas. Déjame adivinar —gesticuló Doune dramáticamente—. Eres el jugador más grande que vivió jamás, ¿verdad?

—En realidad, solo iba a decir que no tengo dinero conmigo, pero ahora que lo mencionas… —El extranjero bajó su capucha, provocando un colectivo grito de asombro entre los espectadores—. Lo soy.



El pelo corto del extranjero era blanco, aunque rayas de plata serpenteaban a través del marfil. Sus ojos eran violeta pálido, como flores tropicales que habían marchitado y perdido su lustre. Una cicatriz dentada marcaba su camino alrededor de su labio, cortando una línea artificial más allá de su nariz. Con los rasgos pétreos que evocaban una estatua real, el hombre era innegablemente bien parecido; sin embargo, ésa no era la razón de la reacción de la muchedumbre.

Los susurros habían comenzado, y el zumbido hizo que pareciera como si una colonia de insectos hubiera descendido sobre el cuarto. A través de los fragmentos de conversación en multiplicidad de idiomas, dos palabras eran repetidas en una frecuencia espantosa.

Kinnin Vo-Shay.

La carne gruesa de Doune había comenzado a mancharse, una clara muestra de que el herglic estaba agitado.

—Esto es solo un truco, amo. —Ve-Seis se inclinó hacia adelante, sus ojos destellantes mientras sus bancos de datos empezaban a recuperar la información—. El *Rayo de Ashanda* fue reportado perdido en el cúmulo de Tyus hace medio siglo. Si Kinnin Vo-Shay hubiera sobrevivido, lo que es altamente improbable, tendría más de cien años estándar. El hombre era afortunado, pero no era ningún Jedi.

—Parece que no eres quien aparentas ser, después de todo. —Doune pareció calmarse un poco, y su usual sonrisa rapaz retornó a su cara—. Aunque debo admitirlo, la

semejanza es extraordinaria. Debes haber pagado una fortuna en alteraciones cosméticas. No me asombra que estés quebrado.

Una risa nerviosa escapó de la multitud.

—Para un jugador tan renombrado, Doune, eres mucho más rápido repartiendo opiniones que cartas. —El extranjero enfrentó su mirada penetrante—. Quizás ganas hablando hasta que tus oponentes mueren de puro aburrimiento.

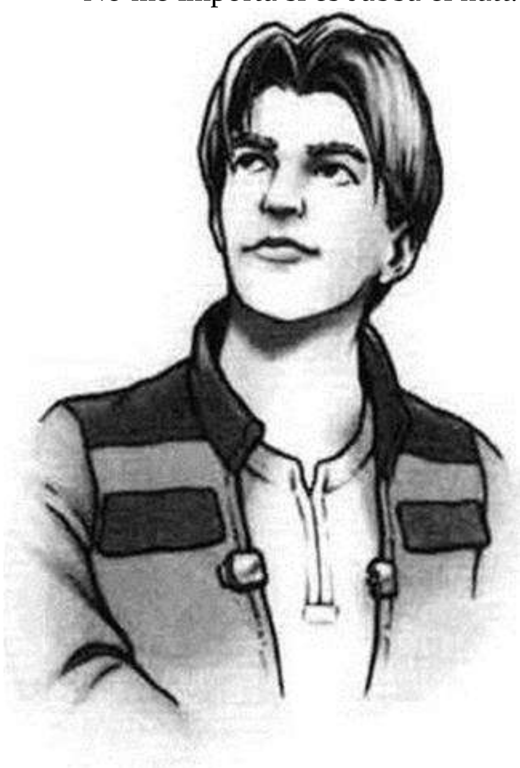
—La única cosa que nunca reparto es caridad —dijo el herglic, una nota de irritación colándose en su voz—. Hasta que no pagues tu entrada, no habrá ninguna partida.

Eso provocó una reacción dividida en la muchedumbre. Muchos deseaban ver si el extranjero realmente decía la verdad, y había una sola manera de decidir eso…

—Pero, Doune, ¿qué si realmente es Vo-Shay? —preguntó un alma valiente.

El herglic ya había tenido suficiente, y su grasa se sacudió con furia.

—No me importa si es Jabba el hutt. Sin dinero, ¡no juega!



Un único crédito giró a través del aire, brillando en las débiles luces. Sin parpadear, Vo-Shay atrapó el cred en su vuelo con practicada facilidad. Se giró lentamente para enfrentar a su benefactor sorpresa.

Nyo empezó a decir algo, pero Vo-Shay le ofreció un guiño tan rápido que el joven apenas estaba seguro de haberlo visto en realidad.

—De un perdedor a otro… qué apropiado. ¿Estás listo, entonces? —exigió Doune.

La cara de Vo-Shay perdió toda expresión, asemejándose a un droide que había sido desactivado abruptamente. Esos ojos extraños adquirieron una mirada lejana, como si miraran fijamente la eternidad. Pronunció una sola palabra que hizo recorrer un escalofrío por la espina dorsal de cada ser presente que tuviera una.

—Reparte —dijo Vo-Shay

El cuarto se puso mortalmente silencioso.

Y el juego comenzó…

***

Doune deslizó una aleta grasosa a través de su frente, que relucía con transpiración. El herglic examinó sus cartas y gruñó suavemente. Su pila de créditos disminuía constantemente, mientras que el crédito solitario de Vo-Shay había ganado millares de amigos en menos de una hora. Echó un vistazo a su oponente, pero la cara del jugador humano podría haber estado tallada en ferropiedra.

Solo la mano derecha de Vo-Shay estaba en movimiento, girando distraídamente el colgante de piedra obsidiana que colgaba de su cuello. Cuando había extraído el adorno de debajo de su camisa, un grito de asombro colectivo resonó en la muchedumbre. Se rumoreaba que el collar era la fuente de la asombrosa suerte del jugador legendario. Era otra evidencia que sugería que este hombre era realmente quién decía ser.

El herglic miró sus cambiantes cartas de sabacc y casi sonrió. El Cuatro de Monedas se había transformado en la Dama de Báculos, con un valor de trece. Ya tenía el Nueve de Báculos. Doune empujó dramáticamente las cartas metálicas en el campo estabilizador neutral.

—Veintidós.

Vo-Shay comenzó a presentar sus cartas. El As de Recipientes, el Maestro de Recipientes, y el Nueve de Recipientes. Un total de treinta y ocho. Un murmullo bajo onduló a través de la muchedumbre. Nyo hizo una mueca de dolor y apartó la vista. El jugador estaba a punto de perder.

Riendo entre dientes, el herglic extendió los brazos para tomar el pozo… quince mil créditos.

Vo-Shay jugó una carta más en el campo neutral. El Maligno. Quince negativo. Eso redujo su mano a veintitrés.

—Sabacc —dijo, asiendo la mano de Doune justo cuando alcanzaba la gruesa pila de créditos en el centro de la mesa—. Creo que eso es mío.

El herglic gruñó.

—Tu suerte no puede durar por siempre, impostor.

Pero lo hizo.

En otra hora, Vo-Shay tenía más de cien mil créditos. La muchedumbre no solo comenzó a creer, sino que cambiaron totalmente su lealtad. Ve-Seis era el único partidario que quedaba en la esquina de Doune, y el droide no estaba animándolo exactamente.

—Por favor, amo —imploraba Ve-Seis—, debe terminar esto antes…

—¡Cállate! —rugió el herglic, apartando al droide de un empujón. Él arrojó un palillo de crédito sobre la mesa—. Uno más, humano… doble o nada.

—No te arriesgues —susurró Nyo, observando las ganancias de Vo-Shay—. Solo retírate.

El jugador sonrió, sus pupilas violeta pálido dilatadas con excitación.

—Nunca retrocedo ante un desafío. —Miró a su oponente—. ¿Listo?

Doune asintió, las ventanas de su nariz dilatadas.

El jugador hizo girar el colgante de obsidiana en su cadena, y la piedra bailó como si estuviera viva. Más de un observador se encontró hipnotizado por la visión mientras Vo-Shay tomaba sus cartas…

***

Nyo y Vo-Shay salieron caminando del salón de juego con casi un cuarto de millón de créditos.

El joven estaba tan excitado, que no podía parar de hablar.

—Si no lo hubiera visto con mis propios ojos, nunca lo habría creído.

—Bien, Doune jugó la partida y apostaría a que aún no está seguro de qué fue lo qué sucedió.

El jugador palmeó al joven en la espalda y le dio el pequeño palillo electrónico que contenía doscientos mil créditos.

—Todo tuyo, muchacho. Conservo el cambio por los costos… Espero que no te importe.

—¿Estás bromeando? —La mano de Nyo temblaba mientras sostenía el palillo de crédito—. No puedo agradecerte lo suficiente por esto… has hecho literalmente que mis sueños se hagan realidad.

—Es un montón de dinero lo que tienes allí. —Vo-Shay estudió al joven—. Obviamente no frecuentas lugares como este, así que asumo que intentabas ganar por una razón.

Nyo miró hacia la distancia, moviendo los pies incómodo.

—Lo siento… Tengo la mala costumbre de meter mi nariz donde no es bienvenida. La curiosidad es sólo uno de mis muchos vicios, pero me mete en más apuros que cualquiera de los otros. —El jugador apretó el hombro de Nyo—. Sea lo que sea, espero que se resuelva.

Vo-Shay levantó la capucha de su manto y se deslizó sin esfuerzo entre la muchedumbre.

—¡Espera! —El jugador se dio vuelta, justo cuando el joven lo alcanzaba—. Si no hubieses sido tan entrometido hace un rato, estaría caminando a casa con un crédito en mi bolsillo… ¿podemos hablar? —Nyo echó un vistazo alrededor de la calle—. ¿En privado?

Vo-Shay sacudió su cabeza y rió.

—Ahora la hiciste. Nunca podría dejar pasar una buena charla confidencial. —El jugador señaló una sórdida cantina en la distancia—. Después de ti…

***

El dúo se sentó en un reservado en el fondo de la cantina, con una botella de whisky coreliano y una buena porción de espacio entre ellos y los clientes más cercanos. Vo-Shay se mezclaba tan bien en las sombras que parecía que Nyo estaba sentado solo en la mesa.

El jugador tomó otro trago de la bebida ácida y miró fijamente a su compañero.

—¿Bien? ¿Ya bebiste suficiente coraje líquido? ¿O voy a sentarme aquí toda la noche?

Nyo rió, después se puso serio.

—¿En verdad eres Kinnin Vo-Shay?

—La última vez que me fijé.

—Entonces cómo es que tú…

El jugador alzó una mano enguantada.

—Pensé que estábamos aquí porque tú deseabas revelar tus secretos…

—Tienes razón. —El joven tomó un trago y luego una respiración profunda.

—La razón por la que necesito el dinero es… ¿prometes no reírte?

—Yo nunca hago promesas, hijo. Sólo trato con cartas. No palabras.

Nyo no respondió. Estaba mirando su vaso fijamente, como hipnotizado por sus lisos contornos. Después de algunos momentos de silencio, finalmente habló. Su voz era un susurro.

—Quiero comprar un sable de luz.

Los ojos del jugador se abrieron.

—¿De verdad?

—Crees que es estúpido.

—¡No! Es sólo que es lo último que esperaba escuchar. Imaginé que sería algo más mundano… un familiar enfermo que necesitaba una operación costosa, una muchacha hermosa con la que no podías casarte, quizá una deuda con algún vil señor del crimen.

Nyo sacudió su cabeza.

—No, nada por el estilo.

—¿Y dónde te prepones conseguir uno? No son precisamente existencia estándar en las tiendas de equipamiento, ¿sabes?

—Oí hablar de un distribuidor del mercado negro que tiene uno para vender.

—¿Dónde?

Nyo obviamente era renuente de contestar.

—Vamos, hijo —dijo el jugador, tomando su vaso—, no es como si fuera a ir corriendo allí antes que tú a arrebatártelo…

—Nar Shaddaa.

Vo-Shay casi escupió su bebida.

—¡La Luna del Contrabandista! —El jugador entrecerró sus ojos y le dirigió al joven una mirada de apreciación—. ¿Cuántos años tienes, de todas maneras?

—Veinte años estándar —dijo él orgulloso.

—Y has vivido aquí en Morado toda tu vida. ¿Has estado fuera del planeta antes?

—Bueno, no… Pero he visto un montón de holos…

Vo-Shay estalló en carcajadas.

—¿Qué es tan divertido? —dijo Nyo, obviamente molesto.

—¡Nada! ¿Qué podría posiblemente ser divertido acerca de un muchacho que nunca ha salido de su planeta de origen viajando solo a uno de los antros más peligrosos de escoria y villanía en la galaxia con doscientos mil créditos encima para comprar un arma ilegal a un sombrío distribuidor del mercado negro? —se inclinó adelante—. ¿Al menos tienes un bláster?

El silencio del joven contestó su pregunta.

El jugador se secó las lágrimas de sus ojos.

—Por la Fuerza… debes ser un tonto presumido o un estúpido. Tu estrella puede ser brillante, pero no va a arder mucho en esta galaxia si continúas con esta clase de comportamiento.

Nyo se puso de pie precipitadamente, golpeando su puño contra la mesa.

—¡No necesito un sermón! Especialmente de alguien que se supone que está muerto porque era demasiado perezoso para pilotar su nave alrededor de un área extremadamente peligrosa del espacio… —El joven comenzó a irse, pero aún no había terminado—. Y puede que seas el jugador más grande que vivió jamás, pero tienes mucho que aprender sobre cómo tratar a la gente. Nos vemos. —Con eso, Nyo salió precipitadamente de la cantina.

Nunca cambias, ¿verdad Shay?

La voz incorpórea era cautivantemente hermosa, acariciando la mejilla del jugador como una brisa fresca.

—Escucha —dijo Vo-Shay tomando un trago final directamente de la botella de whisky y caminando hacia la puerta—, si quieres poner tus dos créditos, déjalos sobre la mesa… No tengo cambio para la propina.

***

—Entonces, ¿cuánto por un pasaje a Nar Shaddaa?

El capitán barabel calculó rápidamente la suma, entonces le sonrió a Nyo. Con todos esos dientes agudos, no era una vista tranquilizadora.

—Veinticinco mil. Por adelantado. Y no hay reembolso bajo ninguna circunstancia…

El joven tartamudeó.

—Yo… no lo sé. Parece una cantidad tremenda.

—Es porque lo es.

El barabel y Nyo alzaron la vista hacia la nueva voz. Vo-Shay estaba parado junto a su mesa, con los brazos cruzados sobre su pecho.

—El muchacho podría conseguir un trato mejor con un jawa… y en algo mucho mejor que ese bote de basura que haces pasar como carguero.

Enfurecido, el capitán se puso de pie, cerniéndose sobre el jugador.

—Me estás insultando…

—No, tú lo estás insultando —dijo Vo-Shay, señalando a Nyo—. Y si deseas vivir para cazar otra presa fácil, te sugiero que te vayas inmediatamente. O estarás insultándome a mí.

Los barabels, sin embargo, no se intimidan fácilmente.

—¿Y porqué debería importarme eso, hombrecito?

Vo-Shay cambió levemente de posición, mostrando los dos blásters que sostenía debajo de sus brazos.

El capitán resopló con desprecio y dio un paso amenazador.

—Podría hacer que te los comieras.

—Si fueras tan bueno, ya lo habrías hecho en vez de solo amenazar con hacerlo —dijo el jugador, rehusándose a ceder un centímetro de terreno—. Ahora vete; encuentra algunos nerfs que pastorear.

El barabel apartó a Vo-Shay y se deslizó en la muchedumbre que pululaba alrededor de la barra.

Todavía riéndose entre dientes, el jugador deslizó los blásters dentro de su manto y se dejó caer en el asiento desocupado.

—¿Qué quieres ahora? —preguntó el joven.

—Solamente hablar.

Nyo comenzó a levantarse.

—No tengo nada más que decirte.

Vo-Shay extendió su brazo y rápidamente lo jaló de nuevo a su asiento.

—¡Hey! Déjame ir…

—No hasta que escuches mi oferta.

—¿Qué clase de oferta?

—Te llevaré a Nar Shaddaa.

Nyo no podía creerlo.

—¿Por qué querrías hacer eso?

—Para asegurarme de que llegues allí con vida —dijo el jugador, balanceándose en su silla—. Y así puedes pagarme diez mil créditos.

No le llevó mucho tiempo considerar la oferta.

—Es un trato —dijo Nyo, sonriendo.

—Pongámonos en camino, entonces.

El joven ya estaba caminando hacia la puerta, mareado de excitación.

—No puedo creerlo…

Vo-Shay sacudió su cabeza mientras seguía a Nyo hacia fuera.

—Únete al club —dijo suavemente.

***

—Aquí está.

La voz del jugador estaba llena de un orgullo que sólo un padre o el capitán de una nave podrían conocer. Nyo entró en la bahía de embarque cuarenta y nueve y pronto su boca se abrió con asombro.

—El *Rayo De Ashanda*…

Los dos hombres circundaron las agraciadas curvas del carguero ligero. Vo-Shay deslizó cuidadosamente una mano a lo largo de su liso y bajo vientre.

—Fue diseñado por un buen amigo mío… un ingeniero mon cal con un gran ojo.

Como la mayoría de las naves diseñadas por los mon calamari, el *Rayo* era un modelo de eficiencia, fuerza estructural, y atractivo estético. Más que una nave espacial, parecía una obra de arte trabajada a mano. Con innumerables cápsulas, bultos, y protuberancias, la nave casi parecía orgánica en vez de construida; como una gran criatura oceánica.

—Puede ser un dolor de cabeza para el mantenimiento y la reparación, pero con excepción de eso…

—Absolutamente una belleza —convino Nyo—, pero no veo ningún arma… o sensores. Ni nada.

—¿Qué sería de una mujer exótica sin sus secretos? —el jugador puso un brazo alrededor de los hombros del joven—. Ahora vamos… Vayamos a conseguir tu sable de luz.

***

Agotado por sus hazañas, Nyo pasó la mayoría del viaje en una de las cómodas literas del *Rayo*.

Vo-Shay estaba descansando en la carlinga, medio dormido. La nave le advertiría si surgía cualquier cosa, y la suave aceleración de las líneas estelares de la velocidad luz siempre ponían soñoliento al jugador. Cuando escuchó la melodiosa voz, no estuvo seguro de si soñaba o no.

Definitivamente tienes tus momentos.

Sus ojos se abrieron súbitamente. Definitivamente no estaba soñando…

—¿Había alguna duda en tu mente?

¿Quieres que sea honesta, o amable?

—Amable —sonrió Vo-Shay—. Entonces, ¿qué dices?

Es difícil decir ahora. Necesito más tiempo.

—¿No lo necesitamos todos?

Él viene.

Vo-Shay estiró su cuello sobre el respaldo de la silla.

—Bueno, bueno. Miren lo que arrastró el gundark…

Nyo entró en la carlinga, aun frotando sus ojos soñolientos. Se dejó caer poco ceremoniosamente en el asiento del copiloto.

—¿Ya llegamos?

El jugador comprobó sus pantallas.

—Casi. ¿Pudiste descansar?

El joven asintió, examinando la carlinga.

—Bien. —Vo-Shay se echó atrás en su silla, girando distraídamente su colgante—. Necesitarás mantener tus ojos bien abiertos en un lugar como Nar Shaddaa. Cosas malas pueden sucederle a la gente antes de que puedas siquiera pensar en sacar tu bláster.

—Está bien —contestó Nyo con una sonrisa—. Ni siquiera tengo uno, ¿recuerdas?

El jugador rió entre dientes. Después de unos momentos, se puso serio y se volvió para enfrentar a Nyo.

—Nunca me dijiste para qué quieres un sable de luz.

—Tú nunca me contaste cómo sobreviviste a tu prematuro fallecimiento en el cúmulo de Tyus —contestó el joven en el mismo tono—, o cómo es que no tienes cien años de edad.

—Un intercambio parejo, ¿eh? De acuerdo, pero yo pregunté primero.

El jugador reconoció inmediatamente esa mirada distante que asomó en los ojos de Nyo. Era la que siempre precedía al resurgimiento del sueño de toda una vida y que usualmente terminaba en problemas.

—Quiero convertirme en un Caballero Jedi —dijo el hombre joven con una voz apenas más fuerte que un susurro.

El jugador guardó silencio por un momento.

—Creía que ellos construían sus propios sables de luz cuando estaban realmente listos para manejar uno…

Eso pareció desinflar levemente a Nyo, pero se recuperó rápidamente.

—Solo quiero tener algo… conectado con ellos. Es decir, no es como si hubiera alguien cerca para entrenarme. No lo sé… —Miró fijamente fuera de la ventanilla las estrellas que pasaban—. Supongo que pensé que si sentía un sable de luz en mis manos, habría cierta clase de magia, ¿sabes? Tienes que tomar un primer paso para ir a alguna parte, y éste fue el único camino que pude encontrar.

Bien hablado, joven

—¿Huh? —Nyo despertó bruscamente de su ensueño y echó un vistazo a Vo-Shay—. ¿Dijiste algo?

—No fui yo —dijo el jugador haciendo un guiño.

—Así pues, yo cumplí mi parte del trato… Ahora escuchemos tu historia.

Algo atrajo la vista de Vo-Shay.

—Tendrá que esperar.

—¿Por qué?

Las manos del jugador ya estaban danzando sobre los controles, sacando bruscamente al *Rayo* del hiperespacio.

—Porque tenemos compañía…

***

—Tengo un mal presentimiento sobre esto

Vo-Shay siguió las tres naves entrantes en los sensores del *Rayo*.

—¿Quiénes son?

—Todavía no se han presentado, pero no creo que sea un comité de bienvenida. —El jugador observó el monitor y frunció el ceño—. Un carguero Ghtroc y dos Caza-cabezas Z-95. Podría ser peor, supongo…

—¿Cómo? Ya nos exceden en número.

—Pero no en clase. —El comunicador sonó su alarma, atrayendo la atención de Vo-Shay—. Parece que desean hablar. Eso siempre es buena señal.

—Aquí el capitán Yarrku del *Invasor Nocturno*… —llegó la voz filtrada.

—Suena familiar —dijo Nyo.

—Es ese barabel de la cantina —gruñó Vo-Shay.

—¿Estás seguro?

—Nunca olvido una voz.

—¿Qué querrá?

—Hay solo una manera de averiguarlo —dijo el jugador, luego activó el comunicador—. ¿Hay algún problema, capitán?

—Lo habrá a menos que entregues los créditos que le robaste a Doune.

—¿Robar? ¿A Doune? ¡Hah! Ese pote de grasa herg debe estar poniéndose senil… Gané ese dinero justa y limpiamente en un juego de sabacc.

—Doune no comparte tu opinión de la situación. Cree que tú lo engañaste, y nos ha contratado para recuperar su dinero. Si lo entregas, tú y tu nave no sufriréis daños. Si no… —la voz del barabel se interrumpió siniestramente.

—Doune no es más que un pobre perdedor. Y en lo que a mí concierne, va a permanecer de esa manera.

—Sabes, esperaba que dijeras eso —dijo Yarrku con una carcajada. Entonces sólo hubo estática.

Los dos Z-95 adoptaron la formación estándar de flanqueo mientras poderosos disparos láser surgían del carguero Ghtroc.



Vo-Shay ejecutó un rápido tonel abierto y después apuntó la nariz del *Rayo* en un picado. Los dos disparos pasaron aullando, cortando a través del espacio que la nave había ocupado microsegundos antes.

Nyo no podía creerlo.

—¡Esa cosa tiene un par de láseres cuádruples!

—Se acabó la charla —se quejó Vo-Shay mientras hacía girar el *Rayo* para hacer frente a un Caza-cabezas que se aproximaba.

—Esta nave tiene armas, ¿verdad? —preguntó Nyo.

El jugador simplemente sonrió y tocó una de las pantallas del control.

Una de las cápsulas del vientre del *Rayo* se abrió en espiral, revelando un gran cañón láser de tres caños. La torreta giró, fijándose en el Caza-cabezas que se acercaba.

Una atronadora ráfaga de disparos láser siguió al Z-95 mientras intentaba ejecutar un giro evasivo. Las ráfagas pasaron junto al expuesto estribor de la nave, destrozando los escudos, y finalmente haciendo estallar el ala de la nave.

Sin los estabilizadores de estribor, el Caza-cabezas comenzó a girar fuera de control, y desapareció virando inofensivamente en la distancia.

—¿Eso responde a tu pregunta? —preguntó el jugador sonriendo con aire satisfecho.

Su sonrisa se desvaneció cuando uno de los disparos láser del *Invasor Nocturno* impactó en el babor del *Rayo*. El impacto hizo barrenar el carguero y Vo-Shay se encontró luchando para mantenerlo estable.

El otro Caza-cabezas se estaba acercando, con todos los blásters fulminando sin piedad.

Incapaz de evadir el ataque, el *Rayo* se vio forzado a soportar un castigo considerable por los disparos del Z-95.

La nave corcoveó y se sacudió bajo el asalto, zarandeando a los dos hombres en sus sillas. El jugador maldijo bajo su respiración mientras estabilizaba su vehículo herido.

—¡Acabamos de perder la mitad de nuestros escudos! —gritó Nyo alarmado.

Actuando como si no lo escuchara, un enfurecido Vo-Shay trajo el *Rayo* en un giro de los contrabandistas que provocó un gemido estructural a través de la nave. Cubrió la distancia con una velocidad imposible. Nyo sentía como si una gigantesca mano invisible presionara contra su pecho.

—No sabía que los cargueros podían moverse tan rápido.

—La mayoría no pueden. Este sí.

Gracias al pilotaje experto de Vo-Shay, el *Rayo* reflejó cada maniobra ejecutada por el Caza-cabezas. Era como si los dos pilotos tuvieran una mente. No importaba qué táctica intentara, el Z-95 no podría sacudirse la nave más grande. Una explosión sostenida de fuego bláster pesado convirtió rápidamente al Caza-cabezas en un estallido llameante.

—¡Te tengo! —gritó Vo-Shay.

—Y yo a ti —llegó la voz filtrada de Yarrku por el comunicador. Fue seguido por otro terrible impacto cuando otra ráfaga de láser cuádruple encontró su marca.

—Los escudos cayeron —gritó Nyo alarmado—. Y el hiperimpulsor fue dañado.

El jugador giró cautamente el *Rayo* para enfrentar al *Invasor Nocturno*. El gran carguero Ghtroc colgaba allí en el espacio, esperando, con sus láseres cuádruples preparados. Las dos naves inmóviles parecían pistoleros, cada uno esperando que el otro desenfundara…

La voz de Yarrku rompió el silencio:

—Tus escudos cayeron. Otro golpe de mis armas y no serás nada más que desechos. Haz lo correcto y entrega el dinero. Antes de que sea demasiado tarde.

—¿Te damos los créditos y nos dejarás tranquilos? —preguntó Vo-Shay.

—Tienes mi palabra.

Está mintiendo.

Vo-Shay y Nyo hablaron en el mismo tiempo.

—Lo sé.

Los dos hombres intercambiaron una mirada rápida, aunque Nyo parecía más que un poco desconcertado.

El jugador activó el comunicador.

—Trato hecho. Pondré el chip de crédito en una sonda y la lanzaré.

—Mínimo contacto, mínima necesidad de confianza. Sí, eso sería satisfactorio. Sin embargo, cualquier truco y te volaré en micrones.

Vo-Shay apagó el comunicador y alcanzó los controles.

—Realmente no vamos a dárselo, ¿verdad? —preguntó un agitado Nyo.

El jugador sonrió.

—Oh, vamos a dárselo.

Tres de las pequeñas vainas delanteras del *Rayo* se deslizaron para revelar obscurecidos tubos de lanzamiento.

—Es todo tuyo —dijo Vo-Shay en el comunicador mientras golpeaba el panel de control.

Un trío de torpedos protón salió rugiendo simultáneamente fuera de los tubos del *Rayo*, rayándose hacia el *Invasor Nocturno*.

En respuesta, el Ghtroc atacó con ambos láseres cuádruples.

Nyo cerró sus ojos.

Los disparos de láser alcanzaron el *Rayo*, e impactaron… contra los escudos de la nave.

—¡Nooo!

Ésa fue la transmisión final del *Invasor Nocturno*, antes de que los torpedos convergieran y convirtieran la nave en una gigante bola de fuego floreciente.

El joven miró lentamente a su alrededor, completamente sorprendido de estar vivo.

Vo-Shay destelló una sonrisa.

—Pero… nuestros escudos habían caído —dijo Nyo con incredulidad.

—Uno de los milagros de la ingeniería mon calamari, hijo. Sistemas redundantes de escudo. Por supuesto, el que tus oponentes sean estúpidos también ayuda. —El jugador tomó los controles y activó los motores sub-lumínicos—. Nar Shaddaa, aquí vamos…

***

—No lo tengo —dijo el distribuidor—. ¿De qué manera quieres que te lo diga?

—¿Qué quiere decir con que no lo tiene? —repitió Nyo por cuarta vez.

Vo-Shay arqueó una ceja, inclinándose en el mostrador.

—Creo que mi asociado solo siente curiosidad en cuanto a la razón por la que usted ya no tiene el sable de luz.

El rechoncho hombre de negocios sonrió, mostrando dientes blancos de diamante.

—Porque ya lo vendí.

—Pero yo hice un depósito para que no lo hiciera.

—¿Qué puedo decir? —dijo el hombre simplemente—. Surgió una oferta mejor.

Nyo parecía más que listo para matar al comerciante gordo. Vo-Shay súbitamente se alegró de que el chico estuviera desarmado.

—Bien, ¿a quién se lo vendió? —exigió el hombre joven.

—Lo siento. Ésa es información privilegiada.

Nyo abarcó con un gesto de su mano el almacén pelado que servía como tienda al distribuidor. Estaba actualmente vacío a excepción de ellos.

—No hay nadie más aquí. Quizás pueda llegar a un acuerdo con el comprador. Juro que no diré una palabra.

—No sería difícil imaginar quién te dio la información. —El distribuidor sacudió su cabeza—. No puedo hacerlo. Ahora, si hay algo más en lo que estés interesado…

Nyo parecía estar al borde de estallar, pero lo pensó mejor. Dio la vuelta y salió bruscamente de la tienda. El jugador se encogió de hombros y lo siguió.

***

—Lo siento, chico —dijo Vo-Shay mientras subían al *Rayo*. Apretó el hombro de Nyo—. La galaxia puede ser un lugar cruel a veces.

—Lo sé —dijo el joven suavemente—, es sólo que deseaba tanto ese sable.

—Bueno, nunca sabes… —la voz del jugador se interrumpió bruscamente cuando vio la luz destellante en la pantalla.

—¿Qué sucede?

—Un mensaje… —Vo-Shay presionó el control.

Una holo-grabación chisporroteó en el aire, tomando la forma de cierto jugador herglic.

—Doune. —La palabra surgió de los labios del jugador como una maldición.



—Saludos, granjero. Y a ti también, Oh legendario. Parece que la tentativa de recuperar mis pérdidas falló desgraciadamente. En fin… la vida puede ser sorprendente, ¿verdad? —El Herglic sostuvo un largo mango plateado y sonrió.

Los ojos de Nyo habían crecido al tamaño de detonadores termales que amenazaban estallar.

—Como habrán podido imaginar ahora, fui yo quien compró esta pequeña arma elegante que tanto has anhelado. Y no lamentaría separarme de él… bajo ciertas circunstancias.

—Vamos, ve al punto, bolso hinchado de viento —masculló Vo-Shay.

—Lo que propongo es simple. Una última mano de sabacc entre Vo-Shay y yo. Si el jugador gana, puedes quedarte con el sable de luz. Si gano, me quedo con la fuente de la extraordinaria suerte del jugador: el collar de obsidiana. Si aceptan, encuéntrenme en la Cantina Nygann en tres horas… —La imagen holográfica se desvaneció.

Nyo y Vo-Shay intercambiaron una mirada.

—Ya has hecho demasiado por mí —empezó el hombre joven—. Jamás te pediría que hagas esto, especialmente si significa que podrías perder tu collar.

—No lo haré. No perderé, quiero decir… —El jugador sonrió—. Además, te lo dije… Nunca podría oponerme a un desafío.

***

Doune y Vo-Shay se enfrentaron una vez más, esta vez en un cuarto de juego privado en la parte posterior de la cantina. Los únicos otros seres presentes eran el droide repartidor, Nyo y el droide de Doune, Ve-Seis.

—Una última mano le decide todo, ¿correcto? —preguntó el herglic.

El jugador asintió lentamente, sin apartar los ojos de su oponente. El droide repartidor entregó cinco cartas de sabacc a cada jugador, después esperó obedientemente que los dos hombres miraran las manos.

—¡Sabacc! —con una risa atronadora, el herglic empujó precipitadamente sus cartas en el campo de interferencia y alzó la vista triunfante—. Supera eso.

Nyo palideció mientras que le echaba un vistazo a Vo-Shay, que giraba nervioso su colgante.

El jugador alzó la vista de sus cartas y las insertó lentamente en el campo. Primero fue la Carta del Idiota. Luego el Dos de Espadas. Un tres de cualquier clase le daría a Vo-Shay la Mano del Idiota.

Y una mano ganadora.

El herglic tomó una abrupta inspiración, su piel manchándose furiosamente…

El jugador rozó con el dedo una de sus cartas restantes, entonces la deslizó en el campo. Por un momento, su mano cubrió la superficie, entonces finalmente se movió.

El Cinco de Báculos. Con un total de ocho.

Vo-Shay había perdido.

Nyo parpadeó una vez, entonces su boca se abrió asombrada. Intentó encontrar la mirada del jugador, pero Vo-Shay se había dado vuelta como si hubiera encontrado algo increíblemente interesante en el piso.

El herglic rugió su aprobación y después extendió una aleta.

—Creo que tienes algo que ahora me pertenece…

Vo-Shay deslizó cuidadosamente el colgante de obsidiana de su cuello y lo entregó sin una palabra.

Extasiado, el herglic se lo arrebató.

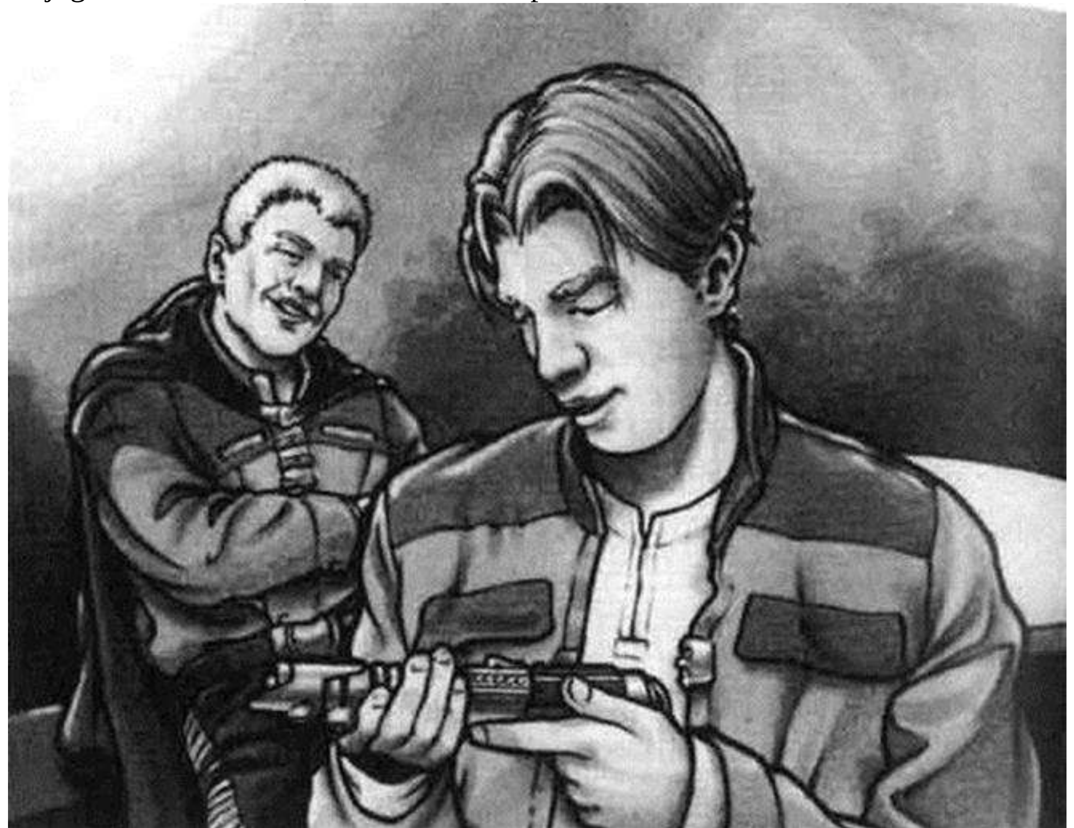
—Así pues, el invencible ha caído al final. Con esto, seré imparable —le sonrió a Nyo—. Felicitaciones, muchacho… acabas de presenciar la muerte de una vieja leyenda y el nacimiento de una nueva.

Doune se puso de pie y se dirigió hacia la puerta, con Ve-Seis arrastrándose tras él. El herglic se detuvo brevemente en la puerta, y casi como una idea de último momento, arrojó el sable de luz sobre la mesa. El arma esparció las cartas de sabacc.

—¡Toma! No lo necesito… —Con una terrible risa final, el herglic y su droide se fueron. Nyo miró fijamente primero el sable, luego a Vo-Shay.

—Yo… no sé qué decir…

El jugador alzó la vista, luciendo una amplia sonrisa.



—Bueno, podrías empezar con «gracias» —dio vuelta una de las cartas de sabacc que no había jugado…

El Tres de Espadas.

El hombre joven estaba atónito.

—¡Tenías la Mano del Idiota! ¡Tú ganaste! —entonces reaccionó—. ¿Pero por qué no lo jugaste?

—Primero de todo, considerando lo mal que reaccionó Doune la primera vez que gané su dinero ¿realmente piensas que nos dejaría salir de aquí tranquilamente con el sable de luz, incluso si lo ganara limpiamente? Además, conté por lo menos una media docena de mercs acunando vasos de lum cuando entramos aquí. Supongo que todo lo que esperaban era la orden de Doune.

—Veo tu punto, supongo. ¡Pero no tenías que sacrificar tu colgante!

—Escucha, chico… esa chuchería particular me la dio hace largo tiempo una antigua novia tenaz que deseaba una relación para la que yo no estaba listo en ese entonces. Esta

muchacha rehusaba darse por vencida, sin importar lo que yo dijera o hiciese. La única razón por lo que la consideraba de buena suerte fue porque el día que me la dio, finalmente rompimos. Guardé la cosa y descubrí que cuando jugaba con ella durante una partida, hacía un maravilloso trabajo distrayendo a mis oponentes. Ya ves, en realidad no tiene ninguna energía mística. Hago mi propia suerte. Al igual que todos…

Una sonrisa asomó a los labios de Nyo.

—Doune está a punto de recibir una sorpresa, entonces.

—Exactamente por eso es que debemos irnos —dijo Vo-Shay, arrojándole el sable de luz.

Nyo lo atrapó fácilmente y no pudo creer que estaba sosteniendo la mismísima cosa con la que había soñado durante tanto tiempo. Giró el mango en sus manos, acariciando las suaves líneas e imaginándose balanceando esa hermosa hoja brillante en un arco agraciado…

Vo-Shay metió abruptamente el brazo dentro del cuarto y se llevó de un tirón el fascinado joven tras él.

***

Nyo se despertó al escuchar un suave sonido zumbante. Variaba de tono casi constantemente, y por un momento, pensó que algún tipo de insecto se había metido en su cabeza durante su siesta.

Entonces vio el extraño resplandor reflejado en el tabique de la nave. Regresando silenciosamente al compartimiento de pasajeros, Nyo espió alrededor de la esquina.

Vo-Shay estaba parado en el área de estar del *Rayo*, balanceando hábilmente la brillante hoja de energía anaranjada en una serie de asombrosas estocadas y bloqueos. Después de algunos momentos, el jugador sintió que estaba siendo observado y desactivó el sable. Se volvió hacia Nyo, extendiendo el arma por el mango al joven.

—Espero que no te importe. No pude resistirme.

—¿Cómo sabes cómo hacer eso? —exigió Nyo. Entonces sonrió súbitamente—. ¿Y puedes enseñarme?

El jugador se dejó caer en una de las sillas del salón.

—Supongo que todavía te debo mi historia, ¿verdad?

El joven hombre asintió, tomando asiento frente a Vo-Shay.

—Bueno, las leyendas que rodean mi desaparición son correctas. El *Rayo* fue atrapado en el cúmulo de Tyus, y en el centro de esa masa de feos agujeros negros, el tiempo no existe. Muchos otros habían sido atrapados allí antes que yo, aunque nadie había sobrevivido. Excepto uno… una Maestra Jedi. Ella me ayudó a escapar, e incluso me enseñó un poco sobre la Fuerza.

—Ese es un resumen bastante corto…

—Guardaré la historia entera para otro día —dijo Vo-Shay sin darle importancia—. Después de todo, tendremos un montón de tiempo juntos cuando te alistes como mi copiloto.

—¿Hablas en serio?

—Nunca digo algo si no es en serio, chico. Bienvenido a bordo.

—Entonces, ¿me enseñarás sobre la Fuerza?

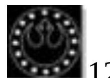
—¿Yo? No… Te enseñaré cómo no perder todo con un herglic en la mesa de sabacc. Ella te instruirá en los misteriosos caminos de la Fuerza.

»Esta es Aryzah —dijo Vo-Shay a modo de presentación—, la adorable Maestra Jedi que salvó mi vida.

Saludos, Nyo. Que la Fuerza te acompañe.

—Y entre nosotros, chico —dijo Vo-Shay con un guiño—, vas a necesitarla.

Trucos simples

12 años después de la batalla de Yavin

Chris Cassidy y Tish Pahl

—Bien, capitán —dijo el mecánico del puerto arrastrando las palabras, mientras pasaba un trapo mugroso entre sus manos ennegrecidas—. Ha hecho un buen desastre con su nave.

—¡No le hice nada a mi nave! —ladró Fen Nabon—. ¡Un flujo de energía nos arrancó del hiperespacio! ¡Frió el motor, cocinó el respaldo, y derritió los estabilizadores y el motivador a su paso!

Fen sabía que debía haber reparado el hiperimpulsor con saliva y cinta de motor y forzado a la *Dama Estelar* a llegar a la ciudad de Nad 'Ris, la capital planetaria de Prishardia. Pero la guía planetaria garantizaba un «puerto estelar clase estándar con todas las comodidades» en Lesvol, la segunda ciudad más grande de Prishardia. Al aterrizar en el retrasado lugar agrícola, Fen se dio cuenta de que era más probable encontrar los «excelentes alojamientos y oportunidades para cenar» prometidos en el núcleo fundido de Hoth.

La pastura de algún rumiante hediondo e indefinido rodeaba el puerto espacial. Más nefasto, notó Fen, eran las barredoras oxidadas y los antiguos cargueros destruidos que cubrían la estrecha plataforma de aterrizaje. Dudaba que algo en el puerto hubiera operado bajo su propia energía en los últimos dieciséis años. Y la bola de grasa que ahora hablaba con monotonía probablemente era el responsable por el mal estado reinante.

«Gibb», como revelaba el nombre cosido sobre su mameluco, pausó para escupir expresivamente en la suciedad cocinada, evitando sabiamente la rampa extendida de la *Dama*, luego extrajo un datapad de un bolsillo mugriento.

—Este es el inventario de motores de reemplazo que podemos conseguir, aquí o en Nad 'Ris.

Cuando examinó la escasa lista, Fen entendió por qué tuvo que tomar el pad de las manos temblorosas de Gibb. Había un Saltador de Horizontes muy viejo y demasiado caro. El SoroSuub implicaría una reparación que incluso Fen no intentaría. Varios nuevos Salvavidas 1000 estaban también disponibles, deseo de muerte incluido sin cargo. Allí no había siquiera un rápido y sucio substituto que fuera lo bastante seguro y lo bastante barato para llevarla hasta un astillero decente.

El bulto en la garganta del hombre pequeño subió y bajó.

—No tenemos nada más —dijo con dificultad.

Fen le arrojó el pad de regreso. Espacio, allí no había siquiera algo digno de ser robado.

—¿Cuánto tiempo? —gruñó.

—Podemos pedir un Avatar —tartamudeó Gibb.

—¿Cuánto tiempo? —Fen repitió, un poco más cerca y mucho más fuerte.

—Corellia está lejos, incluso en…

—¿Cuánto tiempo? —Fen estaba tan cerca que podía olfatear la mascada que colgaba de él.

—Un mes, tal vez dos —cuchicheó Gibb.

—Un mes —ordenó Fen.

—Sí, capitán. —Gibb graznó antes de partir como un rayo.

—Fen, deberías enseñar diplomacia —regañó una voz cultivada. Ghitsa Dogder salió de las sombras de la rampa de la *Dama Estelar*.

—No te escuché ofrecer ayuda —replicó Fen.

—¿Para qué necesitarías una artista de la estafa cuando tu intimidación y griterío son tan eficaces? —Blandiendo un datapad, Ghitsa continuó—. En vez de eso, decidí leer acerca de nuestro hogar temporal.

—El aldeano que escribió esa reseña es un hombre muerto —dijo Fen apretando los dientes—. Voy a buscar un trago en la nave. ¿Vienes?

—No, creo que investigaré un rato.

Fen se encogió de hombros y se dirigió a la rampa de la *Dama*. En la escotilla se volvió para decir algo, pero su compañera ya había desaparecido en el decadente edificio del puerto espacial.

La ambigua declaración de Ghitsa hizo sonar una alarma sorda en la cabeza de Fen. No era que se preocupara por la seguridad de su compañera. Incluso en un lugar poco familiar la estafadora siempre había sabido cuidarse. No, la verdadera gran preocupación era que la vista aguda de Ghitsa probablemente había visto algo en la reseña de Lesvol. Algo que Fen había pasado por alto.

—Sith —farfulló Fen, raspando algo de la pastura de la suela de su bota.

Hundiendo los puños en sus bolsillos, fue en busca de la botella de Reserva Coreliana que guardaba para días realmente malos. Cualquiera fuera la crisis, Corellia tenía la cura.

***

Fen iba por el tercer vaso, maldiciendo al destino y el universo, cuándo su compañera finalmente regresó, trayendo una fruta naranja brillante, del tamaño de un puño.

Cuando Ghitsa la apoyó sobre la mesa, Fen miró la fruta con desconfianza. Había varias explicaciones, cada una peor que la anterior.

—Supongo que no tomaste eso para un refrigerio.

—Por supuesto que no, Fen —dijo Ghitsa con un resoplido altanero.

—Correcto. No has tenido una comida sólida desde la batalla de Endor. —Fen alzó la voz mientras Ghitsa se retiraba hacia su cabina. Contra su mejor criterio, Fen se encaramó despacio sobre sus pies y la siguió.

»Ghits, ¿qué estás tramando? —preguntó Fen mientras se apoyaba contra la escotilla abierta del camarote de Ghitsa, tomando lentamente su bebida.

—Sólo una manera de pasar el tiempo e incrementar los fondos mientras esperamos tus amadas partes corelianas —fue la amortiguada réplica. Sólo el trasero de Ghitsa era visible, sobresaliendo de un armario de almacenaje. Fen tuvo que resistir el impulso de administrarle una patada rápida.

Ghitsa emergió un momento después, agitando su trofeo.

Fen sintió caer su mandíbula.

—No —dijo severamente.

Ghitsa respondió poniéndose el simple manto.

—¡Debes estar bromeando!

—Fen, sabes que no tengo sentido del humor. —Un mango cilíndrico de metal apareció en el bolsillo hondo del manto. Ghitsa accionó el interruptor tentativamente, encendiéndolo y apagándolo. Nada ocurrió, por supuesto.

Ghitsa avanzó empujando a su compañera, camino a la cabina principal. Fen se arrastró otra vez tras ella.

—Estoy sorprendida de que después de todos estos años no hayas sido capaz de quitarle uno verdadero a alguien. —Fen masculló.

Ghitsa se puso muy seria repentinamente.

—Dado lo que hemos oído recientemente sobre la Academia Jedi en el bajo mundo, no me sorprendería ver sables de luz en el mercado negro.

Ghitsa la miró fijamente, esperando, con expectación.

Fen vaciló.

—¿Qué?

—Tú sabes qué —dijo Ghitsa impacientemente—. Esa cubierta de sabacc amañada y el repulsor remoto. ¿Dónde están?

No había nada que hacer. Recostándose en su asiento con un suspiro resignado, Fen dijo:

—Están en el armario de armas, tercer estante, atrás.

—¡Qué pintoresco! —Ghitsa arrulló, regresando con la caja de seguridad de Fen. Lo puso sobre la mesa enfrente de Fen, sirviéndose una copa de Reserva.

En el tiempo que Fen tardó en servir otra para ella, Ghitsa había abierto con palanqueta la caja.

—Ésta es una muy mala idea —dijo Fen finalmente.

Ghitsa recogió la fruta sobre la mesa y empezó a cavar un delicado agujero con su navaja.

—Confirmé lo qué estaba en la reseña. Hay miles de personas en Lesvol y la única autoridad legal está a más de dos mil kilómetros de distancia. Es un caos ahí fuera. Les estaría haciendo un servicio inestimable.

—Como blanco de prácticas. —Fen masculló—. ¿No recuerdas lo que ocurrió la última vez?

Ghitsa asintió con la cabeza, pero continuó su trabajo.

—¿Puedo señalar que la *Dama* está fuera de servicio? No tenemos manera de salir de aquí una vez que se den cuenta de que eres un fraude.

—Entonces tendremos que asegurarnos de que no se den cuenta, ¿no?

Fen hizo girar el licor dorado en su vaso, admirando la manera en que el contenido se adhería a los bordes antes de rendirse a la gravedad.

—No te ayudaré esta vez —declaró, sabiendo que su resistencia era tan fútil como la de la bebida, pero sintiendo la necesidad de hacer una declaración simbólica.

Desde el otro lado de la mesa, Ghitsa le pasó el control diminuto del remoto.

—Por supuesto que lo harás.

***

Fen había desarrollado relaciones de odio con muchos lugares en la galaxia. Odiaba Socorro durante la estación calurosa, detestaba a Mos Eisley durante la temporada de polvo, y su irritación con los precios exorbitantes de Coruscant durante la Semana de Celebración era un tema de conocimiento público. Pero Lesvol en día del mercado ganó todo un nuevo nivel del desdén.

Con una honda inspiración, Fen se lanzó de cabeza en la multitud de campesinos y animales que atestaban la plaza del mercado. Escurriéndose entre un carro de verdura extra grande y una cabina de quesos del tamaño de una rueda, Fen se apartó para evitar un algo peludo que olía vagamente a nerf. Cuando una mujer desdentada vestida de negro arrojó un ave graznando en su cara, Fen casi cocinó tanto al ave como a la proveedora con un disparo de bláster.

En contraste con el loco correr y precipitación de Fen a través del mercado, Ghitsa progresaba pausadamente delante. Multitudes y ganado se abrían como por arte de magia para la mujer con el manto marrón. Caminó serenamente, el mango del sable de luz balanceándose libre y llamativamente en su costado. Habían estado en el mercado apenas diez minutos cuando Fen empezó a escuchar la palabra susurrada con temor y respeto: «Jedi».

Fen dio una vuelta, viendo a Ghitsa encontrar su blanco. Dos hombres peleando, uno tan bajo como el otro era gordo, habían atraído una multitud. Palabras y saliva volaban, y los puños los seguirían con seguridad, con desventaja para el hombre más pequeño. Un groat permanecía entre ellos, ajeno, mascando su bolo alimenticio con suficiencia.

—Amigos —escuchó Fen decir a Ghitsa—. ¿Puedo ayudarlos?

Un silencio cayó mientras todos los ojos se volvían hacia la mujer Jedi.

—¿Quién es usted? —el hombre más grande exigió.

—¡Jedi! —alguien gritó por la parte posterior.

—No parece un Jedi —el hombre se burló.

Ghitsa sonrío pacientemente.

—Tamaño y sexo no son la medida de un Jedi, amigo.

Ella señaló un puesto de fruta cercano.

—No apruebo el uso casual de la Fuerza —resonó su voz—. Pero aquí el caballero ha pedido alguna prueba.

Ghitsa extendió su mano derecha. La izquierda, Fen sabía, ocultaba un diminuto control remoto que controlaba el repulsor. Una fruta naranja brillante se elevó por sobre el montón en el exhibidor, hizo un círculo sobre la multitud pasmada, y luego cayó en la palma de Ghitsa.

Recogió la creciente multitud con sus ojos y autoritativa presencia.

—Pregunto otra vez, ¿requieren la asistencia de un Jedi?

—Yo pido la mediación de un Jedi —tartamudeó el hombre pequeño, con una mirada pendenciera a su contendiente—. Baxendahl me vendió una groat de reproducción, pero es estéril.

Fen volteó y empezó a abrirse paso entre la multitud, agitando su cabeza en disgusto. Ghitsa desplegaría sus destrezas en la negociación como otros usarían armas y empujaría a los hombres a algún arreglo involucrando el coste del cuidado de un groat, las ganancias potenciales de la leche de un groat, y el valor entre un groat de reproducción y uno estéril.

Los participantes agradecidos la pagarían por el problema luego en alguna moneda o artículo. Al final de la tarde, con otro pedazo de fruta flotante y algunos trucos de sabacc de «Puedo leer su mente», la comunidad de Lesvol pensaría que el mismo Maestro Jedi Skywalker había llegado a hacer una visita. Que la Fuerza la perdonara, pero Fen no quería quedarse aquí para mirar.

***

El momento pasaría a los anales como uno de los mejores de la vida de Fen. Veintinueve días, catorce horas, y veintisiete minutos después de que un flujo de energía la forzara a ir al abandonado por el Hacedor Lesvol, el completamente nuevo y veloz hiperimpulsor coreliano Avatar-10 llegó finalmente.

—Capitán, es una belleza.

—Sí que lo es, Gibb. —Fen suspiró con felicidad y miró fijamente con adoración al brillante motor, los estabilizadores, el motivador, y los transformadores, extendidos cuidadosamente y ordenados—. Sólo deseo que encontremos la causa de ese flujo.

Los hombros pequeños de Gibb se encogieron dentro de su uniforme extra grande.

—Lo he visto en viejos YTs antes, especialmente aquellos con muchas características por encargo y modificaciones especiales. Al menos usted sabe que no volará el Avatar cuándo lo ponga.

Un mes de cercana observación había revelado que Gibb era un muy buen mecánico. Fen no había preguntado, ni Gibb había explicado, cómo estaba tan al tanto de cazas

estelares de antiguo modelo y cargueros corelianos. Todos tenían un pasado y los secretos que van con él.

Gibb tenía razón, sin embargo; estas cosas ocurrían a veces y lo mejor que podías esperar era que no te mataran cuando lo hacían.

Fen se agachó, recogió una roca, y se la arrojó a un groat que paseaba demasiado cerca de su nuevo hiperimpulsor. Con un balido asustado el animal se escapó a través la plataforma de aterrizaje.

—A Jedi Ghitsa no le gusta cuando usted le hace eso a sus mascotas. —Gibb advirtió, echando un vistazo a su alrededor nerviosamente.

—Bien, puede usar sus poderes para detenerme —se quejó Fen. Con su ocupada agenda social y de negociación, Ghitsa no estaba ahí, pero eso no impedía que aun el sensato Gibb se preocupara de qué pudiera ver la Todo-lo-Sabe Jedi.

Todo el asunto se le estaba subiendo a la cabeza de Ghitsa y realmente molestaba a Fen. Aparte de las declaraciones solemnes de Ghitsa, el puerto espacial y la nave estaban llenos de animales de granja, empalagosos vinos de fruta y otros productos caseros, obsequios que clientes agradecidos pero muy pobres daban su reverenciado intermediario Jedi.

—Voy a sacar las lecturas del motor viejo —dijo Fen, extrayendo su escáner favorito de su bolsillo trasero.

Gibb asintió con la cabeza.

—Terminaré de preparar la nave. —Desapareció dentro de la *Dama*, las herramientas en su cinturón tintineando ruidosamente.

Sacaron forcejeando el motor viejo de la nave y lo pusieron sobre la hierba junto a la plataforma de aterrizaje. Con algunas rocas bien dirigidas, Fen espantó a las aves (más regalos a Jedi Ghitsa) que habían empezado a nidificar allí.

Poniéndose en cuclillas, Fen giró la primera sección suavemente y encendió el escáner. Limpió pequeños pedazos de carbón ennegrecido entre los acopladores dos y tres, luego continuó bajando por el eje del impulsor. Y se detuvo.

Fen desactivó el escáner y se meció hacia atrás sobre sus tacones. Las buenas noticias eran que acababa de descubrir, enterrado en la parte más inaccesible del motor, lo que había causado el flujo de energía. Las malas noticias…

—Uh, discúlpeme —las palabras tímidas sobresaltaron tanto a Fen que en reflejo tiró la llave más cercana en dirección a la voz.

Fen se puso de pie. La visita inesperada se arrojó al suelo para evitar tragarse la herramienta lanzada.

—¿Alguna vez escuchaste hablar de golpear? —increpó. Mientras él se ponía de pie despacio Fen notó el simple manto marrón que llevaba y el mango de metal intacto en su cintura.

—¿Dónde? —se encogió de hombros y miró expresivamente. Estaban, después de todo, afuera, sobre una plataforma de aterrizaje de un puerto espacial.

Fen inspeccionó la abierta sonrisa.

—Correcto…

Realmente empezaban jóvenes en el rancho Skywalker, reflexionó Fen. Éste no debía tener más de veinte años. Pero entonces los rumores salvajes sobre la Academia Jedi habían estado volando por meses en el bajo mundo. ¿Podía este joven de cara suave y cabello desprolijo ser realmente un completamente entrenado Caballero Jedi? A decir de todos, probablemente. Y ella podía adivinar qué había traído a un Caballero Jedi a las regiones salvajes de Lesvol.

—Bien, bien —dijo con un silbido bajo—. ¿Podrá ser uno de los pequeños seguidores del ascético Luke Skywalker en persona?

Él se irguió ante su desafío pero se atropelló con las palabras.

—Sí, soy de la Academia del Maestro Skywalker. Soy Zeth Fost.

—Fenig Nabon. Puedes llamarme Fen.

Otro asunto requería su atención, uno incluso más urgente que averiguar qué estaba haciendo aquí un verdadero Jedi y qué iba a hacer ella al respecto. Fen se agachó otra vez junto al motor.

—No creo que la Fuerza pueda decirte qué significan estas marcas carbonizadas entre los acopladores, ¿verdad?

Zeth se puso en cuclillas junto a ella.

—No trabaja así realmente.

—Una lástima.

Fen sacó un magnificador de su bolsillo frontal y empezó a subir gateando a lo largo del eje del impulsor. Allí. Entre los acopladores octavo y noveno.

—¿Qué es? —una voz suave preguntó, demasiado cerca de su oreja. Ella casi le pegó un porrazo, sólo por reflejo.

—Aquí —dijo y le pasó el magnificador.

—Parece un… ¿Cable?

—Es un viejo truco de saboteadores. Creas un circuito completo conectando los acopladores de un hiperimpulsor. Un trozo de cable tan fino como un cabello servirá. Entonces envías una chispa hasta arriba del eje del impulsor y formará un arco, de un acoplador al próximo. Freirá el sistema entero. —Ella gesticuló hacia el extremo alejado del motor—. Allí en algún lugar encontraré los restos del relé o batería que generó la sobrecarga.

Zeth aclaró su garganta.

—¿Sabes por qué?

Fen se puso de pie despacio.

—Sí. Probablemente. Alguien está probablemente persiguiendo a mi compañera, Ghitsa Dogder.

Hubo una brusca pero no muy sorprendente inhalación.

—Es por ella que he venido —dijo Zeth rápidamente, levantándose también—. Hemos oído que es una Jedi muy poderosa y que está haciendo mucho bien aquí.

—Bien, tiene muchos enemigos también.

Fen estuvo muy orgullosa de no haberse ahogado cuando Zeth entonó:

—Aquellos que hacen cosas buenas a menudo tienen muchos enemigos. —Su cara joven se volvió melancólica—. Y aquellos con poderes en la fuerza y sin formación pueden ser manipulados. ¿Dónde está? —preguntó, sonando más urgente.

Tan pronto como encuentre a Ghits, la pantomima terminará, pensó Fen. Eso solo justificaría el precio de la entrada.

—No lo sé —dijo finalmente, tomando una decisión—. Tenía una negociación hoy. Pero Gibb sabrá dónde está.

***

—¿Por qué no tomaste una lanzadera? —Fen se quejó sobre el precinto del acompañante del deslizador terrestre alquilado de Zeth.

—No sabía dónde ir —respondió Zeth. Sus ojos vagaron por el paisaje bucólico—. Todos en un radio de mil kilómetros estaban hablando sobre la maravillosa Jedi Ghitsa, pero nadie sabía dónde estaba.

Fen tamborileó sus dedos sobre la consola. Habían saboteado la nave en Chad, descubierto su ruta, y arreglado el motor para que volara en el primer sistema habitado. Pero ¿quién? ¿Y por qué?

—Alguien con potencial en la Fuerza sería una gran ventaja para una organización criminal. —Zeth interrumpió.

—Mantente fuera de mi cabeza, doblador de cucharas —soltó Fen.

—No estaba en tu cabeza, Fen. —Zeth dijo tranquilamente—. Sólo hacía una observación obvia.

—Mantente así, entonces. —Queriendo ser conciliadora, sin sonar compungida, Fen añadió—: Muchos villanos parecen realmente determinados a raptarlos a ustedes los Jedi.

Fen no había esperado que Zeth se estremeciera tan obviamente.

—¿Qué sucede? —preguntó.

Él sacudió su cabeza.

—Nada.

—Gira hacia la derecha más adelante —ordenó. Él condujo a través de una maltratada y antigua puerta y ambos guardaron silencio.

Sintiendo el deslizador acelerar regularmente, Fen echó un vistazo a Zeth. Miraba fijamente delante. Ella renunció a tratar de sacudirse la preocupación que empezó a crecer cuando condujeron dentro de la propiedad.

Doblaron una vuelta ciega y la granja estuvo a sólo unos metros más lejos. Fen estaba fuera del deslizador antes de que Zeth terminara de detenerlo. No fue solo la mirada de sombría preocupación en su cara o el silencio lo que la alarmó.

No, fue el opresivo presentimiento en sus entrañas. Había sentido lo mismo cuando había regresado a esa cantina de Ord Mantell y encontrado al hombre que había sido su padre muerto en el piso.

Extrajo su bláster y corrió a la granja. La puerta estaba entreabierta y torcida. En el umbral yacía un manto Jedi.

***

—Asumo que fue alguien de fuera del planeta —farfulló Fen mientras zumbaban de regreso a través de Lesvol—. Me pregunto por qué les tomó tanto tiempo.

—Pueden haber pensado que en cuanto su motor falló irían a Nad 'Ris —dijo Zeth—. Y cuando no lo hicieron, buscaron de la misma manera que yo lo hice. Un planeta es un lugar grande para buscar a una sola persona.

Cuando el deslizador se ladeó duro en una vuelta, Fen se sintió agradecida de que Zeth estuviera conduciendo apenas más despacio de lo que ella lo haría.

—Gibb está buscando informes de cualquier extraño. Podría saber algo para cuando regresemos…

—¿Qué sigue entonces? —preguntó el Jedi.

—Escucha, Zeth —empezó Fen—. Aprecio la ayuda, pero puedo manejar esto sola.

Cuando Zeth sonrío, los años parecieron desprenderse de él.

—Los Jedi tienen una responsabilidad para aquellos sensibles a la Fuerza, especialmente aquellos que como Ghitsa tienen un verdadero don que otros explotarían. —Su expresión se oscureció repentinamente—. Es difícil de explicar, pero la Fuerza me guió aquí. Me gustaría ver esto resuelto.

—Bien, ¿quién soy yo para discutir con el orden cósmico y el destino? —rezongó Fen.

Gibb salió corriendo a su encuentro cuando llegaron al puerto. Ignorando el desaprobador ceño fruncido de Zeth, Fen saltó otra vez antes de que detuviera el deslizador.

—¿Qué has encontrado, Gibb? —preguntó, forzando su voz a calmarse mientras trotaban al edificio de puerto.

—No mucho, capitán. Conseguí un par de informes de un esquife yendo realmente rápido hacia Nad 'Ris.

Ella y Gibb ingresaron al diminuto edificio de administración de puerto.

—¿Hace cuánto?

Fen agarró una silla, pero resbaló de sus manos no demasiado firmes y cayó con ruido al piso. Gibb esperó que la enderezara antes de responder.

—Un par de horas.

La voz de Zeth vino desde la puerta.

—¿Cómo notaron el esquife?

Gibb echó el ojo al Jedi, como evaluando dónde estaban sus lealtades.

—Era grande, nuevo, rápido. No hay nada como eso por aquí.

Fen sonó sus nudillos y sonrío afectadamente interiormente cuándo Zeth hizo una mueca ante el sonido.

—Está bien, Gibb, tengo que decodificar los registros del puerto espacial Nad 'Ris. Estoy buscando los registros de naves entrantes.

El mecánico palideció, mirando de Fen a Zeth y de regreso otra vez.

—Pero capitán… —tartamudeó.

—Ahora, Gibb —empezó, sonando sus articulaciones un dedo a la vez—. Sólo porque un autodesignado guardián del bien está mirando no es momento de ponerte moralista conmigo. La única manera de averiguar donde ha ido Ghitsa es mirando dónde probablemente la llevaron, ¿lo entiendes?

Gibb asintió con la cabeza de mala gana, todavía mirando al Jedi escépticamente. Zeth hizo un guiño y extendió sus manos en un gesto de «¿Quién soy yo para discutir?»

Fen fue a toda prisa hasta la consola de datos. Después de varios minutos de trabajo, giró hacia atrás con un gruñido.

—Gibb, ¿por qué no puedes quedarte quieto?

—Bien, capitán. Eso funcionará eventualmente, pero… —Gibb echó un vistazo a Zeth, su rostro fruncido con la preocupación—. Conozco una manera más rápida.

Zeth se río.

—No te preocupes, Gibb. No lo diré.

Gibb languideció de alivio. Treinta segundos después se estaban desplazando a través de los registros del puerto de Nad 'Ris.

—Necesito ver los nombres de las naves. —Zeth anunció repentinamente, amontonándose junto a ellos en la terminal.

Lanzando una mirada enojada y un codazo a Zeth en las costillas, Fen replicó:

—Y yo necesito ver qué planes de vuelo y carga registraron.

Gibb tecleó algunos comandos y tres columnas de la información aparecieron. Fen empezó a buscar con preocupación.

—¡Allí! —Zeth se regocijó repentinamente.

Retrocedió cuando Fen lo inmovilizó con una mirada furiosa predilecta de su extenso repertorio.

—¿Y por qué lo crees?

—Sólo el nombre, *Grajo* —Zeth se defendió—. Tengo un presentimiento sobre él.

—¿Un presentimiento? Lo siento, Jedi, pero necesitamos algo sólido. —Fen regresó estudiar la pantalla—. No creo que tu presentimiento notara que el *Grajo* llegó el día después que yo, registró un plan de vuelo de Chad a Nal Hutta, y no hizo declaración de la aduana, incluso cuando una nave de esa clase tiene más de dos mil toneladas métricas del espacio de carga, ¿verdad?

—Capitán —dijo Gibb, una nueva preocupación coloreando su tono—. ¿Ve ese indicador parpadeante? El *Grajo* solicitó autorización para partir.

Fen sintió un temor frío instalarse en su estómago como la cerveza local.

—¿Cuánto tiempo?

—Una hora, tal vez dos.

Zeth se acercó, estudiando la luz intermitente.

—Nos llevará toda la noche regresar a Nad 'Ris, a menos que tengas algo más rápido que mi deslizador.

No había otra cosa. Todos lo sabían. El motor de la *Dama* estaba aún en pedazos. Nada en el puerto podía correr, mucho menos volar. Fen comenzó a trabajar furiosamente en el teclado de la consola.

—Si tienes algunos trucos, podría usarlos —dijo a Zeth.

—Te lo dije, no funciona así.

¿Por qué estaba un hermético fanático de la Fuerza, apenas fuera de la adolescencia, tan triste? Fen apartó ideas que nublaran sus veloces pulsaciones.

—Bien, es bueno que yo sepa algunos trucos —dijo.

Detrás de ella escuchó la risa ahogada de Gibb.

—Eso los mantendrá aquí por la próxima temporada de crecimiento, capitán.

Fen se arrancó de su asiento. Al ver a Zeth sonreír con aprobación a su trabajo en la terminal, sintió la satisfacción de ser capaz de impresionar a un Jedi.

Tiró del brazo de Zeth.

—Vamos. Pongámonos en movimiento.

***

Las canciones de amantes perdidos o abandonados y los intoxicantes consumidos para olvidarlos están entretejidos en el tapiz de cada cultura desarrollada alrededor del viaje espacial y la producción de alcohol. Corellia tenía un millón de tales madrigales; Fen sabía la mitad de ellos, y había vivido la otra mitad. Cuando había sido una niña pequeña con la cara sucia, cantar las letras subidas de tono en un ajetreado puerto espacial era una forma segura de ganar algunos créditos adicionales o incluso una comida caliente. Ahora, treinta y tantos años después, las cantaba cuando estaba nerviosa, excitada, o borracha.

Fen corrió a través de la cabina principal de la *Dama* recogiendo su equipo.

—Lo mejor que puedo esperar es una vida larga y alegre. Una muerte rápida y fácil.

Cantando ligeramente fuera de tono, abrió el último cajón cerrado.

Zeth permaneció de pie pacientemente, sin decir nada mientras Fen añadía dos detonadores más a la pila sobre la mesa enfrente de él.

—Una nave rápida y robusta. —Fen cantó con más entusiasmo sobre la nave que la muerte fácil. Empezó a meter metódicamente los artefactos y artilugios en los bolsillos de su traje de vuelo—. Una cerveza alta y otra más —terminó con un floreo.

Fen dejó caer un vibro-puñal en cada bota y añadió su bláster opositor de la suerte a otro bolsillo en su manga. Con un suspiro satisfecho empezó verificar los ajustes sobre su pesado bláster.

Zeth se cubrió la boca con la mano para evitar sonreír. Luego removió su cinturón, lo puso sobre la mesa, y se quitó su manto de Jedi. Ovillándolo, tiró el manto en una esquina. Se puso su cinturón otra vez, desprendió el sable de luz que allí colgaba, y lo deslizó en un bolsillo en su costado.

—¿Bien? —preguntó finalmente—. ¿Paso?

—Quita esa expresión seria de tu cara y podría funcionar.

La sonrisa estalló finalmente, y él miró hacia un costado para esconderla.

—¿Tienes un arma portátil? —preguntó Fen, girando a su alrededor para una inspección más minuciosa.

—No necesito ninguna.

—Espera. No me digas. La Fuerza te protegerá.

—En realidad, pensé que tú llevabas suficiente capacidad armamentística para defenderme a mí y a Coruscant. —Cuando la única réplica fue la mirada maligna de Fen, Zeth se enmendó—: Tengo mi sable de luz… Y la Fuerza.

—Éste es mi poder de la Fuerza. Se llama bláster. —Puso el arma en su lugar en su cadera—. Vámonos.

***

Fen generalmente era tan comunicativa como un Gamorreano. Pero arremeter a lo largo de una avenida oscura para rescatar a alguien que no merecía ser salvado parecía inspirar las confidencias. Así que mientras agotaba botella tras botella de una bebida gaseosa y altamente cargada, apropiadamente llamado Frenesí, las palabras fluyeron de ella con una velocidad que rivalizaba con la de su carrera precipitada en la noche.

Contó a Zeth sobre su juventud en las calles de Coronet e incluso un poco sobre Jett.

El relato de Zeth, al igual que el suyo, comenzó titubeante, y entonces fluyó. Al saber que él había estado en Kessel, pasaron la hora siguiente intercambiando historias de Moruth Doole.

—Así que, de todos modos —dijo Zeth, tomando otro largo trago de su botella—, yo nunca hubiera salido de Kessel si Han no hubiera aparecido.

—¿Solo? —Fen se ahogó con un trago de su Rush.

—Sí. —Zeth esperó un momento antes de añadir—. Lo conoces.

—Permanece fuera de mi mente, Jedi —advirtió.

—No estaba adentro —replicó—. Pero no puedo evitarlo si tú transmites tus sentimientos como un holovídeo emocional.

—Supongo que sólo tendré que pensar más silencioso alrededor tuyo, ¿verdad? —Fen cerró su boca.

—Tienes sentimientos profundos y una lealtad poderosa. —Zeth afirmó—. ¿Por qué tratas de esconderlos? —Sin intimidarse ante su silencio pétreo, presionó—: Porque si no, ¿por qué vamos tras Ghitsa, de todos modos? Claramente, ni siquiera te agrada.

—Porque ella es mi compañera, por eso. —Fen estalló finalmente—. Y nadie daña a ningún compañero mío. Excepto yo.

—¿Alguien dañó a Jett? —preguntó Zeth suavemente.

Fen rió, breve y amargamente.

—Si llamas daño a un vibro-puñal a través del cuello, entonces supongo que sí.

—Lo siento, Fen —dijo suavemente.

Quería abrazar la cólera, como lo haría con un bláster o un amante. Pero en cambio, con la sinceridad no solicitada y compasiva de Zeth, sintió el dolor escurrirse sin la energía de mantenerlo.

—Gracias —dijo, y sarcasmo fue lo mejor que pudo conjurar—. Es muy Jedi de tu parte.

Fen miró lo suficientemente rápido para ver a Zeth sonreír.

—¿Así que de dónde surge este desdén por los Jedi? —preguntó—. Tu denigración se acerca a una forma de arte.

—Oh, no sé. —Fen respondió, igualando su tono más ligero—. Sólo tengo un problema con la autoridad y con la gente que se da aires de superioridad moral.

—Así que eres un buen pedazo de escoria Sith. —Zeth replicó.

—Cuida tu boca, junior. Esa clase de lenguaje podría meterte en problemas.

Zeth río.

—Tienes razón. Si vuelvo diciendo palabrotas como un contrabandista, nunca me dejarán salir otra vez.

Fen sonrío a pesar de sí.

—Sólo diles que lo aprendiste de un gran maestro.

Su risa paró repentinamente. Zeth se volteó para mirar fijamente malhumoradamente en la oscuridad.

Condujeron en silencio mientras Fen trataba de entender qué había dicho para provocar la reacción caprichosa de Zeth. Dándose por vencida, probó el enfoque directo.

—Así que, ya que estamos aquí derramando nuestras almas por toda la cubierta, ¿cuál es el bantha sobre tu espalda? ¿Dejaste caer una roca sobre otro doblador de cucharas o algo?

Zeth permaneció en silencio, como sopesando qué decirle. Su voz sonó distante y triste cuando finalmente habló.

—Usé mi poder como Jedi… por venganza.

Fen echó un vistazo a Zeth. Estaba mirando fijamente sus palmas vueltas hacia arriba como si estuvieran sucias de algún modo. Arrancó sus ojos de la visión para concentrarse otra vez en el camino. La venganza era algo que podía indudablemente comprender, pero súbitamente Fen no quería escuchar más de la historia torturada de este joven.

Antes de que pudiera decir algo, Zeth continuó.

—En mi arrogancia pensé que los fines justificaban los medios. —La voz de Zeth descendió a un susurro—. Mi hermano y muchos otros pagaron el precio por mi caída al lado oscuro.

Fen jadeó cuando las piezas empezaron a colocarse en posición. Los rumores salvajes que había escuchado, las cosas que él había dicho. Cuando la respuesta vino definitivamente a su conciencia, ella no estaba segura de si lo había deducido por sí misma o si él la había plantado ahí.

—Carida —susurró. Millones de muertos, billones, un sistema estelar entero borrado de la existencia.

Viró bruscamente el deslizador hacia el costado, clavando los frenos mientras su mente gritaba otra vez. «¡Carida!» Horrorizada, giró para ver el Jedi mirando fijamente por la ventana, luchando con las lágrimas que se aferraban a sus pestañas. Asintió con la cabeza muy ligeramente.

Ella estaba compartiendo un deslizador terrestre, su vida, con el más notorio asesino de masas desde Palpatine. Este hombre de apariencia inocente, este niño, era otro Vader. Un carnicero. Mató mil millones.

Sintiendo repentinamente claustrofobia en el deslizador cerrado, Fen buscó a tientas un escape. Una brisa fresca fluyó cuando abrió la escotilla de un empujón. Fen se tambaleó por el camino, sintiendo el universo vacilar bajo sus pies. Mil millones de muertos. Y le caía bien. Eso era lo peor. Había caído totalmente por sus grandes ojos inocentes, su sonrisa asustadiza.

La incongruencia la golpeó como una nova. Perdió la batalla de controlar sus tumultuosas emociones y las olas de náusea que salpicaban sobre ella. Cayendo sobre sus rodillas, Fen vació su estómago en el campo terso y labrado.

El universo apenas dejaba de girar cuando lo escuchó venir detrás suyo. Fen se puso de pie.

—Así que, ¿eres ese maldito Sith Durron? —exigió—. ¿Kyp Durron?

—Sí.

—Me mentiste.

Fen se irguió y metió sus manos en sus bolsillos, mirando fijamente sus pies. Necesitaba nuevas botas, notó, y entonces se pateó mentalmente para permitirse tal pensamiento ahora.

—Sí —respondió Kyp después de una larga pausa.

—Hay un nombre para lo que hiciste. Se llama genocidio.

—Lo sé. —Kyp respondió, su voz ligeramente entrecortada.

Fen se dio media vuelta, la ira ciega superando la autoprotección. Ella golpeó su dedo índice en el centro de su pecho.

—Entonces dime, Jedi —se ahogó en la palabra—. ¿Por qué se te permite vagar por la galaxia reclutando a otros, reclutando a mi compañera, para que sigan tus huellas?

Kyp permaneció silencioso, hombros encorvados, mirando fijamente el suelo.

—¿Por qué no estás en la cárcel? —exigió. Dándole otro empujón mucho más fuerte, graznó—: ¿Por qué no fuiste ejecutado?

Él cayó al suelo en un montón sumiso.

—No lo sé. —Kyp dijo, su voz disonante—. Debería haberlo sido. Debería estar muerto.

Fen buscó el consuelo de su bláster, amargamente frío al tacto. Lo levantó, apuntando a la mugre ante ella. Había matado a mejores antes y por menos crímenes contra la galaxia.

Él finalmente la miró, y ella pudo ver lágrimas brillando en su cara.

—Nadie te culparía jamás, Fen, por matar al asesino de mil millones de seres.

Fen sintió un escozor en sus dedos. Quiere que lo mate, se dio cuenta repentinamente.

Por favor, Fen, el gemido vino en su mente. Él extendió sus manos hacia ella.

Fen estaba conmovida, pero no por compasión.

—Eres un verdadero cobarde de corazón negro, Jedi —dijo con furia, empujando el bláster de regreso en su pistolera—. Tratando de conseguir que haga lo que no tienes el valor para hacer por ti mismo.

Tiró de él poniéndolo de pie.

—Escúchame, tú, Señor del Sith. —Forzó tanto veneno a la acusación como pudo y tuvo el placer de verlo hacer una mueca de dolor ante un epíteto que ya no era divertido. Fen juró que nunca usaría la maldición otra vez—. No doy diez créditos por ti ya sea que vivas o mueras. Gustosamente te habría aniquilado y librado el universo de tu miserable existencia. —Lo agarró bruscamente por el codo, empujándolo al deslizador—. Pero no antes de que libremos a mi compañera. ¿Lo entiendes?

***

—Y yo se lo estoy diciendo otra vez. —Ghitsa respondió pacientemente—. Nunca oí hablar de esto antes.

El golpe de Culan Brasli la sacó de la silla. Amarrada de manos y tobillos, Ghitsa se las arregló para torcer su cuerpo de manera que sólo músculo chocara contra la dura cubierta de la nave

—Eso no es lo que escuchamos, consejero. —Brasli miró desdeñosamente.

Ghitsa había sido golpeada muchas veces antes. Eran gajes del oficio trabajando para los hutts. En una escala del uno al diez, los esfuerzos de Brasli merecían alrededor de un ocho, maximizando el dolor mientras minimizaba el daño a largo plazo. Un verdadero artesano.

Se ovilló formando una pelota, volviéndose un blanco más pequeño para la inevitable patada. Brasli realmente usó todo su peso cuando su pie pesado chocó contra ella, otra vez y otra vez…

***

Faltaba menos de una hora para el amanecer. Fen siguió el mapa del deslizador a través de Nad 'Ris hacia el puerto espacial y un callejón que corría a lo largo de la parte posterior del puerto. Maniobró hábilmente el deslizador por el pasaje angosto, tejiendo de un lado a otro entre la basura y el pavimento descompuesto y agujereado.

No habían intercambiado dos oraciones desde la revelación de Kyp en la carretera oscurecida. Llevó el deslizador a un hueco abrigado y lo detuvo. Cuando todavía no dijo nada, Fen preguntó:

—¿Vienes?

Kyp saltó del deslizador pero permaneció callado.

El muro trasero del puerto se vislumbraba encima de ellos, legamoso, sucio y de unos buenos cinco metros de altura. Echando un vistazo arriba y abajo del callejón, Fen encontró la esperada entrada de servicio.

—Voy a tratar de abrirlo —indicó con una inclinación de cabeza—. Tú haz guardia, ¿está bien?

Fen extrajo de su bolsillo un dispositivo del tamaño de la palma de su mano y lo puso sobre la cerradura de seguridad de la puerta.

—¿Eso es lo que pienso que es? —preguntó Kyp.

Fen arqueó una ceja ante su voz de desaprobación.

—Si piensas que es un descifrador de seguridad Opirus Model modelo FD sesenta y dos, entonces es exactamente lo que piensas que es.

—¿No son ilegales?

—También el homicidio. —Fen se burló.

Pasaron varios momentos antes de Kyp preguntara en voz baja:

—¿Asesinaste a todos los que creíste responsables de la muerte de Jett?

Fen casi dejó caer el descifrador. Podía decir dónde se dirigía esto; estar en una posición de superioridad moral era una rareza que no estaba ansiosa por dejar.

—¿Lo hiciste? —Kyp repitió.

—Sí —dijo finalmente, tan despacio como el descifrador estaba trabajando.

—Si más personas hubieran sido responsables, ¿te hubieras desquitado contra ellos, también?

—¡Mataste millones! —Fen estalló. Echó un vistazo nerviosamente por todas partes, pero el callejón permaneció desierto.

—Lo sé. —Kyp gimió—. Lo revivo todos los días. Pero dado el poder y los medios, ¿no habrías hecho lo mismo para vengar a Jett?

La respuesta no era tan simple como debería haber sido.

***

El sonido de una voz humana aceitosa como grasa la despertó.

—Brasli, por favor, sienta a la consejera.

Ghitsa estiró su cuello pero sólo ganó una punzante agonía con su esfuerzo. Brasli la levantó rudamente de la cubierta y la arrojó en una silla.

Al otro lado de la mesa estaba sentado un hombre joven y bien vestido.

—Me disculpo por el entusiasmo de Brasli. —Agitó su mano, girando una tarjeta de datos entre sus dedos. Ghitsa notó un datapad sobre la mesa que no había estado ahí antes.

—Desamárrala, Brasli.

Ghitsa jadeó cuando aflojó las ligaduras, sintiendo la sangre precipitarse a sus pies y manos. Aunque tenía la obediencia de Brasli, el hombre que dio la orden era demasiado joven y poco pulido para haber ocupado el puesto por mucho tiempo. Su traje demostraba más riqueza que gusto.

—¿Sus amos del clan Desilijic saben que su acento de Coruscant es falsificado? —preguntó Ghitsa a través de labios partidos y sangrantes.

Él dijo rápidamente.

—Nadie mencionó los Desilijics, o a los hutts, en absoluto.

—Brasli y yo nos hemos conocido antes. Y he estado a bordo del *Grajo* varias veces. —Ghitsa sintió un hilo tibio y limpió impacientemente la sangre de su barbilla—. Indudablemente las circunstancias eran diferentes.

—Sin duda durante el tiempo que su clan hutt despojaba al mío metódicamente.

Con reacción apropiadamente calma e indiferente, Ghitsa reconoció que los Desilijics no habían enviado a alguien totalmente verde para esta misión. Necesitaba más información si iba a salir hablando de esto.

—Consejero, no conozco su nombre.

Él continuó volteando la tarjeta de datos en sus dedos como si fuera una carta de sabacc. Una carta de sabacc, Ghitsa reflexionó. Empezó como un jugador.

—Soy el consejero Ral —dijo decisivamente, deslizando la tarjeta en el pad que estaba la mesa—. Y ahora, consejera Dogder, hablaremos de las inversiones de Durga el Hutt en el Consorcio de Orko.

***

—No lo habría hecho —dijo Fen. Ajustó el descifrador otra vez, pero era un año demasiado viejo y la puerta un año demasiado nueva.

—Lo sé. —Kyp respondió desde donde montaba guardia—. ¿Pero pensaste en eso?

—Sí. —Realmente lo había hecho. En su pesar y desesperación sobre el homicidio de Jett, Fen había actuado con más con violencia que cualquier otra vez en su vida. Pero aun así, ella no habría ido tan lejos como su centinela Jedi.

—Odio lo que hice. Hay días en los que pienso que la culpa me volverá loco —dijo Kyp, su voz vacilante—. Sería más fácil si estuviera encerrado en algún sitio.

—O muerto —observó Fen servicialmente.

—Como dijiste, ésa es la escapatoria del cobarde.

Fen guardó el descifrador y se pasó las manos por el frente de su traje de vuelo.

—Esto no va a funcionar. Tenemos que encontrar otro camino.

Kyp se desplomó contra el muro, inclinando su cabeza con abatimiento. Su flequillo cayó otra vez sobre sus ojos.

—No me encerraron con llave, y no estoy muerto. —Ahogó un sollozo—. ¿Qué se supone que debo hacer, Fen?

—¿Cómo voy a saberlo? —Fen replicó, enfadada porque en realidad se sentía apenada por él. ¿Fen Nabon como juez, moralista, y confesor? Si no fuera tan cómico sería grotesco. Otras prioridades eran más urgentes que la expiación de un asesino.

Aclaró su garganta bruscamente.

—Supongo que asegurarte de que nunca suceda otra vez.

Kyp atrajo sus brazos de sí, protegiéndose.

—¿Qué pasa si eso no es suficiente?

—Haces lo mismo que el resto de nosotros. —Levantó su barbilla con su índice, forzándolo a mirarla—. Lo mejor que puedas.

—Pero si fallo… —Su voz se fue perdiendo.

—Te cazaré y te mataré yo misma. —Sus ojos se encontraron, y entonces Fen se arrancó de su mirada fija agradecida—. Vamos. Tiempo para el plan B.

***

—Sus fuentes se equivocan —dijo Ghitsa, con una paciencia que no sentía—. No he trabajado en el clan de Durga durante más de tres años.

La ráfaga de una voz sobre un comunicador en la puerta de la cabina los sobresaltó a todos.

—¿Consejero? —preguntó la voz incorpórea y deferente.

—Te dije que no nos interrumpieras —dijo Ral con brusquedad. Yendo a zancadas hasta el comunicador, ajustó los controles para que Ghitsa no pudiera oír las órdenes y contraórdenes.

—Subiré —dijo Ral secamente. Le dirigió una oscura mirada furiosa—. Parece que la aduana de Nad 'Ris se niega a levantar la cuarentena puesta en nuestra nave por presuntos contagios biológicos.

—¿En verdad? —preguntó Ghitsa suavemente, mientras su corazón daba un vuelco. Decodificar los registros de Nad 'Ris para imponer un embargo sobre la embarcación sería un clásico de Fen.

—Es extraordinario dado que el *Grajo* no declaró carga. —Ral reflexionó. Hizo un gesto a Brash—. Límpiala. La aduana inspeccionará la nave. Luego encierra a la buena consejera aquí, así puede refrescar sus recuerdos sin ser molestada. —Ella permaneció impasible bajo su atenta mirada atenta, pero Ral era perspicaz—. Y Brasli, alerte su equipo. Debemos estar listos para cualquier huésped no invitado.

***

—Debemos estar a una bahía o dos de donde el *Grajo* ha atracado —comentó Fen. Se escondieron detrás de una pila de basura en el callejón. El muro trasero del puerto se destacaba sobre ellos.

—Vamos a tener que apurarnos —dijo Kyp, volviéndose hacia ella. Su serio semblante cambió repentinamente, con una sonrisa reemplazando su anterior solemnidad. Sus ojos se elevaron hasta su cara.

—¿Qué pasa? —gruñó Fen, apartando un mechón suelto de pelo con su codo.

—Hay algo que debes saber.

—¿Ahora qué?

—Hay una gran mancha de suciedad sobre tu frente.

Fen sintió su cara enrojecer y calentarse. Limpió su frente con el guante y vio una gran mancha de grasa negra. Gimiendo, recordó haber trabajado en el motor de *Dama* hacía una vida.

—Ha estado allí desde que me encontraste en la nave, ¿correcto?

La sonrisa afectada era ahora una abierta sonrisa desarrollada.

—Uh-huh.

—Podrías haber dicho algo —lo acusó, aún limpiándose.

—Acabo de hacerlo. —Kyp alzó su mano, tocando su sien—: Te faltó un sitio.

Curiosamente, Fen no se estremeció en su contacto.

—¿Ya está? —preguntó, frotando su cara otra vez.

Él asintió con la cabeza y giró para estudiar el muro.

—Podríamos treparlo.

Fen llegó a una decisión rápida.

—Kyp, hay algo que debo decirte.

Él le echó un vistazo con curiosidad.

—¿Tengo comida metida en mis dientes?

—Es sobre Ghitsa.

—Ya lo sé, Fen. —Kyp interrumpió.

La rabia se extendió por ella otra vez.

—¡Estabas leyendo mi mente! —lo acusó.

Kyp giró sus ojos.

—No necesité hacerlo. He estado buscando a través de la Fuerza desde que aterricé. Habría intuido a alguien con las presuntas destrezas de Ghitsa muy rápido, especialmente una vez que fue raptada.

—¿Lo has sabido todo el tiempo? —tartamudeó—. ¿Y aun así ibas a ayudarme a soltar a una timadora barata que finalmente obtuvo lo que merecía?

—Sé que no te gusta escucharlo, pero la Fuerza me guió aquí. —Tomó una honda inspiración—. Pienso que estoy empezando a ver por qué.

Fen digirió ese hecho y finalmente sintió cómo una tregua más cómoda se establecía entre ellos. Trepó a sus pies.

—¿Por qué no tratas de usar la Fuerza para lanzar la soga y el arpón sobre el muro?

Kyp asintió con la cabeza y se puso de pie con la soga que habían traído del deslizador. Meneó el gancho en un arco suave. Escucharon un ruido apacible. Kyp probó su peso en la línea, luego trepó hasta arriba de la pared tan fácilmente como un insecto.

El ascenso de Fen no fue tan elegante. Estaba gruñendo con el esfuerzo cuando repentinamente algo la recogió y la depositó sobre la cima del muro.

—Cuidado —farfulló Kyp, ofreciendo una mano estabilizadora cuando Fen se tambaleó en la repisa angosta.

Para su fastidio, él parecía perfectamente equilibrado a cinco metros sobre el suelo. Fen lo miró furiosa, pero Kyp no estaba ni intimidado, ni compungido. Solamente se encogió de hombros.

—Agarre de la Fuerza.

—Oh. Gracias —logró decir Fen. Exploró el puerto rápidamente—. Allí.

Señaló un voluminoso carguero Ghtroc atracado dos secciones más allá.

Corrieron con paso ligero por la cima del muro, en una carrera contra el inminente amanecer y ojos entrometidos. Kyp saltó de la pared a un peldaño en el casco de la embarcación y trepó hasta la escotilla superior del *Grajo*. Fen estaba justo detrás de él.

Kyp dio un fuerte tirón a la palanca de escotilla. No se movió.

—¡Está cerrado!

—Por supuesto que lo está.

Fen retiró otro dispositivo de sus bolsillos de trucos.

—Déjame adivinar —preguntó Kyp—. ¿Un kit ilegal para robar naves?

Ella puso el decodificador sobre la cerradura de la escotilla, y empezó a desplazarse rápidamente a través de combinaciones de seguridad, un dígito a la vez.

—Apuesto a que dejan todas sus naves abiertas en Yavin cuatro, ¿no? —Fen se tragó el resto cuándo vio su expresión afligida y recordó por qué podría ser sensible al robo de naves—. Olvídalo. Lo siento.

Fen escuchó un apacible zumbar de engranajes, luego un suave chasquido.

—¿Está libre allá abajo? —demandó, devolviendo el dispositivo a su bolsillo.

Kyp asintió con la cabeza. Con su mano izquierda sobre la escotilla, Fen sacó su bláster con la derecha.

—Espera —ordenó Kyp.

Ahora estaba muy enfadada.

—¿Qué?

—Tú —dijo Kyp, muy seriamente.

—Si piensas que voy a ir ahí sin mi bláster…

Kyp agitó su cabeza enérgicamente.

—No, por supuesto que debes llevarlo. Pero Fen, tienes que ajustarlo para aturdir.

—No te pongas tan Jedi conmigo.

—Fen, acabar con ellos no traerá a Jett de regreso.

Lo dijo tan suavemente que ella tuvo que pelear con un nudo del tamaño de un bantha en la garganta para responder.

—Y no matarlos no traerá a tu hermano de regreso.

Kyp miró el sable de luz agarrado en su mano.

—Lo sé. Y te ayudaré, Fen, a pesar de ello. Pero no me hagas bajar ahí sabiendo que más podrían morir cuando yo podría haber hecho algo para prevenirlo.

Había encontrado su vulnerabilidad y la había explotado todo lo posible.

—Aturdirlos puede no ser suficiente para detener lo que arrojen contra nosotros —advirtió.

—Lo sé —dijo Kyp—. Pero es lo correcto.

—No es bueno tener razón si estás muerto —replicó Fen. Habían malgastado suficiente tiempo, se dijo, mientras fijaba su bláster en aturdir. Abrió rápidamente la escotilla, y una luz tibia y amarilla se derramó hacia fuera.

Kyp se dejó caer. Fen era menos hábil, agarrando los lados de la escotilla y metiéndose en el agujero. Lo que debería haber sido una caída se sintió como un deslizarse a través de plumas, y ella aterrizó ligera y silenciosamente. Conveniente cosa, ese agarre de fuerza.

Kyp echó un vistazo por todas partes rápidamente, y luego empujó una placa de presión sobre la pared. Una puerta se abrió deslizándose y ellos se escurrieron en la cabina oscura.

—¿Cómo la buscaremos? —preguntó él.

—¿No puedes sentirla, o algo? —dijo Fen, mientras estudiaba rápidamente la habitación.

—No, lo he tratado. Hay muchos seres humanos asustados en esta nave. —Kyp regresó a la puerta repentinamente—. ¡Alguien viene! —anunció.

—¿De verdad? Bien, nunca he temido preguntar por direcciones.

Kyp abrió la puerta de la cabina cuando los pasos pesados pasaban. Se escabulleron en silencio y Fen se regocijó con el reencuentro.

—Hola, Brasli. —Fen subrayó su alegre saludo empujando la boca de su bláster en la espalda del gángster.

Brasli se detuvo repentinamente.

—Eso está bien —arrulló Fen—. Pon tus manos arriba y lejos de ese bonito bláster en tu costado.

—Me imaginé que aparecerías a por esa apestosa Sith pareja tuya, Nabon —dijo Brasli con desdén, girando despacio para enfrentarla.

—Nada de palabrotas alrededor de un Jedi —protestó Fen mientras Kyp aliviaba a Brasli de su arma—. Ahora, ¿vas a decirme donde está, o este Jedi va a tener que entrar en esa mole de neuronas patéticas que llamas cerebro y extraerlo?

***

Cuando ella y Kyp entraron a la cabina, con Brasli en la punta del cañón del bláster, la exclamación de Ghitsa englobó alivio y una pregunta, en una sola palabra.

—¡Fen!

Fen empujó rudamente a Brasli en una silla.

—Siéntate —se dirigió a Ghitsa—: ¿Tienes algo para atarlo?

—Lo que Brasli usó conmigo funcionará admirablemente para él —dijo Ghitsa tomando un cabo de cuerda en sus manos.

Tenía un feo moretón en la cara, pero no estaba inmovilizada.

—¿Estás bien? —espetó Fen mientras se liberaba de la imagen mental de la sangre de otro compañero manchando el suelo.

—Nada que una semana en un balneario no pueda curar. —Mientras Ghitsa ataba y amordazaba a Brasli, los gruñidos del hombre reflejaron su entusiasmo en la tarea. Ghitsa dejó pasar unos momentos, y luego, mientras sus astutos ojos se deslizaban sobre Kyp, añadió—: Así que Fen, has encontrado a un verdadero Jedi.

Reacia a revelar su secreto, Fen sintió alivio cuando Kyp se adelantó.

—Soy Kyp Durron.

Ghitsa se sorprendió.

—¿Durron? ¿El Jedi Kyp Durron?

—Déjenlo para después —interrumpió Fen. Ghitsa había trabajado para hutts; debería ser capaz de manejar ser rescatada por un asesino en serie.

—Sellé la puerta —observó Kyp.

—¿Entonces cómo saldremos? —Fen contestó.

Todos saltaron cuando una nueva voz autoritaria irrumpió en la cabina.

—Brasli, ¡responde!

Ghitsa señaló con el dedo el comunicador pegado al cuello de Brasli.

—Es el consejero Ral. Está dirigiendo esta operación.

Fen fue a zancadas hasta el hombre atado, arrancó la mordaza de su boca y apuntó el bláster directamente entre sus ojos.

—Vas a responder a tu comunicador. Trata de pasarte de listo y te destrozaré.

Brasli asintió con la cabeza.

—¿Qué sucede, Ral? —su voz era áspera pero por lo demás normal.

—¿Dónde estás?

—Dile que estás aquí. —Fen dijo moviendo los labios.

—Estoy con la consejero Dogder —dijo Brasli con voz áspera.

—Bien —gritó la otra voz—. Quédate allí. Podríamos haber sido abordados. Estamos registrando la nave ahora.

La otra voz se apagó. Mientras Fen ajustaba nuevamente la mordaza en la boca de Brasli, Ghitsa arrancó el comunicador de su uniforme y lo colgó a su propio cuello.

—Fen. —Kyp llamó.

—¿Sí?

Él estaba estudiando la pared de la cabina.

—Esta es una mampara de exterior, ¿no?

—Hay aproximadamente medio metro de casco reforzado entre tú y la grande y malvada galaxia, si eso es lo que quieres decir. ¿Qué estás…?

Las palabras de Fen murieron en su garganta y el agudo grito entrecortado de Ghitsa fue ahogado repentinamente por el murmullo bajo de la hoja violeta brillante en la mano de Kyp.

Un Caballero Jedi y un sable láser. Era casi sagrado, recordándole una época desaparecida en su propio tiempo. Increíblemente vivía otra vez en la cabina estrecha de un carguero hutt.

Kyp se rió.

—Ahora, Fen, no empieces. Sólo cortare a través de él y estaremos fuera de aquí. —Giró sobre su eje a Ghitsa y le ofreció el fulgurante sable de luz—. ¿A menos que tú quisieras hacerlo?

—No, ¡espera! —gritó Fen cuando Kyp levantó su sable láser—. Si cortas allí, accionarás las alarmas de ruptura de casco. Estarán encima de nosotros antes de que podamos salir de aquí.

—Podría cubrirlas —aseveró Kyp.

—¿A ambas? ¿Por cuánto tiempo? —Fen respondió. ¿Y con cuántos muertos?, añadió en silencio para Kyp. Cuando él asintió con la cabeza ligeramente, Fen supo que comprendía—. Sigue siendo una buena idea sin embargo.

Se acercó a grandes pasos al panel de control de la cabina y arrancó la cubierta.

Su compañera ya estaba previendo el plan de Fen.

—¿Tienes algo que pueda generar un circuito continuo? —Ghitsa preguntó.

—Sí. Pienso que podemos amañar a uno de los ausentes que traje. —Fen buscó en un bolsillo en su muslo y sacó el dispositivo. Lo pasó a Ghitsa—. Mira qué puedes hacer con él.

—¿Qué es un ausente? —Kyp preguntó sobre su hombro. Fen notó que había desactivado el sable de luz.

—Otra cosa que no aprobarías. —Fen dijo trivialmente.

—Es un generador de campo pasivo. —Ghitsa explicó. Fen escuchó un chasquido cuando el ausente se dividió en las manos de Ghitsa—. Llevar uno te hace invisible a la mayoría de las tecnologías de detección.

—Los sensores de la cabina para cosas como la integridad de casco pasan todos por este circuito —dijo Fen, extrayendo un par de cúteres afuera de otro bolsillo con una mano y señalando el cableado en la pared—. Desde aquí se alimenta en la computadora de la nave.

—¿Así que vas a decodificarla y usar el ausente para crear una emisión continua desde aquí a la computadora? —la voz de Kyp indicó que no estaba hecho del todo para este tipo de artimañas.

—Más o menos —respondió Fen, revisando los cables multicolores dentro del panel. ¿Cuál era el de la integridad de casco otra vez? Sacudiéndose la duda, puso los cúteres entre sus dientes, y empezó a sacar cable verde fuera del panel—. Ghits —farfulló a través de una boca llena de herramientas—, ¿conseguiste amañar ese generador?

—Sí.

Mientras su compañera sujetaba el generador en el cable, Fen comentó:

—Nunca había visto una horquilla usada así antes.

—No hables con la boca llena, Fen.

Fen escupió los cúteres y cortó el circuito. Contuvo un aliento entrecortado, pero ninguna alarma sonó.

—Eso debería sacarlos de nuestras espaldas.

Ambas giraron al oír el murmullo cuando Kyp encendió su sable láser otra vez. Balanceó la hoja sobre su cabeza y empezó a cortar a través de medio metro de metal como una bota por el barro.

—Sabes, Fen —comentó Ghitsa, mirando fijamente al joven Jedi que ahora serraba deliberadamente el casco de la nave—. No quiero ver un sable láser en el mercado negro. Jamás.

Kyp terminó en unos pocos tensos minutos y guardó el sable de luz.

—Hay una cáscara de metal sujetándolo todavía. Tendremos que empujar para salir.

Fen apoyó un hombro en la puerta improvisada.

Cuando Ghitsa vaciló, Fen la eludió.

—Vamos. He aquí un uso para esas hombreras.

—Sólo me estaba preguntando qué haremos en cuanto escapemos de la nave.

Fen miró a Kyp. Él se encogió de hombros.

—¿Correr?

Riendo entre dientes, Fen empezó la cuenta. A su «¡tres!», la placa de casco se torció, luego sonó contra el suelo. Aire fresco y luz entraron a raudales.

—¿Hay alguien por aquí? —preguntó a Kyp.

Él sacudió su cabeza.

—Por ahora, no. Pero no tenemos mucho tiempo.

—Una cosa más —intervino Ghitsa, con una inclinación de cabeza hacia el desorbitado Brasli, todavía atado a la silla—. ¿No debemos deshacernos de él?

Fen comprendió de dónde venía ese deseo de la venganza. Brasli obviamente había tratado a su pareja muy duramente, a juzgar por los moretones y el labio roto.

Kyp solucionó el problema saltando por la puerta al suelo que estaba aproximadamente dos metros abajo.

—Vamos —gesticuló.

Ella saltó y Ghitsa la siguió. Aterrizaron en la sombra del vientre de *Grajo,* ocultos por un patín de aterrizaje.

Kyp señaló hacia la entrada de la bahía de embarque al otro lado de la plataforma de aterrizaje.

—Pienso que es la única salida.

—Y está en la línea de sus cañones láser —notó Fen, angustiándose.

Ghitsa frunció sus labios.

—Apuesto que también tienen un código de seguridad en la puerta.

Kyp apartó el pelo de su cara otra vez, un ademán que era en parte necesario y en parte hábito inconsciente.

—Fen, si puedes ocuparte de lo que sea que salga de la nave, y Ghitsa, tú activas la puerta, yo me ocuparé del resto.

—¿Sólo así? —desafió Fen.

El Caballero Jedi asintió con la cabeza.

—Sólo quédense detrás de mí.

Habían cubierto la mitad de la distancia entre la proa de la nave y la salida de la bahía de embarque. Fen empezaba a pensar que tal vez nadie se daría cuenta cuando Kyp empezó a gritar.

—¡Corran a la puerta! —gritó.

Detrás de ellos, Fen escuchó el chirrido ensordecedor del fuego láser. Se agachó instintivamente y empujó a Ghitsa hacia la entrada, pero no pudo ubicar que era el sonido de rebotes.

Fen giró y, por un segundo, los reflejos afinados por años de esquivar y contestar disparos de bláster le fallaron.

Kyp, el muchacho Jedi, permanecía de pie a solas en medio de la bahía de embarque. Fuego láser salía a borbotones de las armas delanteras del *Grajo*. Y como algún extraño juego de niños, Kyp atrapaba los mortales rayos verdes con su sable láser y los rechazaba.

—¡Fen! —escuchó gritar a Ghitsa. Giró. Su pareja estaba bajo la cubierta marginal de la entrada—. Está cerrada. Necesitarás contenerlos algunos minutos.

Algunos minutos. Era toda una vida en momentos así. Corrió hacia Kyp. Metódica, incluso tranquilamente, él desviaba cada estallido del fuego. Las explosiones se reflejaban en el sable de luz, rebotando en ángulos disparatados.

Fuera de su ángulo de visión, Fen vio movimiento, agitándose arriba de la rampa del *Grajo*, dentro de la nave. Desde atrás de la cubierta protectora de Kyp, se agachó, estabilizó su bláster sobre su rodilla y atrapó a cada uno de los secuaces del hutt en una ola azul de disparos de aturdimiento mientras salían de la nave.

Su mente había estado contando los segundos. Sabía, racionalmente, que no habían estado bajo ataque por más de minuto. Parecía una eternidad. Ghitsa era buena con cerrojos, pero eran sólo dos personas contra una nave entera. Si Kyp empezaba a cansarse, o si vacilaba sólo una vez…

El gemido de repulsores llenó la bahía de embarque repentinamente. ¿Qué…? Fen echó un vistazo hacia arriba, preguntándose por qué se había puesto tan oscuro. Un carguero se sostenía en el aire por encima de sus cabezas. Era obviamente pilotado por alguien que estaba muy enfadado, y un amigo, Fen concluyó con sorpresa, cuando la embarcación derramó fuego de cañón sobre el *Grajo*.

El *Grajo* vibró, indefenso en el suelo. Fen miró fijamente la nave otra vez, notando las distintivas marcas en la proa, el equipo que ningún otro YT usaba. ¿La *Dama Estelar*? ¿Qué estaba haciendo su nave aquí?

El comunicador personal de Fen surgió a la vida.

—Capitán, aquí Gibb. Calculé que podría necesitar alguna ayuda —subrayó el punto con otra andanada ensordecedora sobre la nave atrapada.

El rugido del *Grajo* volviendo a la vida ahogó la imprecación de Fen al mecánico imprudente. Los repulsores del *Grajo* gritaron, soplando polvo en la bahía de aterrizaje. Amenazada desde arriba, la nave abandonó a sus víctimas en el suelo y surgió hacia arriba. Fen sintió su corazón detenerse cuando el *Grajo* viró y esquivó la *Dama Estelar* por poco. Libre de la bahía de embarque, la nave se precipitó en el cielo.

—¡Gibb! —chilló en el comunicador—. ¡Trae mi nave de vuelta! No te atrevas…

Pero Gibb se atrevió, precipitándose tras el *Grajo* que se retiraba.

—Está bien, capitán. Está funcionando ahora. He llamado a la aduana de Nad 'Ris. Ellos lo interceptarán.

Fen sacó un par de macrobinoculares de otro bolsillo y pegó sus ojos a la escena.

—¿Quién está pilotando a la *Dama Estelar*? —escuchó preguntar a Ghitsa.

—Gibb —vino la voz cansada de Kyp.

Con un supremo esfuerzo, Fen se arrancó de la visión de la *Dama* persiguiendo al mucho más grande y mejor armado Ghtroc.

En un tono lleno de incrédula admiración, Ghitsa añadió:

—Realmente estuvo bien de tu parte dejar que Gibb pilotara a la *Dama* aquí.

Fen solo pudo asentir débilmente. A Kyp, le dijo:

—Lo hiciste muy bien.

Kyp le sonrío y se apartó el pelo sudoroso de la frente.

—Estoy contento de que no hayamos tenido que matar a ninguno de ellos.

—En realidad… —empezó Ghitsa.

—¿Qué? —preguntó Fen frunciendo el ceño.

—Bien, no tienen manera de saber de ese agujero que Kyp cortó en su casco. Si suben demasiado…

Kyp se puso gris.

—¡Gibb! —gritó Fen en el comunicador—. ¡Retrocede! Dile a la aduana de Nad'Ris que no los persiga. Esa nave no es capaz de viajar en el espacio. Explotará si se eleva más.

Ghitsa parecía perpleja.

—¿Cuál es el problema?

—Después, Ghits. —Luego dijo a Kyp—: ¿No puedes hacer algo para que giren de regreso?

Kyp estaba mirando hacia arriba, al espacio de cielo donde las naves se estaban dirigiendo.

—Incluso si pudiera, la Fuerza no debe ser usada así.

Su pena desgarradora lastimó a Fen.

Ghitsa hizo un sonido vago y luego extrajo el comunicador que había tomado de Brasil y lo activó.

—Sin embargo te lo advierto, no funcionará.

—¡Trata! —exigió Fen.

—Consejero Ral, aquí Dogder. —Interrumpió suavemente su furioso balbuceo—. Sí, como ha adivinado, tengo el comunicador de Brasli. Ahora, Ral, hablo totalmente en serio. Tiene una brecha en el casco. Nunca dejarán la atmósfera inferior. Tienen que volver.

Escucharon risa.

—Es un jugador. —Ghitsa explicó—. Piensa que estoy fanfarroneando.

—Trata otra vez —la instó Fen.

Mirando fijamente en el cielo, Kyp murmuró:

—La aduana todavía piensa que la nave está bajo cuarentena. Tratarán de detenerla.

Fen llevó los macrobinoculares otra vez a su rostro. Sólo podía ver al *Grajo*. Siguiendo sus órdenes, Gibb no lo había perseguido. Pero Fen podía ver dos naves más pequeñas moviéndose rápido y disparando desenfrenadamente al *Grajo* que se retiraba.

—Ral, éste es el juramento de consejero. —Fen escuchó decir a Ghitsa—. Juro que tienen una brecha de casco.

—Demasiado tarde. —Kyp susurró.

Por el comunicador escucharon un grito, luego un estallido de interferencias. A través de los macrobinoculares, Fen vio un destello. Y el *Grajo* desapareció.

***

Era el único lugar en la galaxia al que Fen pensó que nunca iría. Aterrizaron en una plataforma humilde en la base de una enorme estructura de piedra. Un templo, adivinó Fen, construido por alguna raza antigua y subyugada. Un lugar algo extraño para una Academia Jedi, pensó.

A través del parabrisas de la cabina pudieron ver un grupo muy sombrío, de seres vestidos de marrón de sexos y especies diferentes.

—¿Comité de bienvenida? —preguntó a Kyp, forzando una broma.

Kyp agitó su cabeza, liberándose de sus restricciones de asiento.

—Algo está sucediendo.

Fen se deslizó de su asiento, pero Ghitsa se quedó pegada a su silla.

—¿No vienes? —le preguntó Kyp.

Ghitsa apartó la vista de los graves Jedi fuera de la nave.

—No, Kyp —dijo despacio—. No lo creo. —Confirmando que la experiencia no la había puesto seria irrevocablemente, añadió—: Ni siquiera si pudiera conseguir algunos consejos para la próxima vez.

La boca de Kyp se curvó en el asomo de una sonrisa perspicaz.

—Sé fiel a ti misma, Ghitsa Dogder. Ése es el único consejo que necesitarás.

Él se escurrió de la cabina de piloto. Con una mirada final a Ghitsa, Fen lo siguió.

Con una muestra de iniciativa que podría volverse irritante si se volviera habitual, Kyp ya había abierto la escotilla de la nave. Un ruido de aire caliente, húmedo, se apoderó de la cabina, dejando a Fen momentáneamente sin aliento.

Kyp bajó trotando la rampa hacia sus amigos, o cualquier cosa que ellos fueran, pensó Fen hoscamente. Lo siguió, negándose a sentirse intimidada y molesta de que esos sacerdotes pudieran probablemente adivinar lo nerviosa estaba en realidad.

Él cambió algunas palabras con ellos y los otros Jedi se dispersaron. Una mujer, se quedó, sin embargo, transmitiendo una posesiva protección a los ojos de Fen.

Fen se inclinó indolentemente contra un montante de la rampa de aterrizaje, devolviendo la sospecha con una mirada sardónica propia.

Kyp volvió rápidamente, con aspecto un poco demacrado en su cara, pensó Fen.

—¿Algo está mal? —preguntó.

—Tionne dice que el Maestro Skywalker ha sido herido.

—¿Otra vez?

Sonrío afectadamente.

—Acaban de dejar la órbita y deberían llegar en breve. —Kyp se movió, incómodamente, como si pudiera sentir el suelo caluroso a través de sus botas—. Debo…

Fen lo interrumpió.

—Odio las despedidas —dijo rudamente, preguntándose por qué sus ojos se estaban nublando. Debía ser algo en el miserable aire de la selva—. Ponte en camino. Nos veremos afuera. —Se dio la vuelta, solo para tensarse cuando una gentil mano en su hombro la hizo girar de vuelta.

Kyp inclinó su cabeza, luego miró hacia arriba a través de un flequillo que realmente necesitaba un buen corte.

—También te extrañaré, Fen. —Dejó caer la mano de su hombro, ruborizándose tímidamente en el movimiento audaz—. ¿Seguro que no quieres quedarte por algunos días?

—Positivo. Te necesitan aquí. —Fen echó un vistazo a la mujer que debía ser Tionne, todavía esperando pacientemente—. Y la academia no me necesita, sin duda.

Ella extendió su mano, deseando ahora que las palabras no se le estuvieran atorando en el buche.

—Pero si levantar rocas grandes no resulta, siempre hay un lugar para ti en mi equipo.

Él miró fijamente su mano tendida por lo que pareció una eternidad, luego la tomó despacio, envolviéndola con las suyas.

—Gracias, Fen. Por todo.

Mientras Kyp buscaba algo que decir, Fen se apartó.

—Tú también, Jedi. —Giró sobre sus tacones y se dirigió de regreso a la rampa sin mirar atrás. Kyp finalmente encontró las palabras que lo habían evitado cuándo ella escuchó despacio en su mente: «*La fuerza está contigo también, Fen*».

***

Dejaron el espacio aéreo de la Academia en la mitad del tiempo que les había tomado entrar. Fen ignoró los saludos inquisitivos del carguero coreliano y el yate espacial entrantes. Tan pronto como hicieron el salto, huyó a su camarote.

Media hora de compostura después, Fen se reunió con su compañera en la cabina principal. Con solemnidad ceremonial, Ghitsa estaba dejando su manto marrón y el mango de sable láser en el eliminador de desperdicios de la nave.

Ghitsa finalmente rompió el silencio y se reunió con Fen en la mesa de juego.

—Ya no es tan divertido.

—No lamento verlo marchar. —Fen frunció el ceño—. Todo ese viaje ha sido un desastre.

—Sí, lo fue. —Ghitsa insertó una tarjeta de datos en el pad que había estado manipulando y lo deslizó al otro lado de la mesa—. Tomé esto de Ral. ¿Qué piensas?

—¿Mina Celeste de Orko? Nunca no oí sobre eso.

—Por eso me querían los Desilijic. —Ghitsa explicó—. Buscaban a alguien que pudiera decirles en qué estaba involucrado Durga. —Frotó su mejilla donde el moretón apenas empezaba a desaparecer—. Estaban desilusionados de que yo no hubiera oído de eso, tampoco.

—¿Y qué? —Fen se encogió de hombros—. Probablemente es sólo un poco de espionaje de algún nuevo interclan corporativo hutt.

—Desplázate un poco más abajo.

Fen se movió hacia abajo el pad, paró, lo estudió, luego lo estudió otra vez, y silbó.

—Cualquier cosa que sea Orko, lo están obteniendo y vertiéndolo otra vez. Parece que los hutts están tramando algo muy grande si estos datos son reales.

Ghitsa se deslizó afuera del asiento para ir de un lado para otro con impaciencia.

—El clan de Desilijic creía en ellos lo suficiente para rastrearnos, sabotear tu nave, y raptar un antiguo consejero del clan de Durga.

Fen miró fijamente otra vez la lectura sobre el datapad, una idea empezando a formarse.

—Ghits —empezó despacio—, esto valdría mucho dinero para un comerciante de información.

Su pareja decayó visiblemente y se desplomó en una silla de la cabina.

—Temía que sugirieras eso. —Posó las yemas de dedos cuidados en su frente para masajear los pliegues allí—. ¿Quién? ¿Inteligencia de la Nueva República?

Fen resopló.

—Tendríamos que explicar demasiado a un lacayo de bajo nivel. Y terminar en las miras de sus blásters por el problema. E INR no pagará mucho. No, yo llevaría esto a Talon Karrde.

Ghitsa abrió mucho sus ojos con la sorpresa.

—¿Karrde? Me odia.

—La mayor parte del bajo mundo te odia, Ghitsa. Pero pagará buen dinero por información confiable.

—Eso no es realmente el asunto sin embargo, ¿o sí?

—No. —Fen dijo cuidadosamente—. Es si estás definitivamente dispuesta a darle la espalda a los hutts. —Se puso de pie—. Piensa en eso. Es tu decisión.

Mientras salía de la cabina, Ghitsa la detuvo.

—¿Fen?

Ella se volvió lentamente, sabiendo que su compañera por ocho años estaba ante una decisión crucial. Incluso después de todo este tiempo, Fen no tenía idea de qué camino seguiría esto. Sé leal a ti misma, el Jedi había dicho a Ghitsa. ¿Qué significaba eso para una mujer que era una timadora hasta la médula y que había trabajado la mayor parte de su vida para los hutts?

—¿Qué te parecen esos números sobre el datapad?

—No son lo que esperaría como frente para una operación de contrabando o sindicato criminal.

Ghitsa levantó sus ojos, encontró y sostuvo la mirada de Fen.

—No, no lo son. Números de esa magnitud se encuentran sólo en un presupuesto militar. —Se levantó de su silla, moviéndose hacia la mesa, y retiró la tarjeta de datos del pad—. Jabba cometió el mismo error, tú sabes.

—¿Cuál? —Fen preguntó, tomando el disco.

—Política. Meterse con las personas equivocadas. No contentarse con el dominio del bajo mundo criminal. —Ghitsa sacudió su cabeza—. Llama a tu contacto. Dile que hemos conseguido algo en lo que Karrde estará muy interesado.

—Karrde tiene algunos buenos contactos dentro de la Nueva República. —Porque no había nada tan degradante como un sacrificio fútil, Fen añadió—: Se asegurará de que esto llega a las personas correctas.

Mientras se dirigía hacia adelante, Fen reflexionó que debería haber algún reconocimiento para conmemorar la ocasión. En el sendero tortuoso de una vida en la ambigüedad moral del bajo mundo, de algún modo ella y Ghitsa estaban haciendo lo correcto. Suponía, pensó agriamente, que eso venía de entrometerse con un Jedi. No había nada simple en los trucos de un Jedi. Nada simple en absoluto.

Sobre los autores

Kathy Burdette vive en Williamsburg, Virginia, donde es editora de manuscritos para el Institute of Early American History and Culture. Aunque ha co-escrito varios artículos para el Star Wars Adventure Journal con un misterioso y barbudo pícaro, este es su primer intento en solitario. Cuando no está luchando con participios más utilizados en nombre de la academia, disfruta pasando el tiempo con el susodicho pícaro e interpretando música country alternativa con una Les Paul y un amplificador de tubos que alcanza un nivel once.

La antigua periodista y editora-propietaria de revistas **Laurie Burns** ahora edita publicaciones para estudiantes en una facultad de la comunidad en California. Cuando no está trabajando, disfruta escribiendo, cabalgando, y triscando por las montañas que rodean su casa con su marido. Su relato corto, «Retirada de Coruscant», apareció en una anterior antología de Bantam Spectra, Star Wars: Relatos del Imperio.

Chris Cassidy es una escritora freelance que ha trabajado por más de diez años en producciones de vídeo y comunicaciones corporativas. “Trucos simples” y “Al escondite hutt” (escritos con su co-conspiradora Tish Pahl) son sus primeras incursiones en el campo de la ficción deliberada (por oposición a la corporativa). Ha pasado los últimos tres años mudándose de Toronto a Guatemala, a Oregón, a Toronto y a su actual residencia en Colorado Springs, que está, por extraño que parezca, en Colorado. Ella y su marido, Bob, son las mascotas de un lunático border colliesterrier. Actualmente está en nómina de la Universidad de Colorado, obteniendo un doctorado en antropología psicológica. Chris es desde hace tiempo una Dama Estelar y miembro fundador de la lista de correo Club Jade.

Paul Danner quería originalmente escribir El Imperio contraataca, pero sólo tenía ocho años en esa época y Mr. Lucas no le devolvió sus llamadas. Así que esperó otros catorce años para abrirse un pequeño nicho en el universo Star Wars con “Único en su género” para el Official Star Wars Adventure Journal. Continuó escribiendo otras cinco historias para el Journal, al igual que Miserables nidos de escoria y villanía, un libro de fuentes de juego para West End Games. Recientemente graduado en la Universidad de Miami con un postgrado en escritura de guiones y escritura creativa, Paul pasa su tiempo libre jugando al baloncesto e intentando hacerse pasar por Darth Maul. Espera hacerse algún día un nombre escribiendo tanto novelas como guiones. ¿Hay estatuillas doradas en su futuro? Difícil de ver es. Siempre en movimiento está el futuro…

George Bernard Shaw dijo una vez: “Siempre hay peligro para aquellos que lo temen”. **Patricia A. Jackson** está ardientemente de acuerdo y asegura que no hay nada que temer del lado oscuro… ¡así que únete a él! “Uhl Eharl Koehng” es la continuación

de la saga de su familia del lado oscuro y su principal obsesión de liberar a los Jedi oscuros (al igual que al Imperio Galáctico) de su inmerecida mala reputación. Los caballeros suelen ir habitualmente vestidos de negro. Patty ha abandonado recientemente la administración de escuelas para llevar la batalla de la educación y la creatividad a la línea del frente de las aulas, que es donde realmente cuenta. Este otoño comenzará una nueva saga como profesora de inglés en el William Penn Senior High School en York, Pennsylvania.

Tish Eggleston Pahl es una abogada especializada en alimentación y drogas en el área de Washington D.C. Sus publicaciones previas incluyen artículos en periódicos profesionales, manuales técnicos, copia de etiquetados y anuncios, escritos legislativos, y testimonios en congresos. Con su co-autora, Chris Cassidy, "Al escondite hutt" y "Trucos simples" marcan la primera incursión de Tish en el ámbito de la ficción científica (en lugar de la legal). Vive en Bethesda, Maryland, con su marido, el sufridor Tom, su hijo pequeño, Tom Jr., y dos perros labradores, Ghitsa y Zozo. En su no muy abundante tiempo libre, es administradora de America Online Star Ladies.

Jean Rabe es autor de diez novelas fantásticas y una docena de relatos cortos, entre los cuales unos cuantos ambientados en Star Wars y publicados en el Star Wars Adventure Journal. Fan de Star Wars desde hace tiempo, en su oficina puede verse un viejo Darth Vader teléfono; un R2-D2 reproductor de casettes en el que usualmente suena música de percusión; una miniatura del Halcón Milenario; y un ewok de peluche. El resto de su parafernalia de Star Wars está cuidadosamente almacenada en el sótano, que ha venido a asemejarse al abarrotado interior de un reptador de las arenas jawa.

Michael A. Stackpole es el autor líder de ventas del New York Times de varias novelas de Star Wars, incluyendo la serie del Escuadrón Pícaro y Yo, Jedi. "Interludio en Darknell" es su segunda historia en colaboración con su compañero, el autor Timothy Zahn, siendo la primera "Viaje incidental" en Relatos del Imperio. Mike también ha trabajado escribiendo varios arcos argumentales para los comics Ala-X: Escuadrón Pícaro de Dark Horse. En su tiempo libre escribe novelas sobre BattleTech y fantásticas, incluyendo Once a Hero, Talion: Revenant, y A Hero Reborn.

Timothy Zahn es autor de dieciocho novelas, incluyendo cinco libros de Star Wars: la Trilogía de la Nueva República (Heredero del Imperio, El resurgir de la Fuerza Oscura, y La última orden) y la Duología de la Mano de Thrawn (Espectro del pasado y Visión del futuro). Su libro más reciente, The Icarus Hunt, fue publicado en agosto pasado por Bantam Books. Ha contribuido con varios relatos cortos sobre el Gran Almirante Thrawn y Talon Karrde para el Official Star Wars Adventure Journal.